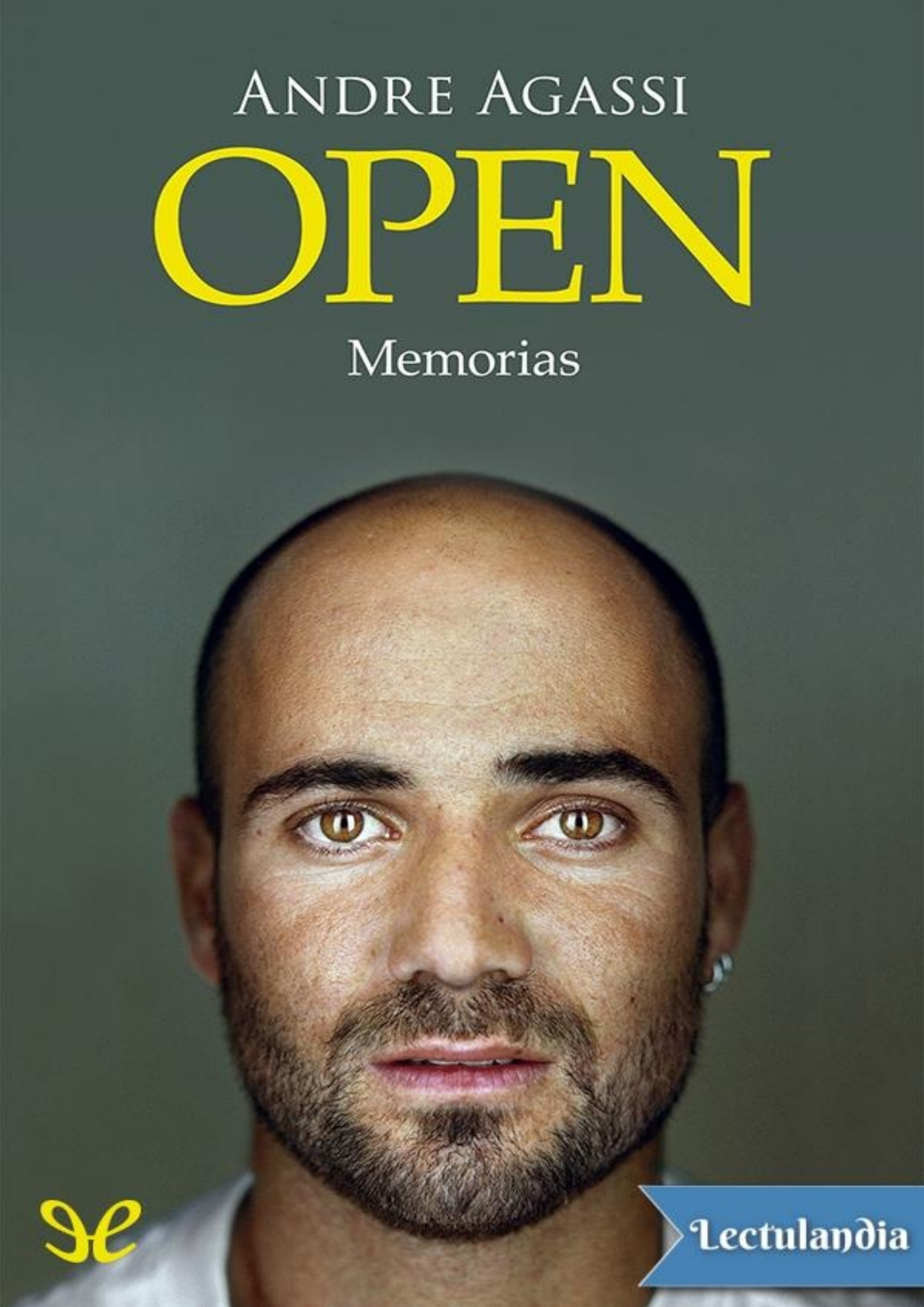
ANDRE AGASSI

OPEN

Memorias



Lectulandia

Siendo un bebé, le pusieron una raqueta de juguete en la mano. Desde entonces, Agassi no ha hecho otra cosa que golpear pelotas de tenis. Su padre, obsesionado en convertirlo en un astro del deporte, construyó una máquina (el dragón) que disparaba 2.500 pelotas al día contra el pequeño Andre. Escrita por el premio Pulitzer J. R. Moehringer, Open es la semblanza a corazón abierto de Andre Agassi, que en estas memorias se muestra tal como es: un hombre que debió enfrentarse a las presiones de su familia, de la fama, pero que siempre conservó el valor de la amistad y un sentido altruista de la vida. En esta cautivadora autobiografía, Agassi revela, con sentido del humor y ternura, una vida definida por la contradicción entre un destino impuesto y el anhelo por complacer a quienes lo han sacrificado todo por él.

«Odio el tenis, lo detesto con una oscura y secreta pasión, y sin embargo sigo jugando porque no tengo alternativa. Y ese abismo, esa contradicción entre lo que quiero hacer y lo que de hecho hago, es la esencia de mi vida». Andre Agassi.

Lectulandia

Andre Agassi

OPEN

Memorias

ePub r1.0
Titivillus 07.01.17

Título original: *Open. An autobiography*
Andre Agassi, 2009
Traducción: Juan José Estrella González

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Stefanie, Jaden y Jaz

No siempre podemos decir qué es lo que nos mantiene encerrados, lo que nos confina, lo que parece enterrarnos, y sin embargo sentimos ciertas barreras, ciertas rejas, ciertos muros. ¿Es todo ello imaginación, fantasía? Yo no lo creo. Y entonces nos preguntamos: Dios mío, ¿va a durar mucho, va a durar siempre, va a durar toda la eternidad? ¿Y sabes qué es lo que nos libera de esa cautividad? Un afecto muy profundo y muy serio. Ser hermanos, ser amigos, el amor, eso es lo que abre las puertas de la cárcel gracias a un poder supremo, a una fuerza mágica.

VINCENT VAN GOGH, carta a su hermano, julio de 1880.

El final

Abro los ojos y no sé dónde estoy, ni quién soy. No es algo tan excepcional. Llevo media vida sin saberlo. Aun así, esta vez me parece distinto. Esta confusión me da más miedo. Es más total.

Alzo la vista. Estoy tendido en el suelo, junto a la cama. Ya me acuerdo. De madrugada me he bajado de la cama y me he estirado aquí. Lo hago casi todas las noches. Me va mejor para la espalda. Si paso muchas horas sobre un colchón mullido, siento un dolor insoportable. Cuento hasta tres, y a continuación inicio el largo y doloroso proceso de ponerme en pie. Suelto una tos, un gemido, me vuelvo hacia un lado, adopto la posición fetal y me coloco boca abajo. Espero un poco. Espero un poco más a que la sangre empiece a bombear.

Soy un hombre joven, relativamente joven. Tengo treinta y seis años. Pero despierto como si tuviera noventa y seis. Después de tres decenios corriendo a toda velocidad y deteniéndome en seco, saltando muy alto y aterrizando con fuerza, mi cuerpo ya no me parece mi cuerpo, sobre todo por las mañanas. Como consecuencia de ello, mi mente no me parece mi mente. Desde que abro los ojos, soy un desconocido para mí mismo, y aunque, como digo, no sea nada nuevo, por las mañanas la sensación resulta más pronunciada. Repaso brevemente los hechos básicos: me llamo Andre Agassi. Mi mujer se llama Stefanie Graf. Tenemos dos hijos, un niño y una niña, de cinco y tres años. Vivimos en Las Vegas, Nevada, pero actualmente estoy instalado en una suite del hotel Four Seasons de Nueva York, porque participo en el Open de Estados Unidos. Mi último Open en América. De hecho, se trata del último torneo en el que voy a participar en toda mi carrera. Juego al tenis para ganarme la vida, aunque odio el tenis, lo detesto con una oscura y secreta pasión, y siempre lo he detestado.

Cuando este último fragmento de mi identidad encaja en su lugar, me pongo de rodillas y susurro: por favor, que acabe todo esto.

Y después: no estoy preparado para que acabe todo esto.

Ahora, en la habitación de al lado, oigo a Stefanie y a los niños. Están desayunando, charlando, riéndose. Mi imperioso deseo de verlos y acariciarlos, además de unas ganas inmensas de consumir cafeína, me proporcionan la motivación que necesito para levantarme, para pasar a la posición vertical. El odio me pone de rodillas; el amor me pone en pie.

Me fijo en el despertador de la mesilla de noche: las siete y media. Stefanie me deja dormir hasta más tarde. La fatiga de estos últimos días ha sido severa. Además del esfuerzo físico, está el agotador torrente de emociones desencadenado por mi inminente retirada. Ahora, alzándose desde el centro de la fatiga, surge la primera oleada de dolor: me toco la espalda. Me atenaza. Me siento como si alguien se

hubiera colado en mi habitación en plena noche y me hubiera puesto en la columna una de esas barras antirrobo que se colocan en los volantes de los coches. ¿Cómo voy a jugar el Open con esa barra en la columna? ¿Tendré que suspender el último partido de mi carrera?

Nací con espondilolistesis; es decir que una vértebra lumbar se separó de la otra vértebra, se fue por su cuenta, se rebeló. (Se trata de la principal causa del llamado pie varo). Con esa vértebra desalineada, queda menos espacio para los nervios en el interior de mi columna, y al menor movimiento mis nervios se sienten mucho más aprisionados. Si añadimos a la mezcla dos hernias discales y un hueso que no deja de crecer en un esfuerzo inútil por proteger la zona dañada, el resultado es que esos nervios empiezan a sentir algo que es directamente claustrofóbico. Y cuando los nervios protestan, reclamando el espacio que no tienen, cuando me envían señales de incomodidad, un dolor me recorre la pierna arriba y abajo, me quita el aliento y me hace hablar en lenguas. En esos momentos, lo único que me alivia es tenderme y esperar. No obstante, a veces ese momento llega en pleno partido. Entonces el único remedio consiste en alterar mi juego: balancearme de otra manera, correr de otra manera, hacerlo todo de otra manera. Pero, si lo hago, aparecen los espasmos. Todo el mundo evita el cambio; los músculos no pueden soportarlo. Si se les pide que cambien, mis músculos se suman a la rebelión de la columna, y al momento mi cuerpo entero se rebela contra sí mismo.

Gil, mi entrenador, mi amigo, mi padre de adopción, lo explica así: tu cuerpo te está diciendo que no quiere seguir haciendo lo que hace.

Mi cuerpo lleva mucho tiempo diciéndomelo, le digo a Gil. Casi tanto como el que llevo diciéndolo yo.

Pero desde enero mi cuerpo ya lo está gritando. No es que mi cuerpo quiera jubilarse; es que ya se ha jubilado. Mi cuerpo se ha ido a vivir a Florida y se ha comprado una casa adosada y unos pantalones de señor mayor. De modo que yo llevo un tiempo negociando con mi cuerpo, pidiéndole que hoy abandone su jubilación durante unas horas; mañana, durante unas horas más. Gran parte de esa negociación tiene que ver con una inyección de cortisona que, temporalmente, alivia el dolor. Aunque, de hecho, antes de que la inyección funcione, provoca su propio tormento.

Ayer me pusieron una, para que pueda jugar esta tarde. Es la tercera que me administran este año, la número treinta de toda mi carrera, y, con gran diferencia, la más temible. El médico, que no es mi médico habitual, me pidió con brusquedad que me colocara en posición. Yo me tendí sobre la mesa, boca abajo, y su enfermera me bajó los pantalones. El médico dijo que debía aproximar lo más posible la aguja de dieciocho centímetros a los nervios inflamados. Pero no podía atacar directamente, porque las hernias discales y el espolón del hueso le obstruían el acceso. Sus intentos de esquivarlos, de colarse donde quería, me hicieron saltar hasta el techo. Primero insertó la aguja. Después me colocó una gran máquina sobre la espalda para ver hasta qué punto esta se había acercado a los nervios. Debía aproximarla, casi rozarlos con

ella, me dijo, pero sin llegar a tocarlos. Si los tocaba, si llegaba a acariciarlos siquiera, el dolor sería tal que me impediría disputar el torneo. Y tal vez, también, me cambiara la vida. Así pues, la metía, la sacaba, maniobraba con ella, hasta que a mí se me saltaron las lágrimas.

Finalmente acertó. Dio en el blanco, dijo.

Y penetró la cortisona. La sensación de ardor me llevó a morderme el labio. Después sentí la presión. Me sentí impregnado, embalsamado. Empecé a notar que el pequeño espacio que alberga mis nervios en la columna se llenaba de vacío. La presión siguió aumentando, hasta que me pareció que me iba a estallar la espalda.

Por la presión se sabe que la cosa funciona, dijo el médico.

Sabias palabras, doctor.

Enseguida el dolor empezó a parecerme maravilloso, casi dulce, porque era de esos dolores que uno nota que preceden al alivio. Aunque, claro, tal vez todos los dolores sean así.

Mi familia hace más ruido. Salgo cojeando hasta el salón de nuestra suite. Mi hijo, Jaden, y mi hija, Jaz, me ven y gritan. ¡Papá! ¡Papá! Saltan arriba y abajo y quieren que los coja en brazos. Yo me detengo y me preparo, me planto ante ellos como un mimo imitando a un árbol en invierno. Pero ellos vacilan antes de dar el salto, porque saben que su padre está delicado últimamente, que su padre se desmoronará si lo tocan con demasiada fuerza. Yo les doy una palmadita en la cara y les beso en las mejillas, y me siento con ellos en la mesa, a desayunar.

Jaden pregunta si hoy es el día.

Sí.

¿Juegas?

Sí.

¿Y entonces, después de hoy, te *retiras*?

Una palabra nueva que él y su hermana menor han aprendido. *Retirarse*. Ellos no usan nunca el participio, la usan en presente, un presente que nunca acaba. Tal vez sepan algo que yo no sé.

No si gano, hijo. Si gano esta noche, sigo jugando.

Pero, si pierdes, ¿podré tener un perro?

Para mis hijos, mi retirada equivale a un cachorro. Stefanie y yo les hemos prometido que cuando deje de entrenar, cuando dejemos de viajar por todo el mundo, podremos comprar un cachorro. Tal vez lo llamemos *Cortisona*.

Sí, colega, cuando pierda, nos compraremos un perro.

Mi hijo sonríe. Espera que su papá pierda. Espera que su papá experimente una decepción que supere a todas las demás. Él no entiende —¿y cómo seré capaz yo de explicárselo alguna vez?— el dolor de perder, el dolor de jugar. A mí me ha llevado casi treinta años entender eso, resolver la ecuación de mi propia psique.

Le pregunto a Jaden qué va a hacer hoy.

Ir a ver los huesos.

Miro a Stefanie. Ella me recuerda que va a llevarlos al Museo de Historia Natural. Dinosaurios. Pienso en mis vértebras retorcidas. Pienso en mi esqueleto en exposición en el museo, junto con todos los demás dinosaurios. *Tenis-aurus Rex*.

Jaz interrumpe mis pensamientos. Me ofrece su magdalena. Quiere que le quite todos los arándanos antes de comérsela. Nuestro ritual matutino. Todos y cada uno de los arándanos deben ser extraídos con precisión quirúrgica, lo que requiere concentración: introducir el cuchillo, moverlo circularmente, alcanzar de lleno el arándano sin tocarlo. Me concentro en su magdalena, y es un alivio pensar en algo que no sea el tenis. Pero cuando se la devuelvo, no puedo evitar pensar que se parece a una pelota de tenis, lo que hace que los músculos de mi espalda se agarroten, anticipándose. La hora se acerca.

Después del desayuno, después de que Stefanie y los niños se hayan despedido de mí con un beso y hayan salido corriendo rumbo al museo, permanezco sentado en silencio, y me fijo en la suite. Es como todas las suites de hotel en las que me he alojado, aunque más aún, si cabe. Limpia, elegante, cómoda: esto es el Four Seasons, o sea que es preciosa, pero sigue siendo una versión más de lo que yo llamo *No Hogar*. Esos no-lugares en los que existimos como deportistas. Cierro los ojos, intento pensar en esta noche, pero mi mente me lleva al pasado. Mi mente, estos días, posee un efecto de retroceso natural. A la más mínima oportunidad, quiere regresar al principio, porque ya me encuentro cerca del final. Pero no puedo permitírselo. Todavía no. No puedo permitirme recrearme demasiado en el pasado. Me levanto y camino alrededor de la mesa, compruebo mi equilibrio. Cuando me siento mínimamente estabilizado, me dirijo a buen paso hasta la ducha.

Bajo el agua caliente, gimo y grito. Me inclino despacio hacia delante, me toco los cuádriceps, empiezo a volver a la vida. Los músculos se destensan. La piel canta. Los poros se abren. La sangre tibia fluye más deprisa por mis venas. Siento que algo empieza a desperezarse. Vida. Esperanza. Las últimas gotas de juventud. Aun así, nada de movimientos bruscos. No quiero hacer nada que pueda sobresaltar a mi columna. Dejo que siga dormida.

De pie frente al espejo del baño, mientras me seco, me miro la cara. Ojos rojos, barba corta entrecana; un rostro totalmente distinto del que tenía cuando empecé. Pero también distinto del que veía el año pasado cuando me miraba en este mismo espejo. Sea quien sea, ya no soy el niño que empezó esta odisea, y tampoco soy el hombre que anunció hace tres meses que la odisea tocaba a su fin. Soy como una raqueta de tenis a la que he cambiado la empuñadura cuatro veces y las cuerdas, siete: ¿es exacto afirmar que sigue siendo la misma raqueta? Sin embargo, en algún rincón de esos ojos sigo viendo, vagamente, al niño que, ya de entrada, no quería jugar al

tenis, al niño que quería dejarlo, al niño que, de hecho, lo dejó muchas veces. Veo a ese niño rubio que detestaba el tenis, y me pregunto cómo vería él a este hombre calvo que sigue detestando el tenis y que sigue jugando. ¿Se mostraría impactado? ¿Le divertiría verlo? ¿Se sentiría orgulloso? La pregunta me fatiga, me aletarga, y apenas son las doce del mediodía.

Por favor, que acabe todo esto.

No estoy preparado para que acabe todo esto.

La línea de meta al final de una carrera deportiva no es distinta a la línea de meta al final de un partido. El objetivo es acercarse a esa línea porque cuando te encuentras a su alcance, esta te proporciona una fuerza magnética. Cuando estás cerca, sientes que esa fuerza tira de ti, y puedes usarla para cruzarla. Pero justo antes de situarte en su radio de alcance, o inmediatamente después, experimentas otra fuerza igualmente poderosa que te aleja de ella. Esas dos fuerzas gemelas, esas dos energías contradictorias son inexplicables, místicas, pero las dos existen. Yo lo sé porque me he pasado una gran parte de mi vida persiguiendo una, luchando contra la otra, y en ocasiones me he visto encallado, suspendido, rebotando como una pelota de tenis entre las dos.

Esta tarde. Me recuerdo a mí mismo que me hará falta una disciplina férrea para enfrentarme a esas fuerzas, y a cualquier otra cosa que se interponga en mi camino. El dolor de espalda, los tiros malos, el mal tiempo, el desprecio de mí mismo. Este recordatorio es una forma de preocupación, pero también una meditación. Algo he aprendido en los veintinueve años que llevo jugando al tenis: la vida arroja de todo en tu camino, y tu misión consiste en ir evitando los obstáculos. Si dejas que esos obstáculos te detengan, o te distraigan, no haces tu trabajo, y si no haces tu trabajo lo lamentarás de un modo que te paralizará más que un mal dolor de espalda.

Me tumbo en la cama, con un vaso de agua, y leo. Cuando se me cansa la vista, enciendo la tele. «¡Esta noche, segunda ronda del Open de Estados Unidos! ¿Será esta la despedida de Andre Agassi?». Mi rostro aparece en pantalla durante unos instantes. Un rostro distinto del que acabo de ver en el espejo. Mi cara de los partidos. Estudio ese nuevo reflejo mío en el espejo distorsionado que es la tele, y mi angustia aumenta un grado o dos. ¿Será ese mi último anuncio? ¿La última vez que la CBS promocionará uno de mis partidos?

No logro ahuyentar la sensación de que estoy a punto de morir.

No es casualidad, me digo, que el tenis recurra al lenguaje de la vida. Ventaja, servicio, falta, rotura, nada, los elementos básicos del tenis son los mismos que los de la vida cotidiana, porque todo partido es una vida en miniatura. Incluso la estructura del tenis, la manera en que las piezas encajan unas dentro de las otras como las muñecas rusas, reproduce la estructura de nuestros días. Los puntos se convierten en juegos, y estos en sets, y estos, a su vez, en partidos, y todo está tan íntimamente conectado que cualquier punto puede convertirse en punto de partido. A mí me recuerda la manera en que los segundos se convierten en minutos y los minutos en

horas, horas que, además, pueden ser, todas ellas, las mejores de nuestras vidas. O las más oscuras. La decisión es nuestra.

Pero si el tenis es vida, entonces, lo que sigue al tenis debe de ser el vacío incognoscible. Esa idea me da escalofríos.

Stefanie abre la puerta y entra con los niños. Se suben a la cama y mi hijo me pregunta cómo me encuentro.

Bien, bien, le respondo. ¿Qué tal los huesos?

¡Divertido!

Stefanie les da unos bocadillos y unos zumos, y se los lleva de la habitación.

Han quedado para jugar con otros niños, me dice.

¿Ellos también?

Ahora podré echar una cabezadita. A los treinta y seis años, mi única manera de aguantar un partido nocturno, que puede alargarse hasta más allá de medianoche, es dormir antes un poco. Además, ahora que ya sé más o menos quién soy, quiero cerrar los ojos y ocultarme. Cuando vuelvo a abrirlos, ha pasado una hora. Me digo en voz alta: es la hora. Ya no vale seguir ocultándose. Me meto en la ducha una vez más. Pero esta ducha es distinta de la que me he dado esta mañana: la de la tarde siempre es más larga, de unos veintidós minutos, minuto más, minuto menos, y no es una ducha ni para despejarme ni para lavarme. La ducha de la tarde es para transmitirme ánimos a mí mismo, para entrenarme.

El tenis es ese deporte en el que hablas contigo mismo. Otros deportistas no hablan consigo mismos como lo hacen los tenistas. Los bateadores, los golfistas, los porteros de fútbol se murmuran cosas ellos mismos, claro está, pero los tenistas llegan a conversar y a responderse. En el fragor de un partido, los tenistas parecen locos en una plaza pública, que despotrican y maldicen y celebran debates con sus álter ego. ¿Por qué? Pues porque el tenis es un deporte muy solitario. Solo los boxeadores pueden entender la soledad de los tenistas, y aun así ellos tienen a sus asistentes sentados en las esquinas, además de los mánagers. Incluso el oponente del boxeador le proporciona una especie de compañía; es alguien a quien puede encararse y al que puede gruñir. Pero en el tenis te plantas frente a tu enemigo, intercambias golpes con él, pero nunca lo tocas ni hablas con él, ni haces nada con él. Las reglas prohíben incluso que el tenista hable con su entrenador cuando se encuentra en la pista. A veces se compara la soledad del tenista con la del corredor de fondo, pero yo no puedo evitar reírme. Al menos ese corredor puede oler y sentir a sus contrincantes. Se encuentran a escasos centímetros de distancia. En el tenis, estás en una isla. De todos los deportes que practican hombres y mujeres, el tenis es el más parecido a una reclusión en régimen de aislamiento que, inevitablemente, propicia la conversación con uno mismo. En mi caso, esa charla se inicia con la ducha de la tarde. Es entonces cuando empiezo a decirme cosas, cosas locas, una y otra vez, hasta que acabo creyéndomelas. Por ejemplo, que un casi lisiado puede competir en el Open de Estados Unidos. Que un hombre de treinta y seis años puede vencer a un contrincante

que apenas está entrando en su plenitud física. He ganado 869 partidos de tenis a lo largo de toda mi carrera, soy quinto en la lista de mejores jugadores de todos los tiempos, y muchos de esos partidos los gané durante esa ducha de la tarde.

Con el agua rugiendo en mis oídos —un sonido que no se diferencia mucho del clamor de veinte mil aficionados—, recuerdo algunas victorias en concreto. Son victorias que seguramente esos aficionados no recordarán especialmente, pero que a mí todavía me mantienen despierto por la noche. Contra Squillari en París. Contra Blake en Nueva York. Contra Pete en Australia. Después recuerdo algunas derrotas. Niego con la cabeza al sentir de nuevo la decepción. Me digo a mí mismo que esta noche me presento a un examen para el que llevo estudiando veintinueve años. Pase lo que pase esta noche, seguro que al menos una vez ya he pasado por lo mismo. Tanto si es una prueba física como si es una prueba mental, no será nada nuevo para mí.

Por favor, que acabe todo esto.

No quiero que acabe.

Empiezo a llorar. Me apoyo en la pared de la ducha, y me dejo llevar.

Me doy órdenes estrictas mientras me afeito: ve punto a punto. Oblígale a trabajárselo todo. Pase lo que pase, mantén la cabeza bien alta. Y, por el amor de Dios, disfrútalo, o al menos intenta disfrutar en algunos momentos, a pesar del dolor, a pesar de la derrota, si es eso lo que te espera.

Pienso en mi rival, Marcos Baghdatis, y me pregunto qué estará haciendo él en este mismo momento. Es nuevo en el torneo, pero no es el típico novato. Ocupa la octava posición mundial. Es un muchacho griego corpulento, fuerte, de Chipre, y este año se encuentra en una excelente forma. Ha llegado a la final del Open de Australia y a las semifinales de Wimbledon. Lo conozco bastante bien. Durante el Open de Estados Unidos del año pasado jugamos un set de prácticas. Yo no suelo jugar sets de prácticas con los demás jugadores durante un Grand Slam, pero Baghdatis me lo pidió de tal manera que me desarmó. Un programa de televisión chipriota estaba grabando un reportaje sobre él, y me preguntó si me importaría que nos grabaran practicando. Sí, claro, le dije. ¿Por qué no? Yo gané ese set de prácticas 6-2, y después todo fueron sonrisas. Me di cuenta de que Baghdatis es de los que sonríen cuando están contentos y también cuando están nerviosos, y cuesta distinguir por qué en cada momento. Me recordaba a alguien, pero no se me ocurría a quién.

Le dije que jugaba un poco como yo, y él me comentó que no se trataba de algo casual: de pequeño tenía pósteres míos en las paredes de su habitación, e imitaba mi forma de jugar. En otras palabras, esta noche voy a enfrentarme a mi imagen reflejada. Él jugará desde el fondo de la pista, devolverá deprisa, tenderá a apurar las líneas, lo mismo que yo. El nuestro va a ser un tenis muy igualado, y los dos intentaremos imponer nuestra voluntad, y los dos buscaremos la ocasión de clavar un

revés sobre la misma línea de fondo. Él no posee un saque imponente, y yo tampoco, lo que se traducirá en puntos largos, jugadas largas, y consumo de mucha energía y mucho tiempo. Debo prepararme para puntas de gran actividad, para un juego combinado, para un tenis de desgaste, para la forma más brutal de este deporte.

Aunque, claro está, la diferencia más evidente entre Baghdatis y yo es física. Los dos tenemos cuerpos distintos. Él tiene el cuerpo que tenía yo antes. Es flexible, rápido, ágil. Tendré que vencer a la versión más joven de mí mismo si pretendo que siga funcionado la versión más vieja. Cierro los ojos y me digo: controla lo que esté en tu mano controlar.

Lo repito, esta vez en voz alta. Decirlo en voz alta me da valor.

Cierro el grifo y me pongo en pie, y me estremezco. Resulta mucho más fácil sentirse valiente bajo un chorro de agua hirviendo. Aun así, me recuerdo a mí mismo que la valentía del agua caliente no es la valentía verdadera. Al fin y al cabo, lo que cuenta no es lo que sientes; es lo que haces lo que te da el valor.

Stefanie y los niños regresan. Es hora de someterme al *Agua de Gil*.

Yo sudo mucho más que la mayoría de los tenistas, por lo que necesito empezar a hidratarme muchas horas antes del inicio de un partido. Ingiero litros de un elixir mágico inventado para mí por Gil, el que ha sido mi preparador físico durante los últimos diecisiete años. El *Agua de Gil* es una mezcla de carbohidratos, electrolitos, sal, vitaminas y algunos otros ingredientes. Gil guarda celosamente el secreto de su fórmula (lleva dos decenios afinándola). En condiciones normales, empieza a administrármela la noche anterior a un partido, y sigue obligándome a beberla hasta poco antes de su inicio. Después, una vez iniciado, sigo dando sorbos del brebaje. Según cada momento, consumo una variante u otra del *Agua de Gil*, cada una de un color. Rosa para energizarse; roja para recuperarse; marrón para recargarse.

A los niños les encanta ayudarme a llenar las botellas de *Agua de Gil*. Se pelean por ver quién va a por los polvos, quién coge antes el embudo, quién vierte la mezcla en las botellas de plástico. En cualquier caso, yo soy el único que puede meter las botellas en la bolsa, junto con la ropa, las toallas, los libros, las viseras y las muñequeras. (Mis raquetas, como siempre, vienen después). Yo soy el único que puede tocar mi bolsa de tenis y, cuando finalmente todo lo que debo llevar está dentro, la dejo junto a la puerta, como si se tratara del equipo de un asesino, la señal que indica que el día se acerca ya mucho a la hora bruja.

A las cinco, Gil me llama desde el vestíbulo.

Me pregunta: ¿estás listo? Es hora de bajar. Hoy hay pelea, Andre. Hay pelea.

Hoy todo el mundo dice «hay pelea», pero Gil lleva años diciéndolo, y nadie lo dice como él. Cuando Gil dice «hay pelea», noto que se me encienden los depósitos de energía, y mis niveles de adrenalina se disparan como géiseres. En ese momento me siento capaz de levantar un coche por encima de mi cabeza.

Stefanie lleva a los niños hasta la puerta y les dice que papá tiene que irse. ¿Qué se dice, niños?

Jaden grita: ¡Destrózalo, papá!

¡Destrózalo!, dice Jaz, imitando a su hermano.

Stefanie me besa y no dice nada, porque no hay nada que decir.

En el coche, Gil ocupa el asiento delantero. Viene de punta en blanco: camisa negra, corbata negra, chaqueta negra. Se viste para los partidos como si tuviera una cita a ciegas o fuera a dar un golpe con la mafia. De vez en cuando se mira su larga cabellera negra en alguno de los retrovisores. Yo voy detrás con Darren, mi entrenador, un australiano que luce en todo momento un bronceado intenso y al que en ningún momento abandona la mejor de sus sonrisas. Durante un buen rato ninguno de los tres decimos nada. Después, Gil recita la letra de una de nuestras canciones favoritas, una vieja balada de Roy Clark, y su voz grave, de barítono, inunda la cabina.

Just going through the motions and pretending
we have something left to gain.

Me mira. Espera.

Yo digo: *We can't build a Fire in the Rain*[1].

Él se echa a reír. Yo me echo a reír. Por un momento, me olvido de las mariposas en el estómago.

Esas mariposas son muy suyas. Unos días te obligan a salir corriendo al baño. Otros, te ponen cachondo. Otros, te hacen reír y esperar con impaciencia el combate. Determinar qué tipo de mariposas son las que te afectan (monarcas o polillas) es lo primero que hay que hacer cuando uno se dirige a las pistas. Saber cómo son esas mariposas, descifrar qué es lo que revelan sobre el estado de tu cuerpo y de tu mente, es el primer paso para conseguir que actúen en tu beneficio. Esa es una de las miles de lecciones que he aprendido de Gil.

Le pregunto a Darren qué piensa de Baghdatis. ¿Qué grado de agresión debo demostrar esta noche? En el tenis, todo es cuestión de grados de agresividad. Hay que ser lo bastante agresivo para controlar un punto, pero no tanto para sacrificar el control y exponerse a riesgos innecesarios. Mis preguntas sobre Baghdatis son las siguientes: ¿cómo intentará perjudicarme? Si yo lanzo un revés cruzado al inicio de un punto, hay jugadores que se muestran pacientes, otros que se ponen en evidencia desde el principio, que machacan desde el fondo o que la suben a la red. Como yo nunca he jugado contra Baghdatis, exceptuando nuestro único set de prácticas, me interesa saber cómo reaccionará a un juego conservador. ¿Dará un paso al frente y se enfrascará en el juego cruzado habitual, o se mantendrá atrás, tomándose su tiempo?

Darren dice: colega, creo que si te muestras demasiado conservador en tus jugadas, has de dar por sentado que ese tío te pillará el punto y te hará daño con su *drive*.

Entiendo.

Por lo que respecta al revés, no le resulta tan fácil enviarlo al fondo de la pista. No tendrá prisa por apretar ese gatillo. Así que si ves que devuelve reveses largos, eso significa, sin duda, que no estás poniendo toda la energía en tus jugadas largas.

¿Y se mueve bien?

Sí. Es de los que sabe moverse bien por la pista. Pero no se siente cómodo jugando a la defensiva. Se mueve mejor cuando ataca que cuando defiende.

Vaya…

Nos acercamos al estadio. Los fans se arremolinan. Firmo algunos autógrafos, y después entro por una puerta pequeña. Avanzo por un túnel largo y entro en el vestuario. Gil se va a consultar con el servicio de seguridad. Siempre quiere que sepan a qué hora exacta entraremos en la pista a practicar y calentar, y a qué hora saldremos. Darren y yo dejamos las bolsas y nos vamos directamente a la sala de entrenamiento. Yo me tumbo y le suplico al primer preparador que se acerca que me masajee la espalda. Darren se ausenta y regresa cinco minutos más tarde con cinco raquetas de cuerdas recién tensadas. Las deja sobre mi bolsa. Sabe muy bien que no me gusta que me las meta nadie en la bolsa, que es algo que tengo que hacer yo mismo.

Tengo obsesión con mi bolsa. La mantengo meticulosamente ordenada, y no me disculpo ante nadie por ese ejemplo de retención anal. La bolsa es mi maletín, mi maleta, mi caja de herramientas, mi fiambrera y mi paleta. Necesito que esté siempre impecable. La bolsa es lo que llevo a la pista, y lo que me llevo de allí, en dos momentos en los que todos mis sentidos están exacerbados, por lo que soy capaz de percibir lo que pesa con gran precisión. Si alguien metiera en mi bolsa de tenis unos calcetines de rombos sin yo saberlo, lo notaría. La bolsa de deporte se parece mucho al corazón: debes saber qué contiene en todo momento.

También es una cuestión de funcionalidad. Necesito que mis ocho raquetas estén colocadas cronológicamente en ella, la que ha sido tensada más recientemente al fondo, y la que lleva más tiempo sin tensar encima, porque cuanto más tiempo reposa una raqueta, más tensión pierde. Yo siempre empiezo un partido con la raqueta que lleva más tiempo sin tensar, porque sé que es la raqueta con menor tensión en sus cuerdas.

Mi tensador de cuerdas es de la vieja escuela, del Viejo Mundo. Es checo y se llama Roman. Es el mejor, y tiene que serlo, porque de un buen tensado depende en ocasiones el resultado de un partido, y del resultado de un partido depende en ocasiones el desarrollo de una carrera deportiva, y de una carrera deportiva pueden depender innumerables vidas. Cuando extraigo una raqueta nueva de la bolsa, porque la saco yo y de ese juego depende que gane el partido, la tensión de las cuerdas puede

representar cientos de miles de dólares. Como juego para mi familia, para mi fundación benéfica, para mi escuela, cada cuerda es como el cable de un motor de avión: dado que es mucho lo que escapa a mi control, me obsesiono con las pocas cosas que sí dependen de mí, y el tensado de la raqueta es una de ellas.

Tan fundamental resulta Roman para mi juego, que me lo llevo conmigo cuando tengo torneos. Oficialmente, reside en Nueva York, pero cuando juego en Wimbledon, vive en Londres, y cuando participo en el Open francés —Roland Garros — se convierte en parisino. A veces, si me siento perdido y solo en alguna ciudad extranjera, me siento junto a él y lo observo mientras tensa raquetas. No es que desconfíe de él, sino todo lo contrario: ver trabajar a un artesano me calma, me ancla en la tierra, me inspira. Me recuerda la extraordinaria importancia que en este mundo tiene el trabajo bien hecho.

Las raquetas de serie le llegan a Roman en una gran caja, desde la fábrica, y siempre desordenadas. Para el ojo profano, todas se ven idénticas; para Roman, son tan distintas como rostros en medio de una multitud. Las vuelve del derecho y del revés varias veces, frunce el ceño y realiza cálculos mentales. Finalmente, se pone manos a la obra. Empieza por eliminar la empuñadura de serie, y la sustituye por la mía, la que llevo usando desde que tenía catorce años. Mi empuñadura es tan personal como mi huella dactilar, producto no solo de la forma de mi mano y la longitud de mis dedos, sino del tamaño de mis callosidades y de mi fuerza de agarre. Roman cuenta con un molde de ese agarre, y lo aplica a la raqueta. Después envuelve el molde con piel de ternera, y la golpea para afinarla hasta que adquiere el grosor deseado. Un milímetro de diferencia, al final de un partido de cuatro horas, puede resultar tan irritante y distraer tanto como una piedra en un zapato.

Con la empuñadura recién adaptada, Roman ataca el encordado. Tensa las cuerdas, las suelta, vuele a tensarlas, afinándolas con la misma precisión que si se tratara de cuerdas de viola. Después graba las cuerdas, y agita vigorosamente la raqueta para que el grabado se seque. Hay tensadores de raquetas que graban las raquetas inmediatamente antes de los partidos, lo que considero absolutamente desconsiderado y poco profesional: el grabado salta por la fricción de las pelotas, y no hay nada peor que jugar con alguien que mancha las pelotas de pintura roja y negra. A mí me gusta el orden y la limpieza, y ello implica que no quiero pelotas manchadas de pintura. El desorden es una distracción, y cualquier distracción en la pista es un posible punto perdido.

Darren abre dos latas de pelotas y se mete dos en el bolsillo. Yo doy un trago de *Agua de Gil*, y orino por última vez antes del calentamiento. James, el guardia de seguridad, nos conduce hasta el túnel. Como de costumbre, lleva una camisa amarilla de uniforme, que le queda muy apretada, y me guiña un ojo como diciendo: se supone que nosotros, los guardias de seguridad, somos imparciales, pero yo voy contigo.

James lleva casi tanto tiempo como yo trabajando en el Open de Estados Unidos. Ya me ha guiado en otras ocasiones por ese mismo túnel, tras victorias gloriosas y

derrotas dolorosísimas. Corpulento, amable, con cicatrices de tipo duro que luce con orgullo, James se parece un poco a Gil. Es casi como si sustituyera a Gil durante esas pocas horas en la pista, cuando me encuentro fuera de su órbita de influencia. Hay personas a las que cuentas con ver durante el Open de Estados Unidos —personal administrativo, recogepelotas, entrenadores—, y su presencia siempre resulta tranquilizadora. Te ayudan a recordar dónde estás y quién eres. James ocupa el primer lugar en esa lista. Es una de las primeras personas a las que busco cuando entro en el Arthur Ashe Stadium. Al verlo, sé que estoy de nuevo en Nueva York, y en buenas manos.

Desde 1993, año en que un espectador, en Hamburgo, saltó a la pista y apuñaló a Monica Seles durante un partido, el Open de Estados Unidos ubica a un guardia de seguridad detrás de cada jugador durante todas las pausas y los cambios de lado de pista. James siempre se asegura de ser él quien ocupe el lugar posterior a mi silla. Su incapacidad para mostrarse imparcial nunca deja de resultarme enternecedora. En el transcurso de un partido despiadado, muchas veces pillo a James con gesto de preocupación, y le susurro: no te preocupes, James, que este de hoy está chupado. Siempre lo hago reír.

Ahora, mientras me lleva hasta las pistas de prácticas, no se ríe. Parece triste. Sabe que esta podría ser nuestra última noche juntos. Aun así, no se desvía ni un ápice de nuestro ritual previo al partido. Dice lo mismo que dice siempre.

Deja que te ayude con esa bolsa.

No, James, esta bolsa no la toca nadie más que yo.

Le explico a James que, cuando tenía siete años, vi que Jimmy Connors le pedía a alguien que le llevara la bolsa, como si fuera Julio César. Y en aquel mismo instante juré que yo siempre me llevaría la mía.

Está bien, dice James, sonriendo. Ya lo sé, ya lo sé. Lo recuerdo. Solo quería ayudar.

Y entonces le pregunto: James, ¿hoy me cubres la espalda?

Sí. Tranquilo. Eso es cosa mía. No te preocupes por nada. Tú a lo tuyo.

Salimos. En ese anochecer de septiembre, el cielo está teñido de violeta, naranja y contaminación. Me acerco a los *stands*, estrecho la mano a algunos otros fans, firmo otros autógrafos antes de empezar a practicar. Hay cuatro pistas de prácticas, y James sabe que quiero la que queda más lejos de la multitud, para que Darren y yo podamos disponer de un poco de tranquilidad mientras le damos a la pelota y hablamos de estrategia.

Me quejo mientras doy el primer revés largo que va al *drive* de Darren.

No le des así esta noche, me dice él. Baghdatis te hará daño.

¿En serio?

Confía en mí, tío.

¿Y dices que se mueve bien?

Sí, bastante bien.

Entrenamos durante veintiocho minutos. No sé por qué me fijo en esos detalles, la duración de la ducha de la tarde, la duración de una sesión de práctica, el color de la camisa de James… Querría no fijarme, pero me fijo, constantemente, y después lo recuerdo para siempre. Mi memoria no se parece en nada a mi bolsa de tenis: yo no intervengo para nada en su contenido. Ahí entra todo, y nunca parece salir nada.

Lo de la espalda va bien. El agarrotamiento normal, pero el dolor insoportable ha desaparecido. La cortisona funciona. Me siento bien, aunque, claro está, la definición de lo que es sentirse bien ha ido evolucionando a lo largo de los últimos años. Me siento mejor de lo que me sentía cuando abrí los ojos esta mañana, cuando se me pasó por la cabeza no jugar. Tal vez sí pueda competir. Claro que mañana habrá consecuencias físicas graves, pero no me conviene pensar mucho en el mañana, lo mismo que no me conviene pensar mucho en el ayer.

De nuevo en el vestuario, me quito la ropa sudada y me meto en la ducha. Mi tercera ducha del día es breve, práctica. Ahora no hay tiempo para mentalizaciones ni para llantos. Me visto con unos pantalones cortos limpios y una camiseta, y pongo los pies en alto. Bebo toda el *Agua de Gil* que mi cuerpo acepta, porque son las seis y media, y queda casi una hora para que empiece el partido.

Hay un televisor sobre la mesa del vestuario e intento ver las noticias. No puedo. Bajo hasta las oficinas a visitar a las secretarias y a los empleados del Open de Estados Unidos. Están ocupados. No tienen tiempo de hablar. Franqueo una puerta pequeña. Stefanie y los niños han llegado. Están en un patio de juegos pequeño situado junto al vestuario. Jaden y Jaz se turnan en el tobogán de plástico. Sé que Stefanie agradece tener aquí a los niños, porque así se distrae. Ella está mucho más nerviosa que yo. Parece casi molesta. Su ceño fruncido dice: «¡Esto ya debería haber empezado! ¡Vamos!». Me encanta esa manera que tiene ella de buscar pelea.

Converso un rato con ella y con los niños, pero no oigo ni una palabra de lo que dicen. Mi mente está muy lejos. Stefanie ve. Siente. No se ganan veintidós torneos de Grand Slam sin un sentido altamente desarrollado de la intuición. Además, ella se ponía igual que yo antes de sus partidos. Así que me envía a los vestuarios. Vete. Nosotros estaremos aquí. Haz lo que tengas que hacer.

Ella no va a ver el partido desde la pista. Le resulta demasiado cercano. Se quedará en uno de los palcos elevados con los niños, paseando de arriba abajo a ratos, rezando a ratos, cubriéndose los ojos.

Entra Pere, uno de los preparadores más veteranos. Sé perfectamente cuál de las bandejas que trae es para mí: es la que tiene dos aros de espuma y veinticuatro tiritas. Me tumbo en una de las camillas de la sala de entrenamiento, y Pere se sienta a mis pies. Para preparar a esos perros para la guerra hay que manchar bastante, así que pone un cubo debajo. Me gusta que Pere sea pulcro, meticuloso: el Roman de los callos. Primero me pasa un bastoncillo de los oídos con una sustancia que parece

tinta, y que hace que me quede la piel pegajosa y el empeine granate. No hay manera de quitársela. Mi empeine lleva manchado de esa tinta desde que Reagan era presidente. Ahora Pere me rocía con un endurecedor de piel. Lo deja secar, y rodea cada una de las callosidades con un aro de espuma. Después vienen las tiritas, que son como de papel de arroz, y se convierten al instante en parte de mi piel. Me envuelve con ellas cada uno de los pulgares de los pies hasta que alcanza el tamaño de una bujía. Finalmente me cubre con el resto de tiritas las plantas de los pies. Conoce mis puntos de presión, las zonas con las que aterrizo tras un salto y en las que, por tanto, necesito capas extra de acolchado.

Le doy las gracias, me pongo el polo del partido, los calcetines, las zapatillas, sin atar. Ahora, a medida que todo empieza a ralentizarse, el volumen de los sonidos aumenta. Hace unos momentos el estadio estaba en silencio; ahora la estridencia es máxima. El aire se llena de zumbidos, de murmullos, el ruido de los aficionados que ocupan deprisa sus asientos, que se acomodan, impacientes, porque no quieren perderse ni un minuto de lo que está a punto de empezar.

Me pongo en pie. Estiro las piernas.

Ya no volveré a sentarme.

Pruebo una carrerilla por la sala. No está mal. La espalda aguanta. Todos los sistemas funcionan.

Al otro lado del vestuario veo a Baghdatis. Ya está vestido, y se toca el pelo frente al espejo. Lo mueve, se lo peina, se lo echa hacia atrás. ¡Vaya! Tiene mucho pelo. Ahora se coloca la cinta en la cabeza, una especie de pañuelo blanco. No deja de moverla hasta que le queda perfecta, y después se da un último tirón a la coleta. Se trata, sin duda, de un ritual previo al partido mucho más glamuroso que acolcharse los callos. Recuerdo mis problemas con el pelo en una etapa temprana de mi carrera. Por un momento siento envidia. Echo de menos mi pelo. Después me paso una mano por la calva y siento gratitud de que, siendo tantas las cosas que me preocupan en este momento, el pelo no sea una de ellas.

Baghdatis empieza a estirarse, dobla la cintura. Se apoya en un solo pie y se acerca una rodilla al pecho. Nada desasosiega más que ver a tu contrincante practicar pilates, yoga y taichi cuando tú no puedes ni hacer una reverencia. Ahora mueve las caderas adoptando unas posturas que yo no he vuelto ni a intentar desde que tenía siete años.

Y sin embargo, se esfuerza demasiado. Está ansioso. Casi creo oír su sistema nervioso central, un rumor que es como ese zumbido del estadio. Observo cómo se relacionan sus entrenadores con él, y percibo que ellos también están inquietos. Sus rostros, su lenguaje corporal, el tono de su piel, todo me indica que saben que van a participar en una pelea callejera, y no están seguros de quererlo. Siempre me gusta que mi rival y su equipo muestren una energía nerviosa. Es un buen augurio, pero también una muestra de respeto.

Baghdatis me ve y sonríe. Recuerdo que sonríe cuando está contento y cuando

está nervioso, y que nunca se sabe qué es lo que siente en un momento dado. Una vez más me recuerda a alguien, pero no se me ocurre a quién.

Levanto la mano. Buena suerte.

Él levanta la suya. Los que van a morir…

Me meto en el túnel para hablar un momento con Gil por última vez. Se ha instalado en una esquina, para poder estar solo y a la vez echarle un ojo a todo. Me pasa un brazo por el hombro, me dice que me quiere y que está orgulloso de mí. Me encuentro a Stefanie y le doy un último beso. Ella se balancea, se mueve de un lado a otro, golpea el suelo con los pies. Daría lo que fuera por ponerse una falda corta, agarrar una raqueta y salir conmigo a la pista. Mi mujercita, siempre tan aguerrida. Intenta sonreír, pero la sonrisa se le queda en mueca. Veo en su rostro todo lo que quiere decir pero que no se permite decir. Oigo todas las palabras que se niega a pronunciar. Disfruta, saboréalo, empápate de todo, fíjate en todos y cada uno de los detalles pasajeros, porque podría no haber más, y aunque odies el tenis, es posible que llegues a echarlo de menos cuando termine esta noche.

Eso es lo que quiere decir, pero en lugar de hacerlo me besa y me dice lo que me dice siempre antes de que salga a la pista, algo con lo que yo he llegado a contar tanto como con el aire, con el sueño, con el *Agua de Gil*.

Destrózalo.

Un miembro de la organización del Open de Estados Unidos, trajeado y con un *walkie-talkie* más grande que mi antebrazo, se me aproxima. Parece encargarse de la cobertura de los medios de comunicación y de la seguridad en la pista. De hecho, parece encargarse de todo, incluidas las llegadas y las salidas del aeropuerto de La Guardia. Cinco minutos, dice.

Me vuelvo hacia alguien y le pregunto: ¿qué hora es?

Hora de salir.

No. Quiero saber qué hora es. ¿Son las siete y media? ¿Las siete y veinte? No lo sé, y de pronto me parece importante. Pero ahí no hay relojes.

Darren y yo nos miramos. Su nuez sube y baja.

Tío, ya has hecho los deberes. Estás listo.

Asiento con la cabeza.

Alarga el puño para hacerlo chocar contra el mío. Solo una vez, porque eso fue lo que hicimos antes de mi victoria de la primera ronda a principios de semana. Los dos somos supersticiosos, por lo que terminamos los torneos igual que los empezamos. Yo observo el puño de Darren, lo golpeo una vez con el mío, con decisión, pero no me atrevo a alzar la vista ni lo miro directamente. Sé que Darren tiene lágrimas en los ojos, y sé qué me ocurriría si lo viera.

Los últimos detalles. Me aprieto los cordones de las zapatillas. Me vendo la muñeca. Siempre me las vendo yo solo, desde mi lesión de 1993. Me ato los

cordones.

Por favor, que acabe todo esto.

No estoy listo para que acabe.

Señor Agassi, es la hora.

Estoy listo.

Entro en el túnel, tres pasos por detrás de Baghdatis. Nos precede James, una vez más. Nos detenemos, aguardamos una señal. El rumor que nos rodea por todas partes crece en intensidad. El túnel está tan frío que parece la cámara frigorífica de una empresa cárnica. Conozco este túnel tan bien como el vestíbulo de mi casa. Y sin embargo esta noche me parece diez grados más frío que de costumbre, y muchísimo más largo. Miro hacia un lado. Ahí, en las paredes, se alinean las fotos de algunos campeones anteriores. Navratilova. Lendl. McEnroe. Stefanie. Yo. Los retratos tienen un metro de altura, y aparecen espaciados simétricamente… demasiado simétricamente. Parecen los árboles de una urbanización residencial de nueva construcción. Me digo a mí mismo: deja de fijarte en esas cosas. Es hora de que acotes tu mente, de la misma manera que este túnel acota tu visión.

El jefe de seguridad dice: ¡vamos! ¡Todos! ¡Empieza el espectáculo!

Caminamos.

Según lo meticulosamente estipulado, Baghdatis se mantiene tres pasos por delante mientras avanzamos hacia la luz. De pronto, una segunda luz, cegadora, etérea, nos da en la cara. Una cámara de televisión. Un periodista le pregunta a Baghdatis cómo se siente. Él responde algo que yo no oigo.

Ahora la cámara se acerca a mi cara, y el reportero me formula la misma pregunta.

Este podría ser su último partido. ¿Cómo se siente?

Le respondo, aunque no tengo ni idea de lo que digo. Pero tras años de práctica tengo la sensación de que le digo lo que él quiere que le diga, lo que se espera de mí que diga. Después sigo caminando, con unas piernas que no parecen mías.

La temperatura aumenta de forma espectacular a medida que nos acercamos a la puerta de la pista. El zumbido resulta ahora ensordecedor. Baghdatis sale primero. Conoce la gran expectación que está generando mi retirada. Lee los periódicos. Esta noche espera hacer el papel de malo. Cree que está preparado. Yo lo dejo salir, dejo que oiga que el rumor se transforma en vítores. Dejo que crea que la multitud nos vitorea a los dos. Y entonces salgo yo. Ahora, los vítores se triplican. Baghdatis se vuelve y se da cuenta de que los primeros vítores eran para él, pero que estos son para mí, lo que lo obliga a revisar sus expectativas y a reconsiderar lo que le espera. Sin golpear ni una sola pelota, he conseguido alterar enormemente su sensación de bienestar. Un truquito de veterano. De gato viejo.

La gente grita más y más mientras nos dirigimos a nuestras respectivas sillas. Más de lo que creía que gritarían, más de lo que la he oído gritar nunca en Nueva York. Yo mantengo la mirada baja, dejo que el ruido pase por encima de mí. Les encanta este

momento. Les encanta el tenis. No sé qué sentirían todas esas personas si conocieran mi secreto. Mantengo la vista fija en la pista. Aunque siempre ha sido la parte más anómala de mi vida, en este momento, en medio de todo este estruendo, es el único espacio de normalidad. La pista, donde me he sentido tan solo, tan expuesto, es donde ahora espero hallar refugio contra este momento de tanta emoción.

El primer set es un paseo, y gano 6-4. La pelota obedece todas y cada una de mis órdenes. Mi espalda, también. Noto el cuerpo tibio, líquido. La cortisona y la adrenalina trabajan juntas. Gano el segundo set 6-4. Veo la línea de meta.

Durante el tercer set empiezo a cansarme. Pierdo concentración y control. Baghdatis, entre tanto, cambia su plan de juego. Juega ayudado por la desesperación, una sustancia más potente que la cortisona. Empieza a vivir en el ahora. Asume riesgos, y todos los riesgos le compensan. Ahora la pelota me desobedece a mí, y conspira a su favor. Sistemáticamente rebota del lado que a él le conviene, lo que le da confianza. Veo la confianza en el brillo de sus ojos. Su desesperación inicial se ha convertido en esperanza. No. En ira. Ya no me admira. Me odia. Y yo lo odio a él, y ahora los dos enseñamos los dientes y gruñimos e intentamos quitarnos mutuamente lo que tenemos. El público se alimenta de nuestra ira, grita, golpea el suelo con los pies a cada punto. No es tanto que aplaudan como que se abofetean las manos, y todo suena primitivo y tribal.

Él gana el tercer set 6-3.

Yo no puedo hacer nada para frenar la carnicería que Baghdatis está cometiendo. Todo lo contrario, la cosa empeora. No en vano él tiene veintiún años, y apenas empieza a calentarse. Ha encontrado su ritmo, su razón para estar ahí, en la pista, su derecho de estar ahí, mientras que yo he consumido ya mis energías renovadas, y soy dolorosamente consciente del reloj que se aloja en el interior de mi cuerpo. No quiero jugar un quinto set. No estoy para aguantar un quinto set. Como mi mortalidad es ahora un factor a tener en cuenta, empiezo a asumir yo también mis propios riesgos. Me pongo por delante: 4-0. Ya le he roto el servicio dos veces, y una vez más la línea de meta aparece ante mí, a mi alcance. Siento la fuerza magnética, que tira de mí.

Pero entonces siento el tirón de mi otra fuerza. Baghdatis empieza a jugar su mejor juego en todo el año. Acaba de acordarse de que es el número 8 mundial. Dispara tiros que no sabía que tuviera en su repertorio. Yo he puesto el listón peligrosamente alto, pero ahora él viene a mi encuentro en las alturas, y me supera. Me rompe el saque y consigue el 4-1. Con el suyo se pone a 4-2.

Ahora llega el juego más importante del partido. Si lo gano, recobro el dominio del set, y vuelvo a meterle en la cabeza (y a meterme yo en la mía) la idea de que si me ha roto un saque es porque ha tenido suerte. En cambio, si pierdo, nos ponemos 4-3, y el contador se pone a cero. Nuestra noche vuelve a empezar. Aunque nos hayamos estado machacando durante diez *rounds*. Si pierdo este juego, el combate

empieza de nuevo. Jugamos a un ritmo frenético. Él echa el resto, lo da todo… Y gana el juego.

Va a ganar este set. Prefiere morir a perder este set. Él lo sabe, yo lo sé, y todo el público lo sabe. Hace veinte minutos, yo estaba a dos juegos de ganar y ponerme por delante. Ahora estoy a punto de derrumbarme.

Gana el set 7-5.

Empieza el quinto set. Saco yo, tembloroso, sin saber bien si mi cuerpo aguantará otros diez minutos, enfrentándome a un niño que parece cada vez más joven, más fuerte, después de cada punto. Me digo a mí mismo: no permitas que esto acabe así. De todas las maneras posibles, de esta no, no desaprovechando una ventaja de dos sets. Baghdatis también habla consigo mismo, también se espolea a sí mismo. Vamos montados en un columpio, en un péndulo de puntos absolutamente energéticos. Él comete un error. Yo cometo otro. Él va a por pelotas imposibles. Yo, más. El saque es mío y vamos cuarenta iguales, y jugamos un punto de locos que termina cuando él me lanza una dejada de *drive* que yo estrello contra la red. Me grito a mí mismo. Ventaja para Baghdatis. Es la primera vez que me pongo por detrás de él en toda la noche.

Aleja esa idea. Controla lo que está en tu mano controlar, Andre.

El siguiente punto lo gano yo. Otra vez iguales. Euforia.

Le cedo el siguiente punto. Un revés a la red. Ventaja para Baghdatis. Depresión.

También gana el siguiente punto, gana el juego y nos ponemos 1-0.

Nos dirigimos a nuestras respectivas sillas. Oigo que el público susurra los primeros epitafios para Agassi. Doy un sorbo de *Agua de Gil*, sintiendo lástima de mí mismo, sintiéndome viejo. Miro a Baghdatis, preguntándome si él se sentirá superior. Pero veo que le pide a un asistente que le dé un masaje en las piernas. Solicita un tiempo para una consulta médica. Tiene un tirón en el cuádriceps izquierdo. ¿Y todo eso me lo ha hecho con un calambre en el cuádriceps?

El público aprovecha la pausa para entonar sus cánticos. «¡Vamos, Andre! ¡Vamos, Andre!». Hacen una ola. Agitan pancartas con mi nombre.

«Gracias por los recuerdos, Andre».

«Esta es la casa de Andre».

Finalmente, Baghdatis informa de que está listo para continuar. Acaba de ponerse por delante, y va ganando él, lo que debería haberle proporcionado un chute de energía mental. En cambio, la pausa parece haberle roto el ritmo. Le rompo el saque. Volvemos a estar donde estábamos.

Durante los seis juegos siguientes, cada uno mantiene el servicio. Después, cuando vamos 4-4 y sirvo yo, nos enzarzamos en un juego que parece durar una semana entera, uno de los más extenuantes y raros de toda mi carrera. Gruñimos como animales, golpeamos como gladiadores; su *drive*, mi revés. El público, en el estadio, deja de respirar. Incluso el viento deja de soplar. Las banderas no ondean y se posan, mustias, sobre las astas. Cuando vamos 40-30, Baghdatis lanza un *drive* rápido

que me obliga a abandonar mi posición. Apenas llego a tiempo de colocar la raqueta en su sitio. Consigo que la pelota llegue al otro lado de la red —gritando de agonía—, y entonces él me devuelve con fuerza mi revés. Yo tengo que correr en la dirección contraria —¡ah, mi espalda!—, y alcanzo la pelota por los pelos. Pero me he torcido la columna. Se me ha agarrotado la columna vertebral, y los nervios, en su interior, gritan de dolor. Adiós, cortisona. Baghdatis devuelve una pelota ganadora a media pista, y mientras la veo avanzar sé que, desde ahora hasta el final del partido, ya he dado lo mejor de mí. Haga lo que haga a partir de ahora, limitará y comprometerá mi salud y movilidad futuras.

Me fijo en Baghdatis para ver si se ha percatado de mi dolor. Pero veo que cojea. ¿Cojeando? Tiene un calambre. Se echa al suelo, agarrándose las piernas. Su dolor es más intenso que el mío. Prefiero, en cualquier caso, una lesión de espalda congénita que unos calambres repentinos en las piernas. Mientras se retuerce en el suelo, me doy cuenta de que todo lo que tengo que hacer es quedarme en mi sitio, muy tieso, y mover esa maldita bola de un lado a otro un rato más: sus calambres harán el resto.

Abandono toda idea de sutileza y estrategia. Me digo a mí mismo: limítate a lo fundamental. Cuando juegas con alguien lesionado, todo se reduce a instinto y reacción. Esto ya no va a ser tenis, sino una prueba pura y dura de voluntades. Se acabaron los amagos, las fintas, los juegos de pies. A partir de ahora, solo ganchos y golpes directos.

De nuevo en pie, Baghdatis también ha abandonado la estrategia, ha dejado de pensar, lo que lo convierte en un rival más peligroso. El dolor lo enloquece, y la locura resulta impredecible, sobre todo en una pista de tenis. Cuando vamos 40 iguales, fallo el primer saque y le regalo un segundo servicio blando, lento, a poco más de ciento diez kilómetros por hora, que él aprovecha para descargar. Gana el punto. Ventaja para Baghdatis.

Mierda. Me echo hacia delante. ¿Ese tío no puede moverse, y aun así me gana un punto cuando saco yo?

Ahora, una vez más, me encuentro a punto de quedar por detrás, 4-5, lo que llevará a Baghdatis a disponer de un juego de partido, sacando él. Cierro los ojos. Vuelvo a fallar mi primer saque. Disparo el segundo, tentativo, apenas para poner en marcha la jugada, y no sé por qué él me devuelve un *drive* fácil. Volvemos a 40 iguales.

Cuando tu mente y tu cuerpo se tambalean al borde del abismo absoluto, un punto regalado como ese es algo así como si el gobernador te conmutara la pena de muerte. Fallo una vez más el primer saque. Saco por segunda vez, y él me lo devuelve blando. Otro regalo. Ventaja para Agassi.

Estoy a un punto de ponerme por delante 5-4. Baghdatis tuerce el gesto y contraataca. No se rendirá. Gana el punto. Tercer *deuce*.

Me prometo a mí mismo que si vuelvo a obtener la ventaja, no la dejaré escapar.

Ahora ya no es que Baghdatis tenga calambres; es que está inválido. Espera mi

saque totalmente doblado. No concibo que sea capaz de mantenerse en la pista, y mucho menos de estar poniéndome las cosas tan difíciles. Este tío tiene tanto pundonor como pelo. Siento compasión por él, aunque a la vez me digo que no debo mostrarle la más mínima piedad. Saco. Él consigue restar, y en mi impaciencia por llevar la pelota tras la línea de saque, me paso de largo. Fuera. Una muestra de bloqueo por mi parte. Claramente. Ventaja para Baghdatis.

Con todo, no puede sacarle rendimiento. Durante el siguiente punto, envía una pelota bastante más allá de la línea de fondo. Cuarto *deuce*.

Libramos un punto muy largo, que termina cuando le lanzo una pasada al fondo que no consigue devolverme. Ventaja para Agassi. Otra vez. Me he prometido que no volvería a desperdiciar esta oportunidad si volvía a presentárseme, y aquí está. Pero Baghdatis no me deja cumplir con mi promesa, y se anota enseguida el siguiente punto. Por quinta vez, 40-40.

Jugamos un punto largo hasta el absurdo. No sé por qué, pero todas las pelotas que tira él rozan alguna línea, y todas las que tiro yo superan la red. *Drives*, reveses, golpes imposibles, lanzamientos en plancha sobre el suelo…, hasta que él devuelve un tiro que roza la línea de fondo y rebota solo un poco, imprevisiblemente hacia un lado. La alcanzo cuando sube, y la envío por encima de él, y más allá de la línea de fondo.

Ventaja para Baghdatis.

Limítate a lo básico, Andre. Hazlo correr, hazlo correr. Está cojo, así que tienes que obligarlo a correr. Saco yo, él me devuelve un tiro muy blando, yo le hago ir de un lado a otro hasta que grita de dolor y envía la pelota a la red. Sexto *deuce*.

Mientras espero para sacar de nuevo, Baghdatis se apoya en la raqueta, que usa como un viejo usaría un bastón. Sin embargo, cuando fallo el primer saque, él se echa hacia delante y se incorpora un poco, como un cangrejo, y con su bastón de anciano coloca la pelota fuera del alcance de mi *drive*. Ventaja para Baghdatis.

Es la cuarta vez que tiene la posibilidad de ganar el juego. Yo lanzo un primer saque tímido, tan débil, tan cobarde, que incluso yo a los siete años me habría avergonzado de lanzarlo así. Y sin embargo Baghdatis me lo devuelve a la defensiva. Le lanzo un *drive*. Su tiro se estrella contra la red. Ya vamos por el séptimo *deuce*.

Otro primer saque. Llega a devolverlo, pero la pelota toca la red y de ahí no pasa. Ventaja para Agassi.

Vuelvo a tener el juego en mi saque. Recuerdo la promesa que ya me he hecho dos veces. Ahí tengo otra última oportunidad. Pero noto espasmos en la espalda. Apenas puedo volverme, y mucho menos lanzar la pelota muy arriba y golpearla a más de 190 kilómetros por hora. Fallo el primer saque, cómo no. Quiero machacar en el segundo, mostrarme agresivo. Pero no puedo. No puedo físicamente. Me digo a mí mismo: golpea hasta los tres cuartos, colócale la pelota por encima del hombro, hazle correr de un lado a otro hasta que escupa sangre. Pero no cometas doble falta.

Es más fácil decirlo que hacerlo. El cuadro de saque se encoge. Veo con mis

propios ojos cómo disminuye su tamaño. ¿Los demás también lo ven? El cuadro de saque tiene ahora el tamaño de un naipe; es tan pequeño que no sé si cabría la pelota aunque me acercara caminando hasta allí y la depositara encima. Mi saque es tan largo que va fuera. Claro. Doble falta. Es la octava vez que nos ponemos 40-40.

El público grita, incrédulo.

Consigo poner la pelota en movimiento en el siguiente primer saque. Baghdatis resta un golpe muy profesional. Con tres cuartas partes de su campo totalmente abiertas, le lanzo la pelota al fondo, forzando su revés, a tres metros de donde se encuentra. Corre como puede hacia ella, agita la raqueta sin fuerzas, no llega. Ventaja para Agassi.

En el vigésimo segundo punto del juego, tras un breve intercambio, Baghdatis, finalmente, estrella un revés contra la red. Juego para Agassi.

Durante el cambio de campo, miro a Baghdatis, que se ha sentado. Craso error el suyo. Un error de juventud. Cuando uno tiene un calambre, no debe sentarse nunca. No hay que decirle nunca al cuerpo que es hora de descansar para después añadir: «¡Era broma!». El cuerpo es como el gobierno, que dice: «Tú haz lo que quieras, pero si te pillamos, no nos mientas». Así que no va a ser capaz de servir. No va a ser capaz de levantarse de esa silla.

Pero entonces sale a la pista y saca.

¿Qué es lo que hace que ese hombre se mantenga en pie?

Ah, sí, claro, la juventud.

Vamos 5 iguales, y jugamos un juego agarrotado. Él comete un error, busca un K.O. Pero yo contraataco y gano. Me pongo por delante. 6-5.

Saca él. Me va ganando 40-15. Está a un punto de forzar el *tiebreak*.

Pero yo presento batalla y alcanzo el empate. 40-40.

A continuación gano el siguiente punto, y tengo ante mí un punto de partido.

Intercambiamos unos golpes rápidos, endiablados. Él golpea de *drive*, y apenas la pelota abandona las cuerdas de su raqueta, yo sé que irá fuera. Sé que he ganado el partido, y en ese mismo instante me doy cuenta de que no habría tenido energía para ejecutar un solo movimiento más.

Me acercó a la red para saludar a Baghdatis. Le estrecho la mano temblorosa y abandono enseguida la pista. No me atrevo a detenerme. «Tengo que seguir moviéndome». Me tambaleo por el túnel, con la bolsa colgada del hombro izquierdo, aunque la siento como si la llevara colgando del derecho, porque tengo todo el cuerpo torcido. Cuando llego al vestuario, ya no soy capaz de dar un paso más. No soy capaz de seguir en pie. Me estoy cayendo al suelo. Estoy en el suelo. Llegan Darren y Gil, me quitan la bolsa del hombro y me suben a una camilla. Los preparadores de Baghdatis lo acomodan a él sobre la camilla contigua.

Darren, ¿qué me ocurre?

Tiéndete, tío. Estírate.

No puedo, no puedo…

¿Dónde te duele? ¿Es un calambre?

No, es una obstrucción. No puedo respirar.

¿Qué?

No puedo… Darren… no puedo… respirar.

Darren está ayudando a alguien a ponerme hielo sobre el cuerpo, me levanta los brazos, llama a un médico. Me suplica que me estire, que me estire.

Suéltalo, tío. Desténsate. Tienes el cuerpo trabado. Suéltate, tío, suéltate.

Pero no puedo. Y ese es precisamente el problema, ¿no? Que no soy capaz de soltarme.

Un caleidoscopio de rostros aparece sobre mí. Gil, que me presiona el brazo y me alarga una bebida de recuperación. Te quiero, Gil. Stefanie, que me besa en la frente y me sonríe, no sé si contenta o nerviosa. «Ah, sí, claro, ahí es donde había visto ya esa sonrisa». Un asistente, que me informa de que los médicos vienen de camino. Enciende el televisor instalado sobre la camilla. Para tener algo que hacer mientras espera, dice.

Intento ver algo. Oigo gemidos a mi izquierda. Vuelvo la cabeza despacio y veo a Baghdatis en la camilla de al lado. Su equipo está trabajando en él. Le estiran el cuádriceps, los calambres del tendón de la corva. Le estiran el tendón de la corva, el calambre del cuádriceps. Intenta tenderse totalmente plano, y siente un calambre en la entrepierna. Se acurruca hecho un ovillo, y les suplica que lo dejen solo. Todo el mundo sale del vestuario. Nos quedamos a solas, él y yo. Vuelvo a fijarme en la pantalla del televisor.

Momentos después algo hace que me vuelva otra vez hacia Baghdatis. Me está sonriendo. ¿Contento o nervioso? Tal vez las dos cosas. Yo también le sonrío.

Oigo mi nombre en la tele. Vuelvo la cabeza. Momentos destacados del partido. Los primeros sets, engañosamente fáciles. El tercero: Baghdatis empieza a creer. El cuarto, la pelea a machetazos. El quinto, ese noveno juego interminable. Del mejor tenis que he jugado en mi vida. Y del mejor tenis que he visto jugar. El comentarista lo define como «clásico».

Por el rabillo del ojo detecto un ligero movimiento. Me vuelvo y veo que Baghdatis me alarga la mano. Su rostro dice: eso lo hemos hecho nosotros. Alargo la mano, agarro la suya, y permanecemos así, cogidos de la mano, mientras en el televisor se suceden las imágenes de nuestra batalla salvaje.

Finalmente dejo que mi mente vaya a donde lleva tiempo queriendo ir. Ya no puedo impedírselo. Ha dejado de pedírmelo educadamente, y ahora me lleva a la fuerza hasta el pasado. Y como mi mente anota y registra hasta los más mínimos detalles, lo veo todo con meridiana y radiante claridad: cada contratiempo, cada victoria, cada rivalidad, cada rabieta, cada cheque, cada novia, cada traición, cada reportero, cada esposa, cada hijo, cada ropa, cada carta de un fan, cada partido de

revancha, cada ataque de llanto. Como si un segundo televisor, sobre mi cabeza, emitiera los momentos más destacados de mis últimos veintinueve años, todo pasa por mi mente como un remolino en alta definición.

La gente me pregunta a menudo cómo es la vida de quienes nos dedicamos al tenis, y yo nunca sé cómo describirla. Pero esa palabra es la que más se acerca: más que cualquier otra cosa, es un remolino doloroso, emocionante, espantoso, asombroso. Llega a ejercer, incluso, una débil fuerza centrífuga, contra la que llevo tres décadas luchando. Ahora, boca arriba en las entrañas del Arthur Ashe Stadium, con mi mano en la mano de un rival derrotado y a la espera de alguien que venga a ayudarnos, hago lo único que puedo hacer. Dejo de luchar contra ella. Cierro los ojos y observo. Nada más.

1

Tengo siete años y estoy hablando solo, porque estoy asustado y porque soy la única persona que me escucha. Entre dientes, susurro: déjalo ya, Andre, ríndete. Suelta la raqueta y sal de esta pista, ahora mismo. Entra en casa y cómete algo bueno. Juega con Rita, con Philly, con Tami. Siéntate con mamá mientras hace punto o completa un puzle. ¿A que suena bien? ¿A que te sentirías en la gloria, Andre? Dejarlo, sin más. No volver a jugar al tenis en toda tu vida.

Pero no puedo. No solo mi padre empezaría a perseguirme con mi raqueta por toda la casa, sino que algo en mi fuero interno, un músculo invisible, muy adentro, no me deja. Detesto el tenis, lo odio con toda mi alma, y sin embargo sigo jugando, sigo dándole a la pelota toda la mañana, y toda la tarde, porque no tengo alternativa. Por más ganas que tenga de parar, no lo hago. Sigo suplicándome a mí mismo parar, y en cambio sigo. Y ese abismo, esa contradicción entre lo que quiero hacer y lo que de hecho hago, me parece la esencia de mi vida.

Por el momento, mi odio al tenis se focaliza en el dragón, una máquina lanzapelotas modificada por mi padre, que escupe fuego por la boca. Negro como la noche, montado sobre unas grandes ruedas de goma y con la palabra PRINCE pintada en letras de imprenta blancas sobre la base, el dragón, a primera vista, se parece a todas las máquinas lanzapelotas de todos los clubs de campo de América, pero es, en realidad, un ser vivo que respira, recién salido de uno de mis cómics. El dragón tiene cerebro, voluntad propia, un corazón negro y una voz espantosa. Al tragarse otra pelota e introducirla en su vientre, el dragón emite una serie de sonidos repugnantes. A medida que la presión se acumula en su garganta, gruñe. Y cuando la pelota asciende lentamente hasta su boca, chilla. Durante un momento el dragón parece casi tonto, como esa máquina de caramelos que se traga a Augustus Gloop en *Charlie y la fábrica de chocolate*. Pero cuando el dragón apunta hacia mí con puntería mortal y me lanza la pelota a 180 kilómetros por hora, el ruido que brota de sus entrañas es una especie de rugido que hiela la sangre. A mí siempre me asusta.

Mi padre ha construido ese dragón expresamente para que su aspecto resulte temible. Lo ha dotado de un cuello extralargo que es un tubo de aluminio, así como de una cabeza estrecha del mismo material, que retrocede agitándose como un látigo cada vez que el dragón dispara. Además, lo ha montado sobre una base a bastante altura, y lo ha acercado mucho a la red, para que de ese modo se alce mucho sobre mí. Yo soy bajo para la edad que tengo. (Parezco menor de lo que soy por mi eterna mueca de disgusto, y por los cortes de pelo a lo paje que me regala mi padre dos veces al mes). Pero, cuando me encuentro frente al dragón, me veo diminuto. Me siento diminuto. Desvalido.

A mi padre le interesa que el dragón se eleve muy por encima de mí no solo para que llame mi atención y me imponga respeto. Le interesa que las pelotas que salen disparadas de su boca caigan a mis pies como si las lanzara un avión desde el aire. Su trayectoria hace que esas pelotas resulten prácticamente imposibles de devolver de una manera convencional. Debo golpear todas esas bolas en pleno vuelo, porque si rebotaran pasarían por encima de mi cabeza. Pero ni siquiera eso es suficiente para mi padre. Devuélvela antes, me grita. Devuélvela antes.

Mi padre me lo grita todo dos veces; a veces, tres; a veces, diez. Más fuerte, dice. Más *fuerte*. Pero ¿de qué me sirve hacerlo? Por más fuerte que le dé a la bola, por más que la devuelva antes, la bola siempre vuelve. Cada pelota que envío al otro lado de la red se suma a las miles que ya cubren la pista. No son centenares. Son miles. Avanzan hacia mí en olas perpetuas. No tengo espacio para volverme, para dar un paso al frente, para saltar. No consigo moverme sin pisar alguna, pero no debo pisarlas, porque mi padre no lo soporta. Si piso una de esas pelotas de tenis, mi padre grita como si le hubiera pisado un ojo.

De cada tres pelotas lanzadas por el dragón, una va a aterrizar sobre otra que ya está en el suelo, lo que crea un efecto demencial de rebote lateral. Yo me adapto en el último segundo, devuelvo la pelota enseguida y la envío impecablemente al otro lado de la red. Sé que no se trata de un reflejo corriente. Sé que hay pocos niños en el mundo capaces de ver venir esa bola, y mucho menos de devolverla. Pero no me siento orgulloso de mis reflejos, ni me los reconocen. Hago lo que se supone que debo hacer. De mí se espera que devuelva todos los tiros. Si lo hago, es lo normal. Si fallo, se desencadena una crisis.

Mi padre dice que si devuelvo 2.500 pelotas al día, devolveré 17.500 pelotas a la semana, y al acabar el año habré devuelto casi un millón. Mi padre cree en las matemáticas. Los números, dice, no engañan. Un niño que devuelva un millón de pelotas al año será invencible.

Devuélvela *antes*, me grita mi padre. Maldita sea, Andre, devuélvela *antes*. Acércate a la pelota, acércate a la pelota.

Ahora es él el que se acerca a mí. Me está gritando directamente al oído. No basta con devolver todas las pelotas que me lanza el dragón. Mi padre quiere que dispare más *fuerte* y más *deprisa* que el dragón. Quiere que derrote al dragón. ¿Cómo vas a derrotar a algo que nunca para? Aunque, pensándolo bien, el dragón se parece bastante a mi padre. Solo que mi padre es peor. Al menos el dragón está plantado frente a mí, y lo veo. Mi padre, en cambio, se coloca detrás. Casi nunca lo veo. Solo lo oigo, día y noche, gritándome al oído.

¡Con más efecto! ¡Dale más fuerte! ¡Dale más fuerte! ¡A la red, no! ¡Maldita sea, Andre! ¡A la red, nunca!

Nada enfurece más a mi padre que ver una pelota tocar la red. No le gusta que devuelva las pelotas largas; me grita cuando las devuelvo largas; pero cuando estrello una pelota contra la red, le sale espuma por la boca. Un error es una cosa, pero lo de

la red es otra muy distinta. Mi padre repite sin cesar: la red es tu peor enemiga.

Mi padre ha instalado la red quince centímetros más alta de lo que estipula el reglamento para que me resulte más difícil superarla. Supone que si consigo enviar la pelota por encima de su red, no tendré problemas para superar la de Wimbledon algún día. Qué más da que yo no quiera jugar en Wimbledon. Lo que yo quiera carece de importancia. A veces veo partidos de Wimbledon en la tele, con mi padre, y los dos vamos con Björn Borg, porque es el mejor, porque nunca para: es lo más parecido al dragón que he visto nunca. Pero yo no quiero ser Borg. Admiro su talento, su energía, su estilo, su capacidad para meterse de lleno en el juego, pero si yo alguna vez llegara a desarrollar sus cualidades, preferiría aplicarlas a otra cosa, no a jugar en Wimbledon. Alguna cosa que escoja yo mismo.

Dale más *fuerte*, grita mi padre. Más *fuerte*. Ahora el revés. El revés.

Tengo la sensación de que el brazo se me va a soltar del cuerpo y se me va a caer al suelo en cualquier momento. Querría preguntarle: ¿cuánto tiempo más nos queda, papá? Pero no pregunto. Hago lo que me dice. Resto con toda la fuerza de que soy capaz, y después un poco más fuerte todavía. Con un resto en concreto, me sorprendo a mí mismo de lo fuerte que he golpeado, de lo limpio que me ha salido el tiro. Aunque odio el tenis, me gusta la sensación de devolver una pelota perfecta. Es la única paz que encuentro. Cuando algo me sale perfecto, disfruto de una fracción de segundo de cordura y sosiego.

Pero el dragón responde a la perfección disparando la siguiente bola más deprisa.

Retroceso corto, grita mi padre. Retroceso cor… Así. «Cepilla» la pelota, cepíllala.

Durante la cena, a veces, mi padre se dedica a demostrarme las cosas que me pide. Coloca la raqueta debajo de la pelota, me dice, y cepíllala, cepíllala. Realiza un movimiento como de pintor que agitara delicadamente un pincel. Es muy posible que eso sea lo único que le he visto hacer a mi padre con delicadeza.

Practica las voleas, me grita, o lo intenta. Mi padre es armenio, nacido en Irán, y habla cinco lenguas, ninguna de ellas bien. Tiene mucho acento. Confunde las uves con las uves dobles, así que en vez de *volea* dice *wolea*. De todas sus instrucciones, esta es su favorita. La grita tanto que la oigo en sueños. «Practica las *woleas*, practica las *woleas*».

Yo he practicado tanto las *woleas* que ya no veo la pista. No se distingue ni un centímetro de cemento verde bajo el manto amarillo de pelotas. Piso de lado, me muevo a tientas, como un viejo. Finalmente, incluso mi padre tiene que admitir que hay demasiadas pelotas. Es contraproducente. Si no puedo seguir moviéndome, no alcanzaremos nuestra cifra diaria de 2.500. Conecta el ventilador, esa máquina gigante que seca la pista cuando llueve. Donde nosotros vivimos —en Las Vegas, Nevada— no llueve nunca, claro, de modo que mi padre usa el ventilador para acorralar las pelotas. Igual que hizo con la máquina lanzapelotas, también ha modificado el aparato de serie para convertirlo en otra criatura diabólica. Es uno de

mis primeros recuerdos de infancia. A los cinco años me sacan de la guardería y voy con mi padre al soldador y lo veo construir esa máquina infernal con aspecto de cortacésped capaz de mover a la vez cientos de pelotas de tenis.

Ahora lo veo empujando el secador, veo que las pelotas se alejan de él, y siento lástima por ellas. Si el dragón y el ventilador son seres vivos, tal vez esas bolas también lo sean. Tal vez estén haciendo lo que yo también haría si pudiera: huir de mi padre. Tras llevar todas las pelotas a un rincón, mi padre agarra una pala y las va metiendo en unos cubos de basura grandes alineados, los cubos de rancho que alimentan al dragón.

Se vuelve y ve que lo miro. ¿Tú qué miras? Sigue dándole, sigue dándole.

Me duelen los hombros. No puedo golpear ni una pelota más.

Golpeo otras tres.

No puedo seguir ni un minuto más.

Sigo otros diez.

Se me ocurre una idea. *Sin querer y no tan sin querer* envío una pelota al otro lado de la valla. He conseguido darle con el borde de madera de la raqueta, por lo que, en teoría, se considera un tiro erróneo. Eso lo hago cuando necesito descansar, y se me ocurre que debo de ser bastante bueno, porque soy capaz de devolver mal una pelota a mi antojo.

Mi padre oye que una pelota toca madera y mira. Ve que la pelota sale de la pista. Maldice. Pero ha oído que la pelota ha tocado madera, por lo que sabe que ha sido sin querer. Además, por lo menos no ha ido a la red. Sale de la pista, se interna en el desierto. Ahora dispongo al menos de cuatro minutos para recobrar el aliento y contemplar a los halcones que, lentamente, vuelan en círculos.

A mi padre le gusta dispararles con su rifle. Nuestra casa está tapizada de sus víctimas, pájaros muertos que cubren nuestro tejado como las pelotas de tenis cubren la pista. Mi padre dice que no le gustan los halcones porque bajan a comerse los ratones y otras indefensas criaturas del desierto. No soporta la idea de que algo fuerte haga presa es algo débil. (Lo mismo le ocurre cuando sale a pescar: pesque lo que pesque, le planta un beso en la cabeza escamosa y lo devuelve al agua). En cambio, convertirme a mí en su presa no le afecta lo más mínimo, no le supone el menor problema ver que me falta el aire. No ve la menor contradicción en ello. De hecho, a él las contradicciones le traen sin cuidado. No se da cuenta de que yo soy la criatura más indefensa en ese desierto suyo dejado de la mano de Dios. Me pregunto si me trataría de otra manera si se diera cuenta.

Ahora regresa a la pista pisando fuerte, echa la pelota al cubo de la basura y me ve contemplando los halcones. Me dedica una mirada enfurecida. ¿Qué coño haces? Deja de pensar. ¡Nada de pensar!

La red es el mayor enemigo, pero pensar es el pecado capital. Pensar, según mi padre, es el origen de todo lo malo, porque pensar es lo contrario de hacer. Cuando mi padre me pilla pensando o soñando despierto en la pista de tenis, reacciona como si

me hubiera pillado robándole dinero de la billetera. Pienso con frecuencia cómo debo hacer para dejar de pensar. No sé si mi padre me grita para que deje de pensar porque sabe que, por naturaleza, tengo tendencia a hacerlo. ¿O será que, con todos esos gritos suyos, él me ha convertido en un ser pensante? ¿Es ese pensar en otras cosas que no sean el tenis un acto de desafío?

Me gusta pensar que sí.

Nuestra casa es poco más que una choza ampliada, construida en la década de 1970, encalada y con remates oscuros. Hay barrotes en las ventanas. El techo, bajo todos esos halcones muertos, tiene listones de madera, muchos de ellos sueltos o desaparecidos. En la puerta hay instalado un cencerro que suena cada vez que alguien entra o sale, como la campana que agitan cuando da inicio un combate de boxeo.

Mi padre ha pintado el alto muro de cemento que rodea la casa de un verde bosque intenso. ¿Por qué? Pues porque el verde es el color de las pistas de tenis. Además, a mi padre también le gusta lo práctico que resulta indicar a quien nos visita la dirección de la casa así: gira a la izquierda, sigue media calle y verás el muro verde.

Aunque no es que nos visite nadie.

Rodeando la casa por los cuatro costados está el desierto. Y más desierto, que para mí es sinónimo de muerte. Salpicado de mezquites, plantas rodadoras y serpientes de cascabel, el desierto que circunda nuestra casa parece no tener otro motivo para existir que proporcionarle un lugar a la gente para desprenderse de las cosas que ya no quiere. Colchones, ruedas, otras personas… Las Vegas —los casinos, los hoteles, el Strip— se alza en la distancia como un espejismo resplandeciente. Mi padre se traslada a ese espejismo todos los días. Es *capitán* de uno de los casinos, pero se niega a vivir más cerca. Se ha venido a vivir aquí, en mitad de la nada, al corazón de la nada, porque es el único sitio en el que puede permitirse una casa con un terreno lo bastante grande para instalar en él su pista de tenis ideal.

Ese es otro recuerdo temprano: conducir por Las Vegas con mi padre y el señor de la agencia inmobiliaria. Habría resultado divertido de no haber sido tan raro: casa tras casa, antes incluso de que el coche del agente se detuviera por completo, mi padre salía a toda velocidad y avanzaba por el camino de acceso. El agente, que lo seguía de cerca, le cantaba las excelencias de las escuelas cercanas, los bajos índices de delincuencia, los tipos de interés, pero mi padre no lo escuchaba. Mirando siempre al frente, irrumpía a toda velocidad en la vivienda, cruzaba el salón, la cocina y se metía en el jardín trasero, donde sacaba la cinta métrica para medir 10,9 por 23,7 metros, las dimensiones de una pista de tenis. De vez en cuando, soltaba a voz en cuello: ¡no cabe! ¡Venga, vámonos! Y dicho y hecho, mi padre desandaba sus pasos, salía de la cocina, salía del salón y descendía por el camino de entrada, mientras el agente hacía esfuerzos por seguirle el ritmo.

Recuerdo que vimos una casa que a mi hermana mayor, Tami, le encantó. La deseaba con todas sus fuerzas. Le suplicó a mi padre que la comprara, porque tenía forma de T, y la T era la inicial de Tami. Mi padre estuvo a punto de comprarla, probablemente porque la T también es la inicial de tenis. A mí me gustaba la casa. Y a mi madre también. Sin embargo, el jardín trasero era unos centímetros más corto de lo que debía ser.

«¡No cabe! ¡Vámonos!».

Finalmente vimos la casa, con un jardín trasero tan grande que a mi padre no le hizo falta sacar la cinta métrica para medirlo. Se plantó en el centro, dándose la vuelta despacio, observándolo todo, sonriendo, imaginando el futuro.

Vendida, dijo en voz baja.

Todavía no habíamos terminado de trasladar la última caja de cartón cuando mi padre empezó a construir su pista soñada. Todavía no sé cómo lo hizo. No había trabajado un solo día de su vida en la construcción. No tenía la menor idea sobre cemento, asfalto ni drenaje de agua. No se leyó ni un libro, no consultó a ningún experto. Simplemente, tenía una imagen en la mente y se dispuso a convertir esa imagen en realidad. Como con tantas otras cosas, insufló existencia a aquella pista a través de un puro ejercicio de energía y mal carácter. Creo que tal vez estuviera haciendo algo similar conmigo.

Necesitó ayuda, por supuesto. Verter cemento no es tarea fácil, así que todas las mañanas me llevaba con él hasta Sambo, un restaurante del Strip —Las Vegas Boulevard, la calle más famosa de la ciudad—, donde reclutaba a algunos veteranos que se pasaban el rato en el estacionamiento. A mí el que mejor me caía era Rudy. Lleno de cicatrices de batalla, de pecho prominente, Rudy siempre me dedicaba media sonrisa, como si entendiera que yo no sabía quién era ni dónde me encontraba. Rudy y su banda nos seguían a mi padre y a mí hasta la parte trasera de la casa, donde mi padre les transmitía lo que quería que hicieran. Al cabo de tres horas, mi padre y yo nos acercábamos hasta el McDonald’s, y les comprábamos unas bolsas inmensas de Big Macs y patatas fritas. Cuando volvíamos, mi padre me dejaba agitar el cencerro para llamarlos a que vinieran a comer. Me encantaba recompensar a Rudy. Me encantaba verlo comer como un lobo. Me encantaba el concepto de un trabajo duro que merecía una dulce recompensa… salvo cuando ese trabajo duro consistía en dar golpes a unas pelotas de tenis.

Los días de Rudy y los Big Macs pasaron en un abrir y cerrar de ojos. De pronto mi padre disponía ya de su pista de tenis en el patio trasero, lo que significaba que a partir de entonces yo ya tenía mi cárcel. Yo mismo había alimentado a quienes habían construido mi prisión. Había ayudado a pintar las líneas blancas que servirían para confinarme. ¿Por qué lo había hecho? No tenía otra opción. Esa es la razón por la cual hago todo.

Nadie me preguntó nunca si quería jugar al tenis, y mucho menos si quería hacer del tenis mi vida. De hecho, mi madre creía que yo había nacido para ser predicador.

Sin embargo, según me ha contado ella misma, mi padre decidió mucho antes de que yo naciera que yo sería jugador profesional de tenis. Y añade que, cuando tenía un año, le demostré a mi padre que tenía razón. Mientras veía jugar un partido de ping-pong, yo solo movía los ojos, y no la cabeza. Mi padre llamó a mi madre.

Mira. ¿Ves que solo mueve los ojos? Tiene un don natural.

Mi madre también me ha dicho que, cuando todavía dormía en la cuna, mi padre me colgaba sobre la cabeza un móvil hecho con pelotas de tenis, y me animaba a golpearlas con una pala de ping-pong que me había atado a la mano. Cuando tenía tres años, me regaló una raqueta con el mango serrado, y me dijo que golpeara con ella todo lo que quisiera. Mi especialidad eran los saleros. Me encantaba romper cristales de ventana con ellos. Le disparaba al perro. Mi padre no se enfadaba nunca. Se enfadaba por muchas cosas, pero nunca por golpear algo con fuerza con la raqueta.

Cuando tenía cuatro años, me hacía practicar con grandes del tenis de paso por la ciudad, empezando por Jimmy Connors. Mi padre me había dicho que Connors era uno de los mejores jugadores de todos los tiempos. A mí me impresionaba más que Connors llevara el pelo cortado a lo paje, como yo. Cuando terminamos de pelotear, Connors le dijo a mi padre que algún día, sin duda, me convertiría en un muy buen jugador.

Eso ya lo sabía, le respondió mi padre, molesto. ¿Muy bueno? Será el número uno del mundo.

A mi padre no le interesaba que le confirmaran lo que ya sabía; le interesaba encontrar a alguien que jugara conmigo.

Cada vez que Connors viene a Las Vegas, mi padre le tensa las cuerdas de sus raquetas. Mi padre es un maestro encordador. (¿Quién mejor que él para crear y mantener la tensión?). Siempre se repite la misma rutina. Connors le entrega a mi padre una caja de raquetas, y ocho horas después mi padre y yo nos reunimos con él en un restaurante del Strip. Mi padre me hace entrar con las raquetas recién tensadas entre mis brazos. Yo le pregunto al jefe si puede indicarme dónde está la mesa del señor Connors. Él me señala la de la esquina más discreta, donde Connors se encuentra con su séquito. Connors está en el centro, dándole la espalda a la pared. Yo me acerco sosteniendo sus raquetas, y se las alargo sin decirle una sola palabra. En la mesa, la conversación cesa, y todos bajan la vista para mirarme. Connors recoge las raquetas con decisión y las deposita sobre una silla. Durante unos instantes me siento importante, como si acabara de entregar unas espadas recién afiladas a uno de los tres mosqueteros. Entonces Connors me pasa la mano por el pelo, suelta un comentario sarcástico sobre mi padre y, en la mesa, todos se ríen a carcajadas.

Cuanto mejor se me da el tenis, peor se me da el colegio, y eso es algo que me duele. A mí me gustan los libros, pero me siento superado por ellos. Me caen bien mis

maestros, pero no entiendo gran cosa de lo que dicen. Al parecer no aprendo ni proceso los hechos como los demás niños. Tengo muy buena memoria, pero me cuesta concentrarme. Necesito que me expliquen las cosas dos o tres veces. (¿Será por eso por lo que mi padre me lo repite todo gritando?). Además, sé que, para mi padre, el tiempo que paso en el colegio es tiempo que no paso en la pista. Así pues, que no me guste el colegio, que me vaya mal en el colegio, es algo así como un acto de fidelidad a papá.

A veces, cuando nos lleva a mis hermanos y a mí al colegio, mi padre sonríe y dice: os propongo un trato, chicos. En lugar de llevaros al colegio, ¿por qué no os llevo al Cambridge Raquet Club? Allí podréis jugar al tenis toda la mañana. ¿Qué os parece?

Sabemos lo que quiere que digamos. Así que respondemos: «¡Hurra!».

«Pero no le digáis nada a vuestra madre», añade mi padre.

El Cambridge Raquet Club es una especie de vertedero largo, de techo bajo, que se encuentra al este del Strip, y cuenta con diez pistas de tenis que huelen a rancio: polvo, sudor, linimento, unidos a un olor acre, como de algo que ha caducado y que nunca logro identificar. Mi padre concibe Cambridge como una extensión de nuestra propia casa. Se planta junto al dueño, el señor Fong, y no nos quita el ojo de encima para asegurarse de que juguemos, de que no perdamos el tiempo charlando ni riendo. Al final, suelta un silbido breve, un sonido que identificaría en cualquier parte. Se lleva los dedos a la boca, sopla con fuerza una vez, y eso significa juego, set, partido, dejad de darle a la bola y meteos en el coche ahora mismo.

Mis hermanos siempre dejan de jugar antes que yo. Rita, la mayor, Philly, mi hermano, y Tami juegan bien. Nosotros somos como la familia Von Trapp del tenis. Pero yo, el menor, el bebé, soy el mejor. Así me lo dice mi padre, así se lo dice a mis hermanos y se lo dice al señor Fong. Andre es el elegido. Por eso me dedica casi toda su atención. Yo soy la última esperanza del clan Agassi. A veces, esa atención suplementaria que me dedica mi padre me gusta, y a veces preferiría ser invisible, porque mi padre puede resultar temible. Mi padre hace cosas.

Por ejemplo, a menudo introduce la punta del pulgar y el índice en una fosa nasal y, preparándose para el intenso dolor que está a punto de infligirse, se extrae un espeso ramillete de vellos negros. Así es como él se acicala. En la misma línea, se afeita sin jabón y sin espuma de ninguna clase. Sencillamente, se pasa una hojilla desechable por las mejillas y la mandíbula secas, cortándose la piel, y después deja que la sangre le gotee por la cara hasta que se le seca.

Cuando está estresado, cuando está nervioso, mi padre suele mirar al vacío y murmura: «Te quiero, Margaret». Yo, un día, le pregunto a mi madre: ¿De quién habla papá? ¿Quién es Margaret?

Y mi madre me cuenta que cuando mi padre tenía mi edad, estaba patinando en un lago y el hielo se resquebrajó. Cayó en el agua y se ahogó. Estuvo bastante rato sin respirar. Lo sacaron del agua, y una mujer llamada Margaret lo reanimó. No la había

visto en la vida, y no volvió a verla jamás. Pero muchas veces la ve mentalmente, y habla con ella, y le da las gracias con gran ternura. Dice que esa visión de Margaret se apodera de él, como si entrara en trance. Mientras le sucede, no es consciente, y después solo conserva un débil recuerdo.

Violento por naturaleza, mi padre está siempre preparándose para la batalla. Se pasa el día haciendo como que boxea sin contrincante. Lleva un hacha metida en el coche. Sale de casa con un puñado de sal y otro de pimienta en el bolsillo, por si se ve envuelto en una pelea callejera y tiene que cegar momentáneamente a alguien. Claro que, de hecho, algunas de sus peores batallas las libra consigo mismo. Sufre de un agarrotamiento crónico en el cuello, que intenta aliviar volviendo el cuello con vehemencia de un lado a otro, y alargándolo mucho. Si eso no le funciona, se sacude como un perro, moviendo la cabeza a izquierda y derecha hasta que las vértebras le suenan como palomitas de maíz al estallar. Si ni siquiera eso le soluciona el problema, recurre al pesado saco de boxeo que tiene colgado de un arnés en el exterior de la casa. Mi padre se sube a una silla, descuelga el saco y mete el cuello por el arnés. Entonces le da una patada a la silla y levanta un pie al aire para frenar el impulso. La primera vez que le vi hacerlo yo estaba pasando por las habitaciones de la casa. Alcé la vista y ahí estaba mi padre, apartando la silla de un puntapié, colgado del cuello, los zapatos a casi un metro del suelo. No me cupo la menor duda de que se había suicidado. Corrí hacia él, histérico.

Al ver mi expresión de angustia, masculló: ¿y a ti qué coño te pasa?

Con todo, la mayoría de sus batallas son contra los demás, y lo normal es que se inicien sin previo aviso, en los momentos más inesperados. Por ejemplo, cuando sueña. Mi padre boxea en sueños, y no es raro que le dé algún puñetazo a mi soñolienta madre. En el coche también se pelea. Pocas cosas le gustan tanto como conducir su viejo Oldsmobile verde mientras canta las ocho canciones del álbum de Laura Branigan. Pero si se le cruza otro conductor, si otro conductor le corta el paso o se niega a dejar que mi padre le corte el paso, todo se oscurece.

Un día voy en coche con mi padre camino de Cambridge, y se enzarza en una bronca con otro conductor. Mi padre para el coche, se baja y exige al otro que haga lo mismo. Como mi padre blande el hacha por el mango, el hombre se niega a hacerlo. Mi padre, entonces, estrella el mango del hacha contra los faros del coche del individuo (los de delante y los de detrás), y los trocitos de cristal salen disparados en todas direcciones.

En otra ocasión, mi padre se vuelve de mi lado y apunta con su pistola a otro conductor. Mantiene el arma levantada a la altura de mi nariz. Yo miro al frente. No me muevo. Ignoro qué ha hecho mal el otro conductor. Solo sé que ha de ser el equivalente motorizado de tocar la red con la pelota de tenis. Noto que el dedo de mi padre se tensa sobre el gatillo. Y entonces oigo que el otro conductor se aleja a toda velocidad, seguido por un sonido que no oigo casi nunca: la risa de mi padre. Se ríe a carcajadas. Me digo a mí mismo que recordaré este momento —mi padre riéndose

mientras sostiene un arma bajo mi nariz—, aunque viva hasta los cien años.

Cuando mete de nuevo la pistola en la guantera y arranca, mi padre se vuelve hacia mí. No se lo digas a tu madre, me dice.

No sé por qué lo dice. ¿Qué haría mi madre si se lo contáramos? Ella no pronuncia jamás una sola palabra de protesta. ¿Acaso cree mi padre que hay una primera vez para todo?

Uno de esos rarísimos días de lluvia en Las Vegas, mi padre me lleva en coche a recoger a mi madre a su oficina. Yo voy de pie en un extremo del asiento corrido, moviéndome de un lado a otro y cantando. Mi padre se cambia de carril para girar a la izquierda. Un camionero hace sonar la bocina. Al parecer, mi padre ha olvidado poner el intermitente. Mi padre le hace una peineta. Sube la mano tan deprisa que casi me da en la cara. El conductor le grita algo. Mi padre suelta una retahíla de insultos. El camionero se detiene y se baja del vehículo. Mi padre, también.

Yo me acurruco en el asiento trasero y miro a través de la ventanilla posterior. La lluvia arrecia. Mi padre se acerca al camionero. Este le propina un puñetazo, pero mi padre se agacha, lo esquiva y le lanza un encadenamiento rapidísimo de golpes que terminan con un gancho. El camionero está tendido en el suelo. Está muerto, estoy seguro de ello. Y si no lo está, no tardará en estarlo, porque está en medio de la carretera, y alguien lo atropellará. Mi padre se monta en el coche y nos alejamos. Yo me quedo en el asiento trasero, observando al camionero por la ventanilla posterior. La lluvia le moja el rostro inconsciente. Me vuelvo para mirar a mi padre, que murmura y golpea el volante. Justo antes de que vayamos a recoger a mi madre, se mira las manos, y las abre y las cierra varias veces para asegurarse de que no tiene rotos los nudillos. Después se vuelve hacia el asiento trasero y me mira fijamente a los ojos, aunque a mí me parece que está mirando como cuando ve a Margaret. Con un atisbo de ternura en la voz me dice: no se lo cuentes a tu madre.

Esos momentos, y muchos más, me vienen a la mente cuando pienso en decirle a mi padre que no quiero jugar al tenis. Además de sentir amor por mi padre y de querer complacerlo, no quiero disgustarlo. No me atrevo. Cuando mi padre se enfada ocurren cosas malas. Si él dice que voy a jugar al tenis, si dice que voy a ser el número uno, ese es mi destino, y yo no puedo hacer más que asentir y obedecer. Y le aconsejaría a Jimmy Connors o a cualquier otra persona que hiciera lo mismo que yo.

El camino hacia el número uno pasa por la Presa Hoover. Cuando tengo casi ocho años, mi padre dice que ha llegado el momento de que pase de las sesiones con el dragón en el jardín de casa y del peloteo en Cambridge a disputar torneos de verdad con otros niños de verdad procedentes de Nevada, Arizona y California. Todos los fines de semana la familia entera se mete en el coche y se dirige hacia el norte, por la U.S. 95, en dirección a Reno, o hacia el sur, a través de Henderson y de la Presa Hoover, para atravesar el desierto camino de Phoenix, Scottsdale o Tucson.

Exceptuando las pistas de tenis, los sitios del mundo que menos me gustan son los coches en los que va mi padre. Pero no hay nada que hacer: estoy condenado a dividir mi infancia entre esas dos cajas.

Gano mis primeros siete torneos en la categoría de diez años o menos. Mi padre no reacciona de ninguna manera. Sencillamente hago lo que se supone que debo hacer. Cuando, de regreso, pasamos junto a la Presa Hoover, me fijo en el agua represada tras ese inmenso muro. Y leo la inscripción grabada en la base de la bandera: «En honor de esos hombres que, inspirados por la visión de unas tierras solitarias convertidas en fructíferas…». Le doy vueltas a esa frase en mi mente. Tierras solitarias. ¿Existe alguna tierra más solitaria que nuestra casa en el desierto? Pienso en la ira represada en mi padre, como el río Colorado que se acumula en el interior de la Presa Hoover. Es solo cuestión de tiempo que reviente. Y no habrá nada que hacer, salvo buscar deprisa unas tierras más altas.

En mi caso, eso equivale a ganar. A ganar siempre.

Vamos a San Diego. A Morley Field. Me enfrento a un niño que se llama Jeff Tarango, y que no tiene ni de lejos mi nivel de juego. Pero gana el primer set 6-4. Yo no doy crédito. Tengo mucho miedo. Mi padre me va a matar. Me pongo las pilas. Gano el segundo set 6-0. Al poco de iniciarse el tercer set, Tarango se tuerce el tobillo. Yo empiezo a lanzarle dejadas, intento obligarle a correr con el tobillo lesionado. Pero descubro que la lesión no existe, que se la inventa. Llega de un salto y devuelve mis dejadas, y gana todos los puntos.

Mi padre grita desde las gradas: ¡Basta de dejadas! ¡Basta de dejadas!

Pero yo no puedo evitarlo. He encontrado una estrategia y me mantengo fiel a ella.

Llegamos a un *tiebreak*. Será al mejor de nueve. Vamos ganando y perdiendo puntos alternativamente hasta llegar a los 4 iguales. Ya hemos llegado. Muerte súbita. Un punto decidirá todo un partido. Yo no he perdido nunca, y no imagino cuál será la reacción de mi padre si pierdo. Juego como si me fuera la vida en ello, lo que es cierto. Tarango debe de tener un padre como el mío, porque juega igual que yo.

Me preparo y lanzo un vibrante revés cruzado. Mi intención no es que sea un golpe de remate, pero lo cierto es que sale de mi raqueta con más fuerza y más largo de lo que pretendía. Es un golpe ganador, clarísimamente, que cae casi un metro dentro de la línea, pero fuera del alcance de Tarango. Lanzo un grito de triunfo. Tarango, de pie en el centro de la pista, baja la cabeza y parece que llora. Despacio, se aproxima a la red.

Ahora se detiene. De pronto, vuelve la vista hacia donde ha rebotado la pelota. Sonríe.

Fuera, dice.

Yo me detengo.

¡Ha sido *out*!, grita.

En infantiles, la cosa funciona así. Los jugadores son sus propios jueces de línea.

Los jugadores gritan si una bola entra o va fuera, y no hay apelación posible. Tarango ha decidido que prefiere hacer lo que ha hecho antes que perder, y sabe que yo no puedo hacer nada al respecto. Levanta las dos manos, victorioso.

Ahora el que empieza a llorar soy yo.

La confusión se apodera de las gradas. Los padres discuten, gritan, casi llegan a las manos. No es justo. No está bien, pero es la realidad. Tarango es el ganador. Yo me niego a darle la mano. Salgo corriendo y no paro hasta llegar al Parque Balboa. Cuando regreso, media hora después, después de haber llorado mucho, mi padre está furioso. No porque haya desaparecido, sino porque no he hecho lo que me ha indicado él durante el partido.

¿Por qué no me escuchabas? ¿Por qué seguías lanzándole dejadas?

Por una vez en mi vida, no tengo miedo de mi padre. Por más enfadado que esté él conmigo, yo estoy más enfadado aún. Enfadado con Tarango, con Dios, conmigo mismo. Aunque creo que Tarango ha hecho trampas, yo no debería haberlo colocado en posición de engañarme. No debería haber dejado que el partido resultara tan igualado. Pero, como lo he hecho, ahora en mi expediente constará una derrota. Para siempre. Eso ya no cambiará nunca. Yo no puedo soportar la idea, pero es ineludible: no soy infalible. Estoy manchado, soy imperfecto. Un millón de pelotas disparadas contra el dragón… ¿para qué?

Después de años oyendo a mi padre despotricar contra mis fallos, una derrota ha bastado para que yo mismo asuma sus críticas. He interiorizado a mi padre —su impaciencia, su perfeccionismo, su rabia— hasta que su voz no solo suena como la mía, sino que es la mía. Ya no necesito que mi padre me torture. A partir de ese día, eso puedo hacerlo yo solito.

2

La madre de mi padre vive con nosotros. Es una mujer desagradable de Teherán con una verruga en la nariz del tamaño de una nuez. A veces no oyes ni una palabra de lo que dice porque no eres capaz de despegar la mirada de esa verruga. Pero no importa, porque seguramente está repitiendo las mismas cosas desagradables que ya dijo ayer, y anteayer, y seguramente se las está diciendo a mi padre. Esa parece la razón de ser de mi abuela: maltratar a mi padre. Él cuenta que ya lo mortificaba de niño, y que a menudo le pegaba. Si se portaba muy mal, lo obligaba a llevar ropa heredada de niña al colegio. Allí fue donde aprendió a pelear.

Cuando no se mete con mi padre, la señora se dedica a graznar sobre su país de origen, a suspirar por la gente que dejó atrás. Mi madre dice que siente «añoranza» de su casa. La primera vez que oigo esa palabra me pregunto cómo puede uno añorar no estar en su casa. En casa es donde vive el dragón. En casa es donde te obligan a jugar al tenis.

Si la abuela quiere volver a su tierra, mejor para mí. Yo solo tengo ocho años, pero me ofrecería voluntario para llevarla en coche al aeropuerto, porque es una persona que crea más tensiones en una casa que ya tiene suficientes. Le hace la vida imposible a mi padre, es mandona conmigo y mis hermanos, y se enzarza en curiosas competiciones con mi madre. Mi madre me cuenta que cuando yo era un bebé, un día entró en la cocina y la encontró dándome el pecho. Desde entonces, las cosas entre las dos mujeres no han sido fáciles.

Hay, claro está, algo bueno en el hecho de que mi abuela viva con nosotros. Ella nos cuenta historias sobre mi padre, sobre su infancia, y con ello a veces consigue que a mi padre le dé por recordar y se abra un poco. Si no fuera por la abuela, nosotros no sabríamos gran cosa de su pasado, que fue triste y solitario, lo que tal vez explique su extraño comportamiento y sus ataques de ira. Más o menos.

¡Oh!, suspira la abuela. Éramos pobres. No podéis imaginar lo pobres que éramos. Y pasábamos *hambre*, añade, frotándose la barriga. No teníamos comida, ni agua corriente ni luz eléctrica. Y tampoco teníamos un solo mueble.

¿Y dónde dormíais?

¡Dormíamos sobre un suelo de tierra! ¡Todos en una habitación minúscula! En una vieja casa compartimentada, construida alrededor de un patio asqueroso. En una esquina del patio había un hueco… esa era la comuna de todos los inquilinos.

Mi padre interviene.

Las cosas mejoraron después de la guerra, dice. De la noche a la mañana, las calles estaban llenas de soldados británicos y americanos. A mí me caían bien.

¿Por qué te caían bien los soldados?

Me regalaban caramelos y cordones de zapato.

También le regalaron el inglés. La primera palabra que mi padre aprendió de aquellos soldados fue *victoria*. No hablaban de otra cosa, dice. *Wictoria*.

Y qué grandes eran, añade. Y fuertes. Yo los seguía a todas partes, los observaba, los estudiaba, y un día los seguí hasta un lugar donde pasaban todo su tiempo libre: un parque en el bosque en el que había dos pistas de tenis de tierra batida.

Las pistas no estaban valladas, y la pelota botaba y salía cada pocos segundos. Mi padre corría tras las pelotas y se las devolvía a los soldados, como un perrito, hasta que finalmente lo convirtieron en su recogepelotas no oficial. Y después lo nombraron, ya oficialmente, cuidador de las pistas.

Mi padre dice: cada día barría y regaba y peinaba las canchas con un rodillo muy pesado. Pintaba las líneas de blanco. ¡Qué trabajo aquel! Tenía que usar agua con tiza.

¿Cuánto te pagaban?

¿Pagarme? ¡Nada! Me regalaron una raqueta de tenis. Estaba destrozada. Era de madera, viejísima, y el cordaje estaba hecho con hilos de acero. Pero a mí me encantaba. Yo me pasaba horas con la raqueta, lanzando una pelota contra una pared de ladrillo, solo.



Mi padre, Mike, un flacucho peso gallo
a sus dieciocho años, en Teherán.

¿Por qué solo?

En Irán nadie jugaba al tenis.

El único deporte que podía proporcionar a mi padre un elenco continuo de contrincantes era el boxeo. Al principio ponía a prueba su dureza en las peleas

callejeras en las que se enzarzaba sin parar. Después, ya de adolescente, se apuntó a un gimnasio y aprendió las técnicas formales del boxeo. Los entrenadores decían que poseía un don natural para el deporte. De manos rápidas, pies ligeros y resentido contra el mundo. Su rabia, con la que a nosotros tanto nos costaba enfrentarnos, era una ventaja en el cuadrilátero. Se ganó un puesto en el equipo olímpico iraní, en la categoría de peso gallo, y participó en los juegos de Londres de 1948. Cuatro años después asistió a los de Helsinki, pero no obtuvo buenos resultados en ninguno de los dos.

Los jueces, masculla. Estaban comprados. Todo estaba amañado, todo comprado. El mundo estaba en contra de Irán.

Pero mi hijo…, añade. Tal vez vuelvan a admitir el tenis como deporte olímpico y mi hijo gane una medalla de oro y compense así lo mío.

Un poquito de presión adicional que sumar a la presión cotidiana.

Después de ver algo de mundo y de ser deportista olímpico, mi padre no podía regresar a aquella habitación compartida de suelo de tierra, así que se escapó de Irán. Falsificó un pasaporte y reservó un vuelo, con nombre falso, a Nueva York, donde pasó dieciséis días en la isla de Ellis, antes de trasladarse a Chicago, donde americanizó su nombre. Emmanuel pasó a ser Mike Agassi. De día trabajaba como ascensorista en uno de los grandes hoteles de la ciudad. De noche, boxeaba.

Su entrenador en Chicago era Tony Zale, el temerario campeón de los pesos medios, al que a menudo llamaban *Man of Steel*, «El hombre de Acero». Famoso por su papel en uno de los enfrentamientos más brutales de su deporte, la serie de tres combates con Rocky Graziano. Zale elogió a mi padre, le dijo que tenía muchísimo talento en bruto, pero le instaba a golpear más duro. «Pega más duro», le gritaba Zale a mi padre mientras este le daba al saco de *sparring*. Pega más duro. Los golpes que des, tienen que salirte de dentro.

Con Zale sentado en el rincón del cuadrilátero, mi padre ganó los Guantes de Oro de Chicago, y se ganó el derecho a participar en un combate televisado en horario de máxima audiencia en el Madison Square Garden. Pero la noche del combate el contrincante de mi padre cayó enfermo. Los promotores intentaron buscarle un sustituto. Y lo encontraron, sí. Se trataba de un boxeador mucho mejor, un peso wélter. Mi padre aceptó participar en el combate, pero momentos antes de que sonara la campana le entró miedo. Se metió en el servicio, salió por la ventana del retrete y regresó en tren a Chicago.

Escapar de Irán, escapar del Madison Square Garden… Mi padre es un maestro de la huida, pienso yo. Pero de él no hay quien huya.

Mi padre dice que, cuando boxeaba, siempre intentaba recibir el mejor golpe de su adversario. Un día, en la pista de tenis, me dice: cuando sabes que acabas de recibir el mejor puñetazo de tu contrincante y sigues en pie, y el otro tipo lo sabe, acabas arrancándole el corazón. En tenis, dice, la regla es la misma. Ataca la fortaleza del rival. Si se le da bien el saque, anula su saque. Si su fuerte es la potencia, sé más

potente que él. Si tiene un gran *drive*, si se vanagloria de su *drive*, ve a por su *drive* hasta que llegue a odiarlo.

Mi padre ha inventado una expresión para referirse a esa estrategia de ir contra el punto fuerte del rival: la llama *meterle una ampolla en la mente*. Con ella, con esa filosofía de la brutalidad, me marca de por vida. Me convierte en un boxeador con raqueta de tenis. Más aún, dado que la mayoría de los tenistas se enorgullecen de su saque, mi padre me convierte en un experto en contragolpes, en un experto en restar el saque.

De vez en cuando mi padre también siente nostalgia de su tierra. Echa de menos, sobre todo, a su hermano mayor, Isar. Algún día, jura, tu tío Isar también huirá de Irán, como hice yo.

Pero, antes, Isar debe poder sacar su dinero del país. Irán se está cayendo a pedazos, me explica mi padre. Se cuece la revolución. El gobierno se tambalea. Por eso vigilan a todo el mundo, para asegurarse de que la gente no vacíe sus cuentas corrientes y se largue. El tío Isar, por tanto, se dedica lenta y discretamente a convertir su dinero en joyas, que después oculta en paquetes que nos envía a Las Vegas. Cada vez que llega un paquete del tío Isar envuelto en papel de embalar marrón parece que vuelva a ser Navidad. Nos sentamos en el suelo del salón y cortamos el cordel, y rasgamos el papel, y gritamos al encontrar, escondidos bajo una lata de galletas, o en el interior de un pastel de frutas, diamantes, esmeraldas y rubíes. Los paquetes del tío Isar llegan cada pocas semanas, y entonces, un día, llega un paquete mucho más grande: el tío Isar en persona. Aparece al otro lado de la puerta, bajando la cabeza y sonriendo.

Tú debes de ser Andre.

Sí.

Soy tu tío.

Alarga la mano y me acaricia la mejilla.

Aunque es la viva imagen de mi padre, su personalidad es exactamente la contraria. Mi padre es adusto, gritón y lleno de ira. El tío Isar habla sosegadamente, tiene paciencia y se muestra divertido. Además, es un genio —era ingeniero en Irán—, por lo que todas las noches me ayuda con los deberes escolares. Todo un alivio respecto a las tutorías de mi padre. La manera de enseñar de mi padre consiste en explicarte algo una vez, explicártelo una segunda vez y después gritarte y llamarte tonto por no pillarlo a la primera. El tío Isar te lo explica, te sonríe y espera. Si no lo entiendes, ningún problema. Te lo vuelve a explicar con más calma. Tiene todo el tiempo del mundo.

Yo lo observo mientras se pasea por las habitaciones y pasillos de nuestra casa. Lo sigo como mi padre seguía a los soldados británicos y americanos. A medida que voy conociéndolo mejor, a medida que voy ganando confianza con él, me gusta

colgarme de sus hombros y columpiarme en sus brazos. A él también le gusta. Le gusta jugar a lo bruto, hacer cosquillas a sus sobrinos y sobrinas, y también dejarse hacer cosquillas por ellos. Todas las noches me escondo detrás de la puerta principal y aparezco de pronto cuando el tío Isar llega, porque eso le da risa. Sus carcajadas atronadoras son lo contrario a los sonidos que emite el dragón.

Un día, el tío Isar va a la tienda a comprar cuatro cosas. Yo lo espero con impaciencia. Finalmente, la verja delantera se abre con estruendo, e inmediatamente después se cierra, lo que significa que faltan exactamente doce segundos para que el tío Isar entre por la puerta. La gente siempre tarda doce segundos en llegar de la verja a la puerta de entrada a la casa. Me agazapo, cuento hasta doce y, cuando la puerta se abre, doy un salto al frente.

¡Uuuu!

Pero no es el tío Isar. Es mi padre. Asustado, grita, da un paso atrás y me lanza un puñetazo. A pesar de poner solo una fracción de su peso en él, el gancho de izquierda de mi padre me da en la mandíbula y me hace salir disparado. Hace un segundo estaba emocionado, alegre, y ahora me encuentro tirado en el suelo.

Mi padre está de pie a mi lado, mascullando algo. ¿Qué coño te pasa? Vete a tu cuarto.

Corro hasta mi habitación y me tiro en la cama. Permanezco allí, temblando. No sé cuánto tiempo. ¿Una hora? ¿Tres? Finalmente se abre la puerta y oigo a mi padre.

Coge tu raqueta. Sal a la pista.

Es hora de enfrentarse al dragón.

Peloteo durante media hora. Me duele la cabeza, y los ojos se me llenan de lágrimas.

Dale más duro, dice mi padre. Maldita sea, dale más duro. ¡Y no le des a la red, coño!

Me vuelvo y me encaro a mi padre. La siguiente pelota que escupe el dragón la devuelvo con todas mis fuerzas, pero muy por encima de la valla. Apunto a los halcones, y no me molesto en fingir que ha sido sin querer. Mi padre me observa fijamente. Da un paso amenazador en mi dirección. Va a pegarme desde el otro lado de la valla. Pero entonces se detiene, me insulta y me advierte que no quiere verme, que desaparezca de su vista.

Corro hasta la casa y encuentro a mi madre en la cama, leyendo una novela romántica, con los perros a sus pies. Le encantan los animales, y nuestra casa parece la sala de espera del doctor Dolittle. Perros, pájaros, gatos, lagartos y una rata pelona llamada *Lady Butt*. Yo levanto un perro y lo envío al otro lado del dormitorio. Ignorando su ladrido de ofensa, entierro la cabeza en el brazo de mi madre.

¿Por qué papá es tan malo?

¿Qué ha ocurrido?

Se lo cuento.

Ella me acaricia el pelo y me dice que mi padre hace lo que puede. Él es muy

suyo, me dice mamá. Tiene sus manías. Pero debemos tener presente que papá quiere lo mejor para nosotros, ¿verdad?

Una parte de mí agradece la eterna calma de mi madre. Pero otra parte de mí, una parte que no me gusta reconocer, se siente traicionada por ella. Calma, en ocasiones, significa debilidad. Ella no se mete nunca, no interviene, no discute nada. Nunca se interpone entre nosotros, los niños y mi padre. Debería decirle que no fuera tan duro, que se relajara un poco, que el tenis no es la vida.

Pero ella no es así. Mi padre altera la paz; mi madre la mantiene. Todas las mañanas se va a su oficina —trabaja para el estado de Nevada— vestida discretamente con su traje de chaqueta y pantalón, y regresa todas las tardes a las seis, cansada hasta la extenuación, pero sin pronunciar una sola palabra de queja. Con su último latido de energía nos prepara la cena. Después se tiende en la cama con sus animales y su libro, o se dedica a lo que más le gusta: hacer un puzle.

Solo muy de tarde en tarde pierde los nervios y, cuando los pierde, la escena es épica. Un día, mi padre comentó que la casa no estaba limpia. Mi madre se fue hasta un armario de la cocina, sacó dos cajas de cereales y empezó a agitarlas como banderas, esparciendo Corn Flakes y Cheerios por todas partes, mientras gritaba: ¿Quieres la casa limpia? ¡Pues límpiala tú!

Instantes después ya estaba tranquilamente intentando completar su puzle.

Le gustan, sobre todo, los puzles de Norman Rockwell. En casa hay siempre alguna escena idílica de vida familiar esparcida sobre la mesa de la cocina, a medio hacer. Yo no alcanzo a comprender el placer que le proporcionan esos rompecabezas a mi madre. Todo ese desorden fragmentado, todo ese caos… ¿Cómo puede resultarle relajante? Se me ocurre que mi madre y yo somos completamente opuestos. Y, sin embargo, todo el amor y la compasión que siento por la gente debe de proceder de ella.

Tendido a su lado, mientras dejo que siga acariciándome el pelo, pienso que hay muchas cosas de ella que no entiendo, y todo parece partir de su elección de marido. Le pregunto cómo es que acabó con un hombre como mi padre. Ella suelta una carcajada breve, fatigada.

De eso hace mucho tiempo. En Chicago. Un amigo de un amigo le dijo a él: deberías conocer a Betty Dudley; es exactamente tu tipo. Y viceversa. Así que tu padre me telefoneó una noche al Girls Club, donde yo alquilaba una habitación amueblada. Conversamos mucho rato, y tu padre me pareció cariñoso.

¿Cariñoso?

Ya lo sé, ya lo sé. Pero me lo pareció. Así que acepté conocerlo personalmente. Se presentó al día siguiente con un Volkswagen nuevo, modernísimo. Me llevó a dar un paseo por la ciudad, sin un destino en concreto. Dábamos vueltas y más vueltas, mientras él me contaba su historia. Después paramos a comer algo, y yo le conté la mía.

Mi madre le contó a mi padre que se había criado en Danville, Illinois, a

doscientos setenta kilómetros de Chicago, la misma ciudad de provincias en la que crecieron Gene Hackman, Donald O'Connor y Dick Van Dycke. Le habló de su padre, un irascible profesor de inglés obsesionado con la corrección de la lengua. A mi padre, que hablaba un inglés atropellado, debió de encogérsele el corazón. Aunque lo más probable es que no lo oyera. Imagino a mi padre incapaz de escuchar a mi madre durante aquella primera cita. Se habría sentido hipnotizado por su pelo cobrizo y sus ojos azules. He visto fotos. Mi madre era de una belleza excepcional. Me pregunto si a mi padre le gustó por su pelo, que era del color de la tierra batida. ¿O sería por su altura? Ella es varios centímetros más alta que él. Lo imagino percibiendo esa diferencia como un reto.

Mi madre me cuenta que mi padre tardó ocho semanas en convencerla de que combinaran sus historias. Dejaron atrás al padre irascible y a la hermana gemela de mi madre, y huyeron juntos. Y después siguieron yendo de un lado a otro. Primero, mi padre se la llevó a Los Ángeles, y al ver que les costaba encontrar trabajo allí, cruzaron juntos el desierto y se instalaron en una ciudad nueva, en plena expansión, que vivía del juego. Mi madre encontró trabajo en la administración estatal, y mi padre en el Tropicana Hotel, dando clases de tenis. No le pagaban mucho, así que se buscó un segundo empleo atendiendo mesas en el Landmark Hotel. Después consiguió trabajo como *capitán* en el MGM Grand Casino, y como le ocupaba tanto tiempo, tuvo que dejar los otros dos trabajos.



Mis padres, Mike y Betty Agassi, en 1959, recién casados en Chicago.

Durante sus primeros diez años de matrimonio, mis padres tuvieron tres hijos. Entonces, en 1969, mi madre acudió al hospital con unos dolores de estómago que no

hacían presagiar nada bueno. Habrá que practicarle una histerectomía, dijo el médico. Pero una segunda ronda de análisis determinó que estaba embarazada. De mí. Yo nací el 29 de abril de 1970, en el Sunrise Hospital, a tres kilómetros del Strip. Mi padre me puso Andre Kirk Agassi, que eran los nombres de sus jefes en el casino. Le pregunto a mi madre por qué quiso ponerme los nombres de sus jefes. ¿Eran amigos? Pero ella no lo sabe. Y ese no es el tipo de pregunta que se le pueda formular directamente a mi padre. A mi padre no se le puede preguntar nada directamente. Así que archivo la pregunta junto con todas las otras cosas que ignoro sobre mis padres, esas piezas que siempre faltan en el puzle que soy yo.

Mi padre trabaja duro, hace horas extras en el turno de noche del casino, pero el tenis es su vida, la razón que le mueve a levantarse de la cama. En nuestra casa, en cualquier rincón pueden hallarse evidencias de su obsesión. Además del patio trasero y del dragón, también está el laboratorio de mi padre, también conocido como *cocina*. La máquina de encordado de mi padre, y sus herramientas, ocupan la mitad de la mesa (el puzle de mi madre se despliega en la otra mitad: dos obsesiones que compiten por un espacio reducido). En la encimera de la cocina se alinean varios montones de raquetas, muchas de ellas partidas por la mitad para que mi padre pueda estudiar sus entrañas. Quiere saberlo todo del tenis, y ello implica diseccionar sus diversas partes. Se pasa la vida llevando a cabo experimentos sobre uno u otro componente. Últimamente, por ejemplo, ha empezado a usar pelotas de tenis viejas para alargar la vida de nuestro calzado. Cuando la goma empieza a desgastarse, mi padre corta la pelota en dos mitades, que pega en las puntas de los zapatos.

Yo le digo a Philly: ¿no tenemos bastante desgracia ya viviendo en este laboratorio del tenis, como para, además, llevar pelotas de tenis en los pies?

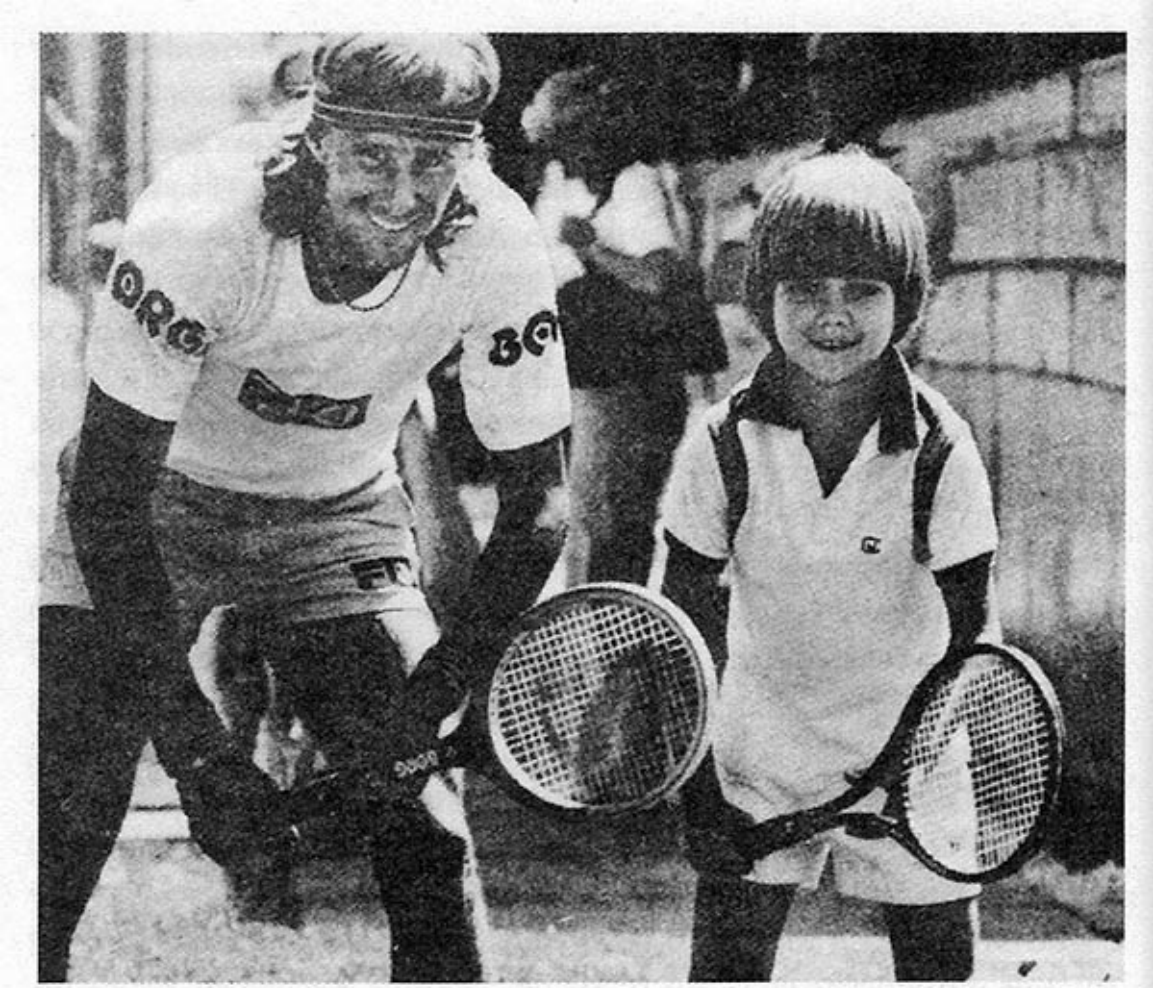
No sé por qué le gusta tanto el tenis a mi padre. Pero esa es otra pregunta que tampoco puedo formularle directamente. Aun así, él va soltando pistas al respecto. A veces habla de la belleza del juego, de su equilibrio perfecto entre fuerza y estrategia. A pesar de su vida imperfecta —o precisamente a causa de ella—, mi padre anhela la perfección. La geometría y las matemáticas son lo más cercano a la perfección al alcance de los seres humanos, asegura, y en el tenis todo tiene que ver con ángulos y números. Mi padre se tiende en la cama y ve una pista en el techo. Dice que la ve de verdad, ahí arriba, y en esa cancha del techo juega innumerables partidos imaginarios. Es asombroso que le quede energía cuando se levanta para ir a trabajar.

El empleo de *capitán* de mi padre consiste en acompañar a la gente a sus asientos durante los espectáculos. Por aquí, señor Johnson. Me alegra verla de nuevo, señorita Jones. El MGM le paga un salario bajo; el resto son propinas. Nosotros vivimos de las propinas, lo que hace que la vida sea impredecible. En ocasiones mi padre vuelve a casa con los bolsillos llenos de dinero. Otras noches, esos mismos bolsillos están vacíos. Llegue lo que llegue en ellos, por poco que sea, es cuidadosamente contado y

apilado, antes de introducirse en la caja fuerte de la familia. Resulta enervante no saber nunca cuánto dinero va a poder meter papá en la caja.

A mi padre le encanta el dinero, no se disculpa por ello, y dice que en el tenis puede llegar a ganarse mucho. Sin duda, esa es una de las razones principales de su amor por el deporte. Se trata del camino más corto a su alcance para hacer realidad el sueño americano. Me lleva al Alan King Tennis Classic, y vemos a una mujer guapísima vestida de Cleopatra que es llevada al centro de la pista por cuatro hombres musculosos semidesnudos, ataviados solo con unas togas, seguida por otro que hace de César y que empuja una carretilla rebosante de dólares de plata. Se trata del primer premio para el ganador del torneo. Mi padre contempla el fulgor plateado que centellea al sol de Las Vegas, y parece embriagado. Él quiere eso. Quiere que lo gane yo.

Poco después de ese día decisivo, cuando tengo casi nueve años, me consigue un trabajo de recogepelotas en el torneo Alan King. Pero a mí los dólares de plata no me importan lo más mínimo: a mí quien me interesa es una Cleopatra en miniatura; se llama Wendi. Es una de las recogepelotas, tiene más o menos mi edad y, con su uniforme azul, es como una aparición. Me enamoro de ella al momento, con todo mi corazón y parte del bazo. Por las noches no puedo dormir, y tumbado boca arriba en la cama, la imagino en el techo.



A los ocho años, peloteando un poco con mi ídolo, Björn Borg.

Durante los partidos, mientras Wendi y yo nos cruzamos veloces junto a la red, le dedico una sonrisa e intento que ella me la devuelva a mí. Entre partidos, la invito a tomar unas Coca-Colas y me siento con ella, intentando impresionarla con mis conocimientos de tenis.

El torneo Alan King atrae a tenistas importantes, y mi padre engatusa a la mayoría de ellos para que peloteen un poco conmigo. Los hay más dispuestos que otros. Borg actúa como si la idea no pudiera parecerle mejor. Connors, claramente, hubiera preferido negarse, pero no pudo porque mi padre es quien le tensa las cuerdas. Ilie Nastase intenta negarse, pero mi padre finge una sordera repentina. Campeón en Wimbledon y del Roland Garros, número uno mundial, hay muchos otros lugares en los que a Nastase le gustaría estar en ese momento, pero no tarda en descubrir que negarle algo a mi padre resulta prácticamente imposible: es un hombre infatigable.

Mientras Nastase y yo peloteamos, Wendi nos observa desde un extremo de la red. Yo estoy nervioso; Nastase, visiblemente aburrido, hasta que se fija en la niña.

Eh, me dice. ¿Es tu novia, Snoopy? ¿Es ese bellezón de ahí tu chavala?

Me paro en seco. Dedico una mirada asesina a Nastase. Querría darle un puñetazo en la nariz a ese estúpido rumano, aunque me saque más de medio metro y pese 50

kilos más que yo. Ya tengo bastante desgracia con que me llame Snoopy para que además se atreva a referirse a Wendi de esa manera tan poco respetuosa. Hay mucha gente viéndonos jugar, al menos doscientas personas. Nastase empieza a actuar para ellos. Vuelve a llamarme Snoopy y, una vez más, me chincha con lo de Wendi. Y yo que creía que era mi padre el que no se rendía nunca…

Al menos me habría gustado tener el valor de decir: señor Nastase, me está avergonzando, así que por favor, déjelo ya. Pero lo único que puedo hacer es darle a la pelota con más fuerza. Con más fuerza. Entonces Nastase pronuncia otro comentario gracioso sobre Wendi, y yo ya no puedo más. Suelto la raqueta y abandono la pista. Que te den, Nastase.

Mi padre me observa, boquiabierto. No está enfadado. No está avergonzado; mi padre carece de sentido del ridículo, y además reconoce sus propios genes cuando los ve en acción. De hecho, no sé si alguna vez en mi vida lo he visto más orgulloso de mí.

Al margen de esas exhibiciones ocasionales con jugadores de élite, mis partidos públicos los consigo, sobre todo, mediante técnicas de chuleo. Me he convertido en todo un experto embaucando a tontos. En primer lugar, busco alguna pista muy visible, donde empiezo a jugar solo, a lanzar la pelota de un lado a otro. En segundo lugar, cuando algún adolescente engreído o algún invitado borracho pasan por delante, los invito a jugar. Finalmente, con mi voz más lastimera, les pregunto si les gustaría apostarse un dólar. ¿Tal vez cinco? Los pobres todavía no saben de qué va la cosa cuando yo ya estoy sirviendo una pelota de partido que me hará llevarme veinte dólares, que es lo que me cuestan las Coca-Colas de Wendi de un mes.

Es Philly quien me ha enseñado a hacerlo. Él da clases de tenis y, con frecuencia, se chulea así a sus alumnos. Se juega con ellos el precio de la clase. Después los reta a un doble o nada. Pero, Andre, me dice, con tu estatura y tu juventud, tú tendrías que estar nadando en la abundancia. Él me ayuda a desarrollar y ensayar la mecánica. De vez en cuando pienso que solo a mí me parece que los estoy chuleando, que la gente se presta gustosa a participar del espectáculo. Después, esa gente podrá presumir ante sus amigos diciendo que ha visto a un mocoso de nueve años, a un loco del tenis que no falla ni un tiro.

A mi padre no le cuento nada de mis negocios. No porque crea que vayan a parecerle mal. A él le encantan los sablazos. Pero no me apetece hablar con mi padre de tenis más de lo estrictamente necesario. Y entonces, un día, a él se le ocurre cómo dar su propio sablazo. La cosa ocurre en Cambridge. Mientras vamos caminando, un día, mi padre me señala a un hombre que está conversando con el señor Fong.

Ese es Jimmy Brown, me susurra mi padre. El mejor jugador de fútbol americano de todos los tiempos.

Se trata de un enorme bloque de músculos que lleva zapatillas y calcetines de

tenis. No es la primera vez que lo veo por Cambridge. Cuando no está jugando al tenis por dinero, se dedica a jugar a backgammon, o a dados, también por dinero. Como mi padre, el señor Brown habla mucho de dinero. En ese momento se está quejando al señor Fong por un partido con apuesta que ha tenido que cancelarse. Se suponía que debía jugar con un tipo que no se ha presentado. Brown culpa al señor Fong.

Yo he venido a jugar, dice Brown, y quiero jugar.

Mi padre se mete en la conversación.

¿Quiere jugar un partido?

Sí.

Mi hijo Andre jugará con usted.

El señor Brown me mira primero a mí y después a mi padre.

¡No voy a jugar con un niño de ocho años!

Nueve.

¡Nueve! Ah, no me había dado cuenta.

El señor Brown se ríe. Algunos hombres que están cerca se ríen también.

Noto que el señor Brown no se toma en serio a mi padre. Craso error. Si no, que se lo pregunten al camionero tendido en la carretera. Cierro los ojos y lo veo, y veo la lluvia que salpica en su cara.

Mire, dice el señor Brown. Yo no juego por diversión, ¿lo entiende? Yo juego por dinero.

Mi hijo jugará con usted por dinero.

Yo noto que una gota de sudor empieza a formárseme bajo la axila.

¿Ah sí? ¿Por cuánto?

Mi padre se ríe y dice:

Me apuesto mi casa, joder.

Yo no necesito su casa, replica el señor Brown. Yo ya tengo casa. Digamos diez de los grandes.

Hecho, responde mi padre.

Yo camino hacia la pista.

Más despacio, dice el señor Brown. Antes quiero ver algo de dinero.

Iré a casa a por él, dice mi padre. Vuelvo enseguida.

Mi padre sale a toda prisa. Yo me quedo sentado en una silla y lo imagino abriendo la caja fuerte y sacando montones de billetes. Todas esas propinas que le he visto contar a lo largo de los años, todas esas noches de duro trabajo. Y ahora va a apostarlo todo a mí. Siento un gran peso en el centro del pecho. Me enorgullece, claro está, que mi padre tenga tal fe en mí. Pero, por encima de todo, estoy asustado. ¿Qué nos pasará a mí, a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, por no hablar de la abuela y del tío Isar, si pierdo?

No es la primera vez que juego con ese tipo de presión. En otras ocasiones mi padre, sin previo aviso, ha escogido a un rival y me ha ordenado que lo derrote. Pero

siempre han sido niños, y nunca hemos jugado por dinero. Normalmente ocurre en plena tarde. Mi padre me despierta de mi siesta y me grita: ¡tráete la raqueta! ¡Aquí hay alguien al que tienes que ganar! Nunca se le ocurre que si estoy echando una cabezada es porque estoy exhausto después de pasar toda la mañana enfrentándome al dragón; los niños de nueve años no suelen dormir la siesta. Frotándome los ojos para despejarme, salgo y veo a un niño al que no conozco de nada, a algún pequeño prodigio de Florida, o California, que al parecer se encuentra de paso por la ciudad. Siempre son mayores que yo, más corpulentos que yo, como ese *punk* que acaba de trasladarse a Las Vegas, que ha oído hablar de mí y ha llamado a nuestra puerta. Llevaba una Rossignol blanca, y tenía la cabeza como una calabaza. Es al menos tres años mayor que yo, y al verme salir de casa sonríe, burlón, al verme tan bajito. Incluso después de ganarle, incluso después de borrarle esa sonrisita de la cara, tardo varias horas en calmarme, en alejar de mí la sensación de que acabo de cruzar la Presa Hoover sobre una cuerda floja.

En cualquier caso, lo del señor Brown es distinto, y no solo porque los ahorros de mi familia dependen del resultado. El señor Brown le ha faltado el respeto a mi padre, y él no puede tumbarlo a golpes. Me necesita a mí para que lo haga por él. Así pues, este partido no va a ser solo una cuestión de dinero. Va a ser una cuestión de respeto, hombría y honor… contra el mejor jugador de fútbol americano de todos los tiempos. La verdad es que preferiría jugar la final de Wimbledon. Contra Nastase. Con Wendi de recogepelotas.

Gradualmente me doy cuenta de que el señor Brown me está mirando. Me observa fijamente. Se acerca a mí y se presenta, me estrecha la mano. Esa mano es un callo inmenso. Me pregunta cuánto tiempo llevo jugando, cuántos partidos he ganado, cuántos he perdido.

Yo no pierdo nunca, le digo en voz baja.

Él entorna los ojos.

El señor Fong se lleva al señor Brown aparte y le dice: no lo hagas, Jim.

Ese tipo lo está pidiendo a gritos, susurra él. A los tontos el dinero no les dura mucho.

Es que tú no lo entiendes, insiste el señor Fong. Vas a perder, Jim.

¿De qué coño estás…? Pero si es solo un niño.

No es un niño cualquiera.

Tú estás loco.

Mira, Jim, me gusta que vengas por aquí. Eres un amigo, y para el negocio es bueno tenerte en el club. Pero si pierdes diez mil dólares jugando contra este niño, te dolerá y tal vez no quieras seguir viniendo.

El señor Brown se vuelve para mirarme, me repasa de arriba abajo, como si la primera vez que me ha visto algo le hubiera pasado por alto. Se acerca a mí de nuevo y empieza a dispararme preguntas.

¿Cuánto juegas?

Todos los días.

No… ¿Cuánto tiempo juegas en cada sesión? ¿Una hora? ¿Un par de horas?

Entiendo lo que pretende. Quiere saber si me canso pronto. Intenta calibrarme, planificar cómo debe jugar contra mí.

Mi padre ha vuelto. Trae un puñado de billetes de cien dólares. Los agita en el aire. De pronto, el señor Brown cambia de opinión.

Esto es lo que haremos, le dice a mi padre. Jugaremos dos sets, y después decidiremos cuánto apostamos en el tercero.

Lo que usted diga.

Jugamos en la pista 7, contigua a la entrada. Se ha ido congregando gente, y cuando gano el primer set 6-3 el público me jalea estruendosamente. El señor Brown niega con la cabeza. Habla solo. Golpea la raqueta contra el suelo. No está contento. Y ya somos dos. Yo no solo estoy pensando, violando así la regla de oro de mi padre, sino que la mente me va a mil por hora. Tengo la sensación de que tal vez deba dejar de jugar en cualquier momento, porque siento ganas de vomitar.

Aun así, gano el segundo set 6-3.

Ahora el señor Brown está furioso. Se arrodilla y se ata el cordón de la zapatilla.

Mi padre se le acerca.

¿Entonces? ¿Apostamos diez mil?

No, responde el señor Brown. ¿Por qué no apostamos solo quinientos?

Lo que usted diga.

Mi cuerpo se relaja. Mi mente se calla. Siento ganas de bailar sobre la línea de fondo ahora que sé que no tengo que jugar por diez mil dólares. Podré lanzar con libertad sin pensar en las consecuencias. Sin pensar en nada.

El señor Brown, en cambio, está pensando más, creando un juego menos relajado. De pronto empieza a lanzarme dejadas, a cambiar de ritmo, a enviarme globos, a lanzar la pelota a los ángulos… Intenta dar golpes liftados de todas las maneras posibles, practicar todos sus trucos. Además, también me hace correr de un lado a otro para que me canse. Pero yo siento tal alivio al saber que no me estoy jugando el contenido entero de la caja fuerte de mi padre que no hay quien me canse, y no fallo. Gano al señor Brown 6-2.

Con el sudor resbalándole por la cara, se saca una billetera del bolsillo y cuenta cinco billetes de cien dólares nuevecitos. Se los entrega a mi padre antes de volverse hacia mí.

Un gran partido, hijo.

Me estrecha la mano. Sus callos parecen más ásperos… por mi culpa.

Me pregunta cuáles son mis metas, mis sueños. Yo empiezo a responder, pero mi padre me interrumpe.

Va a ser el número uno del mundo.

Pues yo no apostaría en su contra, dice el señor Brown.

No mucho después de derrotar al señor Brown, juego un partido de práctica con mi padre en Caesars. Voy ganando 5-2, saco yo, y si gano el juego gano el partido. Nunca le he ganado a mi padre y, por su aspecto, se diría que está a punto de perder mucho más que diez mil dólares.

De repente, sale de la pista. Recoge tus cosas, me dice. Vámonos.

No quiere acabar el partido. Prefiere huir que perder contra su hijo. Yo, internamente, sé que esa es la última vez que jugamos juntos.

Mientras recojo la bolsa y meto la raqueta en la funda, siento una emoción mayor de la que sentí tras derrotar al señor Brown. Esa es la victoria más dulce de mi vida y me resultará difícil superarla. Si me dan a escoger entre ganar una carretilla llena de dólares de plata —con las joyas de mi tío Isar encima—, o ganar a mi padre, me quedo con lo segundo, porque gracias a esta victoria he conseguido al fin que mi padre se aleje de mí.

3

Tengo diez años y participo en la competición nacional. Segunda ronda. Pierdo estrepitosamente con un niño mayor que yo, y que se supone que es el mejor del país. Aunque esos datos no hacen la derrota más llevadera. ¿Por qué duele tanto perder? ¿Cómo es que algo puede doler tanto? Abandono la pista deseando estar muerto. Avanzo tambaleante hacia el estacionamiento. Mientras mi padre mete las cosas en el coche y se despide de otros padres, yo me siento y lloro.

Un hombre asoma entonces la cabeza por la ventanilla. Un hombre negro. Sonriente.

Hola, me dice. Me llamo Rudy.

Se llama igual que el hombre que ayudó a mi padre a construir la pista de tenis en el jardín de casa. Curioso.

¿Cómo te llamas?

Andre.

Me estrecha la mano.

Encantado de conocerte, Andre.

Dice que trabaja con el gran campeón Pancho Segura, que entrena a niños de mi edad. Acude a esos grandes torneos como ojeador, y se dedica a buscar niños con talento para Pancho. Apoya los brazos en el marco de la ventanilla, se sujeta con fuerza en la puerta, suspira. Me dice que los días como esos son duros, que lo sabe, que son muy duros, pero que al final esos días me harán más fuerte. Habla con voz cálida, espesa, como de cacao líquido.

¡Es que ese niño que te ha ganado tiene dos años más que tú! Todavía te quedan dos años para alcanzar su nivel. Dos años son una eternidad, sobre todo si trabajas duro. ¿Tú trabajas duro?

Sí, señor.

Tienes un gran futuro por delante, hijo.

Pero es que yo ya no quiero jugar más. Odio el tenis.

¡Ja, ja! Sí, claro. En este momento, seguro que lo odias. Pero en el fondo, no odias el tenis.

Sí que lo odio.

Crees que lo odias.

No, lo odio.

Eso lo dices porque en este momento estás dolorido, te duele mucho haber perdido, pero eso es precisamente porque te importa el tenis. Eso significa que quieres ganar. Y eso puedes usarlo en tu beneficio. Recuerda este día. Intenta usarlo como motivación. Si no quieres volver a sentir este dolor, muy bien, haz todo lo que puedas por evitarlo. ¿Estás dispuesto a hacer todo lo que puedas?

Asiento con la cabeza.

Muy bien, muy bien. Tú llora. Que te duela un poco más. Pero después debes decirte a ti mismo que ya está, que es hora de ponerse a trabajar.

De acuerdo.

Me seco las lágrimas en la manga, y le doy las gracias a Rudy, y cuando se va ya me siento preparado para seguir practicando. Que me traigan el dragón. Estoy dispuesto a devolver pelotas durante horas. Si Rudy estuviera de pie detrás de mí, susurrándome palabras de ánimo al oído, creo que podría ganar a ese dragón. En ese momento mi padre se sube al coche, y nos alejamos lentamente, como si condujéramos un furgón fúnebre durante un cortejo. La tensión en el interior del vehículo es tan densa que me acurruco en el asiento trasero y cierro los ojos. Se me pasa por la cabeza saltar del coche en marcha, huir, ir al encuentro de Rudy y pedirle que me entrene. O que me adopte.

Odio todos los torneos de alevines, pero el que más odio de todos es el nacional, porque el nivel es más alto y se juega en otros estados, lo que implica que hay que viajar en avión, dormir en moteles, alquilar coches, comer en restaurantes. Mi padre se gasta el dinero, invierte en mí, y cuando yo pierdo, pierde parte de su inversión. Cuando yo pierdo, perjudico a todo el clan Agassi.

Tengo once años, y disputo la competición nacional en Texas, sobre tierra batida. Estoy entre los mejores en tierra batida de todo el país, así que de ninguna manera pienso perder. Pero pierdo. En semifinales. Ni siquiera llego a la final. Ahora debo jugar un partido de consolación. Cuando pierdes en semifinales, te hacen jugar otro partido para determinar el tercer y el cuarto puestos. Y lo peor del caso es que en ese partido de consolación voy a tener de rival a mi archienemigo, David Kass. Va inmediatamente por detrás de mí en el *ranking*, pero, por algún motivo, se transforma en un jugador distinto cuando soy yo el que está al otro lado de la red. Haga lo que haga, Kass siempre me gana, y hoy las cosas no van a cambiar. Pierdo en tres sets. Una vez más, me siento fatal. He decepcionado a mi padre. Le he costado dinero a mi familia. Pero no lloro. Quiero que Rudy se sienta orgulloso de mí, de modo que consigo tragarme las lágrimas.

Durante la ceremonia posterior, un hombre se encarga de entregar los tres trofeos preceptivos, y acto seguido anuncia que ese año se hará entrega de un trofeo a la deportividad, que recibirá el joven que haya demostrado más elegancia en la pista. E, increíblemente, pronuncia mi nombre, tal vez porque llevo una hora mordiéndome el labio inferior. Me alarga el trofeo, me señala para que me acerque a recogerlo. Un premio a la deportividad es lo que menos me apetece del mundo, pero lo recojo, le doy las gracias, y algo cambia en mi interior. Sí, en efecto, es un trofeo superbonito. Y sí, en efecto, he demostrado una gran deportividad. Salgo del recinto en dirección al coche, apretando mucho el trofeo contra el pecho. Mi padre va un paso por detrás.

Él no dice nada. Yo no digo nada. Me concentro en el resonar de nuestros pasos sobre el cemento. Finalmente, rompo el silencio y le digo: no quiero esta tontería. Lo digo porque creo que es lo que mi padre quiere oír. Mi padre se acerca a mí. Me arranca el trofeo de las manos. Lo levanta por encima de la cabeza y lo estampa contra el suelo, partiéndolo en pedacitos. A continuación los recoge y los echa en un cubo de basura que hay cerca. Yo no digo nada. Sé que no debo decir nada.

Ojalá jugara al fútbol, y no al tenis. No me gustan los deportes, pero si tengo que jugar a algo para complacer a mi padre, preferiría jugar al fútbol, con gran diferencia. En el colegio jugamos tres veces por semana, y a mí me encanta correr por el campo y sentir el viento en el pelo, y pedir la pelota a gritos, y saber que el mundo no se acaba si no marco un gol. El destino de mi padre, de mi familia, del planeta Tierra, no reposa sobre mis hombros. Si mi equipo no gana, es culpa de todo el equipo, y nadie me gritará al oído. Llego a la conclusión de que los deportes de equipo son mejores.

A mi padre no le importa que juegue al fútbol, porque cree que me va bien para desarrollar el juego de pies en la pista. Pero hace poco me lesioné durante un partidillo de fútbol, y la contractura en la pierna me ha obligado a saltarme la práctica de tenis una tarde. A mi padre no le hace la menor gracia. Me mira la pierna, me mira a mí, como si me hubiera lesionado a propósito. Pero una lesión es una lesión. Ni siquiera él puede discutir con mi cuerpo. Sale de casa hecho una furia.

Momentos después, mi madre repasa mis horarios y se da cuenta de que tengo partido de fútbol esa tarde. ¿Qué hacemos? me pregunta.

El equipo cuenta conmigo, le digo yo.

Ella suspira. ¿Cómo te encuentras?

Creo que puedo jugar.

Está bien. Ponte el equipo.

¿Crees que papá se enfadará?

Ya conoces a tu padre. No le hacen falta motivos para enfadarse.

Me lleva en coche hasta el campo de fútbol, y me deja allí. Tras un rato corriendo por el campo, noto que tengo la pierna bien. No me duele. Es asombroso. Driblo a los defensas con gracia y agilidad, pido el balón, me río con mis compañeros. Trabajamos por un objetivo común. Estamos juntos en esto. Siento que es algo que está bien. Siento que yo soy así.

De pronto alzo la vista y veo a mi padre. Está en un extremo del estacionamiento, avanzando hacia el campo. Ahora habla con el entrenador. Ahora le grita al entrenador. El entrenador me hace señas. ¡Agassi! ¡Abandona el campo!

Salgo corriendo del campo.

Métete en el coche, me ordena mi padre. Y quítate ese uniforme.

Corro hasta el coche, y allí, en el asiento trasero, me encuentro mi ropa de tenis. Me la pongo y regreso junto a mi padre. Le entrego el uniforme de fútbol. Él se mete

en el campo y arroja el uniforme al pecho del entrenador.

Mientras regresamos a casa, mi padre, sin mirarme, me dice: nunca más volverás a jugar al fútbol.

Yo le suplico una segunda oportunidad. Le explico que no me gusta estar solo en una pista de tenis tan grande. El tenis es un deporte solitario, le digo. No tienes donde esconderte cuando las cosas van mal. No hay banquillo, no hay banda, no hay esquina neutral. Solo estás tú ahí en medio. Desnudo.

Él me grita con todas sus fuerzas: ¡tú eres jugador de tenis! ¡Tú vas a ser el número uno del mundo! ¡Tú vas a ganar mucho dinero! *Ese es el plan, y no hay nada más que hablar*.

Es inflexible, y está desesperado, porque ese también fue el plan para Rita, para Philly y para Tami, pero las cosas no salieron bien. Rita se rebeló. Tami dejó de mejorar. A Philly le faltaba el instinto asesino. Cuando mi padre habla de Philly, lo comenta siempre. Me lo dice a mí, se lo dice a mamá, se lo dice al propio Philly, en su cara. Philly se limita a encogerse de hombros, lo que parece demostrar que, en efecto, carece de instinto asesino.

De todos modos, mi padre le dice cosas peores a Philly.

Eres un perdedor nato, le dice.

Tienes razón, le responde él en tono lastimero. Soy un perdedor nato. Nací para perder.

¡Lo eres! Sientes lástima por tu rival. ¡No te preocupa no ser el mejor!

Philly no se molesta en negarlo. Juega bien, tiene talento, pero, sencillamente, no es perfeccionista, y no es que la perfección sea la meta en nuestra casa, es que es la ley. Si no eres perfecto, eres un perdedor. Un perdedor nato.

Mi padre llegó a la conclusión de que Philly era un perdedor nato cuando mi hermano tenía más o menos mi edad y participaba en campeonatos nacionales. No es solo que Philly perdiera. Es que no discutía cuando sus rivales le hacían trampas, lo que hacía que mi padre se pusiera rojo y maldijera en siriaco desde las gradas.

Igual que mi madre, Philly aguanta y aguanta, y entonces, muy de tarde en tarde, un buen día explota. La última vez que ocurrió, mi padre estaba tensando el cordaje de una raqueta de tenis, mi madre estaba planchando y Philly estaba en el sofá, viendo la tele. Mi padre no paraba de meterse con él, pinchándolo sin cesar por su rendimiento durante un torneo reciente. De pronto, en un tono de voz que no le había oído usar nunca, Philly gritó: ¿sabes por qué no gano? ¡Por tu culpa! ¡Porque me llamas perdedor nato!

Philly empezó a jadear, iracundo. Mi madre se echó a llorar.

A partir de ahora —prosiguió Philly— seré solo un robot. ¿Qué te parece? ¿Te gustará eso? ¡Seré un robot, no sentiré nada, saldré ahí fuera y haré todo lo que tú digas!

Mi padre dejó de tensar la raqueta y se mostró contento. Casi sereno. Por Dios, dijo, veo que al final lo entiendes.

A diferencia de Philly, yo sí discuto con mis rivales constantemente. A veces me gustaría poseer la indiferencia de mi hermano ante las injusticias. Si un contrincante me hace trampas, si se porta conmigo como Tarango, me pongo muy colorado. Con frecuencia sirvo mi venganza durante el punto siguiente. Cuando mi rival tramposo devuelve un golpe que va directamente al centro de la pista, yo digo que ha ido fuera, y lo miro fijamente como diciéndole: ahora estamos en paz.

Aunque no lo hago para complacer a mi padre, sé que le gusta. Me dice: tú tienes una mentalidad distinta a la de Philly. Tú tienes todo el talento, todo el brío, y la suerte. «Naciste con una herradura en el culo».

Eso me lo dice una vez al día. A veces lo expresa con convicción. A veces, con admiración, y a veces, con envidia. A mí me aterra que me lo diga. Me preocupa haberme quedado con la buena suerte de Philly, habérsela robado de algún modo, porque si yo nací con una herradura en el culo, mi hermano nació con una nube negra sobre la cabeza. Cuando tenía doce años, se fracturó la muñeca montando en bicicleta, se la partió por tres sitios, y ese fue el principio de una racha ininterrumpida de infortunio. Mi padre se enfureció tanto con él que lo obligó a seguir participando en torneos, a pesar de la muñeca rota, con lo que solo consiguió empeorar el estado del hueso, hacer que el problema se convirtiera en algo crónico y arruinar su juego para siempre. Para no cargar la muñeca rota, Philly se vio obligado a potenciar el revés con una sola mano, lo que, según él, es un hábito pésimo que ya intentó vencer sin éxito una vez que se curó. Veo perder a Philly y pienso: unos malos hábitos sumados a una mala suerte… combinación mortal. También me fijo en él cuando regresa a casa después de una derrota severa. Se siente tan mal consigo mismo que se le nota en la cara, y mi padre hace que esa desesperación suya sea más profunda. Philly se sienta en un rincón, machacándose a sí mismo por la derrota, pero al menos se trata de una lucha justa, de uno contra uno. Pero entonces llega mi padre. Interviene al momento, y ayuda a Philly a destrozar a Philly. Hay insultos, bofetadas. Teniendo en cuenta lo que ha vivido, mi hermano debería ser un caso clínico. En el mejor de los casos debería albergar cierto resentimiento contra mí, debería meterse conmigo. En cambio, tras cada uno de esos asaltos verbales o físicos a manos de sí mismo y de mi padre, Philly se muestra un poco más cuidadoso conmigo, más protector, más amable. Quiere que yo no pase por lo que pasa él. Por ello, y aunque tal vez sea un perdedor nato, yo lo veo como el mayor de los triunfadores. Me siento afortunado de que sea mi hermano mayor. ¿Afortunado por tener un hermano con mala suerte? ¿Es eso posible? ¿Tiene sentido? Otra contradicción definitoria.

Philly y yo pasamos juntos todo nuestro tiempo libre. Pasa a recogerme en moto por el colegio y regresamos a casa cruzando el desierto, charlando, riendo con tanta fuerza que nuestras carcajadas suenan más que el quejido del motor. Compartimos un dormitorio en la parte trasera de la casa, nuestro refugio del tenis, de papá. Philly es

tan maniático con sus cosas como lo soy yo con las mías, así que pinta una línea blanca en el centro de la habitación para dividirla en dos, su lado y el mío, como los cuadrantes de una pista. Yo duermo en el cuadrante derecho, y mi cama queda junto a la puerta. Por la noche, antes de apagar las luces, repetimos un ritual del que he llegado a depender: nos sentamos al borde de nuestras respectivas camas y susurramos hacia el otro lado de la línea. Philly, que es siete años mayor que yo, es el que más habla. Se sincera conmigo, me cuenta sus dudas y sus decepciones. De lo que significa para él no ganar nunca, que le llamen perdedor nato. Me habla de su necesidad de pedirle dinero prestado a papá para poder seguir jugando al tenis, para intentar profesionalizarse. Los dos estamos de acuerdo en que papá no es la persona más indicada a la que deberle nada.

Sin embargo, de todas las cosas que preocupan a Philly, el gran trauma de su vida es su pelo. Andre, me dice, me estoy quedando calvo. Lo dice en el mismo tono que emplearía para contarme que el médico le da cuatro semanas de vida.

Con todo, no va a perder el pelo sin presentar batalla. La calvicie es un rival contra el que Philly va a luchar dándolo todo. Cree que la razón por la que se está quedando calvo es que no le llega suficiente sangre al cuero cabelludo por lo que, cada noche, en algún momento de nuestras charlas nocturnas, apoya la cabeza en el colchón, levanta las piernas y las apoya en la pared. Yo rezo para que le funcione. Le suplico a Dios que mi hermano, un perdedor nato, no pierda al menos una cosa: el pelo. Le miento y le digo que ya noto que su remedio da resultados. Quiero tanto a mi hermano que le diría cualquier cosa si creyera que así se sentiría mejor. Para ayudarlo, si hiciera falta yo mismo me pasaría la noche boca abajo.

Después de que Philly me cuente sus problemas, yo a veces le cuento los míos. Me conmueve lo deprisa que calibra las situaciones. Atiende al último acto de maldad de mi padre que yo le cuento, evalúa mi grado de preocupación, y me responde con el movimiento de cabeza más adecuado en cada caso. Para los temores básicos, medio asentimiento. Para los grandes miedos, un asentimiento entero acompañado de su característico ceño fruncido. Incluso boca abajo, mi hermano expresa más con un solo movimiento de cabeza que la mayoría de la gente con una carta de cinco páginas.

Una noche Philly me pide que le prometa una cosa.

Sí, claro, te lo prometo. Lo que sea.

No dejes que papá te dé pastillas.

¿Pastillas?

Andre, tienes que escuchar bien lo que te digo. Es muy importante.

Está bien, Philly. Te oigo. Te escucho.

La próxima vez que participes en el campeonato nacional, si papá te da pastillas, no te las tomes.

Ya me da Excedrin, Philly. Me hace tomar Excedrin antes de los partidos, porque contiene un montón de cafeína.

Sí, ya lo sé. Pero las pastillas de las que te hablo son distintas. Son muy pequeñas, redondas y blancas. No te las tomes. Pase lo que pase.

¿Y si papá me obliga? No puedo desobedecerle.

Sí, claro. Está bien, déjame que piense.

Philly cierra los ojos. Veo que la sangre le va a la frente y se le pone morada.

Está bien, dice. Ya lo tengo. Si tienes que tomar esas pastillas, si te obliga a tomarlas, juega mal. Pierde estrepitosamente. Y entonces, cuando salgas de la pista, le dices que temblabas tanto que no podías concentrarte.

Está bien, pero ¿qué son esas pastillas?

Speed.

¿Y eso qué es?

Una droga. Te da mucha energía. Sé que va a intentar administrarte speed.

¿Cómo lo sabes?

Porque lo hizo conmigo.

Y, en efecto, cuando llega el campeonato nacional, que se celebra en Chicago, mi padre me administra una pastilla. Abre la mano, me dice. Esto te ayudará. Tómatela.

Me coloca la pastilla en la palma de la mano. Es diminuta. Blanca. Redonda.

Me la trago y me siento bien. No muy distinto. Ligeramente más alerta. Pero finjo sentirme muy distinto. Mi rival, un chico mayor que yo, no me plantea la menor dificultad, y sin embargo me dejo ganar, pierdo puntos, le regalo varios juegos. Hago que el partido parezca mucho más difícil de lo que en realidad es. Cuando salgo de la pista le digo a mi padre que no me encuentro bien, que creo que me voy a desmayar, y él se siente culpable.

Está bien, dice, pasándose las manos por la cara. Esto no está bien. No volveremos a intentarlo.

Llamo a Philly por teléfono después del partido y le cuento lo de la pastilla.

¡Joder!, dice. Ya lo sabía.

He hecho lo que me dijiste, y ha funcionado.

Mi hermano dice las cosas que yo supongo que un padre debería decir. Está orgulloso de mí y, a la vez, está asustado por mí. Cuando regreso a casa del campeonato nacional, lo abrazo con fuerza y pasamos la primera noche encerrados en nuestra habitación, susurrándonos cosas a través de la línea blanca, disfrutando de nuestra excepcional victoria sobre papá.

Poco tiempo después juego contra un contrincante mayor que yo y le gano. Se trata de un partido de práctica, no gran cosa, y soy mucho mejor que él, pero aun así le doy ventaja, fallo puntos expresamente, hago que el partido parezca mucho más difícil de lo que es, como ya he hecho en Chicago. Al salir de la pista 7 de Cambridge —la misma en la que derroté al señor Brown—, me siento fatal, porque mi rival parece destrozado. Debería haberme dejado ganar del todo. Odio perder, sí, pero en esa ocasión odio ganar, porque el rival derrotado es Philly. ¿Tal vez esa sensación de devastación significa que yo tampoco poseo el instinto asesino? Confundido, triste,

pienso que me gustaría ver de nuevo a aquel señor mayor, a Rudy, o al otro Rudy, el primero, para preguntarles qué significa todo eso.

4

Juego un torneo en Las Vegas Country Club, y compito por una plaza para el campeonato estatal. Mi rival es un niño que se llama Roddy Parks. Lo primero que me llama la atención de él es que también tiene un padre especial. El señor Banks lleva un anillo con una hormiga petrificada en el interior de una gran gota de ámbar amarillo. Antes de que empiece el partido, le pregunto por ella.

¿Sabes, Andre? Cuando el mundo termine en un holocausto nuclear, las hormigas serán las únicas criaturas que sobrevivirán. Así que quiero que mi espíritu pase a una hormiga.

Roddy tiene trece años, dos más que yo, y es corpulento para su edad. Lleva el pelo cortado a cepillo. Pero me parece vencible. Desde el principio veo lagunas en su juego, debilidades. Pero entonces, no sé cómo, rellena esas lagunas, cubre esas debilidades. Y gana el primer set.

Hablo conmigo mismo, me digo a mí mismo que lo acepte. Que me atrinchere. Y gano el segundo set.

Ahora que lo doy todo, juego con más inteligencia, con más velocidad. Intuyo la línea de meta. Roddy es mío, está sentenciado. Además, ¿qué clase de nombre es Roddy? Pero dejo escapar varios puntos, y ahora Roddy está levantando los brazos por encima de la cabeza. Acaba de ganar el tercer set 7-5, y por tanto ha ganado el partido. Busco a mi padre en las gradas y veo que mira hacia abajo, preocupado. No está enfadado, sino preocupado. Yo también lo estoy, pero además me siento furioso, asqueado conmigo mismo. Ojalá fuera yo la hormiga atrapada en el anillo del señor Parks.

Me digo cosas espantosas a mí mismo mientras recojo mis raquetas y las meto en la bolsa. De pronto aparece un niño salido de la nada y pone fin a mi berrinche.

Hola, me dice. No te machaques. Hoy no has dado lo mejor de ti.

Alzo la vista. El niño es un poco mayor que yo, me saca una cabeza, y su expresión no me gusta. Hay algo raro en su cara. La nariz y la boca no están bien alineadas. Y, el colmo, lleva un polo absurdo con un hombrecillo que… ¿está jugando al polo? No quiero tener nada que ver con él.

¿Quién coño eres tú?, le pregunto.

Perry Rogers.

Me concentro de nuevo en mi bolsa de deporte.

Él no capta la indirecta. Insiste en que no he jugado mi mejor partido, en que soy mucho mejor que Roddy, en que la próxima vez que juguemos le ganaré yo, bla, bla, bla… Supongo que intenta mostrarse simpático, pero le sale fatal y está quedando como un sabelotodo, como una especie de Björn Borg júnior, así que me pongo en pie y le doy la espalda descaradamente, dejándolo plantado. Lo que menos falta me hace

en ese momento es un discursito de consolación, algo más inútil aún que un trofeo de consolación, sobre todo de un niño que lleva en el pecho a un señor que juega al polo. Cargándome al hombro la bolsa de deporte, le digo: ¿y qué coño sabes tú de tenis?

No tardo en sentirme culpable. No debería haber sido tan duro con él. Después descubro que el chico es jugador de tenis, que competía en el mismo torneo. También me entero de que está enamorado de mi hermana Tami. Ah, claro, por eso ha venido a hablar conmigo. Intenta acercarse a ella.

Pero si yo me siento culpable, él está molesto. Entre los adolescentes de Las Vegas circula un rumor. Ve con cuidado. Perry va a por ti. Le está contando a todo el mundo que le faltaste al respeto y que la próxima vez que te vea te va a dar una paliza.

Semanas después, Tami me informa de que va con su pandilla a ver una película de terror y me pregunta si quiero ir con él.

¿Y ese niño, Perry, también va?

Quizá.

Bueno, sí, iré.

Me encantan las películas de terror. Y además tengo un plan.

Nuestra madre nos lleva pronto al cine, para que tengamos tiempo de comprar palomitas y regaliz, y de coger los mejores asientos, en las filas centrales, y además centrados. Yo siempre ocupo la fila central y el asiento más centrado. El mejor. Coloco a Tami a mi izquierda, y reservo el de mi derecha. Y, en efecto, cómo no, por ahí aparece ya el gallito Perry. Me pongo en pie al momento y le hago señas. ¡Eh, Perry! ¡Ven aquí!

Él se vuelve. Entorna los ojos. Noto que mi amabilidad lo ha pillado con la guardia baja. Está intentando analizar la situación, sopesar su reacción. Entonces me sonríe, se desprende de la ira que pueda haber albergado contra mí. Avanza por el pasillo y se cuela como puede en nuestra fila antes de sentarse junto a mí.

Hola, Tami, dice, mirando a mi otro lado.

Hola, Perry.

Hola, Andre.

Hola, Perry.

Cuando las luces se apagan y empieza el primer tráiler, nos miramos.

¿Hacemos las paces?

Hacemos las paces.

La película es *Angustia en el Hospital Central*. Trata de un psicópata que persigue a una periodista y se cuela en su casa. Asesina a su criada, y después, no se sabe bien por qué, se pinta los labios y sale cuando la periodista llega a su casa. Ella forcejea con él y consigue liberarse, y de alguna manera llega a un hospital, donde cree que está a salvo, aunque, claro está, el loco está ahí oculto, intentando encontrar la

habitación de la periodista, y matando a todo el que se interpone en su camino. Una película mala, pero buena para pasar miedo.

Cuando yo me asusto, actúo como un gato arrojado a una habitación llena de perros. Me quedo petrificado, no muevo ni un músculo. Perry, al parecer, es de los que salta como movido por un resorte. A medida que el suspense aumenta, él se retuerce, mueve sin parar las piernas, se echa el refresco por encima sin querer. En varias ocasiones me vuelvo hacia Tami y pongo los ojos en blanco. Pero no me burlo de sus reacciones en su cara. Ni siquiera comento nada cuando la película se acaba y se encienden las luces. No quiero romper nuestro frágil acuerdo de paz.

Salimos del cine y decidimos que las palomitas y los refrescos no son suficientes. Cruzamos la calle, nos metemos en Winchell's y nos compramos una caja de donuts. Perry se pide el suyo con cobertura de chocolate. Yo, el mío, con virutas de colores. Nos comemos los donuts en el mismo mostrador y conversamos. Perry es buen conversador, de eso no hay duda. Parece un abogado ante el tribunal supremo. Entonces, en medio de una frase de quince minutos, se para en seco y le pregunta al dependiente, que sigue tras el mostrador: ¿esto está abierto las veinticuatro horas?

Sí, contesta el dependiente.

¿Los siete días de la semana?

Ajá.

¿Los trescientos sesenta y cinco días del año?

Sí.

¿Entonces? ¿Por qué hay cerraduras en la puerta de entrada?

Todos nos volvemos a mirar. ¡Una pregunta genial! Me echo a reír, me río con tal fuerza que tengo que escupir el donut. De mi boca salen virutas de colores que son como confeti. No me extrañaría que ese fuera el comentario más gracioso e inteligente que se ha pronunciado jamás. Como mínimo es lo más gracioso e inteligente que se ha oído decir en ese Winchell's en concreto. Incluso al dependiente no le queda más remedio que sonreír y admitirlo: chico, tienes razón, es todo un misterio.

¿A que la vida es así?, dice Perry. ¿A que está llena de cerraduras como la de Winchell y de otras cosas inexplicables?

Cuánta razón tienes.

Yo siempre había creído que era el único que se fijaba en esas cosas. Pero ahí hay un chico que no solo se fija en ellas, sino que las comenta. Cuando mi madre llega a recogernos a Tami y a mí, me entristece tener que despedirme de mi nuevo amigo Perry. Incluso el polo que lleva me resulta menos ofensivo.

Le pregunto a mi padre si puedo quedarme a pasar la noche en casa de Perry.

De ninguna manera, responde.

No conoce de nada a la familia de Perry. Y no confía en quien no conoce. Mi

padre sospecha de todo el mundo, especialmente de los padres de nuestros amigos. Yo no me molesto en preguntarle por qué, ni malgasto saliva discutiendo. Sencillamente, invito a Perry a dormir en nuestra casa.

Perry se muestra extremadamente educado con mis padres. Es simpático con mis hermanos, sobre todo con Tami, a pesar de que ella, muy delicadamente, le ha dado calabazas. Le pregunto si quiere que le enseñe la casa. Claro, responde él, así que le muestro la habitación que comparto con Philly. Él se ríe al ver la línea blanca que la divide. Le muestro también la pista de tenis del jardín. Practica un poco con el dragón. Yo le cuento que odio a ese bicho con todas mis fuerzas, que cuando era pequeño creía que era un ser vivo, un monstruo que respiraba. Él se muestra comprensivo. Ha visto tantas películas de terror que sabe que los monstruos adoptan todas las formas y tamaños.

Como Perry es, como yo, un aficionado al género del terror, le tengo reservada una sorpresa. He conseguido una copia en beta de *El exorcista*. Después de verlo saltar y desesperarse con *Angustia en el Hospital Central*, estoy impaciente por ver cómo reacciona ante un verdadero clásico del terror. Cuando, en casa, todos se han acostado ya, metemos la cinta en el reproductor. A mí me da una embolia cada vez que Linda Blair gira la cabeza, pero Perry ni parpadea. ¿*Angustia en el Hospital Central* lo hace temblar pero *El exorcista* lo deja frío? Pienso: este tío es único.

Después, nos quedamos un rato despiertos, tomando refrescos y charlando. Perry admite que mi padre da más miedo que cualquiera de los personajes de Hollywood, pero me cuenta que el suyo da el doble de miedo que el mío. Su padre, me dice, es un ogro, un tirano, un narcisista… Es la primera vez que oigo esa palabra.

Perry me dice que *narcisista* significa que solo piensa en sí mismo. También significa que su hijo es una posesión personal suya. Tiene una visión de cómo va a ser su hijo, y le importa un pimiento cuál es la visión que su hijo tiene de su propio futuro.

Me suena de algo.

Perry y yo coincidimos en que la vida sería un millón de veces mejor si nuestros padres fueran como los padres de los demás niños. Pero en la voz de Perry oigo un tono de dolor añadido, porque dice que su padre no lo quiere. Yo no he cuestionado nunca el amor de mi padre. Me gustaría, eso sí, que fuera más tranquilo, que escuchara más y se enfadara menos. A veces me gustaría que mi padre me quisiera menos. Tal vez entonces no me controlara tanto, tal vez me dejara tomar mis propias decisiones. Le confieso a Perry que no tener alternativa, que no tener ni voz ni voto en lo que hago y en quién soy, es algo que me saca de quicio. Por eso pienso más, de manera obsesiva, en las pocas decisiones que sí puedo tomar: la ropa que me pongo, lo que como, quiénes son mis amigos.

Él asiente. Lo entiende perfectamente.

Por fin, en Perry encuentro un amigo con el que compartir esos pensamientos profundos, un amigo con el que hablar de las cerraduras de Winchell’s de mi vida. Le

cuento que juego al tenis a pesar de que odio el tenis. Que odio la escuela a pesar de que me gustan los libros. Que me considero una persona con suerte por contar con Philly, a pesar de su racha de mala suerte. Perry me escucha, tan paciente como Philly, aunque más implicado. No solo habla, sino que también escucha, y asiente. Conversa. Analiza, plantea estrategias, sugiere cosas, me ayuda a idear planes para mejorar las cosas. Cuando le cuento mis problemas a Perry, estos suenan embrollados y tontos al principio, pero Perry sabe cómo estructurarlos para que resulten lógicos, primer paso para que resulten resolubles. Me siento como si hubiera estado viviendo en una isla desierta, sin nadie con quien hablar, con la única compañía de las palmeras, y de pronto un marginado sensible, afín —a pesar de su absurdo polo— apareciera en la orilla.

Perry se sincera conmigo sobre su nariz y su boca. Me dice que nació con el paladar hendido. Y que eso lo ha convertido en una persona muy insegura, y extraordinariamente tímida con las niñas. Lo han operado varias veces para solucionar el problema y todavía debe enfrentarse a una intervención quirúrgica más, como mínimo. Yo le digo que no se le nota tanto. A él se le humedecen los ojos. Y murmura algo sobre que su padre le echa la culpa de ello.

Antes o después, casi todas las conversaciones que mantengo con Perry nos llevan a nuestros respectivos padres, lo que no tarda en llevarnos a hablar del futuro. Hablamos de los hombres que seremos una vez que nos libremos de nuestros padres. Nos prometemos mutuamente que nosotros seremos distintos, no solo de nuestros padres, sino de todos los hombres que conocemos, incluso de los que vemos en las películas. Pactamos que nunca consumiremos drogas ni beberemos alcohol. Y nos juramos que cuando seamos mayores haremos todo lo que podamos por ayudar al mundo. Sellamos nuestro pacto con un apretón de manos. Un apretón de manos secreto.

Perry tendrá que recorrer un largo camino si quiere llegar a ser rico. No tiene nunca un centavo. Todo lo que hacemos lo pago yo. No es que yo tenga mucho —mi modesta semanada—, más lo que saco de los sablazos que les doy a los clientes de los casinos y los hoteles jugando al tenis con ellos. Pero no me importa. Lo que es mío es de Perry, porque he decidido que Perry es mi nuevo mejor amigo. Mi padre me entrega cinco dólares todos los días para que me compre comida, y yo me gasto, alegremente, la mitad en invitar a Perry.

Nos encontramos cada tarde en Cambridge. Después de escaquearnos un rato y de pelotear un poco, nos vamos a tomar algo. Salimos por la puerta trasera, saltamos el muro y corremos por el aparcamiento vacío hasta un 7-Eleven, donde jugamos a videojuegos y comemos Chipwiches, que pago yo, hasta que se hace la hora de regresar a casa.

Los Chipwiches son unos helados entre galletas, una especie de bocadillos de helado, que Perry ha descubierto hace poco: helado de vainilla entre dos galletas blandas con trocitos de chocolate. Es el mejor alimento del mundo, según Perry, que

se convierte en un adicto absoluto. Le gustan más que hablar. Es capaz de dedicar una hora entera a cantar las excelencias de un Chipwich y, al mismo tiempo, un Chipwich es una de las pocas cosas capaces de hacerle callar. Yo se los compro a docenas, y siento lástima por él, por no tener el dinero que le hace falta para satisfacer su hábito.

Un día, estamos en el 7-Eleven cuando Perry deja de morder su Chipwich y se fija en el reloj de pared.

Mierda, Andre. Será mejor que volvamos a Cambridge. Hoy mi madre viene a recogerme más temprano.

¿Tu madre?

Sí. Me ha pedido que esté listo y que la espere en la puerta.

Salimos disparados y cruzamos el estacionamiento vacío.

¡Oh, oh! —exclama Perry—. Ahí está.

Miro hacia el otro lado de la calle y veo dos coches que avanzan hacia Cambridge: un Volkswagen y un Rolls-Royce descapotable. El escarabajo pasa de largo y le digo a Perry que se tranquilice, que tenemos tiempo, que su madre se ha pasado el cruce y tendrá que dar la vuelta.

No —insiste Perry—. Vamos, vamos.

Activa el turbo y sale corriendo detrás del Rolls.

Eh, ¿qué coño…? Perry, ¿estás de broma? ¿Tu madre conduce un Rolls? ¿Eres… rico?

Supongo que sí.

¿Por qué no me lo habías dicho?

Nunca me lo has preguntado.

Para mí, esa es la definición de ser rico: no se te ocurre comentárselo a tu mejor amigo. Y das por sentado el dinero hasta tal punto que no te importa de dónde lo sacas.

Aun así, Perry es más que rico. Es superrico. Es Richie Rich. Su padre, socio principal de un gran gabinete de abogados, es además dueño de un canal de televisión local. Vende «aire», dice Perry. «Vender aire». Tío, dice Perry, cuando eres capaz de vender aire, el mundo es tuyo. (Por lo que se ve, su padre también le paga la semanada en aire).

Mi padre, finalmente, me deja visitar la casa de Perry y descubro que, de hecho, no es una casa, sino una megamansión. Su madre nos lleva en su Rolls, y miro sin parpadear, con los ojos muy abiertos, la inmensa verja de acceso, las onduladas colinas, los grandes árboles que sombrean el camino. Nos detenemos frente a un lugar que es algo así como el palacio de Bruce Wayne. Un ala entera de la construcción está reservada exclusivamente para Perry, con su propia sala de juegos: mesa de ping-pong, mesa de billar, mesa de póker, gran pantalla de televisión, neverita pequeña y batería. Por un largo pasillo se accede a su dormitorio, cuyas paredes están forradas de arriba abajo con portadas del *Sports Illustrated*.

No dejo de volver la cabeza de un lado a otro. Me fijo en las imágenes de grandes

deportistas, y solo puedo articular una palabra: ¡uau!

Lo he hecho yo, dice Perry.

Cuando, al poco tiempo, visito al dentista, arranco todas las portadas de *Sports Illustrated* que encuentro en la sala de espera y me las meto bajo la chaqueta. Cuando se las entrego a Perry, él niega con la cabeza.

Esta ya la tengo. Esta, también. Andre. Estoy suscrito.

Ah, está bien. Lo siento.

No es solo que no haya conocido nunca a un niño rico. Es que no he conocido nunca a un niño suscrito a nada.

Cuando no estamos pasando el rato en Cambridge, o en su mansión, Perry y yo hablamos por teléfono. Somos inseparables. Por eso se queda destrozado al saber que voy a ausentarme durante un mes, para jugar una serie de torneos en Australia. McDonald's está organizando un equipo de alevines estadounidenses de élite, y nos envía a jugar con los mejores de ese país.

¿Todo un mes?

Ya lo sé, ya lo sé. Pero no tengo alternativa. Mi padre.

No estoy siendo del todo sincero con él. Soy uno de los dos únicos seleccionados con doce años, por lo que me siento honrado, emocionado, aunque algo inquieto por tener que desplazarme tan lejos de casa: el vuelo dura catorce horas. Pero, para que Perry no se sienta tan mal, le quito importancia al viaje. Le digo que no se preocupe, que estaré de vuelta enseguida. Y que nos daremos un banquete de Chipwiches.

Vuelo solo a Los Ángeles, y nada más aterrizar ya querría estar de vuelta en Las Vegas. No sé bien adónde se supone que debo ir, ni cómo orientarme por el aeropuerto. Me parece que llamo mucho la atención con mi chándal, que lleva los arcos dorados de McDonald's y mi nombre escrito en la pechera. Ahora, a lo lejos, veo a un grupo de niños que llevan el mismo atuendo que yo. Me acerco al adulto del grupo y me presento. Él me sonríe de oreja a oreja. Es mi entrenador. Mi primer entrenador de verdad.

Agassi, dice. ¿El portento de Las Vegas? ¡Eh, me alegro de tenerte a bordo!

Durante el vuelo a Australia, el entrenador se pasea por el pasillo central y nos va contando en qué consistirá el viaje. Jugaremos cinco torneos en cinco ciudades distintas. En todo caso, el más importante será el tercero, que tendrá lugar en Sidney. Será entonces cuando tendremos que dar lo mejor contra los mejores australianos.

Para que luego hablen de presión.

Pero hay buenas noticias, prosigue el entrenador. Cada vez que ganéis un torneo, dejaré que os bebáis una cerveza fría.

Gano mi primer torneo, en Adelaida, sin dificultades, y en el autocar de regreso el entrenador me alarga una Foster helada. Pienso en Perry y en nuestro pacto. Pienso en lo raro que resulta tener doce años y que te ofrezcan alcohol. Pero la cerveza se ve

tan fresquita, tan refrescante… Y mis compañeros me están mirando. Además, estoy a miles de kilómetros de casa. A la mierda. Doy un sorbo. Está deliciosa. Me la bebo de cuatro tragos y me paso el resto de la tarde luchando contra mi sentimiento de culpa. Miro por la ventana el paisaje desolado del interior australiano, y me pregunto cómo se tomará Perry la noticia, si dejará de ser mi amigo.

Gano tres de los siguientes cuatro torneos. Otras tres cervezas. Cada vez me gustan más. Pero, con cada sorbo, pruebo también el sabor de la culpa.

Perry y yo recuperamos de inmediato nuestras rutinas de siempre. Películas de terror. Largas conversaciones. Cambridge. 7-Eleven. Chipwiches. Sin embargo, alguna vez lo miro y noto el peso de mi traición.

Vamos andando desde Cambridge hasta el 7-Eleven, y ya no puedo seguir ocultándoselo por más tiempo. La culpa me está devorando. Los dos llevamos unos auriculares conectados al *walkman* de Perry y escuchamos una canción de Prince. *Purple Rain*. Le doy un golpecito en el hombro y le pido que se quite los auriculares.

¿Qué pasa?

No sé cómo decírtelo.

Me mira.

¿Qué pasa?

Perry. He roto nuestro pacto.

No.

Me tomé una cerveza en Australia.

¿Solo una?

Cuatro.

¡Cuatro!

Bajo la mirada.

Perry medita. Contempla las montañas.

Bueno, dice. Supongo que todos tomamos decisiones en la vida, Andre, y tú has tomado las tuyas. Me imagino que eso significa que me quedo solo.

Pero, al cabo de unos minutos, le pica la curiosidad. Me pregunta a qué sabe la cerveza y ahora tampoco puedo mentirle. Le digo que estaba buenísima. Vuelvo a disculparme, pero no tiene sentido fingir que tengo remordimientos. Perry tiene razón. Por una vez en la vida, tuve ocasión de decidir sobre algo y tomé la decisión. Sí, claro, cómo no, habría preferido no incumplir nuestro pacto, pero no puedo sentirme mal por haber ejercido al fin el libre albedrío.

Perry frunce el ceño, como un padre. No como mi padre ni como el suyo, sino como uno de esos padres que salen por la tele. Parece como si en vez de ir vestido con la ropa que tiene puesta debiera llevar una chaqueta de punto y fumar en pipa. Me doy cuenta de que el pacto que Perry y yo sellamos, en el fondo, era una promesa de convertirnos el uno en el padre del otro. De criarnos mutuamente. Me disculpo una

vez más y me doy cuenta de lo mucho que he echado de menos a Perry mientras he estado fuera. Sello otro pacto, esta vez conmigo mismo, por el que prometo que no volveré a alejarme de casa.

Mi padre me acorrala en la cocina. Dice que tenemos que hablar. Tal vez se haya enterado de lo de la cerveza.

Me pide que me siente a la mesa. Él se sienta frente a mí. Nos separa un puzle a medio terminar. Empieza a hablarme de un reportaje que ha visto hace poco en «60 Minutos». Trataba sobre un internado para tenistas jóvenes situado en la costa oeste de Florida, cerca de la Bahía de Tampa. Es la primera escuela de esas características, dice mi padre. Un campamento para tenistas jóvenes, dirigido por Nick Bollettieri, antiguo oficial de paracaidistas.

¿Y?

¿Y? Que tú vas a ir.

¿Qué?

Aquí, en Las Vegas, no estás mejorando. Ya has derrotado a todos tus contrincantes locales. Ya has derrotado a los muchachos de todo el Oeste del país. «¡Andre, has ganado a todos los jugadores de la universidad local!». A mí ya no me queda nada por enseñarte.

Mi padre no lo dice, pero resulta obvio: está decidido a hacer las cosas de otra manera conmigo. No quiere repetir los errores que ha cometido con mis hermanos. A todos les estropeó el juego reteniéndolos demasiado tiempo, atándolos demasiado corto. Haciéndolo así, además, solo consiguió deteriorar su relación con ellos. Las cosas han empeorado tanto con Rita que hace poco se ha escapado con Pancho González, la leyenda del tenis, que tiene al menos treinta años más que ella. Mi padre no quiere limitarme a mí, no quiere estropearme, ni arruinar mi juego. Y por eso me destierra. Me envía lejos, en parte para protegerme de sí mismo.

Andre, dice, tú tienes que comer tenis, que dormir tenis, que beber tenis. Es la única manera de que llegues a ser número uno.

Yo ya como, duermo y bebo tenis.

Pero él quiere que coma, duerma y beba en otra parte.

¿Cuánto cuesta esa academia de tenis?

Unos doce mil dólares al año.

No podemos permitírnoslo.

Solo vas a ir tres meses. Eso son tres mil dólares.

Tampoco podemos permitírnoslo.

Es una inversión. En ti. Buscaremos la manera.

No quiero ir.

Pero, por la cara que pone, veo que ya está decidido. Fin de la discusión.

Intento ver el lado positivo. Solo son tres meses. Cualquier cosa se puede soportar

durante tres meses. Además, no puede ser tan malo. Tal vez sea como Australia. Tal vez sea divertido. Tal vez haya ventajas imprevistas. Tal vez me sienta integrante de un equipo.

¿Y el colegio?, le pregunto. Estoy en séptimo.

Hay un colegio en el pueblo de al lado, responde mi padre. Irás por las mañanas, medio día, y por las tardes jugarás al tenis, hasta la noche.

Suena agotador. Poco después mi madre me dice que, de hecho, el reportaje de «60 Minutos» era una denuncia sobre la personalidad de Bollettieri, que, en la práctica, dirigía una factoría de tenis en la que explotaba a los niños.

Me organizan una fiesta de despedida en Cambridge. El señor Fong parece triste. Perry parece a punto de suicidarse. Mi padre parece dubitativo. Estamos todos de pie, comiendo tarta. Jugamos al tenis con los globos y después los pinchamos con alfileres. Todo el mundo me da palmaditas en el hombro y me dice que me lo voy a pasar genial.

Ya lo sé, les digo yo. Estoy impaciente por relacionarme con esos chicos de Florida.

Cuanto más se acerca el día de mi partida, peor duermo. Me despierto agitándome, sudoroso, con la cama sin hacer. No como. De pronto, la idea de añorar el lugar donde vives cobra pleno sentido. No quiero irme de mi casa, separarme de mis hermanos, de mi madre, de mi mejor amigo. A pesar de la tensión que hay en casa, del terror ocasional, daría lo que fuera por quedarme. A pesar del dolor que mi padre me ha causado, en mi vida la constante ha sido su presencia. Siempre ha estado ahí, a mi espalda, y dentro de poco ya no va a estarlo más. Me siento abandonado. Creía que lo que más quería era liberarme de él, y ahora que es él quien me libera, se me rompe el corazón.

Paso los últimos días en casa esperando que mi madre acuda a mi rescate. La miro implorante, pero ella me mira a mí con una expresión que significa: yo le he visto estropear a tres niños ya. Tienes suerte de salir de aquí ahora que todavía estás entero.

Mi padre me lleva al aeropuerto. A mi madre le gustaría ir, pero no puede faltar un día al trabajo. Perry ocupa su lugar. No deja de hablar durante todo el camino. No sé si lo hace para animarme a mí o para animarse a sí mismo. Solo serán tres meses, dice. Nos escribiremos cartas, postales. Ya verás que todo irá bien. Vas a aprender muchísimo. Tal vez incluso vaya a visitarte.

Pienso en *Angustia en el Hospital Central*, la película de terror barato que vimos el día que nació nuestra amistad. Perry está actuando hoy igual que actuó ese día, igual que actúa siempre que tiene miedo: retorciéndose, saltando de su asiento. Yo, por mi parte, también estoy reaccionando como siempre: como un gato lanzado a una habitación llena de perros.

5

El autobús del aeropuerto llega al recinto cuando el sol acaba de ponerse. La Academia de Tenis de Nick Bollettieri, construida sobre una vieja granja de cultivo de tomates, no es nada especial, y se compone solo de una serie de módulos de aspecto carcelario. Su nomenclatura también responde a ese mismo modelo carcelario: edificio B, edificio C. Miro a mi alrededor, temiendo casi distinguir una torre de vigía y una alambrada. Pero lo que se extiende en la distancia, amenazadoramente, son pistas y más pistas de tenis.

A medida que el sol se oculta tras las zonas pantanosas, como de tinta espesa, la temperatura cae en picado. Intento cubrirme con mi camiseta. Creía que en Florida hacía calor. Un miembro del personal acude a recibirme y me conduce directamente a mi módulo, que está vacío e inmerso en un silencio fantasmal.

¿Dónde está la gente?

En la sala de estudio, me responde. En pocos minutos será la hora libre. Es la hora que media entre el estudio y el momento de acostarse. ¿Por qué no bajas al centro recreativo y te presentas a los demás?

En el centro recreativo me encuentro con doscientos chicos desbocados, además de algunas chicas de aspecto duro, separados en grupitos muy marcados. Uno de los más numerosos se arremolina, alrededor de una mesa de ping-pong de juguete, y se dedica a insultar a dos chicos que juegan. Yo apoyo la espalda en la pared y recorro la sala con la mirada. Reconozco algunas caras, entre ellas un par del viaje a Australia. Con ese chico de ahí jugué en California. Contra ese otro que tiene cara de malo competí en un partido a tres sets en Arizona. Todo el mundo parece tener talento, todo el mundo se muestra muy seguro de sí mismo. Los chicos son de todos los colores, de todas las edades, y de todos los rincones del mundo. El más joven de todos tiene siete años y el mayor, diecinueve. Después de reinar en Las Vegas durante toda mi vida, ahora soy un pez diminuto en una gran charca. O en una ciénaga. Y los peces más grandes son los mejores jugadores del país, los supermanes adolescentes que forman el corrillo más cerrado, el que veo en el rincón más alejado.

Intento concentrarme en el partido de ping-pong. Incluso en eso me siento desplazado. En mi ciudad, nadie me ganaba a ese ping-pong de juguete. Pero ¿aquí? Aquí la mitad de los presentes me despellejaría. No imagino siquiera cómo voy a llegar a integrarme en este antro, cómo voy a hacer amigos. Quiero volver a casa ahora mismo, o al menos telefonear a casa, pero tendría que hacerlo a cobro revertido, y sé que mi padre no aceptaría pagar el coste de la llamada. Saber que no puedo oír la voz de mi madre ni la de Philly, por mucho que los necesite, me causa pánico. Cuando la hora libre termina, regreso a toda prisa al dormitorio y me tumbo en el camastro, con la esperanza de pasar inadvertido y fundirme en la ciénaga negra

del sueño.

Tres meses, me digo. Solo tres meses.

A la gente le gusta decir que la Academia Bollettieri es como un campamento militar, pero en realidad es como un campo de prisioneros glorificado. Bien, en realidad, no glorificado en absoluto: comemos rancho —carne de color indefinible, guisos gelatinosos y una especie de engrudo gris vertido sobre el arroz— y dormimos en unos camastros endebles que se alinean junto a las paredes de contrachapado de nuestros barracones de estilo militar. Nos levantamos al amanecer y nos acostamos poco después de cenar. Casi nunca abandonamos el recinto, y tenemos muy poco contacto con el mundo exterior. Como la mayoría de los prisioneros, no hacemos más que dormir y trabajar, aunque en vez de picar piedra nos dedicamos, sobre todo, a entrenar. Practicamos el saque, practicamos la subida a red, practicamos el revés, practicamos el *drive*, y de tarde en tarde jugamos algún partido para establecer el orden jerárquico, del más fuerte al más débil. A veces parece que seamos gladiadores preparándonos en el Coliseo. Sin duda, los treinta y cinco instructores que nos ladran durante las prácticas se creen guardianes de esclavos.

Cuando no estamos entrenando, nos dedicamos a estudiar psicología del tenis. Recibimos clases de resistencia mental, de pensamiento positivo y de visualización. Nos enseñan a cerrar los ojos y a imaginarnos ganando en Wimbledon, sosteniendo ese trofeo de oro entre las manos. Después realizamos ejercicios aeróbicos, o entrenamientos con pesas, o salimos a la pista de arenilla de conchas, donde corremos hasta caer rendidos.

La presión constante, la competitividad salvaje, la falta total de supervisión por parte de los adultos nos va convirtiendo lentamente en animales. Allí domina una especie de ley de la selva. Es como *Karate Kid* pero con raquetas, como una especie de *El señor de las moscas*, pero con *drives*. Una noche dos chicos discuten en los dormitorios: uno blanco y otro asiático. El blanco pronuncia un insulto racista y se va. Durante una hora el chico asiático se queda plantado en medio del dormitorio sacudiéndose, dando patadas y moviendo los brazos, girando el cuello a un lado y a otro. Realiza sin parar una serie de movimientos de judo y después se venda los tobillos metódicamente. Cuando el chico blanco regresa, el asiático da un brinco, alarga la pierna al aire y le da una patada que le alcanza la mandíbula.

Lo más sorprendente es que ninguno de los dos es expulsado, lo que hace que aumente la sensación general de anarquía.

Otros dos chicos mantienen un enfrentamiento de baja intensidad, que viene de muy atrás. Suelen ser cosas menores, se burlan el uno del otro, se dedican a chincharse, hasta que uno de los dos sube su apuesta. Durante varios días orina y defeca en un cubo. Y entonces, una noche, ya muy tarde, irrumpe en el dormitorio del otro y le vacía ese cubo en la cabeza.

La sensación de jungla, de amenaza constante de violencia y emboscada se ve reforzada, justo antes de que se apaguen las luces, por el sonido de tambores que llega desde lejos.

Le pregunto a un chico: ¿qué diablos es eso?

Ah. Ese es Courier. Le gusta tocar los tambores que le han enviado sus padres.

¿Quién?

Jim Courier. De Florida.

A los pocos días veo por primera vez al custodio, fundador y propietario de la Academia de Tenis Nick Bollettieri. Tiene cincuenta y pocos años, aunque su aspecto es el de un hombre de doscientos cincuenta, porque una de sus obsesiones es broncearse. Las otras dos son el tenis y los matrimonios. (Tiene cinco o seis exmujeres, nadie lo sabe a ciencia cierta). Ha tomado tanto sol, se ha tostado tanto bajo tantas lámparas de rayos ultravioleta, que la pigmentación de su piel ha quedado definitivamente alterada. La única porción de su rostro que no posee el color de la cecina es el bigote, negro, pulcramente recortado, que sería una perilla si no fuera porque le falta el trozo de la barbilla, y que le hace parecer permanentemente enojado. Veo a Nick paseándose por el recinto, un hombre iracundo, colorado, que lleva unas gafas de sol que le cubren por completo los ojos, y que se dedica a abroncar a alguien que pasa por su lado corriendo e intenta seguirle el ritmo. Rezo por no tener que tratar nunca directamente con él. Lo veo montarse en un Ferrari rojo y alejarse a toda velocidad, levantando una estela de polvo a su paso.

Un chico me dice que nos corresponde a nosotros mantener sus cuatro coches deportivos limpios y relucientes.

¿A nosotros? Qué chorrada.

Díselo al juez.

Indago sobre Nick preguntando a algunos de los chicos más veteranos. ¿Quién es? ¿Cuáles son sus intereses? Me dicen que es un mercenario, un tipo que se gana muy bien la vida con el tenis, pero que no ama el juego y que, de hecho, ni siquiera sabe gran cosa de él. No es como mi padre, cautivado por los ángulos, las cifras y la belleza del tenis. Aunque, en otro sentido, sí es igual que mi padre: le cautiva la pasta. Es un tipo que suspendió el examen para ingresar como piloto en la Marina, que no terminó la carrera de Derecho y al que un buen día se le ocurrió la idea de enseñar tenis. Y le tocó la lotería. Con un poco de esfuerzo y mucha suerte, se ha convertido en la imagen de un titán del tenis, de un mentor de prodigios. Los demás niños dicen que sí, que puedes aprender algunas cosas con él, pero que no hace milagros.

A priori no parece el tipo capaz de conseguir que deje de odiar ese deporte.

Estoy jugando un partido de práctica y poniendo empeño para superar a un niño de la Costa Este, cuando me doy cuenta de que Gabriel, uno de los esbirros de Nick, se

encuentra detrás de mí, observando.

Tras vernos jugar unos pocos puntos más, detiene el partido y me pregunta: ¿ya te ha visto jugar Nick?

No, señor.

Frunce el ceño. Se aleja.

Después, por los altavoces instalados por todas las pistas de la Academia Bollettieri, oigo: «¡Andre Agassi, a la pista de honor cubierta! ¡Andre Agassi, acuda a la pista de honor cubierta! ¡Inmediatamente!».

A mí nunca me han convocado a la pista grande, y no se me ocurre que, si me convocan ahora, pueda ser por un buen motivo. Me dirijo hasta allí corriendo y me encuentro con Gabriel y con Nick de pie, muy juntos, esperando.

Gabriel le dice a Nick: Tienes que ver jugar a este niño.

Nick se pierde en la penumbra. Gabriel se coloca al otro lado de la red. Durante media hora me hace practicar. Yo, de vez en cuando, vuelvo la cabeza para echar un vistazo. Apenas distingo el perfil de Nick que, concentrado, se atusa el bigote.

Ahora devuelve unos reveses, me ordena Nick. Habla con voz ronca, como si al hacerlo pasara un papel de lija por una tira de Velcro.

Hago lo que me pide. Devuelvo varios reveses.

Y después practico el saque.

Subo a la red.

Ya basta.

Él da un paso al frente.

¿De dónde eres?

De Las Vegas.

¿Qué puesto ocupas en el *ranking* nacional?

El tres.

¿Cómo hago para ponerme en contacto con tu padre?

Estará en el trabajo. Trabaja de noche en el MGM.

¿Y tu madre?

¿A esta hora? Seguramente estará en casa.

Ven conmigo.

Caminamos despacio hacia su oficina, y una vez allí me pide el número de teléfono de casa. Se ha sentado en una silla de piel negra, alta, y prácticamente me está dando la espalda. A mí se me está poniendo una cara más colorada que la suya. Marca el número y habla con mi madre. Ella le facilita el teléfono de mi padre. Nick marca de nuevo.

Habla a gritos. ¡Señor Agassi! ¡Soy Nick Bollettieri! Sí, sí. Bien, escúcheme. Tengo que decirle algo muy importante. Su hijo tiene más talento que cualquier otro chico que haya visto pasar por esta Academia. Exacto. Sí, en todo el tiempo que lleva abierta. Y pienso llevarlo hasta lo más alto.

¿De qué diablos está hablando? Yo solo voy a estar aquí durante tres meses.

Dentro de sesenta y cuatro días me voy de aquí. ¿Qué insinúa Nick? ¿Que quiere que me quede? ¿Qué viva aquí… para siempre? Seguro que mi padre no lo aceptará.

Nick dice: así es. No, eso no es problema. Lo arreglaremos para que no pague ni un centavo. Andre puede quedarse aquí gratis. Voy a romper el talón que me envió.

Se me cae el alma a los pies. Sé que mi padre es incapaz de rechazar algo si es gratis. Mi suerte está echada.

Nick cuelga y vuelve la silla para mirarme. No se explica. No me consuela. No me pregunta si eso es lo que quiero yo. Lo único que dice es: vuelve a las pistas.

El alcaide ha añadido varios años más a mi condena y yo no puedo más que agarrar de nuevo el mazo y volver a picar piedra.

Las jornadas en la Academia Bollettieri empiezan siempre con ese olor insoportable. Las colinas circundantes albergan varias fábricas de procesado de naranjas, que desprenden un olor tóxico a piel de cítrico quemada. Es lo primero que me asalta cuando abro los ojos, un recordatorio de que todo esto es real, de que todavía no he vuelto a Las Vegas, de que no estoy en la cama de mi habitación dividida como una pista de tenis, soñando. A mí, el zumo de naranja nunca me había gustado demasiado, pero tras mi paso por la Academia Bollettieri, ya no volveré a ser capaz de mirar siquiera una botella de Minute Maid.

Mientras el sol se eleva sobre las tierras pantanosas y disuelve las brumas matutinas, yo me apresuro a adelantarme a los demás chicos en la ducha, porque el agua caliente se termina enseguida. De hecho, no se le puede llamar ducha; es más bien una boquilla diminuta de la que sale un delgado chorro de agujas dolorosas, que apenas llega a mojar, y mucho menos a lavar a quien lo recibe. Después, todos vamos corriendo a tomar el desayuno, que se sirve en una cantina tan caótica que parece más bien un hospital psiquiátrico en el que las enfermeras hubieran olvidado administrar la medicación a los pacientes. Aun así, es preferible llegar temprano, porque si no, la cosa se pone peor: la mantequilla se llena de las migas de los demás, el pan desaparece, y los huevos, plastificados, están fríos.

Después de desayunar nos montamos en el autobús que nos lleva a la escuela, la Academia Bradenton, a veintiséis minutos de allí. Reparto mi tiempo entre dos academias, dos cárceles, aunque la de Bradenton me causa más claustrofobia, porque le veo menos el sentido. En la Academia Bollettieri, al menos, aprendo algo de tenis. Pero en la de Bradenton solo aprendo que soy tonto.

La Academia Bradenton tiene los suelos hundidos, las moquetas sucias y una gama de colores que cubre catorce tonos de gris. No hay una sola ventana en todo el edificio, por lo que la luz la proporcionan unos fluorescentes, y el aire está enrarecido, impregnado de una gran variedad de olores desagradables, sobre todo a vómito, váter y miedo. La peste es casi peor que la de las naranjas chamuscadas de la Academia Bollettieri.

A los otros niños, niños de la localidad que no asisten a nuestra escuela de tenis, no parece importarles. A algunos, de hecho, les va bien en la Academia, tal vez porque sus horarios son más humanos. Ellos no combinan el colegio con una carrera de deportista semiprofesional. No deben combatir las oleadas de nostalgia que van y vienen como las náuseas. Pasan siete horas al día en clase y después vuelven a su casa a cenar y ver la tele con sus familias. En cambio, los que venimos de la Academia Bollettieri pasamos cuatro horas y media en clase; después nos montamos en el autobús y realizamos el largo trayecto que nos lleva a nuestro trabajo a jornada completa, que no es otro que lanzar pelotas con la raqueta hasta que oscurece, momento en el que caemos rendidos sobre nuestros camastros y descansamos media hora para luego dirigirnos a la sala de recreo, donde regresamos a nuestro estado primitivo. Después, adormilados, repasamos nuestros libros de texto durante unas pocas horas inútiles, antes de disponer de una hora libre y de que se apaguen las luces. Nunca podemos terminar los deberes y vamos constantemente rezagados en los estudios. Se trata de un sistema amañado, que garantiza la producción de malos estudiantes con la misma rapidez y eficacia con la que produce buenos tenistas.

Como a mí no me gustan las cosas amañadas, no me esfuerzo demasiado. No estudio, no hago los deberes. No presto atención. Y no me importa lo más mínimo. En las clases permanezco sentado, en silencio, en mi pupitre, mirándome los pies, pensando que preferiría estar en cualquier otra parte, mientras el profesor habla y habla sobre Shakespeare, la batalla de Bunker Hill o el teorema de Pitágoras.

A los profesores no les importa que no les preste atención porque soy uno de los chicos de Nick, y a ellos no les conviene que él se enfade. La Academia Bradenton existe gracias a que la Academia Bollettieri le sigue enviando un autobús cargado de alumnos de pago todos los semestres. Los profesores saben que sus empleos dependen de Nick, por lo que no pueden suspendernos, y nosotros nos aprovechamos de nuestro estatus especial. Experimentamos la sensación aristocrática de tener un derecho adquirido, y no nos damos cuenta de que aquello a lo que más derecho tenemos es precisamente lo que no se nos proporciona: una educación.

Tras las puertas metálicas de la Academia Bradenton se encuentra la oficina, el centro neurálgico de la escuela y fuente de mucho dolor. De ella emanan los informes y las cartas amenazadoras. A los niños que se portan mal los envían allí. La oficina también es la guarida de la señora G y el doctor G, el matrimonio que codirige la institución educativa y que, según sospecho yo, son dos actores frustrados de barraca de feria. La señora G es una mujer desgarbada, sin tronco: se diría que montaron los hombros directamente sobre las caderas. Intenta disimular esa forma rara llevando falda, pero con ello, contrariamente, solo consigue acentuar el problema. Se maquilla con dos manchas de colorete y un trazo de lápiz de labios, en una tríada simétrica de círculos a la que aplica la misma coordinación cromática que otros dedican a combinar las botas con el cinturón. Así, sus mejillas y su boca combinan siempre, y siempre consiguen casi que no te fijes en su joroba. Con todo, no hay prenda de ropa

ni cualquier otra cosa capaz de lograr que no te fijes en sus manos gigantescas. Tiene unas manazas que son como raquetas, y la primera vez que me estrecha la mía me parece que voy a desmayarme.

El viejo doctor G no le llega ni a la cintura, pero cuenta, también él, con una larga serie de problemas físicos. No cuesta imaginar lo que desde un principio sintieron que tenían en común. Frágil, oloroso, el doctor G tiene el brazo derecho atrofiado desde su nacimiento. Debería ocultarlo, ponérselo tras la espalda y metérselo en un bolsillo. Pero no solo no lo hace, sino que lo mueve de un lado a otro, lo blande como un arma. Le gusta llevarse aparte a los alumnos para mantener charlas individuales con ellos, y siempre que lo hace le da impulso al brazo hasta que este aterriza sobre el hombro del estudiante, donde lo deja hasta que ha dicho lo que tenía que decir. Si no te cagas de miedo con eso, no te cagas de miedo con nada. El brazo del doctor G parece un lomo de cerdo recostado sobre tu hombro, y aunque hayan transcurrido varias horas, tú todavía sientes su peso y no puedes evitar estremecerte.

La señora G y el doctor G han instituido un montón de reglas en la Academia Bradenton, y una de las reglas por cuyo cumplimiento velan con más ahínco es la prohibición de llevar joyas. Precisamente por eso, yo hago todo lo que puedo y más por hacerme unos *piercings* en las orejas. Se trata de una demostración fácil de rebelión que, según entiendo yo, constituye mi último recurso. La rebelión es lo único que puedo escoger todos los días, y esa rebelión en concreto habrá de aportarme el premio añadido de representar una venganza contra mi padre, que siempre ha detestado los pendientes en los hombres. Muchas veces lo he oído decir que un pendiente en un hombre equivale a homosexualidad. Estoy impaciente por que me vea con el mío. (Me compro dos, uno de brillante y otro de aro). Finalmente lamentará haberme enviado a miles de kilómetros de casa y haber dejado que me corrompan aquí.

Hago un esfuerzo mínimo y falso por ocultar mi nuevo accesorio, que me cubro con una tirita. Pero la señora G lo descubre, claro está, tal como yo esperaba. Me saca de clase y se encara conmigo.

Señor Agassi, ¿cuál es el significado de este vendaje?

Me he hecho daño en la oreja.

¿Se ha hecho daño…? No sea ridículo. Quítese esa tirita.

Me la quito, ella ve el brillante y ahoga un gritito.

En la Academia Bradenton no están permitidos los pendientes. La próxima vez que lo vea, espero que ya no lleve ni la tirita ni el pendiente.

A finales del primer semestre, estoy a punto de suspender todas las asignaturas. Excepto inglés. Demuestro una extraña aptitud para la literatura, especialmente para la poesía. Memorizar poemas conocidos, escribir poesías, son cosas que se me dan bien. Nos piden que escribamos un poema corto sobre nuestra vida diaria, y yo dejo el mío, con gran orgullo, sobre la mesa de la profesora. A ella le gusta. Lo lee en voz alta en clase. Más tarde, algunos de los otros niños me piden que les haga los deberes.

Yo me quito de encima sus encargos en el autobús, no me plantean el menor problema. La profesora de inglés me pide que me quede al salir de clase y me dice que tengo verdadero talento para la literatura. Sonrío. No me parece lo mismo que cuando Nick me dijo que tenía talento. En este caso siento que se trata de algo en lo que me gustaría seguir ejercitándome. Por un momento imagino cómo ha de ser hacer algo más allá de jugar al tenis, algo que haya escogido yo. Pero entonces entro en mi siguiente clase y mi sueño se pierde en una nube de fórmulas algebraicas. No estoy hecho para los estudios. La voz del profesor de matemáticas suena como si se encontrara a kilómetros de distancia. La clase siguiente, la de francés, es aún peor. Soy *très stupide*. Me cambio a español, donde paso a ser *muy estúpido*[2]. Llego a pensar que la clase de español podría llegar a acortarme la vida. El aburrimiento, la confusión, podrían provocarme la muerte en la silla. Algún día me encontrarán sobre mi pupitre, *muerto*[3].

Gradualmente, la escuela pasa de ser difícil a resultarme físicamente nociva. La angustia que me genera montarme en ese autobús, el trayecto de veintiséis minutos, la inevitable confrontación con la señora G o con el doctor G me llevan a enfermar, literalmente. Lo que más miedo me da es el momento, que se produce a diario, en que se me expone ante los demás como un perdedor, un fracasado. Un perdedor académico. El temor es tan grande que, con el paso del tiempo, la Academia Bradenton consigue que cambie de opinión respecto a la Academia Bollettieri. Ahora ya espero con ganas todas esas prácticas con la raqueta, e incluso los torneos en los que juego sometido a presión, porque al menos en esos momentos no estoy en la escuela.

Gracias a un torneo especialmente importante, no puedo presentarme a un examen de historia en la Academia Bradenton, un examen que, estoy seguro, habría suspendido. Celebro haberme librado por los pelos, y lo hago machacando a mis rivales. Pero cuando vuelvo al colegio mi profesora me dice que debo recuperar el examen.

Qué injusticia. Me dirijo cabizbajo a la oficina para someterme al examen de recuperación. De camino, me escondo en un rincón oscuro y preparo una chuleta, que me meto en el bolsillo.

Solo hay otra alumna en la oficina, una chica pelirroja de cara sudorosa, gorda. No parpadea, no da el menor indicio de percatarse de mi presencia. Parece estar en coma. Yo respondo las preguntas del examen, deprisa, copiando de mi chuleta. De pronto, noto unos ojos clavados en mí. Alzo la vista y veo que la niña pelirroja ha salido del coma y me observa fijamente. Cierra su libro y sale del despacho. Al momento, me guardo la chuleta en la entrepierna, por dentro del calzoncillo. Arranco otra hoja de papel de mi cuaderno e, imitando la letra de niña, escribo: «Me pareces muy guapo. Llámame». Me meto el papel en el bolsillo justo antes de que la señora G haga su aparición, muy alterada.



Poco después de llegar a la Academia Bollettieri, empiezo a rebelarme.

Deja el bolígrafo en la mesa, me dice.

¿Qué ocurre, señora G?

¿Estás copiando?

¿En qué? ¿En esto? Si quisiera copiar en algo, no sería en esto. Estos temas de historia los llevo dominados. Valley Forge. Paul Revere. Está chupado.

Vacíe sus bolsillos.

Saco de ellos alguna moneda, un paquete de chicles y la nota de mi admiradora imaginaria. La señora G la recoge al momento y la lee en voz baja.

Le digo: estaba pensando que no sé qué responderle. ¿Alguna idea?

Ella refunfuña algo y sale. Apruebo el examen y lo considero una victoria moral.

Mi profesora de inglés es mi única defensora. Además, es la hija de la señora G y el doctor G, por lo que intenta convencerlos de que soy más listo de lo que sugieren mis notas y mi conducta. Llega incluso a someterme a un test de Cociente Intelectual, y los resultados confirman su opinión.

Andre, me dice, debes aplicarte más. Demostrarle a la señora G que no eres como ella cree.

Le digo que ya me estoy aplicando, que lo hago tan bien como puedo, dadas las circunstancias. Pero de tanto jugar al tenis me siento siempre cansado, y la presión de los torneos y de lo que llaman *desafíos* me distrae. Sobre todo los desafíos: una vez al mes jugamos con alguien que ocupa una posición superior a la nuestra en el *ranking*. Me gustaría que cualquier profesor me explicara cómo se supone que vamos a

concentrarnos para poder conjugar los verbos o despejar la x cuando esa misma tarde tenemos que matarnos para ganar un partido a cinco sets con un gamberro de Orlando.

No se lo cuento todo, porque no puedo. Me sentiría como una nenaza si le hablara de mi miedo al colegio, de las muchas veces que estoy sentado en clase empapado en sudor. No puedo contarle que me cuesta concentrarme, que me da pánico que me hagan salir a la pizarra o responder algo, que ese horror, a veces, adopta la forma de una burbuja de aire en las tripas, que crece y crece hasta que tengo que salir corriendo para ir al baño. Entre clase y clase, muchas veces me veo obligado a encerrarme en un retrete.

Y después está la ansiedad social, el esfuerzo infructuoso por integrarse. En la Academia Bradenton, para integrarse, hay que tener dinero. La mayoría de los niños son adictos a la moda, mientras que mi vestuario consiste en tres pantalones vaqueros, cinco camisetas, dos pares de zapatillas de tenis y una sudadera de algodón de cuadros negros y grises. En clase, en lugar de concentrarme en *La letra escarlata*, me dedico a pensar en cuántos días seguidos puedo llevar el suéter y en lo que haré cuando empiece a apretar el calor.

Cuanto peores resultados obtengo en el colegio, más rebelde me vuelvo. Bebo, fumo porros, actúo como un capullo. Soy vagamente consciente de la relación inversamente proporcional entre mis malas notas y mi rebelión, pero no me paro a pensarlo demasiado. Prefiero la teoría de Nick, que dice que el colegio no se me da bien porque el mundo me la pone dura. Tal vez eso sea lo único medianamente acertado que haya dicho de mí ese hombre. (Por lo general me describe como un chulito exhibicionista que busca llamar la atención. Incluso mi padre me conoce mejor). Mi comportamiento general sí tiene algo de erección —violento, involuntario, imparable— y por ello lo acepto igual que acepto los muchos cambios que se están produciendo en mi cuerpo.

Finalmente, cuando mis notas tocan fondo, mi rebelión también alcanza un punto de inflexión: entro en una peluquería del centro comercial de Bradenton y le digo al peluquero que quiero una cresta mohicana. Que me rape los lados al cero, y que me deje solo una franja central puntiaguda en el centro.

¿Estás seguro, niño?

La quiero alta, la quiero muy en punta. Y tíñamela de rosa.

Me pasa la maquinilla durante ocho minutos. Entonces dice: ya está. Me miro en el espejo. El pendiente estaba bien, pero esto está mejor. Estoy impaciente por ver la cara que va a poner la señora G.

Al salir del centro comercial, mientras espero el autobús para regresar a la Academia Bollettieri, nadie me reconoce. Niños con los que juego, niños con los que duermo, me miran sin ver que soy yo. Para el observador puntual, yo acabo de hacer algo en un intento desesperado de llamar la atención. Pero, en realidad, lo que he hecho ha sido volverme invisible, ocultarme, esconder mi yo interior. Al menos, esa

ha sido la idea.

Vuelvo a casa por Navidad, y cuando el avión se acerca al Strip, cuando los casinos, bajo el ala derecha, ladeada, brillan ya como una hilera de abetos iluminados, la azafata nos informa de que hay congestión aérea y no podemos aterrizar.

Quejas en voz baja.

Como sabemos que la gente está impaciente por llegar a los casinos, prosigue, hemos pensado que sería divertido jugar un poco mientras esperamos el permiso para tomar tierra.

Aplausos.

Que todo el mundo saque un dólar y lo introduzca en esta bolsa para el mareo. A continuación, escriban su número de asiento en el billete y métanlo en esta otra bolsa. Extraeremos un billete… ¡Y la persona ganadora se llevará el bote!

Recoge los dólares de todos mientras otra azafata hace lo mismo con los billetes.

Se dirige a la cabecera del avión y mete la mano en el sobre.

¡Y el gran premio es para… 9F!

El 9F es el mío. ¡Acabo de ganar! Me pongo de pie y le hago señas. Los pasajeros se vuelven y me ven. Más protestas entre dientes. Qué bien, ha ganado el niñato ese de la cresta rosa.

La azafata, a regañadientes, me entrega la bolsa para el mareo que contiene noventa y seis billetes de un dólar. Me paso el resto del vuelo contándolos una y otra vez, bendiciendo mi suerte por haberme puesto la herradura en el culo.

Como era de esperar, mi padre se muestra horrorizado con mi corte de pelo y mi pendiente. Pero se niega a culparse a sí mismo y a la Academia Bollettieri. No quiere admitir que enviarme lejos haya sido un error y se niega a discutir mi vuelta a casa. Se limita a preguntarme si soy maricón.

No, le digo. Y me meto en mi cuarto.

Philly me sigue. Me dice que le gusta mi nuevo *look*. Incluso una cresta de mohicano es mejor que cualquier calva. Le cuento que en el avión he tenido un golpe de suerte.

¡Uau! ¿Y qué vas a hacer con todo ese dinero?

Estaba pensando en comprarle una pulsera de tobillo a Jamie. Es una niña que va al colegio con Perry. Me dejó que la besara antes de irme. Pero no lo sé… Por otra parte, me hace falta ropa nueva. Con una sola sudadera gris y negra no voy a ninguna parte. Quiero integrarme.

Philly asiente con la cabeza. Una decisión difícil, hermano.

No se le ocurre preguntarme por qué, si quiero integrarme, llevo cresta y pendiente.

Trata mi dilema como algo serio, entiende mis contradicciones como algo coherente y me ayuda a sopesar las opciones. Llegamos a la conclusión de que debo

gastarme el dinero en mi novia y olvidarme de la ropa.

Sin embargo, desde el momento mismo en que tengo la pulsera en la mano, me arrepiento de mi decisión. Me imagino de nuevo en Florida, combinando una vez más mis pocas prendas de ropa. Se lo comento a Philly y él me dedica su medio asentimiento.

Por la mañana, abro los ojos y me encuentro a Philly sonriendo por encima de mí. Me mira fijamente el pecho. Bajo la mirada y descubro un fajo de billetes.

¿Qué es esto?

Ayer salí a jugar a cartas, hermano. Y tuve un golpe de suerte. Gané seiscientos dólares.

¿Y… y qué es esto?

Trescientos. Para que vayas a comprarte algún jersey.

Durante las vacaciones de primavera mi padre quiere que juegue torneos semiprofesionales, que se conocen con el nombre de *satélites*, en los que cualquiera, independientemente de su cualificación, puede apuntarse y jugar al menos un partido. Se celebran en lugares alejados, muy remotos, en localidades como Monroe, en el estado de Luisiana, y Saint Joe, en el de Missouri. Yo no puedo viajar solo: apenas tengo catorce años. Así que mi padre decide que sea Philly el que me acompañe. Y también para que juegue. Philly y mi padre todavía se aferran a la creencia de que mi hermano puede llegar a algo con su tenis.

Philly alquila una furgoneta Omni de color marrón claro, que no tarda en convertirse en una versión rodante de nuestro dormitorio compartido. Un lado para él, y el otro para mí. Recorremos miles de kilómetros, paramos solo para comer en locales de comida rápida, para disputar los torneos y para dormir. El alojamiento nos sale gratis, porque en las ciudades que visitamos nos acogen desconocidos, familias del lugar que se ofrecen voluntariamente a dar cobijo a los participantes. En su mayoría son personas agradables, pero muestran un exceso de entusiasmo con respecto al tenis. Ya resulta bastante raro compartir casa con personas a las que no conoces de nada, pero además hay que hablar de tenis obligatoriamente, mientras desayunas tortitas con café. Yo, al menos, es algo que hago porque no tengo más remedio. Philly, en cambio, habla con todo el mundo, y a veces debo darle un codazo para avisarle de que tenemos que irnos.

Philly y yo nos sentimos como forajidos: vivimos en la carretera y hacemos lo que nos da la gana. Lanzamos al asiento trasero los envoltorios de la comida rápida que consumimos. Escuchamos música a todo volumen, decimos todos los tacos que se nos ocurren, todo lo que se nos pasa por la cabeza, sin temor a que nadie nos corrija o nos deje en ridículo. Aun así, no mencionamos en ningún momento que nuestras metas en ese viaje son muy distintas. Philly aspira solo a conseguir un punto en la ATP, uno solo, para saber qué se siente al figurar en el *ranking*. Yo solo aspiro a

no tener que enfrentarme con él en un partido, pues, en ese caso, tendría que derrotar una vez más a mi querido hermano.

En el primer torneo, yo destrozo a mi rival y mi hermano es destrozado por el suyo. Después, ya en la furgoneta alquilada, en el estacionamiento contiguo al estadio, Philly permanece inmóvil, con la vista clavada en el volante, con cara de asombro. Por algún motivo que ignoro, esta derrota le duele más que otras. Aprieta con fuerza el puño y golpea el volante. Muy duro. Lo hace otra vez. Empieza a hablar solo, en voz tan baja que no oigo lo que dice. Ahora habla más alto. Ahora está gritando, se llama a sí mismo perdedor nato, golpea sin parar el volante. Lo golpea con tanta fuerza que estoy seguro de que va a romperse algún hueso de la mano. Pienso en nuestro padre golpeando el volante después de dejar inconsciente a aquel camionero.

Philly dice: ¡sería mejor que me rompiera el puño, joder! ¡Al menos así se acabaría todo! Papá tenía razón. Soy un perdedor nato.

Y de pronto se detiene. Me mira y parece resignarse. Se calma. Como nuestra madre. Sonríe. La tormenta ha pasado, el veneno ha desaparecido.

Ya me siento mejor, dice, y ahoga una carcajada que se convierte en ronquido.

Al salir del estacionamiento, me da pistas sobre mi siguiente rival.

Días después de regresar a la Academia Bollettieri, me encuentro en el centro comercial de Bradenton. Me arriesgo y llamo a casa a cobro revertido. Menos mal. Responde Philly. Por su tono de voz diría que se siente como ese día en el aparcamiento.

Hemos recibido carta de la ATP.

¿Ah, sí?

¿Quieres saber qué puesto ocupas?

Pues no lo sé. ¿Quiero?

Eres el 610.

¿De verdad?

Estás entre los 610 mejores jugadores el mundo.

Eso significa que solo hay 609 personas en todo el mundo que sean mejores que yo. En el planeta Tierra. En el sistema solar. Soy el número 610. Golpeo la pared de la cabina y grito de alegría.

Silencio al otro lado de la línea. Y entonces, en algo así como un susurro, Philly me pregunta: ¿qué se siente?

No doy crédito a mi insensibilidad. Gritarle así al oído a Philly, con la gran decepción que debe de estar experimentando. Ojalá pudiera lanzar sobre su pecho la mitad de mis puntos de la ATP. Fingiendo indiferencia extrema, reprimiendo un bostezo falso, le respondo: pues no hay para tanto. Se exagera mucho.

6

¿Qué más puedo hacer? Nick, Gabriel, la señora G, el doctor G, ya nadie parece fijarse en mis excentricidades. Me he rapado, me he dejado crecer las uñas (una de ellas, rosácea, ha alcanzado una longitud de cinco centímetros, y me la he pintado de rojo intenso). Me he perforado el cuerpo, me he saltado las reglas, no he respetado las horas de llegada, me he enzarzado en peleas con mis compañeros, he protagonizado rabietas, he interrumpido en clase, me he colado, incluso, en el módulo de las chicas por la noche. He consumido litros y litros de whisky, muchas veces sentado descaradamente en mi cama, y, para añadir descaro al descaro, he construido una pirámide con las pruebas de mi delito. En efecto, he construido una torre de un metro de altura con todas las botellas vacías de Jack Daniels. Masco tabaco del más fuerte, Skoal, y Kodiak, empapado en whisky. Cuando pierdo algún partido, me meto un puñado del tamaño de una ciruela en la boca. Cuanto más grave es una derrota, mayor es el puñado. ¿Qué rebelión me queda ya? ¿Qué nuevo pecado puedo cometer para demostrarle al mundo que no soy feliz y que quiero volver a casa?

Los únicos momentos de la semana en los que no me dedico a planificar rebeliones es durante las horas libres, en que puedo hacer lo que quiera en la sala de recreo, y los sábados por la tarde, en que puedo trasladarme al centro comercial de Bradenton a ligar con chicas. Sumándolas todas, las horas durante las que me siento contento, o durante las que, al menos, no me estrujo los sesos pensando en alguna nueva forma de desobediencia civil, son solamente diez.

Cuando todavía tengo catorce años, la Academia Bollettieri alquila un autocar y nos lleva al norte del estado, para que participemos en un torneo que se disputará en Pensacola. La Academia Bollettieri viaja varias veces al año a torneos como esos, que tienen lugar por toda Florida, porque Nick cree que sirven de examen. Él los llama «varas de medir». Florida es un santuario del tenis, dice, y si somos mejores que los mejores de Florida, entonces es que debemos de ser los mejores del mundo.

Yo no tengo problemas para plantarme en la final en mi categoría, pero a los demás chicos no les va tan bien. A todos los eliminan pronto y, por eso, todos se ven obligados a asistir juntos a mi partido. No tienen alternativa, no hay otro sitio adonde ir. Cuando yo haya terminado, volveremos todos juntos en el autocar y viajaremos durante doce horas para regresar a la Academia Bollettieri.

Tú no tengas prisa, bromean los chicos.

A nadie le apetece lo más mínimo pasarse doce horas más en ese autocar lento y apestoso.

Para provocar las risas del público, decido jugar el partido en vaqueros. No en pantalón corto de tenis, ni en pantalones de calentamiento, sino en unos vaqueros viejos, desgastados y sucios. Sé que no afectará al resultado. Mi rival es pésimo. Le

ganaría con una mano atada a la espalda y disfrazado de gorila. Por si fuera poco, me pinto la raya de los ojos, y me coloco mi pendiente más llamativo.

Gano el partido sin ceder un set. Los demás niños me vitorean ruidosamente. Me conceden unos puntos extra por mi estilismo. En el viaje de vuelta a la Academia Bollettieri soy el centro de atención, me dan palmaditas en la espalda y me felicitan. Por fin me siento integrado, empiezo a convertirme en uno de los chicos guais del grupo, en uno de los machos alfa.

Y consigo que me expulsen.

Al día siguiente, después de comer, Nick se presenta por sorpresa a visitarnos.

Acercaos todos, grita.

Nos lleva a la pista trasera, que tiene gradas. Cuando los doscientos chicos que estamos internos nos hemos acomodado y estamos en silencio, empieza a caminar de un lado a otro y a hablar de lo que significa la Academia Bollettieri, de lo privilegiados que somos por entrenar ahí. Él la construyó partiendo de cero, dice, y está orgulloso de que lleve su nombre. La Academia Bollettieri es sinónimo de excelencia. La Academia Bollettieri es sinónimo de buen gusto. La Academia Bollettieri es conocida y respetada en todo el mundo.

Hace una pausa.

Andre, ¿puedes ponerte de pie un momento?

Obedezco.

Todo lo que he dicho sobre este lugar, Andre, tú lo has *pro-fa-na-do*. Tú has *manchado* este lugar, lo has cubierto de vergüenza con tus tonterías de ayer. ¿Llevar pantalones vaqueros, maquillaje y pendientes durante una final? Pues, chico, voy a decirte algo muy importante: si piensas seguir actuando así, si vas a seguir vistiéndote como una mujer, esto es lo que haré: durante tu siguiente torneo te obligaré a llevar falda. Me he puesto en contacto con la marca Ellesse y les he pedido que me envíen unas cuantas faldas de tenis para ti, y sí, sí señor, tú te pondrás una, porque si eso es lo que eres, entonces así es como vamos a tratarte.

Los doscientos niños me están observando. Cuatrocientos ojos clavados en mí. Muchos de ellos se ríen.

Nick sigue hablando. A partir de este momento te quedas sin tiempo libre. A partir de ahora, tu tiempo libre es mío. Tiene usted trabajo, señor Agassi. Entre las nueve y las diez limpiarás todos los lavabos del centro. Cuando termines de fregar los retretes, pulirás los suelos. Y si no te gusta, es muy fácil. Lárgate. Si vas a seguir actuando como lo hiciste ayer, no te queremos aquí. Si eres incapaz de demostrar que este lugar te importa tanto como nos importa a nosotros, adiós muy buenas.

Sus últimas palabras, *adiós muy buenas*, resuenan por las pistas vacías.

Y ya está, concluye. Ahora, todo el mundo a trabajar.

Todos los chicos se dispersan. Yo me quedo inmóvil, intentando decidir qué debo hacer. Podría maldecir a Nick. Podría amenazar con pelearme con él. Podría hablarle a gritos. Pienso en Philly, y en Perry. ¿Qué me dirían ellos que hiciera? Pienso en mi

padre, al que mi abuela enviaba al colegio vestido de niña cuando quería humillarlo. El día en que se hizo boxeador.

No dispongo de más tiempo para tomar la decisión. Gabriel dice que el castigo empieza ya. Durante el resto de la tarde, dice, de rodillas. A limpiar las malas hierbas.

Al anochecer, aliviado ya de mi carga, entro en mi dormitorio. Ya basta de indecisión. Sé exactamente qué voy a hacer. Meto mis cosas en una maleta y me dirijo hacia la autopista. En un determinado momento me pasa por la mente que estoy en Florida, y que cualquier chiflado podría recogerme y nadie sabría nunca más de mí. Pero la verdad es que prefiero largarme con cualquier chiflado antes que seguir con Nick.

Llevo una tarjeta de crédito en la billetera. Me la dio mi padre para que la usara en un caso de emergencia, y a mí, sinceramente, me parece que este lo es. Me dirijo al aeropuerto. Mañana a esta misma hora estaré sentado en el dormitorio de Perry, contándole lo que me ha ocurrido.

Me mantengo alerta por si veo focos apuntándome, por si escucho los ladridos de sabuesos en la lejanía. Y sigo haciendo autoestop.

Un coche se detiene junto a mí. Abro la puerta y me dispongo a meter la maleta en el asiento trasero. Es Julio, del personal de disciplina de Nick. Me dice que mi padre está al teléfono en la Academia. Y que quiere hablar conmigo inmediatamente.

Preferiría los sabuesos.

Le digo a mi padre que quiero volver a casa. Le explico lo que ha hecho Nick.

Te vistes como un maricón, dice mi padre. Por lo que se ve, te lo has merecido.

Paso al plan B.

Papá, le digo. Nick está echando a perder mi juego. No hago más que lanzar la pelota desde la línea de fondo. Nunca practicamos el juego de red. Nunca practicamos el servicio, ni la volea.

Mi padre me dice que hablará con Nick sobre mi juego. Y también me dice que Nick le ha asegurado que solo me castigará durante unas semanas, para demostrar que el que manda aquí es él. No pueden permitir que un mocoso se salte las normas. Deben mantener la imagen de un lugar disciplinado.

En conclusión, que mi padre vuelve a decir que me quede. No tengo alternativa. Cuelga, y oigo el pitido de la línea.

Julio cierra la puerta. Nick me quita el teléfono y me dice que mi padre le ha pedido que me confisque la tarjeta de crédito.

De ninguna manera. No pienso entregársela. ¿Mi única manera de salir de allí? Por encima de mi cadáver.

Nick intenta negociar conmigo y yo, de pronto, me doy cuenta de algo: me necesita. Ha enviado a Julio a buscarme, ha llamado a mi padre… ¿Y ahora pretende dejarme sin tarjeta de crédito? Me ha dicho que me fuera si quería, y cuando lo he hecho ha salido a buscarme. Era todo un farol. A pesar de los problemas que le causo,

al parecer, para ese tipo, algún valor debo de tener.

De día, soy el preso modelo. Recojo malas hierbas, limpio váteres, me visto con el equipo deportivo que me corresponde… De noche soy el vengador enmascarado. Robo una llave maestra de la Academia Bollettieri, y cuando todos duermen, salgo a merodear con un grupo de internos rebeldes. Aunque yo limito mis actos de vandalismo a cosas pequeñas, como lanzar bombas de espuma de afeitar, mis colegas hacen pintadas en las paredes, y llegan a escribir en la puerta del despacho de Nick «Nick es un capullo». Este ordena que vuelvan a pintársela, y ellos vuelven a escribirlo.

Mi primer secuaz en esas escapadas nocturnas es Roddy Parks, el muchacho que me ganó hace ya mucho tiempo, el día en que Perry se me presentó. Pero poco después pillan a Roddy. El compañero que dormía a su lado se ha chivado. Oigo que han expulsado a Roddy. Así que ya sabemos qué hace falta para que te expulsen. «Nick el capullo». En un gesto que le honra, Roddy asume toda la culpa. No delata a nadie.

Además de esos actos de vandalismo menor, mi principal muestra de insurrección es el silencio. Me prometo a mí mismo que, mientras viva, no volveré a hablar con Nick. Esa será mi marca, mi religión, mi nueva identidad. Ahora ese seré yo, el chico que no habla. Nick, claro está, ni se da cuenta. Se pasea por las pistas de tenis y me dice algo, y yo no le respondo. Él se encoge de hombros. Pero los demás chicos sí se fijan en que no le respondo. Mi prestigio aumenta.

Una de las razones del despiste de Nick es que está organizando un torneo con el que espera atraer a jóvenes de todo el país. Ello me da una gran idea, otra manera de joder a Nick. Hablo discretamente con un miembro del personal y le comento que hay un muchacho en Las Vegas que sería perfecto para el torneo. Tiene un talento excepcional, insisto. Yo, siempre que juego con él, tengo problemas para ganarle.

¿Y cómo se llama?

Perry Rogers.

Es como echar carnaza fresca en la trampa de Nick. Ese hombre vive para descubrir nuevas estrellas y para exhibirlas en los torneos. Las estrellas nuevas generan comentarios, contribuyen a reforzar el prestigio de la Academia Bollettieri, así como la imagen de Nick como gran mentor del tenis. Y, en efecto, días después Perry recibe un billete de avión y una invitación personal al torneo. Vuela hasta Florida y toma un taxi hasta la Academia Bollettieri. Me reúno con él en el recinto, y nos abrazamos, y nos tronchamos de risa por estarle tomando el pelo a Nick de esa manera.

¿Con quién tengo que jugar?

Con Murphy Jensen.

Oh, no. Pero si es buenísimo.

No te preocupes por eso. Todavía faltan unos días. De momento, vamos a pasarlo bien. Una de las muchas ventajas de las que gozan los niños que participan en el torneo es una excursión a los Busch Gardens de Tampa. Durante el trayecto al parque de atracciones, pongo a Perry al corriente, le cuento lo de mi humillación pública, le expongo lo desgraciado que soy en la Academia Bollettieri. En la Academia Bradenton. Le confieso que estoy a punto de suspender. Ahí es donde lo pierdo. Por una vez en la vida, él no es capaz de lograr que mi problema resulte lógico. A él le encanta el colegio. Sueña con asistir a una elitista escuela de la Costa Este y después a la facultad de Derecho.

Cambio de tema. Lo acribillo a preguntas sobre Jamie. ¿Ha preguntado por mí? ¿Está guapa? ¿Lleva la pulsera de tobillo que le regalé? Le digo que quiero que, cuando regrese a Las Vegas, le lleve otro regalo especial. Tal vez algo bonito de los Busch Gardens.

Eso estaría bien, coincide él.

Todavía no llevamos ni diez minutos en el parque de atracciones cuando Perry se fija en una parada llena de animales de peluche. Sobre uno de los estantes más altos reposa un panda gigantesco, blanco y negro, con las patas separadas y su lengüita roja por fuera de la boca.

Andre… ¡Eso es lo que tienes que comprarle!

Sí, claro, pero es que no está a la venta. Hay que ganar el gran premio para que te lo den, y ese premio no lo gana nadie. El juego está amañado. No me gustan las cosas amañadas.

Bah. Lo único que hay que hacer es pasar dos aros de goma por el cuello de una botella. Somos *deportistas*. Esto está chupado.

Lo intentamos durante media hora y llenamos de aros de goma toda la parada. Pero ni uno solo se ensarta en una sola botella.

Está bien, dice Perry. Esto es lo que vamos a hacer. Tú distraes a la mujer que lleva la parada, y yo me cuelo por detrás y pongo dos aros en el cuello de una botella.

No sé. ¿Y si nos pillan?

Pero entonces recuerdo que es un regalo para Jamie. Y por ella estoy dispuesto a hacer cualquier cosa.

Llamo a la mujer. Disculpe, señora. Quiero hacerle una pregunta.

Ella se vuelve. ¿Sí?

Le pregunto cualquier obviedad sobre las reglas del juego. Por el rabillo del ojo veo a Perry que se cuela de puntillas en la parada. Cuatro segundos después, ya vuelve a estar fuera.

¡He ganado! ¡He ganado!

La mujer de la parada se vuelve enseguida. Ve dos botellas de Coca-Cola con los aros en sus cuellos. Al principio parece sorprendida. Después se muestra escéptica.

Un momento, chico…

¡He ganado! ¡Quiero mi panda!

Yo no he visto…

Si no lo ha visto es su problema. Las reglas no dicen que tenga que ver. ¿Dónde dice que tenga que ver? ¡Quiero hablar con su supervisor! ¡Que venga el señor Busch Gardens en persona! ¡Pienso llevar a los tribunales a todo el parque de atracciones! ¿Qué clase de estafa es esta? Yo he pagado un dólar para jugar a esto, y eso ya es un contrato tácito. Me debe usted un panda. Voy a demandarla. Mi padre la demandará. Tiene tres segundos exactos para darme el panda, porque me lo he ganado. Y punto.

Perry está entregado a lo que más le gusta, que es hablar. Está haciendo lo que hace su padre: vender aire. Y la mujer de la parada está haciendo algo que detesta, es decir, trabajar en la parada de un parque de atracciones. El combate es muy desigual. Ella no quiere problemas, no gana nada con ellos. Así que va a por un palo largo, pesca con él el panda gigante y nos los entrega. Es casi tan alto como Perry, que lo sujeta como si se tratara de un Chipwich gigante. Nos largamos corriendo de allí, no sea que cambie de opinión.

Durante el resto de la tarde somos tres. Perry, yo y el panda. Lo llevamos con nosotros al snack-bar, al servicio de caballeros, lo subimos a la montaña rusa. Es como hacer de canguro a un adolescente en coma. Ni un panda de verdad nos daría tantos problemas. Cuando llega el momento de subir en el autocar para regresar a la academia, los dos estamos cansados, y nos alegra poder dejar al panda en su propio asiento, que ocupa por completo. Su volumen impresiona tanto como su peso.

Digo: espero que Jamie sepa apreciarlo.

Le va a encantar, replica Perry.

Sentada detrás de nosotros va una niña de ocho o nueve años. No puede apartar los ojos del panda. Le habla en voz baja y le acaricia el pelo.

¡Qué panda tan bonito! ¿De dónde lo habéis sacado?

Lo hemos ganado.

¿Y qué vais a hacer con él?

Regalárselo a una amiga.

Nos pregunta si puede sentarse a su lado. Nos pregunta si puede abrazarlo. Le digo que adelante, que haga lo que quiera.

Espero que a Jamie le guste el panda la mitad de lo que le gusta a esa niña.

A la mañana siguiente, Perry y yo estamos en el dormitorio cuando Gabriel asoma la cabeza.

El jefe quiere verte.

¿Para qué?

Gabriel se encoge de hombros.

Camino despacio. Me tomo mi tiempo. Me detengo frente a la puerta de Nick y sonrío al recordar: Nick es un capullo. Te echaremos de menos, Roddy.

Nick está sentado a su escritorio, con la espalda apoyada en su silla de piel negra

de alto respaldo.

Andre, entra, entra.

Me siento en la silla de madera, frente a él.

Carraspea. Creo que ayer estuvisteis en Busch Gardens, dice. ¿Lo pasaste bien?

Yo no respondo. Él espera. Vuelve a carraspear.

Bien, según creo, regresasteis a casa con un panda de grandes dimensiones.

Yo sigo mirando al frente.

Da igual, dice. Sea como sea, mi hija parece haberse enamorado de ese panda. Ja, ja.

Me viene a la mente la niña del autocar. O sea, que esa era la hija de Nick. ¡Claro! ¡Cómo pude haberlo pasado por alto!

La niña no deja de hablar del panda, prosigue Nick. O sea, que, escúchame bien. Quiero comprarte ese panda.

Silencio.

¿Me oyes, Andre?

Silencio.

¿Entiendes?

Silencio.

Gabriel, ¿por qué no dice nada Andre?

No te dirige la palabra.

¿Desde cuándo?

Gabriel frunce el ceño.

Mira, dice Nick, dime solo cuánto pides por él, Andre.

Yo no muevo los ojos.

Ya lo tengo. ¿Por qué no escribes en un papel cuánto quieres por él? Me alarga una hoja. Yo sigo sin moverme.

¿Y si te doy doscientos dólares?

Silencio absoluto.

Gabriel le dice a Nick que ya hablará él conmigo más tarde sobre el panda.

Sí, dice Nick. De acuerdo. Piénsalo un poco, Andre.

No te lo vas a creer, le digo a Perry cuando regreso al dormitorio. Quería el panda. Para su hija. La niñita del autocar era la hija de Nick.

¡No puede ser! ¿Y tú qué le has dicho?

No le he dicho nada.

¿Cómo que nada?

El voto de silencio. ¿No te acuerdas? Para siempre.

Andre, ahí te has equivocado. No, no, es un error. Debes replanteártelo al momento. La jugada tiene que ser esta: le llevas el Panda, se lo entregas y le dices que no quieres dinero, que tú solo quieres una oportunidad para largarte de aquí.

Quieres tener acceso a tarjetas de invitación, quieres sacar algo de los torneos, quieres regirte por otras reglas. Quieres comer mejor, tener acceso a mejores cosas. Y sobre todo, no quieres ir al colegio. Esta es tu oportunidad para ser libre. Ahora vas a poder resarcirte.

No puedo darle mi panda a ese tío, joder. No puedo. Además, ¿y Jamie?

Ya pensaremos en Jamie luego. Ahora estamos hablando de tu futuro. ¡Tienes que darle ese panda a Nick!

Seguimos hablando hasta muy tarde, con las luces ya apagadas, discutiendo en susurros, acaloradamente. Finalmente, Perry me convence.

Así pues, dice bostezando, mañana irás a dárselo.

No. A la mierda. Me voy a su despacho ahora mismo. Pienso entrar con la llave maestra y voy a ponerle el panda en su silla de piel, con el culo hacia arriba.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Gabriel vuelve a buscarme.

A la oficina. Inmediatamente.

Nick está sentado en su silla. El panda descansa ahora en un rincón, boca arriba, mirando al techo. Nick mira primero al panda, y luego a mí. Dice. Tú no hablas. Tú te maquillas. Tú llevas vaqueros en los torneos. Tú haces que invite a tu amigo Perry a la gira, aunque no sabe jugar, aunque apenas es capaz de caminar y mascar chicle a la vez. Y no me hagas hablar de ese pelo que llevas. Y ahora me das lo que te pido, pero entras en mi despacho en plena noche y me lo pones con el culo en pompa en mi silla. En mi silla, joder. ¿Cómo coño has entrado en mi despacho? ¿Qué problema tienes, chico, por Dios?

¿Quiere saber qué problema tengo?

Incluso Nick se sorprende al oírme la voz.

Le grito: mi problema es usted. Usted. Y si todavía no se ha enterado, es que es más tonto de lo que parece. ¿Tiene la menor idea de cómo son las cosas aquí? ¿De lo que representa vivir a cuatro mil kilómetros de casa, vivir en esta cárcel, despertarse a las seis y media, tener solo media hora para desayunar esa mierda que nos dan, montarse en ese autobús destartalado, ir a ese colegio cutre durante cuatro horas, volver aquí deprisa, tener media hora más para comer más mierda antes de ir a las pistas de tenis, día tras día, día tras día? ¿Tiene la menor idea? La única diversión, el único momento que se espera en toda la semana es ir al centro comercial de Bradenton los sábados por la noche. Y van y te quitan eso también. ¡Usted me lo quitó! ¡Este lugar es un infierno, y quiero quemarlo!

Nick tiene los ojos más abiertos que el panda. Pero no está enfadado. Ni triste. Está ligeramente complacido, porque ese es el único lenguaje que entiende. Me recuerda a Al Pacino en *El precio del poder*, en la escena en que una mujer le dice: con quién, por qué, cuándo y cómo folle yo no es asunto tuyo; y Al Pacino le contesta: ahora me gustas, nena.

Me doy cuenta de que a Nick le va la marcha.

Está bien, dice. Ya has dicho lo que querías decir. ¿Qué quieres?

Oigo la voz de Perry.

Quiero dejar el colegio. Quiero empezar a estudiar por correspondencia, para poder dedicarme por completo a trabajar mi juego. Quiero su ayuda, y no lo que me ha dado hasta ahora. Quiero tarjetas de invitación, cobrar por los torneos. Quiero dar verdaderos pasos para convertirme en un profesional.

Yo, claro está, no quiero realmente nada de todo eso. Eso es lo que Perry me dice que yo quiero, y desde luego es mejor que lo que tengo. Mientras lo estoy reclamando, tengo sentimientos encontrados. Pero Nick mira a Gabriel, y Gabriel me mira a mí, y el panda nos mira a todos.

Lo pensaré, dice Nick.

Horas después de que Perry regrese a Las Vegas, Nick me hace saber a través de Gabriel que mi primera tarjeta de invitación la he recibido para jugar un gran torneo en La Quinta. Además, va a meterme en el próximo satélite que se celebre en Florida. Por si eso fuera poco, a partir de ahora puedo considerarme expulsado de la Academia Bradenton, donde mi presencia ya no será requerida. Iniciaré un programa de estudios por correspondencia, aunque eso todavía no lo ha averiguado bien.

Gabriel se aleja, sonriendo. Has ganado, chico.

Veo a los demás compañeros montarse en el autobús escolar camino de la Academia Bradenton y, mientras se aleja escupiendo humo negro, me siento en un banco a tomar el sol. Me digo: tienes catorce años y ya no tendrás que volver al colegio. A partir de ahora todas las mañanas serán como Navidad y el primer día de las vacaciones de verano. Por primera vez en varios meses, una sonrisa asoma a mi rostro. Nada de lápices, nada de libros, nada de malas miradas de los profesores. Eres libre, Andre; ya no vas a tener que aprender nada más en tu vida.

7

Me pongo el pendiente y me voy corriendo a las pistas de cemento. La mañana es mía, mía, y la paso peloteando. Dale más fuerte. Lanzo pelotas durante dos horas, canalizando mi recién adquirida libertad con cada golpe. Ya noto la diferencia. Las pelotas estallan al contacto con mi raqueta. Aparece Nick, negando con la cabeza. Qué pena me da tu próximo rival.

Entre tanto, en Las Vegas, mi madre empieza la escuela por correspondencia en mi nombre. Su primer envío, de hecho, es una carta que me escribe a mí, en la que me dice que tal vez su hijo acabe no yendo a la universidad, pero que al menos la secundaria la va a terminar; eso seguro. Yo le respondo la carta dándole las gracias por hacerme los deberes y presentarse a mis exámenes. Pero, cuando obtenga el título, le digo, puede quedárselo ella.

En marzo de 1985 me traslado en avión hasta Los Ángeles y me instalo unos días con Philly, que vive en la casita de invitados de alguien y da clases de tenis, mientras busca qué quiere hacer con su vida. Me ayuda a entrenarme para el torneo de La Quinta, uno de los más importantes del año. La casita de invitados es diminuta, más pequeña que nuestra habitación de Las Vegas, más pequeña que nuestra furgoneta Omni de alquiler, pero a nosotros no nos importa; nos emociona volver a estar juntos, esperanzados ante el nuevo rumbo de mi vida. Solo hay un pequeño problema: no tenemos dinero. Subsistimos a base de patatas asadas y sopa de lentejas. Tres veces al día asamos dos patatas y calentamos una lata de sopa de marca blanca. Vertemos la sopa sobre las patatas y… *voilà*, ya tenemos desayuno, almuerzo, cena. Cada servicio nos cuesta noventa y nueve centavos y nos quita el hambre durante tres horas.

El día anterior al inicio del torneo nos vamos con el destartalado cacharro de Philly hasta La Quinta. El coche produce inmensas nubes de humo negro. Es como ir conduciendo una tormenta de verano portátil.

Tal vez debiéramos meter una patata en el tubo de escape, le digo a Philly.

Nuestra primera parada es en el colmado. Me planto delante de las patatas y el estómago me gruñe. No me cabe ni una más. Me alejo de allí, recorro los pasillos y de pronto me encuentro en la sección de congelados. Los ojos se me van sin querer a un capricho muy apetitoso: sándwiches helados de Oreo. Los cojo como un sonámbulo. Me voy corriendo a buscar a mi hermano, que ya hace cola en la caja rápida. Me cuelo tras él y, delicadamente, dejo la caja de Oreo en la cinta.

Él la mira y me mira a mí.

No podemos permitírnoslo.

Me comeré esto y no me comeré la patata.

Levanta la caja, ve el precio y suelta un silbido. Andre, esto cuesta lo mismo que diez patatas. No podemos.

Ya lo sé. Mierda.

Regreso a la sección de los congelados, pensando: odio a Philly. No, amo a Philly, odio las patatas.

Mareado de hambre, salgo a la pista y derroto a Broderick Dyke en la primera ronda de La Quinta: 6-4, 6-4. En la segunda ronda derroto a Rill Baxter 6-2, 6-1. En la tercera ronda derroto a Russell Simpson 6-3, 6-3. Y a continuación gano mi primer partido de la siguiente ronda contra John Austin: 6-4, 6-1. Le rompo el servicio en el primer set y sigo imparable. Tengo quince años, estoy derrotando a hombres hechos y derechos, les gano sin piedad, saltándome varias categorías de golpe. Vaya a donde vaya la gente me señala y susurra: «Es ese, ese es el chico del que te hablaba… el prodigio». Esa es la palabra más bonita que he oído nunca aplicada a mí.

El premio en metálico por llegar a la segunda ronda en La Quinta es de 2.600 dólares. Pero yo soy amateur, así que no recibo nada. Aun así, Philly se entera de que la organización va a compensar a los jugadores por los gastos en que hayan incurrido. Así que nos sentamos en su viejo cacharro y confeccionamos una lista detallada de gastos imaginarios, entre ellos nuestro vuelo imaginario en primera clase desde Las Vegas, nuestra habitación imaginaria en un hotel de cinco estrellas, nuestras comidas imaginarias en restaurantes caros. Nos creemos muy listos, porque nuestros gastos equivalen exactamente a los 2.600 dólares del premio en metálico.

Si Philly y yo tenemos el descaro de pedir tanto es porque somos de Las Vegas. Nos hemos pasado la infancia entre casinos. Nos creemos faroleros natos. Creemos que sabemos apostar fuerte. Después de todo, aprendimos antes a jugar que a hacer nuestras necesidades en el orinal. Hace poco, mientras nos paseábamos por Caesars, Philly y yo pasamos junto a una máquina tragaperras en el momento en el que empezaba a sonar esa canción tan triste de la época de la Gran Depresión: *We’re in the Money*. Nosotros conocíamos esa canción por papá, y nos pareció que era una señal. No se nos ocurrió que aquella canción salía de la máquina todo el día. Así que nos sentamos a la mesa de *blackjack*… y ganamos.

Ahora, con el mismo aplomo, nacido de la ingenuidad, entrego la lista de gastos en la oficina del director del torneo, Charlie Pasarell, mientras Philly me espera en el coche.

Charlie había sido jugador de tenis. De hecho, en 1969 había jugado con Pancho Gonzalez el partido masculino individual más largo de Wimbledon. Ahora Pancho es mi cuñado: hace poco se ha casado con Rita. Una señal más que nos indica que Philly y yo vamos a oler dinero. Aunque la señal definitiva es que uno de los mejores amigos de Charlie es Alan King, organizador de aquel torneo de Las Vegas en el que vi a César y Cleopatra empujar aquella carretilla llena de monedas de plata, en el que yo trabajé como recogepelotas junto a Wendi, en el que pisé por primera vez, oficialmente, una pista de tenis profesional. Todo son señales. Dejo la lista sobre el escritorio de Charlie y doy un paso atrás.

¡Vaya!, dice Charlie, repasando la lista. Muy interesante.

¿Cómo?

Los gastos no suelen cuadrar tan bien.

Noto que empiezo a sonrojarme.

Tus gastos, Andre, equivalen exactamente al premio que te correspondería si fueras profesional.

Charlie me mira por encima de los lentes. El corazón se me encoge hasta alcanzar el tamaño de una lenteja. Me planteo dar media vuelta y salir corriendo. Me imagino a Philly y a mí viviendo en esa caseta de invitados el resto de nuestras vidas. Pero Charlie reprime una sonrisa, mete la mano en una caja de metal y saca un fajo de billetes.

Aquí tienes dos mil, niño. No me insistas en los otros seiscientos.

Gracias, señor. Muchas gracias.

Salgo corriendo y me meto en el coche de Philly. Él arranca, como si acabáramos de dar un golpe en el Banco de La Quinta. Cuento mil dólares y los lanzo sobre mi hermano.

Ahí va tu parte del botín.

¿Qué? No, Andre. Tú has trabajado mucho para conseguirlo, hermano.

¿Estás de broma? Hemos trabajado los dos. ¡Philly, jamás lo habría conseguido sin ti! ¡Imposible! Estamos juntos en esto, tío.

Los dos tenemos presente la mañana en la que desperté con trescientos dólares en el pecho. También pensamos en todas esas noches, sentados en nuestros respectivos recuadros de la pista imaginaria pintada en nuestro dormitorio, compartiéndolo todo. Sin dejar de conducir, se inclina hacia mi lado y me da un abrazo. Y empezamos a decidir adónde vamos a ir a cenar esa noche. Se nos hace la boca agua mientras nombramos nuestros restaurantes preferidos. Finalmente nos ponemos de acuerdo en que esa es una ocasión especial, irrepetible, lo que exige escoger algo verdaderamente lujoso.

Sizzler.

Ya me parece saborear ese entrecot, dice Philly.

Yo, por mi parte, no pienso molestarme en escoger plato. Hundiré, sin más, la cabeza en el bufet de ensaladas.

Tienen bufet libre especial de gambas.

Pues quien haya tenido la idea se va a arrepentir.

¡Y que lo digas, hermano!

En el Sizzler de La Quinta lo devoramos todo, no dejamos ni un grano, ni una miga, y después nos sentamos a contar todo el dinero que aún nos queda. Disponemos los billetes en fila, los amontonamos, los acariciamos. Hablamos de nuestro nuevo colega, Benjamin Franklin. Estamos tan embriagados de calorías que encendemos la plancha de vapor y la pasamos delicadamente sobre cada billete, para eliminar las arrugas del rostro de Franklin.

8

Sigo viviendo y entrenándome en la Academia Bollettieri. Nick es mi entrenador; ocasionalmente, mi acompañante en los desplazamientos, aunque en realidad parece más bien una caja de resonancia. Y, para ser sinceros, un amigo. Nuestra tregua inesperada ha acabado por convertirse en una relación sorprendentemente armoniosa. Nick respeta la manera en que le planté cara, y yo lo respeto a él por haber cumplido su palabra. Trabajamos duro por conseguir una meta común, por conquistar el mundo del tenis. No espero gran cosa de Nick en el campo del afecto. En él busco cooperación; no información. Él, por su parte, busca en mí victorias que merezcan titulares que, a su vez, contribuyan a la buena marcha de su academia. Yo no le pago un salario, porque no puedo, pero se sobreentiende que cuando llegue a ser profesional le entregaré bonos sobre la base de lo que gane. Y él considera eso más que generoso.

Principios de primavera, 1986. Recorro Florida de arriba abajo, participando en una serie de torneos *satélite*. Kissimmee. Miami. Sarasota. Tampa. Después de un año trabajando duro, concentrándonos exclusivamente en el tenis, juego bien, y llego al quinto torneo de la serie, el Masters. Me abro paso hasta la final y, aunque pierdo, como finalista me corresponde un cheque de 1.100 dólares.

Querría aceptarlo. Me muero por aceptarlo. Seguro que a Philly y a mí nos vendría muy bien el dinero. Sin embargo, si lo acepto, me convierto en jugador profesional de tenis. Para siempre, sin posibilidad de dar marcha atrás.

Telefoneo a mi padre a Las Vegas y le pregunto qué debo hacer.

Mi padre me responde: ¿qué coño me estás preguntando? Coge el dinero, claro.

Si lo acepto, ya no hay marcha atrás. Seré profesional.

¿Y?

Si ingreso ese cheque, papá, ya está.

Él hace como que hay interferencias en la línea.

¡Has dejado el colegio! A efectos prácticos, te has quedado en octavo de primaria. ¿Qué alternativas tienes? ¿Qué otra cosa vas a hacer? ¿Ser médico?

Nada de lo que me dice es nuevo para mí, pero no soporto su manera de expresarlo.

Le digo al director del torneo que acepto el dinero. A medida que las palabras salen de mi boca, siento que todo un mundo de posibilidades se aleja de mí. No sé de qué posibilidades en concreto podría tratarse, pero esa es, precisamente, la cuestión, que ya nunca lo sabré. El hombre me entrega el cheque, y mientras abandono su despacho me siento como si acabara de meterme en una carretera larga, muy larga, que parece descender hacia un bosque oscuro y siniestro.

Es 29 de abril de 1986. Hoy cumplo dieciséis años.

Incrédulo, durante todo el día voy diciéndome a mí mismo: ahora ya eres jugador profesional de tenis. Eso es lo que eres. Ese es quien eres. Pero, por más veces que me lo repito, me parece que algo falla.

La única cosa inequívocamente buena de mi decisión de profesionalizarme es que mi padre envía a Philly a viajar conmigo en todo momento, para ayudarme con las cuestiones prácticas, los detalles interminables y los preparativos a los que hay que someterse cuando uno es profesional, desde el alquiler de coches hasta las reservas de habitaciones de hoteles, pasando por el encordado de las raquetas.

Lo necesitas, me dice mi padre. Pero los tres sabemos que Philly y yo nos necesitamos mutuamente.

Un día después de mi paso al tenis profesional, Philly recibe una llamada de Nike. Quieren reunirse conmigo en relación con un acuerdo de patrocinio. Philly y yo asistimos a la reunión con el representante de Nike en Newport Beach, que se celebra en un restaurante llamado Rusty Pelican. El representante es Ian Hamilton.

Yo me dirijo a él llamándolo señor Hamilton, pero él insiste en que lo llame Ian. Su sonrisa me inspira confianza al momento. Philly, por su parte, mantiene la cautela.

Chicos, dice Ian, creo que Andre tiene ante sí un futuro muy brillante.

Gracias.

Me gustaría que Nike formara parte de ese futuro, que fuera *socio* de ese futuro.

Gracias.

Me gustaría ofrecerte un contrato de dos años.

Gracias.

Durante los cuales Nike te proporcionará todo el material y te pagará veinte mil dólares.

¿Por los dos años?

No, anualmente.

Ah.

Ahora interviene Philly.

¿Y qué tendría que hacer Andre a cambio de ese dinero?

Ian parece confundido. Bien… —dice—. Andre tendría que seguir haciendo lo que ya ha estado haciendo, hijo. Seguir siendo Andre. Y llevar cosas de la marca Nike.

Philly y yo nos miramos. Somos dos mocosos de Las Vegas que todavía nos creemos maestros en el arte del farol. Pero hace ya mucho tiempo que nuestras caras de póker se han esfumado. Se nos quedaron en Sizzler. No terminamos de creernos del todo que eso esté pasando, y no podemos fingir lo contrario. Philly, al menos, conserva la mínima presencia de ánimo como para pedirle a Ian que nos disculpe un momento. Tenemos que abordar el asunto en privado.

Salimos disparados hacia la parte trasera del Rusty Pelican y telefoneamos a mi padre desde una cabina.

Papá, le digo yo en voz muy baja. Philly y yo estamos aquí con un tío de la Nike

que nos ofrece veinte mil dólares. ¿Qué te parece?

Pedidle más.

¿De verdad?

¡Más dinero, más dinero!

Y cuelga.

Philly y yo ensayamos lo que le vamos a decir. Yo hago de mí mismo, y él hace de Ian. Los hombres que entran y salen del baño y pasan por nuestro lado creen que estamos interpretando un *sketch* cómico. Finalmente, regresamos a la mesa fingiendo tranquilidad. Philly anuncia nuestra contraoferta. Más dinero. Su aspecto es muy serio. No puedo evitar pensarlo: se parece a mi padre.

Está bien, acepta Ian. Creo que podremos resolverlo. Dispongo de un presupuesto de veinticinco mil dólares para el segundo año. ¿Trato hecho?

Nos damos la mano. Al salir del Rusty Pelican, Philly y yo esperamos a que el coche de Ian se aleje antes de ponernos a saltar arriba y abajo y a cantar *We're in the Money*.

¿Te puedes creer que esto esté pasando?

No, admite Philly. Si quieres que te sea sincero, no, no me lo creo.

¿Puedo conducir yo hasta Los Ángeles?

No. Te tiemblan las manos. Te empotrarás contra la mediana, y no podemos permitírnoslo. Ahora vales veinte de los grandes, hermanito.

Y el año que viene, veinticinco.

Mientras regresamos a casa de Philly, el punto número uno de nuestra agenda es qué modelo de coche nos vamos a comprar, que mole pero que sea barato. Lo más importante es que del tubo de escape no salgan nubes de humo negro. Llegar a Sizzler en un vehículo que no escupa humo…, eso sí ha de ser el colmo del lujo.

Mi primer torneo como profesional lo juego en Schenectady, Nueva York. Llego a la final, en la que hay en juego cien mil dólares, pero pierdo contra Ramesh Krishnan 6-2, 6-3. A pesar de ello, no me siento mal. Krishnan es muy bueno, mejor de lo que se deduce de su posición en el *ranking*, que es la cuarenta y algo, y yo soy solo un adolescente desconocido que llega a la final de un torneo bastante importante. Se trata de una rareza absoluta: una derrota indolora. Solo siento orgullo. De hecho, siento también un atisbo de esperanza, porque sé que podría haber jugado mejor, y sé que Krishnan lo sabe.

Mi siguiente desplazamiento es a Stratton Mountain, Vermont, donde derroto a Tim Mayotte, que ocupa la duodécima posición en el *ranking*. En cuartos de final me enfrento a John McEnroe, que es algo así como jugar contra John Lennon. Ese hombre es una leyenda. He crecido viéndolo en la tele, admirándolo, a pesar de que no siempre he ido a su favor, porque su archirrival, Borg, era mi ídolo. Me encantaría ganar a *Mac*, pero este es su primer torneo después de un breve alto en su actividad.

Llega descansado, y hace poco ha alcanzado el primer puesto en el *ranking*. Momentos antes de salir a la pista me pregunto por qué un jugador tan avezado como *Mac* necesita tomarse un respiro. Pero entonces empieza a jugar y me lo demuestra, me da una lección práctica sobre las virtudes del reposo. Me derrota con contundencia: 6-3, 6-3. Pero, a pesar de perder, consigo restar un *drive* atómico tras un saque suyo que se le escapa por completo. Durante la rueda de prensa posterior al partido, *Mac* anuncia a los periodistas: he competido con Becker, Connors, y Lendl, y ninguno me había devuelto una pelota con esa fuerza. Ni la he visto.

Esas palabras, ese aval manifiesto a mi juego proveniente de un jugador de la categoría de *Mac*, me coloca en el mapa nacional. En los periódicos escriben sobre mí. Me llegan mensajes de fans. Philly, de pronto, se ve inundado de peticiones para conceder entrevistas. No puede reprimir una risita nerviosa cada vez que concierta alguna.

Qué bueno es ser popular, dice.

Mi posición en la ATP, entre tanto, asciende al ritmo de mi popularidad.

Acudo a mi primer Open de Estados Unidos a finales del verano de 1986, impaciente por estrenarme en la competición. Veo el perfil de Manhattan desde la ventanilla del avión y mi impaciencia se esfuma. La visión es realmente hermosa, pero intimida a quien, como yo, se ha criado en el desierto. Tanta gente… Tantos sueños…

Tantas opciones.

De cerca, a nivel de calle, Nueva York resulta menos impresionante que molesta. Los malos olores, el ruido ensordecedor… y las propinas. Nacido en una familia que vive de las propinas, estoy, lógicamente, a favor de ellas, pero en esta ciudad cobran una nueva dimensión. Me cuesta cien dólares llegar a la habitación de mi hotel desde el aeropuerto. Después de pagárselas al taxista, al portero del hotel, al botones y al conserje, me quedo sin blanca.

Además, llego tarde a todas partes. Calculo siempre a la baja el tiempo que se tarda en Nueva York en ir del punto A al punto B. Un día, muy poco antes del inicio del torneo, debo iniciar mi entrenamientos a las dos. Salgo del hotel con lo que considero que es tiempo de sobra para llegar a las pistas de Flushing Meadows. Me monto en un autobús directo que pasa por delante mismo, pero atravesar el centro de la ciudad y cruzar el puente de Tribourgh me lleva tanto tiempo que llego con mucho retraso; una mujer me informa de que ya le han dado mi pista a otro.

Me quedo frente a ella, y le suplico que me busque otra hora de prácticas.

¿Quién es usted?

Le muestro mis credenciales y le dedico una sonrisita tímida.

A su espalda hay colgada una pizarra en la que hay escrito un galimatías de nombres de jugadores, que ella consulta, escéptica. Me lleva a recordar a la señora G. Pasa el dedo por la columna izquierda, arriba y abajo, una y otra vez.

Está bien, a las cuatro, dice al fin. Pista 8.

Echo un vistazo al nombre del jugador con el que me toca pelotear.

Lo siento, le digo, no puedo pelotear con ese jugador. Es probable que deba enfrentarme a él en segunda ronda.

Vuelve a consultar la pizarra, suspirando, molesta, y yo me pregunto si la señora G tendrá alguna hermana perdida por ahí. Al menos ya he dejado de llevar mi cresta en el pelo, lo que, a ojos de esa mujer, hubiera resultado aún más ofensivo. Aunque, en realidad, mi actual corte de pelo solo es ligeramente menos espantoso: una melena encrespada en dos tonos, con las raíces negras y las puntas decoloradas.

Está bien, dice ella. Pista 17 a las cinco en punto. Pero tendrás que compartirla con otros tres jugadores.

Informo de ello a Nick. Parece que esta ciudad me supera.

No, me dice. Te irá bien.

Sí. Este es un sitio que parece mejor visto desde la distancia.

¿Acaso no le ocurre lo mismo a todo lo demás?

En la primera ronda me enfrento al británico Jeremy Bates. Competimos en una de las pistas traseras, lejos de las multitudes y de la acción principal. Estoy emocionado. Estoy orgulloso. Y también aterrado. Me siento como si hubiera llegado ya al último domingo del torneo. Las mariposas de mi estómago vuelan en estricta formación.

Dado que se trata de un partido de Grand Slam, la energía no se parece a lo que he experimentado hasta ahora. Todo es más frenético. El juego avanza a una velocidad de vértigo, un ritmo con el que no estoy familiarizado. Además, el día es ventoso y las pelotas parecen pasar de largo, como los envoltorios de chicle y como el polvo. No entiendo qué está ocurriendo. Ni siquiera parece tenis. Bates no es mejor jugador que yo, pero está jugando mejor, porque sabía a lo que venía. Me derrota en cuatro sets, y al terminar mira en dirección a la cabina que ocupan Philly y Nick y les dedica un corte de mangas, que, como todo el mundo sabe, significa *que os den*. Al parecer, entre Nick y Bates hay algún agravio.

Yo me siento decepcionado y ligeramente avergonzado. Pero en realidad sé que no estaba preparado para participar en mi primer Open de Estados Unidos, ni para Nueva York. Entiendo que entre donde estoy y donde debo estar hay un espacio que cubrir, y confío razonablemente en que llegaré a cubrirlo.

Mejorarás, me dice Philly pasándome un brazo por el hombro. Es solo cuestión de tiempo.

Gracias. Lo sé.

Y es verdad. Lo sé. Pero entonces empiezo a perder. Y no solo a perder, sino a perder estrepitosamente. A perder mal. A perder miserablemente. En Memphis me eliminan en la primera ronda. Y lo mismo en Key Biscayne.

Philly —le digo—. ¿Qué está pasando? No sé lo que hago en la pista. Me siento como un jugador de fin de semana. Estoy perdido.

El punto más bajo se produce en el Spectrum de Filadelfia. No se trata de unas instalaciones tenísticas, sino de un pabellón de baloncesto mínimamente adaptado. Oscuro, mal iluminado, cuenta con dos pistas contiguas, en las que se disputan dos partidos simultáneamente. Mientras yo resto un servicio en mi cancha, otro jugador resta otro en la suya, y si su pelota viene larga y la mía también, debemos tener cuidado para no chocar de cara. Yo ya tengo dificultades para concentrarme sin necesidad de que entren en juego colisiones con otros jugadores. Todavía no he aprendido a ignorar las distracciones. Después de un set, ya no soy capaz de pensar, y solo oigo los latidos de mi corazón.

Además, mi rival es malo, lo que me coloca en una posición de desventaja. Ante contrincantes menores, juego peor. Rebajo mi nivel para ponerme a su altura. No sé cómo mantener mi juego mientras me adapto al de mi oponente, porque me resulta algo así como coger y soltar aire a la vez. Contra grandes rivales, asumo el reto. Contra rivales malos me tenso, es decir, que no dejo que las cosas fluyan. Tensarte es una de las peores cosas que te pueden ocurrir en el tenis.

Philly y yo regresamos abatidos a Las Vegas. Estamos desanimados, pero el problema más acuciante es que nos hemos quedado sin blanca. Llevo meses sin ganar dinero, y con todos los viajes, los hoteles, con todos los coches de alquiler y las comidas en restaurantes, nos hemos ventilado casi todo el dinero de Nike. Desde el aeropuerto, me traslado directamente a casa de Perry. Nos encerramos en su cuarto con unas latas de refresco. Tan pronto como cerramos la puerta me siento más seguro, más centrado. Me fijo en que en las paredes hay colgadas algunas cubiertas más de la revista *Sports Illustrated*. Observo los rostros de los grandes deportistas, y le digo a Perry que siempre pensé que yo también lo sería, algún día, lo quisiera o no. Lo daba por sentado. Era mi vida y, aunque no lo hubiera escogido yo, mi único consuelo era la certeza del hecho en sí. El destino, al menos, posee cierta estructura. Ahora no sé qué me deparará el futuro. Se me da bien una sola cosa, pero por lo que se ve no soy tan bueno en esa cosa como creía. Tal vez esté acabado antes de empezar. En ese caso, ¿qué vamos a hacer Philly y yo?

Le digo a Perry que quiero ser un chico normal de dieciséis años, pero que mi vida resulta cada vez menos normal. No es normal que te humillen en el Open de Estados Unidos. No es normal corretear por el Spectrum con miedo a chocar con algún gigante ruso. No es normal que te marginen en los vestuarios.

¿Y por qué te marginan?

Porque tengo dieciséis años y me encuentro entre los cien primeros. Además, Nick no cae demasiado bien, y a mí me asocian con él. No tengo amigos, no tengo aliados. No tengo novia.

Jamie y yo hemos terminado. La última chica de la que me enamoré, Jillian, otra compañera de clase de Perry, no me devuelve las llamadas. Ella quiere un novio que no esté siempre de viaje. Y lo entiendo.

Perry dice: no tenía ni idea de que estuvieras pasando por todo eso.

Pero es que, además, para colmo, estoy sin blanca, le digo.

¿Qué ha pasado con los veinte mil dólares de Nike?

Viajes. Gastos. Yo no viajo solo. Está Philly, está Nick… Todo suma. Cuando no ganas, la suma aumenta más deprisa. Veinte mil dólares pueden gastarse muy rápido.

¿Y no puedes pedirle un préstamo a tu padre?

No. De ninguna manera. Sus ayudas siempre tienen un precio. Estoy intentando liberarme de él.

Andre, todo saldrá bien.

Sí, seguro.

En serio, las cosas mejorarán mucho. No te darás cuenta y ya estarás ganando otra vez. En un abrir y cerrar de ojos, tu cara aparecerá en una de esas portadas de la *Sports Illustrated*.

Sí, claro.

¡Ya verás que sí! ¡Estoy seguro! Y Jillian… Bah. Esa es para pasar el rato. Problemas con las chicas los tendrás siempre. Así son las cosas. Pero dentro de poco, la que te dará los problemas será… Brooke Shields.

¿Brooke Shields? ¿De dónde te sacas a Brooke Shields?

Él se echa a reír.

No lo sé. He leído algo sobre ella en *Time* hace poco. Acaba de graduarse en Princeton. Es la mujer más guapa del mundo, es inteligente, es famosa, y algún día saldrás con ella. No me malinterpretes, pero tú no tendrás nunca una vida normal y, muy pronto, esa falta de normalidad será genial.

Animado por Perry, me voy a Asia. El dinero apenas me alcanza para pagar los billetes de avión de Philly y los míos. Compito en el Open de Japón, y gano algunos partidos antes de perder en cuartos contra Andrés Gómez. Después me traslado a Seúl, donde llego a la final. Pierdo, pero mi parte del premio es de siete mil dólares, que me permitirán financiarme durante unos tres meses más, durante los que buscaré encontrar mi nivel de juego.

Cuando Philly y yo aterrizamos en Las Vegas, experimento una sensación de alivio. Nuestro padre viene a esperarnos, y mientras Philly y yo avanzamos por las instalaciones del Aeropuerto Internacional de McCarran, informo a mi hermano de que he tomado una decisión trascendental: voy a abrazar a papá cuando lo vea.

¿Abrazarlo? ¿Para qué?

Me siento bien. Estoy contento, maldita sea. ¿Por qué no? Pienso hacerlo. Solo se vive una vez.

Nuestro padre se encuentra junto a la puerta de llegadas, lleva una gorra de béisbol y gafas de sol. Me acerco a él, lo rodeo con mis brazos y aprieto con fuerza. Él no se mueve. Se pone muy tenso. Es como abrazar al piloto.

Lo suelto y me digo a mí mismo que no volveré a intentarlo.

Philly y yo nos trasladamos a Roma en mayo de 1987. Formo parte del cuadro final, por lo que tenemos las habitaciones pagadas, y podremos prescindir del cuchitril sin tele ni cortinas de baño que ha reservado mi hermano y trasladarnos al lujoso Cavalieri, construido en lo alto de una colina con vistas a toda la ciudad.

En nuestro tiempo libre, antes del torneo, salimos a visitar la ciudad. Visitamos la Capilla Sixtina y contemplamos el fresco de Cristo entregando a san Pedro las llaves del Reino de los Cielos. Admiramos los techos pintados por Miguel Ángel, y el guía nos explica que el pintor era un perfeccionista atormentado al que le devoraba la ira cada vez que detectaba que en sus obras —e incluso en los materiales con los que había decidido trabajar— había el más mínimo defecto.

Pasamos un día en Milán y nos dedicamos a ver iglesias y museos. Nos detenemos frente a *La última cena* de Leonardo da Vinci. Nos hablan de los cuadernos del pintor y sus detalladas observaciones de las formas humanas, de sus planes futuristas para la creación de helicópteros e inodoros. A los dos nos asombra que un hombre haya podido dar muestra de tal capacidad de inspiración. Inspiración —le digo a Philly—. Ese es el secreto.

El Open de Italia se juega sobre tierra batida roja, superficie con la que no estoy demasiado familiarizado. Yo solo he jugado sobre tierra verde, que es más rápida. Le comento a Nick que la tierra roja es como una mezcla de pegamento en caliente y alquitrán líquido dispuestos sobre un lecho de arenas movedizas. Tras nuestro primer peloteo, me lamento de que es imposible eliminar a cualquier rival sobre esa asquerosa superficie roja.

Él sonríe. Te irá bien, dice. Tienes que acostumbrarte a ella, eso es todo. No seas impaciente, no intentes rematar enseguida los puntos.

Yo no tengo la menor idea de a qué se refiere. Pierdo en la segunda ronda.

Nos trasladamos en avión a París para participar en el Open francés. Más tierra roja. Consigo ganar mi primera ronda, pero me destrozan en la segunda. Philly y yo intentamos, también ahí, visitar un poco la ciudad, mejorar un poco nuestra formación. Visitamos el Louvre. La mera cantidad de pinturas y esculturas nos aturde. No sabemos adónde ir, qué mirar. No somos capaces de asimilar todo lo que vemos. Pasamos de sala en sala, sobrecogidos. Pero entonces llegamos frente a una pieza que sí entendemos, demasiado bien. Se trata de un cuadro del Romanticismo francés en el que se muestra a un joven desnudo apostado en lo alto de un acantilado. Con una mano se sostiene de una rama de un árbol rota. Con la otra sujeta a una mujer y a dos niños pequeños. A él lo agarra del cuello un hombre anciano, tal vez su padre, que también sostiene un saquito de lo que parece ser dinero. A sus pies se extiende un abismo salpicado de los cuerpos de aquellos que no han podido resistir. Todo depende de la fuerza de ese hombre desnudo…, de la fuerza de su agarre.

Cuanto más lo miras —le comento a Philly— con más fuerza parece agarrarle del

cuello el anciano.

Philly asiente con la cabeza. Mira fijamente al hombre del acantilado y dice en voz baja: aguanta, hermano.

En junio de 1987 viajamos a Wimbledon. Me han emparejado con el francés Henri Leconte, en la pista 2, conocida como *la tumba*, pues en ella muchos jugadores han sufrido derrotas fatales. Es la primera vez que participo en una de las competiciones más veneradas del mundo del tenis, y desde mi llegada constato que me desagrada. Yo soy un adolescente de Las Vegas que ha vivido siempre en su mundo y que carece de educación. Rechazo todo lo que me es ajeno, y Londres me parece lo más ajeno del mundo. La comida, los autobuses, las venerables tradiciones… Incluso la hierba de Wimbledon huele distinta a la poca que hay en mi tierra.

Más descorazonador todavía me resulta que los jueces de Wimbledon parecen experimentar un placer altivo y arrogante diciendo a los jugadores lo que deben y lo que no deben hacer. A mí nunca me han gustado las reglas, y mucho menos las reglas arbitrarias. ¿Por qué debo vestir de blanco? Yo no quiero vestir de blanco. ¿Qué más le dará a esa gente de qué color sea mi ropa?

Por encima de cualquier otra consideración, lo que más puede ofenderme es que me aparten, que me impidan algo, que me hagan sentir que no soy bienvenido. Debo presentar una identificación para entrar en los vestuarios que, además, no son los principales. Participo en el torneo, sí, pero me hacen sentir como a un intruso, y ni siquiera se me permite pelotear en las pistas en las que voy a competir. Me confinan a unas pistas cubiertas situadas al final de la calle. Así pues, la primera vez en mi vida que juego sobre hierba es la primera vez que compito en Wimbledon. Y menuda sorpresa. La pelota no rebota bien; de hecho, no rebota en absoluto, porque esa hierba no es hierba, sino hielo engrasado con vaselina. Me da tanto miedo resbalar que camino de puntillas. Cuando miro a mi alrededor, para ver si los aficionados ingleses se han percatado de mi incomodidad, me asusto. Están prácticamente encima de mí. La pista es como una casa de muñecas. Que añadan mi nombre a la lista de quienes murieron en *la tumba*. Leconte me practica la eutanasia. Le digo a Nick que no voy a volver nunca. Prefiero volver a abrazar a mi padre que competir de nuevo en Wimbledon.

Todavía de un humor de perros, varias semanas después me traslado a Washington D. C. Llego a la primera eliminatoria, en la que juego contra Patrick Kuhnen, absolutamente vacío. Seco. Tras el largo periplo por Europa, ya no me queda nada. Los viajes, las pérdidas, el estrés, me han secado del todo. Además hace un calor asfixiante, y no estoy físicamente en forma. Como no estoy en absoluto preparado, me ausento. Cuando cada uno de los dos lleva un set ganado, yo, mentalmente,

abandono la pista. Mi mente se aleja de mi cuerpo y asciende flotando sobre ella. Cuando se inicia el tercer set, yo ya llevo mucho tiempo fuera de allí. Pierdo 6-0.

Me acerco a la red y le estrecho la mano a Kuhnen. Él me dice algo, pero yo no lo veo, no lo oigo. Es una masa amorfa de energía en el extremo de un cilindro. Recojo mi bolsa de deporte y salgo de la pista. Cruzo la calle, me meto en el parque Rock Creek y me interno entre los árboles. Después de asegurarme de que nadie me ve, empiezo a gritarle al bosque.

¡Ya no lo aguanto más! ¡Estoy acabado! ¡Lo dejo!

Sigo andando, andando, hasta que llego a un claro en el que me hallo rodeado de un grupo de hombres sin techo. Algunos están sentados en el suelo, otros, tendidos sobre troncos, durmiendo. Dos de ellos juegan a cartas. Parecen duendes salidos de un cuento de hadas. Me acerco a uno que parece bastante despierto. Abro la bolsa de deporte y extraigo de ella varias raquetas Prince.

Eh, tío, ¿las quieres? ¿Las quieres? Porque es que a mí ya no me sirven para nada.

El hombre no entiende bien qué ocurre, pero está bastante seguro de haber encontrado a alguien que está más loco que él. Sus compañeros se acercan y yo les digo venid, venid, amigos, venid aquí. Aunque tal vez estemos a 38 grados a la sombra, de repente es Nochebuena.

Vacío toda mi bolsa de deporte, extraigo de ella el resto de raquetas, que valen cientos de dólares cada una, y se las voy entregando.

¡Tomad, cogedlas! ¡Yo ya no voy a necesitarlas, eso está claro!

Después, alegre al constatar lo poco que pesa mi bolsa, me dirijo al hotel en el que nos alojamos Philly y yo. Me siento sobre una cama. Mi hermano ocupa la otra, como en los viejos tiempos en muchos sentidos. Le digo que ya he tenido bastante. Que no puedo seguir así.

Philly no discute conmigo. Me comprende. ¿Quién mejor que él para entenderme? Abordamos los detalles, diseñamos un plan de acción. Cómo decírselo a Nick. Cómo decírselo a mi padre. Cómo hacer para ganarnos la vida.

¿Qué quieres hacer en vez de jugar al tenis?

No lo sé.

Salimos a cenar, seguimos hablándolo, analizamos en qué situación económica me encuentro: cuento con unos pocos cientos de dólares. Nos reímos al comentar que nos acercamos de nuevo al territorio de las patatas con sopa de lentejas.

Cuando regresamos al hotel, la luz del teléfono de la habitación parpadea. Tengo un mensaje. Los organizadores de un torneo de tenis de exhibición que se celebra en Carolina del Norte han llamado para decir que un jugador ha cancelado su participación. Y quieren saber si puedo jugar yo en su lugar. En caso afirmativo, me pagarán dos mil dólares.

Philly admite que no estaría mal despedirse del tenis con algo de pasta en el bolsillo.

Está bien, le digo. Un último torneo. Será mejor que consiga alguna raqueta.

En la primera ronda me toca con un chico llamado Michael Chang. He crecido compitiendo con él. Jugué con él muchas veces en alevines, y nunca perdí. Además, solo tiene quince años, dos menos que yo. Me llega al ombligo. Así que eso es exactamente lo que el médico le ha recetado a mi psique dolorida. Una paliza preestablecida. Entro en la pista sonriendo.

Pero, por lo que se ve, Chang ha experimentado una metamorfosis desde la última vez que lo vi. Su juego ha mejorado exponencialmente y su velocidad es pasmosa. Debo hacer acopio de todo lo que tengo para ganarle. Pero gano. Se trata de mi primera victoria en meses, y decido posponer mi retirada. Unas semanas más. Le comunico a Philly que quiero ir a Stratton Mountain, donde las cosas me fueron bien el año anterior. Stratton será un lugar adecuado para entonar mis últimos cantos de victoria.

Viajamos a Vermont con otros dos jugadores: Peter Doohan y Kelly Evernden. Kelly dice que ha tenido acceso a los emparejamientos de Stratton justo antes de salir.

¿Alguien quiere saber con quién va a jugar?

Yo.

No, Andre. Tú mejor que no.

Vaya. ¿Con quién me ha tocado?

Con Luke Jensen.

Mierda.

Luke es el mejor juvenil del mundo, con diferencia el chico más prometedor del campeonato. Apoyo la cabeza en el asiento y miro pasar las nubes. Debería haberlo dejado después de ganar. Inmediatamente después de derrotar a Chang.

Luke saca tanto con la derecha como con la izquierda, por lo que lo llaman *Luke el Ambidiestro*. Y es capaz de servir a casi doscientos por hora con ambas manos. Pero hoy, contra mí, falla su primer servicio y yo le rompo el segundo. Mi sorpresa es mayor que la suya al ver que lo elimino en tres sets y sigo vivo.

Mi siguiente rival es Pat Cash, que acaba de ganar en Wimbledon, doce días después de mi derrota en la pista-tumba. Cash es una máquina, un deportista perfectamente equilibrado que se mueve bien y cubre la red como una hidra. No me planteo siquiera la posibilidad de ganarle. A lo que aspiro es a no desmontarme del todo. Pero desde los primeros golpes constato que no consigue darle gran altura a su juego, lo que me permite visualizar limpiamente la pelota y devolverle golpes que me dan puntos, uno tras otro. Como no tengo opciones de ganar, como solo quiero demostrar credibilidad, juego con libertad, con soltura, y Cash está cada vez más tenso. Parece no dar crédito al cariz que van tomando los acontecimientos. Falla primeros saques, lo que me permite a mí anticiparme y darlo todo en mis contragolpes. Cada vez que le envío una pelota que se le escapa, me mira desde su lado de la red como diciendo: esto no estaba en el plan. Tú no tenías que jugar así.

Con gran imprudencia y no poca arrogancia, pasa cada vez más tiempo junto a la

red, con gesto de sorpresa, en lugar de regresar a la línea de fondo a replantearse su estrategia. Después de uno de mis mejores contragolpes, él me devuelve una volea bastante fácil y yo le envío un globo que lo supera. Él se planta con los brazos en jarras, mirándome fijamente, transmitiéndome la injusticia de la que cree ser víctima.

Sigue mirando, pienso yo. No pares.

Hacia el final, me regala golpes facilísimos, me pone las pelotas tan al alcance, tan fáciles de devolver que, de hecho, sí parece todo un poco injusto. Tengo la posibilidad real de ganar cada punto. Yo que solo quería no pasar desapercibido, dejar algo de marca, y voy a irme dejando una herida profunda. Gano por un asombroso 7-6, 7-6.

Llego a la conclusión de que Stratton Mountain es mi *montaña mágica*. Mi *anti-Wimbledon*. El año anterior, ahí mismo, jugué por encima de mi nivel, y ahora estoy haciéndolo el doble de bien. El paisaje de fondo es sobrecogedor, algo anticuado, y la quintaesencia de lo americano. A diferencia de esos británicos estirados, ahí el público me conoce, o al menos conoce al yo idealizado que yo quiero que conozca. No sabe nada de mis luchas de los últimos doce meses, ignora que he regalado mis raquetas a unos vagabundos, desconoce que estoy a punto de retirarme. Pero, aunque lo supiera, no me lo tendría en cuenta. Ya me animó durante mi partido con Jensen, pero después de derrotar a Cash me adopta del todo. Este chico es nuestro chico. A este chico se le da bien cuando viene. Animado por su vociferante apoyo, llego a las semifinales, en las que habré de medirme con Ivan Lendl, que ocupa la primera posición en el *ranking*. Es el partido más importante de mi carrera. Mi padre viene en avión desde Las Vegas para presenciarlo.

Una hora antes del partido, Lendl se pasea por el vestuario ataviado solo con sus zapatillas. Al verlo tan relajado, tan claramente desnudo, ahí delante de mis propias narices, sé lo que me espera. La derrota que superará todas las derrotas. Pierdo en tres sets. Aun así, me voy de allí animado, porque he ganado el segundo. Durante media hora, le he dado lo suyo al mejor del mundo. Y a partir de ahí puedo construir algo. Me siento bien.

Bueno, hasta que leo en los periódicos lo que Lendl dice de mí. Cuando le preguntan por mi juego, responde: «Un peinado y un buen *drive*».

9

Termino 1987 con un golpe de efecto. Gano mi primer torneo como profesional, en Itaparica, Brasil, algo que tiene aún más mérito porque lo hago ante un público compuesto por brasileños inicialmente hostiles. Después de derrotar a su mejor jugador, Luiz Mattar, los aficionados no parecen resentidos conmigo. De hecho, me conceden el título de brasileño honorario. Saltan a la pista, me suben a hombros y me mantean. Muchos han llegado al estadio directamente desde la playa. Llegan bañados de aceite de coco, y yo no tardo en acabar pringado también. Mujeres en biquini y en tanga me cubren de besos. Suena la música, la gente baila, alguien me alcanza una botella de champán y me pide que rocíe al público. El ambiente festivo, carnavalesco, es el complemento perfecto a la alegría que yo siento. Finalmente, he salido adelante. He ganado cinco partidos seguidos. (Para ganar un *slam* —constato no sin cierta alarma—, debo ganar siete).

Un hombre me entrega el cheque que corresponde al vencedor. Debo mirar dos veces la cifra: 90.000 dólares.

Con el cheque todavía metido en los pantalones de mis vaqueros, me planto dos días después en el salón de mi padre y aplico un poco de psicología preventiva.

Papá —le digo—. ¿Cuánto crees que voy a ganar el año que viene?

Ja, ja —dice él, radiante—. Millones.

Bueno, en ese caso no te importará que me compre un coche.

Él frunce el ceño. Jaque mate.

Sé muy bien qué coche quiero. Un Corvette blanco con todos los extras. Mi padre insiste en que mi madre y él me acompañarán al concesionario para que no me engañen. Yo no puedo negarme. Mi padre es mi casero, mi tutor. Ya no vivo a tiempo completo en la Academia Bollettieri, por lo que vuelvo a residir bajo el techo de mi padre y, por tanto, bajo su control. Viajo por todo el mundo, gano bastante dinero, he alcanzado cierta fama, pero básicamente mi padre sigue dándome la semanada. Es raro, sí, pero es que toda mi vida es rara. Solo tengo diecisiete años, no estoy preparado para vivir solo, apenas lo estoy para aparecer de pie en una pista de tenis, y aun así, acabo de estar en Río de Janeiro, sujetando a una chica con tanga en una mano y un cheque de 90.000 dólares en la otra. Soy un adolescente que ha visto demasiado, un hombre-niño sin cuenta corriente.

En el concesionario, mi padre no deja de regatearle al comercial, y su negociación no tarda en adquirir un tono agresivo. ¿Por qué será que no me sorprende? Cada vez que mi padre le hace una nueva oferta, el comercial sale a consultárselo a su jefe. Mi padre abre y cierra los puños.

Finalmente, el comercial y mi padre acuerdan un precio. Estoy a punto de convertirme en propietario del coche de mis sueños. Mi padre se pone las gafas, echa

un último vistazo a los papeles. Pasa el dedo por la lista detallada de gastos. Un momento. ¿Qué es esto? ¿Un pago de 49,99 dólares?

Es un pequeño cargo por el papeleo, dice el comercial.

Ese papeleo no es mío, joder. Es suyo. Páguense ustedes el papeleo.

Al comercial no le gusta el tono de mi padre. Se intercambian palabras gruesas. Mi padre pone esa cara tan suya, la misma que puso antes de noquear al camionero. La mera visión de todos esos coches le devuelve su rabia antigua.

Papá, ¿el coche cuesta 37.000 dólares y te pones así por un cargo de 50?

¡Te están estafando a ti, Andre! ¡Me están estafando a mí! ¡El mundo entero intenta estafarme!

Sale del despacho del comercial hecho una furia y, ya en la sala de exposición, se encara con los jefes, que están sentados a una mesa alta. Les grita: ¿creen que están a salvo ahí detrás? ¿Por qué no salen de ahí, eh?

Tiene los puños en alto. Está listo para pelearse con cinco hombres a la vez.

Mi madre me pasa el brazo por el hombro y me dice que lo mejor que podemos hacer es salir y esperarlo fuera.

Permanecemos en la acera, viendo a mi padre despotricar al otro lado del escaparate. Golpea el escritorio. Agita las manos. Es como ver una película muda espantosa. A mí me mortifica, pero también siento una ligera envidia. Ojalá poseyera yo algo de la furia de mi padre. Ojalá pudiera recurrir a ella durante los partidos difíciles. Me pregunto qué podría llegar a hacer en el tenis si tuviera acceso a esa rabia y fuera capaz de orientarla hacia el otro lado de la red. En cambio, lo que hago es dirigirla toda contra mí mismo.

Mamá, ¿cómo lo aguantas? —le pregunto—. ¿Todos estos años?

Ah —responde ella—. No lo sé. Todavía no ha ido a la cárcel. Y nadie lo ha matado aún. Creo que somos bastante afortunados, pensándolo bien. Con suerte, saldremos de este incidente sin que ocurra ninguna de esas dos cosas, y seguiremos adelante.

Además de la ira de mi padre, me encantaría tener aunque fuera una mínima parte de la calma de mi madre.

Philly y yo regresamos al concesionario al día siguiente. El comercial me entrega las llaves de mi nuevo Corvette; se nota que siente lástima por mí. Me dice que no me parezco en nada a mi padre, y aunque su intención es halagarme, lo cierto es que me siento vagamente ofendido. De camino a casa, la emoción de conducir el coche recién estrenado se ve amortiguada. Le digo a Philly que a partir de ahora las cosas serán distintas. Mientras me abro paso entre el tráfico, mientras piso fuerte el acelerador, le digo: ha llegado el momento. Necesito hacerme con el control de mi dinero. Necesito hacerme con el control de mi vida, joder.

En los partidos largos, me falta resistencia. Y, en mi caso, todos los partidos son

largos, porque tengo un saque normalito. No consigo quitarme los problemas de encima gracias a mi servicio, que no me proporciona puntos fáciles, por lo que para vencer a mis rivales debo empeñarme a fondo en todos los juegos. Mi conocimiento del tenis va mejorando, pero mi cuerpo paga las consecuencias. Estoy flaco, soy quebradizo, y mis piernas se rinden fácilmente, seguidas de cerca por mi garra. Informo a Nick de que no estoy lo bastante en forma para competir contra los mejores del mundo, y él se muestra de acuerdo. Las piernas lo son todo.

Contacto con un entrenador de Las Vegas, un coronel retirado que se llama Lenny. Duro como el acero, Lenny suelta más palabrotas que un marinero y camina como un pirata, porque hace muchos años lo hirieron en una guerra de la que no le gusta hablar. Cuando todavía no llevo ni una hora con él, yo mismo querría que alguien volviera a pegarle un tiro. Pocas cosas causan más placer a Lenny que maltratarme mientras, de paso, pronuncia todo tipo de obscenidades contra mí.

En diciembre de 1987, la temperatura en el desierto baja de manera poco habitual. Los que vienen a jugar a los casinos de Las Vegas se ponen gorros de Santa Claus. Las palmeras están decoradas con luces de Navidad. Las putas que recorren el Strip llevan ornamentos navideños a modo de pendientes. Yo le comento a Perry que tengo muchas ganas de que empiece el año nuevo. Me siento fuerte. Siento que empiezo a formar parte del tenis.

Gano el primer torneo de 1988, en Memphis. El sonido que emite la pelota al abandonar mi raqueta me dice que está viva. Mi *drive* crece cada vez más. Las bolas *atraviesan* a mis rivales. Todos se vuelven a mirarme con una expresión de incredulidad: ¿de dónde coño ha salido eso?

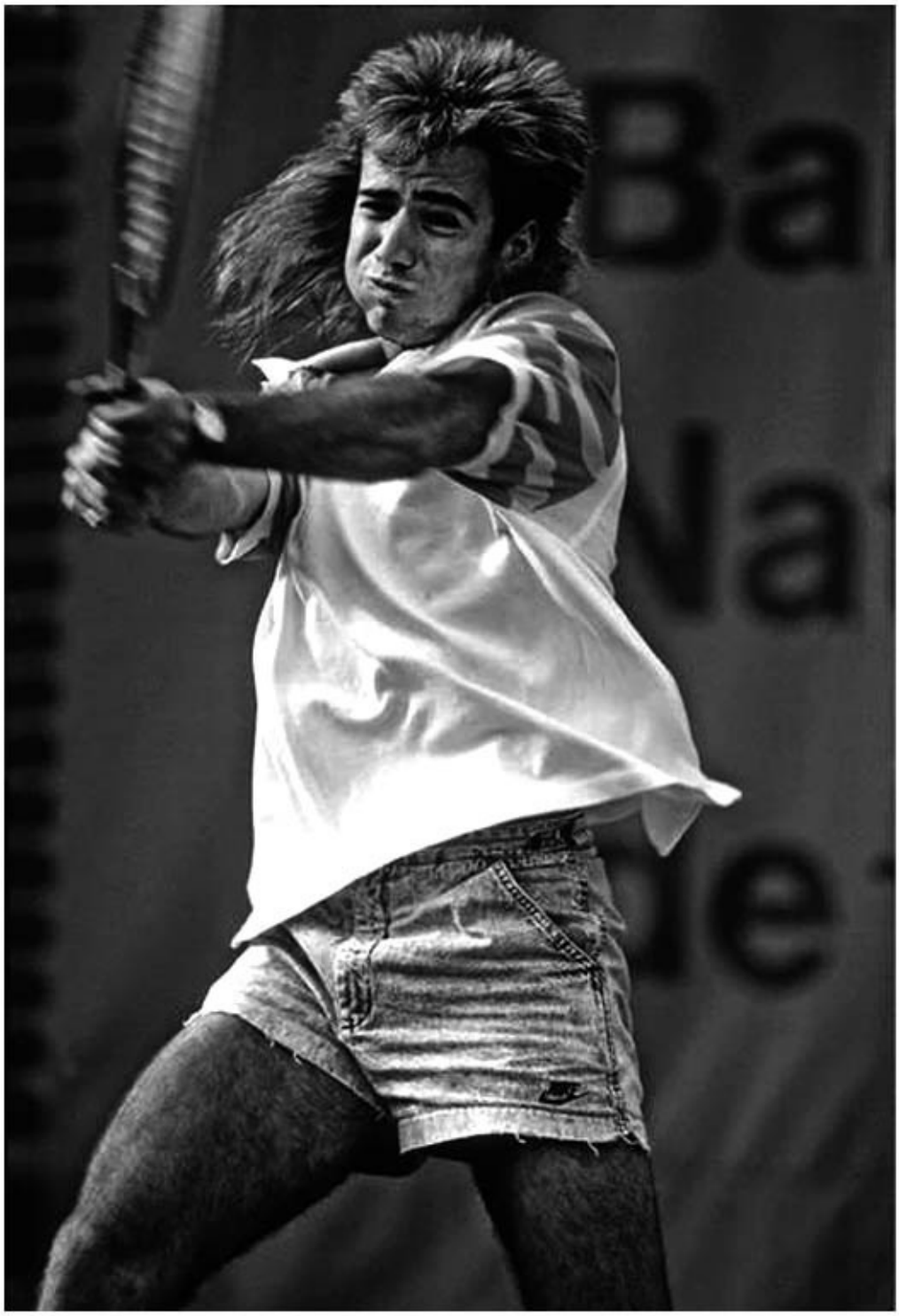
En los rostros de los aficionados también noto algo. Su manera de observarme, de pedirme autógrafos, su manera de gritar cuando entro en las pistas, me incomoda un poco, pero a la vez satisfacen algo en lo más profundo de mi ser, una necesidad oculta cuya existencia ignoraba.

Vestirse como yo, en 1988, significa llevar vaqueros cortos. Esos shorts son la marca de la casa, mi distintivo, mi sinónimo, que se comenta en todos los artículos, en todos los perfiles que me dedican. Pero yo no escogí llevarlos; me escogieron ellos a mí. Fue en 1987, en Portland, Oregón. Yo participaba en el Nike International Challenge y los representantes de Nike me invitaron a la suite de un hotel para mostrarme las últimas demos y muestras de ropa. Allí también estaba McEnroe, al que, por supuesto, dejaron escoger primero. Él levantó unos pantalones cortos de tela vaquera y dijo: pero ¿qué coño es esto?

Yo abrí mucho los ojos, me pasé la lengua por los labios y pensé: son geniales. Si tú no los quieres, *Mac*, me los pido yo.

Tan pronto como *Mac* los desechó, los cogí. Y ahora los uso en todos los partidos, al igual que muchos de mis fans. Los comentaristas deportivos me machacan por ello. Dicen que lo que quiero es llamar la atención, destacar sobre el resto. De hecho —como con mi cresta mohicana—, lo que intento es ocultarme. Dicen que pretendo

cambiar las costumbres del juego, cuando en realidad lo que procuro es que el juego no me cambie a mí. Me llaman *rebelde,* pero yo no tengo la menor intención de serlo, y solo participo de una rebelión adolescente normal y corriente. Son distinciones sutiles, pero importantes. En el fondo, no hago más que ser yo mismo, y como no sé quién soy, mis intentos por averiguarlo son erráticos, raros y, claro está, contradictorios. Me comporto igual que cuando vivía en la Academia Bollettieri: me resisto a la autoridad, experimento con la identidad, envío mensajes a mi padre, me rebelo contra la falta de libertad de elección en mi vida. Pero ahora lo hago a una escala mayor.



A los dieciocho años, con mi melena de mechas decoloradas
y mis vaqueros cortos, mi primer look inconfundible.

Haga lo que haga, por los motivos que sea, suscita reacciones. Es habitual que se refieran a mí como *el salvador del tenis americano,* sea eso lo que sea. En todo caso, creo que tiene que ver con el ambiente que se crea durante los partidos de tenis en los que participo. Además de imitar mi manera de vestir, los aficionados que me apoyan

imitan también mi peinado. Veo mi melena característica en mujeres y en hombres (a las mujeres les queda mejor). Me halagan mis imitadores, pero también me avergüenzan, me confunden. No concibo que toda esa gente quiera parecerse a Andre Agassi, dado que yo no quiero ser Andre Agassi.

De vez en cuando intento explicar eso mismo en alguna entrevista, pero nunca lo consigo. Intento ser gracioso, pero lo que digo no tiene la menor gracia, o bien ofende a alguien. Intento ser profundo, pero me oigo a mí mismo diciendo cosas sin sentido. De modo que renuncio a más explicaciones, y me limito a las respuestas breves y previsibles, respondo a los periodistas lo que ellos parecen querer oír. No puedo hacer más. Si ni yo mismo soy capaz de entender mis motivaciones, mis demonios, ¿cómo puedo pretender transmitírselos a unos periodistas que van con prisa?

Y, por si eso fuera poco, estos se dedican a transcribir lo que digo, mientras lo digo, palabra por palabra, como si al hacerlo así pudieran reproducir la verdad literal. Pero yo querría decirles: un momento, no anotéis eso, solo estoy pensando en voz alta. Me preguntáis sobre el tema del que menos sé: yo. Permitidme que me corrija un poco, que me contradiga a mí mismo. Pero no hay tiempo. Ellos necesitan respuestas que sean *blanco o negro, bien o mal*, tramas sencillas en diez líneas, antes de pasar a otra cosa.

Si dispusiera de tiempo, si pudiera pensar un poco más antes de hablar, les diría a los periodistas que estoy intentando averiguar quién soy, pero lo que sí tengo entre tanto es una idea bastante aproximada de quién no soy. No soy mi ropa, y, sin duda alguna, no soy mi juego. No soy nada de lo que el público cree que soy. Ser de Las Vegas y llevar ropa estridente no me convierte automáticamente en un *showman*. No soy un *enfant terrible*, frase que aparece en todos los artículos que se publican sobre mí. (Diría que uno no puede ser algo que ni siquiera sabe pronunciar correctamente). Y, por el amor de Dios, no soy ningún *punk roquero*. A mí me gusta la música pop suave y ligera, tipo Barry Manilow y Richard Mark.

Pero, por supuesto, la clave de mi identidad, lo que sí sé sobre mí pero no puedo revelar a los periodistas, es que estoy perdiendo el pelo. Lo llevo largo y crespado para disimular su rápida caída. Solo lo saben Philly y Perry, porque ellos sufren de lo mismo que yo. De hecho, Philly se ha trasladado hace poco a Nueva York para reunirse con el dueño del Hair Club for Men y comprarle unos cuantos postizos. Ya no volverá a hacer el pino.

Me telefonea desde allí para hablarme de la gran variedad de postizos que ofrece el club. Según dice, es como un hipermercado de pelucas. Como el buffet de ensaladas de Sizzler, pero solo de pelo.

Le pido que me compre una. Todas las mañanas encuentro parte de mi identidad en la almohada, sobre mi piel, en los desagües.

Me pregunto: ¿es que piensas llevar peluca? ¿Durante los torneos?

Y me respondo: ¿qué alternativas tengo?

En Indian Wells, en febrero de 1988, me abro paso, imparable, hasta semifinales, donde me cruzo con Boris Becker, de la República Federal de Alemania, el tenista más famoso del mundo. Su aspecto es imponente: luce una gran mata de pelo dorado, resplandeciente, y sus piernas son más anchas que mi cintura. Cuando me enfrento a él, mantiene intactas todas sus fuerzas, pero le gano el primer set. A continuación pierdo los dos siguientes, aunque en el tercero, duro e igualado, presento batalla. Abandonamos la pista mirándonos de reojo, como dos toros excitados. Yo me prometo a mí mismo que no perderé la próxima vez que compitamos.

En marzo, en Key Biscayne, me enfrento a Aaron Krickstein, antiguo compañero mío de la Academia Bollettieri. A menudo se nos compara, tanto por nuestra relación con Nick como por la precocidad de nuestras habilidades. Voy ganándole dos sets a cero, pero de pronto pierdo toda la energía. Krickstein gana los dos sets siguientes. Al inicio del quinto noto los primeros calambres. Todavía no he alcanzado la forma física que necesito para pasar a un nivel superior. Pierdo.

Me traslado a Isle of Palms, cerca de Charleston, y gano mi tercer torneo. Estando allí cumplo los dieciocho años. El director del evento saca una tarta al centro de la pista y todo el mundo canta. Nunca me han gustado los cumpleaños. En casa, cuando era pequeño, nunca los celebrábamos. Pero este es distinto. Ya soy mayor de edad, la gente no para de repetírmelo. A ojos de la ley, ya soy adulto.

Pues la ley no tiene ni idea.

Me desplazo hasta Nueva York, para disputar el Torneo de Campeones, un hito importante, porque en él se enfrentan los mejores jugadores del mundo. Una vez más me preparo para enfrentarme a Chang, que, desde la última vez que lo vi, ha desarrollado un mal hábito: cada vez que derrota a un rival, señala al cielo. Le da las gracias a Dios. Atribuye el mérito de su victoria a Dios, lo que me ofende. Que Dios tome partido en un torneo de tenis, que Dios vaya en contra de mí, que Dios vaya con Chang, es algo que me resulta ridículo e insultante. Derroto a Chang, y saboreo todos y cada uno de mis blasfemos golpes. Después me vengo de Krickstein. En la final debo enfrentarme a Slobodan Zinojinovic, un serbio más conocido por competir en dobles. No le dejo ganar ni un set.

He empezado a ganar con más frecuencia. Debería estar contento. Pero me siento tenso, porque la temporada ha terminado. Mi actuación en pistas duras ha sido triunfal, y mi cuerpo quiere seguir jugando sobre esa superficie, pero ahora empieza la temporada de la tierra batida. El súbito paso de una superficie a otra lo cambia todo. Jugar sobre tierra batida es jugar a otra cosa, por lo que el juego debe adaptarse, cambiar, y también ha de cambiar el cuerpo. En lugar de llegar corriendo a todas partes, en lugar de parar en seco y arrancar bruscamente, aquí hay que deslizarse, inclinarse y danzar. Los músculos con los que uno está más familiarizado adoptan un papel secundario, y aquellos que se encontraban en estado de latencia pasan a dominar. En el mejor de los casos, ya me resulta bastante doloroso no saber quién soy. Pero convertirme de pronto en otra persona, en una persona de tierra batida,

añade una capa más de frustración y ansiedad.

Un amigo me comenta que las cuatro superficies sobre las que se juega al tenis son como las cuatro estaciones del año. Cada una te reclama algo distinto. Cada una te entrega distintas recompensas y te exige peajes distintos. Cada una de ellas altera radicalmente tu aspecto, te rehace a nivel molecular. Tras tres rondas del Open de Italia, en mayo de 1988, yo ya he dejado de ser Andre Agassi. Y quedo fuera del torneo.

Acudo al Open de Francia de 1988 esperando más de lo mismo. Al acceder a los vestuarios del Roland Garros, veo a los expertos en tierra batida apoyados en la pared, acechando. Nick los llama *ratas de cloaca*. Llevan meses aquí, practicando, esperando a que los demás terminemos nuestra temporada en pista dura y aterricemos en su leonera de tierra batida.

Además de la desorientación que me causa la tierra batida, París me afecta profundamente. La ciudad sufre los mismos problemas logísticos que Nueva York y Londres, y también están sus grandes aglomeraciones y sus particularidades culturales, pero además interviene la barrera añadida del idioma. Por si eso fuera poco, la presencia de perros en los restaurantes me inquieta. La primera vez que entro en un café de los Campos Elíseos, un perro levanta la pata y suelta un chorro de orina contra la mesa contigua a la mía.

Roland Garros no se escapa de esa sensación de extrañeza. Es el único lugar en el que he jugado que apesta a humo de puros y pipas. Cuando estoy a punto de servir en un punto muy importante del partido, pasa bajo mi nariz una voluta de humo salida de una pipa. Estoy tentado de ir a buscar a esa persona para regañarla, y a la vez sé que prefiero no saber de quién se trata, porque no puedo ni imaginar qué clase de hobbit retorcido se sienta a ver un partido de tenis mientras da chupadas a su pipa.

A pesar de mi incomodidad, consigo derrotar a mis tres rivales. Supero incluso al gran maestro de tierra batida Guillermo Pérez-Roldán en los cuartos de final. En semifinales, me toca cruzarme con Mats Wilander. Ocupa el tercer puesto del *ranking* mundial pero, en mi opinión, es el jugador del momento. Cuando pasan alguno de sus partidos por la tele, dejo lo que esté haciendo y me pongo a verlo. Está viviendo un año asombroso. Ya ha conquistado el Open de Australia y es el favorito para ganar este torneo. Consigo forzar un quinto set, que pierdo 6-0 en medio de serios calambres.

Le recuerdo a Nick que voy a saltarme Wimbledon. Le digo: ¿por qué pasarme a la hierba y malgastar toda esa energía? Tomémonos un mes de reposo, descansemos y preparémonos para las pistas duras del verano.

Él se alegra más que yo de no ir a Londres. Wimbledon le gusta tan poco como a mí. Además, quiere regresar cuanto antes a Estados Unidos para buscarme un entrenador mejor.

Nick contrata a un forzudo chileno llamado Pat que nunca me pide que haga nada que no esté dispuesto a hacer él mismo, algo que me inspira respeto. Pero Pat también

tiene la costumbre de escupirme cuando me habla, y de inclinarse sobre mí cuando estoy levantando pesas. Cada vez que lo hace, me echa gotas de sudor en la cara. A veces creo que debería acudir a las sesiones de entrenamiento de Pat cubierto con un poncho de plástico.

El régimen de entrenamientos de Pat se basa sobre todo en hacerme subir y bajar un monte que queda a las afueras de Las Vegas. Se trata de un lugar desolado y achicharrado por el sol. A medida que te acercas a la cima, el calor aumenta, como si se tratara de un volcán en erupción. Además, está a una hora de casa de mi padre, distancia que encuentro innecesaria. No hay nada mejor que desplazarse en coche hasta Reno para correr un rato. Aun así, Pat insiste en que esa montaña es la respuesta a todos mis problemas físicos. Cuando llegamos a su base y salimos del coche, él enseguida inicia el ascenso, a la carrera, y me ordena que lo siga. A los pocos minutos yo ya estoy echando el hígado por la boca, empapado en sudor. Y cuando llegamos a la cima me falta el aire. Según Pat, eso es bueno. Es sano.

Un día, cuando Pat y yo llegamos a lo alto del monte, de pronto aparece un camión destartalado. Baja de él un nativo americano. Viene hacia nosotros con un palo en la mano. Si su intención es matarme, no podré defenderme, porque soy incapaz de levantar los brazos.

El hombre nos pregunta: ¿qué estáis haciendo aquí?

Estamos entrenando. ¿Y tú?

Cazando serpientes de cascabel.

¡Serpientes de cascabel! ¿Hay serpientes de cascabel por aquí?

¿Hay entrenamiento por aquí?

Cuando dejo de reírme, el indio viene a decirme, más o menos, que debo de haber nacido con una herradura en el culo, porque esa colina está infestada de serpientes de cascabel. Él caza una docena de ellas todos los días, y espera cazar otras doce esa misma mañana. Es todo un milagro que no haya pisado ninguna, una grande, bien gorda, dispuesta a morderme.

Miro a Pat y me dan unas ganas tremendas de escupirlo.

En julio me desplazo a Argentina, convertido en uno de los jugadores más jóvenes de la historia en formar parte del equipo estadounidense de la Copa Davis. Juego bien contra Martín Jaite, argentino, y el público, algo a regañadientes, me muestra respeto. Voy ganando dos sets a cero, y llevo una ventaja de 4 juegos a 0 en el tercero. Espero el saque de Jaite. El frío me tiene entumecido: en Argentina es pleno invierno. Debemos estar a un grado bajo cero. Jaite dispara un saque que toca la red y cae en mi campo. Repite el saque. Y lo hace lanzando una pelota con mucho ascenso, imposible de restar. Yo la recojo al vuelo con la mano. Entonces estalla un motín. El público cree que pretendo perdonarle la vida a su compatriota, que le falto al respeto. Y me abuchean durante varios minutos.

Al día siguiente, los periódicos me machacan. En lugar de defenderme, reacciono con altanería. Respondo que siempre me había apetecido hacer algo así. La verdad es, simplemente, que tenía mucho frío y no pensaba. Mi reacción fue producto de la estupidez, no de la arrogancia. Mi reputación crece por momentos.

10

No lejos de la casa de mi padre se extiende el campus de la Universidad de Nevada-Las Vegas que, en 1989, ha adquirido ya cierta reputación por sus equipos deportivos. Su buque insignia es el de baloncesto, que incluye a estrellas de la NBA. El de fútbol americano también mejora enormemente. Los Running Rebels son conocidos por su velocidad y su buena forma. Además, se llaman, Rebeldes, como a mí me gusta. Pat me dice que tal vez haya alguien de la universidad que pueda ayudarme a mejorar mis condiciones físicas cuando él tenga que ausentarse.

Nos desplazamos hasta el campus un día, y acudimos al gimnasio, ubicado en un edificio nuevo que a mí me resulta tan impresionante como la Capilla Sixtina. Tantos cuerpos perfectos… Tantos hombres corpulentos. Yo mido un metro setenta y cuatro y peso 67 kilos, y las prendas de ropa de Nike que llevo me van grandes. Me digo a mí mismo que ha sido un error. Además de sentirme tremendamente pequeño, las escuelas, sean del tipo que sean, siguen inspirándome desconfianza.

Pat, ¿a quién pretendo engañar? Este no es mi sitio.

Estamos aquí, dice él, escupiendo.

Encontramos la oficina del entrenador de la universidad especializado en fuerza física. Le pido a Pat que me espere fuera, que entraré yo a hablar con él. Asomo la cabeza por la puerta y allí, al otro lado del despacho, en el ángulo más alejado, tras una mesa del tamaño de mi Corvette, veo a un gigante de verdad. Parece la estatua de Atlas que se alza frente al Rockefeller Center y que vi la primera vez que visité Nueva York con motivo de mi participación en el Open de Estados Unidos, con la diferencia de que este es moreno y lleva el pelo largo, y tiene unos ojos también negros, tan grandes y tan redondos como las pesas que se amontonan en el gimnasio. Parece capaz de aplastar a la primera persona que se atreva a molestarlo.

Doy un paso atrás y cierro la puerta.

Entra tú, Pat.

Pat me obedece. Oigo que le dice algo. Oigo una profunda voz de barítono que le responde. Parece el motor de un camión. Y entonces Pat me pide que entre.

Contengo la respiración y, una vez más, abro la puerta.

Hola, digo.

Hola, dice el gigante.

Esto… bien… sí. Me llamo Andre Agassi. Juego a tenis y vivo aquí, en Las Vegas y…

Ya sé quién eres.

Se pone en pie. Mide más de metro ochenta, y el perímetro de su caja torácica debe de ser de más de 140 centímetros. Por un momento temo que, en un acceso de ira, vuelque la mesa. Pero no solo no lo hace, sino que la rodea y se acerca a mí para

estrecharme la mano. Es la mano más grande que he visto en mi vida. Una mano que combina bien con sus hombros, sus bíceps y sus piernas, que también baten récords según mi experiencia personal.

Gil Reyes, dice.

Encantado de conocerle, señor Reyes.

Llámame Gil.

De acuerdo, Gil. Sabemos que debes de estar muy ocupado y no queremos robarte tiempo. Simplemente, nos preguntábamos —es decir, Pat y yo— si podríamos hablar contigo para ver si podemos usar vuestras instalaciones de vez en cuando. La verdad es que me esfuerzo por mejorar mi forma física.

Sí, claro, cómo no.

Su voz me lleva a pensar en el fondo del mar, en el núcleo de la Tierra. Pero, además de profunda, se trata también de una voz suave.

Nos muestra los diferentes espacios, nos presenta a varios alumnos deportistas. Hablamos de tenis, de baloncesto, de sus diferencias, de sus similitudes. Y entonces aparece el equipo de fútbol americano.

Disculpadme, dice Gil. Tengo que hablar con los chicos. Estáis en vuestra casa. Usad las máquinas y las pesas que queráis. Pero, por favor, con cuidado. Y con discreción. Técnicamente, ya sabéis, va contra las normas.

Gracias.

Pat y yo ejercitamos un poco abdominales y dorsales, pero a mí me interesa más observar a Gil. Los jugadores de fútbol americano se han reunido frente a él y lo contemplan con absoluto respeto. Es como un general español arengando a sus conquistadores. Les da sus órdenes. Tú… coge este banco. Tú… vete a esa máquina… Tú… al soporte de las sentadillas. Mientras habla, nadie aparta la mirada. Él no les exige atención; simplemente, la atrae. Finalmente, les pide a todos que se congreguen, que se acerquen más, y les recuerda que el trabajo duro es la respuesta, la única respuesta. Todos lo asimilan. Manos unidas. Uno, dos, tres. ¡Rebeldes!

Se dispersan y cada uno se dirige a sus pesas. Pienso una vez más que a mí me iría mucho mejor en un equipo.

Pat y yo regresamos al gimnasio de la Universidad de Nevada-Las Vegas todos los días, y mientras realizamos nuestros trabajos en banco y con las mancuernas, noto que Gil no nos quita el ojo de encima. Percibo que se fija en mi mala forma física. Y percibo que a los demás deportistas tampoco les pasa por alto. Me siento como un aficionado y muchas veces querría irme de allí, pero Pat siempre me lo impide.

Transcurridas varias semanas, Pat debe desplazarse a la Costa Este. Una emergencia familiar. Yo llamo a la puerta del despacho de Gil y le informo de que Pat ha tenido que irse, pero que me ha dejado una rutina para que la siga. Se la muestro y le pregunto si estaría dispuesto a ayudarme con ella.

Sí, claro, me responde, aunque se diría que lo hace por compromiso. Cada vez que lee un ejercicio, arquea la ceja. Le da la vuelta a la hoja y frunce el ceño. Yo le animo a que me diga lo que está pensando, pero él se limita a fruncir el ceño todavía más.

Me pregunta: ¿cuál es el objeto de estos ejercicios?

No estoy seguro.

Dime una cosa, ¿cuánto tiempo llevas haciéndolos?

Hace mucho tiempo.

Le suplico que me diga lo que piensa.

No es mi intención pisarle el trabajo a nadie, dice. Y no quiero hablar cuando no me toca. Pero no puedo mentirte. Si alguien puede anotarte una rutina en una hoja de papel, es que esa rutina vale menos que el papel en que está escrita. Me estás pidiendo que te ayude con una tabla de ejercicios que no deja espacio para tu situación actual, lo que sientes y aquello en lo que debes centrarte. No permite el cambio.

Sí, lo que dice tiene lógica.

¿Podrías ayudarme? ¿Darme, tal vez, algunos consejos?

Bueno, mira, ¿cuáles son tus metas?

Le hablo de mi derrota reciente contra Alberto Mancini, de Argentina. Mi rival me desgastó físicamente, hizo conmigo lo que quiso, como un gamberro de playa que me hubiera echado arena a la cara. Yo tenía el partido ganado, tenía un pie en el cuello de ese hombre, pero no pude rematar la faena. Tenía una pelota de partido a mi favor, y Mancini me rompió el servicio, ganó el *tiebreak*, me rompió el servicio otras tres veces en el quinto set. A mí no me quedaba nada. Debo ganar en fortaleza, para no permitir que eso me vuelva a ocurrir. Perder es una cosa. Que te superen es otra. Ya no puedo seguir soportando esa sensación.

Gil me escucha, no se mueve, no me interrumpe. Lo asimila todo.

Esa pelotita a veces bota de una manera… y yo no siempre puedo controlarla. Pero lo que tal vez sí sea capaz de controlar es mi cuerpo. Es decir, podría, tal vez, si contara con la información adecuada.

Gil aspira hondo y su inmenso tórax se llena de aire, que va soltando despacio.

¿Qué horarios tienes?, me pregunta.

Estaré fuera las siguientes cinco semanas. Es verano y me tocan las pistas duras. Pero cuando vuelva, consideraría un honor que pudiéramos trabajar juntos.

Está bien, dice Gil. Pensaré en algo. Y buena suerte en tu gira. Nos vemos a tu regreso.

En el Open de Estados Unidos de 1989 vuelve a tocarme jugar en cuartos de final contra Connors. Es la primera victoria en cinco sets de mi carrera, tras cinco derrotas consecutivas. Pero, por algún motivo, mi clasificación solo merece una nueva oleada

de críticas: debería haber terminado con Connors en tres sets. Alguien asegura haberme oído gritarle a Philly, desde mi cabina: ¡voy a hacerle jugar cinco sets, para que sufra!

Mike Lupica, columnista del *New York Daily News*, destaca mis diecinueve fallos no forzados durante el tercer set, y afirma que he llevado a Connors hasta los cinco sets solo para demostrar que soy lo bastante duro para resistir hasta el final. Cuando no se meten conmigo por perder a propósito, se meten conmigo por mi manera de ganar.

Cuando regreso al gimnasio, en la expresión de Gil leo que estaba esperándome. Nos damos la mano. Es el principio de algo.

Me conduce hasta la zona de pesas y me comenta que muchos de los ejercicios que he estado haciendo eran perjudiciales, muy perjudiciales, pero que mi manera de hacerlos era todavía peor. Estoy coqueteando con el desastre, y si sigo así me lesionaré.

Me da unas primeras nociones sobre la mecánica del cuerpo, la física y la hidráulica y la arquitectura de la anatomía humana. Para saber qué es lo que el cuerpo quiere, para comprender qué necesita y qué no, hay que tener algo de ingeniero, algo de matemático, algo de artista y algo de místico.

A mí nunca se me han dado muy bien las clases magistrales, pero si todas fueran como las de Gil, yo seguiría en el colegio. Me empapo de todos los datos, de todas las ideas, convencido de que nunca olvidaré nada de lo que dice.

Es asombrosa, prosigue Gil, la cantidad de falacias que se oyen sobre el cuerpo humano, lo poco que sabemos sobre nuestros propios cuerpos. Los hombres, para desarrollar los pectorales superiores, realizan sus ejercicios en bancos inclinados. No se trata de un uso eficaz del tiempo, dice. Yo no he hecho ni un solo pectoral en superficie inclinada desde hace treinta años. ¿Es posible que hubiera desarrollado más el pecho si lo hubiera hecho?

No, señor.

Con esos peldaños que te dedicas a subir y a bajar, lo que haces es cargar mucho peso en la espalda durante los ascensos. Estás pidiendo a gritos una lesión catastrófica. Tienes suerte de no haberte jodido aún la rodilla.

¿Por qué?

Todo tiene que ver con los ángulos, Andre. Con cierto ángulo, comprometes los cuádriceps. Con otro comprometes la rodilla, cargas mucha presión en ella. Si lo haces muchas veces, tu rodilla rompe el compromiso.

Los mejores ejercicios, prosigue, aprovechan la fuerza de la gravedad. Me explica cómo usar la gravedad y la resistencia para romper el músculo, de manera que acabe resultando más fuerte. Me muestra cómo levantar correctamente una mancuerna para ejercitar el bíceps de manera segura. Me lleva hasta una pizarra y dibuja mis

músculos, mis brazos, mis articulaciones, mis tendones. Habla de un arco y una flecha, me muestra los puntos de presión sobre un arco muy tensado, y después usa ese modelo para explicarme cómo funciona mi espalda, por qué me duele después de los partidos y las sesiones de ejercicio.

Yo le hablo de mi columna vertebral, de mi espondilolistesis, la vértebra desalineada. Él toma nota y me dice que lo consultará en los manuales de medicina e investigará un poco al respecto.

Ya está todo dicho: si sigues haciendo lo que estás haciendo, vas a tener una carrera muy corta. Y serios problemas de espalda, de rodilla. Además, si sigues levantando las mancuernas como te he visto levantarlas, también los tendrás de codos.

A veces, mientras me explica algún concepto, quiere ser tan claro que me lo deletrea. Es su manera de hacer hincapié en algo. Le gusta descomponer las palabras para mí, abrírmelas, revelar el conocimiento que contienen, como el fruto que se oculta en el interior de una cáscara de nuez. *Caloría*, por ejemplo. Dice que proviene del latín *calor*, que es una medida de temperatura. La gente cree que las calorías son malas, dice Gil, pero no son más que medidas de calor, y nosotros necesitamos calor. Cuando comemos, alimentamos la caldera natural de nuestro cuerpo. ¿Cómo va a ser eso malo? Lo malo no está en comer, sino en cuándo comemos, en cuánto comemos, en las decisiones que tomamos. Ahí está la clave.

La gente cree que comer es malo, prosigue, pero necesitamos avivar nuestro fuego interno.

Sí, pienso yo. Mi fuego interno tiene que avivarse.

Hablando de calor, Gil me comenta, de pasada, que no soporta las temperaturas altas. No las soporta. Es muy sensible a ellas, y para él es una tortura exponerse directamente al sol. Pone en marcha el aire acondicionado.

Tomo nota.

Le cuento que voy con Pat a correr al monte de las serpientes de cascabel. Le explico que siento que estoy estancado, que no progreso. Él me pregunta: ¿cuánto corres todos los días?

Ocho kilómetros.

¿Por qué?

No lo sé.

¿Has corrido alguna vez ocho kilómetros durante un partido?

No.

¿Con qué frecuencia, durante un partido, corres más de cinco pasos en una misma dirección antes de detenerte?

No muy a menudo.

Yo no sé nada de tenis, pero me parece a mí que, cuando ya vas por el tercer paso, es preferible que empieces a pensar en parar, porque, si no, golpearás la pelota y seguirás corriendo, lo que significa que quedarás descolocado para dar el siguiente

golpe. El truco está en reducir, golpear, frenar en seco y ponerse en marcha. Según lo veo yo, tu deporte no tiene que ver con correr, sino con parar y ponerse en marcha. Debes concentrarte en desarrollar los músculos que se necesitan para parar y ponerse en marcha.

Me echo a reír y le digo que seguramente ese es el comentario más inteligente que le he oído pronunciar a nadie sobre el tenis.

Cuando llega la hora de cerrar las instalaciones, ayudo a Gil a limpiar el gimnasio y apago las luces. Nos quedamos un buen rato en mi coche, sentados, hablando. Finalmente se da cuenta de que me castañetean los dientes.

¿Y este coche tan caro no tiene calefacción?

Sí.

¿Y por qué no la conectas?

Porque has dicho que eras sensible al calor.

Gil balbucea, perplejo. Le cuesta creer que lo tenga presente. Y no soporta la idea de que haya estado sufriendo todo ese tiempo. Conecta la calefacción a máxima potencia. Seguimos conversando, y no tardo en observar que se le están formando unas gotas de sudor en las cejas y sobre el labio superior. Apago la calefacción y bajo las ventanillas. Charlamos media hora más, hasta que se da cuenta de que me estoy poniendo azul. Vuelve a poner en marcha la calefacción, a máxima potencia. Así, conectando y desconectando, vamos hablando y demostrándonos respeto mutuo, y seguimos hasta altas horas de la madrugada.

Le cuento un poco mi historia. Mi padre. El dragón. Philly. Perry. Le hablo de mi expulsión de la Academia Bollettieri. Él, después, me cuenta la suya. Su infancia a las afueras de Las Cruces, en Nuevo México. Su familia era campesina. Se dedicaba a la recolección de pacanas y algodón. Un trabajo duro. En invierno, las pacanas. En verano, el algodón. Después se trasladaron al este de Los Ángeles, y Gil se hizo mayor de pronto en aquellas calles difíciles.

Era la guerra, dice. Me hirieron de bala. Todavía tengo el orificio de la bala en la pierna. Además, no hablaba inglés. Solo español, y en el colegio me quedaba sentado y no hablaba. Aprendí inglés leyendo a Jim Murray en *Los Angeles Times* y escuchando las retransmisiones que Vin Sculler hacía de los partidos de los Dodgers. Tenía un transistor pequeño y ponía la KABC todas las noches. Vin Scully fue mi profesor de inglés.

Una vez que ya dominaba el idioma, Gil decidió dominar el cuerpo que Dios le había dado.

Dice: solo los fuertes sobreviven, ¿verdad? Pues bien, en nuestro barrio no podíamos permitirnos las pesas, así que nos las fabricábamos nosotros. Había tipos que habían estado en la cárcel y que nos enseñaban cómo. Por ejemplo, rellenábamos latas de café con cemento, las fijábamos a los extremos de un palo, y así teníamos unas pesas que levantar en el banco inclinado. Para el banco, propiamente, recurríamos a cajas de leche.

Me cuenta que consiguió el cinturón negro de kárate. Me habla de algunas de las veintidós peleas profesionales en las que participó, incluida una en la que le partieron la mandíbula. Pero no me noquearon, asegura, orgulloso.

Cuando llega la hora de la despedida —empieza a clarear—, a regañadientes le doy la mano a Gil y le digo que volveré al día siguiente.

Lo sé, me dice.

Trabajo con Gil durante todo el otoño de 1989. Los beneficios son grandes, y nuestro vínculo se fortalece. Dieciocho años mayor que yo, Gil sí puede decir que es una figura paterna. A cierto nivel, yo percibo que soy para él como el hijo que no ha tenido (tiene tres hijas, pero ningún varón). Esa es una de las pocas cosas de las que no hablamos. Todo lo demás nos lo decimos abiertamente, lo deletreamos si hace falta.

Gil y su mujer, Gaye, mantienen una tradición encantadora. Todos los jueves por la noche, todos los miembros de la familia pueden pedir lo que quieran para cenar, y Gaye lo prepara. ¿Que una hija quiere perritos calientes? Perfecto. ¿Que a otra le apetecen tortitas con trocitos de chocolate? Ningún problema. Tomo por costumbre pasarme por casa de Gil los jueves, y picar de los platos de todos. Poco tiempo después ya ceno en su casa un día sí y un día no. Cuando se hace tarde, cuando me da pereza volver a casa, me echo en el suelo de la suya y duermo allí.

Gil tiene otra costumbre. Por más incómoda que parezca estar una persona, si está dormida es que no puede estar tan incómoda, y no hay que molestarla. Así que nunca me despierta. Se limita a cubrirme con una manta fina, y me deja dormir hasta la mañana siguiente.

Escúchame, me dice un día. Ya sabes que nos encanta que vengas a casa. Pero debo decírtelo: un chico guapo, rico, un chico que puede estar en un montón de sitios, y que sin embargo viene a mi casa a comer perritos calientes los jueves por la noche. Y que duerme acurrucado en el suelo.

Me gusta dormir en el suelo. Me va bien para la espalda.

No es por el suelo. Quiero decir que… ¿Estás seguro de que quieres estar aquí? Seguro que tienes sitios mejores a los que ir.

No se me ocurre ninguno mejor, Gil.

Él me da un abrazo. Yo creía saber qué era un abrazo, pero la verdad es que nadie te ha abrazado hasta que lo hace un tipo con un diámetro de casi metro y medio de pecho.

En la Nochebuena de 1989, Gil me pregunta si quiero ir a su casa a celebrar las fiestas con su familia.

Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Mientras Gaye prepara unas galletas, mientras sus hijas están arriba, durmiendo, Gil y yo estamos en el salón, montando juguetes y trenes que ha traído Santa Claus.

Le confieso a Gil que no recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí tan sereno.

¿Y no estarías más contento en una fiesta? ¿Con amigos?

Estoy exactamente donde quiero estar.

Dejo de montar el juguete que tengo en la mano en ese momento y miro fijamente a Gil. Le digo que mi vida no me ha pertenecido ni un solo día. Mi vida siempre le ha pertenecido a otros. Primero, a mi padre. Después, a Nick. Y siempre, siempre, al tenis. Ni siquiera mi cuerpo me ha pertenecido hasta que he conocido a Gil, que está haciendo lo que se supone que hacen los padres: convertirme en una persona más fuerte.

Así que estando aquí, Gil, contigo y con tu familia, siento por primera vez en mi vida que estoy en el lugar al que pertenezco.

No hace falta que me digas nada más. No volveré a preguntártelo. Feliz Navidad, hijo.

11

Si he de jugar al tenis, el deporte más solitario de todos, entonces pienso rodearme de tanta gente como pueda fuera de las pistas. Y todas y cada una de las personas con las que me relacione desempeñarán un papel específico. Perry me ayudará a organizar mis pensamientos desordenados; J. P. me ayudará con mi alma atribulada. Nick me ayudará con los aspectos básicos de mi juego. Philly, con los detalles, con la organización, y siempre me cubrirá las espaldas.

La prensa deportiva me critica por mi *séquito*. Dicen que viajo con toda esa gente porque eso alimenta mi ego. Dicen que necesito a tanta gente a mi alrededor porque no sé estar solo. Pero esa gente que me rodea no forma parte de ningún séquito; son un equipo. Los necesito para que me hagan compañía, para que me den consejos, y para que me asistan en una especie de educación ambulante. Forman parte de mi tripulación, pero también son mis gurús, mi panel de expertos. Los estudio, les robo ideas. De Perry tomo una expresión; de J. P., una historia; de Nick, una actitud o un gesto; a través de la imitación aprendo sobre mí mismo, me creo a mí mismo. ¿De qué otra manera podría hacerlo? Me pasé la infancia en una cámara de aislamiento, mis años de adolescencia en una cámara de tortura.

De hecho, en lugar de prescindir de alguien, mi intención es que a mi equipo se sume más gente. Quiero añadir formalmente a Gil. Quiero contratarlo a tiempo completo para que me ayude con mi fuerza y mi forma físicas. Telefoneo a Perry a Georgetown y le cuento mi problema.

¿Qué problema?, me pregunta él. ¿Quieres trabajar con Gil? Pues contrata a Gil.

Pero es que ya tengo a Pat. El chileno que escupe. Y no puedo despedirlo así, sin más. No puedo despedir a nadie. E incluso si pudiera, ¿cómo voy a pedirle a Gil que deje un trabajo de prestigio y bien pagado en la Universidad de Nevada-Las Vegas para trabajar exclusivamente para mí? ¿Quién coño soy yo?

Perry me aconseja que le pida a Nick que vuelva a asignar a Pat un trabajo con los otros tenistas a los que representa Nick. Y después, añade, siéntate con Gil y plantéaselo. Que sea él quien decida.

En enero de 1990, le pregunto a Gil si me haría el gran honor de trabajar conmigo, de viajar conmigo, de entrenarme.

¿Dejar mi empleo en la Universidad de Nevada-Las Vegas?

Sí.

Pero es que yo no sé nada de tenis.

No te preocupes, yo tampoco.

Se ríe.

Gil, creo que puedo conseguir muchas cosas. Creo que puedo hacer… cosas. Pero después del poco tiempo que he pasado contigo, estoy razonablemente seguro de que

solo podré hacerlas con tu ayuda.

No se hace rogar mucho. Sí, dice, me gustaría trabajar contigo.

No me pregunta cuánto le pagaré. No menciona la palabra *dinero*. Dice que somos dos espíritus afines que se embarcan en una gran aventura. Dice que lo ha sabido casi desde el día en que nos conocimos. Dice que tengo un destino. Dice que soy como Lancelot.

¿Y ese quién es?

Sir Lancelot. Ya sabes. Del rey Arturo. Los Caballeros de la Mesa Redonda. Lancelot era el mejor caballero de Arturo.

¿Y mataba dragones?

Todos los caballeros matan dragones.

Solo un obstáculo se interpone en nuestro camino. Gil no tiene gimnasio en su casa. Tendrá que convertir su garaje en uno completo, algo que va a llevarle mucho tiempo, porque quiere fabricarse él mismo las máquinas de pesas.

¿Fabricarlas?

Sí. Quiero soldar las estructuras de metal, hacer yo las cuerdas y las poleas, con mis propias manos. No quiero dejar nada al azar. No quiero que te lesiones. No mientras yo sea responsable de ti.

Pienso en mi padre, construyéndose sus máquinas lanzapelotas, y me pregunto si será eso lo único que tienen en común.

Hasta que el gimnasio de Gil esté terminado, seguimos trabajando en la universidad. Él mantiene su trabajo, entrena al equipo de baloncesto de los Rebels durante una temporada brillante, que culmina con una victoria aplastante sobre el equipo de la Universidad de Duke, con la que obtienen el título nacional. Cuando ha cumplido con sus obligaciones, cuando el gimnasio de su casa está *casi* terminado, Gil dice que ya está listo.

Andre, ahora te lo pregunto yo a ti. ¿Estás listo tú? Por última vez, ¿estás seguro de que quieres hacerlo?

Gil, estoy más seguro de esto de lo que nunca he estado de cualquier cosa que haya hecho en la vida.

Yo también.

Dice que esa mañana se acercará hasta la universidad y entregará las llaves de su despacho.

Sale unas horas más tarde, y allí estoy yo, esperando. Se ríe cuando me ve y, para celebrar el inicio de nuestra nueva vida, nos vamos a comer unas hamburguesas con queso.

A veces, un entrenamiento con Gil es, en realidad, una conversación. No llegamos a tocar una sola pesa. Nos sentamos en los bancos de ejercicio y nos dedicamos a realizar asociaciones libres. Gil dice que hay muchas maneras de ponerse fuerte, y a veces hablar es la mejor de ellas. Cuando él no me enseña algo sobre mi cuerpo, yo le enseño a él algo sobre el tenis, sobre la vida en el circuito. Le cuento cómo se

organiza el juego, el circuito de torneos menores y los cuatro principales, que conforman el Grand Slam, y que todos los jugadores usan como varas de medir. Le hablo del calendario del tenis, de que empezamos el año en la otra punta del mundo, disputando el Open de Australia, y avanzamos siguiendo el curso del sol. Después viene la temporada de tierra batida, en Europa, que culmina en París con el Roland Garros. Entonces llega junio, y con él la temporada de hierba, y Wimbledon (saco la lengua y hago una mueca). A continuación, con la canícula, es el momento de la superficie dura, que concluye con el Open de Estados Unidos. Y después el tiempo de las pistas cubiertas: Stuttgart, París y los Campeonatos Mundiales. Es un poco como la película *Atrapado en el tiempo*. Los mismos escenarios, los mismos rivales. Solo cambian los años y los resultados, y con el tiempo esos resultados se confunden, como números de teléfono.

Intento hablarle a Gil de mi psique. Empiezo por el principio, por la verdad fundamental.

Él se echa a reír.

En realidad tú no odias el tenis, dice.

Sí, Gil, la verdad es que sí.

Pone una cara rara y me pregunto si estará pensando que se ha equivocado al dejar su empleo en la universidad.

Si es verdad, dice, ¿entonces por qué juegas?

No estoy preparado para hacer nada más. No sé hacer otra cosa. El tenis es lo único para lo que sirvo. Además, a mi padre le daría un ataque si me dedicara a otra actividad.

Gil se rasca la oreja. Esto es algo nuevo para él. Ha conocido a centenares de deportistas, pero a ninguno que odiara el deporte. No sabe qué decir. Lo tranquilizo diciéndole que no hay nada que decir. Ni yo mismo lo entiendo. Solo le cuento lo que hay.

También le hablo de la debacle del anuncio de «La imagen lo es todo». No sé por qué, pero me parece que debe saberlo, para que comprenda bien dónde se ha metido. El asunto me enfurece, pero ahora esa furia se ha ido al fondo y se ha asentado. Me cuesta hablar de ello, me cuesta alcanzarla. Es como si me hubiera tragado una cucharada de ácido que estuviera alojada en la boca del estómago. Cuando me oye contarlo, Gil también se enfada, pero a él le cuesta menos acceder a su enfado. Él quiere hacer algo al respecto, ahora mismo. Ir a pegar a un par de ejecutivos publicitarios. Dice: ¿un gilipollas de Madison Avenue va y monta una campaña publicitaria ridícula, y te hace pronunciar una frase a cámara, y resulta que esa frase tiene que ver contigo?

Millones de personas así lo creen. Y así lo dicen. Y así lo escriben.

Se aprovecharon de ti. Simple y llanamente. No es culpa tuya. Tú no sabías lo que decías, no sabías cómo sería leído, retorcido y malinterpretado.

Seguimos conversando más allá de la sala de pesas. Salimos a cenar. Salimos a

desayunar. Nos llamamos por teléfono seis veces al día. Una noche lo hago cuando ya es muy tarde, y nos pasamos horas hablando. Cuando la conversación ya va a terminar, me pregunta: ¿quieres venir mañana a entrenar un poco?

Me encantaría, pero estoy en Tokio.

¿Llevamos tres horas hablando y estás en Tokio? Creía que estabas en la otra punta de la ciudad. Me siento culpable, tío. Te he tenido ahí todo ese…

Pero no sigue. Y dice: ¿sabes una cosa? No me siento culpable. No. Me siento honrado. Necesitabas hablar conmigo, y no importa que estés en Tokio o en Tombuctú. Lo pillo. Está bien, tío, lo pillo.

Desde el principio, Gil lleva un registro exhaustivo de mis sesiones de ejercicio. Se compra un cuaderno marrón y anota todas y cada una de mis repeticiones, todas y cada una de mis series, todos y cada uno de mis ejercicios. Anota mi peso, mi dieta, mi pulso, mis viajes. En los márgenes dibuja gráficos, e incluso bocetos. Dice que quiere cartografiar mi progreso, recopilar una base de datos a la que poder recurrir en los años venideros. Se dedica a realizar un estudio sobre mí, para poder reconstruirme desde los cimientos. Es como Miguel Ángel estudiando un bloque de mármol, pero a él no le disuaden mis defectos. Es como Leonardo da Vinci, anotándolo todo en sus cuadernos. En los cuadernos de Gil, en el esmero que pone en ellos, en su constancia, veo que soy para él fuente de inspiración, como él lo es para mí.

Huelga decir que Gil viajará conmigo en muchos de mis desplazamientos. Le hace falta controlar mi estado de forma durante los partidos, controlar lo que como, asegurarse de que esté siempre hidratado. (Y no simplemente hidratado: Gil me administra una pócima especial a base de agua, carbohidratos, sales y electrolitos, que yo debo beber la noche anterior a los partidos). Sus sesiones de entrenamiento no terminan cuando inicio un viaje. Por el contrario, en esos momentos es cuando adquieren una importancia mayor.

Decidimos que nuestro primer viaje juntos será en febrero de 1990, a Scottsdale. Informo a Gil de que debemos llegar un par de noches antes del torneo, para practicar un poco y ver el ambiente.

¿Qué ambiente?

Se trata de un torneo de exhibición al que asisten algunos personajes famosos para recaudar fondos con fines benéficos, para dar una alegría a los patrocinadores y para entretener a los aficionados.

Suena divertido.

Y eso no es todo. Iremos con mi nuevo Corvette.

Estoy impaciente por mostrarle lo rápido que corre.

Pero al aparcar frente a la casa de Gil, caigo en la cuenta de que tal vez no haya sido tan buena idea. El coche es muy pequeño, y Gil es muy grande. Tan pequeño es el coche que Gil parece el doble de grande de lo que en realidad es. Hace esfuerzos por encajarse en el asiento del copiloto, y de todos modos tiene que sentarse medio ladeado, y de todos modos la cabeza le toca al techo. El Corvette parece a punto de

estallar en cualquier momento.

Al ver a Gil enlatado e incómodo, mi motivación para correr más aumenta. Aunque, con el Corvette, no necesito motivos para pisar el acelerador. Es un coche supersónico. Ponemos música y salimos volando de Las Vegas. Dejamos atrás la Presa Hoover y nos dirigimos hacia los bosques de árboles de Josué del noroeste de Arizona. Decidimos parar a comer a las afueras de Kingman. La idea de un buen almuerzo, combinada con la velocidad del Corvette, la música a todo volumen y la presencia de Gil me hacen apretar a fondo el acelerador. Rompemos la barrera del sonido. Veo que Gil tuerce el gesto y señala hacia atrás. Miro por el retrovisor. Un coche patrulla me sigue, pegado casi a mi guardabarros.

El agente no tarda mucho en ponerme una multa por exceso de velocidad.

No es la primera vez que me multan, le digo a Gil, que niega con la cabeza.

Una vez en Kingman, paramos en Carl's Jr. y pedimos mucha comida. A los dos nos encanta comer, y los dos sentimos una debilidad inconfesable por la comida rápida, por lo que nos saltamos la dieta nutricional y pedimos patatas fritas, segundos platos, más refrescos… Cuando consigo meter a Gil de nuevo en el Corvette, me doy cuenta de que vamos con mucho retraso. Tenemos que ganar tiempo. Piso a fondo el acelerador, una vez más, y regresamos a la autopista U.S. 95. Faltan trescientos veinte kilómetros para llegar a Scottsdale. Dos horas al volante.

Veinte minutos después, Gil vuelve a señalar hacia atrás.

Esta vez se trata de otro agente. Anota mi número de matrícula y el de mi permiso de conducir y me pregunta: ¿le han puesto una multa por exceso de velocidad hace poco?

Miro a Gil, que frunce el ceño.

Esto… si considera que hace una hora es hace poco, entonces sí, agente, me la han puesto.

Espere aquí, sin moverse.

Regresa a su vehículo.

El juez quiere verle en Kingman.

¿Kingman? ¿Qué?

Acompáñeme, señor.

¿Qué le acompañe? ¿Y el coche?

Que lo lleve su amigo.

Pero… Pero… ¿No puedo seguirlo yo?

Señor, usted va a escuchar atentamente todo lo que yo le diga, y a hacer todo lo que le ordene, y gracias a eso no va a llegar esposado a Kingman. Usted va a sentarse en el asiento trasero de mi vehículo, y su amigo nos seguirá. Y ahora, baje del coche.

Me encuentro en el interior del coche de la policía, y Gil viene detrás, embutido en el Corvette como si se tratara de un miriñaque. Estamos en medio de la nada, y a mí me parece oír ya el ritmo endiablado del duelo de banjos de la película *Deliverance*. Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar al Tribunal Municipal de

Kingman. Sigo al agente, que por una puerta lateral me lleva frente a un juez mayor y menudo que lleva un sombrero de *cowboy* y una hebilla de cinturón inmensa.

La música de los banjos sube de tono.

Miro a mi alrededor, en busca de algún certificado colgado de la pared, de algo que demuestre que eso es, en efecto, un tribunal de justicia, y que él es un juez de verdad. Pero por todas partes veo cabezas disecadas de animales.

El juez empieza a disparar una serie de preguntas aleatorias.

¿Juega en Scottsdale?

Sí, señor.

¿Y ha participado antes en ese torneo?

Eh… Sí, señor.

¿Emparejamiento?

¿Disculpe, señor?

¿Con quién le ha tocado jugar en la primera ronda?

El juez resulta ser un gran aficionado al tenis. Además, ha seguido de cerca mi carrera. Cree que debería haber ganado a Courier en Roland Garros. Manifiesta un montón de opiniones sobre Connors, Lendl, Chang, sobre el estado del juego, sobre la escasez de grandes jugadores estadounidenses. Tras compartir generosamente esas opiniones conmigo durante veinticinco minutos, me pregunta: ¿le importaría firmarme algo para mis hijos?

Por supuesto, señor, será un honor.

Le firmo todo lo que me pone por delante, y espero a que dicte sentencia.

Está bien, declara al fin el juez, lo condeno a que los machaque en Scottsdale.

¿Cómo dice? No entiend… Disculpe, señoría, he vuelto hasta aquí, retrocediendo más de cincuenta kilómetros, y estaba seguro de que iban a meterme en la cárcel, o de que al menos me multaría.

¡No, no! No, yo solo quería conocerlo. Pero será mejor que le pida a su amigo que conduzca él, porque si lo multan una vez más hoy, tendré que retenerlo aquí en Kingman hasta que las ranas críen pelo.

Salgo del tribunal y me dirijo corriendo al Corvette, donde me espera Gil. Le digo que el juez es un loco del tenis que quería conocerme. Gil cree que le estoy mintiendo. Le ruego que arranque y nos aleje de ese tribunal… despacio. En circunstancias normales, Gil ya conduce siempre con cautela. Pero está tan nervioso tras nuestros encontronazos con la policía de Arizona que pone la sexta marcha y va despacísimo durante todo el trayecto hasta Scottsdale.

Y, evidentemente, llegamos tarde a la parte más social del torneo. Apenas llegamos al estacionamiento del estadio, me pongo mi ropa deportiva y salgo del coche. Nos detenemos en la garita de seguridad e informo al guardia de que me están esperando, de que soy uno de los jugadores. Él no me cree. Le muestro mi permiso de conducir, que por suerte conservo. Finalmente nos deja pasar.

Gil me dice: no te preocupes por el coche, yo te lo cuido. Vete.

Recojo mi bolsa y echo a correr por el estacionamiento. Gil me cuenta luego que ha oído los aplausos que me han dedicado cuando he entrado en el estadio. Las ventanillas del Corvette estaban levantadas, pero aun así el rugido de la multitud ha llegado hasta él. Tras la actuación solicitada por ese juez del Viejo Oeste, después de oír el sonoro recibimiento del público cuando llego, Gil, finalmente, lo comprende. Me confiesa que, hasta ese viaje, no había sido consciente de que esa vida fuera tan… loca. En realidad no sabía dónde se había metido. Yo le digo que ya somos dos.

Lo pasamos muy bien en Scottsdale. Aprendemos mucho, y deprisa, el uno del otro, porque en los viajes se conoce a la gente. Durante un partido que se celebra a mediodía, detengo el juego y espero a que un asistente del torneo lleve un paraguas a la zona en la que Gil está sentado: este está expuesto al sol directo, y transpira abundantemente. Cuando el asistente le entrega el paraguas, Gil parece confundido. Pero entonces me mira, ve que le hago señas, y lo entiende. Me dedica una sonrisa de oreja a oreja, y los dos nos echamos a reír.

Una noche salimos a cenar a un Village Inn. Es tarde, y pedimos un plato combinado grande de cena y desayuno. De pronto, cuatro tíos entran en el local y se sientan en los bancos contiguos. Hablan en voz muy alta, se ríen de mi pelo, de mi ropa.

Seguramente será gay, dice uno de ellos.

Sí, ese es marica fijo, coincide su colega.

Gil carraspea, se limpia la boca con una servilleta de papel y me dice que disfrute del resto de la comida. Él ya no quiere nada más.

¿No vas a comer, Gilly?

No, tío. Lo que menos me conviene cuando estoy a punto de pelearme es tener la barriga llena.

Cuando termine yo, me dice Gil, él tiene que ocuparse de un asunto en la mesa de al lado. Si ocurre algo, añade, no debo preocuparme: él ya conoce el camino. Se pone en pie muy despacio. Se acerca a los cuatro tíos. Se apoya en su mesa, y la mesa cruje. Acerca mucho el pecho a sus caras y les dice: ¿lo pasáis bien amargándole la comida a los demás? Así es como os gusta pasar el rato, ¿no? ¡Vaya! Pues voy a tener que probarlo yo también. ¿Qué es lo que estáis comiendo? ¿Hamburguesas?

Levanta la hamburguesa de uno de ellos y se come la mitad de un bocado.

Le hace falta *ketchup*, dice Gil con la boca llena. ¿Sabes una cosa? Ahora me ha dado sed. Creo que voy a darle un trago a tu refresco. Sí, y después creo que cuando lo deje en la mesa voy a derramarlo todo. Quiero, *quiero*, que alguno de vosotros intente impedírmelo.

Gil da un gran sorbo, y después, despacio, casi tan despacio como conduce, vierte el resto del refresco sobre la mesa.

Ninguno de los cuatro mueve un músculo.

Gil suelta el vaso vacío y me mira.

Andre, ¿estás listo para irte?

No gano el torneo, pero no importa. Me siento satisfecho y contento cuando emprendemos el viaje de regreso hacia Las Vegas. Antes de salir de la ciudad paramos a comer en Joe's Main Event. Conversamos sobre todo lo que ha ocurrido en las últimas setenta y dos horas, y coincidimos en que ese viaje parece la primera etapa de otro mucho más largo. En su cuaderno de Leonardo da Vinci, Gil me dibuja esposado.

Una vez fuera, nos quedamos un rato en el estacionamiento contemplando las estrellas. Siento una gratitud y un amor abrumadores hacia Gil. Le doy las gracias por todo lo que ha hecho, y él me dice que no hace falta que le agradezca nada nunca más.

Y entonces pronuncia un discurso. Gil, que aprendió inglés leyendo periódicos y escuchando partidos de béisbol, pronuncia un monólogo florido, poético, cadencioso, ahí mismo, delante de Joe's, y una de las cosas que más lamento en esta vida es no haber llevado una grabadora encima. Aun así, lo recuerdo casi palabra por palabra.

Andre, yo no voy ni siquiera a intentar cambiarte, porque nunca he intentado cambiar a nadie. Si pudiera cambiar a alguien, me cambiaría a mí mismo. Pero sé que sí puedo aportarte estructura, y un plan para que tú consigas lo que quieres. No es lo mismo un caballo de carga que uno de carreras. No se los trata igual. Siempre se oye decir que hay que tratar igual a todo el mundo, pero yo no estoy seguro de que para conseguir la igualdad haya que tratar a todo el mundo de la misma manera. Por lo que yo veo, tú eres un caballo de carreras, y siempre te trataré como tal. Seré firme pero justo. Te guiaré, pero no te forzaré. A mí no se me da muy bien expresar o elaborar mis sentimientos, pero a partir de este momento, quiero que sepas una cosa: ¡hay pelea, tío, hay pelea! ¿Sabes a qué me refiero? Estamos en una pelea, y puedes contar conmigo hasta que quede en pie el último hombre. Ahí arriba, en alguna parte, hay una estrella con tu nombre. Tal vez no pueda ayudarte a encontrarla, pero tengo unos hombros bastante resistentes, así que, mientras la buscas tú, puedes subirte a ellos. ¿Me oyes? El tiempo que haga falta. Súbete a mis hombros y busca, tío. Busca.

12

En el Roland Garros de 1990, me sacan en titulares por ir vestido de rosa. Aparezco en la portada de la sección de deportes de los periódicos, y en algunos casos en las portadas a secas. «Agassi de rosa». Concretamente, mallas ajustadas rosadas bajo unos *shorts* vaqueros lavados al ácido. Informo a los periodistas de que, técnicamente, no es rosa, sino *lava caliente*. Me asombra que se preocupen tanto. Y me asombra que a mí me preocupe tanto que lo anoten bien. Pero en realidad lo que me pasa es que prefiero que escriban sobre el color de mis pantalones que sobre mis defectos de carácter.

Ni Gil, ni Philly ni yo queremos enfrentarnos a la prensa, a las multitudes, a París. No nos gusta sentirnos extranjeros, sentirnos perdidos, que la gente nos mire porque hablamos en inglés. Así que nos encerramos en mi habitación de hotel, conectamos el aire acondicionado y pedimos que nos traigan comida de McDonald's y de Burger King.

Nick, sin embargo, sufre un ataque agudo de claustrofobia y quiere salir, ver la ciudad. ¡Tíos! —dice—. ¡Estamos en París! ¿La Torre Eiffel? ¡El Louvre!

Ya lo conocemos, responde Philly.

Yo no quiero ni acercarme al Louvre. Además, no lo necesito. Si cierro los ojos todavía veo a ese hombre colgado de un precipicio mientras su padre lo sujeta por el cuello y sus seres queridos cuelgan de él.

Le digo a Nick que no me apetece ver nada ni ver a nadie. Solo me apetece ganar esa mierda y regresar a casa.

Avanzo por las primeras rondas. Juego bien. Y entonces vuelvo a tropezarme con Courier una vez más. Él gana el primer set tras un *tiebreak*, pero se muestra vacilante y me cede el segundo. Yo gano el tercero y, entonces, en el cuarto, Courier se repliega, y cae derrotado 6-0. Se pone muy rojo. Se pone del color de la *lava caliente*. Yo querría acercarme a decirle: espero que hayas hecho bastante ejercicio cardiovascular. Pero no le digo nada. Tal vez esté madurando. De lo que no hay duda es que estoy más fuerte.

Ahora me toca medirme con Chang. El defensor del título. Juego con una espinita clavada, porque todavía no termino de creerme que haya ganado un torneo de Grand Slam antes que yo. Envidio su ética de trabajo, admiro su disciplina en la pista…, pero es un tipo que no me cae bien. Sigue soltando por ahí que Cristo está en su lado de la pista, en una mezcla de egocentrismo y religión que me indigna. Le gano en cuatro sets.

En las semifinales me enfrento a Jonas Svensson. Posee un saque potentísimo, y

nunca tiene miedo de subir a la red. Aun así, juega mejor en superficies rápidas, con lo cual me siento confiado de poder superarlo en tierra batida. Como además tiene un *drive* muy amplio y alto, decido enseguida que lo bombardearé a reveses. Y, en efecto, ataco una y otra vez ese revés vulnerable, persiguiendo ponerme rápidamente por delante en el marcador. 5-1. Svensson ya no se recupera. Set para Agassi. En el segundo set llego a estar 4-1, pero él me rompe el servicio y remonta hasta el 4-3. Ya no le permito acercarse más. Mérito suyo es sacar de algún lado un rayo de esperanza, y ganarme el tercer set. En otros momentos me habría sentido aturdido. Pero este año, vuelvo la vista hacia nuestro palco, y veo a Gil. Reproduzco mentalmente su discurso del estacionamiento y gano el cuarto set 6-3.

He llegado a la final, por fin. Mi primera final en un torneo de Grand Slam. Me enfrentaré al ecuatoriano Gómez, al que gané hace unas semanas. Tiene treinta años, está a punto de retirarse (yo, de hecho, creía que se había retirado ya). Los periódicos dicen que por fin Agassi va a materializar todo su potencial.

Y entonces me visita la catástrofe. La noche anterior a la final, mientras me estoy duchando, noto que el postizo que Philly me compró empieza a desintegrarse de pronto entre mis manos. Debo de haber usado un acondicionador que no le va bien. La malla que lo sustenta se está deshaciendo, y la maldita cosa esa se cae a trozos.

Sumido en el pánico más abyecto, llamo a Philly y le pido que acuda a mi habitación.

Qué desastre, joder, le digo. Mi postizo. ¡Mira!

Él lo examina.

Dejaremos que se seque y fijaremos el pelo en su sitio otra vez.

¿Con qué?

Con unas horquillas.

Philly recorre todo París buscando horquillas. No las encuentra. Me telefonea y me dice: ¿qué clase de ciudad es esta? ¿No hay horquillas?

En el vestíbulo del hotel se encuentra con Chris Evert y le pide unas horquillas. Ella no tiene. Le pregunta para qué las necesita y él no le responde. Finalmente se encuentra con una amiga de nuestra hermana Rita, que tiene una bolsa llena de horquillas. Philly me ayuda entonces a recomponer el postizo y a colocarlo todo en su sitio, donde lo mantiene gracias a la ayuda de unas veinte horquillas, como mínimo.

¿Aguantará?, le pregunto.

Sí, sí. Tú no te muevas mucho de un lado a otro.

Y los dos nos echamos a reír sombríamente.

Podría, claro está, jugar sin mi postizo. Pero después de meses de burlas, críticas y comentarios ofensivos, me siento cohibido, inseguro. ¿La imagen lo es todo? ¿Qué dirían si supieran que durante todo este tiempo he llevado un postizo? Ganara o perdiera, nadie hablaría de mi juego. Solo hablarían de mi pelo. En lugar de tener a

unos cuantos niños de la Academia Bollettieri riéndose de mí, o a doce mil alemanes en la Copa Davis, el mundo entero se reiría. Cierro los ojos y casi me parece oír las carcajadas. Y sé que no podré soportarlo.

Mientras caliento antes del partido, rezo. No para conseguir una victoria, sino para que no se me caiga el postizo. En condiciones normales, jugar mi primera final de Grand Slam me pondría tenso. Pero mi endeble postizo me tiene catatónico. Se me desprenda o no, yo imagino que sí se me desprende. Con cada salto, con cada embestida, lo imagino aterrizando sobre la tierra batida, como uno de aquellos halcones que mi padre abatía en pleno vuelo. Oigo ya el grito ahogado del público. Imagino a millones de personas acercándose más a sus televisores, volviéndose a mirarse unos a otros y diciendo, en docenas de lenguas y dialectos, algo así como: ¿se le acaba de caer el pelo a Agassi?

Mi plan de juego contra Gómez es un reflejo de mi estado de nervios, de mi timidez. Como sé que sus piernas ya no son jóvenes, como sé que se trata de un partido a cinco sets, mi plan pasa por alargar el partido, buscar jugadas largas, agotarlo. Sin embargo, apenas empieza el partido me doy cuenta de que Gómez es muy consciente de la edad que tiene, por lo que, en su caso, intenta agilizar las cosas. Juega un tenis rápido, arriesgado. Gana el primer set apresuradamente. Pierde el segundo, pero también en poco tiempo. Ahora me doy cuenta de que, en el mejor de los casos, no vamos a pasar más de tres horas en la pista, y en ningún caso cuatro, lo que implica que la condición física de cada uno no va a jugar un papel determinante. Y el partido se convierte en un combate de cañonazos, un combate que, ese sí, Gómez puede ganar. Con dos sets disputados, y con poco tiempo jugado, me enfrento a un tipo que no va a acusar el cansancio, incluso si llegamos a jugar el quinto set.

Es evidente que mi plan de juego ha sido erróneo desde el principio. Patético, en realidad. Independientemente de la duración del partido, no podía funcionar, porque no se puede ganar la final de un Grand Slam jugando a no perder, o esperando que pierda el rival. Con mi intento de jugar puntos muy largos no consigo otra cosa que envalentonar a Gómez. Es veterano y sabe que esa puede ser su última participación en un torneo de Grand Slam. La única manera de vencerlo es despojarlo de su creencia, de su deseo, y para lograrlo debo mostrarme agresivo. Cuando ve que juego de manera conservadora, planeando y no dominando, se siente fortalecido.

Gómez gana el tercer set. Cuando empieza el cuarto me doy cuenta de que he cometido otro error de cálculo. La mayoría de los jugadores, cuando el partido se encuentra avanzado y acusan el cansancio, pierden algo de garra en el saque. Con fatiga en las piernas les cuesta más erguirse mucho. Pero Gómez tiene un saque de tirachinas. Nunca estira del todo las piernas. Él se apoya sobre la pelota. Y así, cuando se cansa, se apoya todavía más en ella, y su tendencia natural al tirachinas se potencia más. Yo llevo un buen rato esperando que su saque se debilite, pero lo que

está ocurriendo es precisamente lo contrario, que se hace más agudo.

Tras ganar el partido, Gómez se muestra exageradamente amable y encantador. Llora. Saluda a las cámaras. Sabe que va a convertirse en un héroe nacional en su Ecuador natal. Me pregunto cómo será Ecuador. Tal vez me traslade a vivir allí. Tal vez sea el único lugar del mundo donde pueda ocultar la vergüenza que siento en ese momento. Me siento en el vestuario con la cabeza gacha, imaginando lo que centenares de articulistas y autores de titulares estarán escribiendo. Por no hablar de mis colegas. Ya me parece oírlos. La imagen lo es todo. Agassi no es nada. Don *lava caliente* calienta pero no quema.

Entra Philly. Veo en su mirada que no es que se solidarice conmigo; es que lo vive en primera persona. Esta también ha sido su derrota. Y le duele mucho. Después dice lo que tiene que decir, en el tono adecuado, y yo me convenzo de que lo querré siempre.

Larguémonos de esta ciudad.

Gil empuja el gran carro con el equipaje de todos por el aeropuerto Charles de Gaulle. Yo voy un paso por delante. Me detengo a revisar el panel de Llegadas y Salidas. Gil sigue avanzando. El carro tiene un borde afilado que entra en contacto con mis expuestos talones de Aquiles; llevo mocasines sin calcetines. Un chorro de sangre aterriza en el suelo encerado. Y otro más. Tengo una brecha en el tendón. Gil se apresura a sacar unas vendas de su bolso, pero le digo que se tranquilice, que se tome su tiempo. No pasa nada, le digo. Tiene sentido. Tenía que haber medio litro de mi sangre en el suelo, procedente de mi tendón de Aquiles, antes de que nos fuéramos de París.

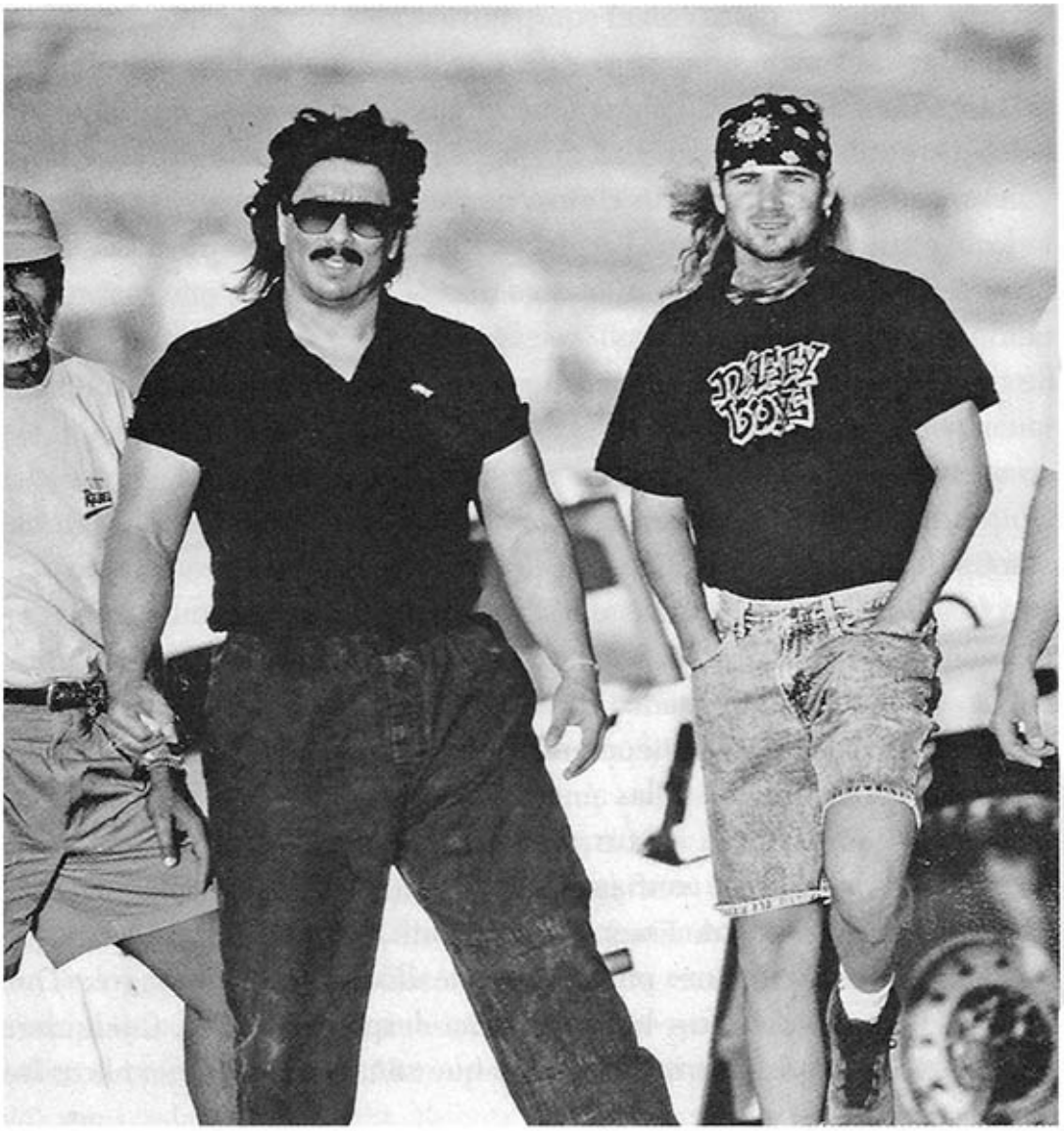
No participo en Wimbledon una vez más, y me entreno intensamente con Gil durante el verano. El garaje de su casa ya está terminado, y lo ocupan una docena de máquinas de fabricación propia, así como otros elementos igualmente únicos. Sobre la ventana ha instalado un aparato inmenso de aire acondicionado. En el suelo ha pegado un mullido césped artificial. Y, en un rincón, tiene una vieja mesa de billar. Entre repeticiones y rutinas, jugamos al billar americano. Muchas noches nos quedamos en el gimnasio hasta las cuatro de la madrugada. Gil busca maneras de fortalecer mi mente, mi confianza, además de mi cuerpo. Le ha afectado lo ocurrido en el Open de Francia, como a mí. Una mañana, antes de que salga el sol, me repite unas palabras que le dice siempre su madre. «Qué lindo es soñar despierto», le dice. Sueña despierto, Andre. Cualquiera puede soñar cuando duerme, pero hay que soñar siempre, y explicar los sueños en voz alta, y creer en ellos.

En otras palabras, cuando estaba en la final del torneo de Grand Slam, tendría que haber soñado. Tendría que haber jugado para ganar.

Le doy las gracias. Y le hago un regalo. Se trata de una cadena con una pirámide de oro, en cuyo interior hay tres aros. Representan al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Lo he diseñado yo mismo, y le he pedido a un joyero de Florida que lo confeccionara. Tengo también unos pendientes a juego.

Él se la pone al cuello, y sé que no se la quitará hasta que nieve en el infierno.

A Gil le gusta gritarme cuando hacemos ejercicio, pero sus gritos no se parecen en nada a los de mi padre. Gil grita amor. Si intenta que bata alguna marca personal, si me preparo para levantar más peso del que he levantado nunca, se planta al fondo y me grita: «¡Vamos, Andre, vamos! ¡A por todas!». Sus gritos hacen que el corazón se me pegue a las costillas. Después, como para añadir un toque más de inspiración, me pide que me aparte, y él levanta su peso máximo: 250 kilos. Resulta impresionante ver a un hombre levantando tanto hierro sobre su pecho, y cuando lo hace siempre consigue que piense que todo es posible. Qué lindo es soñar. Pero los sueños —le digo a Gil durante uno de nuestros momentos de calma— cansan mucho.



Con Gil en el desierto que rodea Las Vegas, poco después de que empezáramos a trabajar juntos a jornada completa, en 1990.

Se echa a reír.

No puedo prometerte que no te cansarás, dice él. Pero tienes que saber una cosa: hay muchas cosas buenas esperándote al otro lado del cansancio. Cánsate, Andre. Porque ahí es donde llegarás a conocerte a ti mismo. Al otro lado del cansancio.

Bajo los cuidados y la supervisión de Gil, en agosto de 1990 ya he ganado más de cuatro kilos de masa muscular. Acudimos a Nueva York para participar en el Open de Estados Unidos, y yo me siento definido, delgado y peligroso. Me quito de encima a Andrei Cherkasov, de la Unión Soviética, en tres sets fáciles. Me abro paso hasta semifinales, gano a Becker en cuatro sets llenos de furia, y todavía me queda mucho combustible en el depósito. Gil y yo regresamos al hotel y vemos la otra semifinal masculina, para saber contra quién competiré mañana: McEnroe o Sampras.

No parece posible, pero el chico al que no esperaba volver a ver más ha reformulado su juego. Y está librando contra McEnroe la batalla de su vida. Pero

entonces me doy cuenta de que en realidad es McEnroe el que lucha contra él… y pierde. Mi rival mañana, por increíble que parezca, será Pete.

La cámara se acerca mucho al rostro de Sampras, y veo que está extenuado. Además, los comentaristas aseguran que sus pies, que lleva vendados, están llenos de ampollas. Gil me hace beber de su agua hasta que tengo ganas de vomitar, y después me acuesto con una sonrisa en los labios, pensando en lo bien que me lo voy a pasar dándole una paliza a Pete. Lo haré correr de un lado a otro de la pista, de izquierda a derecha, de San Francisco a Bradenton, hasta que le sangren las ampollas. Pienso en la máxima de mi padre: «Métele una ampolla en la mente». Tranquilo, en forma, seguro de mí mismo, duermo como un tronco.

A la mañana siguiente me siento listo para jugar un partido a diez sets. El postizo no es ningún problema, porque no lo llevo. Uso un nuevo sistema de camuflaje que requiere muy poco mantenimiento, y que consiste en una cinta para el pelo más gruesa y en ropa de colores muy vivos. Sencillamente, no puedo perder contra Pete, ese niño indefenso al que veía con compasión el año pasado, ese pobre patoso que no conseguía mantener la pelota en la pista.

Pero el que se presenta es otro Pete. Un Pete que no falla nunca. Jugamos puntos largos, puntos exigentes, y él se muestra impecable. Llega a todas partes, lo devuelve todo, corre de un lado a otro como una gacela. Lanza torpedos, sube a la red, me lleva a su juego. Le planta cara a mi saque. Yo no puedo hacer nada. Estoy enfadado. Me digo a mí mismo: esto no puede estar ocurriendo.

Pero sí, está ocurriendo.

Entonces, en lugar de pensar en cómo puedo ganar, empiezo a pensar en cómo puedo evitar perder. Es el mismo error que cometí contra Gómez, con el mismo resultado. Cuando todo termina, les digo a los periodistas que Pete me ha dado una paliza en toda regla, un atraco de los de toda la vida. Una metáfora imperfecta. Sí, me han robado. Sí, algo que me pertenecía me ha sido arrebatado. Pero yo no puedo ir a la policía a poner una denuncia, ni me cabe esperar que se haga justicia. Además, todo el mundo culpará a la víctima.

13

Desde que Wendi asistió a la grabación del anuncio de «La imagen lo es todo», somos pareja. Viaja conmigo, me cuida. Somos la combinación perfecta, porque hemos crecido en el mismo ambiente, y creemos que podremos seguir creciendo juntos. Nuestra procedencia es la misma, y queremos las mismas cosas. Nos amamos con locura, aunque aceptamos que la nuestra ha de ser una relación *abierta* (esa es la palabra que usa ella). Somos demasiado jóvenes para comprometernos, y estamos demasiado confundidos. Ella no sabe quién es. Se crio en la religión mormona, pero llegó a la conclusión de que no creía en la doctrina de esa religión. Fue a la universidad, y descubrió que se había equivocado totalmente de centro. Hasta que sepa quién es, dice, no puede entregarse a mí por completo.

En 1991, estamos en Atlanta con Gil, celebrando que cumplo veintiún años. Nos hemos metido en un bar, un local sórdido de Buckhead de mesas cubiertas de quemaduras de cigarrillos y jarras de cerveza de plástico. Los tres nos reímos, bebemos, e incluso Gil, que no prueba jamás el alcohol, parece ligeramente achispado. Con la idea de que esa noche quede grabada para la posteridad, Wendi se ha traído su cámara de vídeo. Me la entrega y me pide que la grabe encestando canastas en una de esas máquinas Arcade de baloncesto. Va a enseñarme a jugar, dice. La grabo durante tres segundos encestando, y entonces bajo la cámara para recorrer con ella su cuerpo, lentamente.

Andre, dice ella, por favor, deja de grabarme el culo.

Entonces entra un grupo de jóvenes bocazas. De mi edad, aproximadamente; parecen formar parte de un equipo de fútbol americano, o de rugby. Pronuncian un par de comentarios groseros sobre mi, y después centran su atención en Wendi. Están borrachos, son desagradables e intentan avergonzarme en su presencia. Yo pienso en Nastase, haciendo lo mismo catorce años atrás.

El equipo de rugby deja un montón de monedas en el borde de nuestra mesa de billar. Vamos los siguientes. Y se alejan, sonriendo desafiantes.

Gil deja su jarra de plástico sobre la mesa, recoge las monedas y se acerca despacio a una máquina expendedora. Compra un paquete de cacahuetes y regresa a la mesa. Empieza a comérselos despacio, sin apartar los ojos en ningún momento de los jugadores de rugby, hasta que estos deciden, sabiamente, buscarse otro bar.

Wendi se ríe y sugiere que, además de las muchas funciones y deberes que ya ejerce, Gil se convierta en mi guardaespaldas.

Ya lo es, le digo. Y, sin embargo, la palabra no lo define. La palabra no es adecuada para describir lo que en realidad es. Gil me guarda las espaldas, el cuerpo entero, la mente, mi juego, mi corazón; a mi novia. Es el único objeto inamovible de mi vida. Es mi *guardavidas*.

Me divierte especialmente cuando la gente —periodistas, aficionados, chiflados — preguntan si Gil es mi guardaespaldas. En esos casos, él siempre esboza la mejor de sus sonrisas y dice: ponle una mano encima y lo averiguarás.

En el Roland Garros de 1991, me abro paso durante seis rondas y llego a la final. Es mi tercera final en un torneo de Grand Slam. Me enfrento a Courier, y parto como favorito. Todo el mundo dice que lo derrotaré. Yo también digo que lo derrotaré. *Necesito* derrotarlo. No quiero imaginar qué debe sentirse al llegar a la final de un torneo de Grand Slam tres veces consecutivas y no ganar ninguna.

La parte buena es que sé cómo puedo ganar a Courier. Lo hice el año pasado, en esas mismas pistas. La parte mala es que se trata de algo personal, y eso me pone tenso. Los dos empezamos en el mismo sitio, en los mismos dormitorios de la Academia Bollettieri. Nuestras camas estaban cerca. Yo era mucho mejor que él, Nick me favorecía mucho más a mí. Por eso, perder contra él en la final de un torneo de Grand Slam sería como si la liebre perdiera contra la tortuga. Ya es bastante desgracia que Chang haya ganado un torneo de Grand Slam antes que yo. Y que también lo haya hecho Pete. Pero ¿Courier? No puedo permitir que ocurra eso.

Salgo a ganar. He aprendido de mis errores en los dos últimos torneos de Grand Slam. El primer set es un paseo, y lo gano 6-3. En el segundo, cuando voy ganando 3-1, tengo a mi alcance romperle el servicio. Si gano ese punto, tendré muchas posibilidades de ganar el set, y el partido. De pronto empieza a llover. El público se cubre y abandona las gradas para ponerse a cubierto. Courier y yo nos retiramos al vestuario, donde caminamos arriba y abajo como dos leones enjaulados. Entra Nick y yo busco su mirada para que me aconseje, para que me dé ánimos. Pero nada. *Nada*. Sé desde hace tiempo que si sigo con él es por costumbre, por lealtad, y no porque ejerza en absoluto de entrenador conmigo. Aun así, en ese momento no es entrenamiento lo que necesito, sino una mínima muestra de humanidad, que es una de las obligaciones de todo técnico. Necesito que se reconozca que me encuentro en un momento de fuerte carga de adrenalina. ¿Es mucho pedir?

Tras el retraso motivado por la lluvia, Courier se posiciona más atrás respecto de la línea de fondo, con la esperanza de abordar mejor mis disparos más furiosos. Ha tenido tiempo para reprogramarse y reflexionar, y para recargarse. Y sale con todas sus fuerzas a evitar que le rompa el servicio, y acaba ganando el segundo set. Ahora sí estoy enfadado, furioso. Gano el tercer set 6-2. Convenzo a Courier, y me convenzo a mí mismo, de que el segundo set ha sido un golpe de suerte. Ahora que vamos 2 sets a 1, ya veo la línea de meta que tira de mí. Mi primera victoria en un Grand Slam. A solo seis jueguecitos de nada.

En el inicio del cuarto set, pierdo doce de los primeros trece puntos disputados. Me estoy desmontando… ¿O es que Courier está jugando mejor? No lo sé. Y no lo sabré nunca. Pero lo que sí sé es que se trata de una sensación conocida.

Obsesivamente conocida. Esa sensación de inevitabilidad. Esa levedad a medida que el péndulo se aleja de mí. Courier gana el set 6-1.

En el quinto, empatados a 4, él me rompe el servicio. Ahora, de repente, lo único que quiero es perder.

No sé explicarlo de ninguna otra manera. En el cuarto set he perdido la voluntad, pero ahora he perdido el deseo. El mismo grado de certeza que tenía sobre mi victoria al principio del partido, lo tengo ahora sobre mi derrota. Y la quiero. La anhelo. Me digo entre dientes: que sea rápida. Como perder es la muerte, prefiero que venga pronto, y no tarde.

Ya no oigo al público. Ya no oigo mis propios pensamientos, solo una especie de zumbido entre los oídos. No oigo a nadie, no oigo nada salvo mi deseo de perder. Dejo escapar el décimo juego del set, el decisivo, y felicito a Courier. Mis amigos me dicen que nunca habían visto en mi rostro una expresión tan triste.

Después, no me regaño a mí mismo. Me lo explico fríamente de la siguiente manera: no tienes lo que hace falta para superar esa línea. Renuncias a ti mismo. Tienes que renunciar a este juego.

La derrota deja una cicatriz. Wendi me dice que casi puede verla, una marca que es como si me hubiera atravesado un rayo. Eso es prácticamente todo lo que me dice durante el largo vuelo de regreso a Las Vegas.

Cuando franqueamos la puerta de la casa de mis padres, mi padre ya nos está esperando en el vestíbulo. Y apenas me ve, la toma conmigo. ¿Por qué no hiciste ajustes tras la suspensión por lluvia? ¿Por qué no forzabas su revés? Yo no respondo. No me muevo. Llevo veinticuatro horas preparándome para su diatriba, y ya estoy anestesiado contra ella. Pero Wendi no. Y hace algo que nadie ha hecho nunca, algo que siempre esperé que hiciera mi madre: intervenir. Dice: ¿podríamos no hablar de tenis durante dos horas? Dos horas… Sin tenis.

Mi padre se interrumpe, no da crédito. Por un momento temo que vaya a agredirla. Pero retrocede y sube hecho una furia a su dormitorio.

Yo miro a Wendi. Nunca la he querido tanto.

No toco las raquetas. No abro mi bolsa de tenis. No me entreno con Gil. Me paso el día tumbado, viendo películas de terror con Wendi. Solo me distraen las películas de terror, porque captan algo de mis sensaciones en ese quinto set contra Courier.

Nick me insiste para que juegue en Wimbledon. Yo me río en su bronceada cara.

Súbete de nuevo al caballo, me dice. Es la única manera, niño.

A tomar por culo el caballo.

Vamos, dice Wendi. En serio, ¿puede ponerse mucho peor la cosa?

Demasiado deprimido para discutir, dejo que Nick y Wendi me monten en un

avión rumbo a Londres. Alquilamos una bonita casa de dos plantas, que no se ve desde la calle principal, cercana al All England Lawn Tennis and Croquet Club. Cuenta con un jardín encantador en la parte trasera, lleno de rosas rosas y de toda clase de pájaros cantores. Es un pequeño refugio en el que puedo sentarme y olvidar, casi, que estoy en Inglaterra. Wendi consigue que la casa parezca un hogar. La llena de velas, de comida… y de su perfume. Por las noches cocina deliciosas cenas, y por las mañanas me prepara pícnics para que los lleve a los entrenamientos.

El torneo se pospone cinco días por culpa de la lluvia. Al quinto día, y por acogedora que resulte la casa, nos sentimos ya muy encerrados. Quiero saltar a la pista. Quiero quitarme de encima el mal sabor de boca del Roland Garros y, si no, al menos perder y volver a casa. Finalmente la lluvia cesa. Me enfrento a Grant Connell, un especialista en saque y volea que se gana la vida en superficies rápidas. Se trata de un rival raro para el primer partido sobre hierba que disputo en años. Se supone que va a darme una paliza, pero, con penas y trabajos, le gano en cinco sets.

Llego a cuartos, donde juego contra David Wheaton. Le llevo una ventaja de 2 sets, consigo romperle el servicio dos veces en el cuarto set, y entonces, de pronto, siento un tirón en el flexor de la cadera, el músculo que hace que se doble la articulación. Cojeando, acabar el partido es toda una proeza. Wheaton me gana con facilidad.

Le digo a Wendi que podría haber ganado. Empezaba a sentirme mejor que durante Roland Garros. Maldita cadera.

Supongo que la buena noticia es que quería ganar. Tal vez haya conseguido darle la vuelta a mi deseo y conseguir que apunte en la dirección correcta.

Soy de los que se curan rápido. Tras unos pocos días, la cadera está bien. Mi mente, en cambio, sigue vacilando. Participo en el Open de Estados Unidos y pierdo en la primera ronda. En la primera ronda. Pero peor aún es la manera en que pierdo. Juego contra Krickstein, el bueno de Krickstein, y tampoco en ese caso quiero ganar. Sé que puedo derrotarlo, pero no me merece la pena. No gasto la energía necesaria. Siento una extraña clarividencia sobre mi falta de esfuerzo; es falta de inspiración. Así de simple. No la cuestiono. Ni me molesto en ahuyentarla. Mientras Krickstein corre, salta y lo da todo, yo me limito a observarlo sin gran interés. Solo a posteriori es cuando se instala en mí la vergüenza.

Tengo que hacer algo radical, algo que me permita romper la seducción que la derrota parece ejercer sobre mí. Decido independizarme, irme a vivir solo. Me compro una casa de tres habitaciones en una urbanización del suroeste de Las Vegas y la convierto en la quintaesencia del *piso de soltero*, casi en una parodia de un piso de soltero. En un dormitorio instalo una sala de juegos Arcade con todos los clásicos:

Asteroids, Space Invaders, Defender. Se me dan fatal, pero mi intención es ir mejorando. El espacio asignado al salón lo convierto en una sala de cine, con un equipo de sonido de última generación y altavoces de graves encajados en los sofás. En el comedor instalo la sala de billar. Por toda la casa reparto lujosas butacas de piel, salvo en el salón principal, que reservo para un sofá inmenso, modular, con doble relleno de plumas de ganso y tapizado en lona verde. Para la cocina adquiero una máquina expendedora de refrescos y la lleno de Mountain Dew, mi favorito, y de cerveza. En el jardín me hago instalar un jacuzzi y un estanque de fondo oscuro.

Por si eso fuera poco, convierto mi dormitorio principal en una cueva, pintada de arriba abajo de negro alquitrán, y le pongo cortinas aislantes para que no penetre el más mínimo rayo de luz. La mía es la casa de un delincuente juvenil, de un niño-hombre decidido a aislarse del mundo. Me paseo por mi nueva residencia, por ese parque infantil, atreviéndome incluso a pensar en lo adulto que soy.

Vuelvo a saltarme el Open de Australia a principios de 1992. No he participado nunca en él, y ese no parece un buen momento para estrenarme. Aun así, juego la Copa Davis, y no me va nada mal, tal vez porque se celebra en Hawái. Nos enfrentamos a Argentina. Yo gano mis dos partidos. Pero entonces, la noche antes del último día, Wendi y yo salimos de copas con McEnroe y su esposa, Tatum O'Neal. Nos pasamos de la raya, y me acuesto a las cuatro de la madrugada, dando por sentado que otro ocupará mi lugar el domingo, en un partido intrascendente en el que ya no se decide nada.

Pero, al parecer, no es el caso. Aunque tengo resaca y estoy deshidratado, voy a tener que salir a jugar contra Jaite, el mismo al que en una ocasión le paré una pelota de saque con la mano. Por suerte, Jaite también aparece resacoso. Para que no se vea que tengo los ojos rojos, juego con unas gafas de sol Oakley y, no sé cómo, pero juego bien. Juego relajado. Abandono la pista como ganador, preguntándome si debo extraer alguna lección de todo ello. ¿Seré capaz de alcanzar una relajación parecida cuando haya algo en juego, cuando participe en un torneo de Grand Slam? ¿Debería acudir con resaca a todos los partidos?

A la semana siguiente me veo en la portada de la revista *Tennis*, ganando con mis gafas de sol Oakley. Horas después de que la publicación llegue a los kioscos, Wendi y yo estamos en mi guarida de soltero cuando frente a la puerta aparca un camión de reparto. Salimos. Firme aquí, dice el repartidor.

¿Qué es?

Un regalo. De Jim Jannard, fundador de Oakley.

La puerta trasera del vehículo se abre y de su interior desciende un Dodge Viper de color rojo.

Me alegra saber que, aunque haya perdido mi toque, todavía soy capaz de vender productos.

Mi posición en el *ranking* cae en picado. Me descuelgo de las diez primeras plazas. Solo me siento mínimamente competente en una pista cuando juego la Copa Davis. En Fort Mayer contribuyo a que Estados Unidos derrote a Checoslovaquia, ganando mis dos partidos. Si no es así, solo demuestro cierta mejora cuando juego a los marcianitos.

En el Roland Garros de 1992 derroto a Pete, y me alegro por ello. Después me cruzo una vez más con Courier, esta vez en las semifinales. Los recuerdos del año anterior siguen frescos, dolorosos, y vuelvo a perder, esta vez en tres sets consecutivos. Una vez más, mi rival se calza las zapatillas y se va a correr un rato. Sigo sin servirle para quemar calorías.

Me arrastro hasta Florida y me quedo en casa de Nick. No cojo una raqueta en todo el tiempo que paso allí. Después, a regañadientes, practico brevemente sobre pista rápida en la Academia Bollettieri, y nos desplazamos todos hasta Wimbledon.

La cantidad de talento que se congrega en Wimbledon es asombrosa. Allí está Courier, que ocupa la primera posición en el *ranking*, recién llegado de dos victorias en torneos de Grand Slam. Ahí está Pete, que sigue mejorando. Ahí está Stefan Edberg, que juega mejor que nunca. Yo ocupo el puesto 12, y por la calidad de mi juego, debería estar más abajo.

En mi partido de primera ronda, contra el ruso Andréi Chesnokov, juego de manera mediocre. Pierdo el primer set. Frustrado, me fustigo, me maldigo a mí mismo, y el juez de silla me llama la atención oficialmente por soltar un *joder*. Estoy tentado de volverme y soltarle *joder* varias veces más. Pero no lo hago, y lo asombro a él, y asombro a todo el mundo, respirando hondo y manteniendo la compostura. Y después hago algo aún más asombroso: me impongo en los siguientes tres sets.

Estoy en cuartos de final. He de vérmelas con Becker, que ha llegado a seis de las últimas siete finales de Wimbledon. Esa es, de hecho, su pista, su casa, su refugio. Pero yo, últimamente, me he estado fijando en su saque. Le gano en cinco sets, en un partido que se juega en dos días. Al fin puedo dejar atrás mis recuerdos de Múnich.

En las semifinales me enfrento a McEnroe, tricampeón en Wimbledon. Tiene treinta y tres años, se acerca al final de su carrera y no es cabeza de serie. Dado que no es el favorito, y que sus logros pasados son legendarios, el público va con él, por supuesto. Una parte de mí también quiere que gane. Pero lo derroto en tres sets y me planto en la final.

Doy por hecho que tendré que enfrentarme a Pete, pero resulta que pierde su semifinal contra Goran Ivanisevic, una máquina de sacar, un joven croata fuerte y corpulento. Yo he jugado con él en dos ocasiones anteriores, y las dos veces me ha destrozado en tres sets consecutivos. Así que lo siento por Pete, y sé que pronto iré a hacerle compañía. Contra Ivanisevic, mis posibilidades son nulas. Soy como un peso medio peleando contra un peso pesado. La única emoción está en saber si perderé por

Si, en condiciones normales, el saque de Ivanisevic es poderoso, hoy es una obra de arte. Me dispara sus *aces* a izquierda y derecha. Saca a velocidades que, según el marcador, alcanzan los 222 kilómetros por hora. Pero no es solo la velocidad; es la trayectoria: las pelotas tocan el suelo en ángulos de 75 grados. Yo intento no preocuparme. Me digo a mí mismo que los *aces* existen. Cada vez que una de sus pelotas de saque pasa de largo sin que yo la vea, me digo a mí mismo que no podrá seguir sacando así indefinidamente. Así pues, cámbiate de cuadro y prepárate, Andre. El partido se decidirá en esos pocos segundos servicios.

Gana el primer set 7-6. No consigo romperle el servicio ni una sola vez. Me concentro en no reaccionar excesivamente, en respirar hondo, en mantenerme paciente. Cuando pasa por mi mente la idea de que estoy a punto de perder mi cuarta semifinal de Grand Slam, la aparto sin darle importancia. En el segundo set Ivanisevic me regala algunos puntos, comete unos pocos errores, y le rompo el servicio. Gano el segundo set. Y el tercero, lo que casi me hace sentir peor, porque, una vez más, estoy a un set de ganar un torneo de Grand Slam.

Ivanisevic se repone en el cuarto set y me destroza. He enfurecido al croata, que solo cede unos pocos puntos. Volvemos a estar donde estábamos. Ya veo los titulares del día siguiente tan claros como veo la raqueta en la mano. Al empezar el quinto set, me ejercito sin moverme de mi sitio para que me circule bien la sangre, y me digo: quieres esto. No quieres perder. Esta vez, no. El problema, en las otras finales de Grand Slam, era que no deseabas lo bastante el triunfo, y por eso no lo hiciste posible. Pero este sí lo quieres, así que tienes que hacer saber a Ivanisevic y a todos los demás que sí lo quieres.

Vamos 3-3 y saco yo. Él está a un punto de romperme el servicio. No he sido capaz de sacar bien a la primera en todo el set, pero ahora, por suerte, sí consigo meter un primer saque. Él resta al centro de la pista, yo se la lanzo a su revés, él me envía un globo corto. Me veo obligado a retroceder dos pasos. El remate es uno de los más fáciles de dar. Y también es el paradigma de mis luchas en los torneos de Grand Slam, precisamente por resultar demasiado fácil. A mí no me gustan las cosas demasiado fáciles. Ahí está, para que yo lo recoja. ¿Lo recogeré? Echo hacia atrás el cuerpo, ejecuto un remate de manual y gano el punto. Consigo mantener el servicio.

Ahora saca Ivanisevic: vamos 4-5. Comete una doble falta. Vuelve a cometerla. Ya vamos 0-30. La presión empieza a pasarle factura. Yo no he conseguido romperle el juego en la última hora y media, y ahora se lo está rompiendo él solo. Falla otro primer saque. Se está desmoronando. Yo lo sé. Lo veo. Nadie mejor que yo sabe qué significa desmoronarse. Y también sé lo que se siente. Sé muy bien qué está ocurriendo en el interior del cuerpo de Ivanisevic. Se le cierra la garganta. Le tiemblan las piernas. Aun así, consigue serenarse y coloca un segundo saque en el

fondo del recuadro, un rayo de luz amarilla que apenas roza la línea. Se levanta una nube de tiza, como si acabara de tocarla con la bala de un rifle de asalto. A continuación me lanza otro saque imposible de devolver. De pronto vamos 30 iguales.

Falla otro primer saque, pero coloca el segundo. Yo se lo devuelvo y él me lanza una media volea. Yo corro, la alcanzo, se la lanzo por encima e inicio la larga carrera hasta la línea de fondo. Me digo a mí mismo: esto lo puedes ganar con un golpe. «Con un golpe». Nunca has estado tan cerca. Y tal vez no vuelvas a estarlo.

Y ese es el problema. ¿Y si, a pesar de estar tan cerca, no gano? El ridículo. La condena. Me detengo. Intento volver a concentrarme en Ivanisevic. Necesito adivinar por dónde va a llegar su siguiente saque. Está bien. Un zurdo clásico, al sacar sobre el cuadro izquierdo en un punto de mucha presión, lanza un tiro fuerte y adelantado que saca a su rival de la pista. Pero Ivanisevic no es nada típico. Su saque, en un punto de esa presión, suele ser un bombazo plano que va al centro. Quién sabe por qué prefiere ese servicio. Y sí, ahí va, pero la pelota toca la red. Menos mal, porque ese disparo era un cometa que iba directo a la línea. A pesar de que he adivinado bien la trayectoria, a pesar de que me he movido bien, no habría podido colocar la raqueta.

Ahora el público se pone de pie. Yo solicito tiempo para hablar conmigo mismo, en voz alta: gana este punto, Andre, o no lo contarás. No esperes que haga otra doble falta, no esperes que falle. Controla lo que puedes controlar tú. Devuélvele este saque con todas tus fuerzas, y si se lo devuelves duro y fallas, podrás vivir con ello. Podrás sobrevivir. Devuélvesela, y no habrá reproches.

«¡Dale más fuerte!».

Él me tira la pelota a mi revés. Yo salto en el aire, me vuelvo con todas mis fuerzas, pero estoy tan tenso que le devuelvo un tiro a su revés a escasa velocidad. Él, por suerte para mí, no ve una volea fácil. Su pelota va a la red y, así, simplemente así, tras veintidós años y veintidós millones de golpes de raqueta, me convierto en campeón de Wimbledon de 1992.

Caigo de rodillas. Me tumbo boca abajo. No doy crédito a la emoción que brota de mí. Cuando, tambaleante, consigo ponerme en pie, Ivanisevic aparece a mi lado. Me abraza y, afectuosamente, me dice: felicidades, campeón de Wimbledon. Hoy te lo has merecido.

Buen combate, Goran.

Me da una palmadita en el hombro. Sonríe. Se dirige hacia su silla y se cubre la cabeza con una toalla. Yo entiendo bien sus emociones; mejor que las mías. Una gran parte de mi corazón está con él cuando me siento en mi silla a recomponerme un poco.

Un hombre de aspecto absolutamente británico se acerca a mí y me pide que me ponga de pie. Me entrega una copa preciosa, grande, dorada. Yo no sé cómo sostenerla ni adónde ir con ella. Él, con un gesto, me indica que dé una vuelta a la pista sosteniéndola en alto. Sostén la copa sobre la cabeza, me dice.

Camino alrededor de la pista con el trofeo bien levantado sobre la cabeza. El público me vitorea. Otro hombre intenta quitarme el trofeo. Yo no le dejo. Él me explica que ha de grabar mi nombre en él. Mi nombre.

Alzo la vista y veo a Nick, a Wendi y a Philly. Los tres aplauden, radiantes de alegría. Philly abraza a Nick. Nick abraza a Wendi. Te quiero, Wendi. Saludo con una reverencia a los miembros de la familia real y abandono la pista.

En el vestuario, contemplo mi reflejo distorsionado en el trofeo. Hablo con la copa y con mi imagen borrosa: cuánto dolor y cuánto sufrimiento me habéis causado.

Me enerva sentirme tan emocionado. No debería resultarme tan importante. No tendría por qué sentirme tan bien. Siguen invadiéndome oleadas de emoción, alivio y éxtasis, e incluso una especie de serenidad histérica por haberme ganado, finalmente, una breve tregua de los críticos, sobre todo de los internos.

Después, esa misma tarde, de regreso a la casa que hemos alquilado, telefoneo a Gil, que no ha podido acompañarnos en este viaje; después de la larga temporada sobre tierra batida, debía estar con su familia. Me dice que le encantaría estar aquí. Comenta el partido conmigo, las pelotas que han entrado, las que no. Es impresionante lo mucho que ha aprendido de tenis en tan poco tiempo. Después llamo a Perry y a J. P. y finalmente, temblando, marco el número de mi padre en Las Vegas.

¡Papá! ¡Soy yo! ¿Me oyes? ¿Qué te parece?

Silencio.

¿Papá?

No tenías que haber perdido ese cuarto set.

Asombrado, espero un poco a que me salga la voz. Después le digo: pero por suerte he ganado el quinto, ¿no?

Él no dice nada. No porque esté en desacuerdo, o porque le parezca mal, sino porque está llorando. Oigo muy lejos los sollozos de mi padre, que intenta tragarse las lágrimas, y sé que está orgulloso pero que no es capaz de expresarlo. No puedo culparlo por no saber cómo decir lo que lleva en el corazón. Es la maldición de la familia.

Esa noche, tras celebrarse la final, tiene lugar el famoso Baile de Wimbledon. Llevo años oyendo hablar de él, y me muero por asistir, porque el ganador baila con la ganadora de la final femenina y en esa edición, como en casi todas las celebradas en los últimos tiempos, la ganadora es Steffi Graf. Yo me enamoré de ella desde que la vi concediendo una entrevista en la televisión francesa. Me impactó, me deslumbró su gracia discreta, su belleza natural. Era como si su aspecto, de algún modo, mostrara que olía bien. Y, además, que era buena, una persona intrínseca,

esencialmente buena, llena de rectitud moral y de una clase de dignidad que hoy ya no existe. Durante una fracción de segundo me pareció ver sobre su cabeza una aureola. Yo había intentado hacerle llegar un mensaje el año anterior, durante el Roland Garros, pero ella no me había respondido. Ahora me siento impaciente por dar vueltas y más vueltas con ella en ese salón de baile. Qué más da que no sepa bailar.

Wendi sabe lo que siento por Steffi, y no está en absoluto celosa. Nosotros tenemos una relación abierta, me recuerda. Y ya hemos cumplido los veintiún años. De hecho, la tarde anterior a la final vamos los dos juntos a Harrods porque tengo que comprarme un esmoquin, por si gano. Wendi bromea con la dependienta y le dice que solo me interesa ganar para poder bailar con Steffi.

Y así, por primera vez en mi vida, me pongo una pajarita negra y, elegante, del brazo de Wendi, asisto al baile. Desde el principio nos abordan parejas británicas de plateados cabellos. Los hombres tienen pelo en las orejas y las mujeres huelen a licor añejo. Parecen encantados con mi victoria, sobre todo porque supone una entrada de sangre nueva al club. Alguien nuevo del que hablar en esos eventos tan, tan espantosos, comenta alguien. Wendi y yo nos mantenemos unidos por la espalda, como dos buceadores en una escuela de tiburones. Yo me esfuerzo por entender los acentos británicos tan marcados de algunos de los asistentes. Intento aclararle a una mujer mayor que es igualita a Benny Hill que me entusiasma la idea del tradicional baile con la campeona de ese año.

Por desgracia, dice ella, el baile no se celebra ese año.

¿Cómo dice?

A los ganadores de las ediciones anteriores, el baile no les entusiasmaba tanto como a usted. Y se ha cancelado.

Se fija en mi expresión. Wendi se vuelve, me ve y se echa a reír.

Así pues, me quedo sin bailar con Steffi, aunque recibo un premio de consolación: me la presentan formalmente. Llevaba toda la noche esperando ese momento. Cuando finalmente se produce, nos estrechamos la mano, y yo le digo a Steffi que el año pasado intenté ponerme en contacto con ella durante el Roland Garros, y que espero que no malinterpretara mis intenciones. Le digo que me encantaría poder charlar con ella alguna vez. Ella no responde y se limita a sonreír. Esboza una sonrisa enigmática, y yo no sé si la alegra lo que acabo de decirle, o si la pone nerviosa.

14

Se supone que debo ser una persona distinta ahora que he ganado un torneo de Grand Slam. Todo el mundo me lo dice. Lo de «La imagen lo es todo» ha pasado a la historia. Ahora los comentaristas deportivos aseguran que, para Andre Agassi, ganar lo es todo. Tras dos años llamándome estafa, diciendo que no soporto la presión, que soy un rebelde sin causa, ahora me colocan en un pedestal. Declaran que soy un ganador, un jugador sólido, uno de los grandes. Dicen que mi victoria en Wimbledon los obliga a evaluarme de nuevo, a reconsiderar quién soy en realidad.

Pero yo no siento que Wimbledon me haya cambiado. De hecho, me siento como si me hubieran hecho partícipe de un secreto sórdido: ganar no cambia nada. Ahora que he ganado un Grand Slam, sé algo que se permite saber a pocas personas en este mundo: las victorias no nos hacen sentir tan bien como mal nos hacen sentir las derrotas, y las buenas sensaciones no duran tanto como las malas. Con gran diferencia.

En el verano de 1992 me siento más contento, y más sólido, pero no tiene nada que ver con Wimbledon. Es por Wendi. Hemos crecido juntos. Nos hemos susurrado promesas el uno al otro. Yo he aceptado que no puedo estar con Steffi. Ha sido una bonita fantasía mientras ha durado, pero estoy entregado a Wendi, y ella a mí. Ella no trabaja, no estudia. Ha ido a distintas universidades, y no ha encajado en ninguna. Así que ahora pasa todo el tiempo conmigo.

Sin embargo, en 1992, pasar tiempo juntos se vuelve de pronto más complicado. Si vamos al cine, o a cenar a un restaurante, nunca estamos del todo solos. Aparece gente salida de la nada, me piden fotos, autógrafos, quieren conocer mi opinión, reclamar mi atención. Wimbledon me ha hecho famoso. Yo creía que ya lo era desde hacía tiempo —mi primer autógrafo lo firmé a los seis años—, pero ahora descubro que, en realidad, no lo era. Wimbledon me ha legitimado, ha conseguido que mi atractivo sea más amplio, más profundo, al menos según los agentes, directores y expertos en *marketing* con los que, ahora, me reúno a menudo. La gente quiere acercarse a mí. Se siente con derecho a ello. Yo ya entiendo que en Estados Unidos hay que pagar un impuesto por todo. Ahora descubro que ese es el impuesto por el éxito en los deportes: quince segundos por fan. Yo, a nivel teórico, puedo aceptarlo. Pero me gustaría que no implicara perder la intimidad con mi novia.

Wendi le quita importancia. Se toma con deportividad esa invasión. Ella evita que me tome nada demasiado en serio, incluido yo mismo. Con su ayuda, llego a la conclusión de que la mejor manera de tomarse eso de la fama es olvidarse de que uno es famoso. Me esfuerzo por quitarme la fama de la cabeza.

Pero la fama es una fuerza. Es imparable. Tú le cierras las ventanas a la fama, y la fama se cuela por debajo de la puerta. Un día me despierto y constato que tengo

docenas de amigos famosos, y ni sé cómo he conocido a la mitad de ellos. Me invitan a fiestas y a salas VIP, a eventos y a galas en las que se reúne la gente famosa, y muchos me piden el número de teléfono, o me pasan el suyo. Así como ganar la final de Wimbledon me ha convertido en miembro vitalicio del All England Club, así también me ha dado acceso a ese difuso Club de Gente Famosa. Entre mi círculo de conocidos se encuentran ahora Kenny G, Kevin Costner y Barbra Streisand. Me invitan a pasar la noche en la Casa Blanca, en una velada durante la que compartiré cena con el presidente George Bush antes de su cumbre con Mijaíl Gorbachov. Me alojo en el dormitorio Lincoln.

Todo me parece, a la vez, surrealista y absolutamente normal. Me asombra descubrir lo deprisa que lo irreal se convierte en norma. Y me maravilla lo poco emocionante que es ser famoso, lo prosaica que es la gente famosa. Se trata de personas confundidas, inseguras, y que con frecuencia no soportan lo que hacen. Siempre se comenta —lo mismo que ese viejo dicho según el cual el dinero no da la felicidad— pero nunca lo creemos hasta que lo vemos con nuestros propios ojos. Yo lo descubro en 1992, y hacerlo me ayuda a confiar más en mí mismo.

Estoy navegando cerca de la isla de Vancouver, de vacaciones con mi nuevo amigo, David Foster, el productor musical. Poco después de que Wendi y yo nos subamos a su yate, también lo hace Kevin Costner, que nos invita al suyo, anclado a cincuenta metros del de Foster. Aceptamos inmediatamente. A pesar de tener un yate, Costner parece el prototipo de hombre cabal. De trato fácil, divertido, simpático. Le encantan los deportes, los sigue con avidez, y da por sentado que yo también lo hago. Yo, tímidamente, le digo que no los sigo. Que no me gustan.

¿Qué quieres decir?

Quiero decir que no me gusta el deporte.

Él se echa a reír.

Excepto el tenis, supongo.

El tenis es el que más detesto.

Sí, claro, claro, supongo que es matador. Pero en realidad no lo detestas.

Sí.

Wendi y yo nos pasamos gran parte de la travesía en yate observando a los tres hijos de Costner. Bien educados, agradables, son también guapísimos. Parecen recién salidos de uno de esos puzles de Norman Rockwell que hace mi madre. Poco después de conocerme, Joe Costner, de cuatro años, se agarra de la pernera de mi pantalón y vuelve sus ojos azules hacia mí. Grita: «¡Juguemos a luchar!». Lo levanto, lo pongo boca abajo y lo zarandeo un poco, y el sonido de sus risas es uno de los más deliciosos que he oído nunca. Wendi y yo nos decimos que estamos absolutamente hechizados por los pequeños de la familia Costner, aunque en realidad lo que hacemos es jugar a ser sus padres. De vez en cuando pillo a Wendi apartándose de los

mayores para ir a echar un vistazo a los niños. Veo claramente que será muy buena madre. Y yo me imagino a su lado en todo momento, ayudándola a criar a tres criaturas rubias de ojos verdes. La idea me entusiasma… y a ella también. Saco el tema de la familia. Del futuro. Ella ni parpadea siquiera. Ella también lo desea.

Semanas después, Kevin Costner nos invita a su casa de Los Ángeles para que asistamos a un pase privado de su nueva película, *El guardaespaldas*. A Wendi y a mí la película no nos gusta demasiado, pero nos quedamos prendados del tema principal de la banda sonora, *I Will Always Love You*.

Esta será nuestra canción, dice Wendi.

Siempre.

Nos cantamos esa canción el uno al otro, nos repetimos frases, y cuando la ponen en la radio, dejamos lo que tengamos entre manos en ese momento y nos dedicamos a hacernos ojitos, para disgusto de quienes nos rodean. A nosotros nos da igual.

Les digo a Philly y a Perry que me veo pasando el resto de mi vida con Wendi, que tal vez le pida matrimonio pronto. Philly me responde asintiendo plenamente. Y Perry me da su aprobación.

Wendi es la mujer de mi vida, le comento a J. P.

¿Y qué hay de Steffi Graf?

Me dio calabazas. Olvídala. La mujer de mi vida es ella.

Estoy mostrándole mi nuevo juguete a J. P. y a Wendi.

J. P. me pregunta: ¿cómo has dicho que se llamaba este trasto?

Es un Hummer. Lo usaban en la Guerra del Golfo.

El mío es uno de los primeros que se venden en Estados Unidos. Damos una vuelta con él por toda la zona desértica que rodea Las Vegas y nos quedamos atascados en la arena. J. P. bromea diciendo que supone que durante la Guerra del Golfo no se encontraron con arena. Nos bajamos del vehículo y caminamos por el desierto. Debo tomar un avión esa misma tarde porque tengo partido mañana. Si no salgo de este desierto, habrá mucha gente, muy diversa, que se enfadará conmigo. Pero, a medida que avanzamos por el desierto, de pronto el partido se convierte en algo secundario, trivial. La supervivencia empieza a ser una preocupación real. Miremos donde miremos solo vemos desierto, y empieza a anochecer.

J. P. dice: ese podría convertirse en un punto de inflexión en nuestras vidas. Y no para bien, precisamente.

Gracias por el pensamiento positivo.

Finalmente llegamos a un chamizo. Un viejo ermitaño nos presta su pala. Regresamos hasta el Hummer, y yo me pongo enseguida a retirar arena de las ruedas traseras. De pronto, la pala toca algo duro. Es el caliche, esa capa de suelo parecida al cemento que se extiende bajo el desierto de Nevada. Noto que algo se rompe en mi muñeca, muy adentro. Suelto un grito.

¿Qué pasa?, me pregunta Wendi.

No lo sé.

Me miro la muñeca.

Cúbretela con un poco de tierra.

Saco de allí el Hummer, llego a tiempo al avión e incluso gano mi partido del día siguiente. Pero, días después, al despertar, noto un dolor espantoso. Pareciera que tengo la muñeca rota. Apenas puedo doblarla. Es como si acabaran de implantarme varias agujas de coser y una cuchilla en la articulación. Es algo serio. Es grave.

Entonces el dolor se va, y siento alivio. Pero vuelve. Tengo miedo. Al poco rato, el dolor ocasional se hace constante. Por la mañana, resulta tolerable, pero al terminar el día no puedo pensar en nada que no sea esa punzada de cuchilla.

Un médico dice que tengo tendinitis. En concreto, capsulitis dorsal. Unos desgarros diminutos en la muñeca que se resisten a curarse. Son consecuencia de un exceso de uso. Las dos únicas soluciones son el reposo y la cirugía.

Opto por el reposo. Me encierro, mimo la muñeca. Después de varias semanas de llevar la muñeca de un lado a otro como si fuera un pájaro herido, sigo sin poder levantar pesas, sin hacer pectorales o abrir una puerta sin sentir dolor.

El único aspecto positivo de mi lesión de muñeca es que puedo pasar más tiempo con Wendi. En lugar de ser la temporada de las pistas duras, 1993 empieza siendo la temporada de Wendi, y yo me entrego de lleno a ella. A Wendi le gusta que le dedique más atenciones, pero también le preocupa estar descuidando los estudios. Se ha matriculado en otra universidad. Ya va por la quinta. O por la sexta. He perdido la cuenta.

Voy conduciendo por Rainbow Boulevard. Llevo el volante con la mano izquierda, para no cargar la muñeca derecha. Bajo la ventanilla y conecto la radio. La brisa primaveral alborota el pelo de Wendi. Ella baja el volumen de la radio y me dice que hacía mucho tiempo que no sabía lo que quería.

Yo asiento con la cabeza y subo el volumen.

Ella vuelve a bajarlo, y me explica que ha asistido a todas esas facultades, que ha vivido en distintos estados, buscando, durante toda su vida, un sentido, un propósito. Nada acaba de encajar nunca. No parece capaz de averiguar quién es.

Yo, una vez más, asiento sin palabras. Conozco esa sensación. Ganar en Wimbledon no parece haber hecho nada por aliviarla. Entonces me vuelvo hacia Wendi y me doy cuenta de que no está hablando por hablar. De que con su conversación quiere llegar a alguna parte. Quiere decir algo sobre nosotros. Ella también se vuelve y me mira a los ojos. Andre, lo he estado pensando mucho, y creo que no podré ser feliz, feliz de verdad, hasta que descubra quién soy y qué se supone que debo hacer con mi vida. Y no veo cómo podré hacerlo si seguimos juntos.

Está llorando.

Ya no puedo seguir siendo tu compañera de viaje, añade, tu apoyo, tu fan. Bueno, siempre seré tu fan, pero ya sabes a qué me refiero.

Necesita encontrarse a sí misma y hacer lo que haga falta para ser libre.

Y tú también, dice. No podremos alcanzar nuestras metas individuales si seguimos juntos.

Incluso una relación abierta resulta demasiado cerrada.

No puedo discutir con ella. Si así es como se siente, yo no puedo hacer nada. Quiero que sea feliz. En ese momento, cómo no, en la radio ponen nuestra canción. *I Will Always Love You*. Miro a Wendi, intento que ella me mire a mí, pero ella no vuelve la cabeza. Cambio de dirección y la llevo a su casa. La acompaño a la puerta. Ella me da un último, largo abrazo.

Me alejo en mi coche, y apenas llego al final de la calle aparco y llamo a Perry. Cuando descuelga, no puedo decirle nada. Lloro demasiado. Él cree que se trata de una broma.

¿Diga? —dice, molesto—. ¿Di-ga?

Y cuelga.

Vuelvo a llamar, pero no soy capaz de pronunciar ni una palabra.

Y él vuelve a colgar.

Me traga la tierra. Me encierro en mi casa de soltero, bebo, duermo, como basura. Siento unos dolores intensos en el pecho. Se lo comento a Gil, que me dice que eso suena a corazón roto: desgarros diminutos que se resisten a curarse. Consecuencia de un exceso de uso.

Entonces añade: ¿y qué vas a hacer con Wimbledon? Ya va siendo hora de que empecemos a pensar en cruzar el charco. Ha llegado el momento de luchar. Hay pelea.

Yo apenas puedo sostener el teléfono. La raqueta de tenis, mucho menos. Aun así, quiero ir. Me vendría bien distraerme. Me vendría bien pasar una temporada viajando con Gil, trabajando en una meta común. Además, a mí me corresponde defender el título. No tengo alternativa. Muy poco antes de emprender el viaje, Gil concierta una cita con un especialista de Seattle, supuestamente el mejor, para que me ponga una inyección de cortisona. La inyección funciona. Llego a Europa moviendo la muñeca a un lado y a otro, sin dolor.

Primero pasamos por Halle, Alemania, para un torneo de calentamiento. Nick se reúne allí con nosotros, e inmediatamente me pide dinero prestado. Vendió la Academia Bollettieri porque tenía deudas, y ese fue el mayor error que cometió en su vida. Pidió poco por ella. Ahora le hace falta efectivo. No parece él. O tal vez parece más él que nunca. Dice que no se le paga lo que se merece. Dice que yo he sido una inversión insensata. Ha gastado miles de dólares desarrollándome, y que le corresponde recibir cientos de miles más de los cientos de miles de dólares que ya le he dado. Le pido que hablemos de todo eso a nuestro regreso. De momento ya tengo bastantes preocupaciones en la cabeza.

Sí, claro, dice él. A nuestro regreso.

Nuestra confrontación me afecta tanto que, en el torneo de Halle, pierdo estrepitosamente en el partido de la primera ronda contra Steeb, que me derrota en tres sets.

Y adiós al calentamiento.

Apenas he jugado durante todo el año, y cuando lo he hecho, lo he hecho mal, así que soy el defensor del título de Wimbledon con la posición de *ranking* más baja de la historia del torneo. Mi primer partido en la pista central lo disputo contra Bernd Karbacher, un alemán con un pelo tan espeso que empieza y termina los partidos con el mismo aspecto, lo que, por razones obvias, me irrita. Todo en Karbacher parece pensado para distraer. Además de sus envidiables mechones, es patizambo. Camina no solo como si se pasara el día montando a caballo, sino como si acabara de desmontar, y el viaje hubiera sido largo, y tuviera el culo escocido. En consonancia con su aspecto, tiene un juego muy raro. Su revés es potentísimo, uno de los mejores, pero lo usa para evitar tener que correr. No le gusta nada correr. No soporta moverse. A veces se diría que tampoco le gusta mucho sacar. Su primer saque puede ser bastante agresivo, pero el segundo no.

Yo, por mi parte, con mi muñeca entumecida tengo mis propios problemas con el saque. Tendré que alterar mi movimiento, echar la raqueta muy poco hacia atrás, y limitar los movimientos bruscos. Eso, claro está, me causa dificultades. Me quedo rápidamente rezagado en el primer set. Ya vamos 2-5. Estoy a punto de ser el primer defensor del título en décadas que cae en la primera ronda. Pero me armo de valor, me obligo a hacer las paces con mi nuevo servicio y gano con penas y trabajos. Karbacher se monta en su caballo y se aleja al galope.

El público británico se muestra amable. Corea, grita, me anima, valora el esfuerzo que he hecho para poner a punto la muñeca. Pero otra cosa muy distinta es la prensa sensacionalista del país, que viene cargada de veneno. A varios periódicos les da por fijarse, concretamente, en mi pecho, que me he afeitado recientemente. Se trata solo de un gesto inocente de coquetería masculina, pero, por lo publicado, se diría que me he amputado un miembro. Tengo la muñeca destrozada, y ellos se fijan solo en mi pecho. Mis ruedas de prensa se convierten en parodias de Monty Python, en las que, de cada dos preguntas, una tiene que ver con mis suaves pectorales. Los periodistas británicos están obsesionados con el pelo. Si supieran la verdad sobre el de la cabeza… En varios medios opinan, además, que estoy gordo, y varios articulistas se regodean llamándome «Burger King». Gil intenta atribuir mi aspecto a la inyección de cortisona, que causa hinchazón, pero nadie se lo cree.

Con todo, nadie causa más fascinación en los británicos que Barbra Streisand. Ella llega a la pista central a verme jugar, y casi se oye una fanfarria de trompetas. A Wimbledon acuden siempre muchos personajes famosos, pero la presencia de Barbra causa un revuelo inaudito. Los periodistas la acosan, y después no dejan de preguntarme a mí por ella. Los periódicos sensacionalistas se dedican con gran

empeño a diseccionar y empequeñecer nuestra relación, que no es nada más que una amistad apasionada.

Quieren saber cómo nos conocimos. Yo me niego a revelarlo, porque Barbra es la persona más tímida y con un mayor sentido de la privacidad que conozco.

Lo cierto es que todo empezó gracias a Steve Wynn, el promotor de espectáculos en casinos al que conozco desde niño. Él y yo estábamos jugando al golf un día, y le comenté que me gustaba la música de Barbra Streisand. Él me dijo que eran buenos amigos. Así se iniciaron una serie de llamadas telefónicas, durante las que Barbra y yo conectamos. Cuando gané en Wimbledon, ella me envió un telegrama muy afectuoso felicitándome y comentándome, sarcásticamente, que era agradable ponerle cara a mi voz.

Semanas después me invitó a un encuentro en *petit comité* en su rancho de Malibú. David Foster asistiría, así como algunos amigos más. Finalmente, íbamos a conocernos en persona.

Su rancho estaba salpicado de construcciones, una de las cuales era una sala de cine. Después de comer, nos trasladamos hasta allí para ver un pase previo de *El club de la buena estrella*, una clásica película de chicas durante cuya proyección creí que iba a morirme de aburrimiento. Después nos fuimos todos hacia otra de las casas de la finca, un salón de música con un piano de cola bajo una ventana. Allí, de pie, charlamos y comimos algo mientras David se sentaba al piano y tocaba popurrís de canciones melodramáticas. Intentó en varias ocasiones que Barbra cantara algo, pero ella no quería. Siguió insistiendo, y ella siguió negándose. Le insistió tanto que la situación se volvió algo incómoda, al menos para mí. Barbra tenía los codos apoyados en el piano, y me daba la espalda. La vi agarrotarse. Era evidente que la idea de cantar delante de otras personas la ponía tensa.

Sin embargo, no habían transcurrido ni cinco minutos cuando se arrancó a cantar unas notas. El sonido inundó la sala, desde el suelo hasta las vigas del techo. Todos los presentes dejaron de hablar. Los cristales temblaron. Los cubiertos entrechocaron. Mis costillas reverberaron. Por un instante pensé que alguien había puesto un disco de Barbra en un equipo de sonido Bose y había subido el volumen al máximo. No concebía que un ser humano fuera capaz de producir semejante sonido, que una voz humana pudiera impregnar todos los centímetros cuadrados de una habitación.

A partir de ese momento, me sentí aún más intrigado por Barbra. La idea de que poseyera un instrumento tan devastador, un talento tan poderoso, y que no pudiera usarlo a su antojo, por placer, me resultaba fascinante. Y familiar. Y deprimente. Volvimos a vernos poco después. Me invitó al rancho. Compartimos una pizza y charlamos durante horas, descubriendo, al hacerlo, que teníamos muchas cosas en común. Ella era una perfeccionista torturada que odiaba hacer algo en lo que era extraordinaria. Y, sin embargo, tras unos años de semirretiro, a pesar de todas sus dudas y sus temores, me admitió que estaba valorando la posibilidad de regresar a los escenarios. Yo le insté a hacerlo. Le dije que estaba mal privar al mundo de aquella

voz, de aquella voz asombrosa. Sobre todo, le dije que era peligroso rendirse a ese temor. El miedo es como las drogas, le dije. Sucumbes a una droga blanda y al poco ya has sucumbido a otras más fuertes. ¿Y si no quería actuar? Tenía que hacerlo de todos modos.

Naturalmente, yo me sentía como un hipócrita cada vez que le decía aquellas cosas a Barbra. En mi propia lucha contra el miedo y el perfeccionismo, yo iba perdiendo. Hablaba con ella como lo hacía con los periodistas. Le decía cosas que sabía que eran ciertas, y cosas que esperaba que lo fueran, y que, en su mayoría, yo no era capaz de creer ni poner en práctica.

Después de pasar aquella larga tarde de primavera juntos, le hablé a Barbra de una cantante nueva que había visto actuar en Las Vegas, una mujer con una gran voz, que recordaba algo a la suya. Le pregunté: ¿quieres oírla?

Sí, claro.

La llevé hasta mi coche y le puse el CD de aquella nueva sensación, una canadiense llamada Céline Dion. Barbra la escuchó con atención, mordiéndose una uña. Me daba cuenta de que pensaba: eso sé hacerlo yo. Se imaginaba de nuevo en el escenario. Yo, una vez más, me sentí útil, pero también profundamente hipócrita.

Mi sentido de la hipocresía llegó al súmmum cuando Barbra, finalmente, se decidió a actuar. Ahí estaba yo, en primera fila… con una gorra de béisbol negra. Mi postizo volvía a darme problemas, y yo temía la reacción de la gente. Más allá de ser un hipócrita esa noche, me sentía un esclavo del miedo.

Con bastante frecuencia, Barbra y yo nos reímos del escándalo y el revuelo que causan nuestros encuentros. Estamos de acuerdo en que nuestra compañía nos beneficia mutuamente. Así pues, ¿qué más da que ella tenga veintiocho años más que yo? Somos compatibles, y el escándalo público no hace sino añadir sal a nuestro vínculo. Hace que nuestra amistad parezca prohibida, tabú, un elemento más de mi rebelión generalizada. Salir con Barbra Streisand es como llevar pantalones de color *lava caliente*.

Aun si me siento fatigado, si no estoy de buen humor —que es lo que me sucede en Wimbledon—, entonces ese reduccionismo del público llega a lastimarme. Y Barbra se presta al juego de esos reduccionistas comentándole a un reportero que yo soy un maestro zen. Los periódicos se lo pasan en grande con ese comentario. Empiezo a oír que por todas partes me llaman *maestro zen*. Por un breve periodo, la cita sustituye a la de *La imagen lo es todo*. Yo no entiendo la reacción, tal vez porque no sé qué es un maestro zen. Solo puedo suponer que se trata de algo bueno, puesto que Barbra es mi amiga.

Esquivando como puedo la cuestión de Barbra, evitando periódicos y canales de televisión, sigo trabajando en el torneo de Wimbledon de 1993. Tras sobrevivir a Karbacher, derroto al portugués João Cunha-Silva, al australiano Patrick Rafter y al

holandés Richard Krajicek. He llegado a cuartos de final, y me enfrento a Pete. Como siempre. Siempre me toca él. Me pregunto cómo podrá mi muñeca enfrentarse a su saque, que ha desarrollado hasta convertirlo en una fuerza de la naturaleza. Pero Pete sufre sus propios males, sus propios dolores. Tiene el hombro inflamado, y su juego es un poco más lento de lo normal. O eso dicen. Por su manera de atacarme, nadie lo diría. Gana el primer set en menos tiempo del que yo he dedicado a vestirme para el partido.

Y el segundo, lo mismo.

Este va a ser un día muy corto, me digo a mí mismo. Miro hacia las gradas, y veo a Barbra, rodeada de *flashes* de cámaras. Y pienso. ¿De verdad que esta es mi vida?

Cuando empieza el tercer set, Pete tiene un tropiezo, lo que me permite a mí coger algo de aire. Finalmente me anoto el set, y después el cuarto. La rueda gira a mi favor. Veo el temor asomando al rostro de Pete. Vamos empatados a dos sets, y la duda, una duda inconfundible, lo persigue como las alargadas sombras vespertinas que se proyectan sobre la hierba de Wimbledon. Por una vez en la vida, no soy yo, sino él, quien maldice y se grita a sí mismo.

En el quinto set, Pete pone cara de dolor y se masajea el hombro. Solicita la presencia de su preparador. Durante la pausa, mientras lo atienden, me digo a mí mismo que el partido es mío. Dos victorias seguidas en Wimbledon, eso sí sería todo un punto. Ya veremos qué dice entonces la prensa sensacionalista. O qué diré yo. ¿Os gusta ahora vuestro Burger King?

Sin embargo, cuando se reanuda el juego, Pete es una persona distinta. No es que se sienta reanimado, o con más energías; es que es totalmente distinto. Ha vuelto a hacerlo. Se ha despojado de ese otro Pete devorado por la duda, como una serpiente se libra de su piel. Y ahora está a punto de librarse de mí. Cuando va ganando 5-4, empieza el décimo juego del set disparando tres *aces* consecutivos. Pero es que no son solo *aces*. Hay algo, incluso en su sonido, que los hace distintos: atruenan como cañones de la Guerra de Secesión. Triple punto de partido.

De pronto, veo que camina hacia la red, me extiende la mano. Vuelve a ser el vencedor. El apretón de manos me resulta físicamente doloroso, y no precisamente por mi lesión de muñeca.

De vuelta a mi guarida de soltero, días después de mi derrota contra Pete, tengo un solo objetivo. Quiero evitar pensar en el tenis durante siete días. Necesito un descanso. Tengo el corazón destrozado, la muñeca dolorida, los huesos fatigados. Necesito pasarme una semana sin hacer nada, quedarme sentado en casa, tranquilamente. Nada de dolor, nada de dramatismo, nada de saques, nada de periódicos sensacionalistas, nada de cantantes, nada de puntos de partido. Estoy tomándome mi primer café de la mañana y hojeando el *USA Today* cuando un titular llama mi atención. Porque en él aparece mi nombre. Bollettieri rompe su relación con

Agassi. Nick revela al periódico que ha roto conmigo. Desea pasar más tiempo con su familia. Después de diez años, así es como me lo hace saber. Ni un triste panda de peluche puesto con el culo en pompa en mi butaca.

Minutos después, llega a casa un sobre de FedEx con una carta de Nick. En ella no me cuenta más de lo que ya he leído en el periódico. La leo diez o doce veces antes de guardarla en una caja de zapatos. Me acerco al espejo. No me siento tan mal. No siento nada. Abotargado. Como si la cortisona se hubiera esparcido desde la muñeca por todo mi ser.

Me voy a ver a Gil y me siento con él en el gimnasio de su garaje. Me escucha, se siente mal cuando yo me siento mal, se enfada cuando yo me enfado.

Bueno, digo, supongo que es la época de romper con Agassi. Primero Wendi, ahora Nick.

Mi séquito me abandona antes que mi pelo.

Aunque no tiene el menor sentido, me gustaría volver a saltar a la pista. Quiero sentir el dolor que solo el tenis proporciona.

Pero no tanto. La cortisona ha perdido totalmente su efecto, y la sensación de agujas y cuchillas en el interior de la muñeca es excesiva. Acudo a otro médico, que me dice que debo pasar por el quirófano. Veo a otro, que me dice que tal vez, con más reposo, se cure. Sin embargo, tras cuatro semanas de inactividad, salto a la pista y un solo golpe me basta para saber que la cirugía es mi única opción.

Pero lo que sucede es que no me fío de los cirujanos. Me fío de muy poca gente, y me disgusta profundamente la idea de confiar en un perfecto desconocido, de entregar todo el control a una persona a la que acabo de conocer. Me aterra la idea de estar tumbado en la cama, inconsciente, mientras alguien me abre la muñeca con la que me gano la vida. ¿Y si ese día está distraído? ¿Y si no está dónde tiene que estar? Yo lo veo en la pista de tenis constantemente… la mitad de las veces me ocurre a mí. Aunque ocupo una de las diez primeras posiciones del *ranking* mundial, hay días en que parezco un aficionado. ¿Y si mi cirujano es el Andre Agassi de la medicina? ¿Y si ese día no juega como un profesional? ¿Y si está borracho o drogado?

Le pido a Gil que esté presente durante la operación. Quiero que ejerza de centinela, de monitor, de red protectora, de testigo. Dicho de otro modo, quiero que haga lo que hace siempre. Que monte guardia. Pero, en esta ocasión, con bata y mascarilla puestas.

Él frunce el ceño. Niega con la cabeza. No está convencido.

Gil posee ciertas características que resultan conmovedoras, como su aversión al sol, por ejemplo. Pero la más conmovedora de todas es su pánico a las agujas. Cuando tienen que ponerle alguna inyección, se caga encima.

Pero, si se trata de ayudarme, se presta de voluntario. Lo soportaré, me dice.

Te debo una, le digo yo.

Eso nunca, me corrige. Entre nosotros no hay deudas.

El 19 de diciembre de 1993, Gil y yo viajamos en avión a Santa Bárbara y me ingresa en el hospital. Las enfermeras revolotean a mi alrededor, preparándome. Le comento a Gil que me siento tan nervioso que me parece que me voy a desmayar.

Bueno, así se ahorrarán la anestesia.

Es que, Gil, este podría ser el fin de mi carrera de tenista.

No.

¿Y entonces qué? ¿Entonces qué haría?

Me cubren la boca y la nariz con una máscara. Respira hondo, me ordenan. Me pesan los párpados. Yo me esfuerzo por mantenerlos abiertos, lucho contra la pérdida de control. No te vayas, Gil. No me dejes. Miro fijamente los ojos negros de Gil, que, por encima de la mascarilla, me observan sin parpadear. Gil está aquí, me digo. Gil controla. Gil está de guardia. Todo va a salir bien. Dejo que se me cierren los ojos, dejo que una especie de neblina me engulla y, medio segundo después, despierto y Gil está inclinado sobre mí, diciendo que la cosa estaba peor de lo que creían, mucho peor. Pero te lo han limpiado todo, Andre, y debemos esperar lo mejor. No podemos hacer otra cosa, ¿verdad? Ser optimistas.

Me instalo en el sofá verde de lona con relleno doble de plumas de ganso, con el mando a distancia en una mano y el teléfono en la otra. El cirujano dice que debo mantener la muñeca en alto varios días, por lo que permanezco tumbado y con el brazo apoyado en una almohada grande, dura. Aunque me administran unos analgésicos muy fuertes, noto la herida, y me siento preocupado y vulnerable. Al menos tengo un motivo de distracción: una mujer que es amiga de la mujer de Kenny G, que se llama Lyndie.

A Kenny G lo conocí a través de Michael Bolton, al que había conocido mientras jugaba la Copa Davis. Nos alojábamos en el mismo hotel. Entonces, un día, de repente, sin venir a cuento, Lyndie me llamó por teléfono y me dijo que había conocido a la mujer perfecta.

Qué bien, a mí me gusta la perfección.

En serio, creo que os vais a llevar genial.

¿Por qué?

Es guapísima, inteligente, sofisticada, divertida.

No sé qué decirte. Todavía estoy intentando superar lo de Wendi. Además, no me van las citas a ciegas.

Esta sí. Se llama Brooke Shields.

Me suena ese nombre.

No tienes nada que perder.

Te equivocas.

Andre…

Lo pensaré. ¿Cuál es su número de teléfono?

No puedes llamarla. Está en Sudáfrica rodando una película.

Tendrá algún teléfono.

No. Está en medio de la nada. En una tienda de campaña, o en una choza, en medio de la selva. Solo puede establecer contacto a través de un fax.

Me facilitó el número de fax de Brooke y me pidió el mío.

Yo no tengo fax. Es el único aparatito que me falta en esta casa.

Le di el de Philly.

Y entonces, justo antes de la operación, recibí una llamada de Philly.

Te ha llegado un fax aquí, a mi casa… de Brooke Shields. ¿Es posible?

Y así fue como empezó. Faxes de ida y vuelta, correspondencia de larga distancia con una mujer a la que no conocía. Y lo que empezó de manera rara fue haciéndose cada vez más raro. El ritmo de la conversación era de una lentitud exagerada, algo que nos convenía a los dos. Ni ella ni yo teníamos prisa. Pero la inmensa distancia geográfica también hizo que los dos bajáramos la guardia enseguida. Pasamos, en pocos faxes, de un flirteo inocente a compartir nuestros secretos más íntimos. Y, muy poco después, el tono de nuestros mensajes era ya de cariño, y más tarde de gran intimidad. Yo me sentía como si mantuviera una relación seria con aquella mujer con la que no había hablado nunca, a la que no había visto nunca.

Dejé de telefonear a Barbra.

Ahora, inmovilizado, con la muñeca vendada y apoyada en la almohada, no tengo otra cosa que hacer que obsesionarme con el próximo fax que le enviaré a Brooke. Gil viene algunos días y me ayuda a ejercitarme un poco. Me intimida el hecho de que Brooke sea licenciada en literatura francesa por Princeton, mientras que yo no he terminado ni la secundaria. Gil ahuyenta de mí esas ideas, me da confianza.

Además, no pienses en si le gustas. Piensa en si te gusta ella a ti.

Sí, le digo. Sí, tienes razón.

Le pido que alquile todas las películas de Brooke Shields y organizamos un festival de cine monográfico para dos. Preparamos palomitas, bajamos la intensidad de la luz y Gil pone el primer largometraje: *El lago azul*. Allí Brooke es una sirena prepúber, que tras un naufragio queda en una isla desierta y paradisíaca en compañía de un niño. Una reformulación de la historia de Adán y Eva. Rebobinamos, adelantamos, congelamos la imagen, debatimos si Brooke Shields es mi tipo.

No está mal, dice Gil. No está nada mal. Indiscutiblemente, merece otro fax.

El cortejo vía fax dura varias semanas más, hasta que Brooke envía un mensaje breve informándome del fin del rodaje y de su regreso a Estados Unidos. Vuelve en dos semanas. Su avión llega al aeropuerto de Los Ángeles. Casualmente, yo debo estar en Los Ángeles un día después de su llegada, para grabar una entrevista con Jim Rome.

Nos conocemos en su casa. Yo me voy corriendo hacia allí desde el estudio, sin quitarme siquiera el maquillaje que me han puesto para la entrevista televisiva con Rome. Ella abre la puerta y la veo aparecer con todo el aspecto de una estrella de cine. Lleva una especie de pañuelo al cuello. Y va sin maquillar (o al menos mucho menos maquillada que yo). Pero se ha cortado mucho el pelo, y eso me desconcierta. Durante todo este tiempo, yo la he imaginado con su larga cabellera suelta.

Me lo corté por exigencias de un papel, me aclara.

¿En qué película? ¿*Los picarones*?

En ese momento aparece su madre salida de la nada. Nos damos la mano. Ella se muestra cordial, pero tensa. Detecto unas vibraciones raras. De manera instintiva sé, independientemente de lo que acabe ocurriendo, que esa mujer y yo nunca nos llevaremos bien.

Llevo a Brooke a cenar. Por el camino le pregunto: ¿vives con tu madre?

Sí. Bueno, no. En realidad, no. Es complicado.

Con los padres siempre lo es.

Vamos a Pasta Maria, un pequeño restaurante italiano de San Vicente. Pido que nos pongan en un rincón del local, para poder tener algo de intimidad. No tardo mucho en olvidarme de su madre, de su corte de pelo, de todo. Brooke posee elegancia natural, carisma y es, sorprendentemente, muy divertida. Los dos nos reímos cuando aparece el camarero y pregunta: ¿las señoras han tenido tiempo de estudiar la carta?

Quizá vaya siendo hora de cortarme el pelo, comento yo.

Le pregunto por la película que ha estado rodando en África. ¿Le gusta ser actriz? Ella me habla con gran pasión de la aventura de hacer películas, de lo divertido que resulta trabajar con actores y directores de talento, y enseguida pienso que Brooke es el caso opuesto al de Wendi, que no sabía nunca qué quería. Ella sí sabe exactamente lo que quiere. Visualiza sus sueños y no titubea al describirlos, por más que no sepa exactamente cómo hacerlos realidad. Es cinco años mayor que yo, más mundana, más consciente del mundo que la rodea, pero a la vez desprende un aire de inocencia, de cierto desvalimiento que me lleva a querer protegerla. Ella saca al Gil que llevo dentro, un aspecto de mí que no creía poseer.

Nos decimos casi todo lo que nos hemos dicho por fax, pero ahora en persona, con nuestros platos de pasta delante, y todo suena distinto, más íntimo. Ahora hay matices, subtexto, lenguaje corporal y feromonas. Además, me hace reír, y mucho, y ella también se ríe. Tiene una risa encantadora. Como me ocurrió cuando me operaron de la muñeca, tres horas pasan en una milésima de segundo.

Brooke se muestra extraordinariamente dulce y comprensiva con mi muñeca, examina mi cicatriz rosada, de casi tres centímetros, la roza con gran delicadeza, me hace preguntas. Sabe cómo me siento, porque ella también va a tener que someterse a

cirugía, en los dos pies. Tiene una lesión en los dedos, a causa de sus años de formación como bailarina, me explica, y los médicos van a tener que romperle los huesos para recolocárselos. Yo le cuento que Gil montó guardia en el quirófano para mí y ella, en broma, me pregunta si puedo prestárselo.

Descubrimos que, a pesar de que, en su aspecto externo, nuestras vidas son muy distintas, compartimos unos puntos de partida similares. Ella sabe muy bien qué es criarse con una madre estridente, ambiciosa, insistente, que ejerce de *madre de artista*. Su madre ha sido su representante desde que ella tenía once meses. La diferencia, en su caso, es que todavía lo es. Y están casi arruinadas, porque la carrera de Brooke se encuentra estancada. La película rodada en África es el primer encargo que ha recibido en bastante tiempo. Acepta anuncios de café en Europa para pagarse la hipoteca. Y dice esas cosas con una sinceridad pasmosa, como si nos conociéramos desde hace siglos. No es solo que hayamos allanado el terreno con esos faxes, es que ella es una persona sincera por naturaleza. Se nota. A mí me encantaría ser la mitad de sincero que ella. Yo no soy capaz de contarle tanto sobre lo que me atormenta por dentro, aunque, eso sí, no le oculto que odio el tenis.

Ella se echa a reír.

No, en realidad no lo odias.

Sí.

No. Odiarlo, odiarlo, no lo odias.

Sí, lo odio.

Hablamos de nuestros viajes, de nuestra comida favorita, de la música y las películas que nos gustan. Coincidimos en una reciente, *Tierras de penumbra*, sobre la vida del escritor británico C. S. Lewis. Le comento a Brooke que esa película me tocó una fibra sensible. Ahí estaba la estrecha relación con su hermano. Estaba la reclusión de una vida apartada del mundo. Estaba su miedo al riesgo y al dolor del amor. Pero entonces, una mujer excepcional, valiente, le hace ver que el dolor es el precio que hay que pagar por ser humanos, y que merece la pena pagarlo. Al final de la película Lewis les dice a sus alumnos: «El dolor es el megáfono con el que Dios despierta a un mundo sordo». Les dice: «Somos como bloques de piedra… Los golpes de su cincel, que tanto nos duelen, son los que nos hacen perfectos». Perry y yo hemos visto la película dos veces, le confieso a Brooke, y hemos memorizado la mitad de las frases. A mí me conmueve saber que a ella también le gusta *Tierras de penumbra*. Y me impresiona un poco que haya leído varias obras de Lewis.

Ya de madrugada, y después de haber pedido varios cafés, no puedo seguir obviando las miradas impacientes del camarero y del dueño del restaurante. Tenemos que irnos. Llevo a Brooke a su casa. Ya en la acera, tengo la sensación de que su madre nos vigila tras una cortina de la primera planta. Le doy un casto beso a Brooke, y le pregunto si puedo volver a llamarla.

Sí, por favor.

Cuando me doy la vuelta para irme, ella se fija en que tengo un agujero en los

vaqueros, a la altura de la rabadilla. Mete un dedo por él y me la rasca con la uña. Antes de meterse corriendo en casa, me dedica una sonrisa maliciosa.

Paseo con mi coche alquilado por Sunset Boulevard. Había planeado regresar a Las Vegas, porque en ningún momento imaginé que nuestra cita iría tan bien ni duraría tanto, pero ya es demasiado tarde para coger un avión. Decido pasar la noche en el primer hotel que me salga al paso, que resulta ser un Holiday Inn que ha conocido días mejores. No han transcurrido ni diez minutos y yo ya me encuentro en una habitación mohosa de la segunda planta en la que se cuela el ruido del tráfico del Bulevar y la autopista 405. Intento repasar mentalmente la velada y, más importante aún, llegar a alguna conclusión sobre ella, sobre lo que puede significar. Pero me pesan los párpados. Me esfuerzo por mantenerlos abiertos; combato, como siempre, la pérdida de control, que para mí es algo así como la pérdida final de libertad de elección.

15

Quedo con Brooke por tercera vez la noche anterior a su operación de pies. Estamos en Manhattan, en el salón de la planta baja de su casa. Nos estamos besando, o casi, pero antes necesito decirle la verdad sobre mi pelo.

Ella nota que hay algo que me preocupa. ¿Qué te pasa?, me pregunta.

Nada.

A mí puedes contármelo.

Lo que pasa es que no he sido del todo sincero contigo.

Estamos tumbados en un sofá. Yo me incorporo, ahueco un almohadón, respiro hondo. Mientras busco las palabras adecuadas, miro las paredes. Están decoradas con máscaras africanas: rostros sin ojos y sin pelo. Son fantasmagóricas. Y me resultan, también, vagamente familiares.

Andre, ¿qué ocurre?

Es que no es fácil admitirlo, Brooke. Pero mira, desde hace ya bastante tiempo se me cae el pelo, y llevo un postizo para disimularlo.

Me acerco a ella, le agarro la mano y se la coloco sobre el postizo.

Ella sonríe.

Ya me olía algo, dice.

¿Ah, sí?

No hay para tanto.

¿No lo dices por decir?

Son tus ojos los que me resultan atractivos. Y tu corazón. No tu pelo.

Miro esos rostros sin ojos, sin pelo, y me pregunto si me estoy enamorando.

Voy con Brooke al hospital, y la espero en la sala de reanimación. Sigo allí cuando la traen en camilla, con los pies vendados como los míos antes de un partido, y sigo allí cuando despierta de la anestesia. Siento un impulso imperioso de protegerla, y una gran ternura, que remite cuando recibe la llamada telefónica de un buen amigo suyo, Michael Jackson. Yo no entiendo que mantenga su amistad con él, dadas todas las historias que se cuentan, las acusaciones. Pero ella me dice que Michael es como nosotros. Otro niño prodigio que no tuvo infancia.

Sigo a Brooke a su casa, y paso varios días con ella, junto a su cama, mientras se recupera. Su madre me encuentra una mañana en el suelo, a su lado. Se escandaliza. ¿Dormir en el suelo? Eso no se hace. No está bien. Le cuento que prefiero dormir en el suelo. Por mi espalda. Pero ella sale del dormitorio indignada.

Le doy un beso de buenos días a Brooke.

Tu madre y yo hemos empezado con mal pie.

Los dos nos fijamos en sus pies vendados. Podría haber escogido otras palabras.

Tengo que irme. Me esperan en Scottsdale. Es mi primer torneo desde la operación.

Nos vemos en unas semanas, le digo. Vuelvo a besarla, y la abrazo.

Aunque me ha tocado un rival fácil en Scottsdale, mantengo intactos mis temores. Mi muñeca se enfrenta a una prueba de fuego. ¿Y si no se ha curado? ¿Y si ha empeorado? Tengo pesadillas recurrentes en las que me encuentro en pleno partido y se me cae la mano. Estoy en el hotel, en mi habitación, intentando visualizar que mi muñeca está bien y que el partido va bien cuando llaman a la puerta.

¿Quién es?

Brooke.

Con los dos pies rotos, ha venido para estar conmigo.

Gano el torneo. Sin sentir dolor.

Semanas después, Pete y yo aceptamos una entrevista conjunta que nos hará un periodista para una revista. Pete entra en la habitación de mi hotel, en la que va a tener lugar la conversación, y se sorprende mucho al descubrir a *Peaches*.

¿Qué coño es eso?, me pregunta.

Pete, te presento a *Peaches*. Es un loro hembra muy viejito que he rescatado de una pajarería de Las Vegas que está a punto de cerrar.

Bonito pájaro, comenta, burlón.

Pues sí, lo es. No pica. Sabe imitar a la gente.

¿A quién, por ejemplo?

A mí. Estornuda como yo, habla como yo… aunque ella tiene mejor vocabulario. Cada vez que suena el teléfono, me parto de risa. *Peaches* grita: ¡Teléfono! ¡Teléfono!

Le cuento a Pete que, en Las Vegas, tengo casi un zoo. Un gato que se llama *King*, un conejo que se llama *Buddy*. Cualquier cosa para ahuyentar la soledad. Los hombres no somos islas. Él niega con la cabeza. Al parecer, a él el tenis no le parece un deporte tan solitario como a mí.

Empezamos a responder a las preguntas de la entrevista, y de pronto me siento como si estuviera en una habitación con dos loros. Yo, al menos, cuando le suelto mis chorradas al periodista, lo hago con más gracia, le pongo algo de color. Pete parece un robot, sus respuestas son más falsas que las de *Peaches*.

No me molesto en decírselo a Pete, pero considero a *Peaches* como parte integral de mi equipo, que no para de crecer, que está en constante cambio, en constante experimentación. He perdido a Nick y a Wendi, pero he sumado a Brooke y a Slim, un chico encantador e inteligentísimo de Las Vegas. Fuimos juntos a primaria, y

nacimos con un día de diferencia, en el mismo hospital. Slim es un buen tipo, pero siempre ha ido por libre, así que decido ponerlo a trabajar de asistente personal mío. Me cuida la casa, deja entrar al encargado de mantenimiento de la piscina y a otros empleados, se encarga de mi correspondencia, y responde a las peticiones de fotos y autógrafos de mis fans.

Ahora pienso que tal vez deba añadir un representante a mi equipo. Llamo a Perry y le pido que le eche un vistazo a la gestión de mis cuentas, que investigue un poco y vea si me están cobrando de más. Él revisa los contratos y me confirma que, en efecto, podría irme mejor. Yo le doy las gracias, lo abrazo, y en ese momento se me ocurre una idea. ¿Por qué no me haces tú de representante, Perry? Necesito a alguien que sea de mi confianza.

Sé que está ocupado. Está en segundo año en la University of Arizona Law School, y se parte el culo estudiando. Pero le pido que, por favor, se lo plantee, que acepte aunque sea a media jornada.

No me hace falta insistirle. A Perry le interesa el empleo y quiere empezar ya. Trabajará entre clases, dice. Por las mañanas, los fines de semana, cuando sea. Además de suponer para él una gran oportunidad, el empleo le permitirá reducir la deuda que tiene conmigo. Yo le presté dinero para la matrícula de la universidad, porque él no quería pedírselo a su padre. Una noche, se sentó frente a mí y me contó que su padre usa el dinero para controlar a la gente, sobre todo a él. Debo liberarme de mi padre, me dijo. Debo liberarme, Andre, de una vez por todas.

Pocas súplicas podrían conmoverme más, así que le extendí un cheque al momento.

En cuanto que mi nuevo representante, la principal misión de Perry es buscarme un nuevo entrenador, alguien que sustituya a Nick. Redacta una breve lista de candidatos, encabezada por un tipo que acaba de escribir un libro sobre tenis: *Winning Dirty* [*Ganar sucio*].

Perry me entrega el libro y me pide que lo lea.

Yo lo miro de reojo. Gracias, pero no. Mis días de colegio terminaron. Además, no me hace falta leer ese libro. Conozco a su autor, Brad Gilbert. Lo conozco bien. Es jugador como yo, un colega. Me he enfrentado a él muchas veces, la última de ellas hace pocas semanas. Su juego es opuesto al mío. Combina distintas velocidades, cambia de ritmo, engaña con los tiros, es astuto. Sus aptitudes son limitadas y se jacta constantemente de ello. Si yo soy un ejemplo vivo del tenista que juega por debajo de sus posibilidades, él es la encarnación del que juega muy por encima de las suyas. En lugar de superar a sus rivales, los desespera, saca partido de sus defectos. De los míos se ha aprovechado muchísimo. A mí me intriga, pero la propuesta de Perry no es factible. Gilbert sigue en activo. De hecho, a causa de mi operación y del tiempo que he pasado alejado del juego, va por delante de mí en el *ranking* mundial.

No, me insiste Perry. Brad se acerca al final de su carrera. Tiene treinta y dos años, y tal vez esté abierto a la idea de entrenar. Perry me reitera que el libro de Brad

le ha impresionado profundamente, y que cree que contiene el tipo de conocimientos prácticos que a mí me vendrían bien.

En marzo de 1994, cuando todos nos encontramos en Key Biscayne para disputar el torneo, Perry invita a Brad a cenar a un restaurante italiano de Fisher Island, el Café Porto Cervo. Se trata de un establecimiento situado al borde del agua, y es uno de nuestros favoritos.

Es temprano. El sol se pone tras los mástiles y las velas de las barcas amarradas en los muelles. Perry y yo llegamos con tiempo, y Brad aparece puntualmente. Yo había olvidado lo característico de su aspecto. Es moreno, tiene el rostro curtido y es sin duda un hombre guapo, aunque no a la manera clásica. Sus rasgos no parecen *cincelados*, sino *moldeados*. No consigo ahuyentar de mi mente la idea de que Brad se parece a un hombre primitivo, que acaba de salir de la máquina del tiempo, que respira con cierta dificultad porque viene de descubrir el fuego. Tal vez lo que me hace pensar de ese modo sea todo ese pelo. La cabeza, los brazos, los bíceps, los hombros, la cara…, lo tiene todo cubierto de pelo negro. Brad tiene tanto pelo que siento, a la vez, horror y envidia. Sus cejas, sin ir más lejos, me resultan fascinantes. Pienso: yo me podría hacer un tupé magnífico solo con la izquierda.

El *maître*, Renato, nos dice que podemos ocupar una de las mesas con vistas a los amarres.

Yo digo: genial.

No, dice Brad. No, no. Tenemos que sentarnos dentro.

¿Por qué?

Por los mosquitos. Sí, es que no los soporto. Y, hazme caso, esto está lleno de ellos, y los mosquitos me adoran. ¡Míralos! ¡Hay nubes! ¡Mira! No, de verdad, tengo que sentarme dentro. ¡Lejos de los mosquitos!

Nos explica que es también por los mosquitos por lo que, en vez de pantalones cortos, lleva vaqueros, aunque estamos casi a cuarenta grados y el bochorno es máximo. Mosquitos, repite por última vez, estremeciéndose.

Perry y yo nos miramos.

Está bien, dice él. Pues vamos dentro.

Renato nos instala en una mesa junto al ventanal. Nos entrega las cartas. Brad lee la suya y frunce el ceño.

Problema, dice.

¿Qué pasa?

Que no tienen mi marca de cerveza. Bud Ice.

Tal vez tengan…

Yo solo bebo esa cerveza.

Se levanta y dice que se va al supermercado de al lado a comprar Bud Ice.

Perry y yo pedimos una botella de vino y esperamos. No intercambiamos ni una palabra durante su ausencia. Regresa a los cinco minutos con un paquete de seis botellines, y le pide a Renato que se los ponga en hielo. No en la nevera, puntualiza,

porque la nevera no enfría suficiente. En hielo. Y si no, en el congelador.

Cuando Brad, finalmente, se sienta y se ha bebido de un trago media cerveza fría, Perry empieza a hablar.

Pues, mira, Brad, entre otras cosas queríamos verte porque queremos saber qué piensas del juego de Andre.

¿Cómo?

El juego de Andre. Nos gustaría que nos dijeras qué te parece.

¿Qué me parece?

Exacto.

¿Queréis saber qué me parece su juego?

Así es.

¿Y queréis que sea sincero?

Por supuesto.

¿Brutalmente sincero?

No te cortes.

Da un gran trago de cerveza y empieza a elaborar una lista detallada, exhaustiva y, tal como ha anunciado, brutal, de todos mis defectos como jugador de tenis.

No hay que ser muy listo para darse cuenta, dice. Yo, en tu lugar, con tus aptitudes, tu talento, tu devolución y tu control de pie, iría en cabeza. Pero tú has perdido el brío que tenías a los dieciséis años. ¿Qué ha sido de aquel niño que devolvía la pelota enseguida, que se mostraba agresivo?

Brad opina que mi problema básico, el problema que amenaza con poner fin a mi carrera prematuramente —el problema que parece una herencia paterna— es el perfeccionismo.

Tú siempre intentas ser perfecto, dice, y siempre te quedas corto, y eso te jode la mente. Por culpa de tu perfeccionismo, tu confianza se va al garete. Intentas que todas las pelotas que lanzas sean grandes puntos, cuando, en el noventa por ciento de los casos, con mantener el rumbo, mostrarte consistente y limitarte a lo básico, tendrías bastante para ganar.

Habla rapidísimo, en un tono constante que recuerda al zumbido de un mosquito. Construye su argumentación con metáforas deportivas, que extrae indistintamente de cualquier disciplina. Se nota que es tan aficionado a los deportes como a las metáforas.

Deja de intentar noquear a tu rival —prosigue—. Deja de ponerte el listón tan alto. Lo único que tienes que hacer es mostrar solidez. En individuales, en dobles, ve un paso más allá. Deja de pensar en ti y en tu propio juego, y ten en cuenta que ese tío que hay al otro lado de la valla tiene sus puntos débiles. Ataca esas debilidades. No tienes por qué ser el mejor jugador del mundo cada vez que sales a la pista. Te basta con ser mejor que ese tío en concreto. En lugar de ser TÚ el que triunfe, consigue que sea ÉL el que fracase. Mejor aún, DEJA que fracase. Todo tiene que ver con probabilidades y porcentajes. Tú eres de Las Vegas; algo deberías saber sobre

probabilidades y porcentajes. La banca siempre gana, ¿no? ¿Por qué? Porque las apuestas juegan a favor de la banca. ¿Entonces? ¡Sé tú la banca! Consigue que las apuestas jueguen a tu favor. Ahora, al intentar conseguir el tiro perfecto en cada jugada, dispones las probabilidades en tu contra. Asumes un riesgo excesivo. Y no te hace falta asumir tanto riesgo. A la mierda el riesgo. Tú deja, simplemente, que la pelota siga en movimiento. A un lado y a otro. Con facilidad, suavemente. Con solidez. Sé como la gravedad, tío; tú, como la gravedad, joder. Cuando persigues la perfección, cuando conviertes la perfección en el fin último, ¿sabes qué estás haciendo? Estás persiguiendo algo que no existe. Y haces desgraciados a todos los que te rodean. ¿La perfección? Habrá unas cinco veces al año en que te despiertas perfecto, en que no puedes perder contra nadie. Pero no son esas cinco veces al año las que te hacen jugador de tenis. Ni ser humano, ya puestos. Son las otras veces. Todo tiene que ver con tu mente, tío. Con tu talento, si mantienes tu juego a un cincuenta por ciento pero la mente a un noventa por ciento, acabarás ganando. Pero si mantienes tu juego al noventa por ciento y tu mente al cincuenta por ciento, acabarás perdiendo, perdiendo y perdiendo. También aquí, ya que eres de Las Vegas, plantéatelo así: hacen falta veintiún sets para ganar un torneo de Grand Slam. Y ya está. Solo tienes que ganar veintiún sets. Siete partidos, al mejor de cinco. Eso hace veintiuno. Tanto en las cartas como en el tenis, con veintiuno ganas. *¡Blackjack!* Concéntrate en ese número y no te equivocarás. Simplifica, simplifica. Cada vez que ganes un set, dite a ti mismo: uno menos. Este ya lo tengo en el saco. Al principio de un torneo, cuenta hacia atrás a partir de veintiuno. Eso es pensamiento positivo, ¿entiendes? Yo, claro está, y ahora hablo por mí, cuando juego al *blackjack*, prefiero ganar con dieciséis, porque eso es ganar sucio. No hace falta ganar con veintiuno. No hace falta ser perfecto.

Lleva quince minutos hablando. Ni Perry ni yo le hemos interrumpido, no nos hemos mirado el uno al otro, no hemos dado ni un sorbo al vino. Finalmente, Brad se acaba su segunda cerveza y pregunta: ¿dónde está el váter en este sitio? Tengo que mear.

Apenas se ausenta, le digo a Perry: este es nuestro hombre.

Absolutamente.

Cuando Brad regresa, el camarero viene a tomar nota. Él pide unos *penne all'arrabiata* con pollo a la parrilla y *mozzarella*.

Perry, por su parte, pide pollo a la parmesana. Brad observa a Perry con desagrado. Mala elección, dice.

El camarero deja de tomar nota.

Lo que tienes que hacer, prosigue Brad, es pedirte un pollo a la parrilla, solo, y, aparte, una mozzarella con salsa. De ese modo te aseguras de que la pechuga de pollo esté fresca, no enchumbada, y además así puedes controlar la proporción de pollo, queso y salsa.

Perry le da las gracias por la clase gratuita de elección de menú, pero le dice que

no va a cambiar de plato. El camarero me mira a mí. Yo señalo a Brad y digo: yo tomaré lo mismo que él.

Brad sonríe.

Perry carraspea y dice: entonces, Brad, ¿crees que podría interesarte ser el entrenador de Andre?

Brad se lo piensa. Durante tres segundos. Sí, dice al fin. Creo que me gustaría. Creo que puedo ayudarte.

Le pregunto: ¿y cuándo podemos empezar?

Mañana, responde él. Nos vemos en las pistas a las diez de la mañana.

Ah, bueno, puede que sea un problema, porque yo nunca juego antes de la una.

Andre, dice él, empezamos a las diez.

Llego tarde, claro está. Brad consulta la hora.

Creía que habíamos dicho a las diez.

Tío, yo es que no sé ni qué es eso de las diez.

Empezamos a pelotear, y Brad empieza a hablar. Y no para. Como si las horas transcurridas entre el monólogo de ayer noche y el entrenamiento de esta mañana hubieran sido un mero intermedio. Desmenuza mi juego, anticipa y analiza mis jugadas a medida que las ejecuto. El punto principal que destaca es el revés paralelo.

En cuanto tengas la ocasión de colocar un revés paralelo, me dice, tienes que colocarlo. Ese es el tiro que da dinero. Es el tiro del beneficio neto. Con ese tiro te dará para hacer frente a muchos pagos.

Jugamos varios juegos, y él se detiene casi tras cada punto, sube a la red y me explica por qué acabo de cometer la mayor estupidez posible.

¿Por qué habrías de hacer eso? Sí, ya sé que es un disparo imparable, pero es que no todos los tiros tienen que serlo. A veces basta con que te sirva para seguir en el juego, con que sea un tiro correcto, un tiro que dé a tu adversario la oportunidad de fallar. Deja que juegue el otro.

Me gusta la sensación que estoy experimentando. Respondo a las ideas de Brad, a su entusiasmo, a su energía. Me aporta paz esa idea suya de que el perfeccionismo es opcional. El perfeccionismo es algo que yo escojo, y me está destruyendo, y puedo escoger otra cosa. Debo escoger otra cosa. A mí eso no me lo había dicho nadie. Yo siempre he dado por sentado que el perfeccionismo era como mi pelo menguante, o mi agarrotada médula espinal: una parte innata de mi ser.

Tras un almuerzo ligero, pongo los pies en alto, miro la tele, leo los periódicos, me siento bajo un árbol… y después salgo a la pista y gano mi partido contra Mark Petchey, un joven británico de mi edad. Mi siguiente partido lo disputo contra Becker, al que ahora entrena Nick. Después de afirmar en público que no se imaginaba entrenando a ninguno de mis rivales, ahora Nick entrena a uno de mis archirrivales. De hecho, Nick está sentado en el palco de Becker. Becker saca con mucha potencia,

como siempre, a 217 kilómetros por hora, pero ver que Nick está ahí, en su esquina de las gradas, me inunda de adrenalina, y me veo capaz de devolver todo lo que me dispare. Y Becker lo sabe. Deja de competir y se pone a jugar para la galería. Cuando va perdiendo por un set y está a punto de perder el servicio, le entrega la raqueta a una niña recogepelotas, como diciendo: toma, seguro que puedes hacerlo igual de bien que yo.

Y yo pienso: sí, sí, déjala jugar a ella, que puedo ganaros a los dos.

Tras despachar a Becker, estoy en la final. ¿Mi contrincante? Pete. Como siempre. Pete.

El partido lo transmitirá la televisión nacional. Brad y yo estamos muy emocionados cuando entramos en el vestuario, y al llegar nos encontramos a Pete estirado en el suelo, rodeado por un médico y un entrenador. El director del torneo aguarda algo más retirado. Pete se lleva las rodillas al pecho y gime.

Una intoxicación alimentaria, dice el médico.

Brad me susurra: adivina quién va a ganar en Key Biscayne.

El director nos lleva aparte a Brad y a mí y nos pregunta si estaríamos dispuestos a dar a Pete tiempo para recuperarse. Noto que Brad se agarrota. Sé perfectamente qué quiere que responda. Pero le digo al director: concédale a Pete el tiempo que necesite.

El director respira hondo y me planta la mano en el brazo. Gracias, dice. Tenemos a catorce mil personas ahí fuera, más el canal de televisión.

Brad y yo nos quedamos por el vestuario, zapeando, llamando por teléfono. Telefoneo a Brooke, que se presenta a un *casting* para un montaje de *Grease* que van a hacer en Broadway (por eso no ha podido venir).

Brad me dedica una mirada asesina.

Tranquilo, le digo. Seguramente Pete no se pondrá bien.

El médico le administra fluidos por vía intravenosa, y lo ayuda a ponerse en pie. Pete se tambalea como un potrillo recién nacido. No lo logrará.

El director del torneo se acerca a nosotros.

Pete está listo, nos informa.

Pues muy bien, dice Brad. Nosotros también.

Va a ser una tarde muy corta, supongo, le digo a Brad.

Pero Pete vuelve a hacerlo. No es el mismo Pete que estaba acurrucado en el suelo del vestuario. No es el mismo Pete que recibía una inyección y se tambaleaba describiendo círculos. Este Pete está en plenitud de facultades, saca a una velocidad endiablada y apenas suda. Está jugando su mejor tenis, resulta invencible, y en cuestión de minutos se pone por delante 5-1.

Qué enfadado estoy ahora. Me siento como si me hubiera encontrado un pájaro herido, me lo hubiera llevado a casa y, después de curarlo, descubriera que quería sacarme los ojos. Presento batalla y acabo ganando el set. Sin duda he resistido al único ataque que Pete será capaz de plantear. Es imposible que le queden más

fuerzas.

Pero me equivoco. Durante el segundo set juega aún mejor. Y durante el tercero, parece un extraterrestre. Y gana el partido al mejor de tres sets.

Yo entro en el vestuario hecho una furia. Brad me está esperando, indignado. Me dice que él, en mi lugar, habría obligado a Pete a retirarse. Le habría exigido al director que le entregara el cheque correspondiente al ganador.

Pero es que yo no soy así, le digo. A mí no me interesa ganar así. Además, si no puedo ganar a un tío intoxicado, que se retuerce en el suelo, es que no lo merezco.

Brad deja de hablar en seco. Abre mucho los ojos. Asiente con la cabeza. Eso no me lo puede rebatir. Respeta mis principios, dice, aunque no esté de acuerdo con ellos.

Abandonamos juntos el estadio, como Bogart y Claude Rains al final de *Casablanca*. El comienzo de una hermosa amistad. Un miembro nuevo, vital, del equipo.

Y entonces el equipo pasa por una racha épica de derrotas.

Adoptar los conceptos de Brad es como aprender a escribir con la mano izquierda. Él lo llama su *filosofía Brad* aplicada al tenis. Yo la llamo *Bradtitud*. En cualquier caso, se llame como se llame, cuesta. Me siento como si hubiera vuelto a la escuela y no entendiera nada, y deseara estar en otra parte. Brad no para de repetirme que debo mostrarme coherente, constante, como la fuerza de la gravedad. Me lo dice una y otra vez. Sé como la gravedad. Mantén una presión constante. Sopesa a tu adversario. Intenta venderme la alegría de *ganar feo*, las virtudes de ganar feo, pero yo, por lo que se ve, solo sé *perder feo*. Yo confío en Brad, sé que sus consejos son acertados, hago todo lo que me dice… Entonces ¿por qué no gano? He renunciado al perfeccionismo. Entonces ¿por qué no soy perfecto?

Me desplazo hasta Osaka, y vuelvo a perder contra Pete. En lugar de ser como la gravedad, soy un desastre.

Juego en Montecarlo y pierdo contra Yevgueni Kafelnikov… en la primera ronda.

Para añadir vinagre a la herida, en la rueda de prensa posterior al partido le preguntan a Kafelnikov cómo se siente al derrotarme, dado que tantos aficionados iban conmigo.

Es difícil, responde él, porque Agassi es como Jesús.

Después me traslado a Duluth, Georgia, y pierdo contra MaliVai Washington. Una vez en el vestuario, me siento muy abatido. Brad aparece sonriente. Y me dice que están a punto de ocurrir cosas buenas.

Yo lo observo, incrédulo.

Él me dice: tienes que sufrir. Tienes que perder un montón de partidos muy igualados. Y entonces, un día, ganarás un partido muy igualado y los cielos se abrirán y tú saldrás adelante. Lo que necesitas es ese primer paso, esa apertura del cielo.

Después ya nada te impedirá ser el mejor jugador del mundo.

Estás loco.

Vas aprendiendo.

Estás como una cabra.

Ya verás.

Participo en el Roland Garros de 1994 y juego cinco sets complicadísimos contra Thomas Muster. Voy perdiendo 1-5 en el quinto, y entonces sucede una cosa: yo siempre oigo la filosofía de Brad en mi cabeza, pero de pronto es como si saliera de mi interior, y no como si viniera del exterior. La he interiorizado, como en otro tiempo me ocurrió con la voz de mi padre. Recupero terreno, llego 5-5 y fuerzo el desempate. Muster me rompe el servicio. Aun así, consigo llevar el juego hasta un 30-40. Tengo esperanzas. Estoy listo, de puntillas. Pero él me lanza un revés y yo se lo devuelvo mal. Llego a intentarlo, pero la pelota va fuera.

Partido para Muster.

En la red, él me acaricia la cabeza, me pasa la mano por el pelo. Además de resultar condescendiente, está a punto de moverme el postizo.

Buen intento, dice.

Yo lo miro con un gesto de odio puro. Craso error, Muster. No me toques el pelo. No me toques nunca el pelo. Solo por eso, le digo junto a la red, voy a hacerte una promesa: no volveré a perder jamás contra ti.

En el vestuario Brad me felicita.

Están a punto de ocurrir cosas buenas.

¿Qué?

Él asiente. Confía en mí…, cosas buenas.

Está claro que no entiende el dolor que me causa perder. Y, cuando alguien no lo entiende, no tiene sentido intentar explicárselo.

En el torneo de Wimbledon de 1994, llego a la cuarta ronda, pero pierdo en un partido de infarto contra Todd Martin. Me siento herido, asustado, decepcionado. En el vestuario, Brad sonríe y me repite lo de las cosas buenas.

Nos vamos al Open de Canadá. Brad me sorprende al principio del torneo. No están a punto de ocurrir cosas buenas, me dice. Por el contrario, ve algunas cosas muy malas en el horizonte cercano.

Ha estado estudiando un poco a mi rival. NB, dice.

¿Qué coño es NB?

Nada bueno. Te ha tocado un emparejamiento pésimo.

Déjame ver.

Le arrebato el papel. Tiene razón. Mi primer emparejamiento está chupado, porque me toca jugar contra el suizo Jakob Hlasek. Pero en la segunda ronda tendré que enfrentarme a David Wheaton, que siempre me da muchos problemas. Aun así,

pocas cosas gustan más que unas expectativas bajas. Lo peor (o lo mejor) que se me puede decir a mí es que no puedo hacer algo. Informo a Brad que pienso ganarlo todo.

Y cuando lo haga, añado, tú tendrás que ponerte un pendiente.

No me gustan las joyas, responde él.

Pero se lo piensa mejor.

Está bien, dice. Hecho. Hecho.

La pista del Open de Canadá me resulta extraordinariamente pequeña, lo que hace que mi rival parezca mayor.

Wheaton es un tipo corpulento, pero es que aquí, en Canadá, parece medir tres metros. Se trata de un efecto óptico, ya lo sé, pero me pareciera tenerlo a medio palmo de mi cara. Distraído, me enfrento a dos puntos de partido en el *tiebreak* del tercer set.

Después, consigo recomponerme, me quito de encima todas las ilusiones ópticas, presento batalla y gano. Hago lo que Brad dijo que haría: ganar un partido muy igualado. Después se lo comento a Brad: este es el partido que tú me dijiste que ganaría. Este es el partido que tú dijiste que marcaría el cambio.

Él me sonríe como si yo acabara de sentarme solo en un restaurante y pidiera el pollo a la parmesana con la pechuga de pollo separada de la salsa y el queso. Muy bien, Pequeño Saltamontes. Dar cera, pulir cera.

Mi juego gana velocidad, mi mente se calma, y así avanzo imparable en las eliminatorias y gano el Open de Canadá.

Brad se decide por un *piercing* pequeño, un diamante.

Antes de iniciarse el Open de Estados Unidos en 1994 ocupo el puesto 20 en el *ranking* y, por tanto, no parto como cabeza de serie. Desde la década de 1960 ningún jugador ha ganado el torneo sin serlo.

A Brad eso le gusta. Dice que prefiere que no lo sea. Quiere que sea el comodín de la baraja. Te tocará enfrentarte a alguien difícil en las primeras rondas, dice, y si lo derrotas, ganarás el torneo.

Está seguro de ello. Tanto que promete que se depilará todo el cuerpo cuando gane. Yo no paro de decirle a Brad que es demasiado peludo. A su lado, Sasquatch parece Kojak. Tiene que recortarse ese pecho, esos brazos, esas cejas. O recortárselos, o ponerles nombres.

Hazme caso, le digo, si te depilas ese pecho sentirás cosas que no has sentido nunca.

Y tú gana el Open de Estados Unidos y las sentirás también.

A causa de mi baja posición en el *ranking*, en este Open no suscito la atención de

los medios (la suscitaría algo más si Brooke no estuviera ahí, siendo objetivo de las cámaras cada vez que vuelve la cabeza). Yo voy a lo mío. Nada de tonterías. Y mi ropa lo demuestra. Llevo gorra negra, pantalones cortos negros, calcetines negros y zapatillas blancas y negras. Pero, al inicio de mi partido de primera ronda, que disputo contra Robert Eriksson, siento que regresa mi antiguo nerviosismo. Tengo náuseas. Intento apartar todo eso de mi mente, pensar en Brad, me niego a alimentar toda idea de perfección. Me concentro en ser sólido, en dejar que Eriksson pierda. Y lo hace. Es él quien me lanza disparado hacia la segunda ronda.

Después, tras llegar casi a la asfixia, gano al francés Guy Forget. Y a continuación al sudafricano Wayne Ferreira, sin ceder ni un set.

Ahora me toca enfrentarme a Chang. Llega la mañana del partido y yo despierto con una diarrea atroz. Cuando es la hora de saltar a la pista, me siento débil, sin fuerzas, y balbuceante como mi loro *Peaches*. Gil me da de beber una dosis extra de su *Agua de Gil*. La mezcla es tan espesa y densa como el aceite. Me obligo a tomármela, aunque estoy a punto de vomitar varias veces. Mientras lo hago, Gil me susurra: gracias por confiar en mí.

Después me someto al clásico trabajo de desgaste de Chang. Ese hombre es un fenómeno excepcional: un rival que tiene exactamente las mismas ganas de ganar que yo, ni más ni menos. Los dos sabemos desde el primer saque que esto no se decidirá hasta el último momento. Foto *finish*. No va a haber otra manera de arreglar las cosas. Pero, en el quinto set, cuando ya creemos que estamos destinados a un *tiebreak*, yo cojo ritmo y le rompo el servicio rápido. Disparo tiros de locura, y noto que él pierde fuelle. Resulta casi injusto que, después de nuestra lucha tan igualada, de nuestro toma y daca, yo me esté adelantando de esa manera en el partido. Debería estar teniendo más problemas con él en los minutos finales, pero lo cierto es que me está resultando vergonzosamente fácil.

En la rueda de prensa final, Chang relata un partido muy distinto del que yo acabo de jugar. Dice que podría haber jugado otros dos sets. Andre ha tenido suerte, afirma. Y no solo eso, sino que Chang se muestra orgulloso de haber dejado al descubierto lagunas en mi juego y predice que otros jugadores del torneo se lo agradecerán. Dice que ahora soy vulnerable. Ahora soy pan comido.

Mi siguiente rival es Muster. Cumplo mi promesa de no dejarme ganar por él nunca más. Debo controlarme mucho para no cogerlo por la nuca y pasarle la cara por la red.

En las semifinales, que se disputarán el sábado, debo enfrentarme a Martin. El viernes a mediodía estoy almorzando con Gil en P. J. Clark’s: hamburguesas con queso sobre *muffins* ingleses tostados. Nos hemos sentado en la zona atendida por nuestra camarera favorita, la que, según nosotros, siempre tiene una historia que contar y nos la contaría si nosotros fuéramos lo bastante valientes para pedírselo. Mientras esperamos a que nos sirvan la comida, hojeamos algunos periódicos de Nueva York. Veo que la columna de Lupica trata sobre mí. No debería leerla, pero la

leo. Según él, tengo el Open de Estados Unidos ganado pero hay que dar por descontado que ya se me ocurrirá la manera de perderlo.

Agassi, sencillamente, según escribe Lupica, no tiene alma de campeón.

Cierro el periódico y siento que las paredes se me echan encima, que se me cierra el campo de visión y que no veo casi nada. Lupica parece tan seguro que es como si hubiera visto el futuro. ¿Y si tiene razón? ¿Y si resulta que esta es mi hora de la verdad y resulto ser un farsante? Si no ocurre ahora, ¿cuándo voy a tener otra oportunidad de ganar el Open de Estados Unidos? Son tantas las cosas que tienen que coincidir… Las finales no caen del cielo. ¿Y si no gano nunca este torneo? ¿Y si acabo recordando siempre este torneo con pesar? ¿Y si contratar a Brad ha sido un error? ¿Y si Brooke no me conviene? ¿Y si mi equipo, ensamblado con tanto cuidado, no me conviene?

Gil me mira y ve que estoy blanco como el papel.

¿Qué te pasa?

He leído el artículo. Sigue opinando lo mismo.

Me gustaría conocer personalmente a ese Lupica algún día.

¿Y si tiene razón?

Controla lo que puedas controlar.

Sí.

Controla lo que puedas controlar.

Tienes razón.

Ahí llega la comida.

Martin, que acaba de derrotarme en Wimbledon, es un contrincante mortífero. Juega bien cuando tiene el servicio, y con gran solidez cuando no lo tiene. Es inmenso, mide dos metros, y resta en ambos cuadros con gran precisión y convicción. Devuelve con maldad los saques que no son de primera, lo que coloca una enorme presión en alguien como yo, con un saque medio. Con sus propios saques demuestra una precisión absoluta. Cuando falla, es siempre por poquísimo. Apura la línea y no le interesa lo más mínimo que la pelota toque la mitad interior de esa línea: a él lo que se le da bien es tocar la mitad exterior. A mí, no sé por qué, se me da mejor restar los saques muy largos. Me gusta hacer amagos, adelantarme, adivinar de dónde vendrá el saque, y con jugadores como Martin tiendo a equivocarme con más frecuencia, lo que me deja con menos cobertura lateral. Es un emparejamiento muy malo para un jugador de mis tendencias, y cuando se inicia nuestra semifinal, apuesto más por sus opciones —y por las de Lupica— que por las mías.

Aun así, a medida que los primeros juegos se van desarrollando, me doy cuenta de que cuento con varias cosas a mi favor. Martin es mejor sobre hierba que en pista dura. La pista dura es *mi* superficie. Además, a él le ocurre lo mismo que a mí, que da menos de lo que tiene. Es un esclavo de sus nervios. En eso, entiendo al hombre contra el que juego, lo entiendo íntimamente. Y conocer a tu enemigo es algo que te da una poderosa ventaja.

Pero, sobre todo, Martin tiene un tic. Un gesto que lo delata. Algunos jugadores, cuando sacan, miran a su rival. Otros no miran nada. Martin se concentra en un punto determinado del cuadro de saque. Si se concentra un largo rato en ese punto, es que va a sacar en la dirección contraria. Si simplemente le echa un vistazo breve, es que va a lanzar la pelota exactamente hasta ese punto. Tal vez, cuando vas 0-0, o 15-0, no te fijas. Pero si se enfrenta a una ruptura de servicio, se concentra en el punto en cuestión con ojos de loco, como el asesino de las películas de miedo, o, por el contrario, lo mira apenas y aparta la vista, como un principiante sentado a una mesa de póker.

En cualquier caso, el partido se está desarrollando tan fácilmente para mí que no me hace falta fijarme en el gesto delator de Martin. Parece inseguro, empequeñecido ante la ocasión, mientras que yo estoy jugando con una determinación poco propia de mí. Lo veo dudar —casi me parece oír sus dudas—, y lo comprendo. Al salir de la pista, convertido ya en ganador (en cuatro sets), pienso: debe madurar. Y entonces me doy cuenta: ¿acabo de decir eso? ¿Yo? ¿De otra persona?

En la final competiré contra el alemán Michael Stich. Ha sido finalista en tres torneos de Grand Slam, así que él no es como Martin, sino que supone una amenaza en todas las superficies. Es, además, un atleta extraordinario y posee una asombrosa envergadura de brazos. Su primer saque es potentísimo, pesado, rápido, y, cuando le entra, que suele ser casi siempre, es muy posible que lo mantenga durante largo rato. Tan preciso es que, cuando falla, te cuesta creerlo, y debes vencer el asombro para mantenerte concentrado en el punto. Pero es que incluso cuando falla, no estás libre de peligro, porque en ese caso recurre a su saque de seguridad, un zurriagazo que te deja con los calzoncillos en el suelo. Y, para que pierdas tu equilibrio un poco más, Stich no muestra patrones ni tendencias. Nunca sabes si va a sacar y a devolverte una volea o si se va a quedar en la línea de fondo.

Con la esperanza de hacerme con el control, de ser yo quien dicte los términos del juego, tomo posiciones enseguida, me dedico a lanzar golpes limpios, diáfanos, a fingir que no tengo miedo. Me gusta el sonido que emite la raqueta al impacto de la pelota. Me gustan los gritos del público, sus «oh» y sus «ah». Stich, entre tanto, se muestra inquieto. Cuando uno pierde el primer set tan deprisa como él ha perdido el suyo, 6-1, su instinto lo lleva a dejarse dominar por el pánico. Y su lenguaje corporal me dice que él está siendo presa de él.

Sin embargo, en el segundo set se recompone y presenta batalla con uñas y dientes. Acabo ganando 7-6, pero considero que he tenido suerte. Sé que la victoria podría haberse decantado del otro lado.

En el tercer set los dos aumentamos la apuesta. Yo noto que la línea de meta tira de mí, pero ahora él está mentalmente comprometido con esta lucha. En ocasiones anteriores, ha habido veces en que se ha rendido, en que ha asumido riesgos innecesarios porque no creía en sí mismo. Pero esta vez no. Está jugando con inteligencia, demostrándome que voy a tener que arrancarle el trofeo de las manos si

de verdad lo quiero. Y lo quiero. Así que sí, se lo voy a arrancar. Disputamos puntos muy largos con mi servicio, hasta que él finalmente asume que yo también estoy comprometido, que estoy dispuesto a combatir contra él todo el día si hace falta. Lo pillo frotándose el costado, sin aliento. Empiezo a imaginarme lo bien que quedará el trofeo en mi casa de soltero de Las Vegas.

Durante ese tercer set no hay ni una sola ruptura de servicio. Hasta que vamos 5-5. Finalmente consigo romperle el saque, y soy yo el que sacará en el juego que puede darme el partido. Oigo la voz de Brad, tan clara como si lo tuviera plantado junto a mí, que me dice: tírasela a su *drive*. En caso de duda, *drive, drive, drive*. Así que se la lanzo a su *drive*. Y él falla todos los puntos. Creo que los dos sentimos que el resultado es inevitable.

Caigo de rodillas. Se me llenan los ojos de lágrimas. Miro hacia el palco y me fijo en Perry, en Philly y en Gil, y sobre todo en Brad. De la gente sabes todo lo que hay que saber cuando les ves las caras en tus momentos de máximo triunfo. Yo he creído en el talento de Brad desde el principio, pero ahora, al percibir su alegría pura, desbocada, por mi victoria, yo también siento una confianza desbocada en él.

Los periodistas me comentan que soy el primer tenista desde 1966 que gana el Open de Estados Unidos sin ser cabeza de serie. Y, más importante aún, el primer hombre que lo consiguió fue Frank Shields, abuelo de la quinta ocupante de mi palco: Brooke, que ha asistido a todos los partidos y se ve tan contenta como Brad.

Mi nueva novia, mi nuevo entrenador, mi nuevo representante, mi padre adoptivo.

Al fin, el equipo encaja firme, irrevocablemente.

16

Creo que deberías librarte de ese postizo, me dice Brooke. Y de esa coleta. Rápate el pelo y ya está.

Imposible. Me siento desnudo.

Te sentirías liberado.

Me sentiría expuesto.

Es como si me sugiriera que me arrancara todos los dientes. Le digo que ni hablar, que lo olvide. Pero entonces me ausento y lo pienso durante unos días. Pienso en todo el dolor que me ha causado mi pelo, en la incomodidad de los postizos, en la hipocresía, en el fingimiento, en el engaño. Tal vez no sea una idea tan loca. Tal vez, de hecho, sea el primer paso hacia la cordura.

Una mañana, me planto frente a Brooke y le digo: hagámoslo.

¿Hacer qué?

Cortarme el pelo. Vamos a cortarlo *todo*.

Programamos la ceremonia del esquilado para esa noche, a última hora, a esa hora que normalmente se reserva a las sesiones de espiritismo y a las *raves*. Lo haremos en la cocina de la casa con fachada de ladrillo oscuro que Brooke posee en Nueva York, después de que ella regrese del teatro (finalmente le han dado el papel en *Grease*). Lo convertiremos todo en una fiesta, dice; invitaremos a algunos amigos.

Perry está presente. Y, a pesar de nuestra ruptura, Wendi. Brooke no se molesta en disimular la irritación que le causa su presencia, y viceversa. Perry no da crédito. Yo les explico a los dos que, a pesar de nuestra historia de amor, Wendi sigue siendo una amiga íntima, y que lo seguirá siendo toda la vida. Raparse el pelo es un paso importante, y necesito amigos que me den su apoyo moral, como necesité a Gil cuando me operaron la muñeca. De hecho, por un momento se me pasa por la cabeza que para la intervención a la que estoy a punto de someterme también deberían anestesiarme. Pedimos que nos traigan vino.

El peluquero de Brooke, Matthew, me acerca la cabeza al fregadero, me lava el pelo y me lo estira bien.

Andre, ¿estás seguro?

No.

¿Estás listo?

No.

¿Quieres que lo hagamos delante de un espejo?

No. No quiero mirar.

Me instala en una silla de madera y entonces… Adiós a mi coleta.

Todo el mundo aplaude.

Empieza entonces a cortarme el pelo de los lados, muy corto, casi rapado. Pienso

en mi cresta de mohicano que me hicieron en el centro comercial de Bradenton. Cierro los ojos, noto que el corazón me late con fuerza, como cuando estoy a punto de disputar una final. Esto ha sido un error. Tal vez el error que marcará mi vida para siempre. J. P. me ha advertido que no lo hiciera. Dice que siempre que asiste a algún partido mío oye a la gente hablar de mi pelo. Las mujeres me adoran por él, los hombres me odian por él. Ahora que J. P. ha dejado el sacerdocio y se dedica de lleno a la música, ha estado trabajando un poco en publicidad, escribiendo melodías para anuncios de radio y televisión, así que hablaba con cierta autoridad al proclamar que, por lo que respecta al mundo empresarial, Andre Agassi es su pelo. Y cuando Agassi pierda el pelo, los patrocinadores desaparecerán.

También me ha sugerido con vehemencia que relea la historia bíblica de Sansón y Dalila.

Mientras Matthew corta, corta y corta, me convenzo de que debería haberle hecho caso a J. P. ¿Alguna vez me ha aconsejado mal? Con cada mechón de pelo que cae al suelo, siento que cae un mechón de mí.

La operación dura once minutos. Después, Matthew sacude los pelos y anuncia: «¡Tachán!».

Me acerco al espejo. Veo a una persona que no reconozco. Ante mí aparece un perfecto desconocido. No es que mi reflejo sea distinto, es que no soy yo. Pero, en realidad, ¿qué coño es lo que he perdido? Tal vez me resulte más fácil ser ESTE tío. Durante todo el tiempo que he pasado con Brad, intentando averiguar qué tengo EN la cabeza, nunca se me había ocurrido que tal vez debía arreglar lo que tenía SOBRE la cabeza. Le sonrío a mi reflejo, me paso la mano por la calva. Hola. Encantado de conocerte.

A medida que la noche va dando paso a la mañana, a medida que damos cuenta de varias botellas de vino, me siento alegre, emocionado, y muy en deuda con Brooke. Tenías razón, le digo. Mi postizo era una rémora, y mi pelo natural, largo hasta el absurdo y teñido de distintos colores, también era una carga para mí, y me limitaba. El pelo parece algo tan trivial… pero ha sido crucial para mi imagen pública, y para la imagen que tengo de mí mismo. Y todo era un fraude.

Ahora el fraude reposa en el suelo de la cocina de Brooke, en montoncitos. Me siento bien libre de él. Me siento auténtico. Me siento liberado.

Y se nota en mi juego. En el Open de Australia de 1995 salgo como el Increíble Hulk. No cedo ni un set en una guerra total que me lleva directo a la final. Esta es la primera vez que juego en Australia, y no entiendo por qué he esperado tanto. Me gusta la superficie, me gustan las instalaciones, me gusta el calor. Siendo de Las Vegas, no acuso el calor como otros jugadores, y lo que caracteriza el Open de Australia es precisamente una temperatura inhumana. Así como lo que queda en la memoria tras participar en Roland Garros son el humo de puros y pipas, lo que el recuerdo mantiene vivo semanas después de abandonar Melbourne es la sensación borrosa de haber jugado en el interior de un horno.

Además, los australianos me caen bien y, al parecer, yo les caigo bien a ellos, a pesar de que no soy yo, de que soy un tío nuevo, calvo, con cinta en la cabeza y perilla y pendiente de aro. Los periódicos se emplean a fondo con mi nueva imagen. Todo el mundo expresa su opinión. Los fans que me apoyaban se sienten desorientados. La gente que iba en mi contra tiene un motivo más para detestarme. No paro de leer chistes de piratas aplicados a mi persona. Nunca imaginé que hubiera tantos chistes de piratas. Pero no me importa. Me digo a mí mismo que todos van a tener que aceptar a este pirata cuando levante entre mis manos el trofeo.

En la final me doy de bruces con Pete. Pierdo el primer set en un abrir y cerrar de ojos. Lo pierdo sin plantar cara, de una doble falta. Ya estamos otra vez.

Antes de que empiece el segundo set, dedico un tiempo a recomponerme. Miro hacia mi palco. Brad parece desesperado. Nunca ha creído que Pete fuera el mejor de los dos. Su cara me dice: el mejor eres tú, Andre. No lo respetes tanto.

Pete saca como quien lanza granadas, una tras otra, el fusilamiento clásico de Pete. Pero hacia la mitad del segundo set noto que empieza a cansarse. Las granadas que me envía tienen la anilla puesta. Se está agotando física y emocionalmente, porque en los últimos días lo ha pasado fatal. Su entrenador desde hace muchísimo tiempo, Tim Gullickson, ha sufrido dos embolias, y a raíz de ello le han descubierto un tumor cerebral. Pete está traumatizado. A medida que el partido va decantándose a mi favor, me siento culpable. Estaría dispuesto a parar, a dejar que Pete se fuera al vestuario, a que le administraran líquido por vía intravenosa y que regresara como ese otro Pete que se lo pasa tan bien dándome esas palizas que me da.

Le rompo el servicio dos veces. Él se encoge de hombros y cede el set.

El tercero acaba en un *tiebreak* muy tenso. Me pongo por delante 3-0, pero entonces Pete gana cuatro puntos consecutivos. De pronto es él el que va por delante 6-4, y saca él. Si gana el punto, se lleva el set. Yo suelto un grito de hombre de las cavernas, como si estuviera levantando pesas en el gimnasio de Gil, y echo el resto en una devolución que toca la red pero que cae dentro de la línea. Pete mira la bola y después me mira a mí.

En el siguiente punto, dispara un *drive* que le sale largo. Estamos encallados en el 6-6. Nos enzarzamos entonces en un punto largo que culmina cuando yo lo sorprendo subiendo a la red y enviándole una dejada-volea de revés. Me sale tan bien que lo vuelvo a intentar. Set para Agassi. El péndulo oscila.

El cuarto set es una conclusión inevitable. Yo no quito el pie del acelerador y gano 6-4. Pete parece resuelto. Una ladera demasiado empinada para subir por ella. De hecho, lo noto exasperantemente sereno cuando sube a la red.

Esta es mi segunda victoria seguida en un torneo de Grand Slam, y mi tercer trofeo de Grand Slam. Todos dicen que esta es la mejor de las tres, porque le he ganado a Pete en una final de Grand Slam. Pero a mí me parece que, cuando hayan pasado veinte años, yo la recordaré como mi primera victoria como calvo.

La conversación deriva de inmediato hacia mis posibilidades de llegar a ser número uno. Pete lo ha sido durante setenta semanas, y todos los integrantes de mi equipo dicen que estoy destinado a echarlo de un puntapié de esa tan cacareada cima. Yo les digo que el tenis no tiene nada que ver con el destino. El destino tiene cosas más importantes que hacer que dedicarse a contar puntos de la ATP.

Aun así, llegar a ser número uno pasa a ser mi meta, porque mi equipo así lo quiere.

Me encierro en el gimnasio de Gil y me entreno con furia. Le hablo de mi meta y él diseña un plan de batalla. En primer lugar, diseña una vía de estudio. Se dedica a recopilar una lista de números de teléfono y direcciones de los médicos deportivos y los nutricionistas más prestigiosos, y contacta con todos ellos, los convierte en sus consultores privados. Se codea con expertos del Centro de Entrenamiento Olímpico de Estados Unidos, en Colorado Springs. Vuela de una punta a otra del país, entrevistando a los investigadores más brillantes y reputados en salud y bienestar, y anota todas y cada una de las palabras que pronuncian en sus cuadernos de Leonardo da Vinci. Lo lee todo, desde revistas dedicadas a los músculos hasta abstrusos estudios médicos y sesudos informes. Se suscribe al *New England Journal of Medicine*. En poquísimo tiempo se convierte en una universidad ambulante, en la que solo hay un profesor y en la que solo se imparte una materia: el cuerpo del estudiante, yo.

Después determina mi límite físico y me empuja hasta él. No tarda en hacerme levantar casi el doble de mi peso en el banco, en repeticiones de cinco o siete de casi 135 kilos. Me hace levantar mancuernas de más de veinte kilos, en agotadoras series triples. Flexiones de espalda para trabajar tres músculos de los hombros simultáneamente. Después trabajamos bíceps y tríceps. Quemamos mis músculos hasta convertirlos en cenizas. Me gusta que Gil emplee esa terminología: «quemar músculo», «incendiarlo». Me gusta poner mis instintos pirómanos al servicio de algo constructivo.

Después nos concentramos en el tronco, y empezamos con una máquina especial que Gil ha diseñado y construido. Como ha hecho con el resto, esta también la ha fabricado él, cortando y soldando piezas. (Los bocetos que conserva en sus cuadernos da Vinci son asombrosos). Se trata de la única máquina de su clase que existe en todo el mundo, asegura, porque me permite trabajar mis abdominales sin forzar mi delicada espalda. Vamos a darle duro a esos abdominales, dice, a trabajarlos hasta que echen fuego, y después practicaremos los giros rusos: sostendrás un disco de pesas de veinte kilos, una rueda grande, y la harás girar a izquierda y derecha. Así quemarás los costados y los oblicuos.

Finalmente nos trasladamos a la máquina de laterales de Gil, también de fabricación casera. A diferencia de todas las máquinas de esa clase que se encuentran en todos los gimnasios del mundo, la de Gil no me perjudica la espalda ni el cuello. La barra de la que tiro para trabajar los laterales queda ligeramente por delante de mí,

lo que me impide tener que colocarme en una posición incómoda.

Mientras realizo los levantamientos, Gil me alimenta constantemente, cada veinte minutos. Quiere que ingiera cuatro partes de carbohidratos por una parte de proteínas, y cronometra mis ingestas a la milésima de segundo. Cuándo comes, me dice, y cómo comes, eso es lo que importa. Cada vez que me doy la vuelta, él me pone delante un cuenco de avena con alto contenido proteico, o un sándwich de beicon, o un *bagel* con mantequilla de cacahuete y miel.

Finalmente, con mi tronco y mis tripas suplicando piedad, salimos a correr, subimos y bajamos el monte que queda detrás de la casa de Gil. Yo la llamo Gil Hill. Rápidos cambios de velocidad y potencia, arriba y abajo, arriba y abajo. Corro hasta que mi mente me pide que pare, y aun corro algo más, pasando de mi mente.

Al atardecer me monto en mi coche. Muchas veces estoy tan cansado que no sé si seré capaz de conducir hasta casa. En ocasiones, ni siquiera lo intento. No tengo ni fuerzas para girar la llave del contacto, y en esos casos vuelvo a entrar en el garaje, me acurruco en uno de los bancos de Gil y me quedo dormido.

Después de someterme a mi mini campamento militar con Gil, se diría que he cambiado mi viejo cuerpo por otro nuevo, que me hubieran proporcionado el modelo más actualizado. Aun así, todavía hay espacio para la mejora. Podría controlar más lo que como fuera del gimnasio. Con todo, Gil no me machaca con mis fallos: sí, claro, lo que como cuando no estoy con él no le parece bien —Taco Bell, Burger King—, pero admite que necesito comer cosas que me gusten de vez en cuando. Mi psique, dice, es más frágil que mi espalda, y no le interesa que se estrese más de la cuenta. Además, el hombre necesita mantener uno o dos vicios.

Gil es una paradoja, y los dos lo sabemos. Es capaz de soltarme un discurso sobre nutrición mientras me ve beber un batido. No me quita el batido de la mano. Al contrario, es posible que, incluso, dé un sorbo él mismo. A mí me gustan las personas con contradicciones, claro. Y también me gusta que Gil no sea una especie de capataz conmigo. Ya he tenido bastantes capataces en mi vida, gente obligándome a trabajar. Gil me comprende, me mima y, de vez en cuando, solo muy de vez en cuando, me permite sucumbir a mi gusto por la comida basura, tal vez porque lo comparte conmigo.

En Indian Wells vuelvo a enfrentarme a Pete. Si le gano, estaré muy cerca de la primera plaza. Estoy en una gran forma física, pero juego un partido lento, lleno de errores no forzados. Los dos estamos distraídos. Pete todavía se siente afectado por la situación de su entrenador. A mí me preocupa mi padre, que dentro de unos días va a tener que someterse a una operación a corazón abierto. En esta ocasión, Pete consigue elevarse por encima de sus problemas, mientras que yo dejo que los míos me consuman. Pierdo en tres sets.

Me desplazo enseguida hasta el UCLA Medical Center y encuentro a mi padre conectado a unas máquinas mediante unos tubos muy largos. Me hacen pensar en el robot lanzapelotas de mi infancia. «Es imposible ganar al dragón». Mi madre me

abraza. Te vio jugar ayer, me dice. Te vio perder contra Pete.

Lo siento, papá.

Él está boca arriba, sedado, indefenso. Con dificultad, abre un poco los párpados. Me ve y me hace un gesto con la mano. Acércate más.

Yo me inclino sobre él. No puede hablar. Tiene un tubo en la boca que se le mete por la garganta. Balbucea algo.

No te entiendo, papá.

Más gestos. No sé qué intenta decirme. Ahora se está enfadando. Si pudiera, se levantaría de la cama y me tiraría al suelo de un puñetazo.

Por señas nos pide algo para escribir.

Ya me lo dirás luego, papá.

No, no. Niega con la cabeza. Debe decírmelo ahora.

Las enfermeras le dejan un cuaderno y un bolígrafo. Él garabatea unas palabras, después hace un gesto que es como una pincelada. Como un artista, dando una pincelada suave. Finalmente lo entiendo.

Revés, intenta decir revés. Tírasela al revés de Pete. «Deberías haberle lanzado más pelotas al revés de Pete».

«Practica las *woleas*. Más fuerte».

Me incorporo y siento una necesidad imperiosa de perdonar, porque me doy cuenta de que mi padre no puede evitarlo, de que nunca ha podido evitarlo, así como tampoco se ha comprendido nunca a sí mismo. Mi padre es lo que es y lo será siempre, y aunque no puede evitarlo, aunque no es capaz de distinguir entre quererme a mí y querer el tenis, en cualquier caso es amor. A muy pocos de nosotros se nos concede la gracia de conocernos a nosotros mismos y, hasta que lo hacemos, tal vez lo mejor que podamos hacer sea ser coherentes. Y mi padre lo es por encima de todo.

Le cojo la mano y se la bajo, le obligo a dejar de gesticular, le digo que lo entiendo. Sí, sí, al revés. La semana que viene, en Key Biscayne, se la tiraré al revés. Y le daré una buena paliza. No te preocupes, papá, le ganaré. Ahora descansa.

Él asiente con la cabeza. Sin dejar de agitar la mano que tiene pegada al costado, cierra los ojos y se queda dormido.

Una semana después derroto a Pete en la final de Key Biscayne.

Después del partido volamos juntos hasta Nueva York, porque debemos tomar un vuelo a Europa, donde se disputa la Copa Davis. Pero antes, apenas aterrizamos, arrastro a Pete hasta el Teatro Eugene O’Neill, y vemos a Brooke interpretar el papel de Rizzo en *Grease*. Creo que es la primera vez que Pete ve un espectáculo de Broadway, aunque yo he visto *Grease* unas cincuenta veces. Me sé de memoria la canción *We Go Together*, y de hecho la he recitado de cabo a rabo, sin inmutarme, provocando la carcajada general, en el *Late Show* de David Letterman.

A mí me gusta Broadway. El espíritu del teatro me resulta familiar. El trabajo del actor de Broadway es físico, agotador, exigente, y la presión de cada noche resulta muy intensa. Los mejores actores de Broadway me recuerdan a los deportistas. Si no

dan lo mejor de sí mismos, lo notan y, si por lo que sea no lo notan ellos, el público se lo hace saber. Sin embargo, Pete no capta nada de eso. Desde el número inicial bosteza, no se está quieto, consulta la hora. No le gusta el teatro, y no comprende a los actores, pues él no ha tenido que fingir nunca nada en toda su vida. En la penumbra que crean las luces de emergencia, sonrío al verlo tan incómodo. No sé por qué, pero obligarlo a tragarse una representación entera de *Grease* me causa más satisfacción que derrotarlo en Key Biscayne. «We go together, like rama lama lama…».

A la mañana siguiente tomamos el Concorde con destino a París, y después un avión privado hasta Palermo. Apenas me he instalado en la habitación de mi hotel cuando suena el teléfono.

Es Perry.

En la mano —dice—, tengo la lista del último *ranking*.

Suéltalo ya.

Eres… número uno.

He echado a Pete de la cima de la montaña. Tras ochenta y dos semanas en primera posición, Pete tiene que mirarme desde abajo. Soy el duodécimo tenista que consigue la primera plaza en los dos decenios que llevan elaborándose esos *rankings* por ordenador. A continuación recibo la llamada de un periodista. Le digo que estoy contento por el *ranking*, que es agradable llegar a lo mejor que se puede ser.

Pero es mentira. Eso no es en absoluto lo que siento. Es lo que quiero sentir. Es lo que se espera de mí que sienta, lo que me digo a mí mismo que debo sentir. Pero, en realidad, no siento nada.

17

Me paso varias horas pateando las calles de Palermo, tomando café solo, muy fuerte, preguntándome qué coño me pasa. Lo he conseguido. Soy el mejor jugador de tenis del mundo, y sin embargo me siento vacío. Si ser el número uno me hace sentir así, ¿qué sentido tiene serlo? ¿Por qué no me retiro y punto?

Me imagino a mí mismo anunciando que ya he tenido bastante. Escojo las palabras que pronunciaré en la rueda de prensa. Entonces acude a mi mente una sucesión de imágenes: Brad, Perry, mi padre, todos ellos decepcionados, incrédulos. Además, me digo que retirándome no resolveré mi problema esencial, retirarme no me ayudará a saber qué quiero hacer con mi vida. Seré un *jubilado* de veinticinco años, lo que vendría a ser algo así como dejar el colegio en cuarto de primaria.

No. Lo que a mí me hace falta es una nueva meta. Durante todo este tiempo mi problema es que he perseguido las metas equivocadas. Yo, en realidad, nunca he querido ser número uno, eso era algo que otros querían por mí. Muy bien, ya soy número uno. Muy bien, un ordenador me adora. ¿Y qué? Lo que creo que siempre he querido, desde que era niño, y lo que quiero ahora, es mucho más difícil de lograr, mucho más sustancial. Quiero ganar el Roland Garros. Si lo consigo, habré conseguido el triunfo en los cuatro torneos de Grand Slam. La baraja completa. Seré el quinto hombre en conseguir la hazaña en la llamada *Era abierta*, y el primer estadounidense en lograrla.

A mí, los *rankings* de un ordenador nunca me han interesado lo más mínimo, como nunca me ha interesado llevar el control de los torneos de Grand Slam que ganaba. Roy Emerson es el que tiene en su haber un mayor número de victorias en torneos de Grand Slam (doce), y nadie cree que sea mejor que Rod Laver. Nadie. Mis colegas tenistas, además de cualquier experto en tenis o historiador digno de mi respeto, coincide en que Laver era el mejor, el rey, porque consiguió la victoria en los cuatro torneos que conforman el circuito de Grand Slam. Y no solo eso, sino que los ganó el mismo año… En dos ocasiones. Sí, es cierto, por aquel entonces solo existían dos superficies, la hierba y la tierra batida, pero aun así, para conseguir eso hay que ser un dios. Es algo inimitable.

Pienso en los grandes de las eras pasadas, en que todos querían superar a Laver, en que soñaban con ganar los cuatro grandes torneos. Todos se saltaban algunos de los otros, porque la cantidad les importaba una mierda. A ellos les interesaba la versatilidad. Y todos temían que no los consideraran del todo grandes si su palmarés no estaba completo, si se les resistía uno o dos de los cuatro grandes trofeos.

Cuanto más pienso en la posibilidad de ganar los cuatro torneos de Grand Slam, más me entusiasmo. Se trata de un descubrimiento repentino y asombroso sobre mí mismo. Me doy cuenta de que eso es lo que llevo tiempo deseando. Pero,

simplemente, había reprimido ese deseo porque no me parecía factible, sobre todo tras llegar a la final de Roland Garros dos años consecutivos y perder. Además, me he dejado apartar de mi objetivo por periodistas deportivos y aficionados que no entienden, que cuentan el número de competiciones que ha ganado un jugador, y usan esa cifra fraudulenta para valorar su legado. En realidad, el verdadero Santo Grial son esos cuatro torneos. Así pues, en 1995, en Palermo, me decido a ir a por el Grial, y a toda máquina.

Brooke, entre tanto, nunca desfallece en la búsqueda del suyo propio. Su paso por Broadway se ha considerado un gran éxito, y ella no se siente vacía. Tiene hambre. Quiere más. Ya piensa en cuál será su próximo gran proyecto. Sin embargo, las ofertas tardan en llegar. Yo intento ayudarla. Le digo que el público no la conoce realmente. Cree conocerla, pero no la conoce. Ese es un problema con el que yo tengo cierta experiencia. Hay gente que cree que es modelo, otros creen que es actriz. Tiene que definir más su imagen. Le pido a Perry que intervenga, que estudie un poco la carrera de Brooke.

Mi amigo no tarda mucho en formarse una opinión y en diseñar un plan. Dice que lo que a Brooke le hace falta en ese momento es una serie de televisión. Su futuro, según él, está en la tele. Así pues, ella se pone de inmediato a buscar guiones y programas piloto en los que pueda brillar con luz propia.

Justo antes de que empiece el Roland Garros de 1995, Brooke y yo pasamos unos días en Fisher Island. A los dos nos conviene descansar, dormir. Pero yo no consigo ni lo uno ni lo otro. No consigo dejar de pensar en París. Paso las noches despierto, tenso como un cable, disputando partidos en el techo.

En el avión que me lleva a París sigo obsesionado, aunque Brooke viaja conmigo. Como en este momento no tiene trabajo, puede acompañarme.

Es la primera vez que estamos juntos en París, me dice mientras me besa.

Sí, le digo yo, acariciándole la mano.

¿Cómo explicarle que, ni siquiera en parte, estoy de vacaciones? ¿Que ese viaje no tiene, en absoluto, nada que ver con nosotros dos?

Nos alojamos en el Hotel Raphael, a un paso del Arco de Triunfo. A Brooke le gusta el ascensor viejo que cruje al moverse, con su puerta de hierro forjado que hay que abrir y cerrar manualmente. A mí me gusta el pequeño bar del vestíbulo, iluminado con velas. Las habitaciones son pequeñas, y no tienen televisor, algo que escandaliza a Brad. De hecho, no es capaz de asumirlo y, minutos después de registrarnos, sale en busca de otro establecimiento más moderno.

Brooke habla francés, lo que le permite enseñarme París bajo una perspectiva nueva, más amplia. Yo me siento cómodo explorando la ciudad, porque no me da miedo perderme, y además ella me traduce cuando hace falta. Le hablo de la primera vez que estuve allí en compañía de Philly. Le hablo del Louvre, de aquella pintura que nos impactó a los dos. A ella le fascina mi historia y me pide que la lleve a verla.

En otra ocasión, le digo.

Comemos en buenos restaurantes, visitamos barrios que quedan fuera de las rutas más comunes, y que yo nunca me habría atrevido a visitar solo. Hay cosas que me gustan, pero casi todo me deja indiferente, porque me resisto a perder mi concentración. El dueño de un café nos invita a bajar a su vieja bodega, una tumba medieval mohosa llena de botellas cubiertas de polvo. Le entrega una a Brooke, y ella lee la fecha de la etiqueta: 1787. La acuna como si fuera un bebé y me la entrega a mí, incrédula.

No lo pillo, le digo. Es una botella. Llena de polvo.

Ella me dedica una mirada asesina, como si quisiera partirme la botella en la cabeza.

Una noche, tarde, salimos a pasear por la orilla del Sena. Ese día Brooke cumple treinta años. Nos detenemos junto a una escalinata de piedra que desciende hasta el río, y yo le regalo una pulsera *riviere* de brillantes. Ella se ríe, se la pone y forcejea un poco con el broche. Los dos admiramos el reflejo de la luna en sus facetas. En ese preciso instante, detrás de Brooke, de pie en uno de los peldaños, un francés borracho aparece, tambaleante, y dispara un chorro de orina alto, parabólico, contra el Sena. Yo, en general, no creo en presagios, pero este me lo parece, concretamente uno malo. Lo que no sé es si augura un mal final en el Roland Garros o en mi relación con Brooke.

Al principio del torneo gano mis primeros cuatro partidos sin ceder un solo set. Para los periodistas y comentaristas parece claro que soy un jugador distinto. Más fuerte, más centrado. Nadie se da más cuenta de ello que mis colegas. Yo siempre me he fijado en que los jugadores tienen una manera única de identificar al perro alfa de la manada, de descubrir qué jugador está en estado de gracia y tiene, por tanto, las mayores probabilidades de ganar. En este torneo, por primera vez, ese jugador soy yo. Noto que, en el vestuario, todos me miran. Noto que registran todos mis movimientos, los detalles más mínimos, que incluso estudian mi manera de organizar la bolsa de deporte. El grado de respeto con el que me tratan es mayor, y aunque yo intento no tomármelo en serio, no puedo evitar disfrutarlo. Siempre es mejor que me dediquen ese trato a mí y no a otro.

Brooke, en cambio, no parece percibir la menor diferencia en mí, y me trata igual que siempre. De noche me quedo sentado en la habitación, contemplando París desde la ventana como un águila en lo alto de un acantilado, pero ella me habla de esto y aquello, de *Grease*, de París, de lo que no sé quién ha dicho sobre no sé qué. Ella no entiende el trabajo al que me he sometido en el gimnasio de Gil, las pruebas, los sacrificios y la concentración que me han llevado a alcanzar esa nueva confianza en mí mismo, ni la inmensa tarea que tengo por delante. Y no intenta entenderlo. A ella le interesa más saber dónde comeremos mañana, qué bodega exploraremos. Da por hecho que ganaré, y lo que ella querría sería que me diera prisa, obtuviera la victoria ya para poder ir a divertirnos. No es egoísmo por su parte, sino la impresión errónea de que ganar es lo normal, y perder, lo excepcional.

En cuartos de final me enfrento a Kafelnikov, el ruso que me comparó con Jesús. Cuando da inicio el partido, le sonrío desde mi lado de la pista: Jesús está a punto de azotarte con una antena de coche. Sé que puedo derrotar a Kafelnikov. Él también lo sabe. Lo lleva escrito en la cara. Pero, muy al principio del primer set, me estiro para llegar a una pelota y noto que se me rompe algo. El flexor de la cadera. No le presto atención, finjo que no ha ocurrido nada, hago como que no tengo cadera, pero la cadera envía señales de dolor por toda la pierna.

No puedo doblarme. No puedo moverme. Pido la presencia de mi asistente, que me da dos aspirinas y me dice que no puede hacer nada. Cuando me lo dice, los ojos se le ponen del tamaño de fichas de póker.

Pierdo el primer set. Y después el segundo. En el tercero, mejoro. Voy ganando 4-1, y el público me anima a seguir. «*Allez, Agassi*!». Pero los minutos pasan y mi movilidad es cada vez menor. Kafelnikov, que se mueve bien, empata el set, y yo siento que se me descoyuntan los miembros. Esta es otra crucifixión rusa. *Au revoir*, Santo Grial. Salgo de la pista sin recoger las raquetas.

Se suponía que la verdadera prueba no iba a ser Kafelnikov. Iba a ser Muster, el que me acarició el pelo, el que lleva un tiempo dominando sobre tierra batida. Así que, incluso si hubiera conseguido derrotar a Kafelnikov, no sé en qué condiciones habría tenido que enfrentarme a Muster. Pero yo le prometí que nunca volvería a perder contra él, y lo prometí en serio, y me gustaban mis opciones. Creo que, independientemente de quién hubiera estado al otro lado de la red, habría podido lograr algo importante. Al abandonar París no me siento derrotado; me siento estafado. Sé que ya no hay nada que hacer. Esa era mi última oportunidad. Ya nunca volveré a París sintiéndome tan fuerte, tan joven. Ya nunca inspiraré tanto temor en el vestuario.

Mi oportunidad de oro para ganar los cuatro torneos de Grand Slam ha pasado.

Brooke ha vuelto a casa, de modo que en el vuelo de regreso vamos solos Gil y yo. Él me habla en voz baja de lo que vamos a hacer para tratar el flexor, de cómo vamos a adaptarnos después de todo lo que nos hemos esforzado, de cómo vamos a prepararnos para lo que viene: la hierba. Pasamos una semana en Las Vegas, sin hacer nada, viendo películas y esperando a que se me cure la cadera. Una resonancia magnética revela que la lesión no es permanente. Un triste consuelo.

Nos desplazamos a Inglaterra. Yo soy cabeza de serie en el torneo de Wimbledon de 1995 porque sigo ocupando el primer puesto del *ranking* de la ATP. El público me recibe con un entusiasmo y una alegría que contrastan radicalmente con mi estado de ánimo. La gente de Nike ha llegado antes que yo a la pista, dispuesta a caldear el ambiente, regalando *kits de Agassi*: patillas adhesivas, bigotes de Fu Manchú y cintas para el pelo. Esa es mi nueva imagen. He pasado de pirata a bandido. Siempre me resulta alucinante ver a tipos que intentan parecerse a mí, y siempre me resulta más alucinante aún ver que lo intentan chicas. Chicas con patillas y bigote de Fu Manchú…, casi no puedo reprimir la sonrisa. Casi.

Llueve durante todo el día, pero aun así los aficionados abarrotan Wimbledon. Soportan la lluvia, el frío, forman largas colas en Church Road por amor al tenis. Yo querría salir ahí fuera y colocarme a su lado, formularles preguntas, averiguar qué es lo que les lleva a sentir tanto amor por este deporte. Me pregunto si esos bigotes postizos de Fu Manchú aguantan la lluvia, o si se desintegran como mis antiguos postizos.

Gano con facilidad mis primeros dos partidos, y después derroto a Wheaton en cuatro sets. Aun así, la atención informativa del día la acapara Tarango, que, tras perder, se ha peleado con un juez antes de abandonar la pista. A continuación la esposa de Tarango se ha sumado a la ofensa y le ha dado un bofetón. Se trata de uno de los mayores escándalos de la historia de Wimbledon. Entonces, en lugar de enfrentarme a Tarango, habré de competir contra el alemán Alexander Mronz. Los periodistas me preguntan a qué contrincante habría preferido, y yo siento la necesidad imperiosa de contarles que cuando tenía ocho años Tarango me hizo trampa. Pero no lo hago. No quiero entrar en una polémica pública con él, y me da miedo que su mujer se convierta en mi enemiga. Así pues, respondo diplomáticamente que no tengo preferencias, a pesar de que Tarango planteaba la mayor amenaza.

Gano a Mronz en tres sets fáciles.

En las semifinales me enfrento a Becker. Le he ganado los ocho últimos partidos que hemos disputado. Pete ya ha llegado a la final y aguarda contrincante, o Becker o yo, lo que equivale a decir que me espera a mí, porque, últimamente, las finales del Grand Slam empiezan a parecer una cita fija entre Pete y yo.

Le gano el primer set a Becker sin problemas. En el segundo, me pongo por delante 4-1. Ahí voy, Pete. Espérame y vete preparando, Pete. Pero entonces, de repente, Becker empieza a desarrollar un juego mucho más agresivo, más físico. Gana varios puntos belicosos. Después de mellar mi confianza con un clavo diminuto, decide que ha llegado la hora de sacar el mazo. Juega desde la línea de fondo, algo poco habitual en él, y su potencia muscular supera la mía con gran diferencia. Me rompe el saque y, aunque todavía vamos 4-2 a mi favor, siento que algo se me rompe. No la cadera… la mente. De pronto ya no soy capaz de controlar mis pensamientos. Estoy pensando en Pete, que me espera. Estoy pensando en mi hermana Rita, cuyo marido, Pancho, acaba de perder una larga batalla contra el cáncer de estómago. Estoy pensando en Becker, que sigue trabajando con Nick. Con Nick, que más bronceado que nunca, del color de un costillar a la barbacoa, está sentado en el palco de Becker. Me pregunto si le habrá contado mis secretos a mi rival: por ejemplo, mi manera de saber cómo va a sacar. (Inmediatamente antes de lanzar la pelota al aire, Becker saca la lengua y señala con ella, como si de una diminuta flecha roja se tratara, la dirección hacia la que apunta). Estoy pensando en Brooke, que esta semana ha ido de compras con la novia de Pete, una estudiante de Derecho llamada DeLaina Mulcahy. Todos esos pensamientos recorren mi mente y me dispersan, me fracturan, lo que permite a Becker aprovechar el impulso. Y ya no

lo suelta. Gana en cuatro sets.

Esa derrota es una de las más devastadoras de mi vida. Al terminar no intercambio ni una palabra con nadie. Ni con Gil, ni con Brad ni con Brooke. No hablo con ellos porque no puedo; estoy destrozado, abatido de un disparo.

Brooke y yo hemos programado unas vacaciones. Llevamos semanas planeándolas. Queremos pasar unos días en algún lugar remoto, sin teléfonos, sin otras personas, y por eso nos hemos decidido por Indigo Island, a doscientos cuarenta kilómetros de Nasáu. Tras la debacle de Wimbledon mi intención es cancelarlas, pero Brooke me recuerda que hemos reservado toda la isla, y que el depósito que hemos pagado no es reembolsable.

Además, dice, se supone que es un paraíso. Seguro que nos irá bien.

Yo pongo mala cara.

Como me temía, desde que llegamos, ese paraíso me resulta una Cárcel de Máxima Seguridad. Solo hay una construcción en toda la isla, y no es lo bastante grande para los tres: Brooke, yo y mi mal humor.

Brooke toma el sol y espera a que yo hable. No la asusta mi silencio, pero no lo entiende. En su universo, todo el mundo finge, pero en el mío hay cosas que no se pueden ocultar fingiendo.

Después de dos días de silencio, le doy las gracias por ser tan paciente, y le digo que ya he vuelto.

Voy a correr un poco por la playa, le digo.

Empiezo despacio, pero al poco rato me descubro a mí mismo corriendo *sprints* de cien metros. Vuelvo a pensar en ponerme en forma, en cargar pilas para las pistas duras del verano.

Me voy a Washington D. C. a disputar el Legg Mason Tennis Classic. Hace un calor inhumano. Brad y yo intentamos aclimatarnos a él practicando en plena tarde. Al terminar, unos fans se acercan a nosotros y me preguntan cosas. Son pocos los jugadores que se quedan a charlar con sus fans, pero yo sí lo hago. Me gusta. Yo siempre prefiero los fans a los periodistas.

Tras firmar el último autógrafo y responder la última pregunta, Brad me dice que necesita tomarse una cerveza. Pone cara de travieso. Está tramando algo. Lo llevo al Tombs, el local que Perry y yo frecuentábamos cuando yo iba a visitarlo en sus días de Georgetown. El bar tiene una puerta diminuta que da a la calle, una escalera estrecha que desciende a un sótano húmedo y oscuro, y huele a lavabos sucios. También cuenta con una de esas cocinas abiertas que permiten ver a los cocineros en acción, algo que, en determinados locales, puede ser todo un atractivo, pero que en Tombs no constituye precisamente un punto a su favor. Encontramos una mesa libre y

pedimos bebidas. Brad se mosquea porque no tienen Bud Ice. Se conforma con una Bud a secas. Yo me siento estupendo después de hacer ejercicio, relajado, en forma. No he pensado en Becker desde hace casi veinte minutos. Pero Brad se encarga de poner fin a la pausa. Del bolsillo interior de su jersey negro de cachemira extrae un fajo de papeles y, con gran agitación, los arroja sobre la mesa.

Becker, dice.

¿Qué?

Esto es lo que ha dicho después de ganarte en Wimbledon.

¿Y a mí qué me importa?

Dice chorradas.

¿Qué chorradas?

Lee.

Becker aprovecha la rueda de prensa posterior al partido para quejarse de que Wimbledon me promociona a mí en detrimento de otros jugadores. Se queja de que los responsables de Wimbledon se desviven por programar mis partidos en la pista central. Se queja de que todos los grandes torneos me lamen el culo. Después pasa a cuestiones más personales. Me acusa de elitista. Asegura que no me relaciono con los demás jugadores. Dice que no caigo bien en el circuito. Dice que no soy abierto, que si lo fuera, tal vez otros jugadores no me temerían tanto.

Dicho en pocas palabras, Becker ha pronunciado una declaración de guerra.

A Brad nunca le ha gustado mucho Becker. Siempre lo llama B. B. Sócrates, porque cree que Becker intenta presentarse como un intelectual cuando en realidad no es más que un niño de granja que se ha hecho mayor. Pero ahora parece tan indignado que no es capaz de permanecer sentado, sin moverse, a nuestra mesa de Tombs.

Andre, dice, esto es la guerra. Acuérdate bien de mis palabras. Vamos a tropezarnos de nuevo con ese cabrón. Nos toparemos con él en el Open de Estados Unidos. Hasta que llegue ese momento, vamos a prepararnos, a entrenar, a urdir nuestra venganza.

Vuelvo a leer las declaraciones de Becker. No doy crédito. Sabía que no le caía bien, pero hasta ese punto… Bajo la vista y me descubro abriendo y cerrando el puño.

Brad prosigue.

¿Me oyes? Quiero que eches…, que elimines a ese cabrón.

Dalo por hecho.

Brindamos con las botellas de cerveza y sellamos nuestra promesa.

Y, lo que es más, me digo a mí mismo, después de ganar a Becker, voy a seguir ganando. Simplemente, ya no pienso perder más. Al menos no hasta que me salgan canas. Estoy harto de perder, harto de sentirme decepcionado, cansado de que haya gente que respete tan poco mi juego como lo respeto yo.

Así pues, el verano de 1995 se convierte en El Verano de la Venganza. Movido por

una animosidad pura y dura, arraso en el torneo de Washington D. C. En la final me enfrento a Edberg. Soy mejor que él, pero estamos casi a cuarenta grados, y el calor extremo actúa de gran uniformador. A esas temperaturas, todos los hombres somos iguales. Cuando empieza el partido no soy capaz de pensar, no encuentro el ritmo. Por suerte, a Edberg le ocurre lo mismo. Gano el primer set, y él gana el segundo. En el tercero, me pongo por delante 5-2. El público —el que todavía no ha sido víctima de una insolación— me anima. El partido se ha interrumpido varias veces para que los servicios médicos atiendan a algunos espectadores.

Tengo pelota de partido. O al menos eso es lo que me dicen, porque estoy sufriendo alucinaciones. Ya no sé a qué estoy jugando. ¿Es esto ping-pong de juguete? ¿Se supone que debo devolver esa pelota amarilla que va de un lado a otro de la pista? ¿A quién? Me castañetean los dientes. Veo que tres pelotas traspasan la red, y le doy a la del centro.

Mi única esperanza es que Edberg también sufra alucinaciones. Tal vez él se desmaye antes que yo, y yo gane por retirada del contrario. Espero, lo observo con atención, pero entonces experimento un empeoramiento: se me revuelve el estómago. Él me rompe el saque.

Ahora saca él. Yo pido tiempo, me aparto un poco y vomito el desayuno en una planta decorativa situada al fondo. Cuando regreso a mi posición, Edberg no tiene el menor problema en conservar el servicio.

Vuelvo a sacar yo, y vuelve a ser punto de partido. La jugada es larga, aunque golpeamos débilmente, disparos tímidos que van al centro de la pista, como si fuéramos niñas de diez años jugando a bádminton. Edberg vuelve a ganar el punto.

Cinco a cinco. Yo suelto la raqueta y abandono la pista a trompicones.

Existe una regla no escrita —o tal vez sí está escrita en alguna parte— según la cual, si abandonas la pista llevándote la raqueta, se considera una retirada. Por eso he soltado la raqueta, para que la gente sepa que voy a volver. A pesar de mis delirios, todavía me preocupan las reglas del tenis, aunque también me preocupan las de la física. Con este calor, todo lo que baja, sube, y muy deprisa. Vomito varias veces camino del vestuario. Me encierro en el baño y devuelvo un almuerzo de hace varios días. O, tal vez, de hace varios años. Tengo la sensación de que estoy a punto de entrar en estado de *shock*. Finalmente, el aire acondicionado del vestuario, sumado a mi purga estomacal, hace su efecto, y empiezo a reanimarme.

El árbitro general llama a la puerta.

Andre, va a perder puntos si no regresa a la pista inmediatamente.

Con el estómago vacío y bastante mareado, regreso a la pista. Le gano el punto a Edberg, no sé cómo. También gano el punto siguiente y, por lo tanto, gano el partido.

Me acerco como puedo a la red, en la que Edberg se apoya, medio desmayado. A los dos nos cuesta mantenernos en la pista para asistir a la ceremonia. Cuando finalmente me entregan el trofeo, se me pasa por la cabeza que tal vez tenga que vomitar dentro de él. A continuación me pasan un micrófono para que pronuncie unas

palabras, y también se me pasa por la cabeza vomitar sobre él. Pido perdón por mi comportamiento, sobre todo a la gente sentada cerca de esa planta que he usado para lo que no debía. Me gustaría sugerir públicamente a los organizadores que se planteen trasladar el torneo a Islandia, pero lo cierto es que estoy a punto de vomitar de nuevo. Suelto el micrófono y salgo corriendo.

Brooke me pregunta por qué no me he retirado.

Porque este es El Verano de la Venganza.

Tras el partido, Tarango cuestiona públicamente mi conducta. Exige que explique por qué he abandonado la pista. Manifiesta que él debía jugar un partido de dobles después y que se vio obligado a empezarlo con retraso. Él está molesto y yo, encantado. Me encantaría regresar a la pista, ir a por el macetero, envolvérselo de regalo y enviárselo a Tarango, con una nota que pusiera: «Tú, tramposo, di ahora que ESTO no ha entrado».

Yo nunca olvido. Y eso es algo que Becker está a punto de descubrir en sus propias carnes.

Desde Washington D. C. me desplazo hasta Montreal, donde la temperatura, afortunadamente, es mucho más baja. Derroto a Pete en la final, tras tres sets muy trabajados. Ganar a Pete siempre me deja un buen sabor de boca, aunque en esta ocasión apenas si me percato de la victoria. Yo a quien quiero ganar es a Becker. Me impongo a Chang en la final de Cincinnati (¡aleluya!), y después vuelvo a New Haven, una vez más al horno que es la costa noreste en verano. Llego a la final y me enfrento a Krajicek. Es un rival muy alto, mide 1,95 como mínimo, y corpulento, aunque se mueve con gran ligereza en la pista. En dos zancadas se planta en la red y enseña los dientes, dispuesto a arrancarte el corazón de un bocado. Su saque, además, es monstruoso. No me apetece nada pasarme tres horas soportando ese saque. Tras ganar tres torneos consecutivos, muy seguidos, ya casi no me quedan fuerzas. Pero Brad no me permite que me exprese en esos términos.

Todo esto es un entrenamiento para ti, ¿recuerdas? De cara al partido de desagravio que pondrá fin a todos los partidos de agravio. Así que a por todas, dice.

Y voy a por todas. El problema es que Krajicek también va a por todas, y me gana el primer set 6-3. En el segundo set llega a tener, en dos ocasiones, pelota de partido. Pero yo no me dejo doblegar. Empato el set, me llevo el *tiebreak* y gano el tercer set de calle. Es mi vigésima victoria consecutiva, mi cuarta victoria consecutiva en un torneo. He ganado sesenta y tres de setenta partidos este año, cuarenta y cuatro de cuarenta y seis en superficie dura. Los periodistas me preguntan si me siento invencible, y yo les digo que no. Creen que mi respuesta es fruto de la modestia, pero les estoy diciendo la verdad. Así es como me siento. No puedo permitirme sentirme de otra manera en El Verano de la Venganza. El orgullo es malo; el estrés es bueno. No quiero confiarme. Quiero sentir rabia. Una rabia infinita que me devore.

En el circuito solo se habla de mi rivalidad con Pete, sobre todo a causa de una nueva campaña publicitaria de Nike, que incluye un conocido anuncio de televisión en el que los dos nos bajamos de un taxi en medio de Nueva York, montamos una red y nos ponemos a jugar. En el suplemento dominical del *New York Times* publican un extenso reportaje sobre nuestra rivalidad y sobre el abismo que separa nuestras personalidades. En él se describe a Pete como a una persona empapada de tenis, se habla del amor que siente por ese deporte. Yo me pregunto qué habría dicho el periodista de ese abismo si hubiera sabido qué siento yo en realidad por nuestro deporte. Ojalá le hubiera hablado de ello.

Dejo el reportaje. Lo vuelvo a hojear. No quiero leerlo. Pero debo hacerlo. Me resulta raro, me irrita, porque la verdad es que Pete no ocupa un lugar destacado en mis pensamientos ahora mismo. Solo pienso en Becker, día y noche. Solo en Becker. Y, aun así, mientras leo por encima ese reportaje, me preparo para lo peor cuando le preguntan a Pete qué es lo que le gusta de mí.

No se le ocurre nada.

Finalmente dice: me gusta su manera de viajar.

Finalmente llega el mes de agosto. Gil, Brad y yo nos desplazamos por carretera a Nueva York para participar en el Open de Estados Unidos de 1995. Durante nuestra primera mañana en el Estadio Louis Armstrong veo a Brad en el vestuario con la lista de emparejamientos en la mano.

Son buenos, dice. Son muy buenos. Buenísimos todos.

Becker y yo partimos en el mismo grupo de emparejamientos por lo que, si todo sale según lo acordado, me enfrentaré a él en semifinales. Y después a Pete, pienso. Ojalá, cuando nacemos, pudiéramos ver cuáles van a ser nuestros emparejamientos en la vida y así proyectar nuestro camino hasta la final.

En las rondas iniciales voy con el piloto automático puesto. Sé lo que quiero, veo lo que quiero ahí delante, y mis adversarios no son más que conos rojos. Edberg. Álex Corretja. Petr Korda. Tengo que derrotarlos para alcanzar mi objetivo y lo hago. Tras cada victoria, Brad no se muestra efusivo, como de costumbre. No sonríe. No lo celebra. Está concentrado en Becker. Estudia el avance de Becker, cartografía sus partidos. Quiere que Becker gane todos sus partidos, todos sus puntos.

Cuando abandono la pista tras otra victoria, Brad dice secamente: otro buen día.

Gracias. Sí, me he sentido cómodo.

No. Me refiero a B. B. Sócrates. Ha ganado.

Pete, por su parte, se ocupa de sus cosas. Llega a la final, y para saber contra quién se enfrentará, aguarda el resultado de la semifinal Agassi-Becker. Todo igual que en Wimbledon, una vez más. Segunda parte. La diferencia es que yo esta vez no

pienso en Pete. No me anticipo. Llevo mucho tiempo apuntando a Becker, y ahora que ha llegado el momento, mi concentración es tan intensa que incluso a mí me asusta.

Un amigo me pregunta si, cuando la rivalidad con un contrincante es personal, no siento nunca el más mínimo impulso de soltar la raqueta y abalanzarme sobre su cuello. Cuando se trata de un partido de desagravio, cuando hay resentimiento, ¿no preferiría resolverlo con unos cuantos asaltos de boxeo de toda la vida? Yo le respondo a mi amigo que el tenis ES boxeo. Todo tenista, tarde o temprano, se compara con un boxeador, porque el tenis es un pugilismo sin contacto. Es violento, es *mano a mano*, y el resultado es tan simple como el de cualquier cuadrilátero: o matas o te matan. O das una paliza o te la dan a ti. La diferencia es que, en el tenis, los golpes se marcan por debajo de la piel. Me recuerda a ese viejo método que usaban los usureros en Las Vegas, y que consistía en golpear a la gente con bolsas de naranjas, para que no salieran moratones.

Aun así, y dicho esto, soy un ser humano. Así que, antes de salir a la pista, mientras Becker y yo esperamos en el túnel, le digo a James, el guardia de seguridad: mantennos separados. No quiero ni ver a este jodido alemán. Te lo digo por tu bien, James, no quiero ni verlo.

Becker siente lo mismo. Sabe lo que ha dicho, y sabe que yo lo he leído cincuenta veces y que lo he memorizado. Sabe que llevo todo el verano dándole vueltas a sus comentarios, y sabe que quiero sangre. Él también. Nunca le he caído bien, y para él este también ha sido El Verano de la Venganza. Entramos en la pista, evitando todo contacto visual, sin hacer la menor concesión al público, centrados en nuestros respectivos equipos, en nuestras bolsas, en la desagradable misión que tenemos por delante.

Desde que suena la campana que marca el inicio del partido, las cosas se desarrollan como yo había previsto. Los dos enseñamos los dientes, los dos rugimos y maldecimos, cada uno en su lengua. Gano el primer set 7-6. Para mi desesperación, Becker no parece inmutarse. ¿Y por qué habría de inmutarse? Así fue como empezó nuestro partido en Wimbledon. No le preocupa quedar rezagado. Ya ha demostrado que es capaz de recibir mis golpes y reponerse.

Gano el segundo set 7-6. Ahora empieza a incomodarse, busca un resquicio. Intenta jugar con mi mente. Me ha visto perder el temple en otras ocasiones y hace lo que cree que me hará perderlo ahora, hace lo peor que un tenista le puede hacer a otro, lo que más ataca su masculinidad: lanza besos a mi palco, a Brooke.

Y le funciona. Me enfado tanto que por un momento pierdo la concentración. En el tercer set, cuando voy ganando 4-2, Becker se lanza a por una pelota que no puede devolver. Pero llega, la devuelve, gana el punto y me rompe el servicio. Y gana el set. El público enloquece. Parece saber que se trata de algo personal, que esos dos tipos no se caen nada bien, que están resolviendo viejos agravios. Valoran el dramatismo de la situación y quieren que llegue hasta el final, y ahora sí que todo vuelve a ser

como Wimbledon, una vez más. Becker se alimenta de su energía. Le dedica más besos a Brooke y sonrisas de lobo. Si le ha funcionado una vez, ¿por qué no le habría de funcionar de nuevo? Yo me fijo en Brad, que está sentado junto a ella, y él me dedica una mirada gélida, una de esas miradas clásicas de Brad que dicen: «¡Vamos, hombre! ¡Adelante!».

El cuarto set se desarrolla igualadísimo. Los dos mantenemos nuestro servicio, los dos buscamos algún resquicio para romper el del adversario. Yo consulto la hora. Son las nueve y media. Aquí nadie se va a su casa. Que cierren las puertas, que les traigan bocadillos. De aquí no se mueve nadie hasta que esta mierda quede resuelta. La intensidad es palpable. Nunca en mi vida he deseado tanto ganar un partido. Nunca en mi vida he deseado algo con tanta fuerza. Mantengo el servicio y me pongo por delante, 6-5. Ahora le toca a Becker mantener el suyo si quiere seguir en el partido.

Saca la lengua apuntando hacia la derecha, y saca hacia la derecha. Yo le adivino las intenciones y le devuelvo un cañonazo. Gano el punto. Le arrebato también los dos puntos siguientes tras el saque. Ahora vamos 0-40. Saca él. Tengo una triple pelota de partido.

Perry le ladra no sé qué. Brooke le suelta unos gritos espeluznantes. Becker sonríe, los saluda a los dos como si fuera Miss América. Falla el primer saque. Sé que se va a poner agresivo en el segundo. Es un campeón, y va a sacar como lo que es. Además, coloca la lengua en el centro de la boca. Seguro que va a apurar mucho el segundo saque. Normalmente has de controlar la altura y la fuerza del rebote, y por eso te adelantas e intentas pillarlo pronto, antes de que te pase por encima del hombro, pero yo me arriesgo, me mantengo en mi sitio, y me sale bien la apuesta. Ahí está la pelota, me viene a favor, y echo hacia atrás las caderas para colocarme bien y devolverle la mejor restada de mi vida. Su saque llega algo más rápido de lo que he previsto, pero me adapto. Estoy de puntillas, y me siento como Wyatt Earp, Spiderman y Espartaco a la vez. Disparo. Noto que se me pone de punta el vello de todo el cuerpo. En el momento en que la pelota abandona la raqueta, un sonido puramente animal abandona mi boca. Sé que no volveré a emitirlo nunca, y sé que nunca volveré a golpear tan duro una pelota, ni con mayor perfección. Golpear una pelota con esa perfección… la única paz. Cuando aterriza al otro lado de la red, ya en campo de Becker, todavía estoy gritando.

¡AAAAAAAH!

La pelota entra y sale disparada, le pasa de largo.

Partido para Agassi.

Becker se acerca a la red. Que se quede ahí un rato. El público se ha puesto en pie y se agita en estado de delirio. Yo miro a Brooke, a Gil, a Perry, a Brad, sobre todo a Brad. ¡Vamos! Sigo mirando. Becker sigue junto a la red. No me importa. Lo dejo ahí, de pie, como un testigo de Jehová frente a mi puerta. Finalmente, finalmente, me quito las muñequeras, me acerco a la red y alargo la mano más o menos en su dirección, sin mirarlo. Él me la estrecha y yo la retiro.

Una periodista salta a la pista y me formula varias preguntas. Respondo sin pensar. Y entonces miro a la cámara, sonriente, y digo: ¡Pete, ahí voy!

Entro en el túnel y me meto en el vestuario. Gil ya está ahí, preocupado. Sabe lo que esa victoria debe de haberme costado físicamente.

Estoy mal, Gil.

Túmbate, tío.

La cabeza me da vueltas. Estoy empapado en sudor. Son las diez de la noche, y debo jugar la final en menos de dieciocho horas. Y en ese tiempo debo dejar atrás ese estado mental casi enfermizo, volver a casa, tomar una buena cena caliente, beber una garrafa de *Agua de Gil* hasta que mee el riñón entero, y después acostarme y dormir algo.

Gil me lleva a casa de Brooke. Cenamos, y me siento en la ducha durante una hora. Es una de esas duchas que hacen que te sientas culpable y pienses que tal vez deberías enviar dinero a algún grupo ecologista y plantar un árbol. A las dos de la mañana, me tiendo en la cama, junto a Brooke, y caigo rendido al momento.

Abro los ojos cinco horas después, sin tener ni idea de dónde estoy. Me siento en la cama y suelto un grito, una versión abreviada de mi grito final contra Becker. No puedo moverme.

En un primer momento creo que se trata de un calambre en el estómago. Pero enseguida me doy cuenta de que se trata de algo mucho más grave. Me vuelvo para poder bajarme de la cama y me quedo a cuatro patas. Ya sé qué me ocurre. No es la primera vez. Es un cartílago desgarrado entre las costillas. Tengo una idea bastante aproximada del golpe de raqueta que lo ha causado. Pero diría que ha de tratarse de un desgarro bastante severo, porque no consigo expandir la caja torácica. Me cuesta respirar.

Creo recordar que esa es una lesión que tarda unas tres semanas en curarse. Pero en nueve horas tengo que enfrentarme a Pete. Son las siete de la mañana, y el partido es a las cuatro. Llamo a Brooke. Debe de haber salido. Estoy tendido de lado, diciendo en voz alta: esto no puede estar sucediendo. Por favor, que no esté sucediendo.

Cierro los ojos y rezo para poder salir a la pista. Pedir eso parece absurdo, porque ni siquiera consigo levantarme. Por más que lo intento, no puedo ponerme en pie.

Dios, por favor. No puedo no presentarme a la final del Open de Estados Unidos.

A rastras, llego al teléfono y llamo a Gil.

Gil, no consigo ponerme de pie. Literalmente, no puedo levantarme.

Voy ahora mismo.

Cuando llega, yo ya he podido levantarme, pero sigue costándome respirar. Le digo lo que creo que debe de ser, y él coincide conmigo. Me observa mientras me tomo un café, y entonces me dice: ya es la hora. Tenemos que irnos.

Consultamos el reloj y los dos hacemos lo único que podemos hacer en un momento así: echarnos a reír.

Gil me lleva en coche al estadio. En la pista de prácticas, le doy a una pelota y las costillas se me agarrotan. Lanzo otra y grito de dolor. Lanzo una tercera. Todavía me duele, pero me aguanto. Al menos puedo respirar.

¿Cómo te sientes?

Mejor. Estoy a un treinta y ocho por ciento.

Nos miramos. Tal vez sea suficiente.

Pero Pete viene al ciento por ciento. Llega preparado, dispuesto a enfrentarse a su dosis de lo que le di a Becker ayer. Pierdo el primer set 6-4. Pierdo el segundo 6-3.

Sin embargo, gano el tercero. Estoy aprendiendo lo que puedo y lo que no puedo hacer. Encuentro atajos, puertas traseras, pactos. Distingo alguna que otra ocasión de convertir todo ello en un milagro. Pero, simplemente, no soy capaz de explotarlo. Pierdo el cuarto set 7-5.

Los periodistas me preguntan cómo me siento al haber ganado veintiséis partidos consecutivos, al haber ganado durante todo el verano, y acabar perdiendo contra esa red gigantesca que es Pete. Yo pienso. ¿Y cómo crees tú que me siento? Digo: el verano que viene perderé un poco más. Ahora voy 26-1, y daría todas esas victorias a cambio de esta.

En el trayecto de regreso a casa de Brooke, me sujeto la caja torácica y miro por la ventanilla, reviviendo todos y cada uno de los golpes de ese Verano de la Venganza. Todo el trabajo, la ira, las victorias, los entrenamientos, las esperanzas, el sudor, y todo me lleva a la misma sensación de decepción, de vacío. Por más que ganes, si no eres el último en ganar, eres un perdedor. Y al final siempre pierdes, porque siempre está Pete. Como siempre, Pete.

Brooke me evita. Me dedica miradas amables, frunce el ceño, comprensiva, pero no la siento real, porque ella no lo entiende. Ella espera a que me sienta mejor, a que todo eso pase y las cosas vuelvan a la normalidad. Perder es lo anormal.

Brooke me ha contado que, cuando pierdo, ella celebra un pequeño ritual, una manera de matar el tiempo hasta que se restablece la normalidad. Mientras yo me lamento en silencio, ella se pone a revisar sus armarios y saca toda la ropa que lleva meses sin ponerse. Dobla jerséis y camisetas, ordena calcetines, medias y zapatos en cajones y cajas. La noche en que pierdo contra Pete, le echo un vistazo a su vestidor: todo está pulcro y ordenado.

En nuestra breve relación, ya ha tenido mucho tiempo que matar.

18

Durante mi enfrentamiento con Wilander en Copa Davis, alterno movimientos para proteger mi cartílago desgarrado, pero cuando nos protegemos una cosa, normalmente nos lesionamos otra. Lanzo un derechazo raro y noto un tirón en un músculo del pecho. Mientras dura el partido se mantiene caliente, pero cuando despierto, a la mañana siguiente, no puedo moverme.

Los médicos me ordenan reposo durante semanas. Brad se quiere morir.

Un parón ahora te hará perder el número uno, me dice.

Pero a mí no me importa lo más mínimo. Pete ya es el número uno, por más que ciertos ordenadores digan lo contrario. Ha ganado dos torneos de Grand Slam este año y ha ganado nuestro encuentro decisivo en Nueva York. Además, a mí todavía me trae sin cuidado ser el número uno. Habría sido bonito. No era mi meta. Aunque, por otra parte, ganar a Pete tampoco lo era, y en cambio perder contra él me ha llevado a hundirme en una tristeza sin fondo.

Siempre me ha costado superar derrotas duras, pero esta contra Pete es distinta. Esta es la derrota final, la «*über*-derrota», el alfa y omega de las derrotas que eclipsa todas las otras. Mis derrotas anteriores contra el mismo rival, mis derrotas contra Courier, mi derrota contra Gómez… todas ellas fueron heridas superficiales comparadas con esta, que siento como si me hubieran clavado una lanza en el corazón. Aunque pasan los días, la derrota parece reciente. Cada mañana me digo a mí mismo que debo dejar de recrearme en ella, pero no lo consigo. Lo único que me alivia algo es pensar en la retirada.

Brooke, entre tanto, trabaja sin parar. Su carrera de actriz está despegando. Siguiendo el consejo de Perry, se ha comprado una casa en Los Ángeles y busca papeles en televisión. Acaban de ofrecerle un bombón: una aparición breve en un episodio de *Friends*, la comedia de situación.

Es la serie número uno del mundo, dice. ¡La número uno!

Yo tuerzo el gesto. Otra vez la frase. Ella no se da cuenta.

Los productores de *Friends* le han pedido que interprete el papel de una acosadora. A mí me da reparo, porque pienso en la pesadilla que ha tenido que soportar con tipos que la han acosado en la vida real, y con fans que se han excedido en su entusiasmo. Pero Brooke cree que, precisamente, su experiencia con tantos de ellos la ayudará a preparar el papel. Dice que entiende la estructura mental de ese tipo de acosadores.

Además, Andre, es *Friends*. La serie número uno de la tele. Podrían acabar dándome un personaje fijo en el programa. Y, además de ser la serie número uno, van a emitir el episodio justo después de la Super Bowl: lo verán cincuenta millones de personas. Es el equivalente a mi Open de Estados Unidos.

Una analogía con el tenis. La manera más rápida de conseguir que me desmarque de su deseo. Con todo, hago como que me alegro, y le digo lo que se dice en estos casos: si a ti te hace feliz, a mí también. Ella me cree. O actúa como si me creyera. Algo que, con frecuencia, me parece lo mismo.

Acordamos que Perry y yo iremos con ella a Hollywood y asistiremos a la grabación del episodio. Estaremos *en su palco*, tal como ella siempre ha estado en el mío.

¿A que será divertido?, dice.

No, pienso yo.

Sí, le digo. Divertido.

No quiero ir. Pero tampoco quiero quedarme más tiempo en casa, hablando solo. Con el pecho dolorido, con el ego herido. Ni siquiera yo quiero quedarme a solas conmigo.

En los días anteriores a la grabación del episodio de *Friends*, nos encerramos en la casa que Brooke tiene en Los Ángeles. Un colega actor viene todos los días para ayudarla a repasar el texto. Yo los observo. Brooke está concentrada. Siente la presión, se entrena duramente, en un proceso que me resulta familiar. Estoy orgulloso de ella. Le digo que va a ser una estrella. Están a punto de ocurrir cosas buenas.

Llegamos al estudio a media tarde. Media docena de actores nos saludan cariñosamente. Supongo que son el reparto, los que dan nombre a la serie, los *amigos*, aunque, a mis ojos, podrían ser seis actores en paro de West Corvina: no he visto nunca la comedia. Brooke los abraza, se pone colorada, tartamudea, a pesar de que ya lleva días ensayando con ellos. Yo nunca la había visto tan impresionada. En una ocasión le presenté a Barbra Streisand y no reaccionó así.

Me mantengo algo por detrás de Brooke, en segundo plano. No quiero restarle protagonismo y, además, no me siento demasiado sociable. Pero los actores son aficionados al tenis y no dejan de integrarme en la conversación. Me preguntan por mi lesión, me felicitan por un año lleno de éxitos. A mí ese año me parece de todo menos lleno de éxitos, pero les doy las gracias tan cortésmente como puedo y vuelvo a retroceder dos pasos.

Ellos insisten. Me preguntan por el Open de Estados Unidos. Por mi rivalidad con Pete. ¿Qué tal es? Sois los dos geniales para el tenis.

Bien, sí…

¿Sois amigos?

¿Amigos? ¿Acaban de preguntarme eso? ¿En serio? ¿Me lo preguntan porque ellos son *los amigos*? La verdad es que nunca me lo había preguntado, pero supongo que sí, que Pete y yo somos amigos.

Me vuelvo hacia Perry en busca de apoyo. Pero él está igual que Brooke, impresionado en presencia de tantas estrellas. De hecho, se está haciendo un poco el entendido. Habla con los actores sobre el mundo del espectáculo y no deja de soltar nombres.

Afortunadamente, llaman a Brooke para que pase a maquillaje. Perry y yo la seguimos mientras un equipo de gente la peina y otro la viste y la maquilla. Yo veo a Brooke mirarse en el espejo. Está tan contenta, tan animada, como una jovencita arreglándose para su puesta de largo, y yo me siento totalmente fuera de lugar. Siento que me voy cerrando cada vez más. Digo lo que hay que decir, sonrío y pronuncio palabras de aliento, pero por dentro me siento como una válvula cerrada. Me pregunto si lo que siento es lo mismo que siente Brooke cuando yo estoy tenso antes de un torneo, o cuando, después, me lamento por una derrota. Mi interés fingido, mis respuestas automáticas, mi falta de interés básico… ¿Es eso a lo que la reduzco yo la mitad del tiempo?

Me acerco al plató, un apartamento en tonos rojos con muebles de segunda mano. Nos sentamos aquí y allá, matando el tiempo, mientras unos hombres corpulentos manejan unas luces y el director habla con unos guionistas. Hay alguien que cuenta chistes para calentar al público. Yo encuentro un sitio en la primera fila, cerca de la puerta falsa por la que se supone que Brooke hará su entrada. El público, lo mismo que el equipo, murmura sin parar. Hay un ambiente de expectación general. Yo, en cambio, no puedo dejar de bostezar. Me siento como Pete, obligado a ver *Grease*. Me pregunto por qué, si siento tanto respeto por Broadway, todo esto me inspira ese desinterés.

Alguien grita: ¡Silencio! Otro grita: ¡Acción!

Brooke da un paso al frente y llama a la puerta falsa. La puerta se abre y Brooke pronuncia su primera frase. El público se ríe. El director grita: ¡Corten! Una mujer, sentada varias filas más atrás, grita: Brooke, lo estás haciendo muy bien.

El director elogia a Brooke. Ella escucha los elogios, asiente con la cabeza. Gracias, le dice, pero puedo hacerlo mejor. Quiere hacerlo otra vez. Quiere otra oportunidad. Está bien, dice el director.

Mientras organizan la siguiente toma, Perry le da consejos a Brooke. Él no tiene ni idea sobre interpretación, pero Brooke se siente tan insegura que, en este momento, aceptaría indicaciones de cualquiera. Escucha, asiente con la cabeza. Los dos están de pie, frente a mí, y él le está dando una lección digna de director del Actor’s Studio.

¡Todos a sus puestos, por favor!

Brooke le da las gracias a Perry y corre hacia la puerta.

¡Silencio todo el mundo!

Brooke cierra los ojos.

Acción.

Llama a la puerta falsa e interpreta la escena exactamente igual que antes.

Fantástico, le dice el director.

Ella viene corriendo hacia mí y me pregunta qué me ha parecido. Genial, le digo, y no miento. Lo ha hecho muy bien. Incluso si la televisión me irrita, incluso si el ambiente y la falsedad me desagradan, respeto la seriedad con que se toma su trabajo. Admiro su dedicación. Lo ha dado todo. La beso y le digo que me siento orgulloso de

ella.

¿Ya has terminado?

No, tengo otra escena.

Ah.

Nos trasladamos a otro plató, un restaurante. La acosadora —el personaje que interpreta Brooke— tiene una cita con el objeto de su admiración, Joey. Está sentada frente al actor que interpreta a Joey. Otra espera interminable. Más comentarios de Perry. Finalmente, el director grita: ¡Acción!

El actor que interpreta el papel de Joey parece buen tío. Sin embargo, cuando empieza la escena, me doy cuenta de que voy a tener que darle una patada en el culo. Al parecer el guion exige que Brooke le agarre la mano y se la chupe. Pero ella va un paso más allá y empieza a comérsela como si fuera un helado. ¡Corten! Has estado genial —dice el director—. Pero vamos a intentarlo otra vez. Brooke se está riendo. Joey se está riendo… mientras se seca la mano con una servilleta. Yo los miro, con los ojos como platos. Brooke no me había comentado nada sobre esos lametones de mano. Y sabía cómo reaccionaría yo.

Esta no es mi vida. Esta no puede ser mi vida. En realidad yo no estoy aquí, en realidad no estoy sentado con doscientas personas viendo a mi novia chuparle la mano a otro hombre.

Miro al techo, a los focos.

Van a hacerlo otra vez.

¡Silencio, por favor!

¡Acción!

Brooke le agarra la mano a Joey y se la lleva a la boca, y se la mete hasta los nudillos. Esta vez pone los ojos en blanco y le pasa la legua por…

Me levanto de un salto, corro escaleras abajo y salgo a la calle por una puerta lateral. Ya es de noche. ¿Cómo ha podido oscurecer tan rápido? Junto a la puerta está el Lincoln que he alquilado. Detrás de mí vienen Perry y Brooke. Perry está confundido. Brooke está histérica. Me agarra del brazo y me pregunta: ¿adónde vas? ¡No puedes irte!

Perry dice: ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema?

Ya lo sabes. Los dos lo sabéis.

Brooke me suplica que me quede. Perry también. Yo les digo que de ninguna manera, que no quiero presenciar cómo le chupa la mano a ese hombre.

No lo hagas, me dice Brooke.

¿Yo? ¿*Yo*? Yo no estoy haciendo nada. Volved ahí dentro y pasadlo bien. Partíos el culo. Y tú chúpale un poco más la mano. Yo me largo de aquí.

Voy conduciendo a gran velocidad por la autopista, esquivando el tráfico. No sé bien adónde voy, pero sí sé que no pienso volver a casa de Brooke. A la mierda. De pronto

me doy cuenta de que estoy regresando a Las Vegas, y no me detengo hasta que llego a la ciudad. Lo cierto es que la decisión hace que me sienta bien. Piso el acelerador a fondo y dejo atrás la ciudad, me adentro en el desierto. Lo único que me separa de mi cama es una franja de tierra desolada y el brillo de las estrellas.

Cuando la radio pierde todas las emisoras, yo intento sintonizar mis emociones. Me siento celoso, sí, pero también desubicado, sin contacto conmigo mismo. Como Brooke, yo también estaba representando un papel, el papel del Novio Tonto, y creía que me estaba saliendo bastante bien. Pero cuando he visto que le empezaba a chupar la mano al actor, no he conseguido mantenerme en el papel. Sí, claro, yo ya he visto a Brooke besar a otros hombres en escena. También he vivido la experiencia de conocer a un pervertido al que le faltó tiempo para decirme que lo había hecho con mi novia en un plató de rodaje cuando ella tenía quince años. Pero esto es distinto. Esto se pasa de la raya. No es que yo sepa dónde está la raya, pero lo que sé es que lamer una mano queda del otro lado.

Llego a mi casa de soltero a las dos de la mañana. Conducir me ha cansado, me ha amansado un poco. Sigo enfadado, pero también estoy algo avergonzado.

Llamo a Brooke.

Lo siento. Pero… necesitaba salir de ahí.

Ella me cuenta que todo el mundo le ha preguntado dónde estaba. Me dice que la he humillado, que he puesto en peligro su gran oportunidad. Me dice que todo el mundo le ha dicho que ha estado genial, pero que ella no ha podido disfrutar ni un minuto de su éxito, porque la única persona con la que le apetecía compartirlo se había ido.

Me has desconcentrado mucho, añade, alzando la voz. He tenido que apartarte de mi mente para poder concentrarme en mi texto y eso me ha puesto las cosas mucho más difíciles. Si yo alguna vez te hiciera algo parecido durante un partido, te pondrías furioso.

No he sido capaz de verte lamiéndole la mano a ese tío.

Estaba actuando, Andre. *Actuando*. ¿Te olvidas de que soy actriz, de que me gano la vida actuando, de que todo es ficción? ¿Fingimiento?

Ojalá pudiera olvidarlo.

Empiezo a defenderme, pero Brooke me dice que no quiere oírme.

Y cuelga.

Me quedo en medio del salón y noto que el suelo tiembla. Por un momento me planteo la posibilidad de que Las Vegas esté siendo sacudida por un terremoto. No sé qué hacer, dónde meterme. Me acerco al estante en el que se alinean mis trofeos de tenis y cojo uno. Lo estampo contra el salón, contra la cocina. Se rompe en varios pedazos. Cojo otro y lo estrello contra la pared. Hago lo mismo con todos mis trofeos. ¿Copa Davis? La estrello. ¿Open de Estados Unidos? Lo estrello. ¿Wimbledon? Lo estrello. Saco mis raquetas de la bolsa e intento romperlas contra las paredes y contra otras cosas de la casa. Cuando los trofeos ya no pueden romperse

en pedazos más pequeños, me echo en el sofá, que está cubierto de los trozos de yeso que han saltado de las paredes.

Horas más tarde abro los ojos. Inspecciono los daños como si los hubiera causado otra persona, lo que es cierto. Era otra persona. Es otra persona que hace la mitad de las cosas que hago.

Suena el teléfono. Es Brooke. Vuelvo a disculparme y le explico que he destrozado mis trofeos. Su tono de voz pierde dureza. Está preocupada. No le gusta nada que me disgustara tanto, que me pusiera tan celoso, que sufra tanto. Le digo que la quiero.

Un mes después me encuentro en Stuttgart, donde da comienzo la temporada en pista cubierta. Si tuviera que enumerar todos los lugares del mundo en los que no quiero estar, todos los continentes y países, las ciudades, los pueblos y las aldeas, Stuttgart ocuparía el primer puesto de mi lista. Creo que, aunque llegara a vivir mil años, nada bueno me ocurrirá en Stuttgart. No es que tenga nada contra esa ciudad. Es solo que no me apetece estar aquí en este momento, jugando al tenis.

Y sin embargo aquí estoy, y es un partido importante. Si lo gano, consolidaré mi primera plaza en el *ranking*, algo que Brad desea con locura. Me enfrento a MaliVai Washington, al que conozco bien. He jugado con él muchas veces desde que éramos alevines. Es un buen atleta, cubre la pista como una lona, siempre me obliga a ganarle. Tiene las piernas de bronce macizo, así que por ese flanco no puedo atacarlo. No puedo cansarlo como a cualquier otro contrincante. Tengo que pensar más que él. Y eso es lo que hago. Le llevo un set de ventaja, y sigo progresando cuando, de pronto, noto como si acabara de pisar una ratonera. Bajo la mirada. Se me acaba de romper una zapatilla. La suela se ha salido por completo.

No me he traído zapatillas de recambio.

Detengo el partido. Hablo con los jueces y les explico que necesito unas zapatillas nuevas. Se emite un anuncio por megafonía en alemán y en un tono imperioso. ¿Alguien puede dejarle una zapatilla al señor Agassi? ¿Del 44?

Tiene que ser Nike, añado; por el contrato.

Un hombre de las gradas superiores levanta una zapatilla y la agita varias veces. Le alegraría mucho, dice, poder prestarme su *Schuh*. Brad sube y se la recoge. Aunque el hombre calza un 43, me encajo la zapatilla como una Cenicienta medio tonta y sigo jugando.

¿Es esto mi vida?

Esto no puede ser mi vida.

Estoy jugando un partido para ser el número uno en el *ranking* mundial y llevo la zapatilla que un desconocido me ha prestado en Stuttgart. Pienso en mi padre, que usaba pelotas de tenis viejas para reforzarnos el calzado cuando éramos niños. Esto me parece más raro, más ridículo. Me siento emocionalmente exhausto, y me

pregunto por qué, sencillamente, no paro. Por qué no me voy de allí. Por qué no abandono. ¿Qué me impulsa a seguir? ¿Cómo consigo decidir qué tiro devuelvo, cómo hago para mantener el servicio, para romperle el saque? Mentalmente me ausento de la pista. Me voy a las montañas. Alquilo una cabaña de esquí, me preparo una tortilla, pongo los pies encima de la mesa, aspiro hondo y me impregno del olor a nieve y a bosque.

Me digo a mí mismo: si gano este partido, me retiro. Y si lo pierdo, me retiro.

Pierdo.

Y no me retiro. En realidad, hago exactamente lo contrario: me monto en un avión rumbo a Australia para participar en un torneo de Grand Slam. Para que dé inicio el Open de Australia de 1996 apenas faltan unos días, y yo defiendo mi título del año anterior. No estoy en absoluto mentalizado. Parezco un loco. Tengo los ojos rojos, el rostro demacrado. La azafata debería echarme del vuelo. Yo mismo estoy a punto de hacerlo. Minutos antes de que Brad y yo embarquemos, estoy a punto de levantarme del asiento y largarme corriendo. Brad, al verme, me agarra del brazo.

Vamos, hombre, me dice. Nunca se sabe. Tal vez suceda algo bueno.

Yo me trago un somnífero y me bebo un vodka, y cuando abro los ojos el avión ya ha tocado tierra y se acerca a la puerta de embarque de Melbourne. Brad me lleva al hotel, el Como. Tengo la cabeza abotargada y espesa como un puré de patatas. Un botones me enseña la habitación, que tiene un piano y una escalera de caracol con peldaños de madera brillante en su centro. Pulso algunas teclas del piano, subo a trompicones la escalera y me tumbo en la cama boca arriba. Me golpeo la rodilla en el afilado borde metálico de la barandilla y me abro una brecha. Bajo la escalera a trompicones. Hay sangre por todas partes.

Llamo a Gil. Llega en dos minutos. Dice que es la rótula. Un corte feo, dice. Un hematoma feo. Me pone venda, me acompaña hasta el sofá. Por la mañana, me obliga a descansar. No me deja practicar. Tenemos que ser cuidadosos con esa rótula, dice. Será un milagro que resista siete partidos.

Cojeando ostensiblemente, juego la primera ronda con la rodilla vendada y un velo en los ojos. El público, los periodistas deportivos, los comentaristas, todos se dan cuenta de que no soy el jugador que era el año anterior. Dejo escapar el primer set y enseguida pierdo dos servicios y quedo muy rezagado. Voy a ser el primer defensor de un título de Grand Slam en caer en la primera ronda desde que lo hizo Roscoe Tanner.

Juego contra el argentino Gastón Etlis, que no sé quién es. Ni siquiera parece tenista. Parece un maestro de escuela sustituto. Tiene unos rizos sudados y una barba de dos días que le da un aspecto algo siniestro. Es hombre de dobles, y solo juega individuales porque, por algún milagro, se ha clasificado. Parece no terminar de creerse que está ahí. A un tipo así, en condiciones normales, le ganaría sin salir del vestuario, con una simple mirada de acero, pero me lleva un set de ventaja y va ganando en el segundo. Por Dios. Y el que sufre es él. Si está claro que a mí me duele

algo, está más claro aún que él está aterrado. Se diría que se ha atragantado con un sapo de veinticinco kilos. Espero que tenga los cojones de acabar conmigo, de echarme de una vez de allí, porque en este momento me iría mejor perder e irme pronto a casa.

Pero Etlis se ahoga, se paraliza, toma unas decisiones pésimas.

Empiezo a sentirme débil. Esta mañana me he rapado la cabeza, me he dejado calvo del todo porque quería castigarme. ¿Por qué? Porque todavía me perturba haberle jodido el cameo a Brooke en *Friends*, porque me he cargado mis trofeos, porque he llegado a un torneo de Grand Slam sin prepararme… y porque perdí el maldito Open de Estados Unidos contra Pete. A ese hombre que te mira desde el espejo no lo puedes engañar, dice siempre Gil, así que voy a hacer que ese hombre pague. Mi apodo en el circuito es El Castigador, por mi manera de hacer correr a mis rivales de un lado a otro. Ahora estoy más que decidido a castigar al rival más intratable de todos los que tengo, que soy yo mismo, haciendo que se le queme la cabeza.

Misión cumplida. El sol australiano me está achicharrando la piel. Me riño a mí mismo, y después me perdono, y después hago un *reset* y consigo empatar el segundo set. Gano el *tiebreak*.

Mi mente no para de hablar. ¿Qué otra cosa puedo hacer en la vida? ¿Tengo que separarme de Brooke? ¿Casarme con ella? Pierdo el tercer set. Una vez más, Etlis no soporta la abundancia. Gano el cuarto en otro *tiebreak*. En el quinto, Etlis pierde fuelle, se rinde. Yo no me siento ni orgulloso ni aliviado. Me siento avergonzado. Mi cabeza es como una gran quemadura, como una ampolla. «Métele una ampolla en la mente».

Más tarde, los periodistas me preguntan si me preocupa la insolación. Yo me río. Sinceramente, les digo, la insolación es la menor de mis preocupaciones. Y querría añadir: mentalmente, ya estoy frito. Pero no lo hago.

En cuartos juego contra Courier. Me ha derrotado seis veces seguidas. Nos hemos enfrentado a batallas terribles, tanto en la pista como en los periódicos. Tras derrotarme en el Roland Garros de 1986, se quejó de la atención que se me dedicaba. Y dijo que se sentía como si siempre, en mi presencia, él hubiera de ser segundo violín.

A mí me parece que debe de tratarse de un problema de inseguridad, comenté yo a los periodistas.

Y Courier contraatacó: ¿el inseguro soy yo?

También se ha mostrado crítico con mis constantes cambios de aspecto y personalidad. En una ocasión le preguntaron qué pensaba del nuevo Agassi, y respondió: ¿Te refieres al nuevo Agassi, o al nuevo nuevo Agassi? Desde entonces, hemos limado asperezas. Yo le he dicho que me alegro de su éxito, que lo considero un amigo, y él ha expresado lo mismo de mí. Pero siempre hay un velo de tensión entre nosotros, y es muy posible que siempre lo haya, al menos hasta que uno de los

dos se retire, dado que nuestra rivalidad se remonta a nuestra adolescencia, a Nick.

El partido empieza tarde a causa de la larga duración de la eliminatoria de cuartos femenina. Entramos en la pista casi a medianoche, y conservamos nuestros respectivos servicios durante nueve juegos. O sea, que esta va a ser la tónica general. Entonces se pone a llover. Los responsables del torneo podrían correr el techo, pero la operación tardaría cuarenta minutos. Preguntan si preferimos seguir al día siguiente, y los dos aceptamos.

El sueño ayuda. Despierto fresco, con ganas de derrotar a Courier. Pero no es Courier a quien encuentro al otro lado de la red: es una copia borrosa. A pesar de llevarme una ventaja de dos sets, parece dubitativo, apagado. Yo reconozco bien esa mirada: me la he visto a mí mismo en el espejo muchas veces. Entro a matar y gano el partido. Es mi primera victoria sobre Courier en años.

Cuando los periodistas me preguntan sobre el juego de Courier, digo: no está donde quiere estar.

Querría añadir: eso es algo que pasa mucho.

La victoria me ayuda a recuperar el primer puesto en el *ranking*. He destronado a Pete una vez más, pero eso solo me sirve para recordar las veces en las que no lo conseguí, en que no pude derrotarlo.

En las semifinales me enfrento a Chang. Sé que puedo ganarle, pero también sé que perderé. De hecho, quiero perder, debo perder, porque Becker me aguarda en la final. Lo que menos me conviene en este momento es otra guerra santa contra Becker. No podría soportarla. No tendría estómago para ella, lo que significa que perdería. Si me dan a escoger entre perder contra Becker o contra Chang, prefiero perder contra Chang. Además, psicológicamente siempre es más fácil perder en semifinales que en la final.

Así que hoy pierdo. Felicidades, Chang. Espero que tú y tu Mesías estéis muy contentos.

Pero perder a propósito no es fácil. Es casi tan difícil como ganar. Tienes que perder de tal manera que el público no se dé cuenta, de tal manera que no te des cuenta tú mismo porque, claro está, tú no eres del todo consciente de que pierdes a propósito. No eres ni siquiera medio consciente. Tu mente se rinde, pero tu cuerpo lucha. Memoria muscular. No es siquiera toda tu mente la que pierde a propósito, sino solo una facción rebelde, un grupo escindido. Las decisiones deliberadamente malas se toman en un lugar oscuro, muy por debajo de la superficie. No haces esas pequeñas cosas que deberías hacer. No corres esos centímetros de más, no te estiras. Tardas más de la cuenta en ponerte en marcha. Vacilas a la hora de inclinarte, de ir a por una pelota. Renuncias a piernas y a caderas en favor de la mano. Cometes un descuido flagrante, lo compensas con un disparo espectacular y después cometes otros dos fallos y así, despacio pero de manera indudable, vas quedando rezagado. En realidad no llegas a pensar: voy a echar esa pelota a la red. Es algo más complicado, más retorcido.

Durante la rueda de prensa posterior al partido, Brad comenta: hoy Andre ha tenido una pájara.

Y es cierto, pienso. Muy cierto. Pero no le digo a Brad que yo tengo pájaras todos los días. Le asombraría saber que hoy, de hecho, me ha gustado tenerla, que le he dado la bienvenida a la pájara, que me alegro de haber perdido, que prefiero montarme en ese avión y volver a Los Ángeles a prepararme para jugar otro partido con nuestro viejo amigo B. B. Sócrates. Preferiría estar en cualquier parte con tal de no estar ahí, incluso en Hollywood, mi siguiente parada. Como he perdido, llegaré justo a tiempo de ver la Super Bowl, seguida del episodio especial de *Friends*, de una hora de duración, en el que aparece Brooke Shields.

19

Perry me insiste todos los días, me pregunta qué me pasa, qué ocurre. Yo no puedo decírselo. No lo sé. O, para ser más exactos, no quiero saberlo. Me niego a admitir que una derrota contra Pete pueda tener ese efecto tan prolongado en el tiempo. Por una vez en la vida no me apetece sentarme con Perry a intentar desenredar las madejas de mi inconsciente. He renunciado a entenderme a mí mismo. No me interesa analizarme. En la larga lucha conmigo mismo, voy perdiendo estrepitosamente.

Me desplazo hasta San José, donde soy aniquilado por Pete. Sin duda, no es lo que el médico me ha recomendado. Pierdo los estribos varias veces durante el partido, insultando a mi raqueta, gritándome a mí mismo. Pete parece divertirse. El juez de silla me penaliza por mi lenguaje.

Ah, ¿le gusta esto? Tome, tenga esto.

Envío la pelota al quinto pino.

Participo en Indian Wells, y pierdo contra Chang en cuartos. No me veo capaz de enfrentarme a la rueda de prensa posterior. Me la salto, y pago una abultada multa por ello. Voy a Montecarlo y pierdo contra el español Albert Costa en cincuenta y cuatro minutos. Cuando abandono la pista oigo silbidos, gritos de disgusto. En realidad, podrían provenir del interior de mi corazón. Estoy tentado de gritarle al público: ¡estoy de acuerdo con vosotros!

Gil me pregunta: ¿qué te pasa?

Se lo cuento. Me sincero con él. Desde que perdí contra Pete en el Open de Estados Unidos, he perdido las ganas.

Entonces no lo hagamos más, dice Gil. Tenemos que tener muy claro lo que hacemos.

Quiero dejarlo, le digo, pero no sé cómo… ni cuándo.

En el Roland Garros de 1996 me voy desmontando. Me paso el partido de primera ronda gritándome a mí mismo. Recibo una advertencia oficial. Grito más. Me penalizan con un punto. Estoy a un «cabrón de los cojones» de ser descalificado para todo el torneo. Empieza a llover, y durante la pausa me siento en el vestuario con la mirada fija en un punto, como hipnotizado. Cuando se reanuda el juego, resisto más que mi contrincante, Jacobo Díaz, al que no veo. Se me aparece tan borroso y pasado por agua como los reflejos de los charcos que la lluvia ha dejado en la pista.

Ganar a Díaz no hace más que retrasar lo inevitable. En la siguiente ronda, pierdo contra Chris Woodruff, de Tennessee. Siempre me recuerda a un cantante de country-wéstern, y juega como si en realidad prefiriera participar en un rodeo. Sobre tierra batida todavía se siente más incómodo, y para compensar se pone agresivo, sobre todo con el revés. Yo no consigo contrarrestar su agresión. Cometo sesenta y tres

fallos no forzados. Él reacciona con un entusiasmo mal disimulado, y yo lo miro, envidiando no su victoria, sino su entusiasmo.

La prensa deportiva me acusa de rendirme, de no ir a por todas las pelotas. Nunca aciertan: cuando me rindo dicen que no soy lo bastante bueno. Cuando no soy lo bastante bueno dicen que me rindo. Siempre que sé que no merezco ganar, que no soy digno de ganar, me torturo. Comprobadlo, si queréis.

Pero no digo nada. Una vez más, abandono el estadio sin asistir a la rueda de prensa obligatoria. Una vez más pago con gusto la multa. Un dinero bien gastado.

Brooke me lleva a un restaurante en Manhattan cuya sala exterior es más pequeña que una cabina telefónica, pero que cuenta con un comedor interior espacioso, cálido, pintado en tonos amarillos: Campagnola. Me gusta cómo lo pronuncia ella, cómo huele el sitio, cómo nos sentimos al entrar desde la calle. Me gusta la foto de Sinatra firmada por él que hay junto al guardarropa.

Es mi restaurante favorito en Nueva York, me dice Brooke, así que yo también lo adopto como mi favorito. Nos sentamos en un rincón, tomamos una cena ligera a esa hora difusa del atardecer que queda entre las horas del mediodía y las de la noche. Normalmente no sirven comidas a esas horas, pero el director dice que, por ser nosotros, hará una excepción.

Campagnola se convierte muy pronto en una extensión de nuestra cocina y, con el tiempo, de toda nuestra relación. Brooke y yo volvemos para recordarnos a nosotros mismos las razones por las que hacemos buena pareja. También vamos en ocasiones especiales, y también para convertir los días rutinarios en ocasiones especiales. Vamos tan a menudo, y de manera tan automática después de todos los partidos del Open de Estados Unidos, que los cocineros y camareros empiezan a calcular las horas en función de nuestras idas y venidas. Durante un quinto set a veces me descubro a mí mismo pensando en el personal de Campagnola, consciente de que estarán echándole un vistazo a la tele mientras preparan la *mozzarella*, los tomates, el *prosciuto*. Mientras hago botar la pelota, a punto de sacar, sé que pronto estaré sentado en la mesa del rincón, comiéndome unas deliciosas gambas fritas con salsa de vino y limón, y unos raviolis tan suaves, tan dulces que deberían considerarse postres. Sé que cuando Brooke y yo entremos por la puerta, haya ganado o perdido el partido, la gente nos recibirá con un aplauso atronador.

El jefe del Campagnola, Frankie, siempre va vestido impecablemente, con su traje italiano, su corbata de flores y su pañuelo de seda. Siempre nos recibe con su sonrisa mellada y un montón de anécdotas divertidas. Es como un segundo padre para mí, dice Brooke cuando nos presenta, y esas son las palabras mágicas. La de padre de adopción es la figura por la que yo siento el mayor respeto, de modo que Frankie me cae bien desde el primer momento. Enseguida nos invita a una botella de vino tinto, nos habla de los famosos, los estafadores y los banqueros que frecuentan su local y

hace reír a Brooke hasta que se le ponen las mejillas muy coloradas. Ahora Frankie ya me cae bien por derecho propio.

Frank dice: ¿John Gotti? ¿Queréis que os hable de Gotti? Siempre se sienta ahí, en esa mesa de la esquina, de cara. Si alguien viene a cargárselo, quiere ver quién es.

A mí me ocurre lo mismo, comento yo.

Frankie se ríe y asiente con la cabeza. Ya lo sé.

Frankie es honesto, trabajador, sincero, como me gusta a mí. Me descubro a mí mismo buscándolo con la mirada cuando entramos por la puerta. Mis dolores, mi angustia, se esfuman cuando él me abraza y me sonríe y nos conduce a nuestra mesa. A veces echa a otros clientes que han llegado antes, y Brooke y yo hacemos como que no nos damos cuenta de sus gestos de desaprobación, de sus quejas.

La principal virtud de Frankie es, en mi opinión, su manera de hablar de sus hijos. Los adora, presume de ellos, nos enseña fotos de ellos a la mínima ocasión. Pero resulta evidente que se preocupa por su futuro. Una noche, pasándose la mano por la cara fatigada, me dice que sus hijos todavía van a primaria, pero que ya le agobia el tema de la universidad. Se queja de los precios de la educación superior. No sabe cómo podrá pagársela.

Días después, hablo con Perry y le pido que ponga algunas de mis acciones de Nike a nombre de Frankie, a plazo fijo. La siguiente vez que Brooke y yo nos acercamos a Campagnola, se lo cuento a Frankie. Las participaciones no podrán tocarse en diez años, pero en ese momento, le digo, su valor debería bastar para aliviar significativamente esa carga económica.

A Frankie le tiembla el labio inferior. Andre, dice, no puedo creer que hagas eso por mí.

La expresión de su rostro es de absoluto asombro. Yo no entendía el significado y el valor de la educación, los problemas y la preocupación que causa en padres y en hijos. Nunca había pensado en la educación en esos términos. Para mí la escuela había sido siempre un lugar del que conseguía escapar; no algo venerado. Reservar esas acciones es algo que he hecho porque Frank comentó específicamente la cuestión de la universidad de sus hijos, y a mí me apetecía ayudarle. Sin embargo, al ver lo que significaba para él, el que recibe un buen baño de educación soy yo.

Ayudar a Frankie me proporciona más satisfacciones y me hace sentir más vinculado y vivo, más *yo* mismo que cualquier otra cosa de las que me ocurren en 1996. Me digo a mí mismo: recuerda esto. Quédate con esto. Esta es la única perfección que existe, la perfección de ayudar a los demás. De lo que hacemos, esto es lo único con un valor o con un sentido duraderos. Esta es la razón por la que estamos aquí. Para hacernos sentir seguros los unos a los otros.

Y, a medida que 1996 se va desplegando, la seguridad se revela como un bien particularmente preciado. Brooke recibe constantemente cartas de acosadores que la amenazan —y que en ocasiones me amenazan a mí— con la muerte y con toda clase de horrores indecibles. Los mensajes son detallados, truculentos, repugnantes.

Nosotros se los entregamos al FBI y yo, además, le pido a Gil que trabaje con los agentes, que se mantenga informado de los progresos. En las ocasiones en que se consigue seguir la pista del remitente de esas cartas, Gil se pone hecho una furia. Se monta en un avión y va a hacerle una visita al acosador. Por lo general aparece de mañana, poco después del amanecer, en casa o en el trabajo del individuo en cuestión. Le muestra la carta y le dice en voz muy baja: sé quién eres y dónde vives. Y ahora mírame bien, porque si vuelves a molestar a Brooke y a Andre, volverás a verme, y no te apetecerá nada, porque entonces habrá pelea.

Con todo, los autores de las cartas más siniestras no dejan rastro. A partir de un umbral de truculencia, cuando amenazan con que algo concreto ocurrirá determinado día, Gil monta guardia frente a la puerta de la casa de Brooke mientras dormimos. Por montar guardia me refiero, literalmente, a que se queda de pie toda la noche. En los peldaños de entrada. Con los brazos cruzados. Se coloca ahí, mirando a izquierda y derecha, y ahí se queda toda la noche.

La tensión, lo sórdido de las amenazas, afecta mucho a Gil. Le preocupa no hacer lo suficiente, la posibilidad de que algo le pase por alto, de que, al parpadear durante un segundo, se le cuele algún chiflado. Entra en algo parecido a una depresión debilitante, y yo con él, porque soy yo quien se la causo. He sido yo el que lo ha llevado hasta ahí. Me siento muy culpable y me asaltan premoniciones de desgracias.

Intento salir de ellas. Me digo a mí mismo que si uno tiene dinero en el banco y un avión privado no puede ser desgraciado. Pero no puedo evitarlo, me siento sin fuerzas, desesperanzado, atrapado en una vida que no he escogido, acosado por personas a las que no veo. Y no puedo hablar de ello con Brooke, porque me niego a admitir esas debilidades mías. Sentirse deprimido después de perder un partido es una cosa, pero sentirse deprimido por nada, por la vida en general, es otra muy distinta. Yo no puedo sentirme así. Me niego a admitir que me siento así.

Pero es que incluso si quisiera comunicarme con Brooke, en esa época nuestra comunicación no es muy fluida. No estamos en la misma frecuencia. No compartimos la misma longitud de onda. Por ejemplo, cuando intento hablarle de Frankie, de la satisfacción que me causa ayudarlo, ella no parece oírme. Tras la alegría inicial al presentármelo, se muestra fría con respecto a él, indiferente, como si ya hubiera interpretado su papel y ahora le tocara hacer un mutis por el foro. Eso sienta un precedente, fija un modelo que se repite con muchas personas y lugares que Brooke aporta a mi vida. Museos, galerías, personajes famosos, escritores, espectáculos, amigos… Con frecuencia yo obtengo más de ellos que ella misma. Cuando empiezo a disfrutar algo, a aprender de ello, ella lo abandona.

A partir de ahí, empiezo a preguntarme si hacemos buena pareja. No lo creo. Y sin embargo no puedo dar un paso atrás, no puedo sugerir que nos tomemos un tiempo, porque ya me estoy distanciando del tenis. Sin Brooke y sin tenis, me quedaré sin nada. Temo el vacío, la oscuridad. Así que me aferro a Brooke, y ella se aferra a mí, y aunque ese aferrarse se parece al amor, es más como ese cuadro del

Louvre en el que el hombre se aferra con fuerza a la vida.

A medida que se acerca el segundo aniversario de nuestra vida en pareja, llego a la conclusión de que deberíamos formalizar nuestra unión. Dos años son todo un hito en mi vida amorosa. En todas mis relaciones anteriores, esos dos años han marcado el momento de seguir o de dejarlo, y yo siempre he optado por dejarlo. Cada dos años me canso de la chica con la que salgo, o ella se cansa de mí, como si en mi corazón se activara un temporizador. Estuve dos años con Wendi, y entonces declaró abierta nuestra relación, lo que anticipó el final. Antes de Wendi estuve exactamente dos años saliendo con una chica en Memphis, y entonces corté con ella. Por qué mi vida amorosa se desarrolla en ciclos de dos años, no lo sé. Ni siquiera era consciente de esa recurrencia hasta que Perry me la ha hecho notar.

Sea cual sea la razón, estoy decidido a cambiar. A mis veintiséis años, considero que debo romper de una vez ese patrón, porque si no me encontraré con treinta y seis años volviendo la vista atrás y viendo una serie de relaciones de dos años que no llegaron a nada. Si quiero formar una familia, si quiero ser feliz, debo romper ese ciclo, lo que implica ir más allá de esa marca de los dos años, obligarme a mí mismo a comprometerme.

Técnicamente, claro está, Brooke y yo no llevamos dos años juntos. Con la locura de nuestros calendarios, con sus actuaciones y mis torneos, apenas hemos pasado unos meses en mutua compañía. Seguimos conociéndonos, seguimos aprendiendo. Una parte de mí sabe que no debería forzar la decisión. Otra parte de mí, sencillamente, no quiere casarse en este momento. Pero ¿a quién le importa lo que quiera? ¿Desde cuándo lo que yo quiero me ha servido para indicarme lo que debo hacer? ¿Con qué frecuencia participo en un torneo con ganas de jugar y pierdo en las primeras rondas? Y, por el contrario, ¿con qué frecuencia participo a regañadientes, sin apetecerme lo más mínimo y acabo ganando? Tal vez el matrimonio, el punto decisivo, el gran torneo eliminatorio, funcione igual.

Además, a mi alrededor todo el mundo se casa. Perry. Philly. J. P. De hecho, Philly y J. P. han conocido a sus respectivas mujeres a la vez, la misma noche. Después de El Verano de la Venganza llega El Invierno de las Bodas.

Le pido consejo a Perry. Paseamos por Las Vegas durante horas y también hablamos por teléfono. Él se inclina por el matrimonio. Brooke es mi chica. ¿Es que voy a encontrar a alguien mejor que una supermodelo educada en Princeton? ¿Acaso no habíamos fantaseado con ella hace años? ¿No habíamos predicho que acabaría apareciendo? Y ahora ha aparecido. Es el destino. Me refresca la memoria sobre *Tierras de penumbra*. C. S. Lewis no vive plenamente, no crece, hasta que se abre al amor. Y como Lewis recuerda a sus alumnos: «Dios quiere que crezcamos».

Perry me dice que conoce a una joyera excelente en Los Ángeles. La misma a la que recurrió él cuando se comprometió. Aparca por ahora la cuestión de si debes declararte o no, y céntrate por un momento en el anillo.

Yo ya sé qué clase de anillo quiere Brooke: redondo, con el corte de Tiffany. Y lo

sé porque me lo ha dicho. Directamente. Nunca le da vergüenza compartir sus opiniones sobre joyas, ropa, coches, zapatos… De hecho, las charlas más animadas que tenemos son sobre COSAS. Antes hablábamos de nuestros sueños, de nuestra infancia, de nuestros sentimientos. Ahora charlamos animadamente sobre los mejores sofás, los mejores equipos de música, las mejores hamburguesas con queso, y aunque esas charlas me resultan interesantes y son, de hecho, una parte importante del arte de vivir, temo que Brooke y yo les estemos dando demasiada importancia.

Me armo de valor, telefoneo a la joyería y digo que estoy interesado en un anillo de compromiso. Me sale la voz ronca. Noto que el corazón me late con fuerza. Me pregunto: ¿no debería ser este un momento feliz, uno de los mejores de la vida? Pero no tengo tiempo de responderme a mí mismo, porque la joyera empieza a acribillarme a preguntas. ¿Tamaño? ¿Quilates? ¿Color? ¿Claridad? No deja de hablar de *claridad*, me pregunta cosas sobre la claridad.

Yo pienso: señora, si quiere que le hablen de la claridad, se ha equivocado usted de hombre.

Pero digo: solo sé que lo quiero redondo y con el corte de Tiffany.

¿Cuándo lo necesita?

Pronto.

Está bien, puedo hacerlo. Creo que tengo el anillo que necesita.

Días después, el anillo me llega por mensajero. Viene en un estuche grande. Me paseo con él en el bolsillo durante dos semanas. El estuche parece pesado y peligroso. Lo mismo que yo.

Brooke no está; ha ido a rodar una película. Hablamos cada noche por teléfono, y a veces yo sostengo el auricular con una mano mientras acaricio el anillo con la otra. Está en Carolina del Norte, o del Sur, donde al parecer hace un frío tremendo. El problema es que, según el guion, la temperatura es de lo más agradable, por lo que el director la obliga a ella y a los demás actores a chupar cubitos de hielo para que no les salga vaho por la boca cuando hablan.

Mejor eso que lamer manos.

Me recita algunas de las frases que tiene que decir en la película, y nos reímos porque suenan falsas. Suenan a frases de película.

Después de colgar salgo a dar una vuelta en coche, con la calefacción a tope y las luces del Strip lanzando destellos de diamante. Reproduzco mentalmente nuestra conversación y no sé ver la diferencia entre las frases de su guion y las que acabamos de decirnos nosotros. Saco el estuche con el anillo que llevo en el bolsillo de la chaqueta y lo abro. La alianza capta la luz y la refleja. Lo dejo sobre el salpicadero.

Claridad.

Mientras Brooke termina su película, yo paso por una racha de juego tan deplorable que la prensa deportiva afirma (a veces, se diría, alegrándose de ello) que estoy

acabado. Tres torneos de Grand Slam, dicen. Es mucho más de lo que creíamos que conseguiría. Brooke dice que debemos irnos lejos. Esta vez escogemos Hawái. Yo me llevo el anillo.

Se me encoge el estómago cuando el avión sobrevuela los volcanes. Contemplo las palmeras, la franja de espuma que resigue la costa, los bosques húmedos cubiertos de niebla, y pienso: otra isla paradisíaca. ¿Por qué siempre sentimos la necesidad de huir a islas paradisíacas? Se diría que tenemos el Síndrome del Lago Azul. Fantaseo con la idea de un fallo del motor, del avión cayendo en barrena y adentrándose en la boca de un volcán. Para mi desgracia, aterrizamos con normalidad.

He reservado un bungaló en el Mauna Lani Resort. Dos dormitorios, cocina, comedor, piscina y cocinero permanentemente disponible. Además contamos con un pedacito de playa de arenas blancas para nosotros solos.

Pasamos los primeros días descansando en el bungaló, junto a la piscina. Brooke está enganchada a un libro que trata sobre cómo ser soltera y feliz a partir de los treinta años. Lo lee sosteniéndolo sobre su cabeza, se chupa la punta del dedo y pasa las páginas sonoramente. Ni se me pasa por la cabeza que pueda tratarse de una indirecta. De hecho, nada se me pasa por la cabeza salvo que estoy a punto de pedirle matrimonio.

Andre, pareces distraído.

No, estoy aquí.

¿Va todo bien?

Por favor, déjame solo, pienso, estoy intentando decidir cuándo y cómo pedirte que te cases conmigo.

Soy como un asesino, tramando, pensando constantemente en el momento y en el escenario. La diferencia es que el asesino tiene un motivo.

La tercera noche, aunque hemos pensado quedarnos en el bungaló, le sugiero que nos arreglemos como si esa fuera una ocasión especial. Gran idea, dice Brooke. Sale del dormitorio una hora más tarde con un vaporoso vestido blanco que le llega a los tobillos. Yo llevo una camisa de lino y unos pantalones beis, una elección pésima, porque los bolsillos de esos pantalones son muy pequeños y no hay sitio en ellos para el estuche. Mantengo la mano sobre uno de ellos, para ocultar el bulto.

Realizo estiramientos, como si estuviera a punto de jugar un partido. Agito las piernas. Entonces le sugiero que vayamos a dar un paseo. Sí, dice Brooke, qué buena idea. Da un sorbo al vino, sonríe, despreocupada, sin tener ni idea de lo que está a punto de ocurrir. Caminamos unos diez minutos, hasta que llegamos a un rincón de la playa desde el que no se ve ni un rastro de civilización. Alargo el cuello para asegurarme de que no viene nadie. Ni turistas ni *paparazzi*. No hay moros en la costa. Pienso en esa frase de *Top Gun* que dice: «Lo tenía a tiro, no había peligro y disparé».

Dejo que Brooke se adelante un poco más y clavo una rodilla en la arena. Ella se vuelve, mira hacia abajo y, al verme, se pone blanca, mientras a nuestro alrededor los tonos del atardecer cobran vida.

Brooke Christa Shields…

En numerosas conversaciones ha dicho que al hombre que le proponga matrimonio más le vale usar su nombre completo, el oficial. Yo nunca he sabido por qué, y nunca se me ha ocurrido preguntárselo, pero ahora lo recuerdo. Y lo repito.

Brooke Christa Shields…

Ella se lleva la mano a la frente. Espera —dice—. ¿Qué? ¿Estás…? Espera. No estoy preparada.

Ya somos dos.

Se seca las lágrimas cuando yo me saco el estuche del bolsillo y lo abro, y saco la alianza y se la coloco en el dedo.

Brooke Christa Shields… ¿Quieres…?

Ella tira de mí para que me ponga en pie. Yo la beso y pienso: ojalá me lo hubiera pensado mejor. ¿Es esta la persona con la que Andre Kirk Agassi se supone que va a pasar los próximos noventa años de su vida?

Sí —dice ella—. Sí, sí, sí.

Espera, pienso yo. Espera, espera, espera.

Un día después me dice que quiere que lo repitamos. Ayer, en la playa, estaba en tal estado de *shock* que no me oyó. Quiere que le repita la propuesta, palabra por palabra.

Quiero que vuelvas a pedírmelo —dice—, porque no me creo que ocurriera en realidad.

Yo tampoco.

Todavía no nos hemos ido de la isla cuando ya empieza a preparar la boda. Y, cuando regresamos a Los Ángeles, reanudo el fin no planificado de mi carrera tenística, en este caso sin planes, sin ceremonias. Me paseo como un zombi de torneo en torneo. Pierdo en las primeras rondas, por lo que paso mucho tiempo en casa, lo que complace a Brooke. Me muestro complaciente, adormecido, y dispongo de mucho tiempo para hablar de tartas nupciales e invitaciones.

Nos trasladamos a Inglaterra, porque participo en Wimbledon 1996. Justo antes del inicio del torneo, Brooke insiste en que vayamos a tomar el té en el hotel Dorchester. Yo le suplico que no vayamos, pero ella no cede. Estamos rodeados de parejas mayores que nosotros, todos vestidos de *tweed*, con pajaritas y lazos. La mitad de ellos parecen dormidos. Tomamos sándwiches pequeños sin corteza, montañas de ensalada de huevo y bollos con mantequilla y mermelada, todo ello diseñado específicamente para obturar las arterias humanas, sin aportar a cambio el beneficio de saber bien. Esa comida me está poniendo de mal humor, y además el lugar me resulta ridículo, como si estuviéramos en la fiesta infantil de un centro de acogida. Pero cuando estoy a punto de sugerir que pidamos la cuenta, me fijo en Brooke y veo que está entusiasmada. Se lo está pasando en grande. Quiere más

mermelada.

En la primera ronda me enfrento a Doug Flach, que ocupa el puesto 281 del *ranking*. Es un aspirante al que todo eso le queda grande, aunque nadie lo diría al verlo enfrentarse a mí. Juega como si tuviera que derrotar a Rod Laver, y yo, como si fuera Ralph Nader. Jugamos en *la tumba*. Lo raro es que todavía no tenga mi lápida ahí plantada. Pierdo lo más deprisa que puedo, y Brooke y yo regresamos a Los Ángeles, para mantener conversaciones más profundas sobre encajes y entoldados forrados de tul.

A medida que se acerca el verano, tan solo hay un evento que me motiva y me interesa, y no es la boda. Son los Juegos Olímpicos de Atlanta. No sé por qué. Tal vez porque los siento como algo nuevo. Tal vez porque me parecen algo que no tiene nada que ver conmigo. Jugaré defendiendo a mi país, jugaré en un equipo que cuenta con 300 millones de miembros. Cerraré un círculo: mi padre fue deportista olímpico y ahora lo seré yo.

Planifico un régimen con Gil, un régimen olímpico, y lo damos todo en nuestras sesiones de entrenamiento. Me paso dos horas con Gil todas las mañanas, y después practico dos horas con Brad, antes de irme a correr por el Monte de Gil a mediodía, que es cuando más calor hace. Quiero calor. Quiero dolor.

Cuando empiezan los Juegos, la prensa deportiva me critica con dureza por no asistir a la ceremonia de inauguración. A Perry también le parece muy mal. Pero yo no estoy en Atlanta para asistir a ceremonias de apertura, sino para ganar el oro, y necesito reservar la poca concentración y energía que conservo esos días. Los partidos de tenis se disputan en Stone Mountain, a una hora en coche del estadio en el que tiene lugar la ceremonia inaugural, en el centro de la ciudad. ¿Pasar tanto rato de pie, con ese calor y ese bochorno, vestido con americana y corbata, esperar horas para dar una vuelta a la pista y después regresar a Stone Mountain para dar lo mejor de mí? No. No puedo. Me encantaría vivir la experiencia del desfile, saborear el espectáculo olímpico, pero no antes de mi primer partido. Eso, me digo a mí mismo, es concentración. Eso es lo que significa dar más importancia a la sustancia que a la imagen.

Dormir bien esa noche me ayuda a ganar mi primera ronda contra el sueco Jonas Björkman. En la segunda, derroto sin dificultad a Karol Kucera, de Eslovaquia. En la tercera ronda me llega una prueba más dura, pues debo enfrentarme al italiano Andrea Gaudenzi, que posee un juego muy musculado. Le encanta intercambiar golpes duros, y si le demuestras demasiado respeto, se pone más gallito. Yo no lo respeto en absoluto. Pero la pelota tampoco me respeta a mí. Estoy cometiendo toda clase de errores no forzados. Sin darme apenas cuenta, voy perdiendo por un set, y estoy a punto de perder el segundo. Miro a Brad. ¿Qué hago?, le pregunto. Él me grita: ¡deja de fallar!

Ah, sí, claro. Un sabio consejo. Dejo de fallar. Dejo de intentar resolver el punto en un solo tiro, le devuelvo la presión a Gaudenzi. Es tan fácil, en realidad, que araño

otra victoria, fea pero satisfactoria.

En cuartos de final Ferreira está a punto de eliminarme. Va ganando él 5-4 en el tercer set y tiene una pelota de partido. Pero hasta ahora nunca me ha derrotado y yo sé exactamente qué está ocurriendo en el interior de su mente. En ese momento me viene al recuerdo algo que decía mi padre: si en ese momento le metieras un carbón por el culo, sacarías un diamante. (Redondo. Con corte Tiffany). Sé que el esfínter de Ferreira está cada vez más cerrado, y eso me da confianza en mí mismo. Juego un punto largo, se lo gano y acabo ganando el partido.

En semifinales me toca jugar contra Leander Paes, de la India. Se trata de un jugador menudo y nervioso, un manojo de energía, y tiene las manos más rápidas del circuito. Aun así, todavía no ha aprendido a disparar una pelota de tenis. Tiene problemas con la velocidad, con los efectos, con la puntería, con los globos… Es el Brad de Bombay. Pero, a pesar de todo lo malo, llega deprisa a la red y la cubre tan bien que todo lo demás parece funcionarle. Tras una hora jugando con él, tienes la sensación de que no le ha dado bien a una sola pelota, pero sin embargo te está ganando por goleada. Como yo estoy preparado, no pierdo la paciencia. Mantengo la calma y gano a Paes en dos sets: 7-6, 6-3.

En la final juego contra el español Sergi Bruguera. El partido se pospone por culpa de una tormenta eléctrica, y los meteorólogos dicen que no podremos saltar a la pista hasta dentro de cinco horas, como mínimo. Así que voy y me como un bocadillo de pollo picante de Wendy’s. Comida de consuelo. Los días de partido no controlo las calorías ni el valor nutritivo de lo que como. Lo que me preocupa es tener energía y sentirme saciado. Además, por culpa de los nervios no suelo tener apetito, así que siempre que me da hambre procuro comer. Le doy a mi estómago lo que me pide. Pero, cuando todavía no he terminado de tragarme el último bocado de mi bocadillo de pollo picante, las nubes se abren, la tormenta pasa y regresa el calor. Así que ahora llevo un bocadillo de pollo picante entre pecho y espalda, estamos a casi cuarenta grados y el bochorno es tal que el aire casi se podría cortar. No puedo ni moverme, ¿y pretenden que gane una medalla de oro? Tal vez lo llamen comida de consuelo, pero lo que yo siento en la barriga en ese momento es un gran desconsuelo.

Pero no me importa. Gil me pregunta cómo me siento, y le digo: genial. Voy a mover todas las pelotas, voy a hacer que ese tipo corra, y si se cree que se va a llevar esa medalla a España, está muy equivocado.

Gil sonríe de oreja a oreja. Ese es mi niño.

Según me comenta, es una de las pocas veces en que, al entrar en la pista, no ve temor en mis ojos.

Desde el saque inicial, machaco a Bruguera; lo hago correr de un lado a otro, recorrer una finca del tamaño de Barcelona. Cada punto es un golpe a su tronco. Cuando vamos por la mitad del segundo set disputamos un punto larguísimo, titánico. Gana él el punto y volvemos a estar empatados a cuarenta. Tarda tanto en prepararse para el siguiente que podría elevar una protesta al juez de silla. Según las reglas,

debería hacerlo, y Bruguera debería recibir un aviso. Pero en lugar de ello, aprovecho la pausa para acercarme al recogepelotas, coger una toalla y susurrarle a Gil: ¿cómo ves a nuestro amigo desde ahí?

Aunque Bruguera ha ganado el punto, Gil ve, y yo también, que ganar ese punto le hará perder los seis juegos siguientes.

Gil grita: ¡ese es mi niño!

Al subir al podio, pienso: ¿qué sentiré? Lo he visto en la tele tantas veces que no sé si estará a la altura de las expectativas. Tal vez, como en tantas otras cosas, se quedará corto.

Miro a izquierda y derecha. Paes, el ganador del bronce, se encuentra a un lado. Bruguera, el ganador de la plata, al otro. Mi pedestal es dos palmos más alto. Esa es una de las pocas veces en que soy más alto que mis rivales. Un hombre me cuelga la medalla al cuello. Suena el himno nacional. Noto que se me hincha el corazón, y no tiene nada que ver con el tenis, ni conmigo, y por eso no solo no se queda corto, sino que supera mis expectativas.

Miro al público y veo a Gil, a Brooke, a Brad. Busco a mi padre, pero está escondido. Ayer por la noche me dijo que he logrado recuperar algo que a él le robaron hace años, y aun así no quiere mostrarse, no quiere quitarme protagonismo en un momento tan especial. No entiende que si ese momento es tan especial es precisamente porque no es mío.

Días después, por razones que se me escapan, el brillo olímpico me abandona. Me encuentro en una pista en Cincinnati, y pierdo los estribos. Vuelvo a jugar para mí mismo, y en un arrebato de ira rompo la raqueta. Sin embargo, acabo ganando el partido, algo que me resulta ridículo, y que no hace sino reforzar mi sensación de que todo es una broma.

Después, en agosto, durante el Campeonato RCA de Indianápolis, juego una primera ronda contra Daniel Nestor, canadiense de origen serbio, y voy ganando por un amplio margen. Pero entonces él me rompe el saque y eso es algo que me afecta más de la cuenta. No consigo librarme de mi enfado repentino. Alzo la vista al cielo, y me gustaría salir de allí volando. Como no es posible, al menos esa pelota sí lo hará. Vuela, vuela libre, pelotita. La envío por encima de las gradas, más allá del estadio.

Amonestación automática.

El juez de silla, Dana Laconto, dice por megafonía: violación del Código. Aviso. Mal uso de la pelota.

Y una mierda, Dana.

El juez llama al árbitro. Le dice que Agassi ha dicho: y una mierda, Dana.

El árbitro se acerca y me pregunta.

¿Ha dicho eso?

Sí.

El partido ha terminado.

Pues muy bien. Váyase a la mierda usted también. Y que se vaya a la mierda el juez en el que ha venido montado.

Los fans inician un motín. No entienden qué está ocurriendo, porque no me oyen. Lo único que saben es que han pagado para ver un partido y que ahora el partido acaba de cancelarse. Abuchean y lanzan cojines y botellas de agua a la pista. La mascota del campeonato RCA es un perro bull terrier que entra en la pista esquivando cojines y botellas. De ese modo llega junto a la red, levanta la pata y se mea.

Yo no podría estar más de acuerdo con él.

Y se va tan contento. Yo salgo tras él, con la cabeza gacha, arrastrando mi bolsa de tenis. El público está enfurecido, como en una película de gladiadores. La pista se va llenando de toda clase de desperdicios.

En el vestuario, Brad dice: ¿qué coñ…?

Me han descalificado.

¿Por qué?

Se lo explico.

Él niega con la cabeza. Su hijo Zach, de siete años, llora porque la gente es mala con tío Andre. Y porque el perrito se ha meado en la red.

Yo les pido que se vayan, y me quedo sentado en el vestuario una hora, solo, con la cabeza baja. O sea que ya estamos de nuevo donde estábamos. Un nuevo bajón. Muy bien. Sabré manejarlo. De hecho, puedo llegar a sentirme cómodo ahí. Puedo instalarme ahí. El sitio al que llegas cuando tocas fondo puede ser muy agradable, porque al menos descansas. Sabes que, durante una temporada, no irás a ninguna parte.

Pero no. Para tocar fondo todavía falta un buen trecho. Participo en el Open de Estados Unidos de 1996, y desde el principio hay polémica, relacionada, al parecer, con los cabezas de serie. Algunos colegas se quejan de que se me dispense un trato especial; consideran que me han ascendido en los emparejamientos porque los organizadores del torneo y la CBS quieren verme jugar la final con Pete. Muster dice que soy una diva. Por eso me da un placer especial darle una patada en el culo peludo e impedirle el pase a cuartos, manteniendo así, de paso, mi promesa de que no volvería a perder contra él.

Llego a las semifinales y me enfrento a Chang. Estoy impaciente por darle una buena paliza, tras perder contra él hace unos meses en Indian Wells. No debería plantearme problemas. Está en el tramo final de su carrera, me dice Brad. La gente dice que yo también. Pero yo tengo una medalla de oro. Casi desearía poder llevarla al cuello durante el partido. A Chang, sin embargo, mi medalla de oro le importa un comino. Me cuela dieciséis *aces*, consigue defender tres puntos de servicio y me

fuerza a cometer cuarenta y cinco errores no forzados. Siete años después de ganar su último torneo de Grand Slam, Chang es todopoderoso, omnipotente. Él se ha levantado, y yo me he caído.

A la mañana siguiente los periodistas deportivos me ponen a parir. Dicen que me rendí. Que dejé escapar el partido. Que no me esforcé. Casi se diría que están enfadados conmigo. Y yo sé por qué. Como consecuencia de mi derrota, ahora tendrán que ocuparse de Chang un día más.

No miro la final por la tele y, por tanto, no veo a Pete cargarse a Chang en tres sets seguidos. Pero sí leo la noticia. En todos los artículos se afirma, se da por hecho, que Pete es el mejor jugador de su generación.

El año está ya en su recta final, y yo me traslado a Múnich, donde los abucheos son ensordecedores. Pierdo contra Mark Woodforde, al que hace dos años derroté con contundencia: 6-0, 6-0, en dos sets muy cortos. Brad no da crédito. Me suplica que le explique qué es lo que me pasa.

No lo sé.

Cuéntamelo, tío. Cuéntamelo.

Si lo supiera, te lo contaría.

Vete a casa, me dice. Descansa un poco. Pasa tiempo con tu prometida. Eso te curará lo que sea.

20

Brooke y yo nos compramos una casa en Pacific Palisades. No es la casa que yo quería. Yo me había encaprichado de una granja enorme y destartalada que tenía una sala de juegos junto a la cocina. Pero a ella le encantó esta, así que aquí estamos, viviendo en una imitación de casa de campo francés de varias plantas que se alza al borde de un acantilado. No tiene alma, y parece un lugar estéril, la casa ideal para una pareja sin hijos que planea pasar mucho rato en habitaciones distintas.

El agente inmobiliario nos ha cantado las excelencias de las impresionantes vistas. Al fondo, Sunset Boulevard. De noche veo el Holiday Inn en el que pasé aquella noche, tras nuestra primera cita. Muchas veces lo contemplo y me pregunto qué habría ocurrido si hubiera seguido conduciendo, si no hubiera vuelto a llamarla más. Y llego a la conclusión de que la vista desde nuestra nueva casa me gusta más cuando la niebla me impide ver el perfil del hotel.

Para despedir 1996, organizamos una fiesta que es en parte inauguración de la casa y en parte celebración de Fin de Año. Invitamos a la pandilla de Las Vegas y a los amigos de Hollywood. Hablamos con Gil sobre la cuestión de la seguridad. Después de un nuevo episodio de cartas terroríficas, debemos protegernos contra los intrusos, de modo que Gil se pasa casi toda la noche montando guardia frente al acceso, identificando a la gente que llega. Asiste McEnroe y yo bromeo con él diciéndole que Gil no lo dejará pasar. Él se sienta en la terraza y habla de tenis, el tema que menos me interesa en esta época, por lo que a veces lo escucho y a veces no. Me paso la noche preparando margaritas, viendo a J. P. tocar la batería con una escobilla de acero como las que usaba Buddy Rich y sentado frente a la chimenea. La avivo, la alimento, observo fijamente sus llamas. Me digo que 1997 va a ser mejor que 1996. Me prometo a mí mismo que 1997 será mi año.

Brooke y yo estamos en la entrega de los Globos de Oro cuando recibo una llamada de Gil. Su hija de doce años, Kacey, ha sufrido un accidente. Estaba montando en trineo durante un viaje a Mount Charleston organizado por su parroquia, a una hora al norte de Las Vegas, y ha chocado contra un banco de nieve helado. Se ha partido el cuello. Dejo a Brooke, me traslado en avión hasta Las Vegas, y llego al hospital vestido todavía con el esmoquin. Allí me encuentro a Gil y a Haye en el pasillo, con aspecto de estar a punto de derrumbarse. Nos abrazamos y me dicen que es grave, muy grave. Kacey va a tener que pasar por el quirófano. Los médicos dicen que es posible que quede paralítica.

Pasamos varios días en el hospital, hablando con los médicos, intentando que Kacey esté cómoda. Gil debe irse a casa, dormir un poco. Apenas se tiene en pie,

pero se niega a salir de allí; seguirá montando guardia junto a su hija. Se me ocurre una idea. Yo tengo una furgoneta tuneada que le compré al padre de Perry. Dispone de antena parabólica y de una cama plegable. La aparco junto al hospital, pegada a la puerta de entrada, y le digo a Gil: ahora, cuando acabe la hora de visita, no tendrás que volver a casa, puedes bajar y dormir un poco en tu nueva furgoneta. Y como el estacionamiento es de pago, te he dejado la guantera llena de monedas de 25 centavos para el parquímetro.

Gil me dedica una mirada rara, y me doy cuenta de que es la primera vez que nos intercambiamos los papeles. Durante unos días, soy yo el que hago que él se sienta más fuerte.

Cuando, una semana después, el hospital da el alta a Kacey, los médicos dicen que está fuera de peligro. La operación ha sido un éxito y dentro de muy poco volverá a ser la de antes. Aun así, mi intención es acompañarla a casa, quedarme en Las Vegas. Ver cómo se recupera.

Gil no quiere ni oír hablar de ello. Sabe que me esperan en San José.

De ninguna manera, dice. Ahora ya no hay nada que hacer, salvo rezar y esperar. Te telefonearé si hay novedades. Vete y juega.

Nunca he discutido con Gil y esta no va a ser la primera vez. A regañadientes, me traslado a San José y juego mi primer partido en tres meses. Me enfrento a Mark Knowles, uno de mis compañeros de dormitorio en la Academia Bollettieri. Tras una sólida carrera como jugador de dobles, está intentando abrirse camino en competiciones individuales. Es un deportista excelente, pero no debería tener problemas para ganarle. Conozco su juego mejor que él mismo. Aun así, me obliga a jugar un tercer set. Aunque gano, la victoria no me resulta fácil y eso me duele. Como puedo, me abro paso en el torneo y parece que finalmente tendré que vérmelas con Pete. Pero pierdo en semifinales contra el canadiense Greg Rusedski. Mi mente regresa al momento a Las Vegas, mucho antes que mi cuerpo.

Estoy en mi casa de soltero, viendo la tele con Slim, mi asistente. Estoy mal. Kacey no progresa y los médicos no saben por qué. Gil está desesperado. Entre tanto, mi boda se acerca. Yo no dejo de pensar en posponerla, o en cancelarla definitivamente, pero no sé cómo hacerlo.

Slim también está estresado. Estuvo con su novia hace poco, dice, y se le rompió el condón. Ahora ella tiene un retraso. Durante una pausa publicitaria se levanta y anuncia que solo podemos hacer una cosa: colocarnos.

Y dice:

¿Quieres colocarte conmigo?

¿Colocarme?

Sí.

¿Con qué?

Con *gack*.

¿Y eso qué coño es?

Metanfetamina de cristal.

¿Y por qué coño lo llamáis *gack*?

Porque así es como suenas cuando estás colocado. La mente te va tan deprisa que solo puedes decir *gack, gack, gack*.

Pero es que yo ya me siento así todo el rato. ¿Para qué voy a metérmela?

Te hace sentir Superman, tío. Hazme caso.

Como si salieran de la boca de otro, de alguien que estuviera de pie, detrás de mí, oigo estas palabras: ¿sabes qué? A la mierda. Sí, vamos a colocarnos.

Slim echa un montoncito de polvo sobre la mesa de centro. La corta y la esnifa. Vuelve a cortarla. Esnifo un poco. Me echo hacia atrás, apoyo la espalda en el sofá y pienso en el Rubicón que acabo de cruzar. Durante un instante me arrepiento, y a continuación me invade una inmensa tristeza. Y entonces llega una oleada de euforia que se lleva de mi mente todo pensamiento negativo, todos los pensamientos negativos que he tenido en mi vida. Es como una infiltración de cortisona, pero en la subcorteza cerebral. Nunca me he sentido tan vivo, tan esperanzado y, sobre todo, nunca me he sentido con tanta energía. Se apodera de mí un impulso irreprimible, un deseo desesperado de limpiar. Voy de un lado a otro de la casa, limpiándola de arriba abajo. Le quito el polvo a los muebles. Lavo la bañera. Hago las camas. Barro los suelos. Cuando ya no queda nada por limpiar, hago la colada. Lavo toda mi ropa. Doblo todos mis jerséis, todas mis camisetas y mi reserva de energía sigue intacta. No me apetece sentarme. Si tuviera cubertería de plata, me pondría a sacarle brillo. Si tuviera zapatos de piel, les daría betún. Si tuviera un jarrón lleno de monedas, me dedicaría a agruparlas y a empaquetarlas en rollos de papel. Busco a Slim por todas partes. Lo encuentro en el garaje, desmontando el motor de su coche y volviéndolo a armar pieza por pieza. Le digo que, en ese momento, sería capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa, tío, cualquier-cosa-joder. Podría montarme en el coche, irme a Palm Springs y hacerme dieciocho hoyos, y después volver a casa, prepararme la comida e irme a nadar.

Me paso dos días sin dormir. Cuando finalmente me vence el cansancio, duermo el sueño de los justos.

Semanas después juego y me está costando mucho enfrentarme a Scott Draper. Zurdo, con mucho talento, es un buen jugador, aunque yo lo he derrotado con contundencia en otras ocasiones. No debería tener problemas con él y sin embargo me está dando una paliza. De hecho, estoy tan lejos de poder ganarle que llego a dudar y me pregunto si, realmente, le gané yo la última vez que competimos. ¿Cómo

es posible que, hace tan poco tiempo, fuera mucho mejor que ahora? Es que me supera en todos los aspectos del juego.

Después, los periodistas me preguntan si estoy bien. No parecen acusarme, ni querer ofenderme. Se dirigen a mí como lo haría Perry o Brad. Se les ve más bien preocupados, intentando averiguar qué me ocurre.

La falta de preocupación de Brooke, por el contrario, es notoria. En esa época pierdo siempre, y cuando no pierdo es porque me retiro de un torneo. Pero ella solo comenta que le gusta que pase más tiempo con ella. Además, como en general juego con menos frecuencia, dice que no tengo tantos cambios de humor.

Su despreocupación se debe, en parte, a nuestros planes de boda, pero también a nuestra rigurosa disciplina prematrimonial. Trabaja con Gil para ponerse en forma y lucir mejor ese vestido blanco. Corre, levanta pesas, realiza estiramientos, cuenta hasta la última caloría. Para motivarse, pega una foto en la puerta de la nevera y la rodea con un corazón magnético. Es una foto de la mujer perfecta, dice. La mujer perfecta con las piernas perfectas, las piernas que quiere tener Brooke.

Asombrado, me fijo en la foto. Me acerco al marco y lo rozo con los dedos.

¿Esta no es…?

Sí, dice Brooke. Steffi Graf.

Juego la Copa Davis en abril, en busca de un revulsivo. Practico mucho, me entreno duro. Competimos contra los Países Bajos. Mi primer partido, en Newport Beach, es contra Sjeng Schalken. Mide casi dos metros, pero saca como un hombre de metro setenta. Aun así, dispara la pelota limpiamente y, como yo, es un castigador, un jugador que ataca la línea de fondo, que no se mueve de ahí e intenta derribar a su rival. Sé lo que me espera. El día es soleado, ventoso y raro. El público que apoya a los Países Bajos lleva zuecos y agita tulipanes. Gano a Schalken en tres sets agotadores.

Dos días después juego contra Jan Siemerink, alias *El Basurero*. Es zurdo y excelente con las voleas, sube rápido a la red y la defiende bien. Pero esos son los únicos aspectos de su juego que resultan sensatos. Todos los demás son de lo más cómico. Todos los *drives* de Siemerink parecen fallidos; todos sus reveses, desviados. Incluso su saque tiene algo raro, como descolgado. Basura. Empiezo el partido confiado, y entonces recuerdo que su falta de forma es un arma poderosa. Su pésima manera de tirar siempre desequilibra. Su manera de calcular los tiempos siempre parece equivocada. Transcurridas dos horas, juego con el pie cambiado, me cuesta respirar y tengo un dolor de cabeza espantoso. Y, por si fuera poco, voy perdiendo dos sets a cero. Aun así, no sé cómo, acabo ganando el partido. De ese modo sumo veinticuatro victorias en Copa Davis, con solo cuatro derrotas, lo que constituye uno de los mejores registros conseguidos nunca por un estadounidense. La prensa deportiva elogia esa pequeña parte de mi juego, y se pregunta por qué no consigo

trasladarla al resto. A pesar de que se trata de un elogio muy moderado, yo me recreo en él. Me hace sentir bien. Siento un agradecimiento, también moderado, por la Copa Davis.

Aunque, por otra parte, la Copa Davis interfiere gravemente en mis planes de manicura. Brooke me ha pedido muchas cosas con vistas a la boda, pero su exigencia innegociable es que mis uñas estén en perfecto estado ese día. Yo me muerdo las cutículas, un hábito de siempre, producto del nerviosismo, y cuando me ponga el anillo en el dedo, dice, quiere que mis manos se vean impecables. Justo antes del partido con *El Basurero*, y también después del partido, me someto a la sesión de manicura. Me siento en la silla de la manicura y la observo trabajar en mis cutículas. Me digo a mí mismo que me siento tan desequilibrado, tan a contrapié como durante mi partido con *El Basurero*.

Y pienso: a esto sí lo llamo yo basura.

Con cuatro helicópteros llenos de *paparazzi* sobrevolándonos, el 19 de abril de 1997 Brooke y yo nos casamos. La ceremonia se celebra en Monterrey, en una iglesia diminuta en la que hace un calor sofocante, criminal. Yo daría lo que fuera por un soplo de aire fresco, pero las ventanas deben permanecer cerradas para que no entre el ruido de los helicópteros.

El calor, en efecto, explica en parte por qué no paro de sudar durante toda la ceremonia. Pero la razón principal es que tengo los nervios y el cuerpo destrozados. Mientras el sacerdote habla y habla, las gotas de sudor me resbalan por la frente, por la barbilla, por las orejas. Todo el mundo me mira. Ellos también sudan, pero no como yo. Tengo empapada la chaqueta de mi nuevo esmoquin Dunhill. Incluso los zapatos chirrían cuando camino. En esos zapatos, por cierto, llevo unas alzas, otra exigencia no negociable de Brooke. Ella pasa del metro ochenta, y no quiere quedar mucho más alta que yo en las fotos, así que ha optado por unos zapatos antiguos con muy poco tacón, y yo llevo lo que, en mi percepción, son unos zancos.

Antes de salir de la iglesia, una novia falsa que se hace pasar por Brooke sale antes. Para despistar a los *paparazzi*. La primera vez que me hablaron de ese plan, desconecté, dejé de escuchar. Ahora, al ver a la doble de Brooke salir de allí, por mi mente cruza una idea que ningún hombre debería tener el día de su boda. Ojalá yo también pudiera irme. Ojalá hubiera un novio falso que ocupara mi sitio.

Un carruaje tirado por caballos nos espera para llevarnos al lugar del banquete, un rancho llamado Stonepine. Pero antes realizamos un breve desplazamiento en coche para llegar al carruaje. Me siento junto a Brooke, con la mirada baja. Me mortifica mi ataque de sudoración histérica. Brooke me dice que no importa. Es muy comprensiva, pero sí importa. Nada va bien.

Entramos en el lugar donde se celebra el banquete, atravesando una pared maciza de ruido. Veo un carrusel de rostros: Philly, Gil, J. P., Brad, Slim, mis padres… Hay

personajes famosos a los que no conozco personalmente, aunque los reconozco vagamente. ¿Amigos de Brooke? ¿Amigos de amigos? ¿Algún *friend* de la serie *Friends*? Veo fugazmente a Perry, mi padrino y autoproclamado productor de la boda. Lleva unos auriculares con micrófono incorporado, como esos que usaba Madonna para estar en contacto permanente con los fotógrafos y las floristas y los camareros. Se ve tan ocupado, tan concentrado, que, aunque parezca imposible, me pone más nervioso de lo que ya estoy.

Al final de la velada, Brooke y yo nos arrastramos hasta nuestra *suite* nupcial, que, tal como yo he encargado, está iluminada por cientos de velas. Demasiadas: la habitación es un horno. Hace más calor que en la iglesia. Empiezo a sudar de nuevo. Decido apagar las velas y al poco los detectores de humo se disparan. Los desactivamos y abrimos las ventanas. Mientras el dormitorio se refresca, bajamos, volvemos a la celebración y pasamos nuestra noche de bodas comiendo *mousse* de chocolate con el resto de los invitados.

Al día siguiente, por la tarde, durante una barbacoa organizada para amigos y familiares, Brooke y yo hacemos una entrada triunfal. De acuerdo al plan de Brooke, llevamos sombreros de *cowboy*, camisas vaqueras y vamos montados en caballos. Mi yegua se llama *Sugar*. Sus ojos tristes, vidriosos, me hacen pensar en *Peaches*. La gente me rodea, habla conmigo, me felicita, me da palmaditas en la espalda y yo querría salir corriendo. Paso gran parte de la barbacoa con mi sobrino Skyler, el hijo de mi hermana y Pancho. En alguna parte encontramos un arco y unas flechas y practicamos tiro en un roble que queda bastante lejos.

Mientras estoy tensando el arco, noto un dolor repentino en la muñeca.

Cancelo mi participación en el Roland Garros de 1997. De todas las superficies, la tierra batida es la peor para una muñeca frágil. De ninguna manera voy a soportar cinco sets con esas *ratas de cloaca*, que no han parado de practicar y ejercitarse mientras yo me hacía la manicura y montaba en mi yegua *Sugar*.

Pero a Wimbledon sí voy a ir. Quiero ir. Brooke ha conseguido un trabajo en Inglaterra, lo que significa que podrá acompañarme. Nos irá bien, pienso. Un cambio de sitio. Un viaje, el primero como marido y mujer, a un sitio que no es una isla.

Aunque, pensándolo bien, Inglaterra sí es una isla.

En Londres, pasamos varias noches felices. Cena con amigos. Una obra de teatro experimental. Un paseo junto al Támesis. Los astros se alinean para que este sea un buen Wimbledon. Pero entonces decido que prefiero arrojarme al Támesis antes que participar en el torneo. No sé por qué, pero no me veo capaz de ponerme a practicar.

Informo a Brad y a Gil de que me retiro del torneo. Estoy atascado.

¿Cómo *atascado*?

He jugado a este juego por muchas razones, le respondo, y simplemente me parece que ninguna de ellas ha sido nunca mía.

Las palabras salen solas, atropelladamente, sin haberlas pensado antes, como aquella otra noche con Slim. Pero me parece que hay mucha verdad en ellas. Tanta, que decido ponerlas por escrito. Se las repito a los periodistas. Y a los espejos.

Después de renunciar al torneo, permanezco en Londres, esperando a que Brooke termine su filmación. Una noche vamos con un grupo de actores a un famoso restaurante que Brooke se muere de ganas de conocer: The Ivy. Brooke y ellos charlan mientras yo permanezco en silencio en un extremo de la mesa, comiendo. Devorando, en realidad. Pido cinco platos y, de postre, me meto entre pecho y espalda tres raciones de denso pudin de *toffee*.

Finalmente, una actriz se da cuenta de la gran cantidad de comida que está desapareciendo en mi extremo de la mesa. Me mira, alarmada.

¿Siempre comes así?, me pregunta.

Estoy jugando en Washington D. C. y mi rival es Flach. Brad me dice que salga y me vengue de él por la derrota del año pasado en Wimbledon, pero la verdad es que eso no me importa lo más mínimo. ¿Venganza? ¿Otra vez? ¿No hemos pasado ya por eso? Me entristece y me cansa que Brad esté tan metido en sí mismo que no preste atención a lo que estoy sintiendo. ¿Quién se cree que es? ¿Brooke?

Pierdo contra Flach, claro está, y comunico a Brad que me tomo el verano libre. ¿Todo el verano?

Nos vemos en otoño.

Brooke y yo estamos instalados en Los Ángeles, pero yo me paso casi todo el tiempo en Las Vegas. Slim también está ahí, y muchas veces nos colocamos. Es todo un cambio sentirme con energía, sentirme contento, *desatascado*. Me gusta sentirme motivado de nuevo, aunque se trate de una motivación inducida por la química. Me paso despierto varias noches seguidas, disfrutando del silencio. Nadie me llama por teléfono, nadie me envía faxes, nadie me molesta. No tengo nada que hacer salvo pasearme por la casa, doblar ropa y pensar.

Quiero alejar el vacío, le digo a Slim.

Sí —dice él—. Sí. El vacío.

Además del subidón que me da colocarme, obtengo una satisfacción clara en el hecho de perjudicarme a mí mismo y de acortar mi carrera. Después de tantos años coqueteando con el masoquismo, ahora lo convierto en mi misión.

Pero, físicamente, el bajón de después es muy desagradable. Tras dos días colocado, sin dormir, soy como un extraterrestre. Tengo el descaro de preguntarme por qué me siento tan mal. Pero si soy deportista… Mi cuerpo debería ser capaz de superar eso. Slim, que no lo es, se coloca constantemente, y parece encontrarse bien.

Pero entonces, de repente, Slim no se encuentra nada bien. Se vuelve irreconocible, y la culpa no es solamente de las drogas. La idea de ser padre ya lo tenía desquiciado. Ahora, una noche, me llama desde el hospital y me dice que ya ha

ocurrido.

Qué.

Ella ha tenido el niño. Muy prematuro. Un niño. Andre, solo pesa seiscientos gramos. Los médicos no saben si va a sobrevivir.

Me traslado enseguida al Sunrise Hospital, el mismo en el que Slim y yo nacimos con veinticuatro horas de diferencia. A través de un cristal miro lo que me dicen que es un bebé, aunque es del tamaño de la palma de mi mano. Los médicos nos comunican, a Slim y a mí, que el recién nacido está muy enfermo. Deben administrarle una inyección con antibióticos.

A la mañana siguiente, esos mismos doctores nos informan de que la inyección no ha penetrado. El antibiótico se le ha derramado por una pierna, que se ha quemado. Además, el niño no respira por sus propios medios. Deben conectarlo a un ventilador mecánico. Se trata de una operación arriesgada. Los médicos temen que los pulmones no estén lo suficientemente desarrollados. En cualquier caso, sin ventilador morirá.

Slim no dice nada. Hagan lo que consideren mejor, les digo yo a los médicos.

Como se temían, horas después uno de los pulmones del pequeño deja de funcionar. Poco después le sucede lo mismo al otro. Ahora los médicos dicen que el pequeño no acepta la ventilación mecánica, y sin ella, morirá. No saben qué hacer.

Existe una última esperanza. Una máquina que podría realizar la misma función que el ventilador mecánico pero sin dañar los pulmones. Se trata de un dispositivo que procesa la sangre del bebé, la oxigena y se la devuelve. Pero la más cercana se encuentra en Phoenix.

Solicito un avión medicalizado. Un equipo de médicos y enfermeras desconecta al bebé del ventilador y lo lleva con sumo cuidado hasta la pista de aterrizaje.

Entonces Slim, su novia y yo nos montamos en otro avión. Una enfermera nos facilita un número de teléfono para que llamemos cuando aterricemos, para saber si el niño ha sobrevivido al vuelo.

Apenas las ruedas tocan tierra en Phoenix, me armo de valor y llamo.

¿Ha…?

Lo ha conseguido. Pero ahora debemos llevarlo hasta la máquina.

En el hospital, esperamos. Esperamos. El tiempo no pasa. Slim no deja de fumar. Su novia llora en silencio mientras hojea una revista. Yo me alejo un momento para telefonear a Gil. Kacey no está bien, dice. Tiene dolores constantes. No parece Gil. Parece Slim.

Regreso a la sala de espera. Aparece un médico quitándose la mascarilla. No sé si podré soportar más malas noticias.

Hemos conseguido conectarlo a la máquina, dice el médico. De momento ha ido bien. Los próximos seis meses lo dirán.

Alquilo una casa cerca del hospital para Slim y su novia. Después regreso a Los Ángeles. Debería dormir durante el vuelo, pero mantengo la mirada fija en el asiento delantero y pienso en lo frágil que es todo. «Los próximos seis meses lo dirán». ¿Y a

quién de nosotros no puede aplicarse esta funesta frase?

En casa, sentados en nuestra cocina, le cuento a Brooke toda la historia, una historia triste, terrible, milagrosa. Ella se siente fascinada, pero también desconcertada.

¿Por qué te has involucrado tanto?, me pregunta.

¿Y cómo iba a no hacerlo?

Semanas después, Brad me convence de que regrese brevemente y juegue el Campeonato de la ATP de Cincinnati. Me enfrento al brasileño Gustavo Kuerten. Tarda cuarenta y seis minutos en derrotarme. Es mi tercera derrota seguida en una primera ronda. Gullickson anuncia que no contará conmigo para el equipo de Copa Davis. Soy uno de los mejores jugadores estadounidenses de todos los tiempos, pero no lo culpo por su decisión.

En el Open de Estados Unidos de 1997, no soy cabeza de serie por primera vez en tres años. Llevo una camiseta de color melocotón y en el *stand* de la marca que me la patrocina venden tantas iguales que se les acaban enseguida. Es asombroso, pero la gente sigue queriendo vestir como yo. La gente quiere parecerse a mí. ¿Me han visto bien últimamente?

Llego a dieciseisavos de final y me enfrento a Rafter, que se encuentra en el año de su despegue. Llegó a semifinales en Roland Garros, y, personalmente, es mi favorito para llevarse el torneo. Tiene un gran saque y una gran volea, que me recuerda a la de Pete, pero a mí siempre me ha parecido que Rafter y yo hacíamos una mejor pareja de rivales, porque es más coherente que Pete. Pete puede jugar unos treinta y ocho minutos muy malos, y después uno estratosférico y ganar el set, mientras que Rafter juega bien todo el set. Mide un metro noventa y posee un centro de gravedad muy bajo. Puede cambiar de dirección con la rapidez de un vehículo deportivo. Es uno de los jugadores del circuito a los que cuesta más ganar, y resulta más difícil todavía que te caiga mal. Gane o pierda, tiene mucha clase, y ese día me gana. Me estrecha la mano, caballeroso, y me dedica una sonrisa a la que asoma un inconfundible atisbo de compasión.

Dentro de diez días jugaré en Stuttgart. Debería descansar bien, practicar un poco. Pero lo que hago es irme a Carolina del Norte, a un pueblecito llamado Mount Pleasant. Lo hago por Brooke, que ahora es íntima de David Strickland, un actor que aparece en la nueva serie televisiva en la que trabaja: *De repente, Susan*. David se va a Carolina del Norte a celebrar su cumpleaños con su familia y Brooke quiere que vayamos nosotros también. Piensa que nos vendría bien pasar unos días en el campo, respirar aire puro y a mí no se me ocurre ninguna buena razón para decir que no.

Mount Pleasant es un pintoresco pueblo sureño, pero, a diferencia de lo que

indica su nombre, no veo montes por ninguna parte, y de agradable no tiene nada. La casa de Strickland es cómoda, con suelos de madera antiguos, camas blandas, cálidas, y un perfume envolvente a tartas y a canela. Pero, de manera algo incongruente, se alza en pleno campo de golf, y el porche trasero se encuentra a escasos veinte metros de uno de los *greens*, por lo que siempre hay alguien en mi campo de visión, jugando. La señora de la casa, la abuela Strickland, es una mujer de pechos grandes y mejillas sonrosadas, que parece recién salida de Mayberry y que está siempre plantada junto al horno, preparando algo o cocinando otra paella. No es que sean alimentos muy adecuados cuando uno debe entrenar, pero me los como por educación y pido repetir.

Brooke parece estar en la gloria, y yo, en parte, la entiendo. La casa está rodeada de onduladas colinas y árboles antiguos, sus hojas han adoptado nueve tonalidades distintas de naranja y ella adora a David. Tienen un vínculo especial, un lenguaje secreto a base de bromas que solo ellos entienden y de charlas cómicas. De vez en cuando adoptan la personalidad de sus respectivos papeles en la serie, crean una escena y se tronchan de la risa. Después, rápidamente, explican qué es lo que acaban de hacer y de decir, intentando que yo lo entienda y no me sienta excluido. Pero siempre se quedan cortos, siempre llegan demasiado tarde. Yo soy el tercero en discordia y lo sé.

Por las noches, la temperatura cae en picado. El aire fresco se impregna de los olores de la tierra y los árboles, y me pone triste. Me quedo un rato de pie, en el porche, contemplando las estrellas, preguntándome qué me pasa, por qué ese paisaje no consigue encantarme. Pienso en ese otro momento, hace tantos años ya, en que Philly y yo decidimos que iba a dejarlo. Cuando recibí aquella llamada para jugar precisamente aquí, en Carolina del Norte. El resto es historia. Una y otra vez me pregunto: ¿y si…?

Llego a la conclusión de que tengo que trabajar. Como siempre, el trabajo es la respuesta. La verdad es que para Stuttgart faltan ya muy pocos días. Sería agradable ganar. Telefoneo a Brad y él localiza una pista a una o dos horas de allí. También me busca a alguien para que me haga de *sparring*, un aficionado al que nada le haría más ilusión que pelotear conmigo todas las mañanas. Conduzco, temprano, a través de la niebla matutina, hacia los Montes Azules y conozco al aficionado. Le doy las gracias por dedicarme parte de su tiempo y él me dice que el placer es todo suyo. Será un honor, señor Agassi. Me siento virtuoso: cumplo con mi deber, hago mi trabajo incluso aquí, en este lugar tan remoto. Y empezamos a pelotear. A esa altitud, la pelota va a donde le da la gana, desafía la ley de la gravedad. Es como jugar en el espacio exterior. Apenas merece la pena el esfuerzo.

Entonces, el joven aficionado se lesiona el hombro.

Me paso los siguientes dos días de mi estancia en el Sur devorando paella y pensando. Cuando estoy ya tan aburrido que iría a darme cabezazos contra un pino, salgo al campo de golf e intento meter la pelota en el hoyo que queda más cerca del porche.

Por fin me llega la hora de irme. Me despido de Brooke con un beso, me despido de la abuela Strickland con otro beso y me doy cuenta de que en ambos hay la misma dosis de pasión. Vuelo hasta Miami para enlazar con un vuelo directo a Stuttgart. Cuando me acerco a la puerta de embarque, ¿a quién me encuentro? A Pete, claro. Como siempre. Por su aspecto se diría que no ha hecho más que entrenarse durante el último mes. Y cuando no se entrenaba, estaba tendido en el camastro de una austera celda, pensando en la manera de ganarme. Se ve descansado, centrado y concentrado. Siempre me ha parecido que la prensa deportiva exageraba las diferencias entre Pete y yo. Parecía demasiado conveniente, demasiado importante para el público, y para Nike, y para el juego, que Pete y yo fuéramos dos polos opuestos, los Yankees y los Red Sox del tenis. El jugador con el mejor saque enfrentado al jugador con el mejor resto. El chico reservado de California contra el chulo de Las Vegas. Todo aquello me parecía una serie de gilipolleces. O, por recurrir a la palabra favorita de Pete, *chorradas*. Pero en este momento, mientras hablamos de todo y de nada en la puerta de embarque, el abismo entre nosotros parece inmenso, auténtico, y me da miedo. Es como la distancia que separa el bien y el mal. Con frecuencia le comento a Brad que creo que el tenis tiene un papel demasiado importante en la vida de Pete y demasiado poco importante en la mía, pero en realidad Pete parece controlar a la perfección esas proporciones. El tenis es su profesión, y la ejerce con ganas y con dedicación, mientras que toda mi cháchara sobre mantener una vida activa más allá del tenis parece solo eso, cháchara. Una manera tonta de racionalizar todas mis distracciones. Por primera vez desde que lo conozco —incluidas las veces en que me ha dado palizas en la pista— envidio a Pete por ser tan soso. Ojalá pudiera emular su espectacular falta de inspiración y su peculiar falta de necesidad de inspiración.

Pierdo contra Martin en la primera ronda de Stuttgart. Cuando salimos del estadio veo a Brad como nunca lo había visto: me mira con asombro, con tristeza, con una compasión parecida a la de Rafter. Cuando llegamos al hotel, me pide que vaya a su habitación.

Saca dos cervezas del minibar. No se fija en la marca. Le da igual que sean alemanas. Cuando Brad toma cerveza alemana sin darse cuenta, sin quejarse, es que algo grave pasa.

Lleva unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Se ve muy serio, muy severo. Y mayor. Ha envejecido por mi culpa.

Andre, tenemos que tomar una decisión, y tenemos que tomarla esta misma noche, antes de que salgas de esta habitación.

¿Qué pasa, Brad?

No podemos seguir así. Tú eres mejor de lo que demuestras. Al menos lo eras. O lo dejas, o empiezas de nuevo. Pero no puedes seguir avergonzándote a ti mismo de esta manera.

¿Qué…?

Déjame terminar. A ti te queda juego. Al menos eso es lo que yo creo. Todavía puedes ganar. Todavía te pueden pasar cosas buenas. Pero necesitas una puesta a punto completa. Tienes que volver al punto de partida. Tienes que desprenderte de todo y volver a empezar. Te estoy hablando de regresar a la casilla número uno.

Cuando Brad me habla de renunciar a torneos, sé que la cosa es seria.

Esto es lo que debes hacer, me dice: debes entrenarte como no te has entrenado en años. Muy duro. Debes poner tu cuerpo en forma, tu mente en forma, y empezar desde abajo. Estoy hablando de que participes en torneos de jugadores emergentes, chicos que jamás han soñado que llegarían a conocerte y mucho menos a enfrentarse a ti.

Deja de hablar. Da un buen trago de cerveza. Yo no digo nada. Hemos llegado a la encrucijada. Ahí está y ahora me parece que llevamos meses dirigiéndonos hacia aquí. Años. Miro por la ventana y veo pasar los coches. Odio el tenis más que nunca. Pero me odio más a mí mismo. Me digo a mí mismo: ¿y qué? ¿A quién le importa que odies el tenis? Toda esa gente de ahí fuera, todos esos millones de personas que odian el trabajo con el que se ganan la vida, van a trabajar todos los días. Tal vez hacer lo que odias, hacerlo bien y con alegría, es la clave. Sí, muy bien, odias el tenis. Ódialo todo lo que quieras. Pero aun así debes respetarlo y respetarte a ti mismo.

Digo: está bien, Brad. Todavía no estoy listo para dejarlo. Quiero seguir. Dime qué tengo que hacer y lo haré.

21

Cambio.

Es hora de cambiar, Andre. No puedes seguir así. Cambio, cambio, cambio. Me repito la palabra varias veces al día, todos los días, mientras unto mantequilla en las tostadas, mientras me cepillo los dientes, no tanto como un aviso, sino más bien como un cántico que me calma. Lejos de deprimirme, de avergonzarme, la idea de que debo cambiar completamente, de la cabeza a los pies, me centra. Por una vez en la vida no escucho esa machacona duda interior que sigue a cada decisión personal. Esta vez no voy a fallar. No puedo, porque si no cambio ahora ya no cambiaré nunca. La idea de estancarme, de seguir siendo *este Andre* el resto de mi vida…, eso es lo que en realidad me resulta deprimente y vergonzoso.

Y sin embargo…

Nuestras mejores intenciones se ven a menudo obstaculizadas por fuerzas externas, fuerzas que nosotros mismos pusimos en marcha hace mucho tiempo. Las decisiones —sobre todo las equivocadas— crean su propio impulso, y a veces cuesta mucho frenar ese impulso, como sabrá todo atleta. Incluso cuando prometemos cambiar, incluso cuando lamentamos y nos arrepentimos de nuestros errores, el impulso de nuestro pasado sigue arrastrándonos hacia abajo, por el camino del error. El impulso gobierna el mundo. El impulso dice: un momento, no tan deprisa, aquí todavía mando yo. Como a un amigo mío le gusta decir, citando un poema griego antiguo: las mentes de los dioses eternos no se cambian de pronto.

Semanas después de Stuttgart, mientras camino por el aeropuerto de La Guardia, recibo una llamada telefónica. Se trata de un hombre de voz ronca, una voz que juzga y que condena. Es la voz de la Autoridad. Dice que es un médico que trabaja para la ATP. (Creo que esas siglas son las iniciales de Asociación de Profesionales del Tenis). Hay condena en su voz, como si fuera a decirme que me estoy muriendo. Y eso es exactamente lo que me dice.

Le ha correspondido a él analizar mi muestra de orina de un torneo reciente. Es mi deber, añade, informarle de que no ha superado la prueba antidopaje estándar de la ATP. En la muestra de orina que usted entregó se han encontrado trazas de metanfetamina.

Me desplomo sobre una silla de la zona de recogida de equipajes. Llevo una mochila que me quito del hombro y dejo en el suelo.

¿Señor Agassi?

Sí, estoy aquí. ¿Y ahora qué?

Bien, hay que seguir un procedimiento. Tendrá que escribir una carta a la ATP admitiendo su culpabilidad o declarándose inocente.

Ajá.

¿Sabía usted que hubiera alguna probabilidad de que esa droga se encontrara en su organismo?

Sí, sí, lo sabía.

En ese caso, deberá explicar en su carta cómo llegó la droga hasta él.

¿Y después?

Su carta será revisada por un tribunal.

Si usted consumió esa droga conscientemente…, si usted, por así decirlo, se declara culpable, será sancionado, claro está.

¿Cómo?

Me recuerda entonces que en tenis existen tres maneras de violar la ley en relación con las sustancias no permitidas. Las drogas que potencian el rendimiento pertenecerían a la Clase 1, me dice, y comportan una suspensión de dos años. En todo caso, la metanfetamina constituye un caso claro de Clase 2: drogas recreativas.

Pienso: *recreativas*. De *recrear*. Re-crear.

Digo: ¿y eso qué implica?

Tres meses de suspensión.

¿Y qué hago una vez que haya escrito la carta?

Tengo aquí una dirección de contacto. ¿Tiene papel y lápiz?

Rebusco en mi mochila hasta encontrar mi cuaderno. Me indica el nombre de una calle, de una ciudad, un código postal. Yo lo anoto todo, aturdido, sin intención, en realidad, de escribir esa carta.

El médico dice algunas cosas más que no oigo, y entonces le doy las gracias y cuelgo. Salgo del aeropuerto y paro un taxi. Mientras me dirijo a Manhattan y miro por la ventanilla sucia, le digo a la nuca del taxista: y hasta aquí el cambio.

Me voy directo a la casa con fachada de ladrillo rojo que Brooke tiene en la ciudad. Por suerte, ella está en Los Ángeles. Sería incapaz de ocultarle mis emociones. Tendría que contárselo todo y ahora mismo no podría asumirlo. Me tumbo en la cama y me quedo dormido al momento. Cuando despierto, una hora después, me doy cuenta de que todo ha sido una pesadilla.

Tardo varios minutos en aceptar que no, que la llamada telefónica ha sido real. Que el médico también era real. Que la metanfetamina fue demasiado real.

Mi nombre, mi carrera, todo pende ahora de un hilo, todo está sobre una mesa de apuestas en la que nadie gana. Todo lo que he conseguido, todo aquello por lo que he trabajado, podría muy pronto no tener ningún sentido. Parte de mi incomodidad con el tenis siempre ha sido esa sensación persistente de que no tenía sentido. Ahora estoy a punto de aprender el verdadero sentido del *sinsentido*.

Me está bien empleado.

Me quedo despierto hasta el amanecer, preguntándome qué debo hacer, a quién puedo contárselo. Intento imaginar qué sentiré al verme expuesto a la vergüenza pública, no por mi ropa ni por mi rendimiento en el juego, no por cierta campaña publicitaria que alguien me atribuye, sino por mi absoluta estupidez, que es mía y

solamente mía. Me convertiré en un paria. Seré una moraleja.

Con todo, a pesar del sufrimiento, durante los días siguientes no me dejo dominar por el pánico. Todavía no. No del todo. No puedo permitírmelo, porque otros problemas más acuciantes me acechan desde todos los flancos. La gente que me rodea, la gente a la que quiero, sufre.

Los médicos tendrán que operar por segunda vez el cuello de la pequeña Kacey. La primera intervención no ha salido bien. Dispongo que la trasladen a Los Ángeles para que reciba el mejor tratamiento, pero durante el periodo de recuperación postoperatorio vuelven a inmovilizarla: tiene que permanecer boca arriba en una cama de hospital y sufre horriblemente. Incapaz de mover la cabeza, dice que le arde la piel y el cuero cabelludo. Además, en su habitación hace un calor espantoso y en eso ha salido a su padre: no lo soporta. Le doy un beso en la mejilla y le digo: no te preocupes, lo solucionaremos.

Miro a Gil y lo veo encogerse por momentos.

Salgo enseguida hacia una tienda de electrodomésticos y compro el aparato de aire acondicionado más potente que encuentro. Gil y yo se lo instalamos en la ventana de su habitación. Cuando giro la rueda para que funcione a potencia máxima y le doy al botón para que se ponga en marcha, Gil y yo chocamos las manos y Kacey sonríe, al tiempo que el aire frío le mueve el flequillo de su preciosa carita redonda.

Después me voy a una juguetería, entro en la sección de baño y le compro uno de esos flotadores para bebés. Se lo coloco a Kacey debajo de la cabeza de manera que esta quede en el centro. Soplo para hincharlo hasta que gradualmente y con gran delicadeza, la cabeza se le levanta un poco sin que pierda el ángulo del cuello. Un gesto de puro alivio, de gratitud, de alegría, recorre el rostro de la niña, y en ese gesto, en esa pequeña tan valiente, hallo lo que había estado buscando, la piedra filosofal que une todas las experiencias, buenas y malas, de los últimos años. Su sufrimiento, su sonrisa frente a él, mi contribución para aliviárselo…, esa, *esa* es la razón de todo. ¿Cuántas veces más tendrán que mostrármelo? Es por eso por lo que estamos aquí. Para luchar entre el dolor y, siempre que sea posible, para aliviar el dolor de los demás. Así de simple. Y tan difícil de ver…

Me vuelvo hacia Gil, y él lo ve todo, y tiene las mejillas húmedas de llanto.

Un poco más tarde, mientras Kacey duerme, mientras Gil hace como que no duerme ahí, en un rincón, yo me siento en una silla de respaldo duro, junto a la cama, con un cuaderno en el regazo, y escribo una carta a la ATP, una carta llena de mentiras entre las que intercalo alguna que otra verdad.

Reconozco que la droga estaba en mi organismo, pero declaro que no la consumí conscientemente. Expongo que Slim —al que ya he despedido— es un drogadicto confeso, y que habitualmente le echa metanfetamina a sus refrescos, lo que es cierto. Y entonces llego a la mentira central de la carta: digo que un día, sin darme cuenta, me bebí uno de los refrescos de Slim y que de ese modo, involuntariamente, ingerí la sustancia. Afirmo que me sentí envenenado, pero que pensé que la droga saldría de

mi organismo rápidamente. Al parecer, no fue así.

Pido comprensión y benevolencia, y la firmo a toda prisa: atentamente…

Permanezco sentado con la carta sobre las piernas, observando el rostro de Kacey. Me siento avergonzado, por supuesto. Siempre he sido una persona sincera. Cuando miento, casi siempre es sin saberlo, o cuando me miento a mí mismo. Pero al imaginar la cara de Kacey al saber que tío Andre consume drogas y que por eso se le impide jugar al tenis durante tres meses, y al multiplicar esa cara por millones de otras caras, no sé qué otra cosa puedo hacer sino mentir.

Me prometo a mí mismo que al menos esa mentira será la última. Enviaré la carta, pero no haré nada más. Dejaré que mis abogados se ocupen del resto. No me presentaré ante ningún tribunal a mentirles a sus miembros a la cara. Nunca mentiré sobre eso en público. A partir de ahí, lo dejaré todo en manos del destino y de esos hombres con traje. Si ellos consiguen solucionarlo en privado, discretamente, tanto mejor. Si no, aceptaré lo que ocurra.

Gil se despierta. Yo doblo la carta y salgo con él al pasillo.

Bajo la luz de los fluorescentes se ve agotado, pálido. Se ve —no acabo de creérmelo— débil. Lo había olvidado. Es en los pasillos de los hospitales donde aprendemos de qué va la vida. Lo abrazo y le digo que lo quiero y que lo superaremos.

Él asiente con la cabeza, me da las gracias, murmura algo sin sentido. Permanecemos en silencio muchísimo rato. En sus ojos veo que sus pensamientos bordean el abismo. Después intenta distraerse. Necesita hablar de algo, de lo que sea, menos del temor, de las preocupaciones. Me pregunta qué tal me va a mí.

Le digo que he decidido volver a implicarme en el tenis, empezar en las ligas menores y trabajarme mi regreso. Le digo que Kacey ha sido para mí un motivo de inspiración, me ha mostrado el camino.

Gil dice que quiere ayudarme.

No, tú ya tienes bastante con lo que tienes.

Eh. Súbete a mis hombros. ¿Te acuerdas? Y busca.

No puedo creerme que todavía conserve la fe. Le he dado muchos motivos para dudar. Tengo veintisiete años, la edad en la que muchos tenistas inician su descenso y le estoy hablando de una segunda oportunidad; Gil ni se inmuta, no arquea una ceja siquiera.

Al suelo, dice. Hay pelea.

Empezamos por el principio, como si fuera un adolescente, como si nunca me hubiera ejercitado, porque ese es el aspecto que tengo. Estoy lento, estoy gordo y frágil como un gatito. Llevo un año entero sin levantar una mancuerna. Lo más pesado que levanté fue el aparato de aire acondicionado de Kacey. Necesito redescubrir mi cuerpo, ganar fuerzas despacio, gradualmente.

Pero antes: estamos en el gimnasio de Gil. Estoy sentado en un banco, y él se apoya en un extensor de piernas. Le cuento lo que le he hecho a mi cuerpo. Las drogas. Le cuento lo de la posible suspensión inminente. No puedo pretender que me saque de las profundidades si no sabe lo bajo que he caído. Al enterarse, parece tan afectado como cuando está en la habitación de hospital en la que se encuentra su hija. A mí, Gil me ha parecido siempre un Atlas, pero es que ahora lo veo, literalmente, como si sostuviera sobre sus hombros el peso del mundo, como si al levantar las pesas levantara también los problemas de seis mil millones de personas. Se le quiebra la voz.

Nunca me he sentido tan asqueado conmigo mismo.

Le digo que no quiero saber nada más de drogas, que no volveré a tocarlas, aunque no hace falta que se lo diga, porque lo sabe tan bien como yo. Carraspea, me da las gracias por sincerarme con él y se lo echa a la espalda. No importa dónde hayas estado, dice. A partir de ahora, lo que importa es hacia dónde vas.

Hacia dónde vamos, digo yo.

Exacto.

Diseña un plan. Perfila una dieta adecuada. Nada de comidas raras. Nada de recaídas. Nada de comida rápida. Nada de atajos.

Tendrás incluso que beber menos, dice.

Sobre todo, va a ponerme unos horarios muy estrictos. Comidas, ejercicio, pesas, prácticas…, todo a unas horas precisas.

Como parte de mi nuevo y ascético estilo de vida, veré menos a mi mujer. Me pregunto si se dará cuenta.

Paso un mes muy duro, muy intenso, con Gil, tanto como durante aquel primer campamento militar de principios de 1995, y después participo en un torneo de nuevas promesas, el peldaño más bajo del tenis profesional. El premio para el ganador es de 3.500 dólares. El público asistente no llenaría ni el clásico estadio de fútbol americano de un instituto.

Los partidos se disputan en la Universidad de Nevada en Las Vegas, un escenario que me resulta familiar, aunque la ocasión no lo sea. Cuando Gil y yo llegamos al estacionamiento, pienso en lo lejos que he llegado y en lo lejos que no he llegado. En esas mismas pistas jugaba cuando tenía siete años. Aquí vine el día que Gil dejó su empleo para trabajar conmigo. Ahí mismo estaba yo ese día, al otro lado de la puerta de su despacho, nervioso al pensar en el camino que se extendía ante nosotros. Ahora, a dos pasos de allí, voy a jugar con aficionados y viejas glorias.

Dicho de otro modo, con los que son como yo.

Un torneo de promesas es algo poco importante por definición y en ningún otro lugar esa constatación resulta más evidente que en la cantina de los jugadores. La comida que se ofrece antes de los partidos es como la que dan en los aviones: pollo

plastificado, verduras mustias, refrescos sin gas… En otra época, en los torneos de Grand Slam, yo me paseaba de arriba abajo por las mesas del bufet, charlando con los chefs de gorro blanco que me preparaban unas tortillas esponjosas, unos platos de pasta casera. Todo eso ha terminado.

Pero es que las humillaciones no terminan ahí. En un torneo de promesas no hay tantos recogepelotas. Es lógico, porque prácticamente no hay pelotas. Solo te dan tres por partido. Junto a tu pista se suceden filas de otras pistas en las que, simultáneamente, se disputan otros partidos. Cuando lanzas la pelota para sacar, ves a otros jugadores a tu izquierda y a tu derecha. Los oyes discutir. Les da igual interrumpirte, desconcentrarte. De vez en cuando una pelota de otro campo aterriza en el tuyo y se pasea frente a tus pies. Y oyes: ¡un poco de colaboración, por favor! Y debes dejar lo que estés haciendo y devolver la pelota. Ahora el recogepelotas eres TÚ. De nuevo.

Además, debes actualizar el marcador tú mismo. Manualmente. Durante los cambios, muevo los numeritos de plástico, en lo que parece un juego infantil. El público se ríe y grita cosas. ¡Qué bajo han caído los poderosos! *La imagen lo es todo*, ¿eh, colega? Un alto representante del tenis comenta públicamente que ver jugar a Andre Agassi en un campeonato de promesas es como oír a Bruce Springsteen tocar en el bar de la esquina.

¿Y qué hay de malo en que Springsteen toque en el bar de la esquina? A mí me parece que estaría muy bien que Springsteen tocara en el bar de la esquina de vez en cuando.

Ocupo el puesto 141 del *ranking* mundial, el más bajo que he ocupado en mi vida adulta, el más bajo que jamás pensé que ocuparía. Los periodistas deportivos destacan que se me han bajado los humos. Les encanta decirlo. No pueden estar más equivocados. Los humos se me bajaron en la habitación del hotel, con Brad. Los humos se me bajaron mientras me metía metanfetaminas con Slim. Ahora, simplemente, me alegro de estar ahí.

Brad opina lo mismo. No cree que haya nada humillante en jugar con promesas. Vuelve a tener energía, vuelve a dedicarse a mí y yo lo adoro por ello. De hecho, está entusiasmado con ese campeonato de promesas, y me entrena como si nos encontráramos en Wimbledon. No duda de que ese es el primer paso del camino que ha de llevarme de nuevo a ser número uno. Inevitablemente, yo pongo a prueba su fe de inmediato. Soy una sombra de lo que fui. Es posible que mis piernas y mis brazos estén de nuevo en forma, pero a mi mente todavía le falta mucho para estarlo. Llego a la final, pero entonces mi mente se rinde. Temblando a causa de la presión, la extrañeza, el ridículo que me llegan de las gradas, pierdo.

Brad no se desanima. Habrá que reeducarse en ciertas técnicas, dice. En la selección de tiros, por ejemplo. Debes volver a adiestrar ese músculo con el que un jugador de tenis decide, en el fragor de la batalla, que ese tiro es el que conviene y en cambio ese otro no. Debes tener presente una vez más que no importa lanzar el mejor

disparo del mundo. ¿Te acuerdas? Si no es el momento adecuado, no es el tiro adecuado.

Todos los tiros son intuiciones adiestradas. Y yo ya no estoy adiestrado. Estoy tan verde como cuando jugaba en alevines. Tardé veintidós años en descubrir mi talento, en ganar mi primer torneo de Grand Slam… y he tardado solo dos en perderlo.

Una semana después del campeonato de Las Vegas, participo en otro torneo de promesas que se celebra en Burbank, concretamente en un parque público. La pista central cuenta con un árbol inmenso a un lado que proyecta una sombra de siete metros de longitud. A lo largo de mi carrera, he jugado en miles de pistas, pero esta es la más lamentable de todas. A lo lejos oigo a niños que juegan a base, y a matar, y los coches que pasan con la música a todo volumen.

El torneo se celebra durante el fin de semana de Acción de Gracias, y llego a la tercera ronda, que se disputa precisamente el día de Acción de Gracias. En lugar de comerme el pavo en casa, me dedico a correr por un parque público de Burbank, clasificado a 120 puntos por debajo de lo que estaba hace dos años por estas mismas fechas. Mientras tanto, en Gotemburgo, se está disputando la Copa Davis. Chang y Sampras contra Suecia. Es triste, pero justo, que yo no me encuentre allí. No es mi sitio. Mi sitio está aquí, bajo este árbol ridículo. A menos que acepte que estoy donde se supone que debo estar, aquel nunca volverá a ser mi sitio.

Mientras me caliento para el partido, caigo en la cuenta de que me encuentro a apenas cuatro minutos del estudio en el que Brooke graba la serie *De repente, Susan*, de la que Perry es ahora el productor. La comedia se ha convertido en un gran éxito, y Brooke está muy ocupada y trabaja doce horas al día. Aun así, me resulta raro que no pase a verme, que no se quede a ver algunos puntos. Ni siquiera cuando llego a casa me pregunta por el partido.

Aunque, claro, yo tampoco le pregunto a ella por *De repente, Susan*.

Hablamos de objetos. No hablamos de nada.

La única vez que interrumpo mis entrenamientos es para reunirme con Perry y poner los cimientos de mi fundación benéfica. De eso ya hablamos hace quince años, cuando éramos dos adolescentes idealistas y hablábamos con la boca llena de Chipwiches. Queríamos llegar a un punto a partir del cual pudiéramos empezar a devolver lo que habíamos recibido. Y finalmente hemos llegado a él. Yo he negociado un acuerdo a largo plazo con Nike, que me pagará decenas de millones en los próximos diez años. A mis padres les he comprado una casa. Me he ocupado de todos los miembros de mi equipo. Ahora ya estoy en situación de ampliar mis horizontes, económicamente hablando, y en 1997, a pesar de haber tocado fondo, o tal vez precisamente por eso, estoy listo.

Mi preocupación básica son los niños en situación de riesgo. Los adultos siempre pueden pedir ayuda, pero los niños no tienen voz, no tienen ningún poder. Así pues, el primer proyecto que emprende mi fundación es el establecimiento de un refugio para niños maltratados y abandonados que hayan quedado bajo custodia de los tribunales. El refugio incluye una casa de campo para menores con problemas médicos y una escuela provisional. Después lanzamos un programa para proporcionar ropa, anualmente, a tres mil niños de zonas desfavorecidas de los centros urbanos. Posteriormente, organizamos una serie de becas para la Universidad de Nevada en Las Vegas. Y un club para niños y niñas. Mi fundación adquiere un edificio de poco más de doscientos metros cuadrados que se cae a trozos y lo transforma en un centro de exposiciones de 2.300 metros cuadrados que incluye laboratorio con ordenadores, cafetería, biblioteca y pistas de tenis. Durante la inauguración, Colin Powell pronuncia un discurso.

Paso muchas horas libres en el Club de Niños y Niñas, conociendo a los pequeños, oyendo sus historias. Me los llevo a la pista de tenis, les enseño a agarrar bien la raqueta, veo un brillo especial en sus ojos, porque nunca han tenido una raqueta. Me siento con ellos en la sala de ordenadores, donde la demanda de conexión a internet es tal que forman largas colas y aguardan pacientemente su turno. Me asombra, me duele, ver las ganas que tienen de aprender. Otras veces me limito a sentarme en el centro recreativo del Club de Niños y Niñas, o me pongo a jugar al ping-pong con ellos. Nunca entro allí sin que me venga a la mente el centro recreativo de la Academia Bollettieri, en el que, en aquella primera noche, me sentía tan asustado que pegaba la espalda contra la pared. Ese recuerdo me lleva a querer adoptar a todos los niños asustados que veo.

Un día, en el centro recreativo, me siento con Stan, el hombre encargado del Club de Niños y Niñas. Le pregunto: ¿qué más podemos hacer? ¿Qué más cambios podemos aportar a sus vidas?

Y Stan me responde: hay que buscar la manera de que pasen más tiempo ocupados. De otro modo, es un paso adelante y dos pasos atrás. Si quieres que su paso por aquí tenga peso, que deje una huella indeleble en su vida, debes poder disponer de más horas de su tiempo. De hecho, de todo su tiempo.

Así pues, en 1997, vuelvo a encerrarme con Perry y se nos ocurre la idea de añadir la educación a nuestro trabajo. Y entonces decidimos convertir la educación en nuestro trabajo. Pero ¿cómo? Durante un tiempo breve nos planteamos abrir una escuela privada, pero los obstáculos burocráticos y económicos son excesivos. Por casualidad, veo un reportaje de «60 Minutos» sobre las llamadas *escuelas autónomas* y vivo mi *momento eureka*. Se trata de unas escuelas cuya financiación proviene en parte del Estado y en parte de fondos privados. El reto es recaudar el dinero, pero la ventaja es que el centro mantiene el control pleno de la educación. Con una de esas escuelas podríamos hacer las cosas a nuestra manera. Tendríamos libertad para crear algo único. Especial. Y si funcionara, podríamos propagarlo como un incendio sin

control. Podría convertirse en un modelo de escuela autónoma para todo el país. Podría cambiar la educación tal como la conocemos ahora.

No se me escapa lo paradójico del caso. Un reportaje de «60 Minutos» hizo que mi padre me enviara a un internado y me rompiera el corazón. Y ahora, otro reportaje del mismo programa me ilumina el camino a casa, me proporciona un mapa para encontrar el sentido de mi vida, mi misión. Perry y yo decidimos crear la mejor escuela autónoma de Estados Unidos. Decidimos contratar a los mejores profesores, pagarles bien y otorgarles la responsabilidad de organizar calificaciones y exámenes. Decidimos demostrar al mundo qué puede conseguirse cuando se pone el listón altísimo y se abre el grifo del dinero. Nos comprometemos a ello.

Yo pondré millones de dólares de mi bolsillo para poner en marcha la escuela, pero aun así tendremos que recaudar muchos millones más. Emitiremos bonos por valor de 40 millones de dólares, que pagaremos reinvirtiendo y sacándole partido a mi fama. Así, al fin, mi fama servirá a un propósito. Todas esas personas populares que he conocido en fiestas y a través de Brooke… Les pediré que aporten parte de su tiempo y su talento a mi escuela, que visiten a los niños, que actúen en un espectáculo anual para recaudar fondos y que llamaremos el Grand Slam para los niños.

Mientras Perry y yo nos dedicamos a buscar el lugar más adecuado para construir la escuela, recibo una llamada de Gary Muller, el sudafricano que jugaba y entrenaba en el circuito. Según me cuenta, está organizando un evento tenístico en Ciudad del Cabo con el propósito de recaudar dinero para la Fundación Nelson Mandela. Me pregunta si me gustaría participar.

No sabemos si Mandela asistirá, añade.

En todo caso, si existe una posibilidad, aunque sea remota, allí estaré.

Gary vuelve a llamarme muy poco después. Buenas noticias, me dice. Vas a poder conocer al Hombre.

No puede ser.

Sí. Nos lo ha confirmado. Asistirá al acto.

Sostengo el teléfono con fuerza. Siempre he admirado a Mandela. He seguido con gran respeto su lucha, su encarcelamiento, su milagrosa puesta en libertad y su asombrosa carrera política. La idea de conocerlo, de hablar con él, me aturde.

Se lo cuento a Brooke. No me había visto tan contento en mucho tiempo, por lo que ella también se muestra feliz. Quiere acompañarme. El acto tendrá lugar a poco tiempo de vuelo de donde ella estuvo rodando su película africana, en 1993, en la época en la que empezamos a enviarnos faxes.

Al momento sale a comprar ropa de safari a juego para los dos.

J. P. comparte mi respeto por Mandela, por lo que lo invito a viajar con nosotros, y a traerse a su mujer, Joni, a la que tanto Brooke como yo adoramos. Así pues, los cuatro viajamos a Sudamérica, y desde allí tomamos otro vuelo hasta Johannesburgo.

Por último, nos montamos en un endeble avión a propulsión y nos adentramos en el corazón de África.

Una tormenta nos obliga a realizar un aterrizaje forzoso. Nos refugiamos en una choza en medio de la nada, y entre el rugido de los truenos oímos a cientos de animales que corren en busca de refugio. Desde la choza, por la inmensa sabana, viendo las nubes de tormenta desplazarse por el horizonte, J. P. y yo convenimos en que ese es uno de esos momentos. Los dos estamos leyendo las memorias de Mandela, su *Largo camino hacia la libertad*, pero nos sentimos como héroes de una novela de Hemingway. Pienso en algo que Mandela declaró en una ocasión durante una entrevista: no importa en qué punto de la vida te encuentres; siempre hay viaje por delante. Y pienso en una de las citas favoritas de Mandela, del poema «Invictus», que lo ayudó a soportar aquellos momentos en los que pensó que el viaje ya había terminado: «Soy dueño de mi destino; soy capitán de mi alma».

Cuando pasa la tormenta, volvemos a montarnos en el avión y viajamos hasta una reserva de fauna. Pasamos tres días de safari. De madrugada, antes de que salga el sol, nos montamos en un todoterreno. Conducimos mucho rato y nos detenemos abruptamente. Permanecemos veinte minutos en plena oscuridad, con el motor encendido. Entonces, cuando lentamente empieza a clarear, descubrimos que nos encontramos a la orilla de una gran zona pantanosa, cubierta por la niebla, rodeados de gran variedad de especies. Vemos centenares de impalas; un grupo de al menos setenta y cinco cebras; manadas de jirafas altas como edificios de dos plantas, que se mueven a nuestro alrededor y se pasean entre los árboles, mordisqueando las ramas más altas y emitiendo, al hacerlo, un sonido como una hoja de apio cuando se parte entre los dientes. Sentimos que el paisaje nos habla: todos esos animales que inician su jornada en un mundo peligroso, transmiten un sosiego y una aceptación tremendos. ¿Por qué no podemos nosotros seguir su ejemplo?

Nos acompaña un chófer y un tirador. Este último se llama Johnson. A todos nos encanta Johnson. Es nuestro Gil africano. Monta guardia. Sabe que lo adoramos, y sonríe con el orgullo que le da su buena puntería. También conoce ese paisaje mejor que los impalas. En un determinado momento levanta una mano hacia un árbol y miles de monos diminutos, como si atendieran a una llamada, descienden hasta el suelo y lo cubren como hojas de otoño.

Una mañana nos adentramos entre los arbustos cuando el todoterreno derrapa de pronto y giramos bruscamente a la derecha.

¿Qué ha ocurrido?

Hemos estado a punto de atropellar a un león que dormía en medio de la pista.

El león se incorpora y nos mira como diciendo: me habéis despertado. Tiene una cabeza enorme y los ojos del color del Gatorade de lima-limón. Desprende un olor a almizcle tan primario que nos embriaga a todos.

Su melena es como la mía en otros tiempos.

No hagáis el menor ruido, nos dice el conductor.

Hagáis lo que hagáis, no os pongáis de pie.

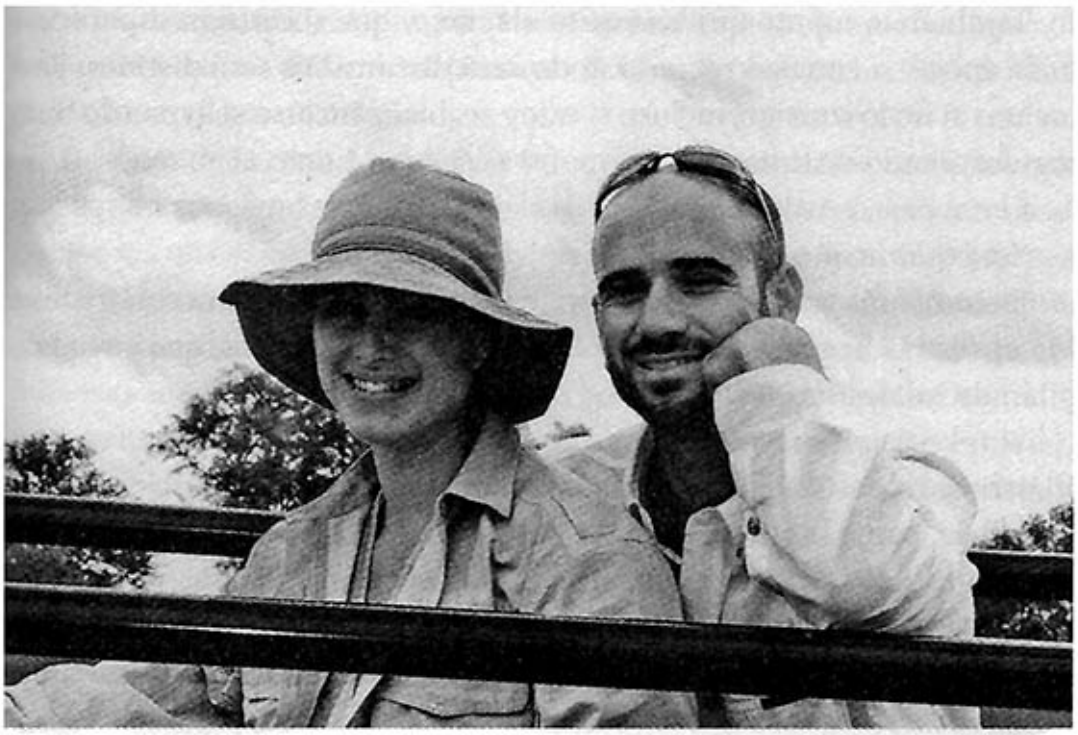
¿Por qué?

El león nos ve como un solo gran depredador. En este momento nos tiene miedo. Si nos ponemos de pie verá que somos varias personas de menor tamaño.

Entendido.

Tras varios minutos, el león se aleja y se interna entre los arbustos. Seguimos conduciendo.

Más tarde, cuando regresamos al campamento, me acerco a J. P. y le digo: tengo que decirte algo.



En Sudáfrica, de safari con Brooke a finales de 1997, días antes de conocer a Mandela.

Dispara.

Estoy pasando por… bien, por un momento difícil actualmente. Estoy intentando dejar atrás algunas cosas malas.

¿Cuál es el problema?

No puedo entrar en detalles. Pero quería disculparme por si te parezco… distinto.

Pues ahora que lo dices, sí. O al menos me lo has parecido. Pero ¿qué es lo que ocurre?

Te lo contaré cuando lo sepa mejor.

Se echa a reír. Pero entonces ve que no estoy de broma. ¿Estás bien?

No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

Querría contarle lo de la depresión, lo de la confusión, la experiencia con Slim, la posible suspensión de la ATP. Pero no puedo. Ahora no. No hasta que lo haya dejado todo un poco más atrás. Por el momento lo siento como ese león, todavía demasiado

cerca, acechante. No quiero pronunciar mis problemas en voz alta por temor a despertarlos y a que se abalancen sobre mí. Por ahora solo quiero alertar a J. P. de su presencia.

También le cuento que he vuelto al tenis, y que si consigo superar esa mala época, si consigo regresar, todo será distinto. Yo seré distinto. Pero incluso si no lo consigo, incluso si estoy acabado, incluso si lo pierdo todo, seguiré siendo distinto.

Él me dice: ¿Acabado?

Solo quería que lo supieras.

Es como una confesión, como un testimonio. J. P. me mira con tristeza. Me aprieta el brazo y me dice, con estas mismas palabras, que soy el capitán de mi destino.

Viajamos hasta Ciudad del Cabo, donde juego a tenis con evidente impaciencia, como el niño que hace sus deberes el sábado por la mañana. Y después, por fin, llega la hora. Nos trasladamos en helicóptero hasta un recinto y Mandela en persona nos recibe a todos en el helipuerto. Está rodeado de fotógrafos, dignatarios, reporteros, asistentes… Y él se alza sobre todos ellos. Parece no solo más alto de lo que esperaba, sino más fuerte, más saludable. Parece un exdeportista, lo que me sorprende en alguien que ha pasado tantos años de penalidades y trabajos. Pero es que en realidad es un exdeportista, porque fue boxeador en su juventud, y en la cárcel, según cuenta en sus memorias, no dejó de correr sin moverse de su celda, ni de jugar al tenis de vez en cuando en una burda pista improvisada. Con todo, a pesar de toda su fuerza, su sonrisa es dulce, casi angelical.

Le comento a J. P. que Mandela tiene algo de santo, algo que me recuerda a Gandhi, que parece totalmente ajeno a la amargura, al resentimiento. Sus ojos, a pesar de los daños que han sufrido tras años de trabajos forzados a la luz cegadora de una mina de cal, están llenos de sabiduría. Sus ojos dicen que ha descubierto algo, algo esencial.

Yo balbuceo algo mientras él clava esos ojos en los míos, me estrecha la mano y me dice que admira mi juego.

Lo seguimos a un gran salón, donde va a servirse una cena de gala. A Brooke y a mí nos han sentado a su mesa. Brooke está a mi derecha, y Mandela a la derecha de Brooke. Durante toda la velada nos cuenta anécdotas. Yo tengo muchas preguntas que hacerle, pero no quiero interrumpirlo. Nos habla de Robben Island, donde pasó dieciocho de los veintisiete años que estuvo en la cárcel. Nos habla de la relación que llegó a establecer con algunos de sus guardianes. Como favor especial, en ocasiones le permitían acercarse caminando hasta la orilla de un pequeño lago con una caña y allí se dedicaba a pescarse la cena de esa noche. Sonríe al recordarlo, casi con nostalgia.

Después de la cena, Mandela se pone en pie y pronuncia unas palabras que agitan

conciencias. El tema de la charla: todos debemos cuidarnos los unos a los otros; esa es nuestra misión en la vida. Pero también debemos cuidar de nosotros mismos, lo que significa que debemos ser cuidadosos con nuestras decisiones, cuidadosos en nuestras relaciones, cuidadosos con nuestras manifestaciones. Debemos vivir nuestra vida cuidadosamente para evitar convertirnos en víctimas. Yo me siento como si me estuviera hablando directamente a mí, como si supiera que he sido descuidado con mi talento y mi salud.

Habla de racismo, no solo en Sudáfrica, sino en todo el mundo. No es más que ignorancia, dice, y el único remedio contra él es la educación. En la cárcel, Mandela dedicaba su tiempo libre a educarse a sí mismo. Creó una especie de universidad y él y sus compañeros de prisión se dedicaban a enseñarse los unos a los otros. Sobrevivió a la soledad del encierro constante leyendo. Le gustaba, sobre todo, Tolstói. Uno de los peores castigos que le infligieron los guardias fue privarlo de su derecho a estudiar durante cuatro años. También en esto sus palabras parecen cobrar una relevancia personal. Pienso en la labor que hemos emprendido Perry y yo en Las Vegas, en nuestra Escuela Autónoma y me siento respaldado. Y también avergonzado. Por primera vez en muchos años, soy profundamente consciente de mi falta de educación. Siento el peso de esa carencia, la desgracia que conlleva. Lo veo como un crimen del que he sido cómplice. Pienso en que miles de personas en mi ciudad son víctimas de ese crimen en este mismo momento, privadas de educación, inconscientes de lo mucho que se pierden.

Finalmente, Mandela habla del camino que él ha recorrido. Habla de la dificultad de los viajes de todos los seres humanos. Y, sin embargo, afirma, hay claridad y nobleza en el hecho mismo de ser viajero. Cuando deja de hablar y toma asiento, yo sé que mi viaje, comparado con el suyo, no es nada. Y sin embargo no se trata de eso. Mandela dice que todos los viajes son importantes y que ninguno es imposible. Cuando nos despedimos de Mandela, yo me siento cargado de su magnetismo. Voy en la dirección correcta. Un amigo, más tarde, me muestra un párrafo de *Una muerte en la familia*, la novela ganadora del Premio Pulitzer, en el que una mujer inmersa en un profundo duelo piensa:

> Ahora estoy más cerca de ser un miembro adulto de la raza humana… Ella creía que hasta entonces no había tenido la ocasión de darse cuenta de la fuerza que tienen todos los seres humanos de aguantar; amaba y respetaba a todos aquellos que habían sufrido alguna vez, incluso a aquellos que no habían conseguido aguantar.

Eso se parece bastante a lo que siento cuando me despido de Mandela. Es lo que pienso cuando el helicóptero levanta el vuelo y se aleja del recinto. Amo y respeto a los que sufren, a los que han sufrido alguna vez. Ahora estoy más cerca de ser un miembro adulto de la raza humana.

Dios quiere que crezcamos.

Nochevieja, las últimas horas de este año espantoso, 1997. Brooke y yo damos otra fiesta para dar la bienvenida a 1998. Al día siguiente, me despierto temprano. Me cubro la cabeza con las sábanas y entonces recuerdo que he quedado para practicar con un joven del circuito, Vince Spadea. Decido cancelar el encuentro. No, me grito a mí mismo. Tú ya no eres esa persona. No vas a empezar 1998 quedándote dormido y cancelando una práctica.

Me obligo a levantarme y quedo con Spadea. Aunque se trata solo de una práctica, a los dos nos apetece. Él la convierte en una batalla, lo que yo le agradezco, sobre todo cuando le gano. Al abandonar la pista, me falta el aire, pero a la vez me siento fuerte. Fuerte como antes.

Este va a ser mi año, le digo a Spadea. 1998 es mi año.

Brooke me acompaña al Open de Australia y me ve eliminar a mis tres primeros rivales, y por desgracia también me ve enfrentarme al español Alberto Berasategui. Le llevo una ventaja de dos sets, pero entonces, contra todo pronóstico, contra cualquier explicación, acabo perdiendo. Berasategui es un hueso duro de pelar, pero aun así lo tenía. Se trata de una derrota inconcebible, una de las pocas veces que he perdido un partido cuando iba ganando dos sets a cero. ¿Se trata de una pausa en mi regreso, o de una vía muerta?

Me traslado a San José y juego bien. Me enfrento a Pete en la final. Parece alegrarse de verme de nuevo al otro lado de la red, alegrarse de mi regreso, como si me hubiera echado de menos. Yo debo confesar que también lo he echado de menos a él. Le gano 6-2, 6-4, y hacia el final, una parte de él parece ir conmigo, apoyarme a mí. Sabe lo que estoy intentando conseguir, lo mucho que me queda por recorrer.

En el vestuario bromeo con él sobre lo fácil que me ha sido ganarle.

¿Qué se siente al perder contra alguien que no está entre los cien primeros?

No me preocupa demasiado —me responde—. No volverá a ocurrir.

Después me burlo un poco de él sobre lo que ha salido publicado sobre su vida privada. Ha roto con la estudiante de derecho y se dice que sale con una actriz.

Mal negocio, le digo yo.

Esas palabras mías nos pillan a los dos con la guardia baja.

En la sala de prensa los periodistas me preguntan por Pete y Marcelo Ríos, que se disputan el número uno del *ranking*. ¿Cuál de los dos crees que lo conseguirá al final?

Ninguno.

Risas nerviosas.

Creo que el número uno seré yo.

Risas atronadoras.

Lo digo en serio.

Todos me miran, y anotan aplicadamente mi descabellada predicción en sus

cuadernos.

En marzo me voy a Scottsdale y gano mi segundo torneo seguido. Derroto a Jason Stoltenberg. Se trata del australiano clásico, constante, sólido, con un buen movimiento en pista que obliga a sus rivales a ejecutar. Es un buen examen de nivel para mí, y para mis nervios. Y lo apruebo. Cualquiera que se cruce conmigo en este momento tendrá que enfrentarse a algo a lo que no le gustará enfrentarse.

Después me traslado a Indian Wells y derroto a Rafter, pero pierdo contra un joven fenómeno llamado Jan-Michael Gambill. Se dice que es el mejor de los jóvenes que suben. Yo lo miro y me pregunto si sabe qué le espera, si está preparado, si es posible estar preparado para algo así.

Participo en el torneo de Key Biscayne. Quiero ganar. Estoy loco por ganar. No es propio de mí tener esas ganas tan desaforadas por ganar. Lo que normalmente siento es el deseo de no perder. Pero mientras caliento antes de enfrentarme a mi rival en la primera ronda, me digo a mí mismo que lo quiero y me doy cuenta exactamente de por qué lo quiero. No tiene que ver con mi regreso. Tiene que ver con mi equipo. Mi nuevo equipo, mi verdadero equipo. Juego para recaudar fondos para mi escuela, y para darle visibilidad. Después de todos esos años, ya tengo lo que siempre había querido, algo por lo que jugar, algo que va más allá de mí y, a la vez, está estrechamente relacionado conmigo. Algo que lleva mi nombre pero que no se limita a mí. La Andre Agassi College Preparatory Academy.

En un principio no quería que la escuela llevara mi nombre. Pero los amigos me convencieron de que este podría aportarle dinero y credibilidad. Mi nombre podría hacer que resultara más fácil recaudar fondos. Perry opta por la palabra *Academia*, y solo más tarde caigo en la cuenta de que ello me vincula para siempre a mi pasado, a la Academia Bradenton y a la Academia Bollettieri.

No tengo muchos amigos en Los Ángeles y Brooke los tiene a montones, así que ella sale muchas noches y yo me quedo en casa, solo.

Por suerte está J. P. Vive en el condado de Orange, así que no le cuesta tanto desplazarse hasta el norte de vez en cuando y venir a sentarse conmigo junto a la chimenea, fumarse un puro y hablar de la vida. Sus días de religioso parecen historia antigua, pero durante nuestras *conversaciones a la lumbre* me habla como si lo hiciera desde un púlpito invisible. No es que a mí me moleste, al contrario. Me gusta ser el único miembro de su congregación, el único cordero de su rebaño. A principios de 1998, repasa todos los grandes temas: motivación, inspiración, legado, destino, renacimiento. Me ayuda a mantener vivo el sentido de misión que experimenté en presencia de Mandela.

Una noche le digo a J. P. que tengo una confianza notable en mi juego, así como un nuevo propósito para mantenerme en la pista. Entonces ¿cómo puede ser que siga sintiendo ese miedo? ¿Es que ese miedo no desaparece nunca?

Espero que no, me responde él. El miedo es tu fuego, Andre. No me gustaría verte si alguna vez desapareciera de ti por completo.

Después J. P. mira a su alrededor, le da una calada al puro y comenta que no puede evitar fijarse en que mi mujer nunca está en casa. Siempre que viene, sea el día que sea, la hora que sea, Brooke parece haber salido con sus amigos.

Me pregunta si eso me preocupa.

No me había dado cuenta.

Juego en Montecarlo en abril de 1998 y pierdo contra Pete. Él levanta el puño. Se acabó eso de ir conmigo. Vuelve la rivalidad.

Desde allí viajo a Roma. Estoy en la habitación del hotel, descansando después de un partido.

Llamadas encadenadas.

Primero, Philly. Habla entrecortadamente, a punto de echarse a llorar. Me dice que su mujer, Marti, acaba de dar a luz a una niña. Van a llamarla Carter Bailey. Mi hermano parece distinto. Feliz, claro, y lleno de orgullo. Pero también suena como si hubiera sido bendecido; como si hubiera tenido la gran suerte de su vida.

Le digo que me siento muy, muy contento por él y por Marti, y le prometo que volveré a casa lo antes posible. Brooke y yo iremos a verlos enseguida, para conocer a mi flamante sobrina, le digo, con un nudo en la garganta.

Vuelve a sonar el teléfono. ¿Ha pasado una hora? ¿Tres? En mi recuerdo siempre formará parte de un mismo momento borroso, aunque es muy posible que las dos llamadas se produjeran con días de diferencia. Son mis abogados, que me hablan por el manos libres. ¿Andre? ¿Nos oyes, Andre?

Sí, os oigo. Adelante.

Bien, la ATP ha leído cuidadosamente tu sentida declaración de inocencia. Y me complace informarte de que tu explicación ha sido aceptada. No tendrán en cuenta la analítica. Así pues, el caso se considera cerrado.

¿No van a suspenderme?

No.

¿Soy libre para seguir con mi carrera? ¿Con mi vida?

Sí.

Se lo pregunto varias veces más. ¿Estáis seguros? ¿Ha terminado todo?

Por lo que se refiere a la ATP, sí. Te creen y aceptan tu explicación. Por suerte. Creo que todo el mundo tiene muchas ganas de pasar página y olvidarse del caso.

Cuelgo y me quedo un rato mirando al vacío, pensando una y otra vez: vida nueva.

Participo en el Roland Garros de 1998 y mientras me enfrento al ruso Marat Safin me

lesiono el hombro. Siempre olvido lo pesada que puede resultar la pelota en esta tierra batida en concreto. Es como una de esas balas que se usan en el lanzamiento de peso. El dolor de hombro es espantoso, pero le doy la bienvenida. Nunca más daré por sentado el privilegio de sentir dolor en una pista de tenis.

El médico dice que tengo un pinzamiento. El nervio presionado. Hago reposo durante dos semanas. Nada de practicar, de ejercitarme, nada de nada. Echo de menos el juego. Y, lo que es más, me permito echarlo de menos. Disfruto y celebro esa carencia.

En Wimbledon, me enfrento al alemán Thomas Haas. En el tercer set, durante un *tiebreak* brutal, el juez de línea comete un error atroz. Haas envía la pelota claramente fuera, pero el juez declara que ha entrado, lo que le otorga una clara ventaja: 6-3. Es la peor decisión arbitral de mi carrera. Yo sé que la pelota ha ido fuera, lo sé sin la menor sombra de duda, pero discutir no me sirve de nada. El otro juez de línea y el juez de silla dan por buena la decisión. Sigo jugando y pierdo el *tiebreak*. Vamos dos sets a uno. La brecha es profunda.

Anochece, y los organizadores deciden posponer el partido. En el hotel, veo por la tele que la pelota ha ido varios centímetros más allá de la línea. No puedo hacer otra cosa que reírme.

Al día siguiente, al saltar a la pista, sigo riéndome. La decisión arbitral me trae sin cuidado. Me alegro de estar ahí. Tal vez todavía no sepa cómo estar alegre y ganar al mismo tiempo: Haas gana el cuarto set. Después, explica a los periodistas que de niño yo era su ídolo. Yo admiraba a Agassi, dice, y esta es una victoria muy especial para mí, porque él ganó en Wimbledon en 1992, y ahora yo puedo decir que le he ganado a Andre Agassi, un exnúmero uno que ha ganado un par de torneos de Grand Slam.

Suena a epitafio. ¿Qué se cree ese tío, que me ha ganado o que me ha enterrado?

Además, ¿es que en la sala de prensa nadie se ha molestado en aclararle que he ganado en TRES torneos de Grand Slam?

Brooke consigue un papel en una película independiente titulada *Blanco y Negro*. Está encantada, porque el director es un genio y la temática tiene que ver con cuestiones raciales. Deberá improvisar sus réplicas, y hacerse rastas en el pelo. Además, va a estar un mes en un bosque, conviviendo con los demás actores, y cuando hablamos por teléfono me cuenta que se pasan las veinticuatro horas del día metidos en sus personajes. ¿A que es genial?

Sí, genial, digo yo, poniendo los ojos en blanco.

La primera mañana que pasa en casa, mientras desayunamos en la cocina, no para de contarme anécdotas sobre Robert Downey Jr. y Mike Tyson y Marla Maples y otras estrellas que intervienen en la película. Yo intento sentir interés. Ella me pregunta cómo me va el tenis. Intenta sentir interés. Nos mostramos prudentes, como dos extraños. No somos un marido y una mujer compartiendo una cocina: somos más bien como adolescentes que comparten un albergue. Nos mostramos corteses, educados, incluso amables, pero las vibraciones son tensas, como si todo pudiera

romperse en cualquier momento.

Echo otro tronco a la chimenea de la cocina.

Y tengo otra cosa que contarte —me dice Brooke—. Mientras estaba fuera, me he hecho un tatuaje.

Yo me vuelvo hacia ella. Estás de broma.

Nos vamos al baño, porque hay más luz, y ella se baja un poco los vaqueros y me lo enseña. Un perro. En la cadera.

¿Y no se te pasó por la cabeza consultarlo conmigo?

Eso es exactamente lo que no debería haber dicho. Ella dice que pretendo controlarla. ¿Desde cuándo necesita mi permiso para decorarse su cuerpo? Vuelvo a la cocina, me sirvo mi segundo café y clavo con fuerza la mirada en el fuego. Más *fuerte*.

Por incompatibilidades de horarios, Brooke y yo no pudimos irnos de luna de miel inmediatamente después de la boda. Pero ahora que ella ha acabado su rodaje y yo no tengo nada que hacer parece el momento perfecto. Decidimos ir a la isla Necker, una de las Islas Vírgenes Británicas, al sureste de la isla Índigo, que ya conocemos. Es propiedad del multimillonario Richard Branson, que nos asegura que nos encantará.

¡Es una isla paradisíaca!, nos dice.

Desde el momento mismo en que ponemos un pie en la isla, notamos que no estamos en sintonía. No nos ponemos de acuerdo sobre la forma de pasar el tiempo. Yo quiero descansar. Brooke quiere bucear. Y quiere que vaya con ella. Lo que implica que hay que hacer un cursillo. Yo le digo que, de todas las cosas que quiero hacer durante nuestra luna de miel, tomar un cursillo me apetece tanto como someterme a una colonoscopia.

Mientras, veo un capítulo de *Friends*.

Ella insiste.

Nos pasamos horas en la piscina. Un instructor nos habla de trajes de neopreno, bombonas de oxígeno y mascarillas. El agua se cuela por la mía, porque voy sin afeitar, y el vello impide que se pegue bien a la piel. Subo al baño y me afeito.

Cuando vuelvo, el instructor nos dice que la fase final del cursillo consiste en jugar a las cartas bajo el agua. Si eres capaz de sentarte tranquilamente en el fondo de la piscina y juegas una partida de naipes, si llegas hasta el final sin necesidad de salir a la superficie, es que ya eres buceador. Así que ya me ves a mí con mi equipo completo de buceo, en medio del Caribe, sentado en el fondo de una piscina jugando a cartas. No me siento buceador. Me siento como Dustin Hoffman en *El graduado*. Salgo de la piscina y le digo a Brooke: no puedo.

Tú nunca quieres probar nada nuevo.

Disfruta. Sumérgete en medio del océano si quieres. Saluda a La Sirenita de mi parte. Yo estaré en la habitación.

Entro en la cocina y pido un gran plato de patatas fritas. Después me meto en el dormitorio, me quito los zapatos, me tumbo en el sofá y me paso el resto del día viendo la tele.

Nos vamos de la isla paradisíaca tres días después. Fin de la luna de miel.

Estoy en Washington D. C. para participar en el torneo de tenis Legg Mason de 1998. Otra ola de calor en julio, otro torneo asfixiante en Washington. Otros jugadores se quejan de las temperaturas, y en condiciones normales yo también lo haría, pero solo siento una gratitud fresca y una determinación de acero, que mantengo, en parte, levantándome temprano todas las mañanas y poniendo por escrito cuáles son mis metas. Después de anotarlas, de pronunciarlas en voz alta, también me digo en voz alta: nada de atajos.

Inmediatamente antes de que empiece el torneo, durante la última sesión de práctica con Brad, me esfuerzo solo a medias. Perry me lleva en coche al hotel. Yo miro por la ventanilla, en silencio.

Para el coche, le digo.

¿Por qué?

Tú páralo.

Aparca en el arcén.

Conduce tres kilómetros más y espérame allí, le digo.

Pero qué dices… ¿Estás loco?

Todavía no he terminado. Hoy no he dado lo mejor de mí.

Atravieso corriendo los tres kilómetros del Parque de Rock Creek, el mismo parque en el que regalé mis raquetas en 1987. Esa carrera, aunque me provoque un infarto, me aportará la paz mental que necesito diez minutos antes de quedarme dormido. Ahora vivo para esos diez minutos. Todo gira en torno a esos diez minutos. Me han vitoreado miles de personas, me han abucheado miles de personas, pero nada sienta peor que unos abucheos que suenan en el interior de tu cabeza diez minutos antes de que te quedes dormido.

Cuando llego al coche, tengo la cara morada. Me siento, le doy potencia al aire acondicionado y sonrío a Perry.

Así se hace, me dice, alargándome una toalla antes de arrancar.

Llego a la final. Vuelvo a enfrentarme a Draper. Recuerdo que, no hace mucho, me preguntaba cómo podía haberle ganado alguna vez. Recuerdo negar con la cabeza, incrédulo, al pensar que en otro tiempo lo había superado. Uno de los momentos más bajos de mi vida. Ahora, en cambio, lo elimino en cincuenta minutos: 6-2, 6-0. Gano el torneo por cuarta vez.

En la Copa Mercedes-Benz llego a semifinales sin perder un solo set, y acabo ganando la competición. Y en el Open (du Maurier) de Toronto me toca enfrentarme una vez más a Pete, que juega magníficamente en el primer set, pero que se desinfla

en el segundo. Le gano yo y esa derrota suya le cuesta perder la primera posición en el *ranking*. A mí me coloca en el número 9.

Me cruzo con Krajicek en semifinales. Todavía se siente bien por haber ganado en Wimbledon en 1996. Es el primer holandés que lo consigue. Para ello derrotó a Pete en cuartos, infligiéndole su primera derrota en Wimbledon en bastantes años. Pero yo no soy Pete. Y tampoco soy yo. Le llevo un set de ventaja, y en el segundo va perdiendo 3-4, y saca él. Vamos 0-40 en el juego. Triple pelota de rotura de servicio. Devuelvo el mejor resto de mi vida adulta. La pelota parece superar la red por un centímetro y deja un rastro humeante: un auténtico trallazo de los de antes. Krajicek cierra los ojos, levanta la raqueta y me devuelve una volea desesperada. La pelota podría ir a cualquier parte, no tiene ni idea de dónde va a aterrizar. Pero entra y se lleva el punto. Si hubiera movido la raqueta medio grado, la pelota habría ido a parar a la primera fila de las gradas, y yo le habría roto el servicio y habría tomado el control del partido. Pero el punto es para él, y mantiene el servicio, me gana en tres sets y acaba con mi racha de quince victorias consecutivas. En mi vida de antes, habría tenido problemas para asimilarlo y superarlo. Pero ahora le digo a Brad: así es el tenis, ¿verdad?

Inicio mi participación en el Open de Estados Unidos como número 8 mundial. El público me apoya incondicionalmente, lo que siempre me sube la moral y da alas a mis pies. En dieciseisavos, me enfrento a Kucera, que parece intentar irritarme con su saque. Lanza la pelota al aire, rectifica, la recoge, vuelve a la lanzarla. Voy perdiendo dos sets a cero, y la verdad es que el tipo me saca de quicio. Pero entonces me acuerdo de algo: cuanto mejor juegas contra Kucera, mejor juega él. Si tú le juegas muy mal, él te devolverá tiros pésimos. ¡Ese es el problema! Estoy jugando demasiado bien. Y saco demasiado bien. Así que, cuando me toca sacar de nuevo, imito a Kucera. El público se ríe. Después le lanzo unos globos absurdos, altísimos. Pongo nervioso a Kucera, y así recupero terreno en el partido.

Llueve. El partido se suspende hasta el día siguiente.

Brooke y yo salimos a cenar tarde, con sus amigos. Actores. Siempre son actores. El cielo se ha despejado, así que cenamos fuera, en un restaurante del centro que tiene mesas arriba, en la terraza. Después, en la calle, charlamos un rato y nos despedimos.

¡Buena suerte mañana!, me gritan los actores mientras se suben a sus taxis, porque ahora se van a tomar una copa.

Brooke los observa y me mira a mí. Tuerce el labio. Está dividida. Parece una niña atrapada entre el deber y el placer.

Le doy un sorbo a mi botella de litro de *Agua de Gil*.

Ve con ellos, le digo.

¿De verdad? ¿No te importa?

No, le miento. Diviértete.

Tomo un taxi hasta el apartamento de Brooke. Ha vendido la casa con fachada de ladrillo y se ha comprado este piso en el Upper East Side. Echo de menos la casa. Echo de menos los peldaños de la entrada en los que Gil montaba guardia. Echo de menos, incluso, aquellas máscaras sin pestañas y sin pelo, aunque solo sea porque corresponden a la época en la que Brooke y yo nos relacionábamos sin máscaras. Me termino el *Agua de Gil* y me acuesto. Me quedo dormido, pero me despierto horas más tarde, cuando llega Brooke.

Vuelve a dormirte, me susurra ella.

Lo intento, pero no puedo. Me levanto y me tomo un somnífero.

Al día siguiente libro una batalla titánica contra Kucera. Consigo empatar el partido. Pero él tiene más garra, más brío. Y me derrota en el quinto set.

Estoy sentado en un rincón de nuestro cuarto de baño de Los Ángeles, contemplando a Brooke, que se prepara para salir. Yo me quedo en casa… otra vez. Estamos hablando de por qué siempre es así.

Ella me acusa de negarme a participar en su mundo. Dice que no estoy abierto a nuevas experiencias, a gente nueva. No me interesa conocer a sus amigos. Si quisiera, podría codearme con genios todas las noches: escritores, pintores, actores, músicos, directores… Podría asistir a inauguraciones de exposiciones en galerías de arte, a estrenos mundiales, a obras nuevas, a pases privados. Pero lo único que quiero hacer es quedarme en casa, ver la tele y tal vez, tal vez, si esa noche estoy sociable, invitar a J. P. y a Joni a cenar.

No soy capaz de mentirle: para mí esa es la noche perfecta.

Andre —me dice—, todos ellos te perjudican. Perry, J. P., Philly, Brad… te sobreprotegen, te siguen la corriente, te consienten… Ninguno de ellos piensa en lo que en el fondo te conviene.

¿Crees que mis amigos me perjudican?

Todos menos Gil.

¿Todos?

Todos. Sobre todo Perry.

Yo sé que lleva un tiempo enemistada con Perry, que dejó su trabajo de productor en *De repente, Susan*. Sé que ella está molesta porque yo no he tomado partido por ella de manera automática en su disputa. Pero no creía que estuviera dispuesta a desterrar a todos los demás de mi equipo.

Se pone de pie y, alejándose del espejo, añade: Andre, te considero una rosa entre espinas.

¿Una rosa entre…?

Un inocente que está rodeado de gente que le chupa la sangre.

Yo no soy tan inocente. Y esas espinas me han ayudado desde que era un niño. Esas espinas me han salvado la vida.

Pero te frenan. Te impiden avanzar. Evolucionar. No has evolucionado, Andre.

Perry y yo optamos por instalar la academia en el peor barrio de la zona oeste de Las Vegas, para que pueda servir de referente. Tras meses buscando locales, intentando encontrar algo que esté a la venta, que resulte asequible y capaz de albergar un campus en evolución, encontramos una parcela de algo más de tres hectáreas que cumple con los requisitos. Se encuentra en medio de un descampado urbano, rodeado de casas de empeño y viviendas a punto de ser derribadas. Se ubica en el núcleo original de Las Vegas, el destacamento largamente olvidado al que llegaron los primeros colonos y que posteriormente quedó abandonado. Me gusta que nuestra escuela se construya en un lugar que cuenta una historia de abandono. ¿Qué mejor lugar para iniciar el tipo de cambio que imaginamos en las vidas de los niños?

A la ceremonia de colocación de la primera piedra asisten numerosos políticos, dignatarios y dirigentes vecinales. Hay periodistas, cámaras de televisión, discursos. Hundimos la pala dorada en el suelo cubierto de desperdicios. Miro a mi alrededor, y lo único que oigo en realidad es el sonido de los niños del futuro, riendo, jugando, preguntando. Siento la procesión de vidas que pasará por allí, que partirá desde allí. Siento cierto vértigo al pensar en los sueños que se formarán allí, en las vidas que se moldearán y se salvarán allí. Me dejo llevar tanto por la idea de lo que ocurrirá en ese lugar allí dentro de unos años, y muchas décadas después de que yo ya no esté, que no presto atención a los discursos. El futuro ahoga el presente.

Pero entonces alguien me saca de mi ensoñación y me pide que me ponga ahí, que quieren tomarnos una fotografía de grupo. Se dispara un *flash*. Es una ocasión feliz, pero que impone respeto. Hay tanto que hacer… La lucha para poder abrir la escuela, para que sea homologada, para que reciba fondos, será ardua. De no ser por mis progresos de esos últimos meses, de mi combate para reconstruir mi carrera tenística, para recobrar mi salud y mi equilibrio, no sé si tendría agallas para afrontarla.

La gente me pregunta dónde está Brooke, por qué no ha venido a la ceremonia de colocación de la primera piedra. Yo digo la verdad: no lo sé.

Nochevieja. Termina 1998. Brooke y yo organizamos nuestra tradicional fiesta para recibir el año nuevo. A pesar de la desconexión que existe entre nosotros, ella insiste en que durante las fiestas navideñas no demos muestras de nuestros problemas ante amigos y familiares. Es como si fuéramos actores y nuestros invitados fueran el público. Aunque, de hecho, incluso sin público ella interpreta y yo le sigo la actuación. Horas antes de que lleguen los invitados, fingimos ser felices, en una especie de ensayo general. Horas después de que se hayan ido, seguimos fingiendo en una especie de fiesta de final de rodaje.

Esta noche, entre el público parece haber más amigos y familiares de Brooke que míos. Incluido en este grupo se encuentra el nuevo perro de Brooke, un pitbull albino que se llama *Sam*. El perro gruñe a mis amigos. Gruñe como si le hubieran informado de lo que Brooke opina de ellos.

J. P. y yo nos sentamos en un rincón del salón, mirando fijamente al animal, que permanece tendido a los pies de Brooke y nos mira fijamente a nosotros.

Ese perro nos parecería genial —dice J. P.—, si estuviera sentado aquí. Y señala el suelo a mis pies.

Yo me echo a reír.

No, te lo digo en serio. Ese perro no es genial. No es tu perro. Esta no es tu casa. Esta no es tu vida.

Mmm.

Andre, en esta silla hay flores rojas.

Me fijo en la silla en la que está sentado y la veo como si lo hiciera por primera vez.

Andre, dice, flores rojas. *Flores rojas*.

Mientras hago el equipaje (me voy a jugar el Open de Australia de 1999), Brooke tiene el ceño fruncido y se pasea por toda la casa. Está molesta con mi intento de regreso al mundo del tenis. Dada la tensión que existe entre nosotros, no puede molestarle que me vaya de viaje. Así pues, he de deducir que, según ella, estoy perdiendo el tiempo. Y sin duda no es la única.

Me despido de ella con un beso. Ella me desea suerte.

Llego a dieciseisavos de final. La noche anterior al partido la telefoneo.

Esto es muy difícil, dice.

¿El qué?

Lo nuestro. Esto.

Sí, lo es.

Hay tanta distancia entre nosotros…, dice.

Australia está lejos.

No. Incluso cuando estamos en la misma habitación… Distancia.

Pienso: me has dicho que todos mis amigos son una mierda. ¿Cómo no va a haber distancia?

Digo: lo sé.

Cuando vuelvas a casa, deberíamos hablar. Tenemos que hablar.

¿De qué?

Cuando vuelvas a casa, repite. Suena superada. ¿Está llorando? Intenta cambiar de tema. ¿Contra quién juegas?

Se lo digo. Ella nunca reconoce los nombres de los jugadores, ni entiende qué representan.

Me pregunta. ¿Lo dan por la tele?

No lo sé. Probablemente.

Lo veré.

Muy bien.

Muy bien.

Buenas noches.

Horas después me enfrento a Spadea, mi compañero de prácticas del día de Año Nuevo de hace un año. No juega ni la mitad de bien que yo. Hubo días, en mis buenos tiempos, en que podría haberle ganado jugando con una espátula. Pero llevo en el circuito treinta y dos de las últimas cincuenta y dos semanas, por no hablar de las sesiones de entrenamiento con Gil, de las luchas por la escuela, de las maniobras con Brooke. Mi mente sigue en esa llamada telefónica de ayer. Spadea me derrota por los pelos, en cuatro sets.

Los periódicos son crueles. Destacan que me han eliminado enseguida en los últimos seis torneos de Grand Slam. Sí, es cierto. Pero también dicen que me estoy poniendo en evidencia ante mí mismo. Que llevo ya demasiado tiempo en el negocio. Agassi no parece saber cuándo retirarse. Ha ganado tres torneos de Grand Slam. Tiene casi veintinueve años. ¿Acaso espera conseguir mucho más?

Casi todos los artículos contienen la manida frase: «A una edad en que sus colegas ya piensan en la retirada…».

Entro en casa y llamo a Brooke. Nada. Es media mañana, estará en su estudio. Me paso el día esperando a que venga. Intento descansar, pero no es fácil cuando un pitbull albino no te quita el ojo de encima.

Cuando llega Brooke ya ha oscurecido y el tiempo ha empeorado. Es una noche lluviosa, invernal. Ella sugiere que salgamos a cenar.

¿Sushi?

Perfecto.

Vamos en coche a uno de nuestros locales favoritos, Matsuhisa, y nos sentamos en la barra. Ella pide sake. Yo me muero de hambre y pido todos mis platos favoritos. El sashimi de atún, el enrollado de cangrejo, pepino y aguacate. Brooke suspira.

Siempre pides lo mismo.

Tengo demasiada hambre y estoy demasiado cansado para que su muestra de desaprobación me afecte.

Vuelve a suspirar.

¿Qué ocurre?

Ni siquiera puedo mirarte a los ojos en este momento.

Los suyos están llorosos.

¿Brooke?

No, en serio, no puedo mirarte a la cara.

Despacio. Respira hondo. Por favor, intenta no llorar. Pidamos la cuenta y vámonos. Hablemos de esto en casa.

No sé por qué, pero después de todo lo que se ha dicho de mí en los últimos días, me parece importante que los periódicos de mañana no informen de que me he peleado con mi mujer.

En el coche, Brooke sigue llorando. No soy feliz, dice. No somos felices. No lo somos desde hace mucho tiempo. Y no sé si lo seremos alguna vez si seguimos juntos.

O sea que era eso. Ya está. Es eso.

Entro en casa como un zombi. Saco una maleta del armario, que, según constato, está tan bien organizado, tan pulcro, que resulta inquietante. Me doy cuenta de lo difícil que debe de ser para Brooke convivir con mis derrotas, con mis silencios, con mis altibajos. Pero también me doy cuenta del poco espacio de ese armario reservado a mí. Qué simbólico. Pienso en J. P.: «Esta no es tu casa».

Recojo varios colgadores con mi ropa y los llevo abajo.

Brooke está en la cocina, sollozando. No llorando como en el restaurante, como en el coche, sino sollozando. Está sentada en un taburete alto, junto a la isla central. Siempre una isla. De un modo u otro, cuando estamos juntos siempre estamos en islas. *Somos* islas. Dos islas. Y ya no recuerdo cuándo no era así.

Me pregunta: ¿qué estás haciendo? ¿Qué ocurre?

¿Cómo que qué ocurre? Me voy.

Está lloviendo. Espera a mañana.

¿Por qué esperar? No dejes para mañana…

Me llevo lo más básico: ropa, una batidora, café jamaicano en grano, una cafetera de émbolo… y un regalo que me hizo Brooke hace poco. El cuadro terrible que Philly y yo vimos hace años en el Louvre. Encargó a un pintor una réplica exacta. Observo al hombre que cuelga del acantilado. ¿Cómo es que no se ha caído aún? Lo meto todo en el asiento trasero de mi coche, un Cadillac Eldorado descapotable en perfecto estado, de 1976, el año en que empezó a fabricarse. Es un coche blanco resplandeciente, blanco como un lirio. Por eso lo llamo *Lily*. Giro la llave en el contacto y el salpicadero se ilumina como un televisor viejo. Según consta en el contador, tiene treinta y siete mil kilómetros. Pienso que *Lily* es como yo pero al revés: es viejo y con poco kilometraje.

Arranco y me alejo de la casa.

Cuando he recorrido un kilómetro y medio empiezo a llorar. Entre las lágrimas y la niebla incipiente, apenas veo el marco cromado de la capota. Pero sigo conduciendo hasta llegar a San Bernardino. Ahora la niebla se ha convertido en nieve. El paso de montaña está cerrado al tráfico. Llamo a Perry y le pregunto si hay alguna vía alternativa para llegar a Las Vegas.

¿Qué ocurre?

Se lo cuento. Separación a prueba, le digo. Ya no nos conocemos.

Pienso en el día en que Wendi y yo rompimos y yo aparqué y llamé a Perry. Pienso en todo lo que ha ocurrido desde entonces. Y sin embargo aquí estoy, de nuevo con el coche en el arcén, llamando a Perry con el corazón roto.

Él me dice que hay una vía alternativa a Las Vegas. Tendré que dar media vuelta y volver hacia la costa, y parar en el primer motel que tenga habitaciones libres. Conduzco despacio, sobre la nieve, derrapando a veces por la autopista. Paro en todos los moteles. Están todos completos.

Finalmente encuentro la última cama disponible en uno infecto, en medio de la nada, en California. Me tiendo sobre la colcha apestosa, preguntándome a mí mismo: ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Por qué estás reaccionando así? Tu matrimonio no es perfecto, precisamente, ni siquiera estás seguro de por qué te casaste, ni de si querías casarte, así que, ¿por qué te hunde tanto pensar que puede haber terminado?

«Porque no soportas perder. Y un divorcio es una derrota severa».

Pero tú ya has sufrido derrotas severas antes. ¿Por qué sientes esta como algo distinto?

«Porque no ves ninguna manera de mejorar como consecuencia de ella».

Telefoneo a Brooke dos días después. Yo estoy avergonzado. Ella, más dura.

A los dos nos hace falta tiempo para pensar, dice. Deberíamos estar unos días sin hablarnos. Debemos buscar en el interior de nosotros mismos, sin interferencias del otro.

¿En el interior de nosotros mismos? No sé ni qué significa eso. ¿Cuánto tiempo?

Tres semanas.

¿Tres? ¿Y de dónde sacas esa cifra?

Ella no responde.

Me sugiere que aproveche ese tiempo para ver a un psicólogo.

Es una mujer pequeña, morena, y me recibe en un despacho pequeño y oscuro de Las Vegas. Me siento en un sofá de dos plazas; qué exquisita ironía. Ella lo hace en una silla, a un metro de mí. Me escucha sin interrumpirme. Yo preferiría que me interrumpiera. Quiero respuestas. Cuanto más le hablo, más cuenta me doy de que me estoy hablando a mí mismo. Como siempre. Esa no es manera de salvar un matrimonio. Los matrimonios no se salvan ni se solucionan sus problemas porque una persona hable.

Más tarde, esa misma noche, despierto en el suelo. Tengo la espalda agarrotada. Entro en el salón y me siento en el sofá con un cuaderno y un bolígrafo. Le escribo páginas y más páginas a Brooke. Otra carta manuscrita de súplica, pero en ese caso sincera. A la mañana siguiente se la envío por fax a su casa. Veo entrar las páginas en el fax y recuerdo cómo empezó todo, hace cinco años, metiendo otras páginas en el

fax de Philly, casi sin respiración, aguardando impaciente las respuestas llenas de ingenio y coquetería que recibía desde alguna choza africana.

Ahora no recibo respuesta.

Vuelvo a enviarle un fax. Y otro.

Ella no está en África; está mucho más lejos.

La llamo por teléfono.

Ya sé que dijimos tres semanas, pero tengo que hablar contigo. Creo que deberíamos quedar, creo que tenemos que revisar juntos estas cosas.

Oh, Andre, dice ella.

Yo espero.

Oh, Andre. Tú no lo entiendes. No lo pillas. Esto no tiene que ver con nosotros dos. Tiene que ver contigo individualmente y conmigo individualmente.

Le digo que tiene razón. Le digo que no entiendo cómo hemos llegado hasta aquí. Le digo lo desgraciado que he sido durante tanto tiempo. Le digo que lamento haberme distanciado tanto, haberme vuelto tan frío. Le hablo del remolino, del remolino constante, de la fuerza centrífuga de esta jodida vida en el mundo del tenis. Le digo que hace muchísimo tiempo que no sé quién soy, que tal vez no lo he sabido nunca. Le hablo de la búsqueda de mí mismo, del monólogo interior perpetuo que se sucede en mi cabeza, de la depresión. Le cuento todo lo que llevo en el corazón, y todo me sale a trompicones, torpe, desordenadamente. Da vergüenza, pero es necesario porque no quiero perderla, ya he perdido bastante, y sé que si soy sincero, ella me dará una segunda oportunidad.

Ella me dice que siente que esté sufriendo, pero que ella no puede solucionarlo. Ella no puede curarme. Yo tengo que curarme solo. Por mí mismo.

Cuando en el teléfono suena el tono de línea, me siento resignado, calmado. Ahora nuestra conversación se parece a ese breve y seco apretón de manos que se dan sobre la red dos contrincantes desiguales.

Como algo, veo la tele, me acuesto temprano. A la mañana siguiente llamo a Perry y le digo que quiero el divorcio más rápido de la historia del divorcio.

Le doy mi anillo de boda, de platino, a un amigo, y le indico que lo lleve a la casa de empeños más cercana. Acepta la primera oferta que te hagan. Cuando me trae el dinero, lo ingreso como donación para mi nueva escuela, a nombre de Brooke Christa Shields. En lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, ella será para siempre una de las donantes fundacionales.

22

El primer torneo de mi nueva vida, de mi vida sin Brooke, es el de San José. J. P. llega desde el condado de Orange para pasar unos días ejerciendo de consejero de urgencia. Me anima, me aconseja, intenta persuadirme, me promete que lo mejor todavía está por llegar. Él comprende que tengo momentos buenos y momentos malos. Puedo decir, por ejemplo: a la mierda con ella; y un minuto después reconozco que la echo de menos. Me dice que todo eso es normal en mi caso. Me dice que durante los últimos años mi vida ha sido como una charca: estancada, fétida, hundiéndose en todas direcciones. Ahora ha llegado el momento de que mi mente sea como un río: impetuoso, canalizado y, por tanto, puro. Me gusta. Le digo que intentaré retener esa imagen en mi mente. Él habla y habla, y mientras él sigue hablando yo me siento bien, bajo control. Sus consejos son como una bocanada de oxígeno.

Pero entonces se va, vuelve al condado de Orange y yo vuelvo a quedarme hecho un lío. Estoy de pie, en la pista, en pleno partido, pensando en cualquier cosa menos en mi rival. Me pregunto: si tomaste unos votos ante Dios y ante tu familia, si dijiste «sí, quiero», y ahora no quieres, ¿en qué te convierte eso?

En un fracasado.

Camino en círculos, maldiciéndome a mí mismo. El juez de línea me oye dedicarme a mí mismo un insulto obsceno, y me adelanta, cruza la pista y va a hablar con el juez de silla. Le informa de que he usado un lenguaje inapropiado.

El juez de silla me da un aviso.

El juez de línea regresa, pasa por delante de mí para retomar su posición. Yo le dedico una mirada asesina. Qué bocazas. Qué chivato. Qué cotilla tan patético. Sé que no debería hacerlo, sé que me costará muy caro, pero no puedo evitarlo.

Eres un mamón.

Él se detiene, se vuelve, se va directo al juez y me denuncia de nuevo.

Esta vez me quitan un punto.

El juez de línea regresa a su posición pasando por delante de mí.

Pues que sepas que sigues siendo un mamón.

Él se detiene, se vuelve, se va directo al juez, que suspira y se inclina hacia delante. El juez llama al supervisor, que también suspira y me hace una seña para que me acerque.

Andre, ¿ha llamado *mamón* al juez de línea?

¿Quiere que le mienta o que le diga la verdad?

Debo saber si se lo ha dicho.

Se lo he dicho. ¿Y sabe una cosa? *Es* un mamón.

Me expulsan del torneo.

Regreso a Las Vegas. Brad me llama por teléfono. Indian Wells se acerca, dice. Yo le digo que estoy pasando por un momento difícil, pero que no puedo contarle de qué se trata. Y de Indian Wells, ni hablar.

Tengo que ponerme bien, que aclararme, y ello significa pasar mucho tiempo con Gil. Todas las noches nos compramos una bolsa de hamburguesas y conducimos por toda la ciudad. Sí, me estoy saltando del todo la disciplina del entrenamiento, pero Gil se da cuenta una vez más de que necesito comida de consuelo. Y también se da cuenta de que, si intentara quitarme una hamburguesa, podría perder un dedo.

Nos vamos en coche hasta las montañas, recorremos el Strip en ambos sentidos, escuchando el CD especial de Gil. Él lo ha titulado: *Calambres de barriga*. Su filosofía, en todo, es buscar el dolor, cortejar el dolor, reconocer que el dolor es la vida. Si tienes el corazón roto, me dice Gil, no te escondas de él. Recréate en él. Si nos duele, dice, dejemos que nos duela. *Calambres de barriga* es una colección de las canciones de amor más tristes jamás escritas. Las escuchamos una y otra vez hasta que nos aprendemos las letras de memoria. Cuando termina una canción, Gil recita las letras. A mí, de hecho, me sirven más esos recitados que las canciones en sí. Él deja en evidencia a todos los artistas. Prefiero oír a Gil recitar una canción que a Sinatra interpretarla.

Con los años, la voz de Gil va haciéndose cada vez más grave, más densa, más aterciopelada, y al recitar el estribillo de un tema desgarrado suena como si a través de su cuerpo se manifestaran Moisés y Elvis Presley juntos. Merecería un Grammy por su interpretación del *Please Don't Be Scared*, de Barry Manilow:

Cause feeling pain's a hard way
To know you're still alive[4].

Aunque su versión de *We Can't Build a Fire in the Rain*, de Roy Clark, me emociona siempre, por más veces que la recite. Uno de los versos, en especial, nos dice mucho:

Just going through the motions and pretending
We have something left to gain[5].

Cuando no estoy con Gil me encierro en mi nueva casa, la que compramos con Brooke para las poco frecuentes ocasiones en que veníamos a Las Vegas. Ahora la veo como mi *piso de soltero II*. La casa me gusta, es más de mi estilo que la residencia francesa en la que vivíamos juntos en Pacific Palisades, pero no tiene chimenea. Y yo, sin chimenea, soy incapaz de pensar. Así que contrato a un tipo para que instale una.

Mientras está en construcción, la casa parece una zona catastrófica. Las paredes

están cubiertas por unos plásticos inmensos. Hay lonas sobre los muebles. Todo está cubierto por un denso manto de polvo. Una mañana, mientras contemplo la chimenea a medio terminar, pienso en Mandela. Pienso en las promesas que me he hecho a mí mismo y a los demás. Descuelgo el teléfono y llamo a Brad.

Ven a Las Vegas. Estoy listo para jugar.

Él me dice que sale de inmediato.

Increíble. Podría haber pasado de mí —nadie habría podido culparlo por ello—, pero no solo no lo hace, sino que deja todo lo que está haciendo en cuanto lo llamo. Adoro a ese hombre. Ahora, mientras viene de camino, me preocupa que no esté cómodo, porque la casa está patas arriba. Pero al momento me tranquilizo. Sonrío. Tengo dos butacas de cuero dispuestas frente a una gran pantalla de televisión y una barra de bar llena de Bud Ice. Así pues, las necesidades básicas de Brad están cubiertas.

Cinco horas después entra por la puerta, se desploma sobre una de las butacas, abre una cerveza y al momento parece que se encontrara acurrucado en brazos de su madre. Yo también me tomo una. Son las seis en punto. Decidimos que es hora de tomarse unos margaritas. Bien fríos. A las ocho todavía seguimos en nuestras butacas. Brad zapea en busca de titulares deportivos.

Yo le digo: mira, Brad, tengo que contarte una cosa. Es algo que debería haberte contado hace tiempo.

Él está mirando la tele. Yo clavo la mirada en la chimenea, imaginando las llamas.

¿Viste el partido de la otra noche? A Duke no hay quien le gane este año.

Brad, esto es importante. Tengo que contarte una cosa. Brooke y yo nos… nos separamos. No vamos a seguir juntos.

Se da media vuelta. Me mira fijamente a los ojos. Apoya los codos en las piernas y baja la cabeza. No imaginaba que fuera a afectarle tanto. Permanece en esa posición tres largos segundos. Finalmente levanta la cabeza y me dedica una gran sonrisa.

Este año va a ser genial.

¿Qué?

Que vamos a tener un año genial.

Pero es que…

Esto es lo mejor que le ha ocurrido a tu tenis.

Pero si me siento fatal. ¿De qué estás hablando?

¿Fatal? Pues entonces es que no lo estás enfocando bien. Tú no tienes hijos. Eres libre como el viento. Si tuvieras hijos, de acuerdo, tendrías un problema real. Pero así, te vas sin penalización.

Supongo que sí.

Tienes el mundo cogido por las pelotas. Ahora eres el solista, así que líbrate del drama. Parece haberse vuelto loco. Parece estar delirando. Me dice que Key Biscayne está a la vuelta de la esquina, y que después tenemos la temporada de tierra batida…

Cosas buenas. A punto de ocurrir.

Ahora te has quitado esa carga de encima, dice. En lugar de quedarte en Las Vegas sin hacer nada, recreándote en tu dolor, vete a causar dolor a tus rivales.

¿Sabes qué? Tienes razón. Eso pide otra ronda de margaritas.

A las nueve le digo: creo que deberíamos pensar en comer algo.

Pero Brad sigue lamiendo tranquilamente la sal del borde de su copa, y además ha encontrado un canal de televisión donde dan tenis, uno de los partidos nocturnos de Indian Wells. Steffi Graf contra Serena Williams.

Se vuelve y me dedica otra de sus sonrisas.

¡Ahí está la tuya! ¡Ahí mismo la tienes!

Me señala el televisor y dice:

¡Steffi Graf! Es con ella con la que deberías estar.

Sí, claro. Pero si no quiere saber nada de mí.

Ya le he hablado a Brad de nuestros encuentros. El Roland Garros de 1991. El Baile de Wimbledon de 1992. Lo he intentado más de una vez. Pero nada. Steffi Graf es como el Roland Garros: no consigo llegar a la línea de meta.

Todo eso pertenece al pasado, dice Brad. Además, tu manera de abordarla en aquella época no fue típica de ti. ¿Pedírselo una sola vez y luego retirarte? Eso es de aficionados. ¿Desde cuándo dejas que sean los demás los que dicten tu juego? ¿Desde cuándo aceptas un no por respuesta?

Asiento con la cabeza. Tal vez.

Con una mirada te basta, dice Brad. Un poco de luz. Una ventana. Una ocasión.

El siguiente torneo en el que estamos inscritos Steffi y yo es el de Key Biscayne. Brad me pide que esté tranquilo, que él propiciará una aproximación. Conoce al entrenador de Steffi, Heinz Gunthardt. Le propondrá organizar una sesión de práctica conjunta.

Apenas llegamos a Key Biscayne, Brad llama a Heinz por teléfono. La propuesta le sorprende. Dice que no. Dice que Steffi no aceptaría en ningún caso romper sus horarios habituales de preparación y menos para realizar una sesión de práctica con alguien a quien no conoce. Es demasiado metódica. Y además es tímida. Se sentiría muy incómoda. Pero Brad insiste y Heinz debe de tener algo de romántico. Le sugiere que Brad y yo reservemos la pista de Steffi inmediatamente después que ellos, y que lleguemos antes de hora. Entonces Heinz sugerirá, como si se tratara de algo improvisado, que Steffi y yo peloteemos un poco.

Ya está todo arreglado, dice Brad. A mediodía. Tú. Yo. Steffi. Heinz. Que empiece la fiesta.

Primero lo primero. Telefoneo a J. P. y le digo que mueva el culo y venga a Florida.

Ya. Necesito su consejo. Necesito una caja de resonancia. Necesito un copiloto. Y entonces me voy a la pista y me pongo a practicar para cuando llegue mi sesión de práctica.

El día señalado, Brad y yo llegamos a la pista cuarenta minutos antes de nuestra hora asignada. Nunca en mi vida he estado tan nervioso. He jugado siete veces la final de un Grand Slam y nunca me he sentido como hoy. Encontramos a Heinz y a Steffi profundamente absortos en su entrenamiento. Nos quedamos a un lado, observando. Transcurridos unos minutos, Heinz llama a Steffi a la red y le dice algo. Y nos señala.

Ella mira.

Yo sonrío.

Ella no.

Le dice algo a Heinz, y Heinz le dice algo a ella, y entonces ella niega con la cabeza. Pero cuando regresa a la línea de fondo, Heinz me hace una seña para que entre en la pista.

Me ato las zapatillas muy deprisa. Saco una raqueta de la bolsa y camino hacia la pista. Entonces, de manera instintiva, me quito la camiseta. Soy consciente de que es un gesto patético, pero es que estoy desesperado. Steffi me mira y, casi imperceptiblemente, se muestra sorprendida. Gracias, Gil.

Empezamos a pelotear. Ella juega de manera impecable, claro, y yo hago esfuerzos para que la pelota supere la red. «La red es tu peor enemiga; tranquilo», me digo a mí mismo. Deja de pensar. Vamos, Andre, esto es solo una sesión de práctica.

Pero no puedo evitarlo. Nunca he visto a una mujer tan guapa. Cuando no se mueve es como una diosa. Cuando se mueve, es poesía. Sí, soy un pretendiente, pero también un fan. Me he preguntado durante tanto tiempo cómo sería su *drive*… La he visto en la tele, en torneos, y me he preguntado muchas veces cómo saldrá la pelota en el momento en que esta abandona la raqueta. La sensación de cada tiro es distinta según la raqueta de cada jugador; existen matices pequeños, sutiles, de fuerza y efecto. Ahora, mientras peloteo con ella, noto esos matices suyos. Es como tocarla a ella, aunque nos separen más de diez metros. Cada uno de los *drives* es un prolegómeno.

Ataca ahora unos cuantos reveses, cortando la pista con su famoso *contraliftado*. Yo necesito impresionarla demostrándole que soy capaz de devolvérselo y hacer con él lo que quiera. Pero me cuesta más de lo que creía. Fallo uno. Le grito: ¿a que no lo haces de nuevo?

Ella no dice nada. Me dispara otro revés *contraliftado*. Yo le devuelvo otro revés con tanta fuerza como puedo.

Su resto va a la red.

Le grito: ¡ese tiro me da mucho dinero!

Ella sigue sin decirme nada. Se limita a lanzarme otro revés con más efecto, con más ángulo.

Por lo general, en mis sesiones de práctica, a Brad le gusta mantenerse ocupado. Persigue pelotas, ofrece consejos, habla más de la cuenta. Pero hoy no dice nada. Está sentado en la silla del juez, observándolo todo con los ojos muy abiertos, como un vigilante en una playa infestada de tiburones.

Cada vez que lo miro, él murmura una sola palabra: «Guapa».

La gente se empieza a congregar alrededor de la pista. Alucinan. Algún fotógrafo toma una foto. Me pregunto por qué. ¿Es por la extrañeza de que un hombre y una mujer practiquen juntos? ¿O es porque estoy catatónico y fallo una pelota de cada tres? Vistos desde lejos, parece como si Steffi impartiera una clase a un mudo sonriente y descamisado.

Tras pelotear durante una hora y diez minutos, ella me hace un gesto y se acerca a la red.

Muchísimas gracias, dice.

Yo me acerco a la red y le digo: el gusto ha sido mío.

Consigo mostrarme impasible hasta que a ella le da por usar el poste de la red para estirar las piernas. En ese momento, toda la sangre de mi cuerpo se traslada a mi cabeza. Si no me entrego a algún tipo de actividad física de inmediato, perderé el conocimiento. Yo no he realizado un solo estiramiento en mi vida, pero se me ocurre que es un buen momento para empezar. Levanto un pie, lo planto en el poste y hago ver que mi espalda goza de gran flexibilidad. Así, mientras nos estiramos, charlamos sobre el circuito, nos quejamos de lo pesado que resulta viajar tanto, y comparamos aspectos de distintas ciudades que a los dos nos han gustado.

Le pregunto: ¿cuál es tu ciudad favorita? Cuando el tenis se termine, ¿dónde te imaginas viviendo?

Ah, hay un empate, creo. Entre Nueva York y San Francisco.

Yo pienso: ¿y has pensado alguna vez en Las Vegas?

Pero digo: sí, también son mis ciudades favoritas.

Ella sonríe.

Bueno, dice. Gracias otra vez.

Siempre que quieras.

Nos besamos a la europea, un beso en cada mejilla.

Brad y yo tomamos el ferry de regreso a Fisher Island, donde nos espera J. P. Los tres nos pasamos la noche hablando de Steffi como si fuera una rival, que es lo que es. Brad se refiere a ella como si se tratara de Rafter o de Pete. Tiene puntos fuertes y debilidades. Analiza su juego, me entrena. De vez en cuando J. P. llama por teléfono a Joni, me pasa el teléfono, e intentamos saber cuál es el punto de vista femenino sobre esta o aquella cuestión.

La conversación se alarga durante los dos días siguientes. A la hora de cenar, en la sauna, en el bar del hotel, los tres no hacemos más que hablar de Steffi. Conspiramos, usamos jerga militar, nos referimos a conceptos como reconocimiento y espionaje. Yo me siento como si estuviéramos planificando una invasión de Alemania por tierra,

mar y aire.

Digo: me ha parecido que se mostraba fría conmigo.

Brad contraataca: es que ella no sabe que has roto con tu señora. Todavía no ha salido publicado. No lo sabe nadie. Tienes que hacerle saber cuál es tu estado, decirle lo que sientes por ella.

Le enviaré flores.

Sí, dice J. P. Las flores están bien. Pero no puedes enviárselas tú directamente. Podría filtrarse a la prensa. Haremos que se las envíe Joni, y le pediremos que ponga tu nombre en la tarjeta.

Buena idea.

Joni se acerca a una floristería de South Beach y, siguiendo instrucciones mías, le compra todas las rosas disponibles. Lo que hace, en realidad, es adquirir una rosaleda entera y trasplantarla a la habitación de Steffi. En la tarjeta, le doy las gracias por la sesión de entrenamiento y la invito a cenar. Después, me siento a esperar su llamada.

Pero no hay llamada. En todo el día.

Ni al día siguiente.

Por más que le clave la mirada, por más que le grite, el teléfono se niega a sonar. Camino de un lado a otro, me muerdo las pieles de las uñas hasta que sangran. Brad entra en mi habitación y al verme está a punto de darme un sedante.

Grito: ¡esto es una mierda! Muy bien, de acuerdo, no está interesada, ya lo pillo, pero ¿no podría decirme, simplemente, gracias? Si esta noche no me ha llamado, la llamo yo, lo juro.

Salimos al patio. Brad mira a un lado y dice: oh, oh.

¿Qué?

J. P. dice: creo que veo tus flores.

Señalan al otro lado del patio, en dirección a una de las habitaciones. Se trata, claramente, de la habitación de Steffi, porque ahí, sobre una mesa, están mis gigantescos ramos de rosas de tallo largo.

No sé si eso es buena señal, dice J. P.

No, coincide Brad. No es buena.

Decidimos que esperaré a que Steffi gane su primer partido —algo que damos por sentado— y, cuando lo haya hecho, la telefonearé. J. P. ensaya conmigo la llamada. Él hace el papel de Steffi. Planteamos las distintas posibilidades. Me suelta todas las posibles frases que cree que puede decir.

Steffi destroza a su indefensa rival en cuarenta y dos minutos. Yo he *sobornado* a los patrones del ferry para que me llamen apenas ponga un pie en él. Cincuenta minutos después del partido, recibo una llamada: ya ha embarcado.

Le doy quince minutos para llegar a la isla, diez minutos para trasladarse desde el muelle hasta el hotel, y entonces llamo a recepción y pido que me pasen con su suite.

Sé cuál es el número porque sigo viendo en el patio las malditas flores que me ha rechazado.

Ella descuelga al segundo tono.

Hola, soy Andre.

Ah.

Solo quería asegurarme de que hubieras recibido las flores.

Sí, las recibí.

Ah.

Silencio.

Dice: no quiero que haya malentendidos entre nosotros. Mi novio está aquí.

Entiendo. Sí, está bien, lo entiendo.

Silencio.

Buena suerte en el torneo.

Gracias. Lo mismo digo.

Un larguísimo silencio.

Bueno, adiós.

Adiós.

Me desplomo en el sofá y clavo la vista en el suelo.

Tengo una pregunta que hacerte, dice J. P. ¿Qué puede haberte dicho para que tengas esa cara? ¿Qué situación es la que no hemos ensayado?

Que su novio está aquí.

Oh.

Entonces sonrío. Recurro a un pensamiento positivo de los que me ha enseñado Brad: tal vez me esté enviando un mensaje. Es evidente que tenía a su novio delante en ese momento.

¿Y?

Que no podía hablar, y en lugar de decir: tengo novio, caso cerrado, déjame en paz, ha dicho que mi novio está aquí.

¿Y?

Creo que está diciendo que hay una posibilidad.

J. P. dice que va a prepararme una copa.

El torneo me proporciona cierta distracción. Por desgracia, la distracción me dura solo unas horas. En la primera ronda, contra el eslovaco Dominik Hrbaty, no hago otra cosa que pensar en Steffi y en su novio pasándoselo bien o ignorando, incómodos, mis rosas. Hrbaty me tumba en tres sets.

Quedo fuera del torneo. Debería, por tanto, irme de Fisher Island. Pero me quedo, me voy a la playa, conspiro con J. P. y con Brad.

Es probable que el novio de Steffi se haya presentado de improviso, opina Brad. Además, ella sigue sin saber que tú te has divorciado. Todavía cree que estás casado

con Brooke. Dale tiempo. Deja que la noticia se sepa. Y después, actúa.

Tienes razón, tienes razón.

Brad habla de la posibilidad de acudir a Hong Kong. A la luz de mi actuación contra Hrbaty, es evidente que me hace falta presentarme a otro torneo antes de que empiece la temporada de tierra batida. Vayamos a Hong Kong, dice. No nos quedemos aquí más tiempo, pensando en Steffi y hablando de ella.

Sin saber muy bien cómo, me encuentro en un avión con destino a China. Observo la pantalla situada en la cabecera de la cabina. Tiempo de vuelo estimado: 15 h 37 m.

Miro a Brad. ¿Quince horas y media? ¿Para obsesionarme con Steffi? No, gracias.

Me desabrocho el cinturón y me levanto.

¿Adónde vas?

Yo me bajo de este avión.

No seas ridículo. Siéntate. Relájate. Ya estamos aquí. Ya hemos facturado el equipaje. Vamos a jugar.

Vuelvo a sentarme. Pido dos vodkas Belvedere. Me tomo un somnífero y tras lo que me parece un mes entero aterrizo en la otra punta del mundo. Estoy en un coche que avanza por una autopista de Hong Kong, contemplando el Centro Financiero, lleno de rascacielos.

Llamo por teléfono a Perry. ¿Cuándo se va a dar a conocer la noticia de mi divorcio?

Los abogados están atando los últimos detalles, dice. Entre tanto, Brooke y tú debéis acordar la declaración.

Nos enviamos varios faxes de ida y vuelta. Su equipo. Mi equipo. Los abogados y los publicistas intervienen y dan su opinión. Brooke añade una palabra, yo borro una palabra. Faxes y más faxes. Lo que empezó con un fax termina con un fax.

El comunicado está a punto de hacerse público, me informa Perry. En cualquier momento aparecerá en la prensa.

Brad y yo bajamos al vestíbulo todas las mañanas, compramos todos los periódicos y mientras desayunamos los hojeamos de principio a fin en busca del titular. Que yo recuerde, es la primera vez que estoy impaciente por que la prensa hable de mi vida privada. Y todos los días rezo la siguiente oración: que sea hoy cuando Steffi se entere de que estoy libre.

Pero pasan los días y el titular no llega. Es como esperar la llamada de Steffi. Ojalá tuviera pelo, para poder estirármelo. Finalmente, en la portada de la revista *People* publican una fotografía en la que aparecemos Brooke y yo. En el titular se lee: «De repente, ruptura». Es 26 de abril de 1999, tres días antes de que cumpla 29 años, casi dos años exactos después de nuestra boda.

Renacido, renovado, gano el torneo de Hong Kong, pero en el viaje de regreso me doy cuenta de que no puedo levantar el brazo. En cuanto llego al aeropuerto me voy directo a casa de Gil, que me examina el hombro y tuerce el gesto. No le gusta lo que

ve.

Tal vez tengas que hacer reposo y tengamos que anular la temporada de tierra batida.

No, no, no, dice Brad. Debemos estar en Roma para el Open de Italia.

Por favor, pero si nunca gano. Olvidemos Roma.

No, insiste Brad. Vayamos a Roma y veamos cómo responde el hombro. Tú no querías ir a Hong Kong, ¿verdad? Y sin embargo has ganado. Noto que estás desarrollando una tendencia.

Permito que me arrastre hasta el avión. Y en Roma pierdo en tercera ronda contra Rafter, a quien acabo de ganar en Indian Wells. Ahora sí quiero cancelarlo todo. Pero Brad me convence de que juegue la Copa Mundial por Equipos en Alemania. No tengo fuerzas para discutir con él.

En Alemania hace frío y muy mal tiempo, lo que implica que la pelota pesa más. Miro a Brad con ojos asesinos. No me cabe en la cabeza que me haya arrastrado hasta Düsseldorf con el hombro como lo tengo. En mitad del primer set, que voy perdiendo 3-4, no soy capaz de dar un raquetazo más. Abandono. Ya está. Nos volvemos a casa, le comunico a Brad. Tengo que curarme el hombro. Y debo aclarar lo que me pasa con Steffi.

Cuando nos montamos en el avión que va de Fráncfort a San Francisco, no le dirijo la palabra a Brad. Estoy indignado con él. Se supone que tenemos doce horas por delante y vamos sentados juntos. Le digo: lo que va a pasar va a ser esto; no he dormido nada en toda la noche por culpa del dolor de hombro. Así que me voy a tomar dos somníferos ahora mismo y me voy a pasar doce horas sin oírte, en el paraíso. Y en cuanto aterricemos, lo primero que quiero que hagas es que me borres del Roland Garros.

Él se acerca más a mí y se pasa las dos horas siguientes insistiéndome: no, tú no te vas a Las Vegas. Tú no te vas a borrar de nada. Tú te vienes a mi casa de San Francisco. Tengo un módulo para invitados, con su chimenea y un montón de leña, como a ti te gusta, y después nos montaremos en otro avión, con destino a París, y tú jugarás. Es el único torneo de Grand Slam que no has ganado nunca, y siempre lo has querido, y si no juegas no puedes ganar.

¿El Roland Garros? Por favor, estás de broma. Ya es tarde para eso.

¿Cómo lo sabes? ¿Quién dice que este no pueda ser tu año?

Hazme caso. Es imposible que 1999 pueda ser mi año.

Mira, estabas empezando a demostrar destellos del jugador que eras antes. He visto algo en ti que no había visto en años. Tenemos que seguir por esa vía.

Ahora entiendo qué pretende. No es que crea que tengo la opción más remota de ganar el Roland Garros. Pero si renuncio a ese torneo, será más fácil que renuncie a Wimbledon, y acabaré el año a cero. Adiós regreso. Hola, retirada.

Cuando aterrizamos en San Francisco, vuelvo a estar demasiado cansado para discutir. Me monto en el coche de Brad, que me lleva a su casa y me instala en el

módulo de invitados. Duermo doce horas. Cuando despierto ya me está esperando un quiropráctico, dispuesto a tratarme.

Esto no va a funcionar, digo yo.

Sí va a funcionar, insiste Brad.

Recibo tratamiento dos veces al día. El resto del tiempo lo paso contemplando la niebla y alimentando el fuego. Hacia el viernes ya me siento mejor. Brad sonríe. Peloteamos en la pista de su casa, veinte minutos. Después, pruebo algunos saques.

Llama a Gil, le digo. Nos vamos a París.

En nuestro hotel de París, Brad estudia la lista de emparejamientos.

¿Qué tal?, le pregunto.

No me contesta.

Brad…

No podría ser peor.

¿En serio?

Una pesadilla. En primera ronda te enfrentas a Franco Squillari, argentino, zurdo, tal vez el más difícil de los que no son cabeza de serie. Una bestia total sobre tierra batida.

No sé cómo me he dejado convencer por ti para venir.

Practicamos el sábado y el domingo. El lunes juego. Estoy en el vestuario y, mientras me colocan las tiritas en los pies, me doy cuenta de que no he metido la ropa interior en la bolsa. Faltan cinco minutos para que empiece el partido. ¿Puedo jugar sin calzoncillos? Ni siquiera sé si es físicamente posible.

Brad me dice en broma que puedo usar los suyos.

Mis ganas de ganar no llegan a tanto.

Pienso: qué perfecto todo. Para empezar, no quería venir. No debería estar aquí, me enfrento a la rata de cloaca por antonomasia en la primera ronda, en la pista central. Ya puestos, ¿qué más me da jugar sin calzoncillos?

Hay dieciséis mil personas en las gradas gritando como campesinos a punto de tomar Versalles. Todavía no he empezado a sudar cuando ya pierdo por un set y mi rival está a punto de romperme el servicio. Miro hacia mi palco, me fijo en Gil y Brad. «Ayudadme». Brad me mira a mí, impasible. Ayúdate tú solo.

Me subo los pantalones, aspiro hondo y suelto el aire despacio. Me digo a mí mismo que ya no me puede ir peor. Me digo a mí mismo: tú gana un set, uno solo. Ganarle un set a este tío ya sería un logro. Un set… Inténtalo. Rebajar las pretensiones hace que la tarea parezca más asumible, y me quita tensión. Mi revés mejora enseguida y envío la pelota a donde quiero. El público se agita: hace tiempo que no me ve jugar bien en este escenario. Algo en mi interior también se agita.

El segundo set se convierte en una pelea callejera y en un combate de lucha libre y en un duelo con pistolas. Squillari no cede ni un palmo, y yo tengo que arrebatarle

el set con fórceps. Gano 7-5. Y entonces ocurre algo asombroso: gano el tercer set. Empiezo a sentir esperanza, una esperanza que me sube desde los pies. Miro a Squillari: él no la tiene. Su cara se ve inexpresiva. Es uno de los tenistas más en forma del circuito, pero no puede dar un paso más. Está acabado. En el cuarto set lo arrollo y de pronto me encuentro saliendo de la pista con unas de las victorias más improbables de mi carrera.

De nuevo en el hotel, sucio de tierra batida, le digo a Gil: ¿lo has visto? ¿Has visto a esa rata de cloaca agarrotarse? ¡Hemos hecho que se agarrotara, Gil!

Sí, lo he visto.

El ascensor es diminuto. Caben cinco personas normales, o Gil y yo. Brad nos dice que subamos nosotros primero, que él cogerá el siguiente. Pulso el botón y, cuando ya subimos, Gil se apoya en una pared y yo me apoyo en la otra. Noto que me mira.

¿Qué?

Nada.

Pero sigue mirándome.

¿Qué?

Nada. Me sonríe y repite: nada.

En la segunda ronda decido seguir jugando sin calzoncillos. (Ya no volveré a llevarlos más; cuando algo funciona, no lo cambias). Me enfrento al francés Arnaud Clément. Gano el primer set 6-2. Voy con ventaja en el segundo y nunca había jugado tan bien sobre tierra batida. Lo estoy dejando atontado. Pero entonces Clément despierta de golpe y gana el segundo set. Y el tercero. ¿Cómo ha podido suceder? Saco yo, vamos cuatro juegos a cinco, cero a treinta, en el cuarto set. Estoy a dos puntos de ser apeado del torneo.

Pienso. Dos puntos. *Dos puntos*.

Él me dispara un *drive* largo imposible de devolver. Me acerco para ver si ha entrado. Y no. Rodeo la marca con la raqueta. El juez de línea viene corriendo a verificar. Lo examina, como Hercule Poirot. Levanta la mano. ¡No!

Si esa pelota hubiera rozado la línea, ahora él tendría tres puntos consecutivos de partido. En cambio, ahora vamos 15-30. Qué diferencia. ¿Y si…?

Pero me suplico a mí mismo que deje de pensar en esos *y si*. No pienses, Andre. Apaga la mente. Juego dos minutos del mejor tenis del que soy capaz. Resisto. Estamos empatados a cinco juegos.

Saca Clément. Si yo fuera un jugador distinto, él tendría ventaja. Pero soy hijo de mi padre. Soy restador. No dejo que nada me pase de largo. Y entonces yo lo hago correr de un lado a otro. Hacia delante, hacia atrás. Ya se le sale la lengua por la boca. Cuando el público y él creen que ya no puedo hacer que siga corriendo, lo canso un poco más. Es como un diapasón. Y entonces, de pronto, se va. Se echa hacia delante, como si le hubieran disparado un tiro en la cabeza. Tiene tantos calambres que hasta sus calambres tienen calambres. Solicita asistencia médica.

Le rompo el servicio. Y aguanto sin problemas hasta que gano el cuarto set.

Gano el quinto 6-0.

En el vestuario, Brad habla solo, habla conmigo, con todo el que quiera escucharlo.

¡Se le han pinchado las ruedas! Lo has visto. Joder… Se le ha pinchado… bang.

Los periodistas me preguntan si me siento afortunado por los calambres de Clément.

¿Afortunado? Me ha costado lo mío provocárselos.

En el hotel, voy montado en el ascensor diminuto con Gil, y tengo la cara manchada de tierra. Bajo la vista. Nunca me había fijado en que la tierra batida de Roland Garros, cuando se seca, parece sangre. Intento sacudírmela y noto que Gil vuelve a mirarme.

¿Qué pasa?

Nada, responde él, sonriendo.

En tercera ronda me toca enfrentarme a Chris Woodruff. Solo he jugado con él en una ocasión, aquí mismo, en 1996. Y perdí. Fue una derrota desastrosa. Aquel año, secretamente, sabía que tenía pocas opciones. Este año, en cambio, sé desde el principio que voy a ganar. No me cabe la menor duda de que me tomaré la revancha, servida bien fría. Le gano 6-3, 6-4, 6-4, en la misma pista en la que él me derrotó a mí. La ha solicitado Brad expresamente, porque quería que lo recordara, que lo convirtiera en algo personal.

Estoy en los dieciseisavos del Roland Garros por primera vez desde 1995. Mi recompensa es Carlos Moyà, que actualmente defiende el título.

No tienes de qué preocuparte, dice Brad. A pesar de ser el actual campeón, y muy bueno en tierra batida, puedes desgastarlo. Puedes avasallarlo, plantarte delante de la línea de fondo, devolvérselas rápido y aplicar presión. Ve a por su revés, pero si tienes que echárselas a su *drive*, hazlo con intención, con brío. No se la tires sin más. Tírasela con todas tus ganas. Y hazle sentir que lo haces.

En el primer set, soy yo el que siente a Moyà. Lo pierdo deprisa. En el segundo dejo escapar dos servicios. No estoy jugando mi juego. No estoy haciendo nada de lo que Brad me ha dicho. Alzo la vista, miro hacia el palco, y Brad me grita: «¡Venga! ¡Vamos!».

De vuelta a lo básico: hago correr a Moyà. Y correr. Y correr. Establezco un ritmo sádico, y me repito a mí mismo: corre, Moyà, corre. Lo hago dar vueltas enteras al estadio. Lo hago correr la Maratón de Boston. Gano el segundo set y el público me anima. En el tercer set hago correr a Moyá más de lo que he hecho correr a mis tres rivales anteriores y, de pronto, súbitamente, ya lo tengo. Quiere largarse de allí. Él no ha venido aquí a jugar a esto.

Cuando empieza el cuarto set, yo derrocho confianza. Salto arriba y abajo. Quiero

que Moyà vea toda la energía que me queda. Lo ve y suspira. Lo elimino y entro corriendo en el vestuario. Brad me saluda con un golpe de puño que casi me rompe el mío.

En el ascensor del hotel, noto que Gil me mira, una vez más.

Gil, ¿qué pasa?

Tengo un presentimiento.

¿Qué presentimiento?

Me parece que vas a vivir un choque de trenes.

¿Con qué?

Con el destino.

No sé si creo en el destino.

Ya veremos. No podemos encender una hoguera bajo la lluvia…

Disponemos de dos días libres. Dos días para descansar y pensar en algo que no sea el tenis. Brad se entera de que Bruce Springsteen se aloja en nuestro hotel. Va a dar un concierto en París. Brad sugiere que vayamos. Consigue tres entradas en la primera fila.

En un primer momento no estoy seguro. No sé si es buena idea salir a quemar la noche. Pero en la tele casi todos los canales muestran imágenes del torneo, y eso tampoco me viene bien. Me acuerdo de aquel organizador de un torneo de tenis que, despectivamente, comparó mi juego en un campeonato de promesas con Springsteen tocando en un bar de la esquina. Sí, le digo. Vamos a salir esta noche. Vámonos a ver al *Boss*.

Brad, Gil y yo entramos en el estadio instantes antes de que Springsteen salga al escenario. Mientras bajamos por el pasillo, varias personas me ven y me señalan. Alguien grita mi nombre. *Andre! Allez, Andre*! Varios otros se suman al grito. Nos sentamos. Un foco va iluminando al público y, de pronto, se posa en nosotros. Nuestros rostros aparecen en la pantalla gigante instalada en el escenario. La multitud ruge. La gente empieza a corear: «*Allez, Agassi, Allez*!». Unas dieciséis mil personas —una cifra parecida a la de los asistentes al Roland Garros— entonan ese cántico, me animan, patean. «*Allez, Agassi*!». Lo repiten con un ritmo, con una cadencia que recuerda a esas canciones que cantan los niños muy pequeños en el jardín de infancia. La, la, la-la-la. Es algo contagioso. Brad también lo canta. Yo me pongo de pie, saludo. Me siento honrado. Inspirado. Ojalá pudiera jugar el próximo partido ahora mismo. Ahí mismo. *Allez, Agassi*!

Me pongo de pie una vez más. Tengo un nudo en la garganta. Y entonces, por fin, el *Boss* hace su aparición.

En cuartos de final me enfrento al uruguayo Marcelo Filippini. El primer set me

resulta fácil. El segundo, también. Me dedico a cansarlo. Él se desmorona. «*Tramps like us, baby, we were born to run*»[6]. Estoy disfrutando de todo tanto como si ya hubiera ganado; dejar a mis rivales sin fuerzas, ver que mis muchos años de entrenamientos con Gil me dan dividendos en dos semanas muy concentradas. Gano el tercer set 6-0 sin resistencia por parte de Filippini.

Estás dejando a esos tíos lisiados, me grita Brad. Dios mío, Andre, estás dejándolos amputados.

Ya estoy en semifinales. Me enfrento a Hrbaty, que acaba de eliminarme en Key Biscayne, cuando yo todavía estaba en estado de catatonia por Steffi. Gano el primer set 6-4. Gano el siguiente set 7-6. Se nubla y empieza a lloviznar. La pelota pesa más, lo que me impide realizar un juego ofensivo. Hrbaty se aprovecha de ello y gana el tercer set. En el cuarto va por delante, 2-1, y un partido que yo ya tenía ganado se me está escapando. Sí, todavía le gano por un set, pero está claro que ha aprovechado el impulso. Y yo siento que me limito a aguantar.

Miro a Brad, que señala el cielo. Para el partido.

Le hago una seña al supervisor y otra al juez. Señalo la tierra, que es barro. Les digo que no voy a jugar en esas condiciones. Es peligroso. Ellos examinan la tierra como si fueran mineros en busca de oro. Me dan la razón. El partido se suspende.

Ceno con Gil y Brad, y estoy de un humor de perros, porque sé que el partido se me estaba yendo de las manos. Solo me ha salvado la lluvia. De no ser por ella, a esta hora ya estaríamos en el aeropuerto. No me gusta nada tener toda la noche para darle vueltas y más vueltas al partido en mi mente y para preocuparme por lo que me espera mañana.

Mantengo la mirada fija en la comida, mudo.

Brad y Gil hablan de mí como si yo no estuviera en la mesa.

Físicamente está bien, dice Gil. Está en buena forma. Así que tú dale una buena charla, Brad. Asesóralo para que se anime.

¿Qué quieres que le diga?

Eso es cosa tuya.

Brad le da un sorbo a la cerveza y se vuelve hacia mí.

Está bien, Andre. Mira, el trato es este: mañana necesito que me des veintiocho minutos tuyos.

¿Cómo?

Veintiocho minutos. Te pido que hagas un *sprint* y rompas la cinta de la línea de llegada. Puedes hacerlo. Hay que ganar cinco juegos, eso es todo. Y no debería llevarte más de veintiocho minutos.

Están las condiciones meteorológicas. Está la pelota.

Va a hacer buen tiempo.

Dicen que va a llover.

No. Hará bueno. Tú solo danos veintiocho grandes minutos.

Brad me conoce, sabe cómo funciona mi mente. Sabe que el orden, lo específico,

una meta clara y precisa son para mí como golosinas. Pero ¿también sabe qué tiempo va a hacer? Por primera vez llego a pensar que Brad no es un entrenador, sino un profeta.

De regreso al hotel, Gil y yo nos embutimos en el ascensor.

Todo irá bien, me dice.

Sí.

Antes de acostarme, me obliga a beberme su *Agua de Gil*.

No quiero.

Bébetela.

Solo cuando estoy tan hidratado que meo transparente, me deja irme a la cama.

Al día siguiente, retomo el partido tenso. Pierdo 1-2 en el cuarto set, saco yo, y sigo perdiendo hasta dejar que mi rival disponga de dos pelotas de juego. No, no y no. Peleo y consigo empatar a cuarenta. Gano yo el juego. Ahora el set está igualado. Tras evitar el desastre, de pronto me siento liberado, contento. En el mundo del deporte es algo que se da constantemente. Pendes de un hilo sobre un abismo. Miras a la muerte de cara. Entonces tu rival o la vida te salva, y te sientes tan tocado por la gracia que juegas con gran despreocupación. Gano el cuarto set y, por tanto, el partido. Ya estoy en la final.

Mi primera mirada es para Brad, que, emocionado, se señala el reloj de muñeca e inmediatamente después apunta al cronómetro de la pista.

Veintiocho minutos. Exactos.

Mi rival en la final es Andriy Medvédev, de Ucrania. No es posible. Sencillamente, no es posible. Hace apenas unos meses, en Montecarlo, Brad y yo nos tropezamos con él en una discoteca. Ese día había sufrido una severa derrota, y bebía para olvidar el dolor. Lo invitamos a sentarse con nosotros. Se sentó a nuestra mesa y anunció que dejaba el tenis.

Ya no puedo seguir jugando a este juego de mierda, dijo. Soy viejo. Este deporte me ha pasado por encima.

Yo intenté disuadirlo.

Cómo te atreves, le dije. Aquí estoy yo, a mis veintinueve años, lesionado, divorciado, ¿y tú te quejas porque te han eliminado a los veinticuatro? Tienes un futuro brillante.

Mi juego es una mierda.

¿Y qué? Mejóralo.

Entonces me pidió que le diera consejos, trucos. Me pidió que analizara su juego, así como yo le había pedido un día a Brad que analizara el mío. Y yo hice de Brad con él. Me mostré brutalmente sincero. Le dije a Medvédev que tenía un gran saque, un muy buen resto, y un revés de primera clase. Su *drive* no era su mejor tiro, claro, eso no era ningún secreto, pero podía disimularlo porque era lo bastante corpulento

para dominar a sus contrarios.

¡Te mueves bien!, le grité. Vuelve a lo básico. No dejes de moverte. Esmacha el primer saque y fuerza el revés paralelo.

Desde esa noche, Medvédev ha seguido mi consejo al pie de la letra, y está en racha. Ha ganado sin parar los distintos torneos del circuito, dominando a todo el mundo. Cada vez que nos encontramos en el vestuario, o en las inmediaciones de Roland Garros, nos guiñamos el ojo y nos saludamos.

Jamás se me había ocurrido pensar que viviría ese choque de trenes.

O sea que Gil se equivocaba. Este no era un choque de trenes con el destino, sino con un dragón que escupe fuego por la boca y que yo mismo he ayudado a crear.

Vaya a donde vaya, los parisinos se me acercan y me desean suerte. En la ciudad no se habla de otra cosa que no sea el torneo. En restaurantes, cafés, en las calles, la gente grita mi nombre, me da besos, me anima a seguir adelante. La noticia de la recepción que me dieron en el concierto de Bruce Springsteen ha saltado a la prensa. A la gente, a los periodistas, les fascina mi ascenso contra pronóstico. No cuesta identificarse con él. Todos ven algo de sí mismos en mi regreso, en mi resurrección de entre los muertos.

Es la noche anterior a la final, y estoy sentado en la habitación del hotel, viendo la tele. La apago. Me acerco a la ventana. Estoy mareado. Pienso en este último año, en estos últimos dieciocho meses, en estos últimos dieciocho años. Millones de pelotas, millones de decisiones. Sé que esta es mi última oportunidad de ganar el Roland Garros, mi última oportunidad de conseguir el último Grand Slam que me queda, y completar la baraja, es decir, mi último intento de redención. La idea de perder me asusta, y la idea de ganar me asusta casi lo mismo. ¿Me sentiría agradecido? ¿Seré digno del triunfo? ¿Creceré con él, o lo malgastaré?

Además, Medvédev nunca está muy lejos de mis pensamientos. Él tiene mi juego: se lo he dado yo. Tiene, incluso, mi mismo nombre, Andriy. Va a ser Andre contra Andriy. Yo contra mi doble.

Brad y Gil llaman a la puerta.

¿Estás listo para cenar?

Mantengo la puerta abierta y les pido que entren un momento.

Ellos no pasan de la entrada, y me ven abrir la puerta del minibar. Me sirvo un vodka en vaso grande. Brad se queda boquiabierto al ver que me lo bebo de un trago.

¿Qué coño crees que…?

Estoy muy nervioso, Brad. No he podido probar bocado en todo el día. Tengo que comer, y solo podré hacerlo si se me quitan estos nervios.

No te preocupes, le dice Gil a Brad. Está bien.

Bébete, al menos, también un buen vaso de agua, dice Brad.

Después de cenar, cuando vuelvo a la habitación, me tomo un somnífero y me

meto en la cama. Llamo a J. P. y me dice que allí es mediodía.

¿Qué hora es allí?

Tarde. Muy tarde.

¿Y cómo te sientes?

Por favor, háblame durante un rato de lo que sea menos de tenis.

¿Estás bien?

De cualquier cosa menos de tenis.

Está bien. Bueno, veamos. ¿Qué tal si te leo un poema? Últimamente estoy leyendo mucha poesía.

Sí, bien, lo que sea.

Se va a su librería y coge un libro. Lee con voz suave:

> A pesar de que mucho se ha perdido, queda mucho; y, a pesar
> de que no tenemos ahora el vigor que antaño
> movía la tierra y los cielos, lo que somos, somos:
> un espíritu ecuánime de corazones heroicos,
> debilitados por el tiempo y el destino, pero con una voluntad
> decidida a combatir, buscar, encontrar y no ceder.

Me quedo dormido sin colgar el teléfono.

Gil llama a la puerta, vestido como si fuera a conocer a De Gaulle. Lleva su chaqueta negra más elegante, unos pantalones negros de pinzas, el sombrero negro. Y se ha puesto también la cadena que le regalé. Yo, por mi parte, llevo el anillo a juego. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el ascensor, dice:

Todo irá bien.

Sí.

Pero no va bien.

Lo noto durante el calentamiento. Estoy empapado en sudor. Sudo como si estuviera a punto de casarme. Los nervios se apoderan de mí de tal manera que me castañetean los dientes. Hay un sol radiante, lo que debería alegrarme porque significa que la pelota estará más seca y será más ligera. Pero el calor del día también implica que voy a sudar mucho más.

Cuando empieza el partido, ya estoy chorreando. Cometo errores absurdos de principiante, todos los fallos y las equivocaciones que pueden cometerse en una pista de tenis. Tardo solo diecinueve minutos en perder el primer set 6-1. Medvédev, entre tanto, se ve de lo más calmado. ¿Y por qué no iba a estarlo? Él está haciendo todo lo que se supone que debe hacer, todo lo que yo le dije que hiciera en Montecarlo. Él marca el ritmo, se mueve con gran agilidad, clava su revés paralelo cuando le parece… Tiene un juego frío, preciso, implacable. Si yo entro en él, si intento llevarme un punto adelantándome un poco, él me dispara un potente revés que me

supera.

Lleva unos pantalones cortos de cuadros, como si estuviera en la playa y, de hecho, parece como si estuviera paseándose por la Riviera francesa. Está fresco como una rosa, vigoroso, disfrutando de unas vacaciones. Podría pasarse días enteros ahí y no se cansaría.

Cuando empieza el segundo set hacen acto de presencia unos nubarrones negros. Al poco tiempo empieza a caer una lluvia ligera. Cientos de paraguas se abren en las gradas. El juego se detiene. Medvédev se mete corriendo en el vestuario y yo lo sigo.

No hay nadie. Camino arriba y abajo. Hay agua que gotea de un grifo. El sonido rebota en las taquillas metálicas. Me siento en un banco, sudando, con la vista fija en una de ellas.

Entran Brad y Gil. Brad, que lleva una chaqueta blanca y un sombrero del mismo color, en absoluto contraste con el conjunto negro de Gil, cierra dando un portazo y me grita: ¿qué está pasando?

Que es demasiado bueno, Brad. No puedo ganarle. Ese cabrón mide dos metros, dispara bombas y no falla nunca. Me está castigando con su saque, me está castigando con su revés y yo no consigo meterme en el punto cuando saca. No lo consigo.

Brad no dice nada. Yo pienso en Nick, de pie más o menos en el mismo punto, sin decirme nada durante la suspensión temporal por lluvia de hace ocho años, cuando perdí contra Courier. Hay cosas que no cambian nunca. El mismo torneo que se me resiste, la misma sensación de náusea, la misma reacción fría de mi entrenador.

Le grito a Brad: ¡estás de broma, supongo! De todos los momentos del mundo, ¿escoges este para no hablar? ¡Entre todos los momentos, finalmente te vas a callar la boca ahora!

Él me mira. Y entonces empieza a gritarme. Él, que nunca le levanta la voz a nadie, ya no puede más.

¿Y qué quieres que diga, Andre? ¿Qué es lo que quieres que te diga? Me sueltas que es demasiado bueno. ¿Y eso tú cómo vas a saberlo? ¡Si no puedes ni juzgar cómo está jugando! Estás demasiado confuso ahí fuera; el pánico te ciega. Me sorprende que ni siquiera lo veas. ¿Demasiado bueno? Eres tú el que haces que parezca bueno.

Pero…

Tú empieza por soltarte. Si vas a perder, al menos pierde según tus propios términos. Dale a la bola, joder.

Pero…

Y si no sabes dónde colocarla, te regalo una idea: envíasela al mismo sitio al que te la envía él. Si él te envía un revés cruzado, tú vas y le devuelves un revés cruzado. Pero que el tuyo sea un poquito mejor. No hace falta que seas el mejor jugador del mundo, joder. ¿Te acuerdas? Basta con que seas mejor que un solo tío. Y él no tiene ni un tiro que tú no tengas. A la mierda su saque. Su saque quedará en nada cuando tú empieces a dispararle tus tiros. Tú dale. Dale, joder. Si hoy vas a perder, no pasa

nada, podré asumirlo, pero perdamos a nuestra manera. En los últimos trece días te he visto colocar la pelota en la misma línea. Te he visto clavarla bajo una gran presión. Te he visto dejar a esos tíos sin piernas. Así que, por favor, deja de sentir lástima de ti mismo, deja de decirme que es demasiado bueno, y por el amor de Dios, deja de intentar ser perfecto. Tú solo ve la pelota y dale a la pelota. ¿Me oyes, Andre? Mira la pelota. Dale a la pelota. Haz que ese tío tenga que vérselas contigo. Que note que estás ahí. No te mueves. No le das. A lo mejor a ti te parece que lo estás haciendo, pero, hazme caso, solo estás ahí plantado. Si vas a perder, está bien, pierde, pero pierde con las pistolas en alto. Siempre, siempre, siempre, pierde con las pistolas en alto, y dis-pa-ran-do.

Abre una taquilla y cierra de golpe. El portazo resuena con fuerza.

Aparece el árbitro.

Volvemos a pista, caballeros.

Brad y Gil salen del vestuario. Cuando pasan por la puerta, me fijo en que Gil le da a Brad una palmadita furtiva.

Entro despacio en la pista. Realizamos un breve calentamiento, y enseguida retomamos el partido. Yo ya he olvidado el resultado. Debo consultar el panel para recordarlo. Ah, sí, voy ganando yo 1-0 en el segundo set. Pero saca Medvédev. Vuelvo a pensar en la final de 1991 contra Courier, en la pausa por lluvia que me desconcentró y me hizo perder el ritmo. Tal vez esta sea la revancha. El karma del tenis. Tal vez, así como aquella pausa por lluvia me confundió, esta me ayude a concentrarme.

Pero Medvédev cuenta con su propio karma ucraniano. Retoma el partido justo donde lo ha dejado, mantiene la presión, me obliga a replegarme constantemente, a jugar a la defensiva, que no es mi juego. El cielo sigue encapotado, y la humedad es intensa, lo que parece fortalecer más a Medvédev. A él le gusta el ritmo lento. Es un elefante encolerizado que se toma su tiempo para aplastarme bajo sus pies. En el primer juego después de la lluvia, saca a 193 kilómetros por hora. En cuestión de segundos, el marcador se pone 1-1.

Después me rompe el servicio. Y después gana su juego. Y después vuelve a romperme el mío y acaba ganando el segundo set con notable facilidad.

En el tercer set cada uno retiene su servicio durante cinco juegos. De pronto, inexplicablemente, por primera vez en todo el partido, consigo rompérselo yo a él. Me pongo por delante 4-2. Oigo gritos ahogados y murmullos en el público.

Pero Medvédev me rompe a mí el siguiente. Después mantiene el suyo, y empata el set a cuatro juegos.

El sol reaparece. Brilla con fuerza, y la tierra batida empieza a secarse. El ritmo del juego se acelera considerablemente. Saco yo y, cuando vamos 15 iguales, jugamos un punto frenético, que me anoto yo gracias a una bonita volea de revés. Ahora, a 30-15, oigo a Brad diciéndome que vea la pelota, que le dé a la pelota. La dejo volar. Al lanzar el primer saque se me escapa un gruñido escandaloso. Fuera.

Lanzo enseguida el segundo. Vuelve a ir fuera. Doble falta. 30-30.

Así que ya estamos otra vez. Voy a perder, sí —Medvédev está a solo seis puntos de ganar el campeonato—, pero voy a perder a la manera de Brad, y no a la mía.

Vuelvo a sacar yo. Fuera. Tercamente, me niego a quitarle fuerza al segundo saque. Vuelve a ir fuera. Dos dobles faltas seguidas.

Ahora vamos 30-40. Punto de rotura. Camino en círculos apretándome los ojos, a punto de llorar. Tengo que recomponerme como sea. Planto la punta del pie rozando la línea, lanzo la pelota al aire, y vuelvo a fallar el primer saque. Llevo cinco saques consecutivos fallados. Me estoy desmoronando. Si fallo el siguiente punto, Medvédev estará a un juego de ganar el Roland Garros, y además sacará él.

Él se echa hacia delante, dispuesto a destrozar por completo mi segundo saque. Como restador, uno siempre intenta adivinar cómo funciona la mente de su rival, y Medvédev sabe que la mía está muy maltrecha tras fallar cinco saques seguidos. Por tanto, supondrá, con un alto grado de certeza, que yo no voy a tener el valor de ser agresivo. Espera que le envíe un saque fácil y blando. Cree que no tengo alternativa. Da un paso adelante y se planta bastante por dentro de la línea de fondo, enviándome, al hacerlo, el mensaje de que da por sentado un saque blando. Cuando lo pille y me lo devuelva, me lo meterá por la boca. La expresión de su cara me dice, claramente: vamos, cabrón. Sé agresivo. Yo te reto.

Ese momento es la prueba decisiva para los dos. Es el punto de inflexión del partido, tal vez de la vida de ambos. Es una prueba de voluntades, de corazón, de hombría. Lanzo la pelota al aire y me niego a retraerme. En contra de las expectativas de Medvédev, saco con fuerza y agresividad a su revés. La pelota rebota con un efecto maligno. Medvédev se estira y la devuelve al centro de la pista. Yo le lanzo un derechazo que lo supera. Pero llega y me tira un revés a los pies. Yo me agacho, disparo con dificultad un *drive* de volea que aterriza en la línea de fondo, y que él consigue hacer pasar apenas por encima de la red. Yo la toco y la envío al otro lado, y la jugada muere ahí, y me da el punto, un punto inmenso, tratándose de un tiro tan suave.

Mantengo el servicio.

Me dirijo a mi silla dando saltitos. El público enloquece. El impulso no ha cambiado, pero ha sufrido una sacudida. Era el momento de Medvédev, y se le ha escapado, y creo que veo en su cara que lo sabe.

Allez, Agassi! Allez!

Un buen juego, pienso. Juega un buen juego, y habrás ganado el set. Y así al menos podrás salir de aquí con la cabeza alta.

Las nubes se han ido a otra parte. El sol ha secado la tierra batida hasta endurecerla y ahora el ritmo es rapidísimo. Pillo a Medvédev alzando la vista al cielo y mirándolo con gesto de preocupación cuando retomamos el partido. Él quiere que vuelvan esas nubes de lluvia. Ese sol inclemente no le interesa para nada. Ha empezado a sudar. Abre y cierra las fosas nasales. Parece un caballo, un dragón.

Puedes ganar al dragón. Ha empezado a quedar atrás: 0-40. Le rompo el servicio y gano el set.

Ahora es él quien juega según mis condiciones. Lo hago correr de un lado a otro, disparo con fuerza, sigo al pie de la letra todo lo que me ha dicho Brad. Medvédev va un paso por detrás, y se ve bastante distraído. Ha tenido demasiado tiempo para pensar en su victoria. Estaba solo a cinco puntos de ella, solo a cinco puntos, y eso lo atormenta. No deja de darle vueltas a eso en la cabeza. Se dice a sí mismo: «Pero si estaba tan cerca… Ya estaba ahí, en la línea de meta». Él vive en el pasado, y yo en el presente. Él está pensando y yo sintiendo. No pienses, Andre. Tú dale *más fuerte*.

En el cuarto set, vuelvo a romperle el servicio. Y entonces nos enzarzamos en una pelea a muerte. Jugamos buen tenis, un tenis compacto. Los dos corremos, gruñimos, nos lanzamos a por todas. El set podría decantarse de un lado o de otro. Pero yo cuento con una ventaja clara, un arma secreta a la que puedo recurrir cada vez que necesito anotarme el punto: mi juego de red. Todo lo que hago en la red me sale bien y parece evidente que eso le plantea problemas a Medvédev, lo perturba mentalmente. Se está poniendo nervioso, casi paranoico. Apenas yo hago el amago de acercarme a la red, él se agita. Si yo salto, él se estira.

Gano el cuarto set.

En el quinto, le rompo el servicio enseguida, y me pongo por delante 3-2. Está sucediendo. La marea está cambiando. Lo que debería haber sido mío en 1990 y en 1991 y en 1995 está volviendo a presentarse. Voy ganando 5-3. Saca él y vamos 15-40. Tengo dos pelotas de partido. Tengo que ganar esto ahora mismo, o tendré que volver a sacar, y no quiero. Si no gano esto ahora mismo, tal vez ya no lo gane. Si no gano esto ahora, estaré como está ahora Medvédev, lamentándome por lo cerca que lo he tenido. Si no gano esto ahora mismo, cuando sea viejo y esté sentado en la mecedora con una manta de cuadros sobre las piernas, me acordaré del Roland Garros y de Medvédev. Ya llevo diez años obsesionado con este torneo. No puedo soportar la idea de obsesionarme otros ochenta. Después de tanto trabajo, de tanto sudor, después de este regreso mío contra todo pronóstico, después de este torneo milagroso, si no gano esto ahora mismo, nunca seré feliz, nunca volveré a ser feliz de verdad. Y tendré que darle la razón a Brad. La línea de meta está tan cerca que podría besarla. *La noto tirando de mí*.

Medvédev gana los dos puntos de partido. Se salva de la muerte. Volvemos a estar empatados a cuarenta. Pero yo gano el siguiente punto. Otra pelota de partido.

Me grito a mí mismo: ahora. *Ahora*. Gana esto ahora.

Pero él gana el siguiente punto. Y después gana el juego.

El cambio de pista dura una eternidad. Yo me seco la cara con una toalla. Miro a Brad creyendo que lo encontraré desconsolado, como me siento yo. Pero su gesto es de determinación. Levanta cuatro dedos. *Cuatro puntos más*. Cuatro puntos equivalen a cuatro victorias de Grand Slam. ¡Venga! ¡Vamos!

Si voy a perder este partido, si estoy condenado a vivir con ese pesar por dentro,

no será porque no haya hecho lo que me ha dicho Brad. Oigo su voz en mi oído: vuelve a la mina.

La mina es el *drive* de Medvédev.

Volvemos a la pista. Yo voy a lanzárselo todo a su *drive*, y él lo sabe. Durante el primer punto está tenso, dubitativo en un *passing shot* paralelo. Envía la pelota a la red.

Sin embargo, gana el siguiente punto: ahora soy yo el que envía a la red su *drive*.

De pronto, redescubro mi saque. Como salido de la nada, clavo un primer disparo que él no es capaz de devolver. Me lanza un *drive* inerte que sale disparado. Mi siguiente saque es todavía más potente y su resto se estrella contra la red.

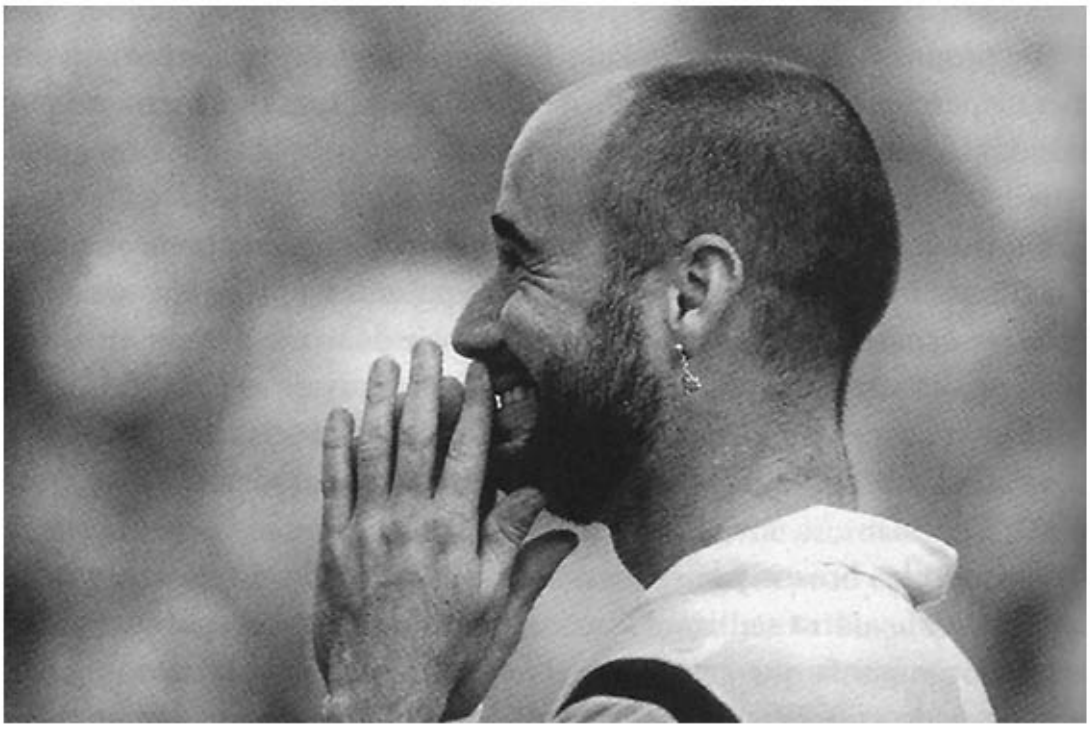
Punto de partido y de torneo. La mitad del público grita mi nombre, y la otra mitad pide silencio. Disparo otro potente saque, y cuando Medvédev se echa a un lado y resta como si en vez de brazo tuviera un ala de pollo, soy la segunda persona en saber que he ganado el Roland Garros. Brad es la primera, y Medvédev, la tercera. La pelota aterriza mucho más allá de la línea de fondo. Verla caer ahí es una de las alegrías más grandes de mi vida.

Levanto los brazos y la raqueta se me cae al suelo. Sollozo. Me rasco la cabeza. Me aterra sentirme tan bien. Se suponía que ganar no era tan bueno. Se suponía que ganar no debía ser tan importante. Pero lo es, lo es, no puedo evitarlo. Estoy desbordado por la alegría, siento un agradecimiento inmenso hacia Brad, hacia Gil, hacia París… Incluso hacia Brooke y hacia Nick. Sin Nick, no estaría aquí. Sin todos mis altibajos con Brooke, incluso sin la tristeza de los últimos días, esto no sería posible. Me reservo también un poco de gratitud hacia mí mismo, por todas las decisiones —buenas y malas— que me han conducido hasta aquí.

Salgo de la pista lanzando besos en todas direcciones, el gesto más sentido que se me ocurre para expresar la gratitud que recorre todo mi ser, la emoción que siento como la fuente de todas mis otras emociones. Me prometo que a partir de ahora lo haré así siempre, gane o pierda, cada vez que abandone una pista de tenis. Lanzaré besos a las cuatro esquinas de la tierra, para dar las gracias a todo el mundo.

Celebramos una pequeña fiesta en un restaurante italiano, Stressa, situado en el centro de París, cerca del Sena, cerca del lugar en el que le regalé a Brooke la pulsera. Lleno el trofeo de champán y bebo de él. Gil bebe Coca-Cola y es absolutamente incapaz de dejar de sonreír. Aún ahora, de vez en cuando, me planta una mano sobre la mía —pesa como un diccionario— y me dice: lo has conseguido.

Lo *hemos* conseguido, Gil.



Segundos después de derrotar a Andriy Medvédev
y conseguir el Roland Garros en 1999.

Nos acompaña McEnroe. En un momento determinado, me pasa un teléfono y me dice: toma, hay alguien que quiere saludarte.

¡Andre! ¡Andre! ¡Felicidades! Me lo he pasado muy bien viéndote esta noche. Te envidio.

Es Borg.

¿Envidiarme? ¿Por qué?

Por haber hecho algo que tan pocos han hecho.

Ya amanece cuando Brad y yo regresamos al hotel. Me pasa la mano por el hombro y me dice: el viaje ha terminado bien.

¿Cómo es eso?

Normalmente, en la vida, el viaje acaba jodiéndose. Pero esta vez ha terminado bien.

Yo le paso un brazo por el hombro a Brad. Ese es uno de los pocos errores que el profeta ha cometido en todo el mes: el viaje no ha hecho más que empezar.

23

En el Concorde que nos lleva a Nueva York, Brad me dice que es el destino. El destino. Se ha tomado cuatro cervezas.

Tú has ganado el Roland Garros masculino, dice. ¿Y quién ha tenido que ganar el Roland Garros femenino? ¿Quién? Dímelo tú.

Yo sonrío. Steffi Graf. El destino dicta que tenéis que acabar juntos. Solo dos personas en la historia de la humanidad habéis ganado los cuatro torneos del Grand Slam y una medalla de oro: tú y Steffi. Estáis destinados a casaros.

De hecho, añade, ahí va mi predicción. Saca la revista promocional de la compañía aérea metida en el bolsillo del asiento delantero, la abre y anota algo en una de sus páginas: «2001: Steffi Agassi».

¿Qué significa eso?

Que os casaréis en 2001. Y que tendréis vuestro primer hijo en 2002.

Brad, tiene novio. ¿Ya no te acuerdas?

Después de las dos semanas que acabas de vivir, ¿vas a decirme que hay algo imposible?

Bueno, lo que puedo decirte es esto: ahora que he ganado el Roland Garros me siento ligeramente más… no sé cómo decirlo. ¿Digno?

Eso es. Así me gusta.

Yo no creo que la gente esté predestinada a ganar torneos de tenis. Predestinada a unirse en la vida, tal vez, pero no predestinada a ganar más puntos, a colocar más *aces* que su oponente. Aun así, me cuesta poner en duda cualquier cosa que diga Brad. Así que, por si acaso, y porque me gusta cómo se ve, arranco ese trocito de papel de la revista del Concorde en el que ha escrito su última profecía, y me lo guardo en el bolsillo.

Pasamos los cinco días siguientes en Fisher Island, recuperándonos y celebrando el triunfo. Sobre todo celebrando. La fiesta no para de crecer. Llega Kimmie, la mujer de Brad. También J. P. y Joni cogen un vuelo para estar con nosotros. De noche, ya tarde, ponemos a todo volumen la canción *That's Life*, de Frank Sinatra, y Kimmie y Joni bailan como gogós encima de la mesa y de la cama.

Después practico en las pistas de hierba del hotel. Me paso varios días peloteando con Brad, antes de montarnos en el avión que nos llevará a Londres. Cuando sobrevolamos el Atlántico, caigo en la cuenta de que vamos a aterrizar el día del cumpleaños de Steffi. ¿Qué posibilidades tengo? ¿Y si me la encuentro por casualidad? Estaría bien tener algo que regalarle.

Miro a Brad, que duerme. Sé que querrá ir directamente desde el aeropuerto hasta las pistas de prácticas de Wimbledon, por lo que no habrá tiempo de parar en ninguna papelería. Debería preparar algo así como una tarjeta de felicitación ahora que

dispongo de tiempo. Pero ¿con qué?

Veo que la carta con el menú de primera clase del avión es bastante bonita, en realidad. En la cubierta aparece una iglesia rural bajo un gajo de luna. Combino dos cubiertas para formar una tarjeta y, en el interior, escribo: «Querida Steffi: quería aprovechar esta oportunidad para desearte un feliz cumpleaños. Debes sentirte muy orgullosa. Felicidades en lo que sé que es solo un gajo de todo lo que te espera en la vida».

Hago unos agujeros en las dos cartas. Ahora ya solo me falta algo para atarlas. Le pregunto a una azafata si tiene alguna cinta, alguna cuerda. ¿Algún hilo metálico? Me da un trozo de rafia que encuentra enroscado al cuello de una botella de champán. Yo paso con cuidado la rafia por los agujeros. Tengo la sensación de estar tensando el cordaje de una raqueta.

Cuando la tarjeta está terminada, despierto a Brad y le muestro mi trabajo manual.

Artesanía del Viejo Mundo, le digo.

Él se frota los ojos y asiente con la cabeza, dando su aprobación. Lo que te hace falta es una mirada. Una ocasión.

Me meto la tarjeta en la bolsa de tenis y espero.

En Aorangi Park, la zona de entrenamiento de Wimbledon, hay tres niveles de pistas de prácticas. Se trata de un monte aplanado, de una especie de templo azteca en el que se extienden las pistas de tenis. Brad y yo peloteamos en el nivel intermedio, durante media hora. Al terminar, recojo mis cosas y las guardo en mi bolsa, pausadamente, como siempre. Cuesta reorganizarlo todo después de un vuelo transatlántico, así que me dedico a organizar y a reorganizar. Estoy metiendo mi camiseta húmeda en una bolsa de plástico cuando Brad empieza a darme golpecitos en el hombro.

Está viniendo, tío, está viniendo.

Levanto la vista al momento, como un setter irlandés. Si tuviera cola, empezaría a agitarla. Está a treinta pasos de mí. Lleva unos pantalones azules ajustados de calentamiento. Me fijo por primera vez en que, como yo, tiene los pies ligeramente cavos. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta, y el sol se lo ilumina, también hoy, y parece que la acompañara una aureola.

Me pongo de pie. Ella me besa en las dos mejillas, a la europea.

Felicidades por Roland Garros, me dice. Me alegré mucho por ti. Se me saltaron las lágrimas.

A mí también.

Ella sonríe.

Felicidades a ti también, le digo yo. Tú me preparaste el camino. Me dejaste la pista caliente.

Gracias.

Silencio.

Por suerte, no hay fotógrafos ni fans, y ella se ve relajada, sin prisa. Yo, extrañamente, también estoy tranquilo. En cambio Brad no deja de emitir una especie de soplido, como si se estuviera escapando aire de un globo.

Ah, digo yo. Mira, acabo de acordarme. Tengo un regalo para ti. Sabía que era tu cumpleaños y te he hecho una tarjeta. Feliz cumpleaños.

Ella coge la tarjeta, la mira atentamente durante varios segundos y, conmovida, me mira a mí.

¿Cómo sabías que era mi cumpleaños?

No sé… Lo sabía.

Gracias, dice. De verdad.

Y se aleja deprisa.

Al día siguiente, la veo salir de las pistas de prácticas justo cuando Brad y yo llegamos. Esta vez sí hay miles de fans y periodistas por todas partes, y ella parece muy cortada. No llega a detenerse del todo, nos saluda fríamente y en un aparte, susurrando, me dice:

¿Cómo puedo ponerme en contacto contigo?

Le daré mi teléfono a Heinz.

Está bien.

Adiós.

Adiós.

Después de la práctica, Perry, Brad y yo estamos sentados en la casa que hemos alquilado, preguntándonos si llamará o no.

Te llamará pronto, opina Brad.

Muy pronto, cree Perry.

Pero pasa un día y no llama.

Pasa otro día.

Yo no puedo más. Wimbledon empieza el lunes, y no puedo dormir, no puedo pensar. Los somníferos no me sirven contra esa clase de ansiedad.

Será mejor que te llame, comenta Brad, o no pasarás de la primera ronda.

El sábado por la noche, después de cenar, suena el teléfono.

¿Sí?

Hola. Soy Stefanie.

¿Stefanie?

Sí, Stefanie.

¿Stefanie… Graf?

Sí.

Ah. O sea, que te haces llamar Stefanie.

Me explica que su madre, hace años, la llamaba Steffi, y que los periodistas

empezaron a llamarla así, y así se quedó. Pero que ella, a sí misma, se llama Stefanie.

Pues entonces será Stefanie, le digo yo.

Mientras hablo con ella, me voy paseando por todo el salón con mis calcetines de tenis puestos. Me deslizo sobre los suelos de parquet. Brad me suplica que pare, que me siente en una silla. Está seguro de que me voy a partir una pierna o a romper una rodilla. Freno un poco y, a una velocidad de crucero, recorro la habitación en círculos. Él sonríe y le dice a Perry: el torneo nos va a ir bien. Este Wimbledon nos va a ir bien.

Yo le hago un gesto para que se calle.

Y entonces me encierro en una habitación trasera.

Escúchame, le digo a Stefanie, cuando estábamos en Key Biscayne me dijiste que no querías que hubiera malentendidos entre nosotros. Yo tampoco lo quiero. Así que necesito decirte, necesito decirte antes de que la cosa vaya más allá, que creo que eres muy guapa. Te respeto, te admiro y me gustaría muchísimo, me encantaría llegar a conocerte mejor. Esa es mi meta. Ese es mi único plan. Esta es mi situación ahora mismo. Dime que es posible. Dime que podemos salir a cenar.

No.

Por favor.

No es posible… Aquí no.

Aquí no. Está bien. ¿Podemos ir a otro sitio?

No. Tengo novio.

Pienso: el novio. Todavía. He leído algo sobre él. Piloto de automovilismo. El mismo desde hace seis años. Intento decir algo ocurrente, buscar la manera de pedirle que se abra a la posibilidad de estar conmigo. Pero el silencio que se extiende entre nosotros está alcanzando ya una duración incómoda, se me está escapando el momento, y solo se me ocurre decirle:

Seis años son muchos años.

Sí, dice ella. Lo son.

Si no avanzas, retrocedes. Yo eso ya lo he vivido.

Ella no dice nada. Pero es precisamente su silencio lo que me hace saber que he tocado un tema sensible.

Sigo. No puede ser exactamente lo que estás buscando. Entiéndeme, no quiero hacer ninguna suposición, per…

Contengo el aliento. Ella no me corrige.

Le digo: no es mi intención ser poco respetuoso contigo, o tomarme libertades, pero lo único que te digo es que, no sé, ¿tal vez podrías, por favor, podrías, no sé, llegar a conocerme?

No.

¿Un café?

No pueden vernos en público juntos. No estaría bien.

¿Y escribirnos cartas? ¿Puedo escribirte?

Ella se echa a reír.

¿Puedo enviarte cosas? ¿Puedo dejar que me conozcas antes que decidas si quieres llegar a conocerme?

No.

¿Ni siquiera por carta?

Hay alguien que me lee el correo.

Entiendo.

Me doy un puñetazo en la frente. Piensa, Andre, piensa.

Le digo: está bien, mira, a ver qué te parece esto. Tú vas a jugar tu siguiente torneo en San Francisco. Yo estaré allí practicando con Brad. Me dijiste que te encantaba San Francisco. Quedemos allí.

Eso es… posible.

¿Eso es… *posible*?

Espero a que diga algo más.

Pero no dice nada.

¿Entonces? ¿Puedo llamarte o me llamas tú?

Llámame después del torneo, me responde. Primero juguemos los dos, y después, cuando termine el torneo, me llamas.

Me da su número de móvil. Yo lo anoto en una servilleta de papel, beso el número y me lo guardo en mi bolsa de tenis.

Llego a semifinales y me enfrento a Rafter. Le gano en tres sets consecutivos. No hace falta que me pregunte quién me está esperando en la final. Es Pete, como siempre. Pete. Vuelvo a casa agotado, pensando en ducharme, cenar algo y dormir. Suena el teléfono. Estoy seguro de que es Stefanie, que me desea suerte en mi partido contra Pete y que me confirma nuestra cita de San Francisco.

Pero es Brooke. Está en Londres y me pregunta si puede pasarse a verme.

Cuando cuelgo y me vuelvo, veo a Perry ahí mismo, muy pegado a mi cara.

Andre, por favor, dime que le has dicho que no. Por favor, dime que no vas a dejar que esa mujer venga aquí.

Va a venir. Mañana por la mañana.

¿Antes de que juegues la final de Wimbledon?

No pasa nada.

Llega a las diez, tocada con una gran pamela inglesa de ala ancha y flexible y unas flores de plástico pegadas. Le hago un recorrido rápido por la casa. La comparamos con las que alquilábamos ella y yo en los viejos tiempos. Le pregunto si quiere tomar algo.

¿Tienes té?

Sí, claro.

Oigo que Brad tose en la habitación de al lado. Sé muy bien qué significa esa tos. Es la mañana de la final. Un deportista no debería modificar jamás su rutina la mañana de una final. He tomado café todos los días desde que empezó el torneo, o sea que debería mantenerme fiel al café.

Pero quiero ser un buen anfitrión. Preparo una tetera, y tomamos el té en la mesa que está instalada bajo la ventana de la cocina. Hablamos sin decir nada. Le pregunto si ha venido a decirme algo en concreto. Ella me dice que me echa de menos. Y que quería decírmelo.

Se fija en el montón de revistas que hay en una esquina de la mesa, ejemplares recientes de *Sports Illustrated*. En la cubierta salgo yo. El titular: *De repente, Andre* (de repente estoy empezando a odiar la expresión *de repente*). Nos las han enviado los organizadores del torneo, le explico yo. Quieren que las firme y que se las envíe a fans y a miembros del personal de Wimbledon.

Brooke coge una de las revistas y se fija en mi foto. Yo me fijo en ella y pienso en ese día de hace trece años cuando, en el dormitorio de Perry, bajo cientos de portadas de *Sports Illustrated*, soñábamos con Brooke. Ahora ella está allí, delante de mí, y el que aparece en la portada de la revista soy yo, y Perry es el exproductor de su programa de televisión, y apenas nos hablamos.

Brooke lee el titular en voz alta. «De repente, Andre». Vuelve a leerlo. ¿De repente, Andre?

Alza la vista.

Oh, Andre.

¿Qué?

Oh, Andre, lo siento tanto.

¿Por qué?

Aquí está, tu gran momento y hacen que gire todo a mi alrededor.

Stefanie también ha llegado a la final. Pierde contra Lindsay Davenport. También ha estado jugando a dobles mixtos, con McEnroe, y llegaron a semifinales, pero ella se retiró por problemas con un tendón de la pierna. Yo estoy en el vestuario, vistiéndome para mi partido con Pete, y McEnroe está hablando con un grupo de jugadores, y les dice que Stefanie lo ha dejado en la estacada.

¿Os lo podéis creer? La muy puta pide que juguemos dobles mixtos, y yo accedo y llegamos a semifinales, y entonces ella va y se retira.

Brad me pone la mano en el hombro. Tranquilo, campeón.

Empiezo fuerte contra Pete. Mi mente viaja en varias direcciones a la vez: ¿cómo se atreve Mac a decir esas cosas de Stefanie? ¿Qué pretendía Brooke con ese sombrero que llevaba? Pero, no sé cómo, mi juego es sólido, limpio. Voy ganando 3-0 en el primer set, y en el cuarto juego saca Pete y vamos 0-40. Tres puntos de

servicio. Veo que Brad sonríe, que le da un codazo a Perry, que me grita: «¡Venga! ¡Vamos!». Me permito pensar en Borg, el último jugador en ganar en Roland Garros y en Wimbledon consecutivamente, una hazaña que ahora está a mi alcance.

Me imagino a Borg llamándome otra vez para felicitarme. ¿Andre? ¿Andre? Soy yo, Björn. Te envidio.

Pete me despierta de mi ensoñación. Un saque imposible de devolver. Otro. Un borrón. *Ace*. Juego para Sampras.

Miro a Pete, estupefacto. Nadie, ni vivo ni muerto, ha sacado nunca así. Nadie en la historia del tenis podría haber restado esos saques.

Sampras me elimina en tres sets consecutivos, y me echa de la pista con dos *aces*, dos signos de exclamación que ponen punto final a una actuación impecable. Es el primer partido de un Grand Slam que pierdo, el primero de catorce disputados, una racha de victorias casi sin precedentes en toda mi carrera. Pero para la historia quedarán las seis victorias de Pete en Wimbledon, y sus doce torneos de Grand Slam en total, lo que lo convierte en el jugador que más victorias acumula. La historia es así. Después, Pete me dirá que nunca me había visto darle tan duro, tan limpio a la pelota como en esos primeros seis juegos, y que eso es lo que le ha hecho subir el listón, y proporcionar a su segundo saque una velocidad suplementaria de casi cuarenta kilómetros por hora.

En el vestuario, debo someterme al test antidóping preceptivo. Tengo tantas ganas de orinar, regresar a casa y llamar a Stefanie… Pero no puedo, porque tengo la vejiga de ballena. Tardo un montón. Finalmente, mi vejiga coopera con mi corazón.

Suelto la bolsa en el recibidor de la casa y corro hacia el teléfono como quien corre para devolver una dejada. Con dedos temblorosos, marco el número. Me salta directamente el buzón de voz. Dejo un mensaje. Hola, soy Andre. El torneo ha terminado. He perdido contra Pete. Siento lo de tu derrota contra Lindsay. Llámame cuando puedas.

Me siento a esperar. Pasa un día. No hay llamada. Pasa otro día. No hay llamada.

Levanto el teléfono y le digo: ¡suena!

Vuelvo a llamarla. Le dejo otro mensaje. Nada.

Vuelo a la Costa Oeste. Apenas me bajo del avión, consulto los mensajes. Nada.

Me desplazo a Nueva York para participar en un acto benéfico. Reviso el buzón de voz cada quince minutos. Nada.

J. P. se reúne conmigo en Nueva York. Nos pateamos la ciudad. Él quiere ir a Clarke’s, y yo a Campagnola. Cuando entramos nos reciben con una gran ovación. Veo a mi amigo Bo Dietl, el policía metido a presentador de televisión. Está sentado a una mesa larga, junto a su equipo: Mike *el Ruso*, Shelly *el Sastre*, Al *Tomatoes*, Joey *Pots and Pans*. Todos insisten en que nos sentemos con ellos.

J. P. le pregunta a Joey *Pots and Pans* de dónde le viene el apodo.

¡Me encanta cocinar!

Después todos nos partimos de risa cuando le suena el teléfono. Lo abre y grita:

¡Pots!

Bo dice que va a dar una fiesta en los Hamptons este fin de semana. Insiste para que J. P. y yo vayamos. Pots cocinará, dice. Dile cuál es tu plato favorito, el que sea, y él te lo preparará. Eso me lleva a pensar en aquellas noches de los jueves en casa de Gil, hace ya tanto tiempo.

Le digo a Bo que no faltaremos.

Los invitados a la fiesta parecen una mezcla de los repartos de *Uno de los nuestros* y *Forrest Gump*. Nos sentamos en torno a la piscina, fumamos puros, bebemos tequila. De vez en cuando saco el número de teléfono de Stefanie y lo miro. En un determinado momento entro en la casa y la llamo desde un fijo, por si resulta que se dedica a filtrar mis llamadas. Pero también salta el buzón de voz.

Desesperado, inquieto, me bebo tres o cuatro margaritas más de la cuenta, y entonces saco la billetera y el móvil, los dejo sobre una silla y me tiro de bomba en la piscina, vestido. Todos los demás me imitan. Una hora después, consulto mi buzón de voz. Tiene un mensaje nuevo.

No sé por qué, pero el teléfono no ha sonado.

Hola. —Es ella—. Siento no haberte llamado antes. He estado muy enferma. Después de Wimbledon, mi cuerpo dijo basta. Tuve que anular lo de San Francisco y volver a casa, a Alemania. Pero ya me encuentro mejor. Llámame cuando puedas.

No me deja ningún número, claro, porque ya me lo dio.

Me toco los bolsillos. ¿Dónde he metido el número?

Se me para el corazón. Recuerdo haberlo escrito en una servilleta de papel que llevaba en el bolsillo cuando me he tirado a la piscina. Meto la mano en el bolsillo a toda prisa y saco el papel, lleno de chorretones.

Recuerdo que en una ocasión he llamado a Stefanie desde el fijo de Bo. Lo agarro del brazo y le digo que, cueste lo que cueste, tenga a quien tenga que sobornar, amenazar o matar, debe conseguir el registro de llamadas de su casa, todas las llamadas salientes de ese día. Y tiene que hacerlo ahora mismo.

Eso está hecho, dice Bo.

Se pone en contacto con un tipo que conoce a otro que tiene un primo que trabaja para la compañía telefónica. Una hora después disponemos ya del registro. La lista de llamadas salientes desde esa casa es más larga que las Páginas Amarillas de Pittsburgh. Bo grita a su equipo: ¡Voy a tener que empezar a controlaros, perros! Ahora entiendo por qué me llegan esas facturas.

Pero ahí está el número. Lo anoto en seis sitios distintos, entre ellos mi mano. Llamo a Stefanie, que contesta al tercer tono. Le cuento todo lo que he tenido que hacer para localizarla. Ella se ríe.

Los dos vamos a jugar pronto cerca de Los Ángeles. ¿Podríamos vernos allí? ¿Tal vez?

Después del torneo —dice ella—. Sí.

Viajo a Los Ángeles y juego bien. Me enfrento a Pete en la final. Pierdo 7-6, 7-6, y no me importa. Cuando salgo de la pista, soy el hombre más feliz del mundo.

Me ducho, me afeito, me visto. Cojo la bolsa de tenis, me dirijo hacia la puerta… Y ahí está Brooke.

Ha oído que estaba en la ciudad y ha decidido acercarse a verme jugar. Me repasa de arriba abajo.

Vaya, vaya, dice. Vas muy mudado. ¿Una cita importante?

De hecho, sí.

Ah, ¿con quién?

No respondo.

Gil, dice ella, ¿con quién ha quedado?

Brooke, creo que eso deberías preguntárselo a él.

Ella me mira. Yo suspiro.

He quedado con Stefanie Graf.

¿Stefanie?

Steffi.

Sé que los dos estamos pensando en la foto de la puerta de la nevera. Le digo: por favor, no se lo cuentes a nadie, Brooke. Es una persona muy reservada, y no le gusta la fama.

No se lo diré a nadie.

Gracias.

Estás guapo.

¿De verdad?

Ajá.

Gracias.

Recojo la bolsa de tenis. Ella me acompaña hasta el túnel que pasa por debajo del estadio, donde aparcan los jugadores.

Hola, *Lily*, dice ella, apoyando una mano en el capó blanco, resplandeciente, del Cadillac. La capota ya está bajada. Lanzo la bolsa al asiento trasero.

Pásalo bien, dice Brooke. Me da un beso en la mejilla.

Yo me alejo despacio, mirándola por el retrovisor. Una vez más, me alejo de ella montado en mi Cadillac. Pero esta vez sé que será la última, y que no volveremos a hablar nunca más.

Camino de San Diego, donde juega Stefanie, telefoneo a J. P., que pronuncia una arenga. No insistas demasiado, me dice. No intentes mostrarte perfecto. Sé tú mismo.

Yo pienso que sé cómo seguir ese consejo en una pista de tenis, pero que, en una

cita, estoy perdido.

Andre, me dice, algunas personas son termómetros y otras son termostatos. Tú eres un termostato. Tú no registras la temperatura de una habitación; tú la modificas. Así que ten confianza, sé tú mismo, toma el control. Muéstrale cómo eres en esencia.

Creo que eso sí puedo hacerlo. ¿Es mejor que pase a buscarla con la capota del coche levantada o bajada?

Levantada. A las chicas les preocupa el peinado.

Eso nos preocupa a todos, ¿no? Pero ¿no queda más guay la capota bajada?

Piensa en su pelo, Andre, en su pelo.

Pero no le hago caso, y me presento con el coche descapotado. Antes guay que caballeroso.

Stefanie ha alquilado un apartamento en un gran complejo hotelero. Encuentro el complejo, pero no su apartamento, así que la llamo para que me oriente.

¿Qué coche tienes?

Es un Cadillac tan grande como un crucero.

Ah, sí, ya te veo.

Miro hacia delante y la descubro ahí de pie, en lo alto de una colina cubierta de césped, saludándome.

¡Espérame ahí!, me grita.

Baja corriendo la colina y hace el ademán de meterse en el coche de un salto.

Espera. Quiero darte una cosa. ¿Puedo subir un momento?

Ah. Eh…

Solo un momento.

A regañadientes, sube la pendiente. Yo la sigo en coche y aparco frente a la puerta de su apartamiento.

Le entrego el regalo, una caja de velas decorativas que he comprado en Los Ángeles. Al parecer le gustan.

Está bien —dice ella—. ¿Ya estamos?

Creía que tal vez podríamos tomar una copa antes.

¿Una copa? ¿Cómo qué?

No sé. ¿Vino?

Ella dice que no tiene vino.

Podríamos pedirlo al servicio de habitaciones.

Ella suspira. Me alarga una lista de vinos y me pide que escoja yo una botella.

Cuando el chico del servicio de habitaciones llama a la puerta, ella me pide que espere en la cocina. Dice que no quiere que nos vean juntos. Se siente incómoda con nuestra cita. Culpable. Imagina que ese chico se lo contará todo a sus colegas. Tiene novio, me recuerda.

Pero si solo estamos…

No hay tiempo para explicaciones, dice. Me mete en la cocina.

Oigo al pobre chico del servicio de habitaciones, medio enamorado de Stefanie,

quien, aunque por distintas razones, está tan nerviosa como él. Intenta meterle prisa. Él forcejea con la botella y, cómo no, la rompe. Un Château Beychevelle de 1989.

Cuando el chico se va, ayudo a Stefanie a recoger los cristales rotos.

Le digo:

Creo que hemos empezado con muy buen pie. ¿Tú no?

He reservado una mesa junto a la ventana en Georges on the Cove, un restaurante con vistas al mar. Los dos pedimos pollo con verduras sobre un lecho de puré de patatas. Stefanie come más deprisa que yo y no toca el vino. Me doy cuenta de que no es de las que disfrutan con la comida, de las que piden tres platos y café y se entregan a largas sobremesas. Además, está nerviosa, porque detrás de nosotros ha visto a alguien que conoce.

Hablamos de mi fundación. Le fascina saber que estoy construyendo una escuela autónoma. Ella tiene su propia fundación, en la que se ofrece asistencia psicológica a niños víctimas de la guerra y la violencia en lugares como Sudáfrica y Kosovo.

También hablamos de Brad, cómo no. Le digo que tiene un inmenso don para entrenar, pero que las cuestiones sociales no se le dan tan bien. Nos reímos al recordar sus esfuerzos para que esa cena haya sido posible. Pero de su vaticinio no le digo nada. No le pregunto por su novio. Sí me intereso por saber qué le gusta hacer en su tiempo libre. Ella me cuenta que le encanta el mar.

¿Quieres venirte conmigo a la playa mañana?

Creía que mañana te ibas a Canadá.

Podría coger un vuelo nocturno.

Ella se lo piensa.

Está bien.

Después de cenar la llevo a su hotel, me besa en las dos mejillas, en un gesto que empieza a parecerme una especie de llave de kárate, de defensa personal. Y se mete corriendo en el apartamento.

Extiende la toalla en la arena y se quita los vaqueros. Debajo lleva un bañador blanco. Se mete en el agua hasta las rodillas. Se queda ahí un rato, con una mano en la cadera. Con la otra se protege los ojos del sol, mientras contempla el horizonte.

Me pregunta: ¿vienes?

No lo sé. Yo llevo mis pantalones cortos de tenis. No se me ha ocurrido traerme un traje de baño porque soy un chico del desierto. El agua no se me da muy bien. Pero en este momento, si hace falta, estoy dispuesto a llegar nadando hasta China. Con mis pantalones cortos de tenis, me acerco a Stefanie. Ella se ríe al verme y finge escandalizarse al saber que no llevo nada debajo. Le digo que lo he hecho así desde que gané en Roland Garros, y que no pienso cambiarlo.

Hablamos de tenis por primera vez. Cuando le digo que odio el tenis, ella se vuelve hacia mí con un gesto que significa: pues claro. ¿No lo odiamos todos?

Le hablo de Gil. Le pregunto sobre su forma física. Ella me dice que antes entrenaba con el equipo olímpico alemán de marcha.

¿Y qué distancia se te da mejor?

Los ochocientos metros.

¡Vaya! Eso sí es toda una prueba de resistencia. ¿Y cuánto tardas en correrla?

Ella sonríe, tímida.

¿No quieres decírmelo?

No hay respuesta.

Venga, ¿cuánto tardas?

Ella señala hacia el otro extremo de la playa, a un globo rojo que se ve a lo lejos.

¿Ves ese punto rojo de ahí?

Sí.

Seguro que llego antes que tú.

¿En serio?

En serio.

Ella sonríe. Y sale disparada. Yo la sigo. Me siento como si llevara toda la vida persiguiéndola, y ahora me veo persiguiéndola literalmente. Al principio hago esfuerzos por mantener su ritmo, pero hacia el final reduzco la distancia. Aun así, ella llega dos cuerpos por delante de mí. Se vuelve y sus risas me llegan como jirones de viento.

Nunca me había alegrado tanto de perder.

24

Yo estoy en Canadá, y ella, en Nueva York. Yo estoy en Las Vegas y ella, en Los Ángeles. Nos mantenemos en contacto por teléfono. Una noche me pide que le diga cuáles son mis cosas favoritas. Mi canción. Mi libro. Mi plato. Mi película.

Seguramente no has oído ni hablar de mi película favorita.

A ver, dime cuál es.

La estrenaron hace unos años. Se titula *Tierras de penumbra*. Es sobre la vida de C. S. Lewis, el escritor.

Oigo un ruido, como si se le hubiera caído el teléfono al suelo.

Eso es imposible. Absolutamente imposible. Esa es mi película favorita.

Habla de entregarse, de abrirse al amor.

Sí —dice ella—. Así es. Ya lo sé.

«Somos como bloques de piedra… los golpes de Su cincel, que tanto nos duelen, son los que nos hacen perfectos».

Sí. Sí. Perfectos.

Juego en Montreal, en semifinales, contra Kafelnikov, y no consigo ganar un solo punto. Él ocupa la segunda posición en el *ranking* mundial, y me da tal paliza que la gente de las gradas se cubre los ojos para no verlo. Me digo a mí mismo: el resultado de este partido no depende en absoluto de mí. No tengo ni voz ni voto en lo que me está ocurriendo hoy. No solo estoy siendo derrotado; estoy siendo privado de mis derechos. Pero estoy bien. En el vestuario, me encuentro con Larry, el entrenador de Kafelnikov, que está apoyado en la pared y sonríe.

Larry, esa ha sido la exhibición de tenis más brutal que he visto en mi vida. Voy a prometerte una cosa: dile a tu chico que se prepare para dos palizas mías.

Ese mismo día, más tarde, recibo una llamada de Stefanie. Está en el aeropuerto de Los Ángeles.

¿Qué tal te ha ido en el torneo?

Me he lesionado.

Oh. Lo siento.

Sí. Ya está. He terminado.

¿Y adónde vas ahora?

A Alemania. Tengo unos… asuntos pendientes.

Sé a qué se refiere. Va a hablar con su novio, a hablarle de mí, a romper con él. Noto que una sonrisa tonta se dibuja en mi cara.

Me dice que cuando vuelva de Alemania nos veremos en Nueva York. Podremos pasar algo de tiempo juntos antes del Open de Estados Unidos de 1999. Me comenta

que tendrá que convocar una rueda de prensa.

¿Una rueda de prensa? ¿Para qué?

Para anunciar mi retirada.

¿Tu… retirada?

Sí, ya te lo he dicho. He terminado.

Cuando has dicho que habías terminado, creía que te referías al torneo. No pensaba que hablabas de terminar… del todo.

Me siento desnudo al pensar en el tenis sin Stefanie Graf, la mejor tenista de todos los tiempos. Le pregunto qué siente al pensar que no volverá a sostener una raqueta durante una competición. Es la clase de pregunta que los periodistas me formulan todos los días, pero no puedo evitarlo. Quiero saberlo. Se lo pregunto con una mezcla de curiosidad y envidia.

Dice que se siente bien. Está en paz consigo misma y más que preparada para retirarse.

Me pregunto si lo estoy yo. Medito sobre mi propia mortalidad tenística. Pero una semana después me encuentro en Washington D. C. y me enfrento a Kafelnikov en la final. Me impongo 7-6, 6-1, y después, miro fijamente a su entrenador, Larry. Las promesas están para cumplirse.

Me doy cuenta de que no estoy listo. Todavía me quedan algunas promesas por cumplir.

Estoy a punto de volver a ser número uno. Esta vez no es el objetivo de mi padre, ni el de Perry, ni el de Brad, y me recuerdo a mí mismo que tampoco es el mío. Estaría bien, eso es todo. Sería la guinda del pastel de mi retorno. Sería un hito memorable en el viaje. Subo corriendo una ladera del Monte de Gil y bajo por la otra. Me estoy entrenando para ser número uno del *ranking*, le digo a Gil. Y para el Open de Estados Unidos. Y, en cierto modo, cómicamente, para Stefanie.

Tengo muchas ganas de que la conozcas, le digo.

Ella llega a Nueva York, y yo me la llevo al interior del estado, a la casa de campo de un amigo, una residencia del siglo XIX. Tiene seiscientas hectáreas y varias chimeneas de piedra. En todas las estancias podemos sentarnos, contemplar las llamas y conversar. Le cuento que soy un pirómano. Yo también, me dice ella. Las hojas de los árboles empiezan a cambiar de color y las ventanas enmarcan postales de bosques rojos y dorados con fondos de montañas. No hay nadie en muchos kilómetros a la redonda.

Pasamos tiempo paseando, de excursión, y nos acercamos en coche a pueblos cercanos y nos dedicamos a curiosear en las tiendas de antigüedades. De noche nos echamos en el sofá y vemos *La Pantera Rosa*, la película original. Al cabo de media hora, nos reímos tanto con la actuación de Peter Sellers que tenemos que parar la cinta y respirar hondo.

Ella se va tres días después. Tiene que irse de vacaciones con su familia. Yo le ruego que vuelva para el último fin de semana del Open de Estados Unidos. Que venga a verme a mi palco. Me pregunto si me traerá mala suerte dar por hecho que voy a estar en la final, pero no me importa.

Ella me dice que lo intentará.

Llego a semifinales. Debo enfrentarme a Kafelnikov. Stefanie me llama para decirme que vendrá. Pero que no se sentará en mi palco. No está preparada para tanto.

Bueno, pues entonces déjame que te busque un asiento.

Ya me lo buscaré yo, dice ella. No te preocupes por mí. Sé moverme un poco por ese ambiente.

Me río.

Sí, supongo que sí.

Ella me observa desde las gradas superiores. Lleva una gorra de visera muy encajada. Las cámaras de la CBS la pillan enseguida entre el público, claro, y McEnroe, que ejerce de comentarista, dice que a los organizadores del Open debería darles vergüenza no haberle conseguido un sitio mejor a Steffi Graf. Gano a Kafelnikov una vez más. Saluda a Larry de mi parte.

En la final, me enfrento a Martin. Creía que competiría contra Pete. He dicho públicamente que quería que fuera Pete, pero este se ha retirado del torneo con una lesión en la espalda. Así que va a ser Martin, que ya ha estado ahí, al otro lado de la red, en muchos momentos críticos. En Wimbledon, en 1994, cuando yo todavía me esforzaba por asimilar las enseñanzas de Brad, perdí contra él en un partido muy igualado a cinco sets. Y en el Open de Estados Unidos de ese mismo año, Lupica predijo que Martin me tumbaría en semifinales, y yo le creí, pero aun así conseguí derrotarlo y gané el torneo. En Stuttgart, en 1997, fue mi vergonzosa derrota en primera ronda contra Martin la que finalmente llevó a Brad a forzar aquel punto de inflexión. Ahora es Martin el que pondrá a prueba mi recién estrenada madurez, el que demostrará si los cambios que se han dado en mí son pasajeros o consistentes.

Le rompo el saque en el primer juego. El público, en su gran mayoría, va conmigo. Pero Martin no se arredra, no pierde la compostura. Me hace trabajar para conseguir el primer set, y sale más fuerte aún en el segundo, que lleva hasta el *tiebreak* y gana. También gana el tercero, tras un *tiebreak* más reñido aún. Así pues, va ganando dos sets a uno, una ventaja importante en este torneo. Aquí nadie se recupera de un déficit como ese. En veintiséis años, no ha ocurrido nunca. Veo en los ojos de Martin que él lo percibe y espera que yo le muestre las grietas de mi vieja armadura. Espera que me desmorone, que vuelva a ser ese Andre de antes, nervioso, dominado por las emociones, con el que tantas veces ha jugado en el pasado. Pero yo ni me doblego ni me someto. Gano el cuarto set 6-3, y en el quinto Martin se ve agotado y yo, en cambio, sigo entero. Gano el set 6-2, y abandono la pista sabiendo que estoy curado, que he vuelto, y me siento exultante porque Stefanie ha estado ahí

y lo ha visto todo. Solo he cometido cinco errores no forzados en los dos últimos sets. No he perdido mi servicio en todo el día y es el primer partido a cinco sets de mi carrera en el que me ocurre algo así. Acabo de conseguir el quinto torneo de Grand Slam. Cuando regrese a Las Vegas, tendré que apostar algo en la ruleta al número 5.

En la sala de prensa, un periodista me pregunta por qué creo que el público de Nueva York me animaba a mí, me apoyaba tan ruidosamente.

Ojalá lo supiera. Pero aventuro una respuesta: me ha visto crecer.

Sí, es cierto, me han visto crecer los aficionados de todas partes, pero en Nueva York las expectativas eran mayores, lo que ha ayudado a acelerar y a validar mi crecimiento.

Es la primera vez que he sentido —o que me he atrevido a decir en voz alta— que soy un adulto.

Stefanie viene conmigo a Las Vegas. Hacemos todas las cosas típicas que se hacen en la ciudad: jugamos en un casino, vamos a ver un espectáculo, y un combate de boxeo con Brad y Kimmie. Se enfrentan Óscar de la Hoya contra Félix Trinidad. Es nuestra primera cita oficial, pública. Nuestra *salida del armario*. Al día siguiente aparece en los periódicos una foto en la que estamos cogidos de las manos y dándonos un beso junto al *ring*.

Ya no hay marcha atrás, le digo.

Ella me mira y entonces despacio, por suerte, sonríe.

Pasa el fin de semana en mi casa. El fin de semana se convierte en una semana. Y después en un mes. J. P. llama un día por teléfono y me pregunta cómo me va todo.

Nunca había estado mejor.

¿Cuándo vas a volver a ver a Stefanie?

Todavía está aquí.

¿Qué quieres decir?

Cubro el aparato con la mano y le susurro: ¡todavía estamos en la tercera cita! Todavía no se ha ido.

Esto… ¿qué?

Supongo que algún día se irá, que volverá a Alemania a recoger sus cosas, pero de eso no hablamos, y yo no quiero sacar el tema. No quiero hacer nada que pueda alterar el estado de las cosas.

Sí, es algo así como lo que pasa con los sonámbulos, que dicen que no hay que despertarlos.

Pero yo voy a tener que ir pronto a Alemania. A jugar a Stuttgart. Ella quiere acompañarme —acepta incluso sentarse en mi palco—, y yo estoy encantado de tenerla a mi lado. En el fondo, Stuttgart es una ciudad importante para los dos. Es ahí donde ella se convirtió en tenista profesional, y es ahí donde yo volví a serlo. Y sin embargo, durante el vuelo, no hablamos de tenis. Hablamos de niños. Yo le digo que

quiero tenerlos. Con ella. Es algo muy atrevido por mi parte, pero no puedo contenerme. Ella me coge la mano y, con lágrimas en los ojos, mira por la ventanilla del avión.

En nuestra última mañana en Stuttgart, Stefanie debe levantarse temprano porque su vuelo sale pronto. Se despide de mí con un beso en la frente. Yo me tapo la cara con la almohada y vuelvo a quedarme dormido. Cuando despierto, una hora más tarde, y entro en el baño dando traspiés, veo que, en mi neceser abierto, Stefanie ha dejado sus pastillas anticonceptivas, como para decirme: ya no voy a necesitarlas más.

No solo llego a ser número uno en el *ranking* mundial, sino que mantengo el puesto cuando termina 1999. Es la primera vez en mi vida que termino el año en lo más alto. Acabo con la racha de Pete, que había terminado seis años consecutivos encabezando la lista. Después gano el Open de París, y me convierto en el primer tenista que gana el Open de París y el Roland Garros en un mismo año. Pero en el Copa de Maestros pierdo contra Pete. Ya nos hemos enfrentado en veintiocho partidos. Él me gana 17-11. Y, en finales de Grand Slam, su ventaja es de 3-1. Según la prensa deportiva, no existe gran rivalidad entre nosotros, porque Pete, normalmente, gana. Y yo no puedo rebatirlo, y ya no me afecta.

Hago lo único que puedo hacer: voy a ver a Gil y quemo músculo. Subo y bajo corriendo el Monte de Gil tantas veces que al final tengo alucinaciones. Corro por la mañana, corro por la tarde, corro el día de Nochebuena, y Gil me cronometra los tiempos. Me dice que, cuando llego a la cima, respiro tan fuerte que me oye desde abajo. Corro tanto que tengo que inclinarme sobre los arbustos y vomitar. Finalmente, un día, sube a buscarme a la cima y me pide que pare ya. Desde ahí arriba, contemplamos todas las luces de Navidad en la distancia y buscamos estrellas fugaces.

Estoy orgulloso de ti, me dice. De que estés aquí, esta noche. Nochebuena. Dice mucho de ti.

Yo le doy las gracias por estar ahí conmigo. Por renunciar a su Nochebuena.

Seguro que preferirías estar en muchos otros sitios.

No, en ninguno.

Cuando empieza el Open de Australia del año 2000, derroto a Mariano Puerta sin perder un solo set, y él elogia públicamente mi concentración. Lo noto: vuelvo a acercarme a un choque de trenes con Pete, una vez más, y seguro que volveremos a cruzarnos en semifinales. He perdido cuatro de las cinco últimas veces que nos hemos enfrentado, y él sigue siendo hoy tan bueno como siempre. Me dedica 37 *aces*, más que en ninguna otra ocasión. Pero yo pienso entonces en mi Nochebuena con Gil. A dos puntos de perder, inicio una remontada furiosa. Acabo ganando el partido y me convierto en el primer jugador desde Laver en llegar a la final de cuatro torneos

consecutivos de Grand Slam.

En la final, me enfrento a Kafelnikov. Tardo un buen rato en calentarme. Todavía estoy algo correoso por mi refriega con Pete. Pierdo el primer set, pero finalmente encuentro el ritmo, el toque, y lo elimino en cuatro sets. Es mi sexta victoria en un torneo de Grand Slam. Durante la rueda de prensa posterior, le doy las gracias a Brad y a Gil por enseñarme que con jugar mi mejor tenis tengo suficiente. Un fan grita el nombre de Stefanie y pregunta qué hay entre nosotros.

No es asunto tuyo, le digo, en broma. La verdad es que me gustaría poder contárselo al mundo entero. Y lo haré. Pronto.

Gil declara en el *New York Times*: la verdad es que creo que no volveremos a ver a Andre dejar de luchar.

Brad, en el *Washington Post*, dice: tiene un récord de veintisiete partidos a uno en los cuatro últimos torneos de Grand Slam. Solo Rod Laver, Don Budge y Steffi Graf lo superan.

Ni siquiera Brad es plenamente consciente del asombro que me causa que me nombre en esas compañías.

25

Stefanie me anuncia que su padre va a venir a Las Vegas a hacernos una visita. (Sus padres se divorciaron hace mucho tiempo, y su madre, Heidi, ya vive a quince minutos de casa). Según parece, ha llegado el momento inevitable: nuestros padres van a conocerse. La idea nos pone nerviosos a los dos.

Peter Graf es un hombre tranquilo, sofisticado, instruido. Le gusta contar chistes, un montón de chistes, chistes que yo no pillo porque su inglés es más bien pobre. Quiero caerle bien, y veo que él quiere caerme bien a mí, pero me siento algo incómodo en su presencia, porque conozco su historia. Él es el Mike Agassi en versión alemana. Exjugador de fútbol, fanático del tenis, empezó a hacer jugar a Steffi antes de que a la niña le quitaran los pañales. Sin embargo, a diferencia de mi padre, Peter nunca dejó de gestionarle la carrera y el dinero, y ha pasado dos años en la cárcel por evasión fiscal. No hablamos del tema en ningún momento, pero está ahí.

Debería haberlo imaginado. Lo primero que Peter quiere ver cuando llega a Nevada no es ni la Presa Hoover ni el Strip, sino la máquina lanzapelotas de mi padre. Le han hablado de ella, y dice que quiere verla y estudiarla de cerca. Lo llevo hasta la casa de mi padre, y por el camino charla conmigo amigablemente. Pero yo no entiendo gran cosa de lo que dice. ¿Me habla en alemán? No, lo hace en un híbrido de alemán, inglés y jerga tenística. Me pregunta cosas sobre el juego de mi padre. ¿Con qué frecuencia juega? ¿Se le da bien? Me doy cuenta de que lo que está haciendo es evaluarlo antes de llegar.

A mi padre no se le da muy bien socializar con gente que no habla un inglés perfecto, ni socializar con desconocidos, así que, al entrar en casa, sé que tenemos dos retos por delante. Sin embargo, siento un gran alivio al constatar que el deporte es un idioma universal, y que esos dos hombres, aficionados los dos, atletas los dos en el pasado, saben usar sus cuerpos para comunicarse, a través de gestos, de movimientos, de gruñidos. Le digo a mi padre que a Peter le gustaría ver su famosa máquina lanzapelotas. Mi padre se siente halagado. Nos conduce a la pista del patio trasero y arrastra el dragón. Pone en marcha el motor y sube el pedestal. No para de hablar. Le está dando toda una clase a Peter, y grita mucho para hacerse oír, porque el ruido del motor es considerable. Inocente, felizmente, no se da cuenta de que Peter no entiende una palabra.

Hala, ponte ahí, me dice mi padre.

Me entrega una raqueta, señala el otro lado de la pista, y orienta la máquina hacia mi cabeza.

Hazle una demostración, dice.

A mi mente regresan imágenes intermitentes, violentas, y solo la visión del tequila que me espera cuando llegue a casa me permite seguir actuando.

Peter se coloca detrás de mí y me observa mientras resto.

Ah, dice. *Ja*. Bien.

Mi padre le da más velocidad a la máquina, hasta que las pelotas salen disparadas casi de dos en dos. Seguro que mi padre le ha añadido una marcha más al dragón. No recuerdo que las escupiera tan rápido. No tengo tiempo de volver a poner la raqueta en posición para darle a la segunda. Peter me riñe por fallar. Me arrebata la raqueta, me empuja a un lado. Este —me dice—, es el tiro que deberías haber dado. Tú nunca has tenido este tiro. Y me muestra el famoso *corte Steffi*, que según él le enseñó a su hija. Debes recibir la pelota con la raqueta más quieta. Así.

Mi padre está lívido. Peter no solo ha dejado de prestar atención a la clase magistral que le está dando, sino que, además, se está metiendo con su alumno estrella. Así que, sin pensarlo, se viene a nuestro lado de la red, gritando: ¡su corte es una chorrada! Si Stefanie tuviera *este* tiro, las cosas le habrían ido mejor. Y entonces le muestra el revés con dos manos que me enseñó a mí.

¡Con este tiro —dice mi padre— Stefanie habría ganado treinta y dos torneos de Grand Slam!

Esos dos hombres no se entienden cuando hablan, y aun así están manteniendo una acalorada discusión. Yo les doy la espalda y me concentro en devolver pelotas. Concentro toda mi atención en el dragón. De vez en cuando oigo que Peter nombra a mis rivales, Pete, Rafter, y que mi padre, a continuación, reacciona mencionando a las bestias negras de Stefanie: Monica Seles y Lindsay Davenport. Después, mi padre habla de boxeo. Usa una analogía de ese deporte y Peter protesta a gritos.

Yo también fui boxeador, dice Peter, y a usted lo habría dejado K.O.

A mi padre se le pueden decir muchas cosas. Pero esa no. Esa nunca. Yo me estremezco, porque sé qué está a punto de pasar. Me vuelvo justo a tiempo de ver al padre de Stefanie, de sesenta y tres años, quitarse la camisa y decirle al mío, de sesenta y nueve: míreme, vea en qué forma estoy. Soy más alto que usted. Y con mi gancho lo mantendría a raya.

Mi padre replica: ¿eso cree? Pues venga. ¡Usted y yo!

Peter suelta barbaridades en alemán, mi padre las suelta en siriaco, y los dos ponen los puños en alto. Caminan en círculos, se esquivan, hacen fintas, se echan hacia delante y hacia atrás, e inmediatamente antes de que uno de ellos suelte el primer puñetazo, me interpongo entre los dos y los separo.

Mi padre grita: ¡este cabrón no para de soltar gilipolleces!

Puede ser, papá, puede ser, pero… por favor…

Jadean, transpiran. Mi padre tiene las pupilas dilatadas. Peter tiene el pecho desnudo empapado en sudor. Pero se dan cuenta de que yo no voy a dejar que se peleen, así que se retiran a sus esquinas neutrales. Apago el dragón y los tres salimos de la pista.

Cuando llego a casa, Stefanie me da un beso y me pregunta qué tal ha ido.

Ahora te lo cuento, le digo, mientras busco el tequila.

Creo que nunca me había sentado tan bien un margarita.

Después de jugar bien en la Copa Davis, pierdo enseguida en Scottsdale, un torneo que casi siempre domino. También juego mal en Atlanta y me hago un esguince en el tendón de la corva. En Roma, pierdo en la tercera ronda y me doy cuenta, a regañadientes, de que no puedo seguir así. No puedo participar en todos los torneos. Ahora que me acerco a los treinta años, debo escoger con más cuidado mis batallas.

Ahora, en casi todas las entrevistas que concedo me preguntan por mi retirada. Yo digo a los periodistas que mi mejor tenis todavía está por venir, y ellos sonríen, tuercen el gesto, como confiando en que esté de broma. Pero nunca he hablado más en serio.

Cuando me llega el momento de defender mi título en el Roland Garros del año 2000, entro en las instalaciones convencido de que se apoderará de mí una oleada de nostalgia. Pero veo que todo está distinto. Han renovado las pistas, han añadido más asientos. Han reformado los vestuarios. No me gusta. No me gusta nada. Yo quería que Roland Garros siguiera siendo siempre igual. Esperaba dirigirme al centro de la pista cada año e invocar 1999, cuando la vida cambió. En la rueda de prensa, tras mi victoria contra Medvédev, declaré ante los periodistas que ya podía retirarme del tenis sin lamentar nada. Pero ahora, un año después, me doy cuenta de que me equivoqué. Siempre lamentaré una cosa: no poder volver a revivir el Roland Garros de 1999 una y otra vez.

En la segunda ronda me enfrento a Kucera, que siempre me tiene ganas. Le basta con verme para que se le dispare la adrenalina. Cuando lo veo en el vestuario, por su expresión se diría que todavía recuerda su victoria sobre mí en el Open de Estados Unidos de 1998. El caso es que juega magníficamente bien, me hace correr hasta agotarme, y aunque le sigo el ritmo, noto que el pie izquierdo se me llena de ampollas. Como puedo, cojeando, salgo de la pista y pido asistencia médica. Un asistente me vuelve a aplicar tiritas en el pie, pero la verdadera ampolla me ha salido en el cerebro. A partir de ese punto, ya no vuelvo a ganar ningún juego.

Alzo la vista y me fijo en mi palco. Stefanie tiene la cabeza gacha. Nunca me ha visto perder así.

Más tarde, le explico que no entiendo por qué a veces, todavía, me derrumbo. Ella me da algunas explicaciones según su propia experiencia. Deja de pensar. Lo que hay que hacer es sentir. Sentir.

No es que no lo haya oído antes. Se trata de una versión más dulce, más suave de lo que me decía mi padre. Pero cuando me lo dice Stefanie, las palabras llegan más hondo.

Hablamos durante días sobre las diferencias entre pensar y sentir. Ella me dice que una cosa es no pensar, pero que lo que no puede hacer uno es obligarse a sentir. *Sentir* es algo que no se intenta. Es algo que uno tiene que permitirse.

Otras veces, Stefanie sabe que es mejor no decir nada. Me acaricia la mejilla, ladea la cabeza y yo me doy cuenta de que lo comprende —ella también ha pasado por lo mismo alguna vez—, y con eso me basta. De hecho, eso es exactamente lo que necesito.

Nos trasladamos a Londres para participar en Wimbledon 2000. Me da un gran placer ver a Stefanie explorar Londres. Finalmente, dice, puede disfrutar de esta hermosa ciudad, porque la recorre sin la sombra de la presión, de las lesiones. Los jugadores de tenis viajamos tanto como cualquier otro deportista, pero el estrés y los rigores de nuestro deporte nos impiden ver muchas cosas. Ahora Stefanie puede verlo todo. Va a pie a todas partes, explora todas las tiendas, todos los parques. Se detiene en un famoso restaurante de tortitas que siempre había querido probar, donde preparan 150 clases distintas de tortitas, y ella las prueba casi todas, sin tener que preocuparse por si va a sentirse pesada en la pista.

Como es de esperar, yo en Londres no veo nada, salvo mis emparejamientos. Y así, con mis orejeras puestas, me abro paso hasta semifinales. Me enfrento a Rafter, que se está construyendo una carrera muy bonita. Dos veces campeón del Open de Estados Unidos, ha sido número uno, y ahora dicen que intenta regresar tras una intervención quirúrgica en el hombro, aunque a mí me coloca *aces* como le da la gana. Y cuando no lo hace, se dedica a controlar después del saque, desde la línea de fondo, sin dejar que pase nada. Yo intento enviarle algunos globos. Le lanzo lo que yo creo que son tiros imposibles de devolver, pero él siempre consigue devolverlos a tiempo. Jugamos durante tres horas y media a un tenis de gran calidad, y todo confluye en el sexto juego del quinto set. Al intentar poner algo más de intensidad en un segundo saque, hago doble falta.

Punto de rotura.

Saco yo, él resta limpiamente y yo envío la pelota a la red.

Yo no consigo romperle el saque a él. Consigue que el setenta y cuatro por ciento de sus primeros saques entren, y así, con esos primeros saques, se abre paso hasta la final. Se ha ganado el derecho de disputarle el campeonato a Pete. Me habría gustado jugar contra Pete, y que Stefanie lo viera, pero no podrá ser. Hace un año, derroté a Rafter aquí mismo, en semifinales, cuando él empezaba a sentir molestias en el hombro. Ahora regresa y me derrota a mí en semifinales, con el hombro totalmente recuperado. Me gusta Rafter, y me gusta la simetría. Contra ese argumento no tengo nada que objetar.

Stefanie y yo volvemos a casa. Necesito descansar. Pero entonces empiezan a llegar las malas noticias. A mi hermana Tami le han diagnosticado un cáncer de mama. Días después, a mi madre se lo diagnostican también. Renuncio a mi plaza en el equipo olímpico que va a Sidney. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con mi familia. Tengo que dejar de jugar el resto del año, por lo menos hasta enero.

Mi madre no quiere ni oír hablar de ello.

Ve —me dice—. Juega. Haz tu trabajo.

Lo intento. Me desplazo hasta Washington D. C., pero juego como siempre que no consigo concentrarme. Contra Corretja rompo tres raquetas, rabioso, y pierdo en dos sets apagados.

En el Open de Estados Unidos de 2000 parto como primer cabeza de serie. El favorito para ganarlo. La noche antes del inicio del torneo, estoy sentado con Gil en el Lowell Hotel, y no me siento en absoluto favorito, sino bien jodido. Esta debería ser una ocasión feliz. Podría ganar la competición, podría deslumbrar al mundo. Y sin embargo no me importa lo más mínimo.

Gil, ¿por qué seguir?

Tal vez no deberías.

¿Por qué me siento… así, como antes, otra vez?

Es una pregunta retórica. Kacey ya está del todo recuperada, las cosas le van muy bien y está pensando en ir a la universidad, pero Gil no olvida nunca qué se siente cuando un ser querido está en un hospital. Sabe lo que le digo sin necesidad de palabras. ¿Por qué tiene que sufrir la gente a la que amamos? ¿Por qué la vida no puede ser perfecta? ¿Por qué, todos los días, en algún lugar del mundo, alguien debe perder?

No puedes jugar —me dice Gil—, si no estás motivado. Tú eres así, es tu naturaleza. Siempre lo ha sido, desde que tenías diecinueve años. Y no puedes sentirte motivado si la gente que te rodea no está bien. Yo te quiero por eso.

Pero es que si no juego le fallo a la gente. Y si juego le fallo a mi familia.

Él asiente con la cabeza.

¿Por qué el tenis y la vida siempre parecen opuestos?

Él no responde.

Ya lo hemos hecho, ¿no? Quiero decir que ya hemos participado en la carrera, ¿no? Estamos al final de esta chorrada.

Yo a eso no puedo responderte —dice—. Solo sé que todavía tienes más en tu interior, y que yo tengo más en mi interior. Si lo dejamos aquí, perfecto. Pero todavía nos quedan cosas, y creo que tú te prometiste a ti mismo que llevarías tu tenis hasta la línea de meta.

Durante nuestro primer día de práctica, mientras peloteo con Brad, no consigo tirar ni un solo saque mínimamente decente. Abandono la pista, y Brad, que me conoce, sabe que no debe preguntarme nada. Vuelvo al hotel y me tumbo en la cama y me paso dos horas mirando el techo, consciente de que no pasaré mucho tiempo en Nueva York.

En la primera ronda juego contra un estudiante de Stanford, Alex Kim, que está nerviosísimo. A mí me da lástima, pero lo elimino sin ceder un set. En la segunda ronda me encuentro con Clément. El día es caluroso y los dos estamos ya empapados en sudor antes de disputar el primer punto. Empiezo bien, le rompo el saque, me pongo por delante 3-1. Todo va bien. Entonces, de pronto, es como si nunca hubiera jugado al tenis. Pierdo ante un estadio lleno de gente.

La prensa deportiva recupera su vieja cantinela: el final se acerca para Agassi. Gil intenta contarles por lo que estoy pasando. Le dice: Andre saca fuerzas de su corazón, de sus emociones, de sus creencias y de sus seres más queridos. Cuando hay algo que no le va bien, se le nota en sus acciones.

Cuando abandono el estadio Arthur Ashe, una niña me dice: siento que hayas perdido.

Oh, guapa, no lo sientas demasiado.

Ella sonríe.

Regreso a casa enseguida, a Las Vegas, para pasar tiempo con mi madre. Pero ella está tranquila, absorta en sus libros y sus puzles, y nos avergüenza a todos con su calma imperturbable. Me doy cuenta de que la he infravalorado todos estos años. He tomado su silencio por debilidad, por aquiescencia. Ahora veo que mi madre es lo que mi padre hizo de ella, como lo somos todos, y sin embargo, bajo la superficie, es mucho más.

Y también veo que, en este momento difícil de su vida, le gustaría que le atribuyeran algo de mérito. Yo siempre he dado por sentado que mi madre quería pasar inadvertida. Pero lo que ahora quiere es que le hagan caso, que la valoren. Quiere que sepa que es más fuerte de lo que sospechaba. Se está sometiendo a sus tratamientos, sin quejarse, y si se siente orgullosa de ello, si quiere que yo esté orgulloso de ello, también quiere que sepa que yo estoy hecho de la misma pasta. Ella ha sobrevivido a mi padre, igual que yo. Ahora va a sobrevivir a esto, y yo también.

Tami, que recibe tratamiento en Seattle, también está mejor. La han operado, y antes de iniciar la quimioterapia viene a Las Vegas a pasar un tiempo con la familia. Me cuenta que teme que se le caiga el pelo. Yo le digo que no sé por qué: perder el pelo es lo mejor que me ha pasado a mí. Ella se echa a reír.

Me dice que quizá debería cortárselo antes de que el cáncer se lo lleve. Un acto de desafío, de toma de control.

Me gusta cómo suena eso —le digo—. Yo te ayudaré.

Organizamos una barbacoa en mi casa, y antes de que llegue la gente, nos encerramos en el baño. Con Philly y Stefanie como únicos testigos, celebramos una ceremonia formal de afeitado de cabeza. Tami quiere que sea yo el que haga los honores. Me pasa la maquinilla eléctrica. Yo la pongo al cero, y le pregunto si, antes, quiere que le haga una cresta de mohicana.

Esta podría ser tu última oportunidad de ver cómo queda.

No —dice ella—. Vamos a por todas.

Le afeito la cabeza deprisa, totalmente. Ella sonríe como Elvis el día que se alistó en el ejército. A medida que su pelo va cayendo al suelo, le digo que todo va a salir muy bien. Ahora eres libre, Tami, libre. Y también le digo: al menos a ti el pelo te volverá a crecer. En cambio, a Philly y a mí se nos ha ido para siempre, nena. Ella se

ríe, no deja de reírse, y me sienta bien hacer reír a mi hermana, cuando todos los días se empeñan en hacerla llorar.

Hacia noviembre de 2000, mi familia está algo más apuntalada, y yo me veo capaz de entrenar de nuevo. En enero volamos a Australia. Al aterrizar, me siento bien. Me encanta este lugar. En otra vida habré sido aborigen, porque siempre que vengo me siento como en casa. Siempre me gusta entrar en la Rod Laver Arena, jugar bajo la protección de Laver.

Apuesto con Brad a que voy a ganar el torneo. Lo noto. Y, cuando lo haga, él tendrá que tirarse al río Yarra, un afluente podrido y contaminado que recorre Melbourne. Me abro paso hasta semifinales, y vuelvo a enfrentarme a Rafter. Jugamos tres horas de tenis duro, lleno de jugadas largas en las que los dos competimos por ver quién gruñe más. Me va ganando él dos sets a uno. Pero entonces se marchita. El calor australiano. Los dos estamos empapados en sudor, pero él sufre calambres. Yo gano los dos siguientes sets.

En la final me enfrento a Clément, en un partido de revancha que tiene lugar cuatro meses después de que me destrozara en el Open de Estados Unidos. Yo apenas me muevo de la línea de fondo. Cometo pocos errores, y los que cometo los olvido al momento. Mientras Clément se dedica a murmurarse cosas en francés, yo me siento sereno, calmado. Soy hijo de mi madre. Le gano en tres sets consecutivos.

Es mi séptima victoria en un torneo de Grand Slam, lo que me coloca décimo en el *ranking* de todos los tiempos. Estoy empatado con McEnroe, Wilander y otros más, y un punto por delante de Becker y Edberg.

Wilander y yo somos los únicos que hemos ganado tres Open de Australia en la era Open. Sin embargo, en este momento, a mí lo que me interesa es ver a Brad nadar de espalda en el río Yarra, y después volver a casa para estar con Stefanie.

Pasamos la primera parte de 2001 instalados en mi *piso de soltero II*, reformándolo para que, de vivienda de soltero, pase a convertirse en un hogar. Compramos muebles que nos gusten a los dos. Organizamos cenas con pocos amigos. Hablamos hasta altas horas sobre el futuro. Ella me compra una pizarra para instalarla en la cocina y anotar en ella las tareas, pero yo la convierto en una *Tabla de apreciación*. La cuelgo en la pared de la cocina y le prometo a Stefanie que cada noche escribiré en ella algo relacionado con el amor que siento por ella. Al día siguiente borraré lo escrito y anotaré otra cosa. También compro una caja de Beychevelle de 1989, y nos prometemos compartir una botella todos los años para celebrar el aniversario de nuestra primera cita.

En Indian Wells, llego a la final y me enfrento a Pete. Lo derroto, y en el vestuario, después del partido, él me habla de su nueva vida. Acaba de casarse con

Bridgette Wilson, la actriz.

Yo todavía soy alérgico a las actrices, le digo.

Él se echa a reír, aunque yo le hablo en serio.

Me cuenta que la conoció durante el rodaje de una película: *El amor apesta*.

Ahora soy yo el que se ríe, aunque él me habla en serio.

Son muchas las cosas que querría contarle a Pete sobre el matrimonio, sobre las actrices, pero no puedo. La nuestra no es una relación de ese tipo. Me encantaría preguntarle muchas cosas: cómo mantiene la concentración, si lamenta o no dedicar tanto tiempo al tenis… Nuestras personalidades, que son tan distintas, nuestra rivalidad sostenida, impiden ese grado de intimidad. Me doy cuenta de que, a pesar de la influencia que hemos tenido el uno sobre el otro, a pesar de nuestra *casi-amistad*, somos prácticamente desconocidos, y lo seremos siempre. Le deseo lo mejor y soy sincero. Para mí, estar con la mujer adecuada es la verdadera felicidad. Después de todo el tiempo que he dedicado a formar lo que yo llamo mi *equipo*, lo único que quiero ahora es sentirme un miembro valorado del equipo de Stefanie. Espero que él sienta lo mismo con respecto a su mujer. Espero que se preocupe tanto por el lugar que ocupa en su corazón como lo que parece preocuparse por su lugar en la historia. Me encantaría poder decírselo.

Una hora después de terminado el torneo, Stefanie y yo ofrecemos una clase de tenis. Wayne Gretzky nos la ha comprado en una subasta benéfica, y quiere que enseñemos a sus hijos. Nos lo pasamos muy bien con la familia Gretzky. Después, cuando ya anochece, conducimos despacio hasta Los Ángeles. Por el camino hablamos de lo guapos que eran esos niños. Yo me acuerdo de los hijos de Costner.

Stefanie mira por la ventana, entrecierra los ojos, y me mira a mí. Dice: creo que tengo un retraso.

¿Un retraso con qué?

Un retraso.

Ah… ¿Quieres decir que…? ¡Ah!

Paramos en varias farmacias, compramos todos los test de embarazo disponibles y nos escondemos en el hotel Bel Air. Stefanie se mete en el baño, y cuando sale, su expresión es inescrutable. Me entrega el bastoncillo.

Azul.

¿Qué significa el azul?

Creo que significa… Ya sabes.

¿Niño?

Creo que significa que estoy embarazada.

Vuelve a hacerse la prueba. Vuelve a salir azul. Todas las veces, azul.

Es lo que los dos queríamos, y ella está encantada, pero también asustada. Tantos cambios. ¿Qué le pasará a su cuerpo? Solo disponemos de unas horas para estar juntos antes de que yo coja un vuelo nocturno a Miami y ella se vaya a Alemania. Nos vamos a cenar a Matsuhisa. Nos sentamos a la barra de sushi, cogidos de la

mano, y nos decimos que será fantástico. Hasta más tarde no caigo en la cuenta de que fue en ese mismo restaurante donde Brooke y yo terminamos. Es como en el tenis: la misma pista en la que sufres tus derrotas más severas puede convertirse en el escenario de tu mayor triunfo.

Después de comer, de llorar, de celebrar, digo: supongo que deberíamos casarnos.

Ella abre mucho los ojos. Supongo.

Decidimos que no habrá celebración. Ni iglesia, ni tarta ni vestido. Nos casaremos en algún día libre, durante alguna pausa en la temporada de tenis.

Me siento. Va a entrevistarme, durante una hora, Charlie Rose, el genial presentador de televisión. Durante la charla miento como un bellaco.

No es mi intención mentir, pero todas las preguntas que me formula parecen apuntar ya hacia una respuesta implícita, una respuesta que es la que él está preparado para oír.

¿Te gustaba el tenis ya de muy niño?

Sí.

Te encantaba el juego.

Dormía con una raqueta.

Cuando recuerdas lo que tu padre hizo por ti, ahora dices: me alegro de que me diera desde pequeño esas cosas que me endurecieron.

Sin duda me alegro de jugar al tenis. Me alegro de que mi padre me iniciara en el tenis.

Es como si estuviera hipnotizado, o como si me hubieran lavado el cerebro, algo que no es nuevo en mí. Digo las mismas cosas que he dicho antes, las mismas cosas que he pronunciado durante mis innumerables ruedas de prensa, entrevistas y conversaciones en fiestas. ¿Son mentiras, si en parte he llegado a creérmelas yo mismo? ¿Son mentiras si, de tanto repetirlas, han adquirido un barniz de verdad?

Esta vez, sin embargo, las mentiras me parecen distintas, las siento distintas. Permanecen en el aire y me dejan un regusto amargo. Cuando termina la entrevista, noto una vaga sensación de náusea. No es tanto que me sienta culpable como que lamento haber desperdiciado una oportunidad. Me pregunto qué habría ocurrido, qué habría hecho o dicho Rose, si habríamos disfrutado mucho más esa hora que acabamos de compartir, si yo me hubiera sincerado con él, y conmigo mismo: en realidad, Charlie, odio el tenis.

El malestar, la náusea, me dura varios días. Y empeora cuando se emite la entrevista. Me prometo a mí mismo que, algún día, miraré a los ojos a un entrevistador de la talla de Rose y le contaré una verdad sin barnizar.

En el Roland Garros de 2001, una persona invisible asiste desde mi palco. Stefanie está de cuatro meses y la presencia de nuestro hijo no nacido me regala unas piernas de adolescente. Llego a dieciseisavos y juego contra Squillari, con el que tengo un

largo historial. Cuando entramos en la pista, siento que nuestra historia es más larga que la de Francia con Inglaterra. Al ver a mi rival pienso de inmediato en 1999, uno de los partidos más duros de mi carrera. Uno de los puntos de inflexión. Si me hubiera ganado ese día, hace dos años, no sé si hoy estaría aquí. No sé si Stefanie estaría aquí y, por tanto, nuestro futuro hijo no estaría aquí.

Motivado por esos pensamientos, me blindo. A medida que el partido avanza, me voy sintiendo más fresco, más centrado. Mi concentración es indestructible. Alguien, entre el público, me grita alguna obscenidad. Yo me río. Me caigo de mala manera y me tuerzo y me corto la rodilla. Pero no me importa nada. Nada puede detenerme, y mucho menos Squillari. Gradualmente voy dejando de ser consciente de su presencia. Estoy ahí yo solo, mucho más que de costumbre.

En cuartos de final me enfrento al francés Sébastien Grosjean. El primer set no me cuesta nada y solo pierdo un juego. Después, Grosjean saca fe de alguna reserva oculta y cree que puede ganar. Ahora nuestra respectiva confianza en nosotros mismos está igualada, pero él me supera en la ejecución de los tiros. Me rompe el saque y se pone con una ventaja de 2-0, y después vuelve a romperme el saque y me gana el set tan fácilmente como yo le he ganado el primero.

En el tercer set me rompe el saque enseguida, y gana el juego con un buen globo. Después retiene el suyo, y cuando le llega el turno vuelve a romperme el mío. Pierdo el set.

En el cuarto set tengo oportunidades de romperle el saque, pero no las aprovecho. Lanzo un revés débil, indigno de mí, y mientras veo escaparse la pelota, pienso que se me agota el tiempo. Saca él, y yo pendo de un hilo. Envío la pelota a la red. Punto de partido. Me remata con un *ace*.

Después, los periodistas me preguntan si he perdido la concentración con la llegada del presidente Bill Clinton. De todos los motivos que he oído dar, y que he dado, para explicar una derrota, ni a mí habría podido ocurrírseme uno más flojo. Ni siquiera sabía que Clinton estuviera ahí, les respondo. Tenía otras cosas en la cabeza. Otros espectadores invisibles.

Llevo a Stefanie al gimnasio de Gil, con el pretexto de ir a realizar una sesión de entrenamiento. Ella está contentísima, porque sabe por qué estamos ahí en realidad.

Gil le pregunta si se encuentra bien, si le apetece tomar algo, si quiere sentarse. La lleva hasta una bicicleta estática, y ella se sienta de lado. Observa la estantería que Gil ha instalado en una pared lateral, donde coloca mis trofeos de Grand Slam, incluidos los que he reemplazado tras mi rabieta *Post-Friends*.

Tiro varias veces de una goma de estiramientos, y digo:

Esto… Gil… eh… ya hemos escogido nombre para nuestro hijo.

Ah. ¿Y qué nombre es?

Jaden.

Me gusta —dice Gil sonriendo, asintiendo—. Sí, me gusta. Me gusta.

Y… también tenemos un segundo nombre perfecto.

¿Y cuál es?

Gil.

Él me mira.

Yo pronuncio: Jaden Gil Agassi. Si llega a ser la mitad de buen hombre que tú, tendrá un éxito fenomenal, y si yo consigo ser la mitad de buen padre de lo que has sido tú conmigo, habré superado con creces mis expectativas.

Stefanie está llorando. Yo tengo los ojos llenos de lágrimas. Gil está de pie, a tres metros de mí, frente a una máquina de extensión de piernas. Lleva su lápiz característico detrás de la oreja y las gafas montadas en la punta de la nariz, y tiene abierto su cuaderno Da Vinci. En tres pasos se planta junto a mí y me abraza. Yo siento su cadena en mi mejilla. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Estoy a punto de ganar a Rafter en Wimbledon. Quinto set. Saco yo y estoy a dos puntos de llevarme el partido. Envío a la red un *drive* dubitativo. En el siguiente punto, fallo un revés fácil. Él recupera el saque. Ahora es él el que cree que le falta poco para ganarme.

Grito: *Cabrón.*

Una juez de línea informa de ello al momento al juez de silla.

Recibo una advertencia por lenguaje inapropiado.

A partir de ese momento, no puedo pensar en otra cosa que en esa juez de línea metomentodo. Pierdo el set 8-6, y el partido. Me siento decepcionado y a la vez le quito importancia.

Además de la salud de Stefanie y de mi incipiente familia, mis pensamientos nunca se alejan demasiado de mi escuela, que está previsto que abra este otoño, con doscientos alumnos de tercero a quinto cursos, aunque nuestro plan es ampliar rápidamente para ofrecer desde preescolar hasta secundaria obligatoria. En un par de años, el centro que acogerá los cursos superiores de primaria estará construido. En otros dos, tendremos el instituto.

Me encantan los conceptos que proponemos, nuestros diseños, pero me siento sobre todo orgulloso de nuestro compromiso a la hora de avalar nuestras ideas con dinero. Mucho dinero. A Perry y ya mí nos horrorizó descubrir que Nevada era uno de los estados que menos invertía en educación: 6.800 dólares por alumno, comparados con la media nacional, que es de casi 8.600. Así, en mi escuela pretendemos compensar la diferencia, y con creces. Mediante una combinación de financiación estatal y donantes privados, vamos a invertir grandes sumas en los niños, y a demostrar, a partir de ahí, que en educación, como en todo lo demás, se recibe según lo que se paga.

También vamos a tener a los niños en el colegio durante más horas, ocho en lugar

de las seis que son habituales en Nevada. Si algo he aprendido es que con tiempo, sumado a la práctica, se obtienen resultados. Es más, vamos a insistir en que los padres se impliquen íntimamente con el centro escolar. Se requerirá que, al menos uno de los dos progenitores, dedique doce horas al mes a tareas de voluntariado como asistente de los alumnos en las aulas o como monitor durante salidas escolares. Queremos que los padres se sientan accionistas del colegio. Queremos que se impliquen del todo y se responsabilicen de conseguir que sus hijos lleguen a la universidad.

Muchos días, cuando me siento desanimado, deprimido, me acerco en coche al barrio y veo cómo va tomando forma la escuela. De todas mis contradicciones, esta es la más asombrosa, la más divertida: un niño que despreciaba y temía la escuela se convierte en un hombre al que motiva y llena de energía la visión de la escuela que él mismo está construyendo.

Y, sin embargo, no puedo estar presente el día de la inauguración. Participo en el Open de Estados Unidos de 2001. Juego *para* la escuela y, por tanto, juego lo mejor que sé. Arraso en las cuatro primeras rondas y me cruzo con Pete en cuartos de final. Desde que salimos del túnel, los dos sabemos que esta va a ser nuestra batalla más encarnizada. Lo sabemos. Nos hemos enfrentado 32 veces. Él me ha ganado 17, y yo a él 14. Tanto él como yo estamos más serios de lo habitual. Ahí mismo, ahora mismo, ese es el partido que va a decantar nuestra rivalidad. El que gane este, lo gana todo.

Se supone que Pete llega a medio gas. Lleva catorce meses sin ganar un solo torneo de Grand Slam. Se ha mostrado terco y ha hablado abiertamente de retirarse. Pero todo ello resulta irrelevante, porque ahora va a jugar contra mí. Aun así, le gano el primer set en el *tiebreak*, y ahora me siento optimista sobre mis posibilidades. Tengo un registro de 49 a 1 en este torneo cuando gano el primer set.

Por favor, que alguien le recuerde a Pete esas estadísticas. Él gana el segundo set también en un *tiebreak*.

En el tercero también nos vemos forzados a desempatar. Yo cometo varios errores tontos. Fatiga. Pete se lleva el set.

En el cuarto disputamos varios puntos larguísimos, épicos. Y volvemos de nuevo a un *tiebreak*. Llevamos tres horas jugando y ninguno de los dos le ha roto el servicio al otro. Son más de las doce de la noche. El público —más de 23.000 personas— se pone de pie. Aplaude y patea tanto que no nos deja seguir. Antes, quiere darnos las gracias.

Me emociono. Noto que Pete está emocionado. Pero no puedo pensar en los aficionados. No puedo permitirme pensar en otra cosa que no sea en llegar al refugio del quinto set.

Pete sabe que, si el partido acaba jugándose a cinco sets, la ventaja será más mía que suya. Sabe que tiene que jugar un *tiebreak* perfecto para impedir ese quinto set. Y así lo hace. Esa noche de tenis impecable acaba con un *drive* mío que se estrella

contra la red.

Pete grita.

Yo noto, literalmente, que el pulso se me frena. No me siento mal. Intento sentirme mal, pero no lo consigo. Me pregunto si me estoy acostumbrando a perder contra Pete en partidos importantes, o si simplemente cada vez me siento más conforme con mi carrera y con mi vida. Sea lo que sea, le paso el brazo por el hombro a Pete y le deseo suerte, y aunque en ese momento no lo siento como una despedida, sí lo siento como un ensayo de la despedida que ya no puede estar lejos.

En octubre de 2001, tres días antes de que Stefanie salga de cuentas, invitamos a nuestras madres y a un juez de Nevada a nuestra casa.

A mí me encanta ver a Stefanie con mi madre. Las dos mujeres tímidas de mi vida. Stefanie le lleva a veces un par de puzles nuevos. Yo, por mi parte, adoro a Heidi, la madre de Stefanie. Es igual que su hija, o sea que me cautiva desde el principio. Stefanie y yo, descalzos y en vaqueros, nos encontramos ante el juez, en el patio. Por anillos de boda usamos unas tiras de rafia vieja que ella ha encontrado en un cajón… Son las mismas con las que decoré su primera tarjeta de cumpleaños, aunque ninguno de los dos se fija en ello hasta más tarde.

Mi padre insiste en que no se siente en absoluto desairado por no haber sido invitado. No quiere que lo invitemos. Lo que menos le apetece en el mundo es asistir a una boda. No le gustan. (Se fue a mitad de mi primera boda). No le importa dónde, cuándo o cómo convierta a Stefanie en mi esposa, dice; lo importante es que lo haga. Es la mejor tenista de todos los tiempos, dice. ¿Qué más se puede pedir?

El juez recita toda la retahíla de artículos legales, y Stefanie y yo estamos a punto de darnos el «sí, quiero» cuando llega una brigada de jardineros. Yo salgo y les pido que, por favor, apaguen sus cortadoras de césped y sus ventiladores de hojas durante cinco minutos, para que podamos casarnos. Ellos se disculpan. Uno de ellos se lleva el índice a los labios.

Por el poder del que he sido investido… dice el juez, y por fin, por fin, con nuestras madres y tres jardineros por testigos, Steffi Graf se convierte en Stefanie Agassi.

26

Tiempo de nacimiento y renacimiento. Semanas después de que abra mi escuela, llega mi hijo. En la sala de partos, cuando el médico me entrega a Jaden Gil, me siento desconcertado. Lo quiero tanto que parece que se me va a romper el corazón y, sin embargo… Sin embargo… También me pregunto quién es ese precioso intruso. ¿Estamos preparados Stefanie y yo para recibir a un perfecto desconocido en casa? Si yo ya soy un desconocido para mí mismo… ¿Qué voy a ser para mi hijo recién nacido? ¿Le caeré bien?

Nos llevamos a Jaden a casa, y paso horas enteras mirándolo. Le pregunto quién es, de dónde ha venido, qué va a ser. Me pregunto a mí mismo cómo voy a ser para él todo lo que yo necesité y no tuve nunca. Quiero retirarme enseguida, ya mismo, pasar todo el tiempo con él. Pero, ahora más que nunca, necesito jugar. Por él, por su futuro, y por mis otros niños del colegio.

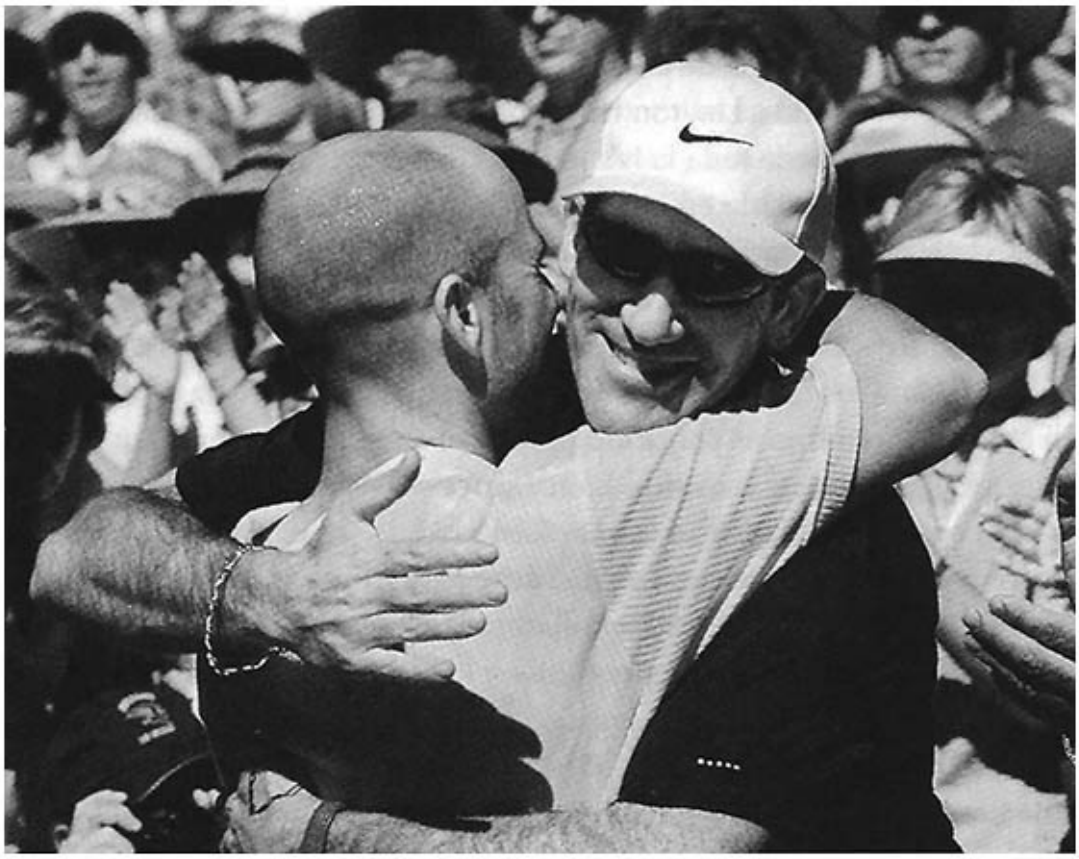
En mi primer partido como padre, gano a Rafter en el Masters de Australia. Después comento con los periodistas que dudo que mi hijo llegue a verme jugar, que me temo que me retiraré antes, pero que es un bonito sueño.

Después me retiro del Open de Australia de 2002. Me duele la muñeca, y no puedo competir. Brad se siente frustrado. No esperaba menos de él. Pero esta vez le cuesta más sacudirse la frustración. Esta vez es distinto.

Días después me dice que tenemos que hablar. Quedamos para tomar un café y me lo suelta.

Hemos llegado muy lejos juntos, Andre, pero ya no seguimos avanzando. Estamos estancados. Creativamente. A mí ya se me han acabado los trucos, tío.

Pero…



Después de derrotar a Pete en Indian Wells, lo celebro con Brad, sin saber que será una de nuestras últimas victorias juntos.

Llevamos ocho años juntos, podríamos seguir algunos más, pero tú tienes treinta y dos. Tienes una familia nueva, nuevos intereses. Tal vez no sea mala idea que encuentres una nueva voz en esta última etapa. Alguien capaz de motivarte de nuevo.

Hace una pausa. Me mira un instante y aparta la mirada. Lo tengo decidido. Estamos tan unidos que mi peor temor es que, a medida que se acerque el final, discutamos y nos distanciemos.

Yo pienso: eso no podría ocurrir nunca, pero más vale prevenir que curar.

Nos abrazamos.

Cuando sale por la puerta, yo siento esa clase de melancolía que uno siente los domingos por la noche después de un fin de semana idílico. Sé que a Brad le ocurre lo mismo. Tal vez esa no sea la manera ideal de poner fin a nuestro viaje, pero es la mejor manera posible.

Cierro los ojos e intento imaginarme con otra persona. El primer rostro que me viene a la mente es el de Darren Cahill. Acaba de poner fin a un periodo brillante entrenando a Lleyton Hewitt, que es número 1 en el *ranking*, y es uno de los tenistas de toda la historia del deporte con mejores dotes para escoger el tiro adecuado en cada caso. Gran parte de su mérito ha de atribuirse a Darren. Además, hace poco me lo encontré en Sidney y charlamos largo y tendido sobre la paternidad. En ese momento se creó un vínculo entre nosotros. Darren, padre desde hace poco, como yo,

me recomendó un libro sobre los bebés y el sueño. Me juró que era mano de santo, y que, en el circuito, su hijo es conocido por ser el que duerme como un tronco.

A mí siempre me ha caído bien Darren. Me gusta su estilo relajado. Y su acento australiano me calma. Casi me hace dormir. Leí el libro que me recomendó y llamé a Stefanie desde Australia para leerle algunos párrafos. Y ha funcionado. Ahora llamo a Darren y le digo que Brad y yo ya no trabajamos juntos. Le pregunto si estaría interesado en el empleo.

Dice que se siente muy halagado, pero que está a punto de firmar un contrato para entrenar a Safin. De todos modos, se lo pensará y volverá a llamarme.

Tranquilo, le digo. Ningún problema, tómate tu tiempo.

Vuelvo a llamarlo pasada media hora. Le pregunto: ¿qué coño es lo que tienes que pensarte? No puedes entrenar a Safin. Es un perdedor de manual. Tienes que trabajar para mí. Lo noto. Te prometo, Darren, que todavía me queda cuerda. Todavía no estoy terminado. Estoy centrado, pero necesito a alguien que me ayude a mantenerme centrado.

Está bien —dice, echándose a reír—. Está bien, tío.

En ningún momento me habla de dinero.

Stefanie y Jaden me acompañan a Key Biscayne. Es abril de 2002, días antes de que cumpla treinta y dos años, y el torneo está lleno de jugadores a los que doblo en edad, jóvenes promesas como Andy Roddick, el enésimo salvador del tenis estadounidense. Pobre infeliz. Además, participa también un joven talento de Suiza que responde al nombre de Roger Federer.

Me gustaría ganar este torneo, por mi mujer y por mi hijo de seis meses, y sin embargo no me preocupa perder, no me importa perder, precisamente porque los tengo a ellos. Cada noche, diez minutos después de llegar a casa desde las pistas, mientras acuno a Jaden y abrazo a Stefanie, apenas me acuerdo de si he ganado o he perdido. El tenis se difumina tan pronto como la luz del día. Casi imagino que los callos de mi mano derecha están desapareciendo, que los nervios inflamados de mi espalda se curan. Soy primero padre y después tenista, y esa evolución tiene lugar sin que yo me dé cuenta.

Una mañana, Stefanie sale a comprar comida y a ejercitarse un poco. Se atreve a dejarme solo con Jaden. Es la primera vez que hago de padre en solitario.

¿Estaréis bien los dos?, me pregunta.

Claro.

Siento a Jaden en la encimera del baño, lo acerco al espejo, lo dejo jugar con mi cepillo de dientes mientras yo me arreglo. Le gusta chupar el cepillo y ver cómo me afeito la cabeza con la maquinilla.

Le pregunto: ¿qué te parece tu padre calvo?

Él sonríe.

¿Sabes, hijo? A mí, en otra época, me pasaba lo que a ti: tenía un pelo largo que me crecía en todas direcciones. Así que no engañas a nadie así peinadito para taparte la calva.

Jaden sonríe más, sin tener ni idea de lo que le digo, claro.

Le mido el pelo con los dedos.

De hecho, por esta parte de aquí ya se te ve un poco largo. No te vendría mal un repaso.

Coloco en la maquinilla el accesorio para barbas cortas. Sin embargo, cuando le paso la máquina por la cabecita, le queda una franja totalmente pelada en el centro, blanca como las líneas de la pista de tenis.

He escogido mal el accesorio.

Stefanie me va a matar. Tengo que igualárselo todo antes de que vuelva. Pero en mi intento desesperado por arreglarle el desastre, se lo corto todo demasiado. En un momento, sin darme cuenta, el niño está más calvo que yo. Parece una versión mía en miniatura.

Apenas Stefanie entra por la puerta, se detiene en seco y mira con los ojos muy abiertos. ¿Qué co…? Andre —dice—, ¿pero qué te pasa? ¿Te dejo solo tres cuartos de hora con el niño y le rapas la cabeza?

Y entonces suelta una parrafada en alemán cargada de histrionismo.

Yo le digo que ha sido un accidente. Que me he equivocado de accesorio. Le ruego que me perdone.

Ya lo sé, ya lo sé, le digo. Parece que lo haya hecho a propósito. Sé que siempre estoy de broma con eso de que quiero rapar al mundo. Pero, en serio, Stefanie, esto ha sido un accidente.

Intento recordarle esa leyenda que dice que si le rapas el pelo a un niño le crecerá más deprisa y con más fuerza, pero ella levanta la mano y empieza a reír. Se está tronchando de la risa. Jaden, al ver reírse a su madre, también se ríe. Nos reímos los tres, le pasamos la mano por la cabeza al niño, y yo me toco la mía también. Le digo a Stefanie que ahora ya solo queda ella con pelo: más le vale dormir con un ojo abierto… Me río tanto que no puedo seguir hablando y, días después, durante la final en Key Biscayne, derroto a Federer. Es una victoria muy satisfactoria. Él es tan bueno como cualquier otro jugador del torneo. Ha llegado a él tras ganar veintitrés competiciones solo este año.

Para mí se trata de mi victoria número 51 de un torneo. Llevo ganados 700 partidos como profesional. Aun así, sé que recordaré este torneo no tanto por haber derrotado a Federer cuanto por nuestro monumental ataque de risa. Me pregunto si esas risas han tenido algo que ver con mi victoria. Es más fácil sentirse libre, relajado, uno mismo, después de compartir unas risas con los seres queridos. Con los *accesorios acertados*.

A principios de 2002 siento una gran compenetración con Darren. Hablamos el mismo idioma, vemos el mundo de una manera similar. Además, me ayuda a cimentar mi confianza, mi inquebrantable confianza, osando manipular las cuerdas de mi raqueta, y mejorándolas.

Yo siempre he jugado con ProBlend, una cuerda que tiene un cincuenta por ciento de Kevlar y un cincuenta por ciento de nylon. Con el ProBlend se puede pescar un pez espada de 350 kilos. No se rompe nunca, nunca perdona, pero, a cambio, nunca genera efecto. Es como golpear la pelota con la tapa de un cubo de basura. La gente habla de los cambios en el juego, afirma que los jugadores tienen cada vez más potencia, que las raquetas son cada vez más grandes, pero el cambio más espectacular de los últimos años es el de las cuerdas. La llegada de una cuerda nueva, elástica, de poliéster, que crea efectos tremendos, ha hecho que jugadores normales pasen a ser geniales, y que los jugadores geniales pasen a ser leyendas.

Aun así, yo siempre he sido reacio a cambiar. Pero ahora Darren me insiste para que lo pruebe. Estamos en Italia, en el Open. Acabo de jugar contra el alemán Nicholas Kiefer en primera ronda. Lo he derrotado 6-3, 6-2, y le comento a Darren que debería haber perdido. He jugado mal. No confío en esta tierra batida. Ya estoy mayor para la tierra batida.

Dale una oportunidad a las cuerdas nuevas, tío.

Tuerzo el gesto. Me muestro escéptico. Una vez intenté cambiar de raqueta. Y no fue bien.

Coloca la cuerda en una de mis raquetas y me insiste de nuevo: tú pruébala.

En una sesión de prácticas, no fallo ni una sola pelota en dos horas. Y, después, ya no vuelvo a fallar una sola jugada en todo el torneo. Nunca había ganado el Open de Italia, pero ahora lo gano, gracias a Darren y a su cordaje milagroso.

De pronto me descubro esperando con impaciencia el Roland Garros de 2002. Estoy emocionado, con ganas de entrar en combate, y moderadamente optimista. Vengo de una victoria, Jaden ya duerme un poco más, y yo dispongo de un arma nueva. En la cuarta ronda, voy perdiendo por dos sets contra un jugador impredecible, el francés Paul-Henri Mathieu, que además me ha roto el saque. Tiene veinte años, pero está en peor forma que yo. En el tenis no hay tiempos fijos y yo podría estar aquí todo el día.

Empieza a llover. Me siento en el vestuario y recuerdo los gritos que me dedicó ahí mismo Brad en 1999. Oigo de nuevo su bronca, palabra por palabra. Cuando regresamos a la pista, sonrío. En el juego que ha quedado interrumpido, voy ganando 40-0, pero Mathieu me rompe el saque. No me importa. En el siguiente juego yo se lo rompo a él. En el quinto set, él se pone por delante 3-1. Pero yo, una vez más, me niego a perder.

Mathieu comenta después a los periodistas que, si hubiera sido cualquier otro jugador, habría perdido.

Después me enfrento al español Juan Carlos Ferrero. Vuelve a llover. En esa ocasión pido que el partido se suspenda hasta el día siguiente. Ferrero va por delante y no quiere parar. Se mosquea cuando los organizadores aceptan mi petición y suspenden el partido. Al día siguiente, paga conmigo ese mosqueo. Yo tengo una pequeña oportunidad durante el tercer set, pero él me la cierra enseguida. Gana el set y yo veo que su confianza aumenta por momentos a medida que me derrota.

Cuando abandono la pista con Darren, lo hago en paz. Me gusta cómo he jugado. He cometido errores, ha habido lagunas en mi juego, pero sé que trabajaremos para solucionarlo. Me duele la espalda, pero sobre todo de tanto agacharme para ayudar a Jaden a caminar. Así que es un dolor maravilloso.

Semanas después participamos en Wimbledon 2002, y mi nueva actitud, la buena, me abandona, porque el nuevo cordaje me va muy mal. Sobre hierba, mi efecto reforzado hace que la pelota suba como si fuera un globo de helio. En la segunda ronda juego contra el tailandés Paradorn Srichaphan. Es bueno, pero no tanto. Me devuelve con gran potencia todo lo que le tiro. Aunque ocupa la posición 67 del *ranking* mundial, y yo considero imposible que me gane, lo cierto es que me rompe el saque en el primer set.

Yo lo intento todo para ponerme las pilas. Pero no me funciona nada. Mis pelotas son de mantequilla y Srichaphan las devora. Nunca había visto a un rival abrir tanto los ojos cuando me devuelve el *drive*. Se pone de puntillas y a mí solo se me ocurre pensar que me encantaría ponerme de puntillas yo también, y que me salieran bien los tiros. ¿Qué puedo hacer para transmitir al público que no soy yo, que no es culpa mía? Son las cuerdas. En el segundo set rectifico cosas, peleo, juego bien, pero Srichaphan lo hace con una seguridad extraordinaria. Cree que ese es su día, y cuando crees que es tu día, suele serlo. Me tira una pelota potentísima que, por arte de magia, roza la línea de fondo, y después gana un *tiebreak*, lo que le coloca dos sets por delante. En el tercero, me rindo pacíficamente.

Es un triste consuelo que, ese mismo día, Pete también pierda su partido.

Darren y yo nos pasamos los dos días siguientes experimentando con distintas combinaciones de cuerdas. Le digo que no puedo seguir usando esas nuevas de poliéster, aunque ahora que las he probado, a instancias suyas, ya no puedo volver a las viejas. Si tengo que volver a las ProBlend, ya no jugaré más al tenis.

Él está muy serio. Tras seis meses siendo mi entrenador, ha realizado una adaptación a mis cuerdas, y al hacerlo es posible que, sin darse cuenta, haya acelerado mi retirada. Me promete que hará todo lo que esté en su mano para encontrar una combinación de cuerdas que me vaya bien.

Encuentra algo —le digo—, que me permita ponerme de puntillas y que me salgan bien los tiros. Como a Srichaphan. Hazme ser como Srichaphan.

Eso está hecho, tío.

Trabaja día y noche, y crea una combinación que le gusta. Vamos a Los Ángeles y resulta perfecta. Gano la Copa Mercedes-Benz.

Vamos a Cincinnati y juego bien, aunque no lo suficiente para ganar. Después, en Washington D. C., derroto a Enqvist, que siempre me ha resultado un rival difícil. Posteriormente me enfrento a otro joven que, supuestamente, va a ser el nuevo fenómeno: James Blake, de veintidós años. Juega un juego bonito y elegante, y yo, al menos hoy, no juego en su liga. Él, sencillamente, es más joven, más rápido, más atlético. Además, en su caso, pensar en mi historial, en mis logros, le sirve para sacar de sí su mejor tenis. Me gusta que llegue preparado para enfrentarse a una bestia. Me halaga, aunque ello se traduzca en que no me deja opciones. Hoy no puedo culpar por mi derrota al cordaje.

Llego al Open de Estados Unidos sin saber bien qué esperar de mí mismo. Supero sin problemas las primeras rondas, y en cuartos de final me enfrento a Max Mirnyi, bielorruso de Minsk. Lo llaman La Bestia y se quedan cortos. Mide casi dos metros y su saque es uno de los más temibles a los que me he enfrentado en mi vida. Deja un rastro amarillo intenso, como un cometa, cuando la pelota describe una parábola sobre la red y desciende sobre ti. Yo carezco de respuesta ante ese saque. Gana el primer set con una facilidad bestial.

Sin embargo, en el segundo set Mirnyi comete varios errores no forzados, lo que me da a mí una inyección de energía, un poco de impulso. Empiezo a ver algo mejor sus primeros saques. Jugamos a un tenis de gran calidad hasta el final, y cuando su último *drive* sale demasiado largo, yo no doy crédito. Estoy en semifinales.

A cambio de mi esfuerzo obtengo una plaza para verme las caras con Hewitt, el cabeza de serie número uno y ganador de Wimbledon de este año. Y, más importante aún, expupilo de Darren. Que este lo haya entrenado durante años añade intensidad y presión a nuestro enfrentamiento. Darren quiere que derrote a Hewitt; y yo quiero derrotarlo para complacer a Darren. Pero, en el primer set, me quedo atrás enseguida, 0-3. Dispongo de mucha información sobre Hewitt almacenada en mi mente, datos que me ha proporcionado Darren, y otros que recuerdo de experiencias anteriores, pero tardo un buen rato en procesarlos y entender su juego. Cuando lo hago, todo cambia rápidamente. Entro con fuerza en el partido y gano el primer set 6-4. Veo apagarse la luz que brillaba en los ojos de Hewitt. Gano el segundo set. Él remonta y gana el tercero. En el cuarto, de pronto, empieza a fallarle el primer saque, lo que me permite abalanzarme sobre su segundo. Dios mío, estoy en la final.

Es decir, que me enfrentaré a Pete. Como siempre. Pete. Hemos disputado treinta y tres partidos a lo largo de nuestras respectivas carreras, entre ellos cuatro finales de Grand Slam. Él me lleva ventaja, pues ha ganado 19, y yo 14, además de tres de las cuatro finales de Grand Slam. Él dice que yo saco lo mejor de él, pero yo creo que él ha sacado lo peor de mí. La noche anterior a la final no puedo evitar pensar en las veces en las que he creído que iba a ganar a Pete, en las que sabía que iba a ganar a Pete, y en las que acabé perdiendo. Además, sus éxitos contra mí empezaron ahí

mismo, en Nueva York, hace doce años, cuando me exterminó en tres sets. Yo, entonces, era el favorito, como lo soy ahora.

Mientras me bebo el agua mágica de Gil, antes de acostarme, me digo a mí mismo que esta vez será distinto. Pete lleva más de dos años sin ganar un torneo de Grand Slam. Se acerca su final. Yo, en cambio, estoy empezando de nuevo.

Me meto en la cama y recuerdo una vez en Palm Springs, hace ya varios años. Brad y yo estábamos comiendo en Mama Gina's, un restaurante italiano, y vimos a Pete comiendo con unos amigos en la otra punta del restaurante. Antes de irse se acercó a saludarnos. Buena suerte mañana. Lo mismo digo. A través de los ventanales lo observamos, mientras él esperaba a que le trajeran su coche. No decíamos nada. Los dos pensábamos en lo importante que había sido en nuestras vidas. Cuando Pete ya se alejaba en su coche, le pregunté a Brad cuánta propina creía que Pete le había dejado al aparcacoches.

Brad resopló.

Cinco dólares como máximo.

No puede ser, dije yo. Este tío tiene millones. Solo en premios ha ganado cuarenta millones de dólares. Tiene que haberle dado al menos un billete de diez.

¿Te apuestas algo?

Lo que quieras.

Comimos rápido y salimos enseguida.

Oye, le dije al aparcacoches. Dinos la verdad. ¿Cuánto te ha dado el señor Sampras de propina?

El muchacho clavó la vista en el suelo. No quería decírnoslo. Dudaba, no sabía si aquello era alguna broma de cámara oculta.

Le contamos que habíamos hecho una apuesta y que insistíamos en que nos lo dijera.

Finalmente, el chico dijo:

¿De verdad quieren saberlo?

Suéltalo ya.

Me ha dado un dólar.

Brad se llevó una mano al corazón.

Pero eso no es todo, añadió el aparcacoches. Me ha dado un dólar, y me ha pedido que me asegurara de dárselo al chico que en realidad ha traído el coche hasta aquí.

Pete y yo no podríamos ser más diferentes, y mientras me quedo dormido la noche antes de la que tal vez sea nuestra última final, juro que el mundo, mañana, verá nuestras diferencias.

Empezamos más tarde de la cuenta, porque hay un partido de los Jets de Nueva York que termina más tarde, lo que obliga a retrasar la retransmisión de nuestro enfrentamiento por televisión. Yo estoy en mejor forma, y me gusta la idea de

permanecer en la pista hasta la medianoche. Pero, al poco de empezar, ya voy perdiendo por dos sets. Otra paliza a manos de Pete: no doy crédito a lo que está pasando.

Entonces me doy cuenta de que Pete parece agotado. Y viejo. Gano el tercer set con gran diferencia, y el estadio entero nota que el péndulo ha cambiado su trayectoria, y que ahora está en mi lado. El público está enloquecido. Le da igual quién gane, lo que quiere es ver un partido de cinco sets entre Agassi y Sampras. Cuando el cuarto set se encarrila, yo sé, en el fondo de mi corazón, como siempre lo he sabido cuando juego contra él, que si consigo forzar un quinto set, ganaré yo. Estoy más fresco. Estoy jugando mejor. Desde hace más de treinta años no llegaban a la final dos jugadores tan mayores, aunque yo me siento como esos adolescentes que últimamente están arrasando en el circuito. Me siento como si formara parte de la nueva generación.

Cuando vamos 1-2 y saca Pete, yo dispongo de dos puntos para romperle el saque. Si gano este juego, me haré con el control del set. Así que sí, que el juego más importante del partido es este, ya ha llegado. Él se atrinchera, gana el primer punto, y en mi segunda oportunidad le envío un resto potentísimo que le va a los pies. A mí me parece que no va a poder devolverlo, y de hecho ya estoy celebrándolo, pero, no sé cómo, él se vuelve, encuentra la pelota y me envía una media volea que va a morir en mi lado de la red. 40-40.

Yo estoy aterrado. Pete gana el juego, y en el siguiente consigue romperme el saque a mí.

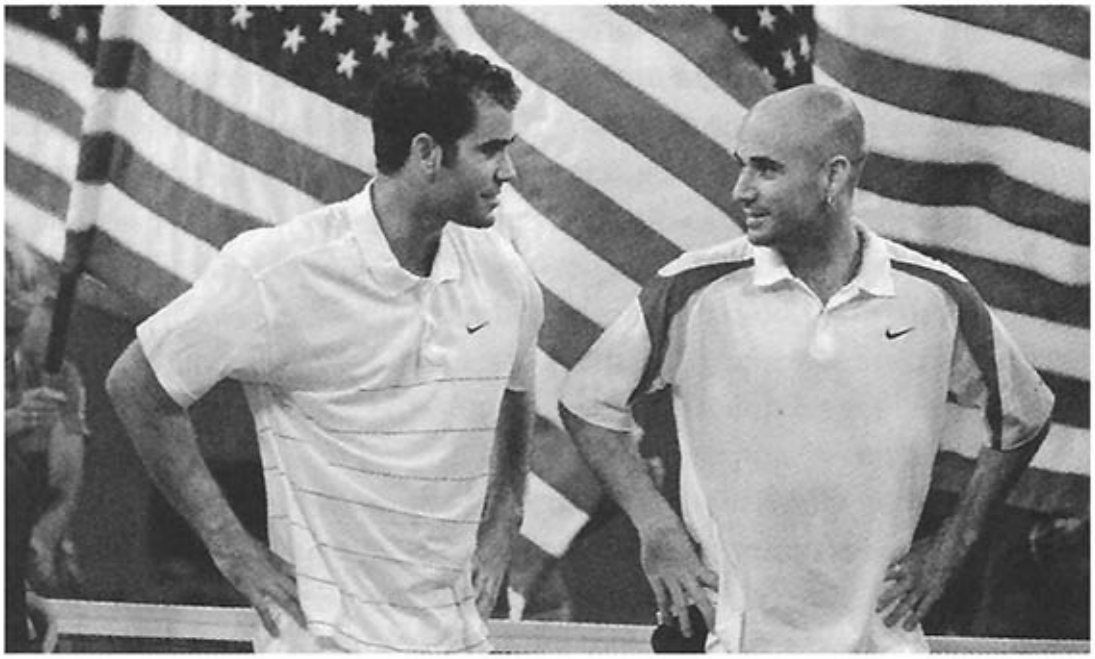
No tarda en disponer de una pelota de partido, sacando él. Y cuando Pete saca y tiene pelota de partido, es un asesino a sangre fría. Todo sucede muy deprisa.

Ace. Visión borrosa. Volea de revés inalcanzable.

Aplauso. Apretón de manos sobre la red.

Pete me dedica una sonrisa amable, me da una palmadita en el hombro, pero la expresión de su rostro es inconfundible. No es la primera vez que la veo.

Toma un dólar, chico. Y tráeme el coche.



Intercambio unas palabras con Pete Sampras
tras la final del Open de Estados Unidos de 2002.

27

Abro los ojos despacio. Estoy en el suelo, junto a la cama. Me siento para desearle buenos días a Stefanie, y entonces me doy cuenta de que ella está en Las Vegas y yo, en San Petersburgo. No, un momento, en San Petersburgo estuve la semana pasada.

Estoy en París. No. París fue después de San Petersburgo.

Estoy en Shanghái. Sí, eso, estoy en China.

Me acerco a la ventana. Descorro las cortinas. Contemplo el perfil de la ciudad, que parece diseñada por alguien que hubiera consumido setas alucinógenas. Es como una especie de Las Vegas de la ciencia ficción. Los edificios son todos distintos, todos extraños, y todos aparecen recortados en el cielo azul. En sentido estricto, no importa dónde estoy, porque partes de mí todavía están en Rusia, en Francia, y en los últimos doce sitios en los que he jugado. Y la mayor parte de mí, como siempre, está en casa, con Stefanie y Jaden.

Sin embargo, esté donde esté, la pista de tenis siempre es la misma, como también lo es la meta: quiero ser número 1 al terminar 2002. Si soy capaz de conseguir un triunfo aquí, en Shanghái, un pequeño triunfo, seré el hombre de más edad de toda la historia del tenis en acabar el año en primera posición del *ranking*, y superaré el récord de Connors.

«¡Vamos, Jimmy, este es un *punk*, y tú una leyenda!».

Quiero que ocurra, me digo a mí mismo. No lo necesito, pero lo quiero.

Pido café al servicio de habitaciones, y después me siento al escritorio y escribo mi diario. No es propio de mí llevar un diario, pero hace poco he empezado uno, y no ha tardado en convertirse en un hábito. Me siento impulsado a escribir. Estoy obsesionado con dejar huella, en parte porque se me ha desarrollado un miedo creciente a no estar aquí lo bastante como para que Jaden me conozca. Vivo en aviones, y el mundo es cada vez más peligroso, más impredecible, y me da miedo no poder contarle a Jaden todo lo que he visto, todo lo que he aprendido. Así que cada noche, esté donde esté, garabateo unas cuantas líneas. Pensamientos desordenados, impresiones, lecciones que he aprendido. Ahora, antes de dirigirme al estadio de Shanghái, escribo:

> Eh, colega. Tú estás en Las Vegas con mamá, y yo estoy en Shanghái, echándote de menos. Después de este torneo, es posible que acabe como número 1. Pero te prometo que solo pienso en volver a casa para estar contigo. El tenis me somete a mucha presión, pero me siento extrañamente empujado a seguir. He tardado bastante en ser consciente de ello. Me he rebelado contra ello durante mucho tiempo. Pero ahora, simplemente, trabajo tan duro como puedo, y dejo que las cosas pasen solas. Sigue sin entusiasmarme demasiado la mayoría de las veces, pero sigo adelante por todas las cosas buenas que

tiene. Buenas para el juego, buenas para tu futuro, buenas para muchos niños de mi escuela. Valora siempre a los demás, Jaden. Da mucha paz cuidar de la gente. Te quiero y siempre estaré ahí para ti.

Cierro el diario, salgo de la habitación y me destroza el checo Jin Novak. Humillante. Y lo peor del caso es que no puedo irme del país y regresar a casa. Debo quedarme un día más para jugar una especie de partido de consolación.

De vuelta en el hotel, embargado por la emoción, vuelvo a escribirle a Jaden:

Acabo de perder el partido y me siento fatal. No quiero volver mañana a la pista. Tengo tan pocas ganas que casi he deseado lesionarme. Imagínatelo, tener tan pocas ganas de hacer algo que prefieras hacerte daño. Jaden, si alguna vez algo te abruma tanto como me ha abrumado a mí hoy, tú baja la cabeza y sigue trabajando, y sigue intentándolo. Enfréntate a lo peor y date cuenta de que no es tan malo. Ahí tendrás tu oportunidad para sentirte en paz. Yo quería irme, salir de aquí y volver a casa para verte. Es duro quedarse y jugar, es más fácil volver a casa y estar contigo. Por eso me quedo.

Al terminar el año, como era de esperar, Hewitt acaba como número 1. Le digo a Gil que necesito subir un grado más el listón. Él me diseña un nuevo régimen para mi viejo yo. Extrae ideas de sus cuadernos de Leonardo da Vinci y pasamos semanas trabajando solo en mi deteriorada mitad inferior. Día sí, día no, se planta delante de mí mientras yo desarrollo las piernas, y me grita: ¡Big Thunder! ¡Australia te llama!

Unas piernas débiles te dominan, dice Gil. En cambio, unas piernas fuertes te obedecen.

Cuando llego a Melbourne, me siento lleno de energía. Parto como segundo cabeza de serie del Open de Australia de 2003, y salgo a la pista con ganas de comerme el mundo. Llego a semifinales y derroto a Ferreira en noventa minutos. En seis partidos solo cedo un set.

En la final me enfrento al alemán Raner Schuettler. Le gano en tres sets consecutivos, solo pierdo cinco juegos y consigo la victoria más holgada jamás vista en el Open de Australia. Consigo mi octavo triunfo en un torneo de Grand Slam y firmo la mejor actuación de toda mi carrera. A Stefanie, en broma, le comento que se parece a uno de sus partidos, que nunca estaré tan cerca de experimentar el dominio que ella ejercía.

Cuando me entregan el trofeo, dirijo unas palabras al público: esto no lo tenemos nunca garantizado, y, sin duda, los días como hoy son excepcionales.

Alguien, más tarde, me comenta que, por mis palabras, se diría que he vivido una experiencia cercana a la muerte.

Más bien, diría yo, una experiencia cercana a la vida. Mis palabras han sido más propias de alguien que ha estado a punto de no vivir.

Soy el jugador de más edad en treinta y un años que gana un torneo de Grand Slam, y los periodistas no paran de recordármelo. Una y otra vez, antes de que me vaya de Australia, me preguntan si planeo ya la retirada. Yo les digo que no planeo los finales más de lo que planeo los comienzos. Soy el último de una generación, insisten ellos. El último de los mohicanos de la década de 1980. Chang anuncia que se retira. Courier ya lleva tres años fuera de las pistas. La gente me trata como a un viejo chiflado, porque Stefanie vuelve a estar embarazada, y es sabido que vamos por Las Vegas montados en una furgoneta. Aun así, yo me siento eterno.

Por irónico que parezca, mi falta de elasticidad parece jugar a favor de la duración de mi carrera. Como no puedo darme bien la vuelta, mantengo siempre la raqueta muy pegada al tronco, y siempre mantengo la pelota frente a mí. Así, no ejerzo una presión ni una torsión innecesarias sobre el cuerpo. En este estado de forma, comenta Gil, es posible que pueda jugar tres años más.

Tras un breve descanso en Las Vegas, nos trasladamos a Key Biscayne. He ganado ese torneo los dos últimos años seguidos, y cinco veces en total, y nada me detiene. Llego a la final y derroto a Moyà, mi viejo adversario del Roland Garros, que ocupa el puesto número 5 en el *ranking* mundial. No pierdo ni un set. Es mi sexta victoria en el torneo, con la que supero el récord de Stefanie. También bromeo con ella al respecto: al fin he conseguido hacer algo mejor que ella. Pero mi mujer es tan competitiva que sé que no es recomendable que me meta mucho con ella.

Participo en el Campeonato de Tierra Batida de Houston, y si llego a la final volveré a ser número 1. Lo consigo.

Derroto a Jürgen Melzer 6-4, 6-1, y salimos con Darren y con Gil a celebrarlo. Me bebo varios vodkas con arándano. No me importa que tenga que jugar la final al día siguiente contra Roddick. Ya soy número 1.

Y por eso le gano. Esa mezcla de preocupación y despreocupación es el combinado perfecto.

Días antes de cumplir los treinta y tres años, me convierto en el jugador de más edad que ha alcanzado el puesto número 1 del *ranking*. Viajo hasta Roma sintiéndome como Ponce de León, pero al bajar del avión me siento como un anciano con dolores en el hombro. En primera ronda juego mal, pero no me agobio por ello, no me lo tengo en cuenta. Semanas después, durante el Roland Garros, todavía noto el hombro dolorido, pero durante las prácticas juego un tenis limpio. Darren dice que estoy imparable.

En segunda ronda me toca jugar en la pista Suzanne Lenglen, que para mí está llena de malos recuerdos. Aquí perdí contra Woodruff en 1996. Aquí perdí contra Safin en 1998. Juego contra un joven croata, Mario Ancic. Pierdo los primeros dos

sets y voy perdiendo en el tercero. Él tiene diecinueve años, mide casi dos metros y sus especialidades son el saque y la volea. No me tiene miedo. Se supone que la pista Lenglen es más lenta, más densa, pero hoy la pelota circula deprisa. Me está costando más de la cuenta controlarla. Pero finalmente me recompongo y gano los dos sets siguientes. En el quinto, agotado, con el hombro que se me cae a pedazos, consigo llegar cuatro veces a punto de partido, pero las desaprovecho todas. Finalmente derroto al chico, pero solo porque él tiene un poco más de miedo que yo a perder.

Estoy en cuartos, y juego contra el argentino Guillermo Coria, otro jovencito. Dice públicamente que yo soy su ídolo. Yo comento en rueda de prensa que preferiría no ser su ídolo y enfrentarme a él en pista dura que serlo y enfrentarme a él en tierra batida. No soporto este polvo. Pierdo cuatro de los primeros cinco juegos. Pero acabo ganando el set. Este polvo me encanta.

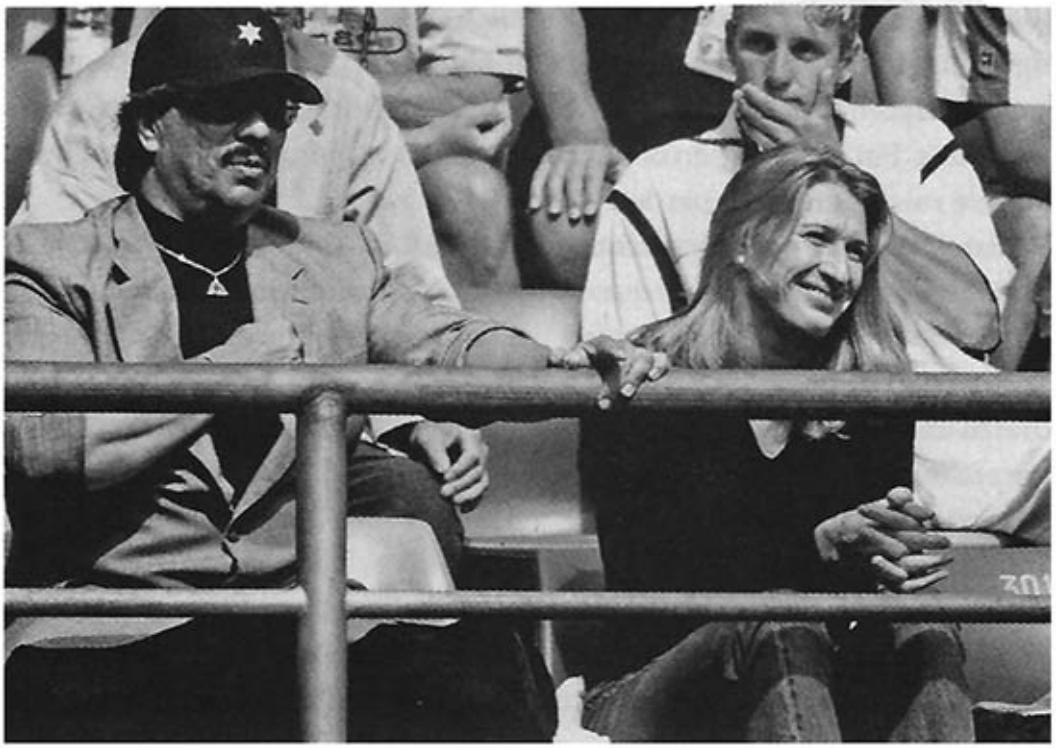
Sin embargo, Coria no demuestra la más mínima emoción. En el segundo, de una zancada, se pone por delante 5-1. No falla nada. Es rápido, y cada vez lo es más. ¿Lo he sido yo tanto alguna vez? Intento confundirlo, llevarlo a la red, pero no me sirve de nada. Simplemente, hoy él es mejor que yo. Me echa del torneo, y me hace perder el primer puesto en el *ranking* mundial.

En Inglaterra, durante un torneo de calentamiento antes de Wimbledon, derroto al australiano Peter Lukzak en un partido que es el número 1.000 de mi carrera. Cuando alguien me informa de ello, experimento la necesidad imperiosa de sentarme. Me tomo una copa de vino con Stefanie e intento repasar mentalmente esos mil partidos. Los recuerdo todos, le digo.

Claro, dice ella.

Como regalo de cumpleaños de Stefanie, la llevo a ver a Annie Lennox en Londres. Es una de sus cantantes favoritas, pero esta noche es mi musa. Esta noche me canta a mí, me habla directamente a mí. De hecho, tomo nota mental de que debo pedirle a Gil que incluya alguna canción de Lennox en nuestro mix *Calambres de barriga*. Tal vez la escuche antes de todos los partidos.

This is the path I’ll never tread
These are the dreams I’ll dream instead…[7]



Mis dos mayores fuentes de fortaleza, Gil y Stefanie,
sentados en mi palco durante el Open de Australia de 2003.



Poco después de ganar el Open de Australia de 2003.

Soy uno de los favoritos para ganar en Wimbledon 2003. ¿Y cómo es eso? Desde la década de 1980, ningún jugador que sea padre ha ganado en Wimbledon. Los padres

no ganan torneos de Grand Slam. En tercera ronda, me enfrento al marroquí Younes El Aynaoui. Él también acaba de ser padre. Bromeo con los periodistas y le comento que tengo ganas de jugar con alguien que duerme tan poco como yo.

Durante las instrucciones previas, Darren me dice: cuando tengas al tipo acribillándote a reveses desde el principio del partido, cuando lo veas lanzar sus tiros cortados, tú asegúrate de sacarlo de allí. Así se dará cuenta de que no se saldrá con la suya si se limita a sus jugadas seguras desde una posición defensiva. Envíale el mensaje desde el principio y oblígale a cometer errores más adelante.

Buen consejo. Me pongo por delante enseguida, dos sets a uno, pero El Aynaoui no se rinde. En el cuarto set se recupera y dispone de tres pelotas de set. Yo no quiero que el partido se alargue a cinco. Me niego a que se alargue a cinco sets. Los últimos puntos del cuarto set son durísimos, y yo hago todo lo que hace falta, todo lo que me ha aconsejado Darren. Al terminar, cuando ya he ganado el set, y el partido, me siento extenuado. Tengo un día libre, sí, pero sé que no será suficiente.

En la cuarta ronda me enfrento a Mark Philippoussis, un joven australiano con muchísimo talento y con fama de malgastarlo. Tiene un saque potente, tremendamente potente y hoy lo demuestra más que nunca. Dispara a doscientos veinticinco kilómetros por hora. Me coloca 46 *aces* en total. Aun así, el partido se dirige hacia donde los dos sabemos que se dirige, hacia un quinto set. Cuando vamos 3-4 y saca él, yo, no sé cómo, dispongo de un punto para romperle el saque. Él falla el primero. Yo ya saboreo la victoria. En su segundo saque, lanza un bombazo a doscientos veintidós kilómetros por hora que va directo al centro del recuadro. La velocidad es imposible, sí, pero la ha colocado justo donde yo preveía. Alargo la raqueta, le devuelvo el tiro, y él no puede hacer más que quedarse ahí mirando. Casi se desnuca. Sin embargo, mi resto sale un centímetro fuera de la línea de fondo. *Out*.

Si hubiera entrado, yo le habría roto el servicio, habría cambiado el impulso, y podría ganar el siguiente juego, y el partido, sacando yo. Pero ahora, como cree que puede ganar, Philippoussis se crece un poco más y me rompe el saque. Me derrumbo enseguida. Hace un minuto he estado a punto de tener el partido a un juego, y ahora él levanta los brazos, triunfante. Así es el tenis.

En el vestuario, noto mi cuerpo distinto. La hierba se ha convertido en toda una prueba, y cinco sets jugados sobre esa superficie me han dejado físicamente destruido. Además, las pistas en Wimbledon, este año, están mejor, lo que se ha traducido en jugadas más largas, en más movimiento, en más contorsiones. De pronto mi espalda se convierte en un problema. Nunca ha estado bien del todo, pero ahora ya me molesta de manera clara y manifiesta. Me duele toda la espalda, hasta el culo, y el dolor sigue, esquiva la rodilla, se conecta con la corva y baja hasta el tobillo. Me alegro de no haber ganado a Philippoussis, me alegro de no haber seguido vivo en el torneo, porque habría tenido que cancelar el siguiente partido.

Cuando está próximo el Open de Estados Unidos de 2003, Pete anuncia su retirada. Se detiene varias veces durante su rueda de prensa, emocionado, antes de poder seguir hablando. Yo me descubro profundamente afectado también. Nuestra rivalidad ha sido uno de los motores de mi carrera. Perder contra él me ha causado un inmenso dolor, pero a la larga también me ha vuelto más resistente. Si le hubiera ganado más a menudo, o si él hubiera pertenecido a una generación distinta, yo habría obtenido mejores registros, y tal vez me considerarían un jugador mejor, cuando en realidad sería peor.

Han transcurrido varias horas desde que Pete ha dado su rueda de prensa y yo siento una soledad aguda. Soy el único que queda. Soy el único jugador estadounidense en activo que cuenta con torneos de Grand Slam en su haber. Hablo con los periodistas: uno tiende a suponer que dejará el baile cuando lo dejan aquellos con los que entró en él. Pero después uno se da cuenta de que la analogía no es válida, porque yo no soy el que deja el baile. Lo dejan ellos. Yo sigo bailando.

Llego a cuartos de final. Me enfrento a Coria, el que me descabalgó del Roland Garros. Tengo muchas ganas de darle la revancha, de eliminarlo, pero la lluvia retrasa varios días nuestro enfrentamiento. Encerrado en el hotel, no tengo nada que hacer salvo esperar y leer. Veo las gotas deslizarse por la ventana, grises como los pelos de mi barba. Cada gota me parece un minuto que se escapa para siempre.

Gil me obliga a beber su *Agua de Gil* y a descansar. Dice que todo va a ir bien, pero sabe lo que pasa. El tiempo se está agotando. Finalmente las nubes se alejan y estamos en la pista, y Coria no es el mismo jugador de París. Tiene una lesión en la pierna, de la que me aprovecho. Lo agoto sin piedad, lo arrastro por el polvo, y gano los dos primeros sets.

Durante el tercero dispongo de cuatro pelotas de partido, y las desaprovecho todas. Miro hacia la grada y veo a Gil, que se revuelve. En todos mis años de carrera, no se ha levantado nunca de su asiento durante un solo partido, ni para ir al baño. Nunca. Ni una sola vez. Dice que no quiere arriesgarse a que yo lo busque con la mirada en ese momento y no lo vea y me entre el pánico. Él se merece algo mejor de lo que le estoy dando. Vuelvo a concentrarme. Y gano el partido.

No hay tiempo para descansar. La lluvia ha obligado a ajustar los horarios. Debo jugar la semifinal al día siguiente, contra Ferrero, que acaba de ganar el Roland Garros. Tiene tanta confianza en sí mismo que se le sale por los poros. Es cien años más joven que yo, y se nota. Me deja fuera de combate en cuatro sets.

Yo hago reverencias en todas direcciones, lanzo besos al público, y creo que la gente sabe que lo he dado todo. Veo a Jaden y a Stefanie que me esperan en el exterior del vestuario. Stefanie está embarazada de ocho meses de nuestro segundo hijo y la decepción por la derrota se disuelve como una gota de lluvia.

Nuestra hija nace el 3 de octubre de 2003. Otra preciosa intrusa. La llamamos Jaz Elle, y como hicimos con nuestro hijo, juramos en secreto que no jugará al tenis. (Ni siquiera tenemos pista de tenis en el jardín trasero). Pero hay otra cosa que Jaz Elle no hace: dormir. A su lado, su hermano parece narcoléptico. A causa de ello, me voy a Australia a jugar el Open de 2004 con aspecto de vampiro. Todos los demás jugadores se ven frescos, como si hubieran dormido doce horas seguidas. Tienen los ojos brillantes, y se ven todos en forma, musculosos, más corpulentos que en años anteriores, como si cada uno de ellos se entrenara con su propio Gil.

Mis piernas se mantienen frescas hasta semifinales, cuando me cruzo con Safin, que juega como un perro salvaje. El año pasado se saltó casi todos los torneos por culpa de una lesión de muñeca. Ahora, totalmente recuperado, y descansado, resulta imparable. Vamos de un lado a otro, hacia delante, hacia atrás… Nuestros puntos duran una eternidad. Tanto él como yo nos negamos a fallar, a cometer un error no forzado, y tras cuatro horas ninguno de los dos quiere renunciar a ganar. De hecho, ahora tenemos más ganas de ganar que al principio. La diferencia entre nosotros está en el saque de Safin. Él se lleva el quinto set y yo me pregunto si esta habrá sido mi última participación en Australia.

¿Es este el final? Llevo meses oyendo la misma pregunta casi todos los días, pero esta es la primera vez que me la formulo yo.

Descansar te hará bien, me dice Gil. Necesitas descansar más entre torneos, y necesitas escoger tus batallas más cuidadosamente aún. ¿Roma y Hamburgo? No vayas. ¿La Copa Davis? Lo siento, pero no. Tienes que conservar la energía para las grandes competiciones, y la siguiente es Roland Garros.

Tras seguir sus consejos, cuando llegamos a París me siento años más joven. Darren revisa los emparejamientos y prevé un camino fácil hasta las semifinales.

En primera ronda me enfrento a Jérôme Haehnel, un chico de Alsacia de veintitrés años que ocupa el puesto 271 en el *ranking* y que no tiene siquiera entrenador. Ningún problema, dice Darren.

Pero el problema es grande. Me despluma vivo. Todos mis reveses se estrellan contra la red. Me grito a mí mismo: «¡Tú no eres tan malo! ¡Todavía no estás acabado! ¡No dejes que acabe así!».

Gil, que está sentado en la primera fila, aprieta mucho los labios.

No es solo la edad. Y no es solo la tierra batida. No toco la pelota limpiamente. Estoy descansado, sí, pero también oxidado por todo el tiempo que llevo sin jugar.

Los periódicos informan de la peor derrota de mi carrera. Haehnel declara a los periodistas que sus amigos lo animaban antes del partido asegurándole que iba a ganar, porque yo había perdido hacía poco contra un jugador que era como él. Cuando le preguntan qué quiere decir con eso de un jugador que era como él, responde: malo.

Estamos en la recta final —Gil informa a la prensa—; lo único que pido es que no entremos cojeando en la línea de meta.

Llega junio y me voy a Wimbledon. He perdido cuatro partidos seguidos, mi peor racha desde 1997, y noto que tengo los huesos de porcelana. Gil se sienta a hablar conmigo y me dice que no sabe cuánto tiempo más aguantará viéndome seguir así. Debo pensar mucho, y muy seriamente, en mi retirada, por el bien de los dos.

Yo le digo que ya pienso en mi retirada, pero que antes quiero pensar en Stefanie. Ha sido elegida para ingresar en el Paseo de la Fama Internacional del Tenis. Cómo no. Posee más trofeos de Grand Slam que ninguna otra jugadora de la historia del deporte, al margen de Margaret Court. Quiere que sea yo quien pronuncie el discurso de presentación durante la ceremonia de investidura. Nos trasladamos hasta Newport, Rhode Island. Es un gran día y la primera vez que dejamos a los niños al cuidado de alguien una noche entera. También es la primera vez que veo a Stefanie realmente nerviosa, agarrotada. Teme el momento de la ceremonia. No le gusta ser el centro de atención. Le preocupa decir lo que no debe, olvidarse de darle las gracias a alguien. Está temblando.

Yo, por mi parte, no estoy mucho más relajado. Llevo semanas obsesionado con el parlamento. Es la primera vez que voy a hablar en público sobre Stefanie, y es como escribir algo en nuestra pizarra de la cocina, pero para que lo lea todo el mundo. J. P. me ayuda a trabajar en varios párrafos. Me he preparado muy bien, demasiado, incluso, y cuando subo al estrado noto que respiro aceleradamente. Pero entonces, apenas empiezo a hablar, me relajo, porque el tema es mi tema favorito, y porque me considero un experto en él. Todo hombre debería tener alguna vez la ocasión de presentar a su mujer en la ceremonia de investidura del Paseo de la Fama.

Miro a la multitud, a los fans, veo los rostros de anteriores campeones, y quiero hablarles a todos de Stefanie. Quiero que sepan lo que yo sé.

La comparo a los artesanos y los artistas que construyeron las grandes catedrales medievales: ellos no escatimaban su perfeccionismo cuando construían el tejado, o la cripta, o cualquier otra parte no visible de la catedral. Eran perfeccionistas en todos los resquicios, en todos los rincones ocultos. Y así es Stefanie. Además, ella también es la catedral misma, un monumento a la perfección. Me paso cinco minutos ensalzando su ética del trabajo, su dignidad, su legado, su fuerza, su elegancia. Al terminar, pronuncio la frase más sincera que he dicho sobre ella.

Damas y caballeros, les presento a la persona más importante que he conocido en mi vida.

28

A mi alrededor, todo el mundo habla sin parar de retirada. La retirada de Steffi, la retirada de Pete. Entre tanto, yo no hago otra cosa que jugar, con la vista puesta en mi siguiente torneo de Grand Slam. En Cincinnati, para sorpresa de todos, gano a Roddick en semifinales, lo que me lleva a disputar mi primera final de ATP desde noviembre pasado. Y, cuando derroto a Hewitt, me convierto en el ganador de más edad de un torneo de la ATP desde Connors.

Al mes siguiente, en el Open de Estados Unidos de 2004, declaro ante los periodistas que creo que tengo posibilidades de ganar. Ellos sonríen como si estuviera loco.

Stefanie y yo alquilamos una casa fuera de la ciudad, en Westchester. Así disponemos de más espacio que en un hotel, y no tenemos que empujar un cochecito por las concurridas calles de Manhattan. Lo mejor de todo es que la casa dispone de un cuarto de juegos en el sótano, que convierto en mi dormitorio la noche anterior a los partidos. En ese sótano puedo bajarme de la cama y tenderme en el suelo cuando el dolor de espalda me despierta, sin molestar a Stefanie. Como los padres de familia no ganan torneos de Grand Slam, suele decir ella, puedes bajar al sótano y sentirte tan soltero como te convenga.

Noto que mi vida empieza a pesarle. Soy un marido distraído, un padre cansado. Ella debe asumir una mayor carga con los niños. Aun así, nunca se queja. Es comprensiva. Su misión, su pasión de todos los días, es crear un ambiente en el que yo pueda pensar solo en el tenis. Se acuerda bien de lo importante que era eso cuando ella jugaba. Por ejemplo, cuando vamos camino del estadio, sabe perfectamente qué canciones de Elmo son las que mantienen callados a Jaden y a Jaz, para que Darren pueda hablar sobre estrategia. Además, en relación con la comida, es igual que Gil: tiene presente en todo momento que el cuándo se come es tan importante como el qué se come. Después de un partido, mientras regresamos a casa con Darren y Gil, sé que cuando lleguemos habrá una bandeja de lasaña recién hecha esperándonos, en la fuente, con el queso todavía burbujeante.

Y sé también que los hijos de Darren, y Jaden y Jaz, ya estarán bañados, cenados y en la cama.

Gracias a Stefanie, llego a cuartos, donde me enfrento a Federer, primer cabeza de serie. Ya no es el hombre al que derroté en Key Biscayne. Está creciendo por momentos, convirtiéndose en uno de los grandes jugadores de todos los tiempos. Metódicamente, se pone por delante dos sets a uno, y yo no puedo hacer otra cosa que dar un paso atrás y admirar sus inmensas dotes, con magnífica contención. Es el jugador más regio al que he visto jugar en mi vida. Sin embargo, antes de que pueda derrotarme, el partido se interrumpe a causa de la lluvia.

Cuando regreso en coche a Westchester, miro por la ventanilla y me digo: no pienses en mañana. No te atrevas siquiera a pensar en la cena, porque el partido se ha suspendido, y yo voy a llegar a casa horas antes de lo esperado. Pero, cómo no, Stefanie tiene un confidente en el servicio de meteorología. Alguien le ha dado el soplo de que se acercaba una tormenta desde Albany, y se ha montado en el coche y ha llegado a casa lo antes posible y lo ha preparado todo. Ahora, cuando entramos por la puerta, nos besa a todos y nos alarga unos platos, todo en un solo gesto continuo, tan fluido como su saque. Yo querría traer a un juez a casa para que nos volviera a casar.

Al día siguiente, soplan fuertes vientos. Ráfagas de sesenta y cinco kilómetros por hora. Lucho contra el viento y contra la destreza huracanada de Federer, y empato el partido dos sets a dos. Federer baja la vista y se mira los pies, que es su manera de expresar sorpresa.

Pero se adapta a la situación mejor que yo. Tengo la sensación de que es capaz de adaptarse a cualquier cosa, al vuelo. Se lleva un quinto set muy duro, y yo le digo a todo el que quiera oírme que ese hombre va camino de convertirse en el mejor jugador de todos los tiempos.

Antes de que amainen los vientos, vuelven a entrar en tromba las conversaciones sobre mi retirada. Los periodistas quieren saber por qué sigo. Yo les explico que así es como me gano la vida. Tengo una familia y una escuela que mantener. Mucha gente se beneficia de todas y cada una de las pelotas que golpeo. Un mes después del Open de Estados Unidos, Stefanie y yo presentamos el Sexto Grand Slam Anual para Niños, con el que se recaudan seis millones de dólares. En total llevamos recaudados cuarenta millones de dólares para mi fundación.

Además, declaro a los periodistas que todavía me queda juego. No sé durante cuánto tiempo, pero algo me queda. Todavía creo que puedo ganar.

Ellos, una vez más, me miran, incrédulos.

Tal vez están confundidos, porque no les cuento toda la verdad, no les explico del todo cuál es mi motivación. Y no puedo hacerlo porque yo mismo apenas empiezo a ser consciente de ella. Juego, y sigo jugando porque *escojo* jugar. Aunque no sea tu vida ideal, siempre puedes *escogerla*. Sea como sea tu vida, escoger lo cambia todo.

Durante el Open de Australia de 2005, gano a Taylor Dent en tres sets, paso a la cuarta ronda, y antes de entrar en el vestuario me detengo a hablar con un comentarista televisivo encantador: Courier. Resulta raro verlo en su nuevo papel. No consigo dejar de verlo como a un gran campeón. Y sin embargo la televisión le sienta bien. Lo hace muy bien y parece contento. Yo siento un gran respeto por él y espero que él también lo sienta por mí, aunque sea un poco. Nuestras diferencias parecen

muy lejanas y producto de la juventud.

Me planta el micrófono en la cara y me pregunta: ¿cuánto falta para que Jaden Agassi juegue contra el hijo de Pete?

Yo miro a cámara y respondo: mi mayor esperanza para mi hijo es que se centre en algo.

Y añado: espero que escoja el tenis, porque es un deporte que yo amo.

La mentira, la vieja mentira. Pero ahora resulta todavía más vergonzosa, porque la he vinculado a mi hijo. La mentira amenaza con convertirse en mi legado. Stefanie y yo estamos más convencidos que nunca de que no queremos que Jaden y Jaz lleven esta vida de locos. Entonces, ¿qué me ha hecho decir algo así? Como siempre, supongo que es lo que sé que la gente quiere oír. Además, recién salido de una victoria, sentía que el tenis es un deporte bonito, que me ha tratado bien y que quería rendirle un tributo. Y tal vez, plantado ante un campeón al que respeto, me sentía culpable odiándolo. Es posible que mi mentira haya sido mi manera de ocultar mi culpa, o de expiarla.

En los últimos meses, Gil ha endurecido el nivel de mis sesiones de entrenamiento. Me hace comer como un guerrero espartano y la nueva dieta me ha beneficiado.

Además, me han puesto mi inyección de cortisona, la tercera de este último año. Cuatro es el número máximo recomendado anualmente. Según los médicos, existen riesgos. Lo cierto es que se desconocen los efectos a largo plazo para la médula espinal y el hígado. Pero no me importa. Lo que me importa es que la espalda se comporte.

Y se comporta. Llego a cuartos de final, donde, una vez más, me enfrento a Federer. No consigo ganarle ni un solo set. Se me quita de encima como un maestro a un alumno torpe. Más que ningún otro de los jóvenes de la nueva hornada que se están haciendo con el control de este deporte, Federer me hace ser consciente de mi edad. Cuando lo miro y veo su facilidad, su agilidad, su destreza a la hora de escoger tiros, su suavidad de puma, pienso en que yo ya estaba por aquí en la época de las raquetas de madera. Entre otras cosas, mi cuñado era Pancho Gonzalez, campeón durante el Bloqueo de Berlín, rival de Fred Perry. Federer, en cambio, nació el año en que yo conocí a mi amigo Perry.

Cumplo treinta y cinco años justo antes de viajar a Roma. Stefanie y los niños me acompañan a Italia. Me gustaría salir a visitar la ciudad con Stefanie, ver con ella el Coliseo, el Panteón, pero no puedo. Cuando estuve aquí de niño, y de muy joven, estaba tan atormentado por dentro, y era tan tímido, que no salí del hotel. Ahora, aunque me gustaría visitar los monumentos, mi espalda no me lo permite. El médico dice que un largo paseo sobre asfalto puede suponer que los efectos de la cortisona,

en vez de tres meses, duren solo uno.

Gano mis primeros cuatro partidos. Pero entonces pierdo el que disputo contra Coria. Enfadado conmigo mismo, me siento culpable cuando el público, puesto en pie, me dedica una gran ovación. Una vez más los periodistas insisten en preguntarme sobre mi retirada.

Les digo: solo pienso en ella unas catorce veces al año, número que coincide con el de los torneos que juego.

En otras palabras: tantas veces como me veo obligado a sentarme en una sala de prensa.

En la primera ronda del Roland Garros, juego contra el finlandés Jarkko Nieminen. El mero hecho de saltar a la pista me hace batir un nuevo récord: este es mi 58.º torneo de Grand Slam. Uno más que Chang, Connors, Lendl, Ferreira. Más que cualquier otro jugador de la era Open. Sin embargo, no tengo la espalda para celebraciones. El efecto de la cortisona ha desaparecido. Sacar me resulta doloroso, estar de pie me resulta doloroso. Respirar me cuesta trabajo. Se me pasa por la cabeza acercarme a la red y retirarme. Pero esto es Roland Garros. No puedo salir así de la pista. De esta pista, no. De esta pista tendrán que sacarme montado en mi raqueta.

Me tomo ocho ibuprofenos, ocho. Durante el cambio, me cubro la cabeza con una toalla, y muerdo otra para acallar el dolor. Durante el tercer set, Gil se da cuenta de que hay algo que va mal, muy mal. Después de devolver una pelota, no regreso corriendo al centro de la pista. En todos estos años que lleva conmigo, nunca me ha visto dejar de hacerlo. Es algo inconcebible, equivalente a que él se fuera al baño durante uno de mis partidos. Después, cuando camino con Gil hasta un restaurante, lo hago encorvado como una gamba gigante. Me dice: no podemos seguir exigiéndole a tu cuerpo indefinidamente.

Renunciamos a Wimbledon e intentamos prepararnos para las duras pistas del verano. Es necesario, lo sé, pero yo lo siento como una tómbola. Ahora concentraré todo mi tiempo y mi trabajo en menos torneos, lo que implica que el margen de error será más ajustado, y que la presión será mayor. Las derrotas dolerán más.

Gil se zambulle en sus cuadernos de Leonardo da Vinci. Es para él motivo de orgullo que nunca me haya lesionado en su gimnasio, y ahora, a medida que mi cuerpo envejece, me doy cuenta de que está más tenso.

Hay algunos levantamientos que, simplemente, ya no puedes hacer —dice—. Y otros tendrás que practicarlos el doble.

Pasamos horas y horas en la sala de pesas, hablando de lo esencial. Desde aquí hasta la línea de meta, dice Gil, ya todo tendrá que ver con lo esencial.

Como me he retirado de Wimbledon, los periódicos y las revistas me dedican renovados epitafios. «A una edad en que la mayoría de tenistas…».

Yo prometo pasar de todos esos periódicos y revistas.

A finales de verano participo en la Copa Mercedes-Benz, y gano. Jaden ya tiene edad para verme jugar, y durante la ceremonia de entrega de trofeos, entra corriendo en la pista, convencido de que la copa es para él. Y lo es.

Voy a Montreal y me abro paso hasta la final, que juego contra un español jovencísimo del que habla todo el mundo: Rafael Nadal. No consigo derrotarlo. No consigo descifrarlo. Nunca había visto a nadie moverse así en una pista de tenis.

En el Open de Estados Unidos de 2005 me convierto en toda una rareza, en un espectáculo de feria: soy un hombre de treinta y cinco años que compite en un torneo de Grand Slam. Es el vigésimo año consecutivo que participo en este torneo; muchos de los tenistas que van a jugar ni habían nacido hace veinte años. Recuerdo haberme enfrentado a Connors y haberlo descabalgado en su vigésimo Open de Estados Unidos. Yo no soy de esos que preguntan adónde han ido a parar todos estos años. Noto todos y cada uno de los sets disputados en mi columna vertebral.

Juego contra el rumano Razvan Sabau en primera ronda. Ya me han administrado la cuarta inyección de cortisona del año, y noto la espalda entumecida. Soy capaz de disparar trallazos, lo que da problemas a Sabau. Cuando tu golpe básico perjudica a alguien, cuando ese alguien empieza a perder a causa de un tiro que a ti te sale bien el ciento por ciento de las veces, sabes que el día va a terminar bien. Es como si tus puñetazos estuvieran dejando marcas en la mandíbula del alguien y tú todavía no te hubieras empleado a fondo. Le gano en sesenta y nueve minutos.

Los periodistas hablan de masacre. Me preguntan si me siento mal por haberle propinado tal paliza.

Yo respondo: jamás privaría a nadie del aprendizaje que supone perder.

Ellos se ríen.

Lo digo en serio.

En segunda ronda juego contra el croata Ivo Karlovic. Se supone que su altura es de 1,85, pero el día que lo midieron debió de meterse dentro de una zanja. Es como un poste de teléfono, lo que da a su saque un recorrido larguísimo. Cuando saca Karlovic, el cuadro de saque se multiplica por dos.

Y la red desciende para él más de un palmo. Nunca he jugado con alguien tan grande. No sé cómo prepararme para un contrincante de semejante estatura.

En el vestuario me presento a Karlovic. Es un joven encantador, con cara de salud, que está contentísimo de haber llegado al Open de Estados Unidos. Le pido que levante todo lo que pueda el brazo con el que saca, y entonces llamo a Darren. Los dos alzamos mucho el cuello, intentando, sin éxito, verle las puntas de los dedos.

Ahora, le digo a Darren, intenta imaginarte una raqueta en el extremo de ese brazo. Y ahora imagínatelo saltando. Y ahora, imagínate dónde estarían las cuerdas de esa raqueta, e imagina una pelota saliendo disparada desde esa raqueta. Es como si sacara desde un zepelín.

Darren se echa a reír. Karlovic se ríe también, y dice: te cambio el alcance de mi saque por tu manera de restar.

Afortunadamente, sé que la altura de Karlovic también se convertirá en un *hándicap* para él en ciertos momentos del partido. Las pelotas bajas serán problemáticas. No le será fácil llegar a ellas. Además, Darren dice que Karlovic se mueve mal. Yo me recuerdo a mí mismo que no debo perder el tiempo preocupándome de la cantidad de veces que me cuela un *ace*. Tú espera las pocas veces que falle un primer saque, y entonces aprovéchate de ese segundo. Son esos puntos los que decidirán el partido. Y aunque Karlovic también lo sabe, yo necesito hacérselo saber un poco más. Tengo que conseguir hacérselo sentir, y para eso debo aplicar presión en el segundo saque, lo que implica que no debo fallar nunca.

Le gano en tres sets consecutivos.

En la tercera ronda me enfrento a Tomas Berdych, un jugador de jugadores. No es la primera vez que juego contra él. Hace casi dos años lo hice en la segunda ronda del Open de Australia. Darren me advirtió: estás a punto de jugar contra un chico de dieciocho años que tiene su propio juego, y será mejor que te adaptes a él. Es capaz de enviar la pelota donde le da la gana, su saque es una bomba, y dentro de unos años estará entre los diez mejores.

Darren no exageraba. Berdych es uno de los mejores jugadores de tenis a los que me he enfrentado en todo el año. En Australia lo derroté 6-0, 6-2, 6-4, y me sentí afortunado. Pensé: por suerte esto es solo al mejor de cinco.

Ahora me sorprendo al constatar que su juego no ha mejorado mucho desde entonces. Todavía debe mejorar su toma de decisiones. Es como yo antes de que conociera a Brad: cree que debe anotarse todos los puntos. Desconoce la importancia de dejar que sea el rival el que pierda. Cuando le gano y me acerco a darle la mano, estoy tentado de decirle que se relaje, que a algunos aprender les cuesta más que a otros. Pero no puedo. No me corresponde a mí.

Después me enfrento al belga Xavier Malisse. Se mueve admirablemente bien, y posee un brazo que es un tirachinas. Consigue *drives* contundentes, y algunos *aces*, pero no es constante. Además, su revés es mediocre. Se diría que ha de ser muy bueno, porque se siente muy cómodo lanzándolo, pero está más interesado en el aspecto de la jugada que en la ejecución misma. No, no es capaz de devolver un revés paralelo y, si no eres capaz de hacer eso, no puedes ganarme. Controlo la pista demasiado bien. Si no eres capaz de enviarme un revés paralelo, seré yo el que dicte los puntos. Mis rivales tienen que moverme de un lado a otro, sacarme de mi sitio, ponerme en una posición en la que sean ellos los que me dominen, porque, de lo contrario, voy a ser yo el que va a dictar las condiciones. Y mis condiciones son duras. Sobre todo a medida que me hago mayor.

La noche anterior al partido, me tomo algo con Courier en el hotel. Me advierte que Malisse está jugando bien.

Tal vez, le digo yo, pero la verdad es que ya tengo ganas de enfrentarme a él. No me oirás decir esto muy a menudo, pero va a ser divertido.

Y sí, el partido es divertido, como un espectáculo de marionetas. Se diría que yo

tengo en mis manos una cuerda y que, cada vez que tiro de ella, Malisse salta. Me asombra una vez más la conexión que existe entre dos jugadores en una cancha de tenis. La red, que en teoría te separa, en realidad te une al otro como una telaraña. Después de dos horas de refriega, te convences de que estás encerrado en una jaula con tu rival. Jurarías que es su sudor el que te salpica, que es su aliento el que te empaña los ojos.

Voy ganando por dos sets a uno, y domino. Malisse no tiene fe en sí mismo. No cree que ese sea su sitio. Pero, al poco de empezar el tercer set, se cansa de que lo haga correr de un lado a otro. La vida es así. Se enfada, empieza a jugar con pasión, y de pronto hace cosas que le sorprenden incluso a él. Devuelve reveses paralelos con gran limpieza y consistencia. Yo lo miro fijamente como diciéndole: «Te creeré cuando vea que sigues haciéndolo».

Y sigue haciéndolo.

Veo alivio en su rostro, en su lenguaje corporal. Sigue sin creer que va a ganar, pero ahora ya cree que va a dar un buen espectáculo, y con eso basta. Lleva el tercer set hasta un *tiebreak*. Ahora soy yo el que está pálido. Tengo mejores cosas que hacer que estarme aquí contigo una hora más. Solo por eso, voy a hacer que te den calambres.

Pero Malisse ya no recibe órdenes mías. Un set, un solo set, ha bastado para que cambie por completo su actitud, para devolverle la confianza. Ya no tiene miedo. Él solo quería ofrecer un buen espectáculo, y ya lo ha conseguido, así que ahora ya juega por la propina. En el cuarto set nuestros papeles se invierten y ahora es él quien marca el ritmo. Gana el set y empata el partido.

Sin embargo, en el quinto set está sin fuerzas, mientras que yo apenas empiezo a vivir de las rentas del Banco de Gil. Gano yo de calle. Cuando me acerco a la red, él sonríe, y me demuestra un respeto tremendo. Soy viejo, y él me ha hecho más viejo, pero sabe que le he hecho trabajar, que le he obligado a escarbar en sí mismo y a aprender.

En el vestuario, Courier se encuentra conmigo y me pellizca el hombro.

Dice: has cumplido tu palabra. Me dijiste que ibas a pasártelo bien, y me ha parecido que te lo pasabas bien.

Pasarlo bien. Si lo he pasado bien, ¿por qué me siento como si acabara de atropellarme un camión?

Si pudiera, tendría que pasar un mes entero metido en una bañera de agua caliente, pero mi próximo partido se acerca, y mi rival juega como un poseso. Blake. Me dio una paliza la última vez que nos vimos y lo hizo mostrándose agresivo durante todo el partido. Todo el mundo dice que desde entonces no ha dejado de mejorar.

Mi única esperanza es que hoy no juegue agresivamente todo el rato. Sobre todo porque no hace tanto calor. Cuando no hace calor, la pista de Nueva York es más

lenta, lo que favorece a un tipo como Blake, que es rapidísimo. En una pista lenta Blake llega a todas partes y tú no, lo que le permite presionarte. Tú sientes la necesidad de hacer más de lo que haces normalmente y, a partir de ahí, todo se descontrola.

Apenas entramos en la pista, mis peores pesadillas se hacen realidad. Blake es la agresividad personificada. Se anticipa a mis segundos saques, me cruza pelotas desde los dos flancos, y me llena de inquietud desde el primer minuto. Me aplasta en el primer set, que gana 6-3. En el segundo set me da otra ración de lo mismo: 6-3.

En el tercer set, el partido adquiere una tonalidad parecida a la del que jugué contra Malisse. Solo que ahora Malisse soy yo. No puedo ganar a este tío, o sea que, por el mismo precio, más me vale dar un buen espectáculo. Liberado de la idea de la victoria, empiezo a jugar mejor al momento. Dejo de pensar, y empiezo a sentir. Mis tiros son medio segundo más rápidos, mis decisiones pasan a ser producto del instinto más que de la lógica. Veo que Blake da un paso atrás y toma nota del cambio. «¿Qué acaba de ocurrir?». Lleva siete *rounds* seguidos destrozándome el cráneo, y al final del octavo le envío un gancho que le hace tambalearse hasta que suena la campana. Ahora se vuelve a su rincón del cuadrilátero, incapaz de creer que a su adversario, maltrecho y desmoralizado, todavía le quede vida.

Blake cuenta con muchos seguidores en Nueva York, y todos han acudido a verlo esta noche. Nike, que ya no me patrocina, entrega a sus admiradores camisetas y los insta a animarlo. Cuando, en el tercer set, empiezo a jugar mejor que él, dejan de animarlo. Cuando gano el set, enmudecen.

A lo largo de todo el cuarto set, el pánico se va apoderando de Blake, que ya no se muestra agresivo. Le veo pensar, casi le oigo pensar: «Maldita sea, no me sale nada bien».

Gano el cuarto set.

Ahora que Blake ha visto en mí los beneficios de no pensar, decide intentarlo él también. A medida que va desarrollándose el quinto set, desconecta su cerebro. Finalmente, tras casi tres horas de partido, nos encontramos al mismo nivel. Los dos estamos incendiados, aunque su incendio es ligeramente mejor que el mío. En el décimo juego, en el que saca él, tiene la posibilidad de sentenciar el partido.

Y en ese momento se pone a pensar de nuevo. Una vez más ese cerebro que ejerce su oposición. Me presiona. Yo le devuelvo tres restos de primera categoría, le rompo el saque, y la gente se cambia de bando y corea «An-dre, An-dre».

Ahora saco yo. Y gano el juego.

Durante el cambio de lado, el estadio suena como durante un concierto de rock. Me duelen los oídos. Me laten las sienes. El público grita tanto que tengo que envolverme la cabeza con una toalla.

Saca él. Gana el juego. Llegamos a un *tiebreak*.

He oído a veteranos decir que los quintos sets no tienen nada que ver con el tenis. Y es cierto. Los quintos sets tienen que ver con la emoción y con la condición física.

Lentamente, abandono mi cuerpo. Me ha encantado conocerte, cuerpo. A lo largo de mi carrera he vivido varias experiencias de abandono del cuerpo, pero esta de hoy es saludable. Confío en mi habilidad y me aparto para no interferir con ella. Me retiro de la ecuación. Cuando vamos 6-5, y con pelota de partido, lanzo un saque potente. Él resta a mi *drive* y yo le envío una pelota buena a su revés. Él la rodea, y yo sé que es un… error. Si se echa a correr alrededor de mi tiro bueno significa que está impaciente. No piensa con claridad. Está abandonando su posición y dejando que sea la pelota la que juegue con él. No se está dando la ocasión de lanzar el mejor tiro posible. Y por eso yo sé que está a punto de pasar una de estas dos cosas: o bien mi pelota le va a esposar la muñeca, y me va a devolver un tiro débil; o bien se va a ver forzado a cometer un error.

En cualquiera de los dos casos, tengo una idea bastante clara de que la pelota va a regresar aquí mismo. Clavo la vista en el punto en el que estoy seguro de que va a aterrizar. Blake cambia de dirección, ladea la parte inferior del torso y dispara. La pelota rebota a tres metros de donde yo la esperaba. Se lleva el punto.

Me he equivocado por completo.

Hago lo único que puedo hacer. Retroceder. Prepararme para el siguiente punto.

Cuando vamos seis iguales disputamos un punto larguísimo, matador, de revés a revés, y yo soy un manojo de nervios. En un punto largo, de diez reveses seguidos, sabes que uno de los dos va a subir la apuesta en cualquier momento, y siempre estás seguro de que será tu rival. Así que espero. Y espero. Pero se suceden los golpes y Blake no aumenta la apuesta. Así que me toca a mí. Me adelanto, como si quisiera esmachar la pelota, pero en vez de hacerlo le devuelvo una dejada de revés. Voy a por todas.

Hay veces, en un partido, en que lo único que quieres es dar un movimiento simple a la pelota, pero tu sangre está tan llena de adrenalina que la golpeas con demasiada fuerza. Es algo que a Blake le ocurre a menudo, no con los tiros, sino con la velocidad. Corre más deprisa de lo que pretende. Su impaciencia es tal que corre mucho para llegar a la pelota y llega antes de lo que esperaba. Y eso es lo que le ocurre ahora. Al alcanzar tan deprisa mi dejada de revés, llega con la raqueta en la posición adecuada para recogerla en el último momento, pero como ha llegado antes no va a tener que recogerla en el último momento. Es decir, que tiene la pelota encima y la raqueta mal cogida. Y en vez de machacar la pelota, como debería, su manera de agarrar la raqueta lo obliga a empujarla. Consigue pasarla al otro lado de la red, desde donde yo le envío un revés paralelo que lo supera por un estrecho margen.

Ahora saca él y vamos 6-7. Vuelvo a tener pelota de partido. Falla el primer saque. Dispongo de un nanosegundo para adivinar cómo va a colocar el segundo. ¿Agresivo? ¿Conservador? Decido que va a pecar de conservador. Me la va a tirar al revés. Así pues, ¿hasta qué punto me interesa a mí ser agresivo? ¿Dónde quiero colocarme yo? ¿Debo tomar una decisión irrevocable, plantándome donde, si estoy en

lo cierto, podré rematar con mi tiro, pero donde, si me equivoco, seré incapaz de devolverla? ¿O debo reducir el riesgo y colocarme a media pista, donde tendré la ocasión de devolverle un golpe moderadamente bueno ante la mayoría de saques, pero desde donde no podré restar de manera perfecta ante ninguno?

Si en este partido ha de haber una decisión final, una decisión final en esta noche de las 100.000 decisiones, quiero que esa decisión final sea mía. Me decanto por lo irrevocable. Él sirve, como esperaba, a mi revés. La pelota va exactamente donde creía que iría, y ahí queda suspendida, como una pompa de jabón. Noto que se me eriza el vello de todo el cuerpo. Noto que el público se pone de pie. Me digo a mí mismo: define. Remátalo, remátalo, remátalo, gilipollas. En cuanto la pelota abandona mi raqueta, sigo su trayectoria al milímetro. Veo su sombra converger con ella. Mientras, lentamente, se convierten en una sola cosa, digo, en voz alta: bola, por favor, encuentra un hueco.

Y lo hace.

Cuando Blake me abraza sobre la red, los dos sabemos que he conseguido algo especial. Pero yo lo sé mejor que él, porque he jugado ochocientos partidos más que él. Y este es distinto a todos los demás. Nunca me había sentido tan intelectualmente consciente, nunca había sentido la necesidad de ser intelectualmente consciente, y siento cierto orgullo intelectual ante el producto resultante. Querría estamparle mi firma.

Cuando ya me han retirado las tiritas de los pies y ya he pasado por la rueda de prensa, Gil, Perry, Darren, Philly y yo nos vamos a P. J. Clarke a comer y a beber algo. Regreso al hotel a las cuatro de la mañana. Stefanie está dormida. Cuando entro en la habitación, se incorpora y sonríe.

Estás loco, dice.

Yo me río.

Ha sido increíble, dice. Te has superado a ti mismo.

Sí, amor, me he superado.

Me tiendo en el suelo, junto a la cama, intento conciliar el sueño, pero no dejo de repetir el partido mentalmente.

Oigo su voz en la oscuridad, por encima de mí, como la de un ángel.

¿Cómo te sientes?

Ha sido una manera bastante interesante de pasar la tarde.

En semifinales he de enfrentarme a Robby Ginepri, un joven georgiano del que se habla mucho. La CBS quiere que mi partido se juegue tarde. Yo me reúno con el director del torneo y, de rodillas, le suplico: si, con mucha suerte, consigo ganar este partido, tendré que volver mañana. Por favor, no haga llegar a un jugador de treinta y cinco años a su casa más tarde que a su contrincante de la final, que tiene veintidós.

El director reprograma el partido para que empiece temprano.

Después de dos partidos seguidos al mejor de cinco sets, nadie da un duro por mí en mi enfrentamiento con Ginepri. Es rápido, sólido en ambos lados, y está jugando el mejor tenis de su vida. Además, es joven. Incluso antes de enfrentarme a Ginepri, sé que también tendré que luchar contra el muro de mi propia fatiga. En los tres últimos sets contra Blake, he jugado el mejor tenis de mi vida, sí, pero también el que me ha consumido más energía. Me digo a mí mismo que salga a enfrentarme a Ginepri y que fabrique adrenalina, que imagine que me va ganando por dos sets, que intente encontrar de nuevo ese estado mental más allá del pensamiento que tan bien me fue con Blake.

Y me funciona. Al fingir urgencia, gano el primer set. Ahora mi meta es conservar la energía para la final de mañana. Empiezo a jugar un tenis seguro, pensando en mi próximo rival, lo que, claro está, permite a Ginepri jugar a su antojo, asumir riesgos. Gana el segundo set.

Destierro de mi mente todo pensamiento sobre la final y concentro toda mi atención de Ginepri. Él está sin fuerzas, después de toda la energía que ha tenido que consumir para empatar el partido, y yo gano el tercer set.

Pero él gana el cuarto.

Debo empezar el quinto con furia. También debo reconocer que no puedo pretender ganar todos los puntos. No puedo ir a por todas las bolas, no puedo llegar a todas las dejadas. No puedo ir a todo gas contra un crío que todavía tiene dientes de leche. Él quiere pasarse aquí toda la noche, pero a mí me quedan cuarenta y cinco minutos de energía, dispongo de mi cuerpo solo durante cuarenta y cinco minutos más. O tal vez durante treinta y cinco.

Gano el set. No es posible, pero estoy en la final del Open de Estados Unidos a los treinta y cinco años. Darren, Gil y Stefanie me vienen a buscar a la planta de vestuarios y coordinan sus movimientos: Darren me quita las raquetas y se las da a Roman para que las tense. Gil me alarga su *Agua de Gil*. Stefanie me ayuda a subirme al coche. Regresamos al Four Seasons a toda prisa para ver a Federer y a Hewitt disputarse el privilegio de jugar contra un viejo tullido de Las Vegas.

No hay cosa más relajada que pueda hacerse antes de una final que ver disputar la otra semifinal. Te dices: por mal que me sienta en este momento, seguro que ellos lo están pasando peor. Gana Federer, cómo no. Me echo hacia atrás en el sofá y no hago otra cosa que pensar en Federer, y sé que, allá donde él esté, no hará otra cosa que pensar en mí. Entre este momento y mañana por la tarde voy a tener que hacerlo todo un poco mejor que él. Y eso incluye dormir mejor que él.

Pero yo tengo hijos. Antes dormía hasta las once y media de la mañana los días de partido. Ahora nunca me despierto más allá de las siete y media. Stefanie mantiene a los niños en silencio, pero algo en mi organismo sabe que ya están levantados y que quieren ver a su padre. Es más, su padre quiere verlos a ellos.

Después del desayuno, me despido de los dos pequeños con un beso. Mientras me dirijo al estadio con Gil, voy en silencio. Sé que no tengo opciones. Soy viejísimo, y

he jugado tres partidos seguidos al mejor de cinco sets. Seamos realistas. Como máximo conseguiré aguantar tres o cuatro sets. Si el ritmo del partido es rápido, y la condición física no resulta determinante, podría tener suerte.

Federer sale a la pista con aspecto de Cary Grant. Casi me pregunto si va a jugar ataviado con esmoquin y pajarita. Él se muestra siempre sereno, y yo, en cambio, estoy siempre agitado, incluso cuando saco yo y gano 40-15. Además, resulta peligroso desde tantos puntos distintos de la pista que no hay manera de esconderse. Y a mí no me va muy bien cuando no tengo dónde esconderme. Federer gana el primer set. Yo entro en una dinámica frenética, hago todo lo que puedo por desequilibrarlo. Consigo romperle un juego en el segundo set. Lo consigo por segunda vez, y gano el set.

Me digo: tal vez Mr. Grant tenga algún problema hoy.

En el tercer set, le rompo el servicio y me pongo por delante 4-2. Yo saco con una ligera brisa a favor, y Federer devuelve pelotas desviadas. Estoy a punto de ponerme 5-2, y por un instante fugaz, tanto él como yo pensamos que aquí está a punto de pasar algo grande. Nos miramos a los ojos. Compartimos un momento. Entonces, cuando vamos 30 a nada, le envío un saque a su revés y él se vuelve y lo devuelve fatal. El sonido de la pelota al abandonar su raqueta me recuerda a uno de aquellos errores deliberados que cometía yo de niño. Pero, en su caso, ese tiro pésimo, horrible, alcanza la red y consigue caer de mi lado. Tiro ganador. Me rompe el saque, y volvemos a estar igualados.

En el *tiebreak*, se coloca en un lugar que yo no reconozco. Encuentra una velocidad que otros jugadores, sencillamente, no tienen. Gana 7-1.

A partir de ahí, la mierda es toda para mí y no para de llegarme. Tengo los cuádriceps destrozados. Mi espalda dice basta. Empiezo a tomar las decisiones que no debo. Pienso en lo estrecho que es el margen en una pista de tenis, en lo mínimo que es el espacio entre la grandeza y la mediocridad, entre la fama y el anonimato, entre la felicidad y la desesperación. Estábamos jugando un partido muy igualado. Íbamos empatadísimos. Y ahora, a causa de un *tiebreak* que me ha dejado boquiabierto, la derrota está servida.

Me acerco a la red, convencido de que he perdido contra el que ha sido mejor, contra el Everest de la siguiente generación. Me dan pena los jugadores jóvenes que tengan que competir contra él. Lo siento por el hombre que vaya a representar el papel de Agassi contra su Sampras. Aunque no menciono a Pete por su nombre, lo tengo sobre todo a él en mente cuando declaro ante la prensa que es muy fácil: casi todo el mundo tiene puntos débiles; Federer, no.

29

Renuncio a participar en el Open de Australia de 2006 y no participo en ningún torneo de la temporada de tierra batida. Me disgusta mucho hacerlo, pero debo reservarme para Wimbledon pues, aunque no se lo he dicho a nadie, interiormente he decidido que ese va a ser el último año en que intente conquistar el título en Londres. Jamás pensé que diría algo así. Nunca creí que dedicarle una despedida respetuosa a Wimbledon acabaría siendo algo tan importante para mí.

Pero es que, en mi caso, Wimbledon se ha convertido en tierra sagrada. Aquí es donde brilló mi mujer. Aquí es donde sospeché por primera vez que podía ganar, y donde me lo demostré a mí mismo y al mundo. En Wimbledon aprendí a dar mi brazo a torcer, a hacer algo que no quería hacer, a llevar la ropa que no quería llevar y a sobrevivir. Además, por más que el tenis no me guste, ese juego es mi casa. De niño odiaba mi casa, y entonces tuve que irme y empecé a echarla de menos. En las horas finales de mi carrera, ese recuerdo me atormenta.

Le comunico a Darren que ese será mi último Wimbledon y que el siguiente Open de Estados Unidos será el último torneo de mi vida. Hacemos el anuncio justo cuando empieza el torneo en Londres. Inmediatamente después, me asombra la diferencia que detecto en la mirada de mis compañeros. Ya no me tratan como a un rival, como a una amenaza. Estoy retirado. Soy irrelevante. Inconscientemente he estado buscando ese momento en el que ya no tuviera alternativa.

Bud Collins, el venerable comentarista e historiador del tenis, coautor de la biografía de Laver, resume mi carrera diciendo que he pasado de *punk* a paradigma. Yo tuerzo el gesto. A mi modo de ver, Bud ha sacrificado la verdad en el altar de la aliteración. Yo nunca fui *punk* más de lo que ahora soy paradigma.

Además, varios periodistas deportivos reflexionan sobre mi transformación y esa palabra me desagrada. La considero inexacta. Una transformación es un cambio de una cosa a otra, pero yo empecé con nada. Yo no me he transformado, sino que me he formado. Cuando entré en el mundo del tenis, era como la mayoría de los críos: no sabía quién era y me rebelaba cuando los mayores me decían quién era. Creo que los mayores cometen constantemente ese error con los jóvenes: los tratan como productos acabados cuando, de hecho, están en proceso. Es como juzgar un partido antes de que acabe, y yo, demasiadas veces, he remontado, y demasiadas veces mis rivales me han ganado a mí contra pronóstico, por lo que sé que eso no está bien.

Lo que la gente ve ahora, para bien o para mal, es mi primera formación, mi primera encarnación. Yo no he alterado mi imagen, sino que la he descubierto. No he cambiado mi mentalidad, sino que la he abierto. J. P. me ayuda a desarrollar esa idea, a explicármela a mí mismo. Dice que la gente se ha dejado engañar por mis cambios de imagen, de ropa y de peinado, y que ha creído que yo sé quién soy. La gente ve mi

autoexploración como una autoexpresión.

Por desgracia, a principios del verano de 2006, a pesar de los mejores esfuerzos de J. P. y de otros, no soy capaz de explicarme así ante los periodistas. Además, aunque pudiera, la sala de prensa del All England Club no es lugar para ello.

Tampoco puedo explicárselo a Stefanie, pero a ella no me hace falta contarle nada. Ella lo sabe todo. En los días anteriores al inicio del torneo de Wimbledon, me mira a los ojos y me acaricia la mejilla. Habla conmigo de mi carrera. Me habla de la suya. Me cuenta cómo fue su último Wimbledon. Ella no sabía que sería el último, y me dice que es mejor lo mío, es mejor saberlo y salir a jugar a mi manera.

Con un collar que me ha hecho Jaden —una cadena de letras cuadradas que forman la frase *Daddy Rocks*[8]— salgo a enfrentarme al serbio Boris Pashanski en primera ronda. Cuando pongo un pie en la pista, la ovación es larga y cerrada. En el primer saque no veo la pista, porque tengo los ojos llenos de lágrimas. A pesar de sentirme como si jugara con una armadura, con una espalda que no se destensa, persisto. Resisto. Gano.

En segunda ronda derroto al italiano Andreas Seppi en tres sets consecutivos. Estoy jugando bien, lo que me da esperanzas de cara a mi partido de tercera ronda, en el que me enfrento a Rafael Nadal. Nadal es una bestia, un fenómeno, una fuerza de la naturaleza, el jugador más fuerte y a la vez más grácil que he visto en mi vida. Y sin embargo yo siento —por culpa del efecto engañoso que da ganar— que tal vez consiga realizar alguna incursión. Mis opciones me gustan. Pierdo el primer set 7-6, pero atribuyo solo a mi esperanza lo ajustado del resultado.

Después, Nadal me aniquila. El partido dura setenta minutos. Mi *ventana de oportunidad*, cincuenta y cinco. Es entonces cuando empiezo a notar la espalda. Hacia el final del partido, cuando saca Nadal, ya no puedo seguir de pie. Necesito moverme de un lado a otro, pisotear el suelo con fuerza, hacer que la sangre fluya. El agarrotamiento es tan severo, el dolor es tan agudo, que restar es lo que menos me importa. Solo pienso en mantenerme en pie.

Después, en un momento cargado de ironía, los organizadores del torneo de Wimbledon rompen con la tradición y autorizan una entrevista a pie de pista con Nadal y conmigo. Allí nunca se celebran entrevistas a pie de pista. Le digo a Gil: yo sabía que, tarde o temprano, conseguiría que Wimbledon rompiera con la tradición.

Gil no se ríe. Nunca se ríe cuando todavía queda batalla.

Ya casi estoy, le digo.

Me desplazo hasta Washington D. C., y juego contra un joven aspirante, el italiano Andrea Stoppini. Me derrota como si el aspirante fuera yo. Siento vergüenza. Ya me parecía a mí que iba a necesitar una puesta a punto para jugar en el Open de Estados Unidos, pero esta puesta a punto me ha dejado muy tocado. Hablo con la prensa y digo que este final me está costando más de lo que suponía. Digo que la mejor manera que se me ocurre para explicarlo es esta: estoy seguro de que a muchos de vosotros no os gusta vuestro trabajo. Pero imaginad que alguien os dijera ahora

mismo que esta crónica que vais a redactar sobre mí será la última de vuestra carrera, que, después de esta, ya no podréis escribir otra en toda vuestra vida. ¿Cómo os sentiríais?

Todo el mundo se viene conmigo a Nueva York. El equipo al completo. Stefanie, los niños, mis padres, Perry, Gil, Darren, Philly. Invadimos el hotel Four Seasons y colonizamos el restaurante Campagnola. Los niños sonríen al oír los aplausos que nos dedican cuando hacemos nuestra entrada. No sé si son ideas mías, pero esta vez el aplauso me suena distinto. Posee otro timbre, un subtexto. Saben que no soy solo yo, que somos todos los que terminamos algo especial juntos.

Frankie nos ha reservado mesa en una esquina. Trata con muchísimo cariño a Stefanie y a los niños. Yo lo veo servir a Jaden todos mis platos favoritos y veo a Jaden disfrutarlos. También veo que Jaz disfruta de la comida, aunque insiste en que le sirvan todos los entrantes por separado, que nada se mezcle. Es una variación de la exigencia de que le quiten los arándanos a la magdalena. Veo a Stefanie observar a los niños, sonriente, y pienso en los cuatro, en nuestras personalidades tan marcadas. Cuatro superficies distintas. Y, sin embargo, formamos un equipo que encaja. Un equipo completo. La víspera de mi último torneo, disfruto de esa sensación que todos buscamos, de ese conocimiento que solo adquirimos unas pocas veces en la vida, de que los temas de nuestra existencia están conectados, de que las semillas de nuestro final ya estaban en el principio, y viceversa.

En primera ronda me enfrento al rumano Andrei Pavel. Mi espalda se me agarrota a medio partido, pero a pesar de tener que mantenerme tieso como un palo, consigo una victoria trabajada. Le pido a Darren que busque a alguien que me inyecte cortisona al día siguiente. Ni siquiera sé si, aun con la inyección, seré capaz de jugar el próximo partido.

En cualquier caso, no podré ganar. No contra Marcos Baghdatis. Ocupa el puesto número 8 del *ranking*, y es un joven chipriota fuerte, corpulento, que se encuentra en la mitad de un gran año. Ha llegado a la final del Open de Australia y a las semifinales de Wimbledon.

Pero, no sé cómo, le gano. Al terminar el partido avanzo tambaleante por el túnel, y apenas consigo llegar al vestuario, donde mi espalda dice basta. Darren y Gil me levantan como una bolsa de ropa sucia y me suben a una camilla, mientras los asistentes de Baghdatis hacen lo mismo con él y lo depositan en la camilla de al lado; tiene unos calambres espantosos. Aparece Stefanie y me besa. Gil me obliga a beber algo. Un preparador me informa de que los médicos vienen de camino. Enciende el televisor instalado sobre las camillas y todos se van, y nos dejan solos a Baghdatis y a mí, retorciéndonos de dolor.

En la tele, en el programa SportsCenter, pasan un resumen de nuestro partido.

Por el rabillo del ojo detecto un ligero movimiento. Me vuelvo y veo que

Baghdatis me extiende una mano. Por la expresión de su rostro, entiendo que dice: eso lo hemos hecho nosotros. Alargo la mano y le estrecho la suya, y nos quedamos así, mientras en la pantalla se suceden las imágenes de nuestra batalla salvaje.

Revivimos el partido y después yo revivo mi vida.

Finalmente, llegan los médicos. Junto con los preparadores, tardan media hora en conseguir que Baghdatis y yo nos pongamos de pie. Él es el primero en abandonar el vestuario y lo hace rápidamente, apoyado en su entrenador. Después, Gil y Darren me conducen al estacionamiento, animándome a dar unos pasos más ante la recompensa de una hamburguesa con queso y un Martini en P. J. Clarke's. Son las dos de la mañana.

Vaya, dice Darren cuando llegamos. Lo tenemos aparcado ahí al fondo, tío.

Vemos el coche allá lejos, solitario en medio del espacio vacío. Está a varios centenares de metros de donde nos encontramos. Les digo que no voy a poder llegar.

No, claro, dice él. Espera aquí y yo lo acerco.

Y sale corriendo.

Informo a Gil de que no puedo mantenerme en pie. Tengo que tumbarme mientras esperamos. Él deja mi bolsa de deporte sobre el suelo de cemento y yo me siento, me tiendo y uso la bolsa como almohada.

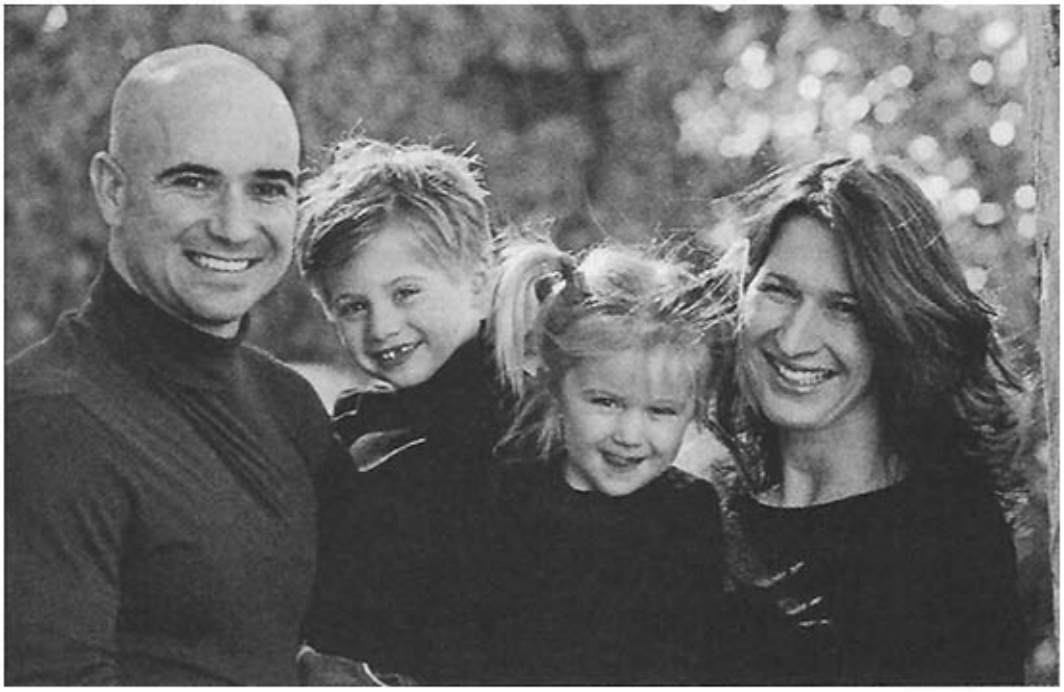
Alzo la vista y miro a Gil. Solo veo su sonrisa y sus hombros. Desplazo un poco la mirada, más allá de los hombros y veo las estrellas. Tantas estrellas. Miro las torres de luces que rodean el estadio. Parecen estrellas más grandes, más cercanas.

De pronto, una explosión. El sonido de algo que parece una lata gigante de pelotas de tenis que se abriera. Las luces de una de las torres se apagan. Y después las de otra. Y las de otra.

Cierro los ojos. Ya ha terminado.

No. Mierda, no. En realidad esto no terminará nunca.

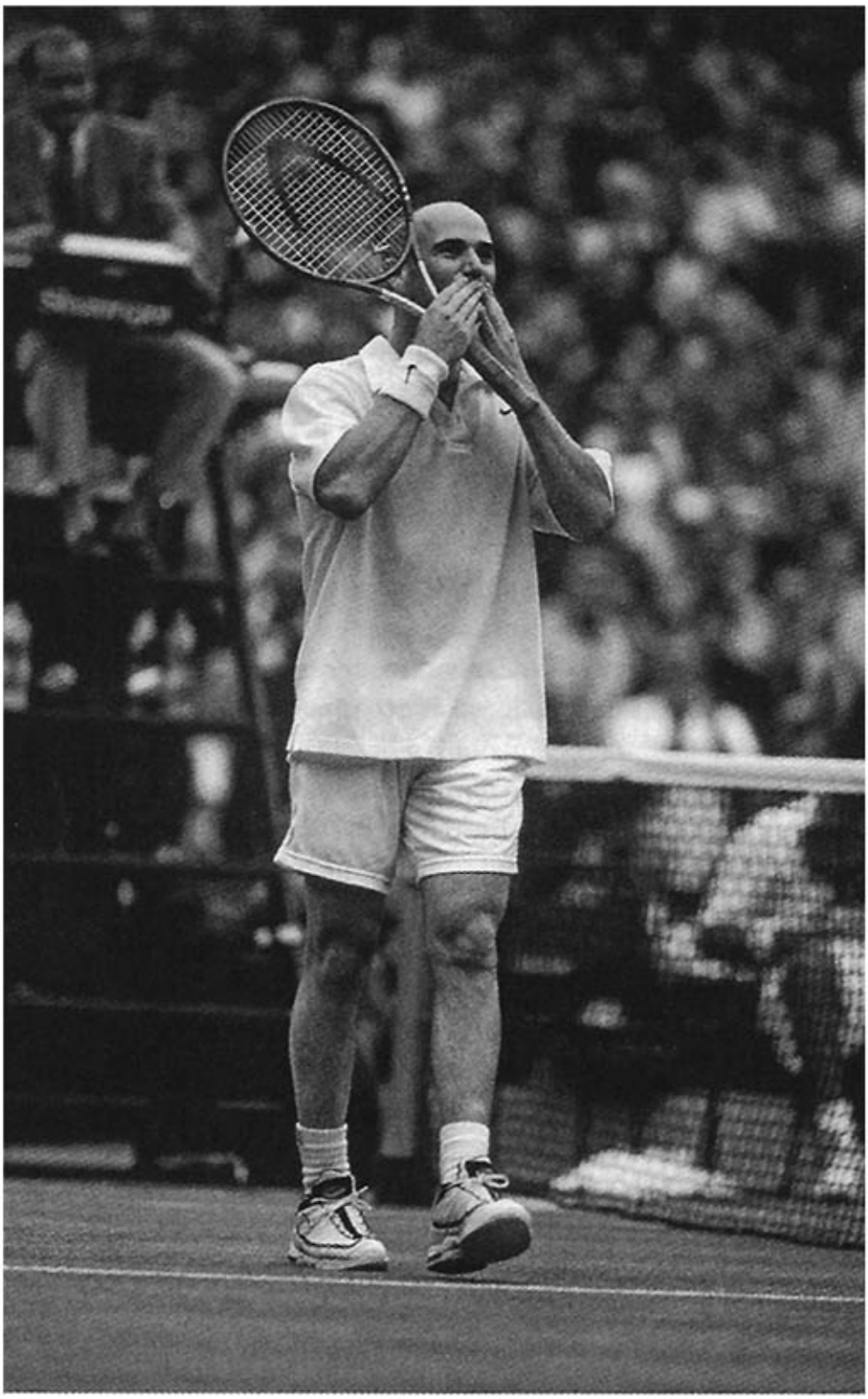
A la mañana siguiente avanzo tambaleante por el vestíbulo del hotel Four Seasons cuando, de entre las sombras, aparece un hombre. Me agarra del brazo.



Con Stefanie, Jaden y Jaz en otoño de 2006.



Marcos Baghdatis me felicita tras la segunda ronda del Open de Estados Unidos de 2006.



Pista central, Wimbledon, 2000.

Déjalo, dice.

¿Qué?

Es mi padre. O el fantasma de mi padre. Se ve demacrado. Parece que llevara semanas enteras sin dormir.

¡Papá! ¿De qué estás hablando?

Déjalo ya. Vete a casa. Ya lo has hecho. Ya está.

Me dice que reza para que me retire. Me dice que ya no puede esperar más a ver que lo dejo, para no tener que verme sufrir más. Para no tener que ver mis partidos con el corazón en un puño. Para no tener que quedarse despierto hasta las dos para poner la tele y verme jugar desde la otra punta del mundo. Para no tener que pasarse el día descubriendo nuevos talentos, a los que, tal vez, me toque enfrentarme. Está harto de todo este triste montaje. Suena como si… ¿Es posible?

Sí. Lo veo en sus ojos.

Conozco esa mirada.

Odia el tenis.

Me dice: ¡no te expongas más a todo esto! Después de lo de ayer noche, ya no tienes nada más que demostrar. No soporto verte así. Me duele demasiado.

Yo alargo la mano y la poso en su hombro. Lo siento, papá. No puedo abandonar ahora. No puedo terminar mi carrera abandonando.

Treinta minutos antes del partido, me inyectan un antiinflamatorio, pero su efecto es distinto al de la cortisona. Menos eficaz. Contra mi rival en tercera ronda, Benjamin Becker, apenas puedo mantenerme en pie.

Miro el marcador. Niego con la cabeza, incrédulo. Me pregunto una y otra vez: ¿cómo es posible que mi último contrincante sea un tipo llamado B. Becker? Hace un tiempo le comenté a Darren que quería retirarme jugando contra alguien que me gustara, al que respetara, o, si no era posible, contra alguien a quien no conociera.

Y me ha tocado lo segundo.

Becker me gana en cuatro sets. Noto que la cinta de la línea de meta se parte limpiamente al contacto con mi pecho.

Los organizadores del Open de Estados Unidos me dejan pronunciar unas palabras a los aficionados que están en las gradas, y a los que están en sus casas, antes de meterme en el vestuario. Sé exactamente qué es lo que quiero decir.

Lo he sabido desde hace años. Pero aun así, al principio no me sale la voz.

> En el marcador pone que hoy he perdido, pero lo que el marcador no pone es lo que he encontrado. A lo largo de los últimos veintiún años he encontrado lealtad: vosotros habéis tirado de mí en la pista y también en la vida. He encontrado inspiración: vosotros me habéis empujado a triunfar, incluso en mis momentos más bajos. Y he encontrado generosidad: vosotros me habéis dado vuestros hombros para que me subiera a ellos y alcanzara mis sueños, sueños que jamás habría alcanzado sin vosotros. A lo largo de los últimos veintiún años, os he encontrado a vosotros y voy a llevaros a vosotros y a vuestro recuerdo conmigo el resto de mi vida.

Les pago de la mejor manera que conozco. Comparándolos con Gil.

En el vestuario, el silencio es mortal. Con los años me he fijado en que, cuando pierdes, todos los vestuarios son iguales: entras por la puerta —que se abre con estrépito, pues la has golpeado con más fuerza de la necesaria— y los presentes siempre se apartan de la tele, donde hasta hace un momento estaban viendo cómo te daban la paliza correspondiente. Siempre hacen como que no han visto nada, como que no estaban hablando de ti. Esta vez, en cambio, se mantienen unidos alrededor del televisor. Nadie se mueve. Nadie finge nada. Entonces, lentamente, todos se acercan a mí. Aplauden y silban, y también lo hacen los preparadores, el personal de las oficinas, y James, el guardia de seguridad.

Solo un hombre se mantiene al margen, negándose a aplaudir. Lo veo por el rabillo del ojo. Está apoyado en la pared del fondo, la expresión de su rostro es neutra y tiene los brazos doblados con fuerza sobre el pecho.

Connors.

Ahora entrena a Roddick. Pobre Andy.

Me da risa. No puedo sino admirar que Connors sea el que es, que siga siéndolo y que nunca cambie. Todos deberíamos ser tan fieles a nosotros mismos, tan coherentes.

A los jugadores les digo: a lo largo de vuestra vida oiréis muchos aplausos, chicos, pero ninguno significará más para vosotros que ese aplauso, el de vuestros colegas. Espero que todos y cada uno de vosotros oigáis ese aplauso al final.

Gracias a todos. Adiós. Y cuidad los unos de los otros.

Principio

La lluvia lleva cayendo, intermitentemente, todo el día.

Stefanie mira el cielo y dice: ¿qué te parece?

Venga, vamos a intentarlo. Yo estoy dispuesto, si tú lo estás.

Dispuesta. Frunce el ceño. Ella siempre lo está, pero no puede decir lo mismo de su pantorrilla, que desde que se retiró no ha dejado de darle problemas. Sobre todo últimamente. Baja la mirada. Maldita pantorrilla. Tiene un partido benéfico en Tokio la semana que viene. Quiere jugar para recaudar fondos para un jardín de infantes que ha abierto en Eritrea, y aunque se trata solo de un partido de exhibición, quiere hacerlo bien. Siente la antigua presión por hacerlo bien. Además, no puede evitar preguntarse cuánto juego le queda todavía.

Yo también me lo pregunto de mí mismo. Hace un año que me retiré de las pistas, durante el Open de Estados Unidos. Ahora es otoño de 2007.

Y nosotros dos llevamos toda la semana planeando que saldremos a pelotear juntos, pero ahora que ha llegado el día, ha amanecido lluvioso, el único día de lluvia de todo el año en Las Vegas.

No podemos encender una hoguera bajo la lluvia.

Stefanie vuelve a dirigir la mirada hacia los nubarrones. Y después mira el reloj. Hoy tengo un día muy ocupado, dice. Tiene que recoger a Jaden en el colegio. Solo tenemos este ratito.

Si la lluvia no para, si no salimos a pelotear, tal vez me acerque a mi escuela, porque es ahí donde voy siempre que dispongo de tiempo. No doy crédito a lo mucho que ha crecido: un complejo educativo de 8.000 metros cuadrados con 500 alumnos y una lista de espera de 800.

El campus, con un presupuesto de 40 millones de dólares, cuenta con todo lo que los niños podrían desear. Un estudio de producción televisiva de última tecnología; una sala de ordenadores con numerosos terminales alineados en las paredes y con un gran y mullido sofá. Una sala de ejercicios de primera clase con aparatos tan modernos como los del mejor gimnasio de Las Vegas. Hay una sala de pesas, una sala de conferencias, y unos baños tan modernos y limpios como los de los mejores hoteles de la ciudad. Y, lo mejor de todo, el centro sigue tan nuevo y reluciente como el día en que abrió sus puertas. Los alumnos, los padres, el vecindario, todo el mundo respeta la escuela, porque todos son sus propietarios. La zona todavía no ha mejorado del todo desde que llegamos. Hace poco, mientras realizaba una visita a las instalaciones, alguien, al otro lado de la calle, fue abatido a tiros. Aun así, en ocho años no se ha roto ni una sola ventana, ni una sola pared ha aparecido cubierta con

pintadas.

Mires donde mires ves pequeños detalles, toques sutiles que indican que esta escuela es distinta, que este lugar está comprometido de principio a fin con la excelencia. En el ventanal delantero hay grabada una palabra en grandes letras, el lema oficioso de la escuela: CREER. Todas las aulas se inundan de una tenue luz natural. Indirecta, del sur, proviene de unas claraboyas que la rebotan a unos reflectores de última generación. Se trata de una iluminación difusa, ideal para leer y concentrarse. Los profesores no necesitan nunca darle al interruptor, algo que, además de suponer un ahorro de energía y dinero, ahorra a los alumnos los dolores de cabeza y el abatimiento general causado por los fluorescentes de siempre, que yo tan bien recuerdo.

Nuestras instalaciones están diseñadas como las de los campus universitarios, con sus patios íntimos y sus acogedoras zonas comunes. Las fachadas son de piedra —de cuarcita roja y rosada, extraída de canteras locales—, y los caminos están flanqueados por delicados ciruelos, que conducen a un precioso acebo, un simbólico Árbol de la Esperanza que plantamos antes incluso de la ceremonia de colocación de la primera piedra. Nuestros arquitectos pensaron que lo más importante debía hacerse primero, así que primero plantaron el Árbol de la Esperanza, y después pidieron a los trabajadores que lo regaran y lo cuidaran mientras construían el edificio a su alrededor.

El terreno que ocupa la escuela es estrecho, cuenta solo con tres hectáreas, pero esa falta de espacio vino bien, de hecho, al plan general de los arquitectos. Ellos querían que el recorrido del campus simbolizara un viaje breve y serpenteante. Como la vida. Desde cualquier punto, los alumnos pueden volverse hacia un lado y ver una porción del lugar del que vienen, o volverse hacia el otro lado y ver una porción del lugar al que se dirigen. Los niños de preescolar y primaria pueden contemplar los altos edificios del instituto que los aguardan, aunque no pueden oír las voces de los mayores. No queremos asustarlos. Los alumnos de secundaria, por su parte, pueden ver las aulas de primaria de las que han salido, pero hasta ellos no llegan los gritos agudos de su patio de recreo. No queremos molestarlos.

Los arquitectos, dos profesionales locales —Mike Del Gatto y Rob Gurdinson—, se entregaron en cuerpo y alma al proyecto. Se pasaron meses investigando sobre la historia del barrio, examinando otras escuelas autónomas de todo el país, experimentando con ideas… Después, se quedaron noches enteras en blanco, planteando lluvias de ideas alrededor de la mesa de ping-pong del sótano de Mike. Crearon la primera maqueta de cartón y contrachapado sobre aquella mesa de ping-pong, ajenos a toda casualidad o ironía.

Fue idea suya hacer que los edificios enseñaran, contaran historias. Nosotros les dijimos qué historias queríamos que contaran. En la escuela secundaria obligatoria queríamos unas fotos inmensas de Martin Luther King, de Mahatma Gandhi y, cómo no, de Mandela, con sus frases más inspiradoras grabadas sobre los cristales que las

cubrirían. Dado que la mayoría de nuestros alumnos son afroamericanos, pedimos a Mike y a Rob que, en una de las paredes, incluyeran unos ladrillos de vidrio tintado que representaran la Osa Mayor, y a la derecha un solo ladrillo de vidrio que representara la Estrella Polar. Tanto la Osa Mayor como la Estrella Polar eran guías que usaban los esclavos que huían, y que les indicaban dónde se encontraba el norte y, por tanto, el camino hacia la libertad.

Mi pequeña contribución a la estética de la escuela: en el área común del edificio de secundaria quería un piano Steinway negro, reluciente. Cuando lo llevé a la escuela, todos los alumnos se congregaron a su alrededor y yo los asombré a todos tocando *Lean on Me*. Lo que más me gustó fue que los alumnos no sabían quién era yo. Y cuando los profesores se lo dijeron, no se mostraron demasiado impresionados.

Yo soñaba con una escuela con el mínimo número posible de obligaciones desagradables, un lugar que propiciara las felices coincidencias. Un lugar donde esas felices coincidencias fueran la norma. Y así ha ocurrido. En un día cualquiera, son altas las probabilidades de que ocurra algo bueno en la Agassi Prep. Tal vez el presidente Clinton se pase por allí y dé una lección de historia. Shaquille O'Neal puede sustituir a algún profesor de educación física. Uno puede encontrarse con Lance Armstrong circulando por los pasillos, o con Muhammad Ali con una placa de visitante, jugando a boxear con uno de los chicos mayores. En cualquier momento puedes alzar la vista y encontrarte con Janet Jackson o Elton John a la puerta de un aula, o a algún componente de Earth, Wind and Fire de jurado en alguna prueba. Más muestras de felices coincidencias: cuando inauguremos el gimnasio, el All-Star Game de la NBA se celebrará en Las Vegas. Invitaremos al *rookie* y al *sophomore*, es decir, al novato y al jugador del segundo año de ese partido amistoso, a jugar en nuestra cancha el tradicional partido en el que son escogidos. Será el primer partido que se dispute en nuestra escuela. A nuestros alumnos les encantará.

Nuestros educadores son los mejores, dicho lisa y llanamente. Nuestra meta, al contratarlos, ha sido encontrar a hombres y mujeres agudos, motivados y apasionados dispuestos a ir hasta el fondo, a implicarse personalmente. A los maestros y maestras les pedimos una cosa: que crean que todos los alumnos son capaces de aprender. Se trata de un concepto que parece obvio, evidente por sí mismo, pero que actualmente todavía no lo es.

Sí, es cierto, como en nuestra escuela el horario diario es más extenso, y el curso académico dura más que en otras, es posible que nuestro personal gane menos por hora que el personal de otros centros. Pero cuenta con más recursos a su alcance, y, por tanto, dispone de más libertad para destacar y para influir positivamente en las vidas de los alumnos.

Nos pareció importante que estos llevaran uniforme. Polos y pantalones cortos, largos o faldas, con los colores oficiales de la escuela: granate y azul marino. Creemos que así se genera menos competencia entre los alumnos, y sabemos que de ese modo los padres, a la larga, se ahorran dinero. Cada vez que entro en la escuela

no me pasa por alto lo paradójico de la situación: ahora soy yo el que impone esa política del uniforme. Tengo ganas de que llegue el día en que algún organizador del torneo de Wimbledon de paso por Las Vegas pida que le organicen una visita por nuestro centro. Estoy impaciente por ver qué cara pone cuando le hable de nuestro estricto código respecto a los uniformes.

Contamos también con otro código que bien podría ser mi elemento favorito de la escuela. Se trata del Código de Respeto, con el que damos inicio a cada jornada. Cada vez que me paso por allí, asomo la cabeza en cualquier clase y les pido a los niños que se pongan de pie conmigo y lo reciten.

> La esencia de una buena disciplina es el respeto.
> Respeto a la autoridad y respeto a los demás.
> Respeto a cada uno y respeto a las reglas.
> Es una actitud que empieza en casa
> se refuerza en la escuela
> y se aplica a lo largo de toda la vida.

Yo les prometo que, si memorizan ese sencillo código y lo llevan siempre en el corazón, llegarán muy lejos.

Al pasearme por los pasillos y asomar la cabeza por las clases veo que los niños valoran este lugar. Lo oigo en sus voces, lo distingo en sus posturas. A través del profesorado y el resto del personal conozco sus historias, y sé que esta escuela enriquece sus vidas de muy diversas maneras. Además, les pedimos que redacten trabajos personales, que resumimos e incluimos en el programa anual de recaudación de fondos. No todas las redacciones tienen que ver con problemas y dificultades. En absoluto. Pero esas son las que más recuerdo. Como la de la niña que vive sola con su frágil madre, incapaz de trabajar desde hace años a causa de una enfermedad pulmonar incurable. Las dos comparten un apartamento infestado de cucarachas en un barrio gobernado por las bandas, así que la escuela es el refugio de esa niña. Sus calificaciones, afirma con un orgullo conmovedor, son excelentes «porque llegué a la conclusión de que si me iba bien en la escuela nadie me preguntaría qué me ocurría en casa, y no tendría que contar mi historia. Ahora, a los diecisiete años, a pesar de estar obligada a ver cómo mi madre sigue deteriorándose, a pesar de haber tenido que convivir con Los Bloods y las cucarachas, y que trabajar para mantener a mi familia, estoy a punto de ir a la universidad».

Otra de las mayores escribe sobre la dolorosa relación que ha mantenido con su padre, que se ha pasado la mayor parte de su infancia en la cárcel. Recientemente, cuando salió en libertad, fue a su encuentro y lo vio extremadamente delgado, viviendo con una mujer demacrada «en una caravana fija, destrozada, que olía a cloacas y a metanfetamina». Obsesionada con no repetir los errores de sus padres, la chica se fuerza a salir adelante en la Agassi Prep. «No me dejaré derrotar, como hacen otros. Me corresponde a mí cambiar el curso de mi vida y no me rendiré nunca».

No hace mucho, mientras recorría el instituto de secundaria, me interceptó un chico. Tenía quince años, era tímido, de ojos tristes y cara redonda. Me preguntó si podíamos hablar en privado.

Sí, claro, le dije.

Entramos en una salita que da al pasillo principal.

No sabía por dónde empezar. Yo le dije que empezara por el principio.

Mi vida cambió hace un año —me contó—. Mi padre murió. Lo mataron. Lo asesinaron.

Lo siento mucho.

A partir de entonces, perdí el rumbo. No sabía qué era lo que iba a hacer.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Entonces llegué a esta escuela —prosiguió—. Y me dio un rumbo. Me dio esperanza. Me dio una vida. Así que llevo un tiempo atento por si venía, señor Agassi, y cuando lo he visto entrar, he querido presentarme y decirle… ya sabe… Gracias.

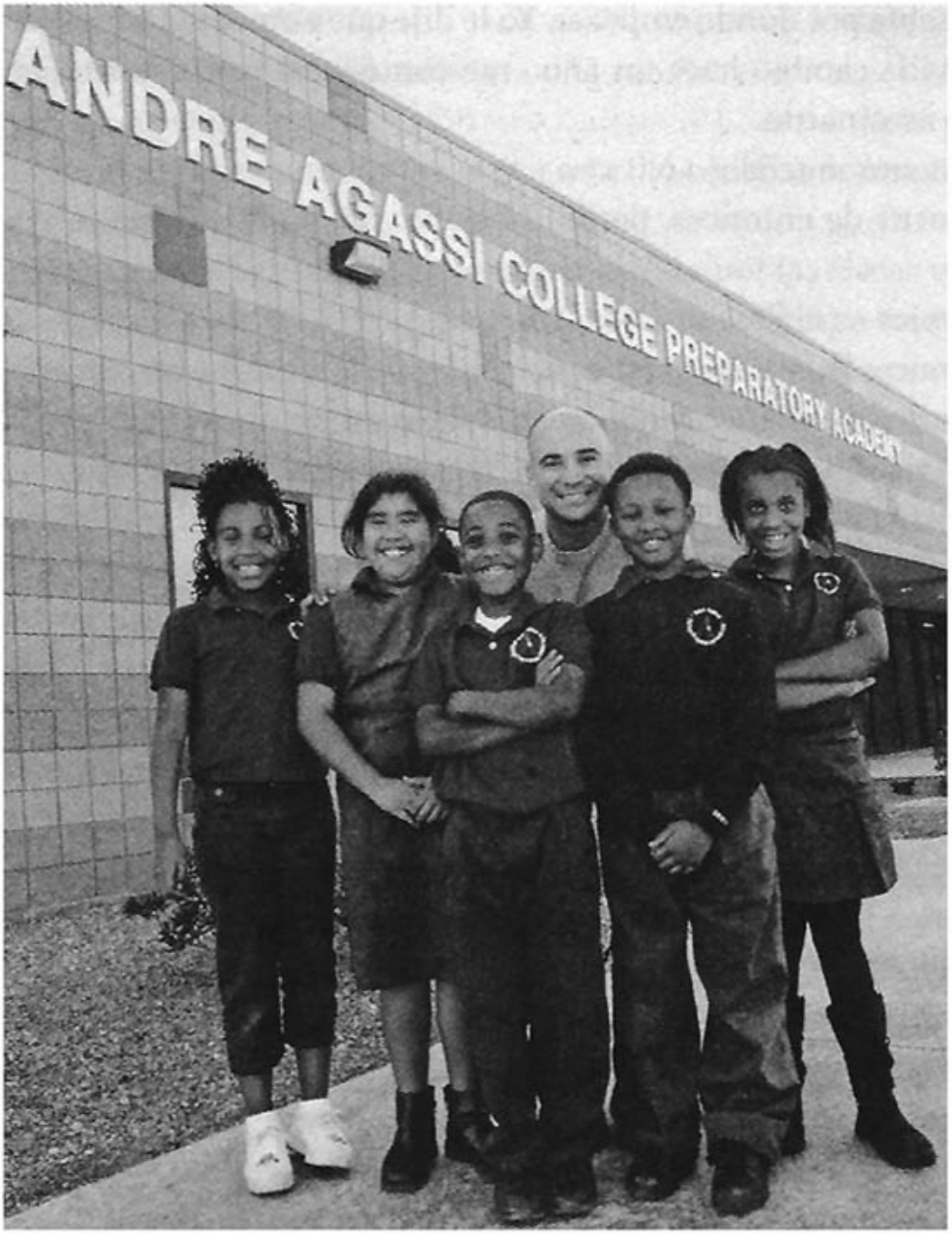
Lo abracé. Le dije que era yo el que debía dárselas a él.

En los cursos superiores, el acento se pone claramente en el acceso a la universidad. A los alumnos se les dice una y otra vez que la Agassi Prep es solo un punto de apoyo. No os acomodéis demasiado, les decimos. La meta principal es la universidad. Y si se les ocurriera olvidarlo, hay recordatorios por todas partes. Las paredes están decoradas con banderolas de universidades. Uno de los pasillos principales se ha bautizado como Calle Universidad. Entre los dos edificios principales existe un puente que nunca ha cruzado nadie, y que no se cruzará hasta que los primeros alumnos reciban sus títulos en 2009 y se matriculen en alguna universidad. Cuando crucen ese puente, los mayores accederán a una sala secreta, firmarán en un libro especial y dejarán notas a los alumnos de la siguiente promoción, y a la siguiente, y a todas las que vendrán. Me veo a mí mismo dirigiendo unas palabras a los chicos y chicas de esa primera promoción: ya estoy trabajando con J. P. y Gil, obsesionado con mi discurso.

Creo que mi tema será el de las contradicciones. Un amigo me recomienda que desempolve a Walt Whitman.

«¿Me contradigo? Pues muy bien, sí, me contradigo».

Jamás pensé que ese fuera un punto de vista aceptable. Pero ahora me rijo por él. Ahora es mi Estrella Polar. Y eso es lo que les diré a los alumnos. La vida es un partido de tenis entre extremos opuestos. Ganar y perder, amar y odiar, abrir y cerrar. Reconocer pronto ese doloroso hecho ayuda. También hay que reconocer los extremos opuestos que hay en nosotros, y si no podemos entregarnos a ellos, o reconciliarnos con ellos, debemos al menos aceptarlos y seguir adelante. Lo único que no podemos hacer es ignorarlos.



Visitando la Andre Agassi College Preparatory Academy en compañía de un grupo de alumnos.

¿Qué otro mensaje espero poder transmitir? ¿Qué otro mensaje podrían esperar ellos de alguien que dejó el colegio a los catorce años, y cuyo mayor logro, el logro del que más orgulloso se siente, es esta escuela?

Ha dejado de llover, dice Stefanie.

¡Venga! —le digo yo—. ¡Vamos!

Ella se pone una falda de tenis. Yo, unos pantalones cortos. Vamos en coche hasta

la pista pública que hay al final de la calle. En el pequeño puesto contiguo, la adolescente que está sentada al otro lado del mostrador está leyendo una revista del corazón. Nos mira y, al vernos, abre tanto la boca que casi se le cae el chicle.

Hola, le digo.

Hola.

¿Está abierto?

Sí.

¿Podríamos alquilar la pista una hora?

Eh… Sí.

¿Y cuánto cuesta?

Catorce dólares.

Está bien.

Le entrego el dinero.

Ella dice: pueden ir a la pista central.

Bajamos por unas escaleras hasta un pequeño anfiteatro, donde encontramos una pista de tenis azul rodeada de gradas metálicas. Depositamos las bolsas en el suelo, una al lado de la otra, y después nos estiramos un poco, y gruñimos, y nos burlamos el uno del otro diciéndonos que llevamos mucho tiempo sin jugar.

Yo rebusco en mi bolsa para ver si encuentro muñequeras, cinta aislante, cola.

Stefanie dice: ¿qué lado quieres?

Este.

Lo sabía.

Me tira un *drive* suave. Yo chirrío como el hombre de hojalata cuando me inclino hacia la pelota y la devuelvo. Peloteamos tentativamente, un punto largo, y de pronto Stefanie me envía un revés paralelo que suena como si por allí acabara de pasar un tren de mercancías. Yo la miro fijamente. Así que esto es lo que quieres, ¿no?

Ella me lanza entonces su famoso *corte Steffi* a mi revés. Yo me echo hacia atrás, sentándome casi sobre mis piernas, y lo alcanzo y lo devuelvo con toda la fuerza de que soy capaz. Le grito: ¡ese tiro nos ha dado mucho dinero, nena!

Ella sonríe y se aparta un mechón de pelo de la cara.

Se nos destensan los hombros, se van calentando los músculos. El ritmo se acelera. Yo le doy limpiamente a la pelota, con fuerza, y mi mujer hace lo mismo. Pasamos de pelotear sin objetivo a jugar unos puntos electrizantes. Ella me envía un *drive* con mucha maldad. Yo le devuelvo un revés rapidísimo… que se estrella en la red.

Es el primer revés cruzado que fallo en veinte años. Miro la pelota, en el suelo, junto a la red. Por un momento noto que me afecta. Le digo a Stefanie que me afecta. Noto que me siento irritado.

Y después me echo a reír. Y ella también se ríe y volvemos a empezar.

Con cada golpe ella está visiblemente más contenta. La pantorrilla no le duele. Cree que le irá bien en Tokio. Ahora que ya no le preocupa la lesión, podemos jugar,

jugar de verdad. Tardamos muy poco en pasarlo tan bien que, cuando la lluvia regresa, no nos damos cuenta. Y, cuando aparece el primer espectador, tampoco.

Uno a uno, van llegando más. Aparecen rostros en las gradas, porque, al parecer, uno llama a otro, y ese otro llama a dos más, para decirles que estamos ahí, en una pista pública, jugando solo por el afán de jugar. Como Rocky Balboa y Apollo Creed cuando ya se han apagado las luces y el gimnasio cierra.

La lluvia cae con más fuerza. Pero nosotros no paramos. Nosotros vamos a seguir hasta el final. La gente que va llegando trae cámaras. Se activan los *flashes*. Sus destellos deslumbran más de la cuenta, reflejados y aumentados por las gotas de agua. A mí no me importa y Stefanie no las ve. No somos plenamente conscientes de nada que no sea la pelota, la red, nosotros dos.

Un punto muy largo. Diez golpes. Quince. Al final fallo yo. La pista está salpicada de pelotas. Recojo tres, me guardo una en el bolsillo.

Le grito a Stefanie: ¡volvamos! ¡Los dos! ¿Qué dices?

Ella no responde.

Tú y yo. ¡Lo anunciaremos esta semana!

Pero ella sigue sin decir nada. Su concentración, como de costumbre, deja la mía en ridículo. Así como Stefanie no desperdicia ni un movimiento en la pista, tampoco malgasta palabras. J. P. observa que las tres personas que más me han influido en la vida —mi padre, Gil y Stefanie— no tienen el inglés como lengua materna. Y, con los tres, su forma de comunicación más poderosa puede ser física.

Stefanie lo da todo en cada tiro. Cada tiro es importante. No se cansa nunca, no falla nunca. Es una delicia verla jugar, pero también un privilegio. La gente me pregunta cómo es, y yo nunca doy con la palabra exacta, pero esa, *privilegio*, se acerca bastante. Un privilegio.

Vuelvo a fallar. Ella entorna los ojos. Espera.

Yo saco, ella resta, y entonces ejecuta ese movimiento tan suyo, como si se apartara un mosquito de la cara, que significa que ya ha tenido bastante. Es hora de ir a recoger a Jaden.

Sale de la pista.

Todavía no, le digo yo.

¿Qué? Se detiene, me mira y se echa a reír.

Está bien, dice, caminando hacia atrás, en dirección a la línea de fondo. No tiene el menor sentido, pero yo soy así, y ella lo entiende. Tenemos cosas que hacer, cosas maravillosas. Ella está impaciente por ponerse en marcha y yo también. Pero no puedo evitarlo.

Solo quiero jugar un poco más.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin mi amigo J. R. Moehringer.

Fue J. R., antes incluso de que nos conociéramos, el que me hizo pensar seriamente en la posibilidad de poner por escrito mi historia. Durante mi último Open de Estados Unidos, en 2006, me pasaba todo mi tiempo libre leyendo sus impresionantes memorias, *The Tender Bar*. Ese libro apelaba directamente a mi corazón. Me gustaba tanto, de hecho, que empecé a racionármelo, a limitarme el número de páginas que leía cada noche. Al principio, *The Tender Bar* era una importante distracción ante las difíciles emociones a las que me enfrentaba al final de mi carrera, pero al final se convirtió en una fuente más de angustia, porque temía acabar el libro antes que mi carrera.

Inmediatamente después de jugar mi partido de primera ronda, llamé por teléfono a J. R. y me presenté. Le dije lo mucho que admiraba su trabajo y lo invité a Las Vegas a cenar. Nos caímos bien al momento, como yo ya sabía, y aquella primera cena nos llevó a muchas más. Finalmente, le pregunté a J. R. si se plantearía la posibilidad de trabajar conmigo, de ayudarme a abordar mis propias memorias y a darles forma. Le pedí que me mostrara mi vida a través del prisma de un ganador del premio Pulitzer. Para mi sorpresa, aceptó.

J. R. se trasladó a Las Vegas y se puso manos a la obra enseguida. Los dos tenemos la misma ética del trabajo, el mismo planteamiento obsesivo, de todo o nada, ante los grandes retos. Nos reuníamos todos los días y seguíamos una rutina estricta: tras zamparnos un par de burritos, hablábamos durante horas, y J. R. grababa aquellas conversaciones. No había ningún tema tabú, así que, a veces, nuestras sesiones eran divertidas y, a veces, dolorosas. No seguíamos un orden cronológico, ni temático; simplemente, dejábamos que la conversación fluyera, alentada, en ocasiones, por los recortes de prensa recogidos por nuestro investigador, Ben Cohen, una persona extraordinaria, joven, que no tardará en alcanzar la fama.

Transcurridos muchos meses, J. R. y yo contábamos con una caja llena de cintas de grabaciones: para bien o para mal, la historia de mi vida. Kim Wells se atrevió a transcribir esas cintas que, de alguna manera, J. R. transformó en un relato. Jonathan Segal, nuestro sabio y maravilloso editor de Knopf, y Sonny Metha, el Rod Laver del mundo editorial, nos ayudaron a J. R. y a mí a pulir aquel primer borrador y a conseguir un segundo, y un tercero, que posteriormente fue exhaustivamente contrastado por Eric Mercado, auténtica reencarnación de Sherlock Holmes. Yo no había pasado nunca tanto tiempo leyendo y releyendo, debatiendo y comentando palabras y pasajes, fechas y cifras. Es lo más cerca que he estado jamás (y que quiero estar) de estudiar para unos exámenes finales.

Le pedí en numerosas ocasiones a J. R. que firmara este libro. Pero a él le pareció

que solo un nombre podía figurar en la cubierta. Aunque se sentía orgulloso del trabajo que habíamos hecho juntos, me dijo que no concebía que su nombre apareciera en el relato de la vida de otro hombre. Estas son tus historias, dijo, tu gente, tus batallas. Esa fue precisamente la clase de generosidad que detecté desde un buen principio, al leer sus memorias. Sabía que no debía discutir con él por eso. La terquedad es otra de las características que compartimos. Pero sí he insistido en aprovechar este espacio para describir la importancia del papel de J. R. y para agradecérselo públicamente.

También quiero mencionar al esforzado equipo de primeros lectores a los que J. R. y yo pasamos copias y extractos del original. Todos ellos contribuyeron de maneras significativas: mis más profundo agradecimiento a Phillip y Marti Agassi, a Sloan y Roger Barnett, a Ivan Blumberg, a Darren Cahill, a Wendy Netkin Cohen, a Brad Gilbert, a David Gilmour, a Chris y Varanda Handy, a Bill Husted, a McGraw Milhaven, a Steve Miller, a Dorothy Moehringer, a John y Joni Parenti, a Gil Reyes, a Jaimee Rose, a Gun Ruder, a John Russell, a Brooke Shields, a Wendi Stewart Goodson y a Barbra Streisand.

Un agradecimiento especial para Ron Boreta por ser tan íntegro, por leerme a mí tan atentamente como leyó este libro, por ofrecerme valiosos consejos sobre todo desde psicología hasta estrategia, y por ayudarme a repensar y a revisar mi ya antigua definición de la expresión *mejor amigo*.

Sobre todo, quiero darle las gracias a Stefanie, a Jaden y a Jaz Agassi. Obligados a estar sin mí tantísimos días, obligados a compartirme durante dos años con este libro, nunca, ni una sola vez, se quejaron, siempre me animaron a seguir y eso fue lo que me permitió terminarlo. El amor y apoyo incansables de Stefanie me han proporcionado una inspiración constante y las sonrisas diarias de Jaden y Jaz se convertían en energía tan deprisa como el alimento pasa a ser azúcar en la sangre.

Un día, mientras estaba trabajando en el segundo borrador, un amigo de Jaden vino a casa a jugar con él. Había copias del original apiladas por toda la encimera de la cocina y el amigo de Jaden preguntó: ¿qué es todo esto?

Este es el libro de mi papá, respondió Jaden en un tono de voz que no le había oído usar nunca, salvo para hablar de Papá Noel y de Guitar Hero.

Espero que él y su hermana sientan el mismo orgullo por este libro dentro de diez años, y de treinta, y de sesenta. Lo he escrito por ellos, pero también para ellos. Espero que les ayude a evitar algunas de las trampas en las que yo caí. Más aún, espero que se convierta en uno de los muchos libros que les ofrezcan consuelo, orientación y placer. Yo descubrí tarde la magia de los libros. De los muchos errores que quiero que mis hijos eviten, ese ocupa uno de los primeros puestos en la lista.

Créditos de las fotografías

Fotografía 1: Cortesía de Andre Agassi.
Fotografía 2: Cortesía de Andre Agassi.
Fotografía 3: Cortesía de Andre Agassi.
Fotografía 4: James Bollettieri.
Fotografía 5: Michael Cole.
Fotografía 6: John C. Russell / Team Russell.
Fotografía 7: John Parenti.
Fotografía 8: Michael Cole.
Fotografía 9: Mike Nelson / AFP / Getty Images.
Fotografía 10: Gary M. Prior / Getty Images.
Fotografías 11: Nicolas Luttiau / Presse Sports.
Fotografías 12: Nicolas Luttiau / Presse Sports.
Fotografías 13: John C. Russell / Team Russell.
Fotografías 14: Don Emmert / AFP / Getty Images.
Fotografías 15: Michael Cole.
Fotografías 16: Denise Truscello.

Notas

[1] Versos de la canción *We Can't Build a Fire in the Rain*, de Roy, Clark: «Repetir las acciones y fingir que nos queda algo que ganar…». «No podemos encender una hoguera bajo la lluvia». (N. del T.) <<

[2] En español en el original. <<

[3] En español en el original. <<

[4] «Porque sentir dolor es una manera dura de saber que estamos vivos». (N. del T.) <<

[5] «Repetir las acciones y fingir que nos quede algo que ganar». (N. del T.) <<

[6] «Los vagabundos como nosotros, nena, nacimos para correr», verso de la canción «Born to Run», de Bruce Springsteen. (N. del T.) <<

[7] Este es el camino por el que nunca andaré, pero en cambio estos son los sueños que soñaré… (N. del T.) <<

[8] «Papá es genial». (N. del T.) <<